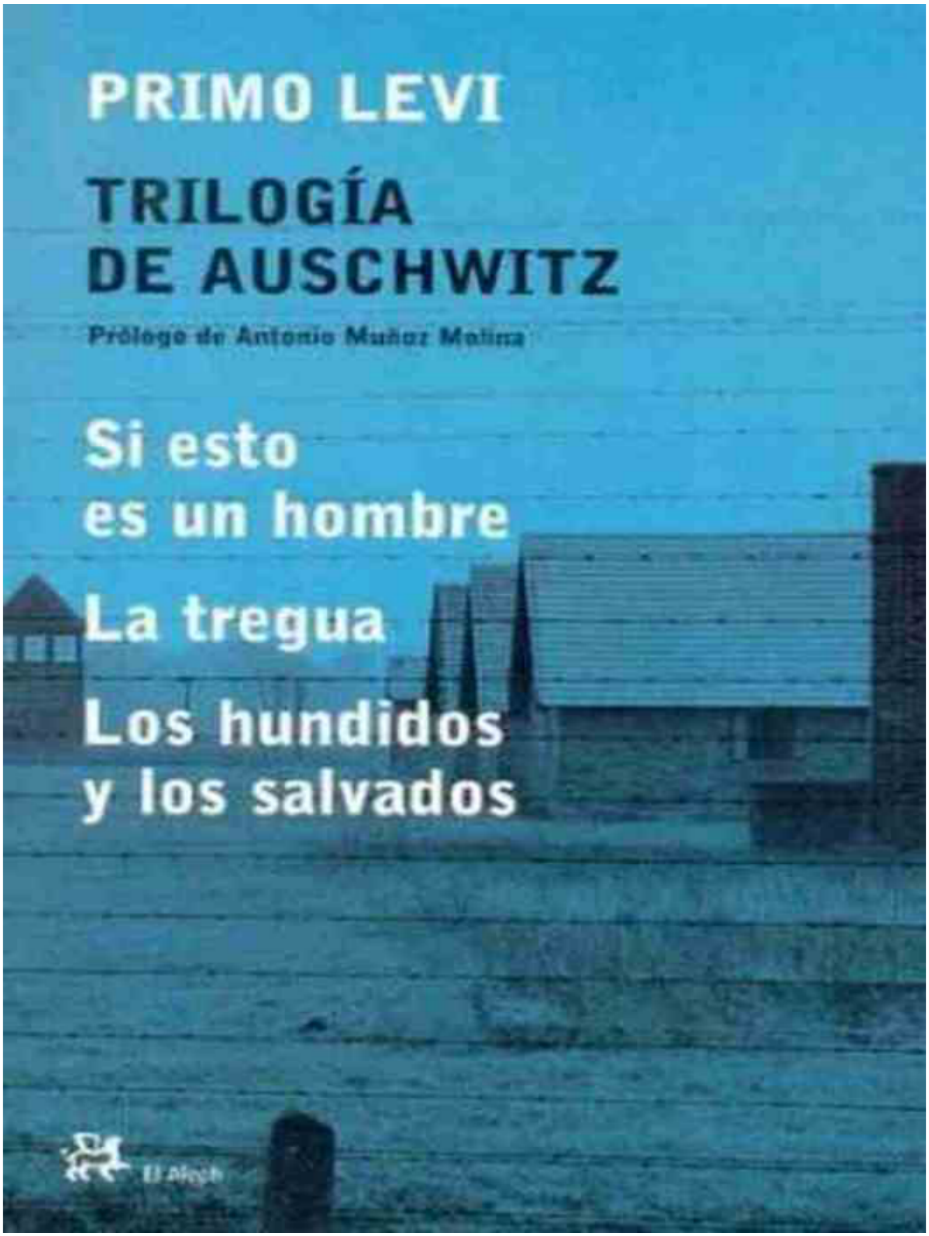

PRIMO LEVI
TRILOGÍA
DE AUSCHWITZ
Prólogo de Antonio Muñoz Molina
Si esto
es un hombre
La tregua
Los hundidos
y los salvados
El Aleph

Trilogía de Auschwitz

Si esto es un hombre

La tregua

Los hundidos y los salvados

Primo Levi

Más libres, más libres

Título: Trilogía de Auschwitz

© 2010, Primo Levi

Traducción de Gómez Bedate, Pilar

Editorial: El Aleph Editores, S.A

ISBN: 9788476698433

Maquetación ePub: teref

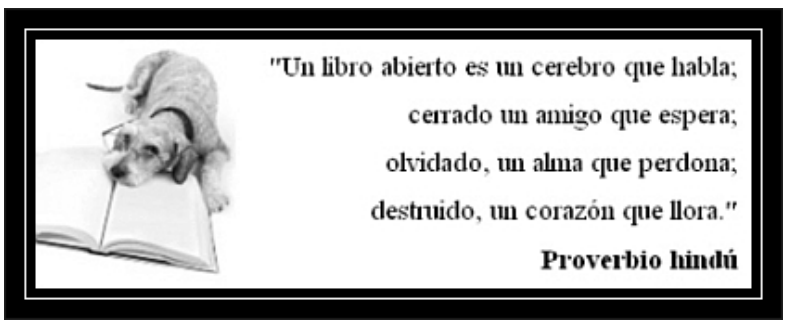
Agradecimientos: a armauirunque... el sabe porqué...

Reseña:

«Tuve la suerte de no ser deportado a Auschwitz hasta 1944, después de que el gobierno alemán hubiera decidido, a causa de la escasez creciente de mano de obra, prolongar la vida media de los prisioneros que iba a eliminar». Así comienza Si esto es un hombre, libro que inaugura la trilogía que Primo Levi dedicó a los campos de exterminio nazis. Crónica del horror cotidiano, el libro describe en el lenguaje mesurado y sobrio del testigo la espera de la nada, la privación cotidiana, el olvido de la condición humana de los prisioneros.

Completan la Trilogía de Auschwitz dos obras posteriores: La tregua (1963), relato picaresco de las tribulaciones de un grupo de italianos, liberados de los campos nazis, que recorren durante meses los caminos de Europa central en compañía del Ejército Rojo, y Los hundidos y los salvados (1986), un ensayo en el que Primo Levi trata de comprender, a partir del ejemplo de los campos nazis, las condiciones y circunstancias que permiten la degradación del ser humano.

Este fichero ePub cumple y supera las pruebas
epubcheck 3.0b4 y FlightCrew v0.7.2.
Si deseas validar un ePub On Line antes de
cargarlo en tu lector puedes hacerlo en
http://threepress.org/document/epub-validate



ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente…

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Usando este buscador:

http://books.google.es/

encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.

Puedes buscar también este libro aquí, y localizarlo en la biblioteca pública más cercana a tu casa:

http://lix.in/-a1ff6f

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor

agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.

PRIMO LEVI: EL TESTIGO SIN DESCANSO

Escritor, judío, superviviente de Auschwitz: cabría decir que esos tres rasgos definen la identidad y el destino de Primo Levi, pero es muy revelador de su carácter que en ninguno de los tres se instalara con comodidad, o sin incertidumbres. Escribió su primer libro en 1946, cuando apenas empezaba a incorporarse en la vida normal tras el regreso de la deportación, pero lo cierto es que tardó mucho en encontrar editor, y que no volvió a publicar nada hasta 1961. Aun después de que empezara a tener lectores numerosos y a recibir premios, Primo Levi siguió dedicándose a su profesión de químico, de la que sólo se retiró en 1977, a los cincuenta y ocho años, para consagrarse en exclusiva a dos tareas que en realidad eran la misma, la de escribir y la de seguir dando testimonio de su cautiverio en Auschwitz casi en cualquier sitio donde se lo solicitaran. Por entonces ya era un escritor publicado y celebrado internacionalmente, pero le daba pudor, aseguraba, aplicarse a sí mismo ese calificativo. El oficio de químico no había sido para él uno de esos trabajos a los que los literatos se resignan quejumbrosamente para ganarse la vida: era una parte sólida y honrosa de su identidad, no menos asidua que la literatura, o que esa otra tarea que emprendió aun antes de escribir su primer libro, la de narrador de las experiencias que había conocido en el campo de exterminio: narrador en el sentido más primitivo y sagrado, el que cuenta en

voz alta y se niega a permanecer en silencio, el depositario y el guardián de una memoria imprescindible.

La Química era para Levi una vocación que implicaba una ética y también una estética: la ética del trabajo bien hecho, en el que se ponen los cinco sentidos, al que se dedican las fuerzas mejores de la inteligencia; la estética de la claridad y la precisión, antídoto contra las retóricas embusteras y las palabrerías infecciosas del fascismo, y contra las vaguedades y las indulgencias de la literatura. A Primo Levi la Química le sirvió como asidero contra una realidad hostil durante su adolescencia de judío apocado, le dio una pasión intelectual vigorizadora en medio de la conformidad social de la Italia fascista y además, literalmente, le salvó la vida en Auschwitz, al permitirle la ventaja crucial de trabajar al abrigo de un laboratorio durante los meses más fríos de un invierno que habría sido letal para él, como lo fue para tantos otros, si hubiera tenido que soportarlo a la intemperie.

Su condición de judío no era menos problemática que la de escritor. No hablaba hebreo, no había recibido una educación religiosa ni vivido en una comunidad tupida y segregada, consciente de su diferencia, orgullosa de su tradición propia. La tradición judía la investigó Primo Levi después de volver de Auschwitz: el signo más indeleble de su identidad judía era el número de prisionero tatuado en su antebrazo. Sus antepasados habían llegado al Piamonte, a través del sur de Francia, después de la expulsión de España, y en la memoria familiar se guardaban historias de parientes excéntricos y se conservaban palabras y apodos de sabor antiguo y significado muchas veces perdido, pero tanto su padre como su madre pertenecían a familias plenamente asimiladas, y ni en el Piamonte ilustrado y burgués ni en el resto de Italia existía un antisemitismo demasiado perceptible, del mismo modo que no existían comunidades judías tan cerradas y populosas como las del este de Europa, tan separadas lingüística, religiosa y culturalmente de las mayorías que las circundaban. Como a tantos europeos de su clase y de su generación, a Primo Levi lo volvieron consciente de su condición de judío las soflamas nazis y fascistas sobre pureza de sangre y las leyes raciales, que en la Italia de Mussolini se promulgaron en 1938, cuando él tenía diecinueve años, si bien su aplicación no tuvo la saña sistemática ni el grado de consenso y obediencia social que las volvió tan mortíferas en Alemania y en Austria, o en la misma Francia de Vichy, que era un país mucho más peligroso para los judíos que la Italia de Mussolini.

El padre Levi, un ingeniero culto y muy viajado, agnóstico,

con aficiones musicales, se afilió al Partido Fascista en los primeros tiempos, y no parece que advirtiera un contrasentido, al menos al principio, en ser judío y llevar la camisa negra. En cuanto a su hijo, las leyes raciales y la crecida del antisemitismo, que coincidieron con el final de la adolescencia y la primera juventud, acentuaron en él una propensión muy arraigada a la timidez y al ensimismamiento, reforzados por un cierto complejo de inferioridad física. En muchas de las entrevistas que le hicieron, Primo Levi se definía a sí mismo como tres cuartos italiano y un cuarto judío —aunque ese cuarto era irrenunciable para él. Cuando viajaba a Estados Unidos, donde las identidades colectivas son mucho menos flexibles y poderosas que en Italia, se extrañaba mucho de que el judaísmo fuera considerado la parte más relevante de su identidad de escritor.

La incomodidad que esa afiliación obligatoria le provocaba coincidía con la independencia de sus opiniones sobre el Estado de Israel y la política de sus gobernantes. El centro del judaísmo, decía siempre, no estaba en Israel, como pretendían los sionistas, sino en la Diáspora: estas posiciones, así como su rechazo terminante y público de las matanzas de palestinos en los campos de Sabra y Chatila, en 1982 —cometidas por milicianos libaneses, ante la indiferencia del ejército ocupante israelí, mandado entonces por Ariel Sharon—, hicieron que sus relaciones con la comunidad judía norteamericana y con la opinión pública de Israel fueran por momentos muy difíciles, y acentuaron en él una tendencia al aislamiento y a la desolación que lo ganaba poco a poco en sus últimos años, y que según una opinión muy extendida tuvo mucho que ver con su posible suicidio.

Pero tampoco como superviviente y testigo de Auschwitz resultaba cómodo o convencional Primo Levi. Se consagró tenazmente a contar su experiencia, a sostener la memoria de los campos y a reflexionar sobre lo que había vivido, pero nunca accedió al victimismo blando, a la sentimentalización del sufrimiento, a la tranquilidad de conciencia que habría obtenido aceptando una división limpia y nítida entre los oprimidos y los opresores, entre los verdugos y las víctimas: «Toda víctima debe ser compadecida, todo superviviente debe ser ayudado y compadecido, pero no siempre pueden ponerse como ejemplo sus conductas». Le desagradaba la palabra «Holocausto» porque veía en ella una tentativa de encontrar un sentido de sacrificio sublime o de pasión religiosa a lo que no había sido más que un proyecto político de sometimiento y destrucción de los seres humanos. Sobrevivir, repitió muchas veces, no había sido un

mérito, y mucho menos una experiencia espiritual ennoblecedora o redentora, sino un azar del que se beneficiaron sobre todo quienes pudieron lograr en los campos algún privilegio, por ínfimo que fuera, o los que accedieron a cooperar en mayor o menor grado con los verdugos: «Un orden infernal como era el nacionalsocialismo ejerce un espantoso poder de corrupción al que es difícil escapar». Los que llegaron al final del horror, los más débiles de todos, no sobrevivieron. «Al cabo de los años —escribe en *Los hundidos y los salvados*—, se puede afirmar hoy que la historia de los *Lager* ha sido escrita casi exclusivamente por quienes, como yo, no han llegado hasta el fondo. Quien lo ha hecho no ha vuelto, o su capacidad de observación estuvo paralizada por el sufrimiento y la incomprensión».

En ese sentido, Primo Levi coincide con el cineasta Claude Lanzmann, que también detesta el término religioso «Holocausto», y que ha insistido en la paradoja de que lo que ocurrió de verdad nunca podrá saberse, por mucho que se escriba, se recuerde y se hable sobre los campos: igual que nadie ha vuelto de la muerte, nadie volvió tampoco de las cámaras de gas, nadie podrá contar qué se sentía en medio de una multitud de cuerpos desnudos amontonada en la absoluta oscuridad, oliendo el Zyklon-B y escuchando su silbido según se abrían las espitas y empezaba a infectar el aire.

En la médula de la obra entera de Primo Levi está la huella de la persecución de los judíos y de los campos de exterminio. Uno de sus libros mejores y más originales, *El sistema periódico*, es una mezcla excitante de ensayo sobre las virtudes de la Química y de memoria sobre la primera juventud, un ir y volver entre los misterios de la materia, la alegría del conocimiento científico, la melancolía de la exclusión, las incertidumbres y las ilusiones del ingreso en la vida adulta. La tabla periódica de los elementos a la que se refiere el título es el símbolo de la riqueza y la armonía del mundo natural y a la vez el modelo y el punto de partida para las breves historias que dan al libro su forma de cuadrícula, de enciclopedia de sensaciones íntimas y observaciones sobre las propiedades mágicas de la materia. El judío acusado de elemento impuro y de intruso en la presunta pureza racial del pueblo fascista reflexiona en el laboratorio que precisamente las impurezas son las que favorecen las reacciones químicas. El hombre joven, condenado a la apatía del tiempo muerto de la dictadura, a la sofocante alternativa entre la colaboración y el cinismo, encuentra en la Química y en la naturaleza la posibilidad de una vida plena, de un despliegue libre y saludable de las capacidades de su inteligencia.

Pero es en la trilogía compuesta por *Si esto es un hombre, La tregua* y *Los hundidos y los salvados* donde se concentra el esfuerzo máximo de la rememoración de Primo Levi, y también su esfuerzo más sostenido y sistemático de reflexión sobre una experiencia que por su propia naturaleza sería indescifrable y monstruosa, casi imposible de transmitir y de creer. Max Aub decía que fue el general Franco, forzándolo al exilio, quien lo hizo escritor. Sin la deportación, sin Auschwitz, reconocía Primo Levi, probablemente habría sido siempre un escritor frustrado, un químico con insatisfechas y vagas inclinaciones literarias, un hombre tímido y dócil a las convenciones de su clase social y de su oficio, una de esas personas que pueden pasar satisfactoriamente la vida entera sin salir del ámbito en el que nacieron, que los alimenta y quizás también los narcotiza, que les permite desarrollar sin inseguridad ni apuro sus capacidades personales.

Cuando Philip Roth lo visitó, en 1986, se sorprendió de que Levi viviera en la misma casa en la que había nacido, que cuidara en su mismo apartamento a su madre nonagenaria y en el contiguo a su suegra igual de anciana, y que sus dos hijos tuvieran sus domicilios a muy poca distancia. El estudio lleno de libros en el que conversaban, le dijo Levi a Roth, era la habitación en la que él había nacido: en una calle tranquila, residencial y arbolada, en un edificio sólido y burgués de finales del XIX, un piso con muebles antiguos y oscuros, con una sugestión pesada y solemne de sedentarismo.

De su casa y de su ciudad Primo Levi se alejó tan sólo en unas breves temporadas: en 1942, recién terminada la carrera, para trabajar como químico en un laboratorio de Milán y luego en una mina, clandestinamente, porque al ser judío le estaba vedado el derecho al trabajo; en septiembre de 1943 —los alemanes ya ocupaban Italia, y los fascistas más radicales habían fundado la siniestra República de Saló— se fue a las montañas para unirse a un grupo de partisanos, inepto y asustado, llevando una pistolilla que no sabía manejar y que ni siquiera sabía si hubiera funcionado al intentar dispararla.

El resto de las fechas cruciales que puntean la ausencia del domicilio familiar se puede enumerar brevemente: el 13 de diciembre de 1943, en un amanecer de nieve y frío que después recordaba como un sueño o una alucinación fue detenido por un grupo de milicianos fascistas: da la impresión de que la condición de resistente de Primo Levi fue tan incierta, tan azarosa como la de escritor. El 22 de febrero de 1944 partió el tren que lo llevaba a Auschwitz; el 27 de enero de 1945 llegaron al campo,

abandonado por los alemanes, los primeros soldados rusos; nueve meses después, el 19 de octubre, Primo Levi regresó a Turín. Y a partir de entonces su vida continuó exteriormente como si nada hubiera sucedido, como si no faltaran en ella esos dos años escasos de negrura absoluta, de residencia en el infierno. Entró a trabajar en una fábrica de pinturas, se casó después de un noviazgo de dos años, tuvo dos hijos, ascendió en su empresa, que llegaría a dirigir, hizo algún breve viaje de trabajo fuera de Italia, algunas veces a Alemania. Había desarrollado con éxito una pintura aislante para cables eléctricos. Pero junto a esa apariencia de convencionalidad había algo que lo volvía raro ante los otros, distinto a cualquiera: la pasión con que se empeñaba en contar, metódicamente, a todo el mundo, a los amigos y a los desconocidos, en el comedor de la casa familiar y en el vagón de un tren, lo que le había sucedido entre el viaje a Auschwitz y el regreso a Turín; y también el hábito que adquirió de quedarse en la fábrica por las noches para escribir a máquina algo que nadie imaginaba lo que podía ser, la prolongación por escrito de su incesante testimonio verbal.

Químico de día, escritor de noche: muchas veces Primo Levi dijo de sí mismo que se veía como a un centauro, una criatura que es dos cosas a la vez y no acaba de ser del todo la una ni la otra. De esa mezcla, de esa impureza, procede su fuerza indomable, su heroísmo de hombre frágil, su valentía de tímido: también proceden de ella ciertas angustias constantes y más o menos secretas de su vida, la tensión entre el gusto literario por el aislamiento y el sentido inflexible de la responsabilidad, por ejemplo, la necesidad de no acomodarse en el personaje que otros le asignaban, su negativa radical a obedecer las actitudes que podían esperarse de alguien como él, tan señalado, tan visible, un judío, un escritor, un químico, un superviviente de Auschwitz.

En 1946 Primo Levi contaba sin descanso y escribía robándole horas al sueño, pero la resonancia que ahora tienen su nombre y sus libros, y la amplitud que ha ido cobrando el recuerdo del genocidio nazi, no deben engañarnos acerca de la facilidad de la tarea emprendida por él recién acabada la guerra: en aquellos años no se hablaba casi en ninguna parte del exterminio de los judíos de Europa, y no había mucha gente dispuesta a escuchar los testimonios, literalmente increíbles, de los que habían regresado de los campos. La cultura de la posguerra, en Francia y en Italia, estuvo dominada abrumadoramente por los partidos comunistas, y la línea oficial impedía que se reconociera lo que tuvo de específicamente

antijudío el mayor empeño de los verdugos nazis. Lo correcto era resaltar, o inventar, en su caso, la resistencia heroica de los comunistas, y la persecución sufrida por ellos, pero no se aceptaba que millones de personas hubieran sido condenadas a muerte por el hecho simple de haber nacido judías, de haber nacido.

En 1947, cuando Levi terminó de escribir *Si esto es un hombre*, lo envió a la editorial Einaudi, que era la de más esclarecidas credenciales progresistas en Italia. El manuscrito fue rechazado, y acabó publicándolo una editorial mucho más modesta, en cuyo catálogo el libro encontró con mucha dificultad sus primeros lectores. De una edición de dos mil quinientos ejemplares, seiscientos permanecían sin vender veinte años más tarde, en un almacén de Florencia anegado por las inundaciones de 1966. En 1957, Einaudi rectificó y volvió a editar *Si esto es un hombre*, que a partir de entonces sí conoció un éxito grande. Muchos años después llegó a saberse quién era el autor, la autora, del primer informe negativo que impidió la publicación del libro cuando Levi lo envió por primera vez a Einaudi. Fue nada menos que la excelente escritora Natalia Ginzburg, no sólo judía y antifascista, como Primo Levi, sino además esposa de un deportado judío a los campos nazis.

Quizás desalentado por la poca atención que su libro había recibido, Levi tardó muchos años en escribir su continuación, *La tregua*, que trata de los acontecimientos inmediatamente posteriores a la liberación del campo por el Ejército Rojo, pero que tiene un tono muy distinto al de *Si esto es un hombre*, más literario, con un gusto más evidente por los placeres de la narración. Él decía que escribió su testimonio sobre Auschwitz tomando como modelo los informes semanales que hacía en la fábrica, intentando lograr un máximo de claridad y precisión informativa, un despojamiento que tiene mucho de actitud moral. El horror no necesita ser enfatizado ni subrayado: la eficacia del relato de Primo Levi resiste precisamente en el contraste entre las experiencias infernales que cuenta y la limpidez pudorosa de su escritura. El modelo de *La tregua*, en cambio, parecen ser las novelas picarescas de la tradición centroeuropea, las aventuras y viajes del soldado Schweijk: en esas páginas nos parece que reconocemos la voz de alguien que cuenta en primera persona y en voz alta, que ha modelado sus recuerdos, relato tras relato, hasta darles una forma que no es menos veraz por ser cuidadosamente narrativa.

La tregua trata de un tiempo suspendido, en el que ha terminado la guerra pero no existe todavía la paz, en el que tras

el fin del horror perduran las heridas y el desorden que ha dejado, un continente entero devastado, lleno de muertos, de ruinas, de fábricas y ferrocarriles destrozados, de campos de concentración, de muchedumbres de deportados y apátridas. Aun en los días más negros de Auschwitz, Primo Levi había sentido que recobraba su condición humana y la nobleza de la vida, a pesar de la infamia y la animalización del nazismo, gracias a la ternura de la amistad, al recuerdo de unos versos de Dante. En *La tregua* la vida regresa con el tumulto de una inundación, pero el daño ha sido demasiado profundo, y en el fondo de quien ha logrado sobrevivir y regresar late la sospecha de que hay heridas que nunca podrán curarse, de que no hay modo de salir nunca más del campo. La pesadilla que se cuenta en las últimas líneas del libro provoca de pronto el escalofrío del espanto que vuelve cuando se lo creía superado, amortiguado al menos. Muchas personas recordaron esa página escrita en 1961 cuando se supo en 1987 la noticia de la muerte, del casi seguro suicidio de Primo Levi.

Un año antes de morir había publicado *Los hundidos y los salvados*. Ahora nos parece que esos tres volúmenes forman una trilogía armoniosa y necesaria, son los tres episodios de un solo empeño literario y testimonial. En realidad, Primo Levi los fue escribiendo sin un propósito definido de unidad, e incluso, en una entrevista de los primeros años setenta, declaró que ya no le quedaba nada más que escribir sobre los campos nazis. Pero los años no apaciguaban el deseo de seguir contando, ni le traían una serenidad que sin duda Primo Levi había hecho casi más que nadie por merecer. A las antiguas pesadillas, al dolor no mitigado, se añadían, según pasaban los años, nuevas injurias, amenazas sombrías, renacidas: la erosión del olvido, las cínicas tentativas de negar el genocidio nazi, el resurgir del fascismo en Europa, la trivialización literaria o estética de la experiencia de los campos, que para Levi se cifraba en una película que tuvo mucho éxito y que a él le parecía justamente infame, *Portero de noche*, de Liliana Cavani, donde el verdugo y la víctima son presentados como cómplices en una siniestra relación sadomasoquista, como si de algún modo los dos fuesen más o menos lo mismo.

Frente al olvido, frente a la mentira, Primo Levi sentía la necesidad, la obligación, el derecho de seguir contando. Pero también le urgía reflexionar sobre lo más oscuro, sobre el modo en que la memoria del que quiere honradamente recordar se va gastando con los años, sobre la evidencia amarga de que no hay cura ni descanso para el que conoció aquel sufrimiento:

«Debemos constatar una vez más, dolorosamente, que el ultraje es incurable: se arrastra con el tiempo, y las Erinnias, en las que es preciso creer, no acosan tan sólo al torturador, perpetúan el ultraje cometido por él al negarle la paz al atormentado».

Confirma sombríamente estas palabras el hecho de que *Los hundidos y los salvados*, siendo el libro de Levi más alejado en el tiempo de la experiencia de Auschwitz, es también el más lleno de desolación, no sólo por la persistencia de las heridas del pasado, sino también por la amargura del presente y el miedo al porvenir. «Ha sucedido —escribe del nazismo—, y por consiguiente, puede volver a suceder; esto es la esencia de lo que tenemos que decir».

Pero Primo Levi se daba cuenta de que no mucha gente estaba dispuesta a escuchar lo que él y los cada vez más escasos y envejecidos supervivientes de los campos tenían que decir: «Para nosotros, hablar con los jóvenes es cada vez más difícil. Lo sentimos como un deber y a la vez como un riesgo: el riesgo de resultar anacrónicos, de no ser escuchados». Volvía así a insinuarse, al cabo de tantos años, la pesadilla común a tantos prisioneros, cuando soñaban en el campo que volvían a casa y empezaban a contar su infortunio a los familiares reunidos alrededor de la mesa, y éstos al principio atendían con caras serias, un poco ausentes, y poco a poco apartaban la cara, se levantaban, se iban. En los campos, los prisioneros soñaban con comer y con contar: la primera necesidad se alivió con los años, pero la segunda no llegó a saciarse nunca, y en los años ochenta Primo Levi comprendía que cada vez quedaban menos testigos, y que a las nuevas generaciones el nazismo y el genocidio se les iban antojando cosas muy lejanas, crueles, desde luego, pero casi tan ajenas como las matanzas de Gengis Khan o las guerras napoleónicas.

Justo entonces, en ese libro último, Levi se dispuso a contar lo más indecible, a reflexionar sobre lo más amargo y oscuro, lo que él llamó —y así ha quedado en la lengua común de varios idiomas— «la zona gris», el espacio ambiguo entre los verdugos indudables y las víctimas del todo inocentes: en él habitaron los prisioneros que a cambio de una ración más de pan o medio litro suplementario de sopa actuaban como ejecutores o sicarios de los nazis, los judíos que aceptaron administrar los *ghettos* de Polonia y formar parte de sus fuerzas de policía, los que se vieron forzados a descender al último círculo del infierno, los miembros de los llamados *SonderKommandos*, o «Escuadras Especiales», prisioneros que se encargaban de llevar a sus semejantes hasta las cámaras de gas, de despojarlos de la ropa

o de los dientes de oro, de arrastrar luego los cadáveres hasta los hornos crematorios o arrojarlos a las fosas comunes. Por supuesto que esa tarea rigurosamente infernal no les salvaba a ellos del exterminio: cada pocos meses los miembros de las Escuadras Especiales eran enviados a su vez a las cámaras de gas, entre otras cosas porque a los alemanes les convenía asegurarse de que no quedaban testigos tan directos de su infamia. Pero antes de matarlos ya habían logrado algo más infame, reflexionaba Primo Levi en 1986: «Haber concebido y organizado las Escuadras ha sido el delito más demoníaco del nacionalsocialismo […]. Mediante esta institución se trataba de descargar en otros, y precisamente en las víctimas, el peso de la culpa, de manera que para su consuelo no les quedase ni siquiera la conciencia de saberse inocentes».

El 11 de abril de 1987, apenas un año después de escritas estas palabras terribles, Primo Levi cayó por el hueco de la escalera de su casa, desde el rellano de la tercera planta, en la que vivía. En el informe policial se calificó el hecho de suicidio, y muchas de las notas necrológicas que se escribieron, y algunas de las biografías que se han publicado más tarde, lo presentaron como una consecuencia inevitable de los horrores padecidos en Auschwitz y de la exasperación que se trasluce en muchas de las páginas de *Los hundidos y los salvados.* Primo Levi se habría quitado la vida igual que tantos supervivientes, atrapado en la doble angustia de no rendirse al olvido y de no poder soportar el recuerdo. Hay voces que disienten, sin embargo. Su amigo Ferdinando Camon, que lo veía y conversaba con él a diario, sostiene que Primo Levi no se encontraba en un estado de abatimiento tan grave que hiciera previsible el suicidio. Un experto en Química como él, argumentan otros, ¿no pudo encontrar un medio más seguro, menos escandaloso de matarse? ¿Cómo es que un suicida elige arrojarse tan sólo desde la altura de un tercer piso? La barandilla del rellano era muy baja: ¿Se asomó Primo Levi queriendo ver algo —tal vez esperando la llegada de su mujer— y perdió el equilibrio?

Quizás no haya nunca una respuesta del todo segura, y quizás no importe demasiado, aparte de la tristeza que provoca la muerte prematura de un hombre que dejó un recuerdo tan limpio de calma y bondad en quienes lo trataron, que vivió tan inflexiblemente su vocación múltiple de escritor, de químico, de testigo, de judío, de guardián de una memoria imprescindible. Murió por un azar cruel o se quitó la vida, pero la voz que empezó a contar en voz alta y por escrito en 1946 no se ha callado con la muerte, sigue actuando sobre nosotros como él

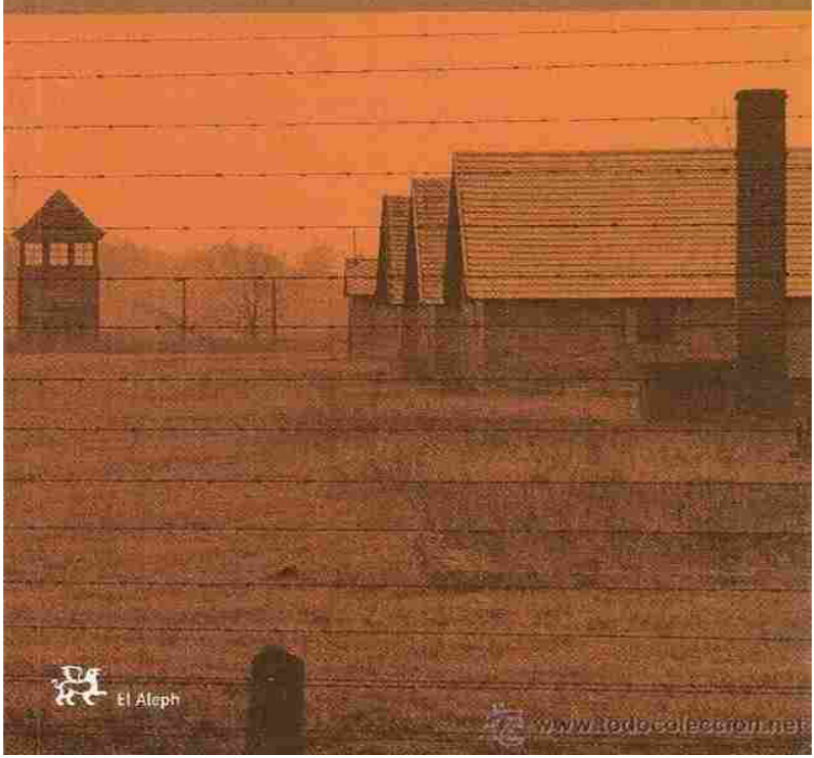
había deseado, como rememoración y advertencia. Casi nadie ha contado el infierno con tanta claridad y hondura como Primo Levi: casi nadie, al menos en el sombrío siglo en el que vivió, ha resaltado como él la sagrada dignidad de la vida, el impulso de inteligencia y piedad que incluso en medio del horror nos da la oportunidad de seguir siendo plenamente humanos.

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

TRILOGÍA DE AUSCHWITZ

PRIMO LEVI

Si esto es un hombre



El Aleph

www.Rodocoleccion.net

SI ESTO ES UN HOMBRE

Tuve la suerte de no ser deportado a Auschwitz hasta 1944, y después de que el gobierno alemán hubiera decidido, a causa de la escasez creciente de mano de obra, prolongar la media de vida de los prisioneros que iba a eliminar concediéndoles mejoras notables en el tenor de vida y suspendiendo temporalmente las matanzas dejadas a merced de particulares.

Por ello, este libro mío, por lo que se refiere a detalles atroces, no añade nada a lo ya sabido por los lectores de todo el mundo sobre el inquietante asunto de los campos de destrucción. No lo he escrito con la intención de formular nuevos cargos; sino más bien de proporcionar documentación para un estudio sereno de algunos aspectos del alma humana. Habrá muchos, individuos o pueblos, que piensen más o menos conscientemente, que "todo extranjero es un enemigo". En la mayoría de los casos esta convicción yace en el fondo de las almas como una infección latente; se manifiesta solo en actos intermitentes e incoordinados, y no está en el origen de un sistema de pensamiento. Pero cuando éste llega, cuando el dogma inexpresado se convierte en la premisa mayor de un silogismo, entonces, al final de la cadena está el *Lager*. Él es producto de un concepto de mundo llevado a sus últimas consecuencias con una coherencia rigurosa: mientras el concepto subsiste las consecuencias nos amenazan. La historia de los campos de destrucción debería ser entendida por todos como una siniestra señal de peligro.

Me doy cuenta, y pido indulgencia por ellos, de los defectos estructurales del libro. Si no en acto, sí en la intención y en su concepción, nació en los días del *Lager*. La necesidad de hablar a "los demás", de hacer que "los demás" supiesen, había asumido

entre nosotros, antes de nuestra liberación y después de ella, el carácter de un impulso inmediato y violento, hasta el punto de que rivalizaba con nuestras demás necesidades más elementales; este libro lo escribí para satisfacer esta necesidad, en primer lugar, por lo tanto, como una liberación interior. De aquí su carácter fragmentario: sus capítulos han sido escritos no en una sucesión lógica sino por su orden de urgencia. El trabajo de empalmarlos y de fundirlos lo he hecho según un plan posterior.

Me parece superfluo añadir que ninguno de los datos ha sido inventado.

PRIMO LEVI

Los que vivís seguros
En vuestras casas caldeadas
Los que os encontráis, al volver por la tarde,
La comida caliente y los rostros amigos:
Considerad si es un hombre
Quien trabaja en el fango
Quien no conoce la paz
Quien lucha por la mitad de un panecillo
Quien muere por un sí o por un no.
Considerad si es una mujer
Quien no tiene cabellos ni nombre
Ni fuerzas para recordarlo
Vacía la mirada y frío el regazo
Como una rana invernal
Pensad que esto ha sucedido:
Os encomiendo estas palabras.
Grabadlas en vuestros corazones
Al estar en casa, al ir por la calle,
Al acostaros, al levantaros;
Repetídselas a vuestros hijos.
O que vuestra casa se derrumbe,
La enfermedad os imposibilite,
Vuestros descendientes os vuelvan el rostro.

El viaje

Me había capturado la Milicia fascista el 13 de diciembre de 1943. Tenía veinticuatro años, poco juicio, ninguna experiencia, y una inclinación decidida, favorecida por el régimen de segregación al que estaba reducido desde hacía cuatro años por las leyes raciales, a vivir en un mundo poco real, poblado por educados fantasmas cartesianos, sinceras amistades masculinas y lánguidas amistades femeninas. Cultivaba un sentido de la rebelión moderado y abstracto.

No me había sido fácil elegir el camino del monte y contribuir a poner en pie todo lo que, en mi opinión y en la de otros amigos no mucho más expertos, habría podido convertirse en una banda de partisanos afiliada a «Justicia y Libertad». No teníamos contactos, armas, dinero ni experiencia para procurárnoslos; nos faltaban hombres capaces y estábamos agobiados por un montón de gente que no servía para el caso, de buena fe o de mala, que subía de la llanura en busca de una organización inexistente, de jefes, de armas o también únicamente de protección, de un escondrijo, de una hoguera, de un par de zapatos.

En aquel tiempo todavía no me había sido predicada la doctrina que tendría que aprender más tarde y rápidamente en el *Lager*, según la cual el primer oficio de un hombre es perseguir sus propios fines por medios adecuados, y quien se equivoca lo paga, por lo que no puedo sino considerar justo el sucesivo desarrollo de los acontecimientos. Tres centurias de la Milicia que habían salido en plena noche para sorprender a otra banda, mucho más potente y peligrosa que nosotros, que se ocultaba en el valle contiguo, irrumpieron, en una espectral alba de nieve, en nuestro refugio y me llevaron al valle como

sospechoso.

En los interrogatorios que siguieron preferí declarar mi condición de «ciudadano italiano de raza judía» porque pensaba que no habría podido justificar de otra manera mi presencia en aquellos lugares, demasiado apartados incluso para un «fugitivo», y juzgué (mal, como se vio después) que admitir mi actividad política habría supuesto la tortura y una muerte cierta. Como judío me enviaron a Fossoli, cerca de Módena, donde en un vasto campo de concentración, antes destinado a los prisioneros de guerra ingleses y americanos, se estaba recogiendo a los pertenecientes a las numerosas categorías de personas no gratas al reciente gobierno fascista republicano.

En el momento de mi llegada, es decir a finales de enero de 1944, los judíos italianos en el campo eran unos ciento cincuenta pero, pocas semanas más tarde, su número llegaba a más de seiscientos. En la mayor parte de los casos se trataba de familias enteras, capturadas por los fascistas o por los nazis por su imprudencia o como consecuencia de una delación. Unos pocos se habían entregado espontáneamente, bien porque estaban desesperados de la vida de prófugos, bien porque no tenían medios de subsistencia o bien por no separarse de algún pariente capturado; o también, absurdamente, para «legalizarse». Había, además, un centenar de militares yugoslavos internados, y algunos otros extranjeros considerados políticamente sospechosos.

La llegada de una pequeña sección de las SS alemanas habría debido levantar sospechas incluso a los más optimistas, pero se llegó a interpretar de maneras diversas aquella novedad sin extraer la consecuencia más obvia, de manera que, a pesar de todo, el anuncio de la deportación encontró los ánimos desprevenidos.

El día 20 de febrero los alemanes habían inspeccionado el campo con cuidado, habían hecho reconvenciones públicas y vehementes al comisario italiano por la defectuosa organización del servicio de cocina y por la escasa cantidad de leña distribuida para la calefacción; habían incluso dicho que pronto iba a empezar a funcionar una enfermería. Pero la mañana del 21 se supo que al día siguiente los judíos iban a irse de allí. Todos, sin excepción. También los niños, también los viejos, también los enfermos. A dónde iban, no se sabía. Había que prepararse para quince días de viaje. Por cada uno que dejase de presentarse se fusilaría a diez.

Sólo una minoría de ingenuos y de ilusos se obstinó en la

esperanza: nosotros habíamos hablado largamente con los prófugos polacos y croatas, y sabíamos lo que quería decir salir de allí.

Para los condenados a muerte la tradición prescribe un ceremonial austero, apto para poner en evidencia cómo toda pasión y toda cólera están apaciguadas ya, cómo el acto de justicia no representa sino un triste deber hacia la sociedad, tal que puede ser acompañado por compasión hacia la víctima de parte del mismo ajusticiador. Por ello se le evita al condenado cualquier preocupación exterior, se le concede la soledad y, si lo desea, todo consuelo espiritual; se procura, en resumen, que no sienta a su alrededor odio ni arbitrariedad sino la necesidad y la justicia y, junto con el castigo, el perdón.

Pero a nosotros esto no se nos concedió, porque éramos demasiados, y había poco tiempo, y además ¿de qué teníamos que arrepentirnos y de qué ser perdonados? El comisario italiano dispuso, en fin, que todos los servicios siguieran cumpliéndose hasta el aviso definitivo; así, la cocina siguió funcionando, los encargados de la limpieza trabajaron como de costumbre, y hasta los maestros y profesores de la pequeña escuela dieron por la tarde su clase como todos los días. Pero aquella tarde a los niños no se les puso ninguna tarea.

Y llegó la noche, y fue una noche tal que se sabía que los ojos humanos no habrían podido contemplarla y sobrevivir. Todos se dieron cuenta de ello, ninguno de los guardianes, ni italianos ni alemanes, tuvo el ánimo de venir a ver lo que hacen los hombres cuando saben que tienen que morir.

Cada uno se despidió de la vida del modo que le era más propio. Unos rezaron, otros bebieron desmesuradamente, otros se embriagaron con su última pasión nefanda. Pero las madres velaron para preparar con amoroso cuidado la comida para el viaje, y lavaron a los niños, e hicieron el equipaje, y al amanecer las alambradas espinosas estaban llenas de ropa interior infantil puesta a secar; y no se olvidaron de los pañales, los juguetes, las almohadas, ni de ninguna de las cien pequeñas cosas que conocen tan bien y de las que los niños tienen siempre necesidad. ¿No haríais igual vosotras? Si fuesen a mataros mañana con vuestro hijo, ¿no le daríais de comer hoy?

En la barraca 6A vivía el viejo Gattegno, con su mujer y sus numerosos hijos y los nietos y los yernos y sus industriosas nueras. Todos los hombres eran leñadores; venían de Trípoli, después de muchos y largos desplazamientos, y siempre se habían llevado consigo los instrumentos de su oficio, y la batería

de cocina, y las filarmónicas y el violín para tocar y bailar después de la jornada de trabajo, porque eran gente alegre y piadosa. Sus mujeres fueron las primeras en despachar los preparativos del viaje, silenciosas y rápidas para que quedase tiempo para el duelo; y cuando todo estuvo preparado, el pan cocido, los hatos hechos, entonces se descalzaron, se soltaron los cabellos y pusieron en el suelo las velas fúnebres, y las encendieron siguiendo la costumbre de sus padres; y se sentaron en el suelo en corro para lamentarse, y durante toda la noche lloraron y rezaron. Muchos de nosotros nos paramos a su puerta y sentimos que descendía en nuestras almas, fresco en nosotros, el dolor antiguo del pueblo que no tiene tierra, el dolor sin esperanza del éxodo que se renueva cada siglo.

El amanecer nos atacó a traición; como si el sol naciente se aliase con los hombres en el deseo de destruirnos. Los distintos sentimientos que nos agitaban, de aceptación consciente, de rebelión sin frenos, de abandono religioso, de miedo, de desesperación, desembocaban, después de la noche de insomnio, en una incontrolable locura colectiva. El tiempo de meditar, el tiempo de asumir las cosas se había terminado, y cualquier intento de razonar se disolvía en un tumulto sin vínculos del cual, dolorosos como tajos de una espada, emergían en relámpagos, tan cercanos todavía en el tiempo y el espacio, los buenos recuerdos de nuestras casas.

Muchas cosas dijimos e hicimos entonces de las cuales es mejor que no quede el recuerdo.

Con la absurda exactitud a que más adelante tendríamos que acostumbrarnos, los alemanes tocaron diana. Al terminar, *Wieviel Stück?*, preguntó el alférez; y el cabo saludó dando el taconazo, y le contestó que las «piezas» eran seiscientos cincuenta, y que todo estaba en orden; entonces nos cargaron en las camionetas y nos llevaron a la estación de Carpi. Allí nos esperaba el tren y la escolta para el viaje. Allí recibimos los primeros golpes: y la cosa fue tan inesperada e insensata que no sentimos ningún dolor, ni en el cuerpo ni en el alma. Sólo un estupor profundo: ¿cómo es posible golpear sin cólera a un hombre?

Los vagones eran doce, y nosotros seiscientos cincuenta; en mi vagón éramos sólo cuarenta y cinco, pero era un vagón pequeño. Aquí estaba, ante nuestros ojos, bajo nuestros pies, uno de los famosos trenes de guerra alemanes, los que no

vuelven, aquéllos de los cuales, temblando y siempre un poco incrédulos, habíamos oído hablar con tanta frecuencia. Exactamente así, punto por punto: vagones de mercancías, cerrados desde el exterior, y dentro hombres, mujeres, niños, comprimidos sin piedad, como mercancías en docenas, en un viaje hacia la nada, en un viaje hacia allá abajo, hacia el fondo. Esta vez, dentro íbamos nosotros.

Todo el mundo descubre, tarde o temprano, que la felicidad perfecta no es posible, pero pocos hay que se detengan en la consideración opuesta de que lo mismo ocurre con la infelicidad perfecta. Los momentos que se oponen a la realización de uno y otro estado límite son de la misma naturaleza: se derivan de nuestra condición humana, que es enemiga de cualquier infinitud. Se opone a ello nuestro eternamente insuficiente conocimiento del futuro; y ello se llama, en un caso, esperanza y en el otro, incertidumbre del mañana. Se opone a ello la seguridad de la muerte, que pone limite a cualquier gozo, pero también a cualquier dolor. Se oponen a ello las inevitables preocupaciones materiales que, así como emponzoñan cualquier felicidad duradera, de la misma manera apartan nuestra atención continuamente de la desgracia que nos oprime y convierten en fragmentaria, y por lo mismo en soportable, su conciencia.

Fueron las incomodidades, los golpes, el frío, la sed, lo que nos mantuvo a flote sobre una desesperación sin fondo, durante el viaje y después. No el deseo de vivir, ni una resignación consciente: porque son pocos los hombres capaces de ello y nosotros no éramos sino una muestra de la humanidad más común.

Habían cerrado las puertas en seguida pero el tren no se puso en marcha hasta por la tarde. Nos habíamos enterado con alivio de nuestro destino. Auschwitz: un nombre carente de cualquier significado entonces para nosotros pero que tenía que corresponder a un lugar de este mundo.

El tren iba lentamente, con largas paradas enervantes. Desde la mirilla veíamos desfilar las altas rocas pálidas del valle del Ádige, los últimos nombres de las ciudades italianas. Pasamos el Breno a las doce del segundo día y todos se pusieron en pie pero nadie dijo una palabra. Yo tenía en el corazón el pensamiento de la vuelta, y se me representaba cruelmente cuál debería ser la sobrehumana alegría de pasar por allí otra vez, con unas puertas abiertas por donde ninguno desearía huir, y los primeros nombres italianos… y mirando a mi alrededor pensaba en cuántos, de todo aquel triste polvo humano, podrían estar señalados por el destino.

Entre las cuarenta y cinco personas de mi vagón tan sólo cuatro han vuelto a ver su hogar; y fue con mucho el vagón más afortunado.

Sufríamos de sed y de frío: a cada parada pedíamos agua a grandes voces, o por lo menos un puñado de nieve, pero en pocas ocasiones nos hicieron caso; los soldados de la escolta alejaban a quienes trataban de acercarse al convoy. Dos jóvenes madres, con sus hijos todavía colgados del pecho, gemían noche y día pidiendo agua. Menos terrible era para todos el hambre, el cansancio y el insomnio que la tensión y los nervios hacían menos penosos: pero las noches eran una pesadilla interminable.

Pocos son los hombres que saben caminar a la muerte con dignidad, y muchas veces no aquéllos de quienes lo esperaríamos. Pocos son los que saben callar y respetar el silencio ajeno. Nuestro sueño inquieto era interrumpido frecuentemente por riñas ruidosas y fútiles, por imprecaciones, patadas y puñetazos lanzados a ciegas para defenderse contra cualquier contacto molesto e inevitable. Entonces alguien encendía la lúgubre llama de una velita y ponía en evidencia, tendido en el suelo, un revoltijo oscuro, una masa humana confusa y continua, torpe y dolorosa, que se elevaba acá y allá en convulsiones imprevistas súbitamente sofocadas por el cansancio.

Desde la mirilla, nombres conocidos y desconocidos de ciudades austríacas, Salzburgo, Viena; luego checas, al final, polacas. La noche del cuarto día el frío se hizo intenso: el tren recorría interminables pinares negros, subiendo de modo perceptible. Había nieve alta. Debía de ser una vía secundaria, las estaciones eran pequeñas y estaban casi desiertas. Nadie trataba ya, durante las paradas, de comunicarse con el mundo exterior: nos sentíamos ya «del otro lado». Hubo entonces una larga parada en campo abierto, después continuó la marcha con extrema lentitud, y el convoy se paró definitivamente, de noche cerrada, en mitad de una llanura oscura y silenciosa.

Se veían, a los dos lados de la vía, filas de luces blancas y rojas que se perdían a lo lejos; pero nada de ese rumor confuso que anuncia de lejos los lugares habitados. A la luz mísera de la última vela, extinguido el ritmo de las ruedas, extinguido todo rumor humano, esperábamos que sucediese algo.

Junto a mí había ido durante todo el viaje, aprisionada como yo entre un cuerpo y otro, una mujer. Nos conocíamos hacía muchos años y la desgracia nos había golpeado a la vez pero poco sabíamos el uno del otro. Nos contamos entonces, en aquel

momento decisivo, cosas que entre vivientes no se dicen. Nos despedimos, y fue breve; los dos al hacerlo, nos despedíamos de la vida. Ya no teníamos miedo.

* * *

Nos soltaron de repente. Abrieron el portón con estrépito, la oscuridad resonó con órdenes extranjeras, con esos bárbaros ladridos de los alemanes cuando mandan, que parecen dar salida a una rabia secular. Vimos un vasto andén iluminado por reflectores. Un poco más allá, una fila de autocares. Luego, todo quedó de nuevo en silencio. Alguien tradujo: había que bajar con el equipaje, dejarlo junto al tren. En un momento el andén estuvo hormigueante de sombras: pero teníamos miedo de romper el silencio, todos se agitaban en torno a los equipajes, se buscaban, se llamaban unos a otros, pero tímidamente, a media voz.

Una decena de SS estaban a un lado, con aire indiferente, con las piernas abiertas. En determinado momento empezaron a andar entre nosotros y, en voz baja, con rostros de piedra, empezaron a interrogarnos rápidamente, uno a uno, en mal italiano. No interrogaban a todos, sólo a algunos. «¿Cuántos años? ¿sano o enfermo?» y según la respuesta nos señalaban dos direcciones diferentes.

Todo estaba silencioso como en un acuario, y como en algunas escenas de los sueños. Esperábamos algo más apocalíptico y aparecían unos simples guardias. Era desconcertante y desarmante. Hubo alguien que se atrevió a preguntar por las maletas: contestaron: «maletas después»; otro no quería separarse de su mujer: dijeron «después otra vez juntos»; muchas madres no querían separarse de sus hijos: dijeron «bien, bien, quedarse con hijo». Siempre con la tranquila seguridad de quien no hace más que su oficio de todos los días; pero Renzo se entretuvo un instante de más al despedirse de Francesca, que era su novia, y con un solo golpe en mitad de la cara lo tumbaron en tierra; era su oficio de cada día.

En menos de diez minutos todos los que éramos hombres útiles estuvimos reunidos en un grupo. Lo que fue de los demás, de las mujeres, de los niños, de los viejos, no pudimos saberlo ni entonces ni después: la noche se los tragó, pura y simplemente. Hoy sabemos que con aquella selección rápida y sumaria se había decidido de todos y cada uno de nosotros si podía o no trabajar útilmente para el Reich; sabemos que en los campos de Buna-Monowitz y Birkenau no entraron, de nuestro convoy, más que noventa y siete hombres y veintinueve mujeres y que de

todos los demás, que eran más de quinientos, ninguno estaba vivo dos días más tarde. Sabemos también que por tenue que fuese no siempre se siguió este sistema de discriminación entre útiles e improductivos y que más tarde se adoptó con frecuencia el sistema más simple de abrir los dos portones de los vagones, sin avisos ni instrucciones a los recién llegados. Entraban en el campo los que el azar hacía bajar por un lado del convoy; los otros iban a las cámaras de gas.

Así murió Emilia, que tenía tres años; ya que a los alemanes les parecía clara la necesidad histórica de mandar a la muerte a los niños de los judíos. Emilia, hija del ingeniero Aldo Levi de Milán, que era una niña curiosa, ambiciosa, alegre e inteligente a la cual, durante el viaje en el vagón atestado, su padre y su madre habían conseguido bañar en un cubo de zinc, en un agua tibia que el degenerado maquinista alemán había consentido en sacar de la locomotora que nos arrastraba a todos a la muerte.

Desaparecieron así en un instante, a traición, nuestras mujeres, nuestros padres, nuestros hijos. Casi nadie pudo despedirse de ellos. Los vimos un poco de tiempo como una masa oscura en el otro extremo del andén, luego ya no vimos nada.

Emergieron, en su lugar, a la luz de los faroles, dos pelotones de extraños individuos. Andaban en formación de tres en tres, con extraño paso embarazado, la cabeza inclinada hacia adelante y los brazos rígidos. Llevaban en la cabeza una gorra cómica e iban vestidos con un largo balandrán a rayas que aun de noche y de lejos se adivinaba sucio y desgarrado. Describieron un amplio círculo alrededor de nosotros, sin acercársenos y, en silencio, empezaron a afanarse con nuestros equipajes y a subir y a bajar de los vagones vacíos.

Nosotros nos mirábamos sin decir palabra. Todo era incomprensible y loco, pero habíamos comprendido algo. Ésta era la metamorfosis que nos esperaba. Mañana mismo seríamos nosotros una cosa así.

Sin saber cómo, me encontré subido a un autocar con unos treinta más; el autocar arrancó en la noche a toda velocidad; iba cubierto y no se podía ver nada afuera pero por las sacudidas se veía que la carretera tenía muchas curvas y cunetas. ¿No llevábamos escolta? ¿…tirarse afuera? Demasiado tarde, demasiado tarde, todos vamos hacia «abajo». Por otra parte, nos habíamos dado cuenta de que no íbamos sin escolta: teníamos una extraña escolta. Era un soldado alemán erizado de armas; no lo vemos porque hay una oscuridad total, pero

sentimos su contacto duro cada vez que una sacudida del vehículo nos arroja a todos en un montón a la derecha o a la izquierda. Enciende una linterna de bolsillo y en lugar de gritarnos «Ay de vosotras, almas depravadas» nos pregunta cortésmente a uno por uno, en alemán y en lengua franca, si tenemos dinero o relojes para dárselos: total, no nos van a hacer falta para nada. No es una orden, esto no está en el reglamento: bien se ve que es una pequeña iniciativa privada de nuestro caronte. El asunto nos suscita cólera y risa, y una extraña sensación de alivio.

En el fondo

El viaje duró sólo una veintena de minutos. Luego el autocar se detuvo y vimos una gran puerta, y encima un letrero muy iluminado (cuyo recuerdo todavía me asedia en sueños): «Arbeit Macht Frei», el trabajo nos hace libres.

Bajamos, nos hacen entrar en una sala vasta y vacía, ligeramente templada. ¡Qué sed teníamos! El débil murmullo del agua en los radiadores nos enfurecía: hacía cuatro días que no bebíamos. Y hay un grifo: encima un cartel donde dice que está prohibido beber porque el agua está envenenada. Estupideces, a mí me parece evidente que el cartel es una burla, «ellos» saben que nos morimos de sed y nos meten en una sala, y hay allí un grifo, y *Wassertrinken verbotten*. Yo bebo, e incito a mis compañeros a hacerlo, pero tengo que escupir, el agua está tibia y dulzona, huele a ciénaga.

Esto es el infierno. Hoy, en nuestro tiempo, el infierno debe de ser así, una sala grande y vacía y nosotros cansados teniendo que estar en pie, y hay un grifo que gotea y el agua no se puede beber, y esperamos algo realmente terrible y no sucede nada y sigue sin suceder nada. ¿Cómo vamos a pensar? No se puede pensar ya, es como estar ya muertos. Algunos se sientan en el suelo. El tiempo trascurre gota a gota.

No estamos muertos; la puerta se ha abierto y ha entrado un SS, está fumando. Nos mira sin prisa, pregunta, «Wer kann Deutsch?», se adelanta de entre nosotros uno que no he visto nunca, se llama Flesch; él va a ser nuestro intérprete. El SS habla largamente, calmosamente: el intérprete traduce. Tenemos que ponernos en filas de cinco, separados dos metros uno de otro; luego tenemos que desnudarnos y hacer un hato con las ropas de una manera determinada, las cosas de lana por

un lado y todo lo demás por otro, quitarnos los zapatos pero tener mucho cuidado para que no nos los roben.

Robárnoslos ¿quién? ¿Por qué iban a querer robarnos los zapatos? ¿Y nuestros documentos, lo poco que tenemos en los bolsillos, los relojes? Todos miramos al intérprete, y el intérprete le preguntó al alemán, y el alemán fumaba y lo miró de hito en hito como si fuese transparente, como si no hubiese dicho nada.

Nunca habíamos visto a viejos desnudos. El señor Bergmann llevaba un cinturón de herniado y le preguntó al intérprete si tenía que quitárselo, y el intérprete se quedó dudando. Pero el alemán lo entendió y habló seriamente al intérprete señalando a algunos; vimos que el intérprete tragaba saliva, y después dijo:

—El alférez dice que se quite el cinturón y que le darán el del señor Coen.

Las palabras se veían salir amargamente de la boca de Flesch, era su modo de reírse del alemán.

Luego llegó otro alemán, y dijo que pusiésemos los zapatos en una esquina, y los pusimos, porque ya no hay nada que hacer y nos sentimos fuera del mundo y lo único que nos queda es obedecer. Llega uno con una escoba y barre todos los zapatos, fuera de la puerta, en un montón. Está loco, los mezcla todos, noventa y seis pares, estarán desparejados. La puerta da al exterior, entra un viento helado y nosotros estamos desnudos, y nos cubrimos el vientre con las manos. El viento golpea y cierra la puerta; el alemán vuelve a abrirla y se queda mirando con aire absorto cómo nos contorsionamos para protegernos del viento los unos tras de los otros; luego se va y cierra.

Ahora es el segundo acto. Entran violentamente cuatro con navajas de afeitar, brochas y maquinillas rapadoras, llevan pantalones y chaquetas a rayas, un número cosido sobre el pecho; tal vez son de la misma clase que aquellos otros de esta tarde (¿esta tarde o ayer por la tarde?); pero éstos están robustos y floridos. Les hacemos muchas preguntas, pero ellos nos cogen y en un momento nos encontramos pelados y rapados. ¡Qué caras de idiotas tenemos sin pelo! Los cuatro hablan una lengua que no nos parece de este mundo, es seguro que no es alemán porque yo el alemán lo entiendo un poco.

Por fin se abre otra puerta: y aquí estamos todos encerrados, desnudos, tapados, de pie, con los pies metidos en el agua, es una sala de duchas. Estamos solos, y poco a poco se nos pasa el estupor y nos ponemos a hablar, y todos preguntan y ninguno contesta. Si estamos desnudos en una sala de duchas quiere decir que vamos a ducharnos. Si vamos a ducharnos es

porque no nos van a matar todavía. Y entonces por qué nos hacen estar de pie, y no nos dan de beber, y nadie nos explica nada, y no tenemos zapatos ni ropas sino que estamos desnudos con los pies metidos en el agua, y hace frío y hace cinco días que estamos viajando y ni siquiera podemos sentarnos.

¿Y nuestras mujeres?

El ingeniero Levi me pregunta si pienso que también nuestras mujeres estarán así como nosotros en estos momentos, y que dónde estarán, y si podremos volver a verlas. Le contesto que sí porque él está casado y tiene una niña; naturalmente que las veremos. Pero ahora mi idea es que todo esto es un gran montaje para reírse de nosotros y vilipendiarnos, y está claro que luego van a matarnos, quien crea que va a vivir está loco, quiero decir que se ha vuelto loco, yo no, yo me he dado cuenta de que pronto habremos terminado, tal vez en esta misma sala, cuando se hayan aburrido de vernos desnudos dando saltos primero con un pie y luego con el otro y tratando de sentarnos en el suelo de vez en cuando, pero en el suelo hay tres dedos de agua fría y no podemos sentarnos.

Andamos de arriba abajo, sin sentido, y hablamos, cada uno de nosotros hablamos con todos los demás, hacemos un gran barullo. Se abre la puerta, entra un alemán, es el alférez de antes; habla brevemente, el intérprete lo traduce.

—El alférez dice que tenéis que callaros porque esto no es una escuela rabínica.

Se ve que estas palabras no suyas, estas palabras malvadas le tuercen la boca al salir, como si escupiese un bocado asqueroso. Le pedimos que le pregunte lo que estamos esperando, cuánto tiempo vamos a estar aquí, qué es de nuestras mujeres, todo: pero dice que no, que no quiere preguntárselo. Este Flesch, que se pliega de muy mala gana a traducir al italiano las gélidas frases alemanas, y no quiere traducir al alemán nuestras preguntas porque sabe que es inútil, es un judío alemán de unos cincuenta años que tiene en la cara una gran cicatriz de una herida que recibió luchando contra los italianos en el Piave, Es un hombre cerrado y taciturno por quien experimento un respeto instintivo porque noto que ha empezado a sufrir antes que nosotros.

El alemán se va y nosotros ahora estamos callados, aunque nos avergoncemos un poco de estar callados. Era aún de noche, nos preguntábamos si veríamos la luz del día. Otra vez se abrió la puerta, y entró uno vestido a rayas. Era distinto de los otros, más viejo, con lentes, una cara más civilizada, y era mucho

menos robusto. Nos habló, y hablaba italiano.

Ya estamos cansados de asombrarnos. Nos parece que estamos asistiendo a algún drama insensato, de esos dramas en los que aparecen en escena las brujas, el Espíritu Santo y el demonio. Habla italiano mal, con mucho acento extranjero. Ha hablado mucho tiempo, es muy cortés, trata de contestar todas nuestras preguntas.

Estamos en Monowitz, cerca de Auschwitz, en la Alta Silesia; una región habitada a la vez por alemanes y polacos. Este campo es un campo de trabajo, en alemán se dice *ArbeitsLager* todos los prisioneros (son cerca de diez mil) trabajan en una fábrica de goma que se llama Buna, de manera que el mismo campo se llama Buna.

Nos darán zapatos y ropa, no las nuestras: otros zapatos, otras ropas, como los suyos. Ahora estamos desnudos porque van a ducharnos y a desinfectamos, cosa que harán inmediatamente después de diana, porque en el campo no se entra si no se está desinfectado.

Sí, tendremos que trabajar, todos aquí tienen que trabajar. Pero hay trabajos y trabajos: él, por ejemplo, es médico, es un médico húngaro que ha estudiado en Italia, es el dentista del *Lager*. Está en el *Lager* desde hace cuatro años (no en éste, Buna sólo existe desde hace un año y medio) y, sin embargo, lo podemos ver, está bien, no está demasiado delgado. ¿Por qué está en un *Lager*? ¿Es judío como nosotros?

—No —dice sencillamente—, yo soy un criminal.

Le hacemos muchas preguntas, él se ríe de vez en cuando, contesta a unas y a otras no, se ve que evita ciertas cuestiones. De las mujeres no dice nada: dice que están bien, que las veremos pronto, pero no dice cómo ni dónde. En vez de eso nos cuenta otras cosas, extrañas y locas, puede que él se esté burlando también de nosotros. Puede que esté loco: en el *Lager* uno se vuelve loco. Dice que todos los domingos hay conciertos y partidos de fútbol, dice que quien boxea bien puede llegar a ser cocinero. Dice que quien trabaja bien gana buenos premios con los que puede comprarse tabaco y jabón. Dice que realmente el agua no es potable y que en su lugar se distribuye todos los días un sucedáneo de café, pero que generalmente nadie lo bebe porque la sopa está tan aguada que satisface la sed. Le pedimos que nos dé algo de beber y dice que no puede, que ha venido a vernos a escondidas, saltándose la prohibición de los SS porque todavía estamos sin desinfectar, y que tiene que irse en seguida; ha venido porque los italianos le son simpáticos y porque, según

dice, «tiene el corazón blando». Le preguntamos entonces si hay más italianos en el campo y dice que hay algunos, pocos, no sabe cuántos, y luego súbitamente cambia de conversación. Mientras tanto ha sonado una campana y se ha ido rápidamente dejándonos atónitos y desconcertados. Hay quien se siente reanimado, pero yo no, yo sigo pensando que también este dentista, este individuo incomprensible, ha querido divertirse a costa nuestra, y no quiero creer una palabra de lo que ha dicho.

Al sonar la campana se ha oído despertar al oscuro campo. Inesperadamente el agua ha empezado a caer, hirviendo, de las duchas, cinco minutos de beatitud; pero inmediatamente después irrumpen cuatro tipos (puede que los barberos) que, empapados y humeantes, nos echan a gritos y empellones a la sala contigua, que está helada; aquí, otras personas que gritan nos echan encima no sé qué andrajos y nos arrojan a las manos un par de zapatones de suela de madera; sin tiempo para entender lo que pasa nos encontramos ya al aire libre, sobre la nieve azul y helada del amanecer y, descalzos y desnudos, con el ajuar en la mano, tenemos que correr hasta otra barraca, a un centenar de metros. Aquí podemos vestirnos.

Al terminar, nos quedamos cada uno en nuestro rincón y no nos atrevemos a levantar la mirada hacia los demás. No hay donde mirarse, pero tenemos delante nuestra imagen, reflejada en cien rostros lívidos, en cien peleles miserables y sórdidos. Ya estamos transformados en los fantasmas que habíamos vislumbrado anoche.

Entonces por primera vez nos damos cuenta de que nuestra lengua no tiene palabras para expresar esta ofensa, la destrucción de un hombre. En un instante, con intuición casi profética, se nos ha revelado la realidad: hemos llegado al fondo. Más bajo no puede llegarse: una condición humana más miserable no existe, y no puede imaginarse. No tenemos nada nuestro: nos han quitado las ropas, los zapatos, hasta los cabellos; si hablamos no nos escucharán, y si nos escuchasen no nos entenderían. Nos quitarán hasta el nombre: y si queremos conservarlo deberemos encontrar en nosotros la fuerza de obrar de tal manera que, detrás del nombre, algo nuestro, algo de lo que hemos sido, permanezca.

Sabemos que es difícil que alguien pueda entenderlo, y está bien que sea así, Pero pensad cuánto valor, cuánto significado se encierra aun en las más pequeñas de nuestras costumbres cotidianas, en los cien objetos nuestros que el más humilde mendigo posee: un pañuelo, una carta vieja, la foto de una persona querida. Estas cosas son parte de nosotros, casi como

miembros de nuestro cuerpo; y es impensable que nos veamos privados de ellas, en nuestro mundo, sin que inmediatamente encontremos otras que las substituyan, otros objetos que son nuestros porque custodian y suscitan nuestros recuerdos.

Imaginaos ahora un hombre a quien, además de a sus personas amadas, se le quiten la casa, las costumbres, las ropas, todo, literalmente todo lo que posee: será un hombre vacío, reducido al sufrimiento y a la necesidad, falto de dignidad y de juicio, porque a quien lo ha perdido todo fácilmente le sucede perderse a sí mismo; hasta tal punto que se podrá decidir sin remordimiento su vida o su muerte prescindiendo de cualquier sentimiento de afinidad humana; en el caso más afortunado, apoyándose meramente en la valoración de su utilidad. Comprenderéis ahora el doble significado del término «Campo de aniquilación», y veréis claramente lo que queremos decir con esta frase: yacer en el fondo.

Häftling: me he enterado de que soy un *Häftling*. Me llamo 174517; nos han bautizado, llevaremos mientras vivamos esta lacra tatuada en el brazo izquierdo.

La operación ha sido ligeramente dolorosa y extraordinariamente rápida: nos han puesto en fila a todos y, uno por uno, siguiendo el orden alfabético de nuestros nombres, hemos ido pasando por delante de un hábil funcionario provisto de una especie de punzón de aguja muy corta. Parece que ésta ha sido la iniciación real y verdadera: sólo «si enseñas el número» te dan el pan y la sopa. Hemos necesitado varios días y no pocos bofetones y puñetazos para que nos acostumbrásemos a enseñar el número diligentemente, de manera que no entorpeciésemos las operaciones cotidianas de abastecimiento; hemos necesitado semanas y meses para aprender a entenderlo en alemán. Y durante muchos días, cuando la costumbre de mis días de libertad me ha hecho ir a mirar la hora en el reloj de pulsera he visto irónicamente mi nombre nuevo, el número punteado en signos azulosos bajo la epidermis.

Sólo mucho más tarde, y poco a poco, algunos de nosotros hemos aprendido algo de la fúnebre ciencia de los números de Auschwitz, en la que se compendian las etapas de la destrucción del judaísmo en Europa. A los veteranos en el campo el número se lo dice todo: la época de ingreso en él, el convoy del que formaban parte y, por consiguiente, la nacionalidad. Cualquiera tratará con respeto a los números del 30.000 al 80.000: ya no quedan más que algunos centenares, y marcan a los pocos supervivientes de los *ghettos* polacos. Hace falta tener los ojos bien abiertos cuando se entra en relaciones comerciales con un

116.000 o 117.000: han quedado reducidos a una cuarentena, pero se trata de los griegos de Salónica, no hay que dejarse embaucar. En cuanto a los números altos tienen una nota de comicidad esencial, como sucede con los términos «matrícula» y «conscripto» en la vida normal: el número alto típico es un individuo panzudo, dócil y memo a quien puedes hacerle creer que en la enfermería distribuyen zapatos de cuero para los individuos de pies delicados, y convencerle de que se vaya corriendo hasta allí y te deje su escudilla de sopa «para que se la guardes»; puedes venderle una cuchara por tres raciones de pan; puedes mandarle al más feroz de los *Kapos*, a preguntarle (¡y me ha sucedido a mí!) si es verdad que el suyo es el *KartoffelschalenKommando*, el *Kommando* de Pelar Patatas, y si puede enrolarse en él.

* * *

Por otra parte, todo nuestro proceso de inserción en este orden nuevo sucede en clave grotesca y sarcástica. Terminada la operación de tatuaje nos han encerrado en una barraca donde no hay nadie. Las literas están hechas, pero nos han prohibido severamente tocarlas o sentarnos encima: así, damos vueltas sin sentido durante medio día por el breve espacio disponible, todavía atormentados por la sed furiosa del viaje. Después se ha abierto la puerta, y ha entrado un muchacho de traje a rayas, con aire bastante educado, bajo, delgado y rubio. Habla francés y muchos nos echamos encima agobiándolo con todas las preguntas que hasta ahora nos hemos hecho inútilmente los unos a los otros.

Pero no habla de buena gana: nadie aquí habla verdaderamente de buena gana. Somos nuevos, no tenemos nada y no sabemos nada; ¿para qué perder el tiempo con nosotros? Nos explica de mala gana que todos los demás están fuera trabajando, y que volverán por la noche. El ha salido de la enfermería esta mañana, por hoy está dispensado del trabajo. Yo le pregunto (con una ingenuidad que sólo pocos días más tarde me parecería fabulosa) si nos iban a devolver por lo menos los cepillos de dientes; no se rió, sino que, con expresión llena de intenso desprecio, me contestó, *Vous n'êtes pas à la maison*. Y éste es el estribillo que todos nos repiten: no estáis ya en vuestra casa, esto no es un sanatorio, de aquí sólo se sale por la Chimenea (¿qué quería decir?, lo aprenderíamos más tarde).

Y precisamente: empujado por la sed le he echado la vista encima a un gran carámbano que había por fuera de una ventana al alcance de la mano. Abrí la ventana, arranqué el

carámbano, pero inmediatamente se ha acercado un tipo alto y gordo que estaba dando vueltas afuera y me lo ha arrancado brutalmente.

—*Warum?* —le pregunté en mi pobre alemán.

—*Hier ist kein warum* (aquí no hay ningún porqué) —me ha contestado, echándome dentro de un empujón.

La explicación es sencilla, aunque revuelva el estómago: en este lugar está prohibido todo, no por ninguna razón oculta sino porque el campo se ha creado para ese propósito. Si queremos seguir viviendo tenemos que aprenderlo rápidamente:

El Santo Rostro no se halla aquí expuesto ni esto es baño en el Serquio…

Una hora tras otra, esta primera jornada larguísima del anteinfierno llega a su fin. Mientras se pone el sol en un vértice de feroces nubes sanguinolentas, nos hacen por fin salir del barracón. ¿Van a darnos de beber? No, vuelven a ponernos en fila, nos llevan a una vasta explanada que ocupa el centro del campo y nos colocan meticulosamente en formación. Luego, de nuevo pasa otra hora sin que ocurra nada: parece que estamos esperando a alguien.

Una banda empieza a tocar junto a la puerta del campo: toca *Rosamunda*, la famosa canción sentimental, y nos parece tan extraño que nos miramos sonriendo burlonamente; surge en nosotros un amago de alivio, puede que todas estas ceremonias no sean más que una payasada colosal al gusto germánico. Pero la banda, al terminar *Rosamunda*, sigue tocando otras marchas, una tras otra, y he aquí que aparecen los pelotones de nuestros compañeros que vuelven del trabajo. Vienen en columnas de cinco: tienen un modo de andar extraño, inhumano, duro, como fantoches rígidos que sólo tuviesen huesos: pero andan marcando escrupulosamente el tiempo de la música.

También, como nosotros, se colocan en orden minucioso en la vasta explanada; cuando ha entrado el último pelotón nos cuentan y vuelven a contar; durante más de una hora se llevan a cabo largas revisiones que parecen dirigidas por un tipo vestido a rayas que responde a un grupito de SS formado en orden de combate.

Por fin (ya es de noche pero el campo está vivamente iluminado por faroles y reflectores) se oye gritar «Absperre» y las formaciones se deshacen en un enjambre confuso y turbulento. Ahora andan ya rígidos y embarazados como antes: todos se arrastran con evidente esfuerzo. Advierto que todos

llevan en la mano o colgando de la cintura una escudilla de hojalata tan grande como una palangana.

También los recién llegados damos vueltas entre la multitud en busca de una voz, de un rostro amigo, de un guía. Contra las paredes de madera de un barracón están apoyados, sentados en el suelo, dos muchachos: parecen jovencísimos, de unos diez y seis años como mucho, los dos tienen la cara y las manos sucias de hollín. Uno de los dos, mientras pasamos, me llama y me pregunta en alemán algunas cosas que no entiendo; luego me pregunta de dónde venimos.

—*Italien* —le contesto—; querría preguntarle muchas otras cosas, pero mi vocabulario alemán es limitadísimo.

—¿Eres judío? —le pregunto.

—Sí, judío polaco.

—¿Desde cuándo estás en el *Lager*?

—Tres años —y me muestra tres dedos.

Debe de haber entrado siendo un niño, pienso con horror; por otra parte, esto significa que por lo menos alguien puede vivir aquí.

—¿En qué trabajas?

—*Schlosser* —me contesta. No le entiendo—: *Eisen; Feuer* (hierro, fuego).

Insiste, y hace señales con las manos como de quien golpea con el martillo sobre un yunque. Así que es un herrero.

—*Ich Chemiker* —le confío yo; y él asiente gravemente con la cabeza—, *Chemiker gut*. —Pero todo esto se refiere a un futuro lejano: lo que en este momento me atormenta es la sed.

—Beber, agua. Nosotros no agua —le digo.

Él me mira con cara seria, casi severa, y me dice separando las sílabas:

—No bebas agua, compañero —y luego otras palabras que no entiendo.

—*Warum?*

—*Geschwollen* —contesta telegráficamente: yo muevo la cabeza porque no le he comprendido.

«Hinchado», me lo hace entender hinchando los carrillos e indicando con las manos una monstruosa hinchazón de la cara y el vientre.

—*Warten bis heute abend.* «Esperar hasta esta noche»,

traduzco yo palabra por palabra.

Luego me dice:

—*Ich Shloime. Du?*

Le digo cómo me llamo, y me pregunta:

—¿Dónde tu madre?

—En Italia.

Shloime se asombra:

—¿Judía en Italia?

—Sí —le explico del mejor modo que sé—, escondida, nadie lo sabe, escapar, no hablar, nadie verlo.

Me ha entendido; ahora se pone de pie, se me acerca y me abraza tímidamente. La aventura ha terminado, y me siento lleno de una tristeza que es casi una alegría. No he vuelto a ver a Shloime, pero no he olvidado su cara grave y mansa de muchacho que me acogió en el umbral de la casa de los muertos.

Nos quedan por aprender muchísimas cosas, pero hemos aprendido ya muchas. Tenemos una idea de la topografía del *Lager*; este *Lager* nuestro es un cuadrado de unos seiscientos metros de lado, rodeado por dos alambradas de púas, la interior de las cuales está recorrida por alta tensión. Está constituido por sesenta barracones de madera que se llaman *Blocks*, de los que una decena está en construcción: hay que añadir el cuerpo de las cocinas, que es de ladrillo, una fábrica experimental que dirigen un destacamento de *Häftlinge* privilegiados; los barracones de las duchas y de las letrinas, uno por cada seis u ocho *Blocks*. Además, algunos *Blocks* están dedicados a funciones particulares. Antes que ninguno, un grupo de ocho, al extremo este del campo, constituye la enfermería y el ambulatorio; luego está el *Block 24* que es el *KäftzeBlock*, reservado a los sarnosos; el *Block 7*, en donde nunca ha entrado ningún *Häftling* corriente, reservado a la *Prominenz*, es decir, a la aristocracia, a los internados que desempeñan las funciones más altas; el *Block 47*, reservado a los *Reichsdeutsche* (a los alemanes arios, políticos o criminales); el *Block 49*, sólo para *Kapos*; el *Block 12*, la mitad del cual, para el uso de los *Reichsdeutsche* y los *Kapos*, funciona como *Kantine*, es decir, como distribuidora de tabaco, insecticida en polvo y ocasionalmente otros artículos; el *Block 37*, que contiene la Funeraria Central y la Oficina de Trabajo; y para terminar el *Block 29*, que tiene las ventanas siempre cerradas porque es el *FrauenBlock*, el prostíbulo del campo, servido por las muchachas

polacas *Häftlinge*, y reservado a los *Reichsdeutsche*.

Los *Blocks* comunes de viviendas estás divididos en dos locales; en uno (*Tagesraum*) vive el jefe del barracón con sus amigos: tienen una mesa larga, sillas, bancos; por todas partes un montón de objetos extraños de colores vivos, fotografías, recortes de revistas, dibujos, flores artificiales, adornos; grandes letreros en la pared, proverbios y aleluyas que encomian el orden, la disciplina, la higiene; en un rincón, una vitrina con los instrumentos del *Blockfrisör* (el barbero autorizado), los cucharones para repartir la sopa y dos vergajos de goma, el lleno y el vacío, para mantener la misma disciplina. El otro local es el dormitorio; en él no hay más que ciento cuarenta y ocho literas de tres pisos, dispuestas apretadamente como las celdas de una colmena, de modo que se aprovechen todos los metros cúbicos del espacio, hasta el techo, y separadas por tres pasillos; aquí viven los *Häftlinge* corrientes, doscientos o doscientos cincuenta por barracón, por consiguiente dos en una buena parte de cada una de las literas, que son tablas de madera movibles, provistas de un delgado saco de paja y de dos mantas cada una. Los pasillos de desahogo son tan estrechos que difícilmente pueden pasar dos personas; la superficie total del suelo es tan poca que los habitantes del mismo *Block* no pueden estar dentro a la vez si por lo menos la mitad no están echados en las literas. De ahí la prohibición de entrar en un *Block* al que no se pertenece.

En medio del *Lager* está la plaza del Pase de Lista, vastísima, donde nos reunimos por las mañanas para formar los pelotones de trabajo, y por la noche para que nos cuenten. Frente a la plaza de la Lista hay un arriate de hierba cuidadosamente segada donde se alza la horca cuando llega la ocasión.

Hemos aprendido bien pronto que los huéspedes del *Lager* se dividen en tres categorías: los criminales, los políticos y los judíos. Todos van vestidos a rayas, todos son *Häftlinge*, pero los criminales llevan junto al número, cosido en la chaqueta, un triángulo verde; los políticos un triángulo rojo; los judíos, que son la mayoría, llevan la estrella hebraica, roja y amarilla. Hay SS pero pocos y fuera del campo, y se ven relativamente poco: nuestros verdaderos dueños son los triángulos verdes, que tienen plena potestad sobre nosotros, y además aquéllos de las otras dos categorías que se prestan a secundarles: y que no son pocos.

Y hay otra cosa que hemos aprendido, más o menos rápidamente, según el carácter de cada cual; a responder *Jawohl*, a no hacer preguntas, a fingir siempre que hemos

entendido. Hemos aprendido el valor de los alimentos; ahora también nosotros raspamos diligentemente el fondo de la escudilla después del rancho, y nos la ponemos bajo el mentón cuando comemos pan para no desperdiciar las migas. También sabemos ahora que no es lo mismo recibir un cucharón de sopa de la superficie que del fondo del caldero y ya estamos en condiciones de calcular, basándonos en la capacidad de los distintos calderos, cuál es el sitio más conveniente al que aspirar cuando hay que hacer cola.

Hemos aprendido que todo es útil; el hilo de alambre para atarse los zapatos; los harapos para convertirlos en plantillas para los pies; los papeles, para rellenar (ilegalmente) la chaqueta y protegerse del frío. Hemos aprendido que en cualquier parte pueden robarte, o mejor, que te roban automáticamente en cuanto te falla la atención; y para evitarlo hemos tenido que aprender el arte de dormir con la cabeza sobre un lío hecho con la chaqueta que contiene todo cuanto poseemos, de la escudilla a los zapatos.

Conocemos ya buena parte del reglamento del campo, que es extraordinariamente complicado. Las prohibiciones son innumerables: acercarse más de dos metros a las alambradas; dormir con la chaqueta puesta, sin calzoncillos o con el gorro puesto; usar determinados lavabos o letrinas que son *nur für Kapos* o *nur für Reichsdeutsche*; no ir a la ducha los días prescritos, e ir los días no prescritos; salir del barracón con la chaqueta desabrochada o con el cuello levantado; llevar debajo de la ropa papel o paja contra el frío; lavarse si no es con el torso desnudo.

Infinitos e insensatos son los ritos que hay que cumplir: cada día por la mañana hay que hacer «la cama» dejándola completamente lisa; sacudir los zuecos fangosos y repugnantes de la grasa de las máquinas, raspar de las ropas las manchas de fango (las manchas de barniz, de grasa y de herrumbre se admiten, sin embargo); por las noches hay que someterse a la revisión de los piojos y a la revisión del lavado de los pies; los sábados hay que afeitarse la cara y la cabeza, remendarse o dar a remendar los harapos; los domingos, someterse a la revisión general de la sarna, y a la revisión de los botones de la chaqueta, que tienen que ser cinco.

Además, se dan innumerables circunstancias, normalmente insignificantes, que se convierten en problemas. Cuando las uñas están largas hay que cortárselas, lo que no se puede hacer sino con los dientes (para las uñas de los pies es suficiente el roce de los zapatos); si un botón se pierde hay que saber cosérselo con

un hilo de alambre; si se va a la letrina o al lavabo hay que llevarse todo consigo, siempre y en cualquier parte, y mientras uno se lava los ojos tiene que tener el lío de la ropa bien cogido entre las rodillas: si no fuese así, en aquel preciso momento se lo robarían. Si un zapato hace daño hay que acudir por la tarde a la ceremonia del cambio de zapatos: en ella se pone a prueba la pericia del individuo, que en medio de un increíble montón tiene que saber elegir con un rápido vistazo un zapato (no un par) que le esté bien, porque una vez que lo ha elegido no se le permiten más cambios.

Y no creáis que los zapatos, en la vida del *Lager*, son un factor sin importancia. La muerte empieza por los zapatos: se han convertido, para la mayoría de nosotros en auténticos instrumentos de tortura que, después de las largas horas de marcha, ocasionan dolorosas heridas las cuales fatalmente se infectan. Quien las padece está obligado a andar como si tuviese una bala en el pie (y he aquí por qué andan tan extrañamente los ejércitos de larvas que cada noche vuelven desfilando); llega a todas partes el último y por todas partes recibe golpes; no puede huir si lo persiguen; se le hinchan los pies, y cuanto más se le hinchan más insoportable le resulta el roce con la madera y la tela de los zapatos. Entonces lo único que le queda es el hospital: pero entrar en el hospital con el diagnóstico de *dicke Füsse* (pies hinchados) es extraordinariamente peligroso, porque es bien sabido por todos, y especialmente por los SS, que de este mal aquí es imposible curarse.

Y a todo esto todavía no hemos tenido en cuenta el trabajo, que a su vez es una maraña de leyes, de tabúes y de problemas.

Todos trabajamos, excepto los enfermos (lograr ser declarado enfermo supone de por sí un importante bagaje de sabiduría y de experiencia). Todas las mañanas salimos en formación del campo de Buna; todas las tardes, en formación, volvemos a él. Por lo que se refiere al trabajo estamos subdivididos en unos doscientos *Kommandos* cada uno de los cuales consta de quince a ciento cincuenta hombres bajo el mando de un *Kapo*. Hay *Kommando*s buenos y malos: en su mayor parte están adscritos a los transportes y el trabajo es muy duro, especialmente en invierno, aunque no sea más que por desarrollarse siempre al aire libre. También hay *Kommando*s de especialistas (electricistas, herreros, albañiles, soldadores, mecánicos, picapedreros, etcétera) que están adscritos a determinadas oficinas o departamentos de la Buna, dependientes de modo más directo de *Meister* civiles, en su mayoría alemanes y polacos: esto, naturalmente, sucede sólo durante las horas de

trabajo: durante el resto de la jornada los especialistas (en total no son más de trescientos o cuatrocientos) no reciben un trato distinto del de los trabajadores comunes. En la asignación de los individuos a los distintos *Kommando*s decide un oficial especial del *Lager*, el *Arbeitsdienst*, que está en continua relación con la dirección civil de la Buna. El *Arbeitsdienst* toma las decisiones siguiendo criterios desconocidos, a menudo basándose abiertamente en el favoritismo y la corrupción, de manera que si alguien consigue hacerse con algo de comer puede estar prácticamente seguro de obtener un buen puesto en la Buna.

El horario de trabajo cambia según la estación. Todas las horas de luz son horas de trabajo: por ello se va de un horario mínimo de invierno (de 8 a 12 y de 12.30 a 16) a uno máximo de verano (de 6.30 a 12 y de 13 a 18). Bajo ningún concepto pueden los *Häftlinge* estar trabajando durante las horas de oscuridad o cuando haya una niebla densa, mientras se trabaja regularmente cuando llueve o nieva o (caso muy frecuente) cuando sopla el feroz viento de los Cárpatos; esto en relación con el hecho de que la oscuridad o la niebla podrían proporcionar ocasión para las tentativas de fuga.

Un domingo de cada dos es día normal de trabajo; los domingos que se llaman festivos se trabaja en realidad generalmente en la conservación del *Lager*, de manera que los días de reposo real son extraordinariamente raros.

Ésta habrá de ser nuestra vida. Cada día, según el ritmo establecido, *Ausrücken* y *Einrücken*, salir y entrar; trabajar, dormir y comer; ponerse enfermo, curarse o morir.

…¿Y hasta cuándo? Pero los antiguos se ríen de esta pregunta: en esta pregunta se reconoce a los recién llegados. Se ríen y no contestan: para ellos, hace meses, años, que el problema del futuro remoto se ha descolorido, ha perdido toda su agudeza, frente a los mundos más urgentes y concretos problemas del futuro próximo: cuándo comeremos hoy, si nevará, si habrá que descargar carbón.

Si fuésemos razonables tendríamos que resignarnos a esta evidencia: que nuestro destino es perfectamente desconocido, que cualquier conjetura es arbitraria y totalmente privada de cualquier fundamento real. Pero los hombres son muy raramente razonables cuando lo que está en juego es su propio destino; en cualquier caso prefieren las posturas extremas; por ello, según su carácter, entre nosotros los hay que se han convencido inmediatamente de que todo está perdido, de que no podemos seguir viviendo y de que el fin está cerca y es seguro; otros, que

por muy dura que sea la vida que nos espera aquí, la salvación es probable y no está lejos, y que si tenemos fe y fuerza volveremos a ver nuestro hogar y a nuestros seres queridos. Los dos grupos, los pesimistas y los optimistas, no están, por otra parte, tan diferenciados: no ya porque los agnósticos sean muchos sino porque la mayoría, sin memoria ni coherencia, oscila entre las dos posturas limite según sus interlocutores del momento.

Heme aquí, por consiguiente, llegado al fondo. A borrar con una esponja el pasado, el futuro se aprende pronto si os obliga la necesidad. Quince días después del ingreso tengo ya el hambre reglamentaria, un hambre crónica desconocida por los hombres libres, que por la noche nos hace soñar y se instala en todos los miembros de nuestro cuerpo; he aprendido ya a no dejarme robar, y si encuentro una cuchara, una cuerda, un botón del que puedo apropiarme sin peligro de ser castigado me lo meto en el bolsillo y lo considero mío de pleno derecho. Ya me han salido, en el dorso de los pies, las llagas que no se curan. Empujo carretillas, trabajo con la pala, me fatigo con la lluvia, tiemblo ante el viento; ya mi propio cuerpo no es mío: tengo el vientre hinchado y las extremidades rígidas, la cara hinchada por la mañana y hundida por la noche; algunos de nosotros tienen la piel amarilla, otros gris: cuando no nos vemos durante tres o cuatro días nos reconocemos con dificultad.

Habíamos decidido reunirnos los italianos todos los domingos en un rincón del *Lager*: pero pronto lo hemos dejado de hacer porque era demasiado triste contarnos y ver que cada vez éramos menos, y más deformes, y más escuálidos. Y era tan cansado andar aquel corto camino: y además, al encontrarnos, recordábamos y pensábamos, y mejor era no hacerlo.

La iniciación

Después de los primeros días de traslados caprichosos de un bloque a otro y de *Kommando* a *Kommando*, me asignaron, ya de noche, al *Block 30* y me indicaron una litera donde estaba durmiendo Diena. Diena se despierta y, aunque muerto de cansancio, me hace sitio y me recibe amistosamente.

Yo no tengo sueño o, mejor dicho, el sueño me lo disimula el estado de tensión y de ansiedad de que no he podido librarme todavía, y por eso hablo y hablo.

Tengo demasiadas preguntas que hacer. Tengo hambre, y cuando mañana repartan el potaje ¿cómo voy a arreglármelas para comerlo sin cuchara? ¿Y cómo se puede uno hacer una cuchara? ¿Y dónde van a mandarme a trabajar? Diena sabe tanto como yo, naturalmente, y me contesta con otras preguntas. Pero de arriba, de abajo, de al lado, desde lejos, desde todos los rincones del barracón ya a oscuras, voces sonoras e iracundas me gritan:

—Ruhe, Ruhe!

Entiendo que me imponen silencio, pero la palabra es nueva para mí, y como no conozco su sentido y sus complicaciones, mi inquietud aumenta. La confusión de las lenguas es un componente fundamental del modo de vivir aquí abajo; se está rodeado por una perpetua Babel en la que todos gritan órdenes y amenazas en lenguas que nunca se han oído, y ¡ay de quien no las coge al vuelo! Aquí nadie tiene tiempo, nadie tiene paciencia, nadie te escucha; los que hemos llegado últimos nos reunimos instintivamente en los rincones, contra las paredes, para sentirnos con la espalda materialmente resguardada.

Renuncio, pues, a hacer preguntas y en breve me hundo en

un sueño amargo y tenso. Pero no es un descanso: me siento amenazado, hostigado, a cada instante estoy a punto de contraerme con un espasmo de defensa. Sueño y me parece que estoy durmiendo en mitad de una calle, de un puente, atravesado en una puerta por la que pasa mucha gente. Y aquí llega, ¡qué rápidamente!, el despertar. El barracón se sacude desde los cimientos, las luces se encienden, todos se agitan a mi alrededor en una actividad frenética repentina: sacuden las mantas levantando nubes de polvo fétido, se visten con prisa febril, corren afuera al hielo del aire exterior a medio vestir, se precipitan a las letrinas y los lavabos; muchos, como animales, orinan mientras corren para ganar tiempo porque dentro de cinco minutos empieza la distribución del pan, del pan—*Brot-Broit-chleb-pain-lechem-kenyér*, del sagrado pedacito gris que parece gigantesco en manos de tu vecino y pequeño hasta echarse a llorar en las tuyas. Es una alucinación cotidiana a la que uno termina por acostumbrarse: pero en los primeros tiempos es tan irresistible que muchos de nosotros, luego de discutir por parejas sobre la propia evidente y constante mala suerte y la escandalosa buena suerte del otro, acabamos por intercambiar nuestras raciones, con lo que la ilusión se reproduce de manera inversa dejando a todos contentos y frustrados.

El pan es también nuestra única moneda: entre los pocos minutos que transcurren entre su distribución y su consumición, el *Block* resuena con reclamaciones, peleas y fugas. Son los acreedores del día anterior que quieren ser pagados en los breves instantes en que el deudor es solvente. Después de lo cual se instala una relativa calma que muchos aprovechan para volver a las letrinas a fumar medio cigarrillo, o al lavabo para lavarse de verdad.

El lavabo es un sitio poco atractivo. Está mal iluminado, lleno de corrientes de aire, y el piso de ladrillos está cubierto por una capa de lodo; el agua no es potable, huele mal y muchas veces falta durante mucho tiempo. Las paredes están decoradas por curiosos frescos didascálicos: por ejemplo se ve al *Häftling* bueno, representado desnudo hasta la cintura, en acto de enjabonarse el cráneo sonrosado y rapado, y al *Häftling* malo, de nariz acusadamente semítica y colorido verdoso, que, enfundado en su ropa llena de manchas y con el gorro puesto, mete cautelosamente un dedo en el agua del lavabo. Debajo del primero está escrito: *So bist du rein* (así te quedarás limpio), y debajo del segundo: *So gehst du ein* (así te buscas la ruina); y más abajo, en un francés dudoso pero en caracteres góticos: *La*

propreté, c'est la santé.

En la pared opuesta campea un enorme piojo blanco, rojo y negro, con la frase:

Eine Laus, dein Tod

(un piojo es tu muerte), y el inspirado dístico:

Nach dem Abort, vor dem Essen
Hände waschen, nicht vergessen [1]

Durante semanas he considerado estas amonestaciones sobre la higiene como puros rasgos de humor teutónico, en el estilo del diálogo sobre el cinturón herniario con que se nos había recibido a nuestro ingreso en el *Lager.* Pero después he comprendido que sus desconocidos autores, puede que subconscientemente, no estaban lejos de algunas verdades fundamentales. En este lugar, lavarse todos los días en el agua turbia del inmundo lavabo es prácticamente inútil a fines de limpieza y de salud; pero es importantísimo como síntoma de un resto de vitalidad, y necesario como instrumento de supervivencia moral.

Tengo que confesarlo: después de una única semana en prisión noto que el instinto de la limpieza ha desaparecido en mí. Voy dando vueltas bamboleándome por los lavabos y aquí está Steinlauf, mi amigo de casi cincuenta años, a torso desnudo, restregándose el cuello y la espalda con escaso fruto (no tiene jabón) pero con extrema energía. Steinlauf me ve y me saluda, y sin ambages me pregunta con severidad por qué no me lavo. ¿Por qué voy a lavarme? ¿Voy a estar mejor de lo que estoy? ¿Voy a gustarle más a alguien? ¿Voy a vivir un día, una hora más? Incluso viviré menos, porque lavarse es un trabajo, un desperdicio de energía y calor. ¿No sabe Steinlauf que después de media hora cargando sacos de carbón habrá desaparecido cualquier diferencia entre él y yo? Cuanto más lo pienso más me parece que lavarse la cara en nuestra situación es un acto insulso, y hasta frívolo: una costumbre mecánica, o peor, una lúgubre repetición de un rito extinguido. Vamos a morir todos, estamos a punto de morir: si me sobran diez minutos entre diana y el trabajo quiero dedicarlos a otra cosa, a encerrarme en

mí mismo, a echar cuentas o tal vez a mirar el reloj y a pensar que puede que lo esté viendo por última vez; o también a dejarme vivir, a darme el lujo de un ocio minúsculo.

Pero Steinlauf me hace callar. Ha terminado de lavarse, ahora se está secando con la chaqueta de tela que antes tenía enroscada entre las piernas y que luego va a ponerse, y sin interrumpir la operación me da una lección en toda regla.

He olvidado hoy, y lo siento, sus palabras directas y claras, las palabras del que fue el sargento Steinlauf del Ejército austro-húngaro, cruz de hierro en la guerra de 1914-1918. Lo siento porque tendré que traducir su italiano inseguro y su razonamiento sencillo de buen soldado a mi lenguaje de incrédulo. Pero éste era el sentido, que no he olvidado después ni olvidé entonces: que precisamente porque el *Lager* es una gran máquina para convertirnos en animales, nosotros no debemos convertirnos en animales; que aun en este sitio se puede sobrevivir, y por ello se debe querer sobrevivir, para contarlo, para dar testimonio; y que para vivir es importante esforzarse por salvar al menos el esqueleto, la armazón, la forma de la civilización. Que somos esclavos, sin ningún derecho, expuestos a cualquier ataque, abocados a una muerte segura, pero que nos ha quedado una facultad y debemos defenderla con todo nuestro vigor porque es la última: la facultad de negar nuestro consentimiento. Debemos, por consiguiente, lavarnos la cara sin jabón, en el agua sucia, y secarnos con la chaqueta. Debemos dar betún a los zapatos no porque lo diga el reglamento sino por dignidad y por limpieza. Debemos andar derechos, sin arrastrar los zuecos, no ya en acatamiento de la disciplina prusiana sino para seguir vivos, para no empezar a morir.

Estas cosas me dijo Steinlauf, hombre de buena voluntad: cosas extrañas para mi oído desacostumbrado, entendidas y aceptadas sólo en parte, y mitigadas por una doctrina más fácil, dúctil y blanda, la que hace siglos que se respira más acá de los Alpes y según la cual, entre otras cosas, no hay vanidad mayor que esforzarse en tragarse enteros los sistemas morales elaborados por los demás, bajo otros cielos. No, la prudencia y la virtud de Steinlauf, ciertamente buenas para él, no me bastan. Frente a este complicado mundo inferior mis ideas están confusas: ¿será realmente necesario establecer un sistema y practicarlo? ¿No será más saludable tomar conciencia de no tener sistema?

Ka-Be

Todos los días se parecen y no es fácil contarlos. Hace no sé cuántos días que vamos como un péndulo, en parejas, de la estación al almacén: un centenar de metros de suelo en deshielo. Adelante bajo la carga, hacia atrás con los brazos colgando a lo largo del cuerpo, sin hablar.

A nuestro alrededor todo nos es enemigo. Encima de nosotros se agrupan las nubes malignas, para separarnos del sol; por todas partes nos oprime la amenaza de las alambradas. Sus confines no los hemos visto nunca pero sentimos, todo alrededor, la presencia maléfica del hilo erizado que nos segrega del mundo… Y en los andamios, en los trenes en maniobra, en las carreteras, en las excavaciones, en las oficinas, hombres y más hombres, esclavos y amos, y amos que son esclavos de ellos mismos; el miedo mueve a uno y el odio a los otros, toda otra fuerza calla. Todos son aquí enemigos o rivales.

No, la verdad es que en mi compañero de hoy, bajo el yugo de mi misma carga, no siento a un enemigo ni a un rival.

Es Null Achtzehn. No, se llama de otra manera, Cero Diez y Ocho, las últimas tres cifras de su número de registro: como si todos se hubieran dado cuenta de que sólo un hombre es digno de tener un nombre, y de que Null Achtzehn no es ya un hombre. Creo que él mismo habrá olvidado su nombre, la verdad es que se comporta como si así fuera. Cuando habla, cuando mira, da la impresión de estar interiormente vacío, de no ser más que un envoltorio, como esos despojos de insectos que se encuentran en la orilla de los pantanos, pegados por un hilo a un guijarro, mientras el viento los sacude.

Null Achtzehn es muy joven, lo que constituye un peligro

grave. No sólo porque los muchachos soportan peor que los adultos las fatigas y el ayuno, sino porque aquí, para sobrevivir, se necesita sobre todo un largo adiestramiento en la lucha de uno contra todos que los jóvenes raramente tienen. Null Achtzehn no está ni siquiera especialmente debilitado pero todos evitan trabajar con él. Todo le es indiferente hasta tal punto que ha dejado de preocuparse por evitar el cansancio y los golpes ni por buscar comida. Cumple todas las órdenes que recibe y es de prever que, cuando lo envíen a la muerte, vaya con esta misma indiferencia total.

No tiene la astucia elemental de los caballos de remolque, que dejan de tirar un poco antes de llegar al agotamiento: sino que tira o lleva o empuja hasta que las fuerzas se lo permiten, luego cede de plano, sin una palabra de advertencia, sin levantar del suelo sus ojos tristes y opacos. Me recuerda a los perros de los trineos en los libros de London, que se fatigan hasta el último aliento y mueren en la pista.

Así, como todos nosotros buscamos por cualquier medio sustraernos al cansancio, Null Achtzehn es el que trabaja más de todos. Por eso, y porque es un compañero peligroso, nadie quiere trabajar con él; y como por otra parte nadie quiere trabajar conmigo, porque soy débil y desmañado, sucede con frecuencia que nos encontramos emparejados.

Mientras con las manos vacías volvemos una vez más arrastrando los pies desde el almacén, una locomotora silba brevemente y nos corta el paso. Contentos con la interrupción forzosa, Null Achtzehn y yo nos paramos: encorvados y miserables esperamos a que los vagones hayan terminado de pasarnos lentamente por delante.

…Deutsche Reichsbahn. Deutsche Reichsbahn. *sncf*. Dos gigantescos vagones rusos con la hoz y el martillo mal tachados. Deutsche Reichsbahn. Luego, Caballo, 8 Hombres 40 Tara, Portata: un vagón italiano… Saltar dentro, en una esquina, bien escondido bajo el carbón, estarse quieto y callado, en la oscuridad, escuchando sin cesar el ritmo de las ruedas, más fuerte que el hambre y que el cansancio; hasta que en algún momento se parase el tren y sintieses el aire tibio y el olor a heno, y pudieses salir al sol: entonces me echaría sobre la tierra, para besar la tierra, como se lee en los libros: con la cara entre la hierba. Y pasaría una mujer, y me preguntaría ¿quién eres? en italiano, y yo se lo contaría en italiano, y me entendería y me daría de comer y de beber y dónde dormir. Y no creería las cosas que yo le contase, y yo le enseñaría el número que llevo en el brazo, y entonces me creería.

… Se ha acabado. El último vagón ha pasado y, como al levantarse un telón, está ante nosotros el montón de las piezas de hierro, el *Kapo* de pie sobre el montón con un látigo en la mano, los compañeros que habían desaparecido, en parejas que van y vienen.

Ay de quien sueña: el momento de conciencia que acompaña al despertar es el sufrimiento más agudo. Pero no nos ocurre con frecuencia, y los sueños no son largos: no somos más que bestias cansadas.

Otra vez estamos al pie del montón. Mischa y el Galiziano levantan una pieza y nos la colocan de mala manera sobre los hombros. Su puesto es el menos fatigoso, por ello derrochan celo para conservarlo: llaman a los compañeros que se retrasan, incitan, exhortan, imponen al trabajo un ritmo insostenible. Esto me llena de ira, aunque ya sepa que está dentro del orden normal de las cosas que los privilegiados opriman a los no privilegiados: es ésta la ley humana que rige toda la estructura social del campo.

Esta vez me toca a mí ir delante. La pieza es pesada pero muy corta; por lo que a cada paso siento detrás de mí los pies de Null Achtzehn que tropiezan contra mis pies porque él no es capaz, o no se preocupa, de adaptarse a mi paso.

Veinte pasos, hemos llegado a la vía, hay un cable que saltar. La carga está mal puesta, algo está mal, tiende a resbalarse de los hombros. Cincuenta pasos. Sesenta. La puerta del almacén; nos queda el doble de camino y lo soltaremos. Basta, es imposible seguir, la carga me gravita ya completamente sobre el brazo; no puedo soportar más tiempo el dolor ni el cansancio, grito, intento darme vuelta: apenas con tiempo para ver a Null Achtzehn tropezar y dejar caer todo.

Si hubiese tenido mi agilidad de antes habría podido dar un salto hacia atrás, pero heme aquí en tierra, con todos los músculos contraídos, el pie golpeado cogido con las manos, ciego de dolor. La arista de hierro me ha cortado el dorso del pie izquierdo.

Durante un minuto todo desaparece en el vértice del sufrimiento. Cuando puedo mirar a mi alrededor, Null Achtzehn está todavía allí de pie, no se ha movido, con las manos metidas en las mangas, sin decir palabra, me mira sin expresión. Llegan Mischa y el Galiziano, hablan entre ellos en yiddish, me dan no sé qué consejos. Llegan Templer y David y todos los demás: se aprovechan del suceso para suspender el trabajo. Llega el *Kapo*, distribuye patadas, puñetazos e improperios, los compañeros se

desperdigan como avena al viento; Null Achtzehn se lleva una mano a la nariz y se la mira sin reaccionar hinchada de sangre. A mí me tocan sólo dos bofetadas del *Kapo*, de las que no hacen daño porque aturden.

El incidente ha terminado, constato que, bien o mal, puedo sostenerme en pie, el hueso no debe haberse roto. No me atrevo a quitarme el zapato por miedo a despertar el dolor, y también porque sé que el pie se va a hinchar y no podré volver a ponérmelo.

El *Kapo* me manda sustituir al Galiziano en el montón y éste, mirándome torvamente, va a su puesto al lado de Null Achtzehn; pero ahora ya están pasando los prisioneros ingleses, ya pronto será hora de volver al campo.

Durante la marcha hago todo lo que puedo por andar de prisa, pero no puedo sostener el paso; el *Kapo* designa a Null Achtzehn y a Finder para que me sostengan hasta que pasemos ante los SS y, por fin (por fortuna esta noche no se pasa lista), estoy en el barracón y puedo arrojarme sobre la litera y respirar.

Puede que sea el calor, puede que el cansancio de la marcha, pero el dolor ha vuelto, junto con una extraña sensación de humedad en el pie herido. Me quito el zapato: está lleno de sangre, ahora restañada y mezclada con el fango y con los hilos del trozo de tela que encontré hace un mes y que uso como plantilla, un día en el izquierdo y otro en el derecho.

Esta noche, inmediatamente después de la sopa, iré al *Ka-Be*.

Ka-Be es la abreviatura de *Krankenbau*, la enfermería. Son ocho barracones, en todo semejantes a los demás del campo, pero separados por una alambrada. Permanentemente hay en ellos una décima parte de la población del campo, pero son pocos los que están allí más de dos semanas y nadie más de dos meses: dentro de estos límites tenemos que morirnos o curarnos. Quien tiende a curarse, en *Ka-Be* se cura; quien tiende a agravarse, de *Ka-Be* lo mandan a la cámara de gas.

Y eso porque, por fortuna, nosotros entramos en la categoría de los «judíos económicamente útiles».

En el *Ka-Be* no había estado nunca, y tampoco en el Ambulatorio, y todo aquí es nuevo para mí.

Hay dos Ambulatorios, el Médico y el Quirúrgico. Ante la puerta, en medio del viento y de la noche, hay dos largas filas de sombras. Hay quien sólo necesita un vendaje o algunas pastillas, los demás necesitan un reconocimiento; algunos llevan la muerte

en la cara. Los primeros de las dos filas están ya descalzos y dispuestos a entrar; los demás, a medida que se aproxima su turno se las arreglan para, en medio de aquella multitud, soltarse las ataduras provisionales y los hilos de alambre de los zapatos y para desenrollar, sin romperlos, los preciosos trapos que les protegen los pies; no demasiado pronto, para no quedarse sin necesidad descalzos en el fango; no demasiado tarde para no perder su turno: porque entrar en el *Ka-Be* con los zapatos puestos está estrictamente prohibido. Quien hace cumplir la prohibición es un gigantesco *Häftling* francés que vive en la garita que hay entre los dos ambulatorios. Es uno de los pocos funcionarios franceses del campo: y no creáis que pasar la jornada entre los zapatos desgarrados y llenos de barro es un privilegio pequeño. No hay más que pensar en todos los que entran en *Ka-Be* con zapatos y ya no los necesitan para salir…

Cuando me llega mi turno, logro soltarme milagrosamente los zapatos y los trapos sin perder ni unos ni otros, sin dejarme robar la escudilla ni los guantes y teniendo el gorro bien apretado entre las manos porque por ningún motivo puede llevarse puesto al entrar en los barracones.

Dejo los zapatos en el depósito y me dan el recibo, después de lo cual, descalzo y cojeando, las manos ocupadas con todas mis pobres posesiones que no puedo dejar en ninguna parte, me admiten dentro y me pongo a hacer otra cola que llega hasta la sala de visitas.

En esta cola uno se va desnudando progresivamente y, cuando se llega al frente ya hay que estar desnudo porque un enfermero le mete el termómetro a uno debajo del sobaco; si alguien está vestido pierde su turno y tiene que ponerse de nuevo en la cola. Todos tienen que ponerse el termómetro, aunque lo que tengan sea sarna o dolor de muelas.

De esta manera se está seguro de que quien no esté realmente enfermo no va a someterse por capricho a este complicado ritual.

Por fin me llega el turno: soy admitido ante el médico, el enfermero me quita el termómetro y anuncia:

—Número 174517, no tiene fiebre.

Yo no necesito un reconocimiento a fondo: inmediatamente me declaran *Arztvormelder*, no sé lo que quiere decir pero éste no es sitio de pedir explicaciones. Me expulsan de allí, recupero los zapatos y vuelvo al barracón.

Jaim se alegra conmigo: tengo una buena herida, no es

peligrosa y me garantiza un discreto período de descanso. Pasaré la noche en el barracón con los demás, pero mañana por la mañana, en lugar de ir al trabajo tengo que ir al médico para el reconocimiento definitivo: esto es lo que quiere decir *Arztvormelder*. Jaim es experto en estas cosas y piensa que probablemente mañana me ingresarán en el *Ka-Be*. Jaim es mi compañero de cama, y tengo en él una fe ciega. Es un polaco, un hebreo piadoso, estudioso de la Ley. Tiene poco más o menos mi edad, es relojero, y aquí en la Buna trabaja como mecánico de precisión; está, por ello, entre los pocos que conservan la dignidad y la seguridad en sí que nacen de ejercer un oficio para el cual se está preparado.

Ha sido así. Después de diana y del pan me han llamado con otros tres de mi barracón. Nos han llevado a una esquina de la plaza de la Lista, donde estaban, en una larga cola, todos los *Arztvormelder* de hoy; ha venido un tipo y me ha quitado la escudilla, la cuchara, el gorro y las manoplas. Los demás se han echado a reír, ¿no sabía que tenía que esconderlos o habérselos confiado a alguien, o mejor, venderlos, y que al *Ka-Be* no pueden llevarse? Después miran mi número y sacuden la cabeza: de quien tiene número tan alto puede esperarse cualquier tontería.

Luego nos han contado, nos han hecho desnudarnos afuera, al frío, nos han quitado los zapatos, nos han vuelto a contar, nos han afeitado la barba y el pelo y el vello, han vuelto a contarnos y nos han hecho ducharnos; después ha venido un SS, nos ha mirado desinteresadamente, se ha parado delante de uno que tenía un hidrocele muy abultado y lo hace ponerse a un lado. Después de lo cual han vuelto a contarnos y nos han llevado a darnos otra ducha por más que estuviésemos todavía empapados de la primera y algunos temblasen de fiebre.

Ahora estamos preparados para el reconocimiento definitivo. Del otro lado de la ventana se ve el cielo blanco, y a veces el sol; en este país se lo puede mirar de frente, a través de las nubes como a través de un vidrio ahumado. A juzgar por su posición deben de ser las catorce pasadas: adiós potaje, y estamos en pie desde las seis y desnudos desde las diez.

Este segundo reconocimiento médico es también extraordinariamente rápido: el médico (lleva el traje a rayas igual que nosotros pero con una blusa por encima blanca, y el número cosido en la blusa, y está mucho más gordo que nosotros) mira y palpa mi pie hinchado y sanguinolento, con lo que grito de dolor, y luego dice:

— *Aufgenommen Block* 23.

Me quedo con la boca abierta, en espera de cualquier otra indicación, pero alguien me empuja brutalmente hacia atrás, me arroja una capa sobre los hombros desnudos, me tiende unos zapatos y me echa al aire libre.

A un centenar de metros está el *Block* 23; encima está escrito *SchonungsBlock*: ¿qué querrá decir? Dentro, me quitan la capa y las sandalias y una vez más me encuentro desnudo y el último en una cola de esqueletos desnudos: los hospitalizados de hoy.

Hace tiempo que he dejado de intentar entender. Por lo que me toca estoy tan cansado de mantenerme sobre el pie herido que todavía no me han curado, tan hambriento y muerto de frío que nada me interesa ya. Éste puede ser muy bien el último día de mi vida, y esta sala la cámara de gas de que todos hablan, ¿qué puedo hacer? Lo mejor es apoyarme en la pared, cerrar los ojos y esperar.

Mi vecino no debe de ser judío. No está circundado, y además (ésta es una de las pocas cosas que he aprendido hasta ahora) una piel tan blanca, una cara y un cuerpo tan macizos son característicos de los polacos no judíos. Me lleva una cabeza, pero tiene una fisonomía bastante cordial, como sólo la tienen quienes no pasan hambre.

He intentado preguntarle si sabe cuándo nos dirán que entremos. Se ha vuelto hacia el enfermero, que se le parece como un hermano gemelo y está fumando en un rincón; se han puesto a hablar y a reírse sin contestarme, como si yo no existiese: luego uno de ellos me cogió el brazo y miró el número, y se rieron más fuerte. Todos saben que los ciento setenta y cuatro mil son los judíos italianos, llegados hace dos meses, todos abogados, médicos, eran más de cien y ya no son más que cuarenta, son los que no saben trabajar y se dejan robar el pan y reciben bofetadas de la mañana a la noche, los alemanes los llaman *zwei linke Hände* (dos manos izquierdas), y hasta los judíos polacos los desprecian porque no saben hablar yiddish.

El enfermero señala al otro mis costillas, como si fuese un cadáver en una sala anatómica; le indica mis párpados y mejillas hinchadas y mi cuello delgado, se curva y me aprieta con el índice sobre la tibia y hace observar al otro la profunda depresión que me deja el dedo en la carne, pálida como la cera.

Quisiera no haberle dicho nunca nada al polaco: me parece que nunca, en toda mi vida, he sufrido una afrenta más atroz que ésta. El enfermero, mientras tanto, parece que ha terminado

su demostración en su lengua, que no entiendo y que me suena terrible; se vuelve a mí y, en un cuasialemán, caritativamente, me hace un resumen:

—*Du Jude kapput. Du schnell Krematorium fertig* (tú, judío, ya estás listo, en seguida al crematorio).

Han pasado unas cuantas horas antes de que todos los ingresados fuésemos agarrados con violencia, recibiésemos la camisa y se recogiese nuestra ficha. Como de costumbre, yo he sido el último; un tipo de traje a rayas nuevo y flamante me pregunta dónde he nacido, qué oficio tenía «de paisano», si tenía hijos, qué enfermedades he tenido, un montón de preguntas que para qué pueden servir, es una puesta en escena complicada para reírse de nosotros. ¿Será así el hospital? Nos tienen de pie y nos hacen preguntas.

Por fin se ha abierto la puerta también para mí y he podido entrar en el dormitorio.

Aquí, igual que en todas partes, las literas de tres pisos, en tres filas a lo largo de todo el barracón, separadas por dos pasillos estrechísimos. Las literas son ciento cincuenta, los enfermos unos doscientos cincuenta: por consiguiente, dos en casi todas las literas. Los enfermos de las literas superiores, aplastados contra el techo, no pueden apenas sentarse; se asoman curiosos a ver a los que llegamos hoy, es el momento más interesante de la jornada, siempre se encuentra a algún conocido. A mí me asignan a la litera 10; ¡milagro: está vacía! Me estiro con delicia, es la primera vez, desde que estoy en el campo, que tengo una litera para mí solo. A pesar del hambre me quedo dormido antes de diez minutos.

La vida del *Ka-Be* es de limbo. Las incomodidades materiales son relativamente pocas aparte del hambre y de los dolores propios de la enfermedad. No hace frío, no se trabaja y, de no cometer alguna falta grave, no pegan.

El toque de diana es a las cuatro, también para los enfermos; hay que hacer la cama y lavarse pero no hay mucha prisa ni mucho rigor. A las cinco y media reparten el pan, y se lo puede cortar cómodamente en rebanadas finas, y comerlo echado con toda calma; luego, uno se puede volver a dormir hasta que llegue el reparto del caldo de mediodía. Hasta las cuatro de la tarde es *Mittagsruhe*, el reposo del mediodía, la siesta, a esta hora es generalmente la visita del médico y las curas, hay que bajarse de las literas, quitarse la camisa y ponerse en fila delante del médico. También el rancho vespertino se distribuye por las camas; después de lo cual, a las nueve, se

apagan todas las luces menos la lamparilla velada del vigilante nocturno, y se hace el silencio.

… Y por primera vez desde que estoy en el campo el toque de diana me coge en un sueño profundo, y el despertar es un retorno de la nada. Cuando llega la distribución del pan, se oye lejana, más allá de las ventanas, en el aire oscuro, la banda que empieza a tocar: son nuestros compañeros sanos que salen al trabajo en formación.

Desde el *Ka-Be* no se oye bien la música: llega asiduo y monótono el martilleo del bombo y de los platillos, pero sobre su trama las frases musicales se dibujan tan sólo a intervalos, a capricho del viento. Nosotros nos miramos unos a otros desde las camas, porque todos sentimos que esta música es infernal.

Los motivos son pocos, una docena, cada día los mismos, mañana y tarde: marchas y canciones populares que les gustan a todos los alemanes. Están grabadas en nuestras mentes, serán lo último del *Lager* que olvidemos: son la voz del *Lager*, la expresión sensible de su locura geométrica, de la decisión ajena de anularnos primero como hombres para después matarnos lentamente.

Cuando suena esta música sabemos que nuestros compañeros, afuera en la niebla, salen en formación, como autómatas; tienen las almas muertas y la música los empuja, como el viento a las hojas secas, y es un sustituto de su voluntad. La voluntad ya no existe: cada latido se convierte en un paso, en una contracción refleja de los músculos deshechos. Los alemanes lo han conseguido. Son diez mil y son sólo una máquina gris: están determinados exactamente; no piensan y no quieren, andan.

Al desfile de salida y de entrada los SS no faltan nunca. ¿Qué podría negarles el derecho de asistir a esta coreografía montada por ellos mismos, a la danza de los hombres extintos, escuadra tras escuadra, en camino desde la niebla hacia la niebla? ¿Qué mejor prueba de su victoria?

También los del *Ka-Be* conocen este ir y volver del trabajo, la hipnosis del ritmo interminable que mata el pensamiento y calma el dolor; lo han experimentado y volverán a experimentarlo. Pero es preciso salir del encantamiento, oír la música fuera como ocurría en el *Ka-Be* o como la recordamos ahora, luego de la liberación y el renacimiento, sin obedecerla, sin sufrirla, para comprender lo que era; para comprender por qué calculada razón los alemanes habían creado este mito monstruoso y por qué, todavía hoy, cuando la memoria nos restituye alguna de

aquellas inocentes canciones, se nos hiela la sangre en las venas y nos damos cuenta de que haber vuelto de Auschwitz no ha sido suerte pequeña.

Tengo dos vecinos de litera. Yacen todo el día y toda la noche flanco contra flanco, piel contra piel, cruzados como los peces del zodíaco, de manera que los pies de cada uno están a la altura de la cabeza del otro.

Uno es Walter Bonn, un holandés educado y bastante culto. Ve que no tengo nada para cortar el pan, me presta su cuchillo, después me ofrece vendérmelo por media ración de pan. Yo le discuto el precio y luego renuncio, pienso que aquí en *Ka-Be* siempre encontraré a alguien que me preste uno, y afuera cuestan sólo un tercio de ración. No por ello Walter es menos cortés y, a mediodía, comido su potaje, limpia con los labios la cuchara (lo que es una buena costumbre antes de prestarla, para limpiarla y para no desperdiciar las manchas de potaje que se le pegan) y me la ofrece espontáneamente.

—¿Qué enfermedad tienes, Walter?

—*Körperschawäche* (consunción orgánica).

Es la peor enfermedad: no puede curarse, y es muy peligroso entrar en *Ka-Be* con este diagnóstico. Si no hubiera sido por el edema en los tobillos (y me lo enseña) que no le deja ir a trabajar se hubiera guardado mucho de venir a la consulta.

Sobre este tipo de peligros yo tengo todavía unas ideas bastante confusas. Todo el mundo habla de ello indirectamente, con alusiones, y cuando hago ciertas preguntas me miran y callan.

¿Es verdad, entonces, lo que he oído decir de la selección, del gas, del crematorio?

Crematorio. El otro, el vecino de Walter se despierta sobresaltado, se endereza: ¿quién está hablando del crematorio? ¿Qué es lo que pasa? ¿No se puede dejar tranquilos a los que están durmiendo? Es un judío polaco, albino, de cara descarnada y bonachona, ya mayor. Se llama Schmulek, es herrero. Walter lo mira un momento.

¿Así es que *der Italyener* no cree en las selecciones? — Schmulek querría hablar alemán pero habla yiddish; lo entiendo difícilmente, y sólo porque quiere hacerse entender. Hace callar a Walter con un signo, él me convencerá:

—Enséñame tu número: tú eres el 174517. Esta numeración ha empezado hace dieciocho meses y sirve para Auschwitz y para los campos que dependen de él. Ahora somos diez mil en

Buna-Monowitz; puede que treinta mil entre Auschwitz y Birkenau.

Wo sind die Andere? (¿dónde están los demás?).

—¿Los habrán transferido a otros campos?… —le propongo.

Schmulek menea la cabeza, se vuelve a Walter:

— *Er will nix verstayen* (no quiere entender).

Pero sería el destino quien me habría de hacer entender en seguida, y a costa del propio Schmulek. Por la noche se abrió la puerta del barracón, una voz gritó:

—*Achtung* —y se calló cualquier rumor y se sintió un silencio de plomo.

Entraron dos SS (uno de los dos con muchos galones, ¿puede que sea un oficial?), resonaban en el barracón sus pasos como si estuviese vacío; hablaron con el médico en jefe, que les enseñó un registro, señalando acá y allá. El oficial tomó nota en una libreta. Schmulek me dio en una rodilla:

—*Pass'auf pass'auf* (fíjate bien).

El oficial seguido por el médico, da vueltas, en silencio y con despreocupación, entre las literas; lleva en la mano una fusta, levanta con ella un pico de manta que cuelga de una litera alta, el enfermo se precipita a remeterla. El oficial pasa más adelante.

Hay uno de cara amarilla; el oficial le arranca la manta, él se estremece, el oficial le palpa el vientre:

—*Gut, gut* —luego pasa más adelante.

Le ha echado la vista encima a Schmulek; saca la libreta, compara el número de la libreta con el número del tatuaje. Yo sigo todo, desde arriba: hace una cruz junto al número de Schmulek. Luego sigue más adelante.

Yo miro ahora a Schmulek, y detrás de él veo los ojos de Walter, y no hago ninguna pregunta.

Al día siguiente, en lugar del grupo acostumbrado de curados, han salido dos grupos distintos. A los primeros los han afeitado y rapado y se han duchado. Los segundos han salido como estaban, con la barba larga, sin que se les haya renovado la medicación, sin haberse duchado. Nadie ha despedido a estos últimos, nadie les ha dado recados para los compañeros sanos.

Entre los últimos estaba Schmulek.

De esta manera discreta y ordenada, sin aparato y sin cólera, por el barracón del *Ka-Be* se pasea todos los días la catástrofe, y le toca a éste o a aquél. Al irse Schmulek me dejó

la cuchara y el cuchillo, Walter y yo hemos evitado mirarnos y nos hemos quedado en silencio durante mucho tiempo. Luego, Walter me pregunta que cómo puedo conservar tanto tiempo mi ración de pan, y me explica que él de costumbre corta la suya a lo largo para tener rajas más anchas sobre las que extender la margarina con más facilidad.

Walter me explica muchas cosas: *SchonungsBlock* quiere decir barracón de reposo, aquí sólo hay enfermos leves, o convalecientes, o los que no necesitan curas. Entre éstos, por lo menos una cincuentena de disentéricos más o menos graves.

A éstos los reconocen cada tres días. Se ponen en fila en el pasillo, a un extremo hay dos orinales de latón y el enfermero con un registro, un reloj y un lapicero. De dos en dos los enfermos se adelantan y tienen que probar, en el acto y rápidamente, que su diarrea continúa; para ello se les concede un minuto después del cual enseñan al enfermero el resultado, y éste lo observa y lo juzga; lavan rápidamente los orinales en una tina que está al lado y vienen los dos siguientes.

Entre los que esperan algunos se retuercen en los espasmos por conservar el precioso testimonio durante todavía veinte, todavía diez minutos más; otros, privados de recursos en aquel momento, tensan las venas y los músculos en el esfuerzo contrario. El enfermero asiste impasible, mordisqueando el lapicero, echando una mirada al reloj, otra mirada a las muestras que le presentan una detrás de otra. En los casos dudosos se va con el orinal para consultar al médico.

… He tenido una visita: Piero Sonnino, el romano.

—¿Has visto cómo me las he arreglado?

Piero tiene una enteritis bastante ligera, está aquí hace veinte días y se siente bien, descansa y engorda, se ríe de las selecciones y está decidido a estar en el *Ka-Be* hasta que termine el invierno, pase lo que pase. Su método consiste en hacer cola detrás de cualquiera de los disentéricos verdaderos que le ofrezca garantía de éxito; cuando le toca a él el turno le pide su colaboración (que le pagará con sopa o pan) y si éste está de acuerdo y el enfermero se distrae un momento le cambia el orinal entre la multitud, y hecho. Piero sabe a lo que se expone, aunque hasta ahora le ha salido bien.

Pero la vida del *Ka-Be* no es esto. No son los instantes cruciales de las selecciones, no son los episodios grotescos de las revisiones de la diarrea y de los piojos, ni siquiera son las enfermedades.

El *Ka-Be* es el *Lager* sin las incomodidades materiales. Por eso, al que todavía le queda un germen de conciencia, allí la recupera; porque durante las larguísimas jornadas ya vacías se habla de otra cosa que de hambre y de trabajo, y llegamos a reflexionar en qué hemos sido convertidos, cuánto nos han quitado, qué es esta vida. En este *Ka-Be*, paréntesis de relativa paz, hemos aprendido que nuestra personalidad es frágil, que está mucho más en peligro que nuestra vida; y que los sabios antiguos, en lugar de advertirnos «acordaos de que tenéis que morir» mejor habrían hecho en recordarnos este peligro mayor que nos amenaza. Si desde el interior del campo algún mensaje hubiese podido dirigirse a los hombres libres, habría sido éste: no hagáis nunca lo que nos están haciendo aquí.

Cuando se está trabajando se sufre y no queda tiempo de pensar: nuestros hogares son menos que un recuerdo. Pero aquí tenemos todo el tiempo para nosotros: de litera a litera, a pesar de la prohibición, nos visitamos, y hablamos y hablamos. El barracón de madera, cargado de humanidad doliente, está lleno de palabras, de recuerdos y de otro dolor. *Heimweh* se llama en alemán este dolor, es una bella palabra y quiere decir «dolor de hogar».

Sabemos de dónde venimos: los recuerdos del mundo exterior pueblan nuestros sueños y nuestra vigilia, nos damos cuenta con estupor de que no hemos olvidado nada, cada recuerdo evocado surge ante nosotros dolorosamente nítido.

Pero adónde vamos no lo sabemos. Tal vez podamos sobrevivir a las enfermedades y escapar a las selecciones, tal vez hasta resistir el trabajo y el hambre que nos consumen: ¿y luego? Aquí, alejados momentáneamente de los insultos y de los golpes, podemos volver a entrar en nosotros mismos y meditar, y entonces se ve claro que no volveremos. Hemos viajado hasta aquí en vagones sellados; hemos visto partir hacia la nada a nuestras mujeres y a nuestros hijos; convertidos en esclavos hemos desfilado cien veces ida y vuelta al trabajo mudo, extinguida el alma antes de la muerte anónima. No volveremos. Nadie puede salir de aquí para llevar al mundo, junto con la señal impresa en su carne, las malas noticias de cuanto en Auschwitz ha sido el hombre capaz de hacer con el hombre.

Nuestras noches

Después de veinte días de *Ka-Be* como la herida se me había prácticamente cicatrizado, con gran disgusto mío me mandaron fuera.

La ceremonia es sencilla, pero lleva consigo un período de readaptación doloroso y peligroso. A quien a la salida del *Ka-Be* no cuenta con ayudas especiales no lo devuelven a su *Block* y a su *Kommando* anterior sino que es asignado, según criterios que yo desconocía, a cualquier otro barracón y encargado de cualquier otro tipo de trabajo. Además, del *Ka-Be* se sale desnudo; dan vestidos y zapatos «nuevos» (quiero decir, no los que se han dejado a la entrada), con los que hay que luchar con rapidez y diligencia para adaptarlos a uno mismo, lo que supone fatigas y gastos. Hay que buscarse otra vez una cuchara y un cuchillo; y sobre todo, y ésta es la circunstancia más grave, se encuentra uno como un intruso en un ambiente desconocido, entre compañeros nunca vistos y hostiles, con jefes cuyo carácter no se conoce y de quienes por consiguiente es difícil defenderse.

La facultad humana de hacerse un hueco, de segregar una corteza, de levantarse alrededor de una frágil barrera defensiva, aun en circunstancias que parecen desesperadas, es asombrosa, y merecería un estudio detenido. Se trata de un precioso trabajo de adaptación, en parte pasivo e inconsciente y en parte activo: de clavar un clavo sobre la litera para colgar los zapatos por la noche; de establecer pactos tácitos de no agresión con los vecinos; de intuir y aceptar las costumbres y las leyes de aquel determinado *Kommando* y de aquel determinado *Block*. En virtud de este trabajo, después de algunas semanas, se consigue llegar a cierto equilibrio, a cierto grado de seguridad frente a los

imprevistos; uno se ha hecho un nido, el trauma del trasvase ha sido superado.

Mas el hombre que sale del *Ka-Be*, desnudo y casi siempre insuficientemente restablecido, se siente proyectado en la oscuridad y en el vacío del espacio sideral. Los pantalones se le caen, los zapatos le hacen daño, la camisa no tiene botones. Busca un contacto humano y no encuentra más que espaldas vueltas. Es inerme y vulnerable como un recién nacido, pero a la mañana siguiente tendrá que ir a trabajar.

En estas condiciones me encuentro yo cuando el enfermero, después de los distintos ritos administrativos de rigor, me confía a los cuidados del *Blockältester* del *Block* 45. Pero repentinamente un pensamiento me llena de alegría: ¡he tenido suerte, éste es el *Block* de Alberto!

Alberto es mi mejor amigo. Sólo tiene veintidós años, dos menos que yo, pero ninguno de los italianos ha demostrado una capacidad de adaptación semejante a la suya. Alberto entró en el *Lager* con la cabeza alta, y vive en el *Lager* ileso e incorrupto. Ha entendido antes que nada que esta vida es una guerra; no se ha concedido ninguna indulgencia, no ha perdido el tiempo en recriminaciones o quejas de sí mismo ni de los demás, sino que desde el primer día ha bajado al campo de batalla. Lo sostienen su inteligencia y su instinto: razona con justeza, con frecuencia no razona y también está en lo justo. Entiende todo al vuelo: sólo sabe un poco de francés, y entiende todo lo que dicen los alemanes y los polacos. Contesta en italiano y con gestos, se hace entender y en seguida resulta simpático. Lucha por su vida y, sin embargo, es amigo de todos. «Sabe» a quién necesita corromper, a quién necesita evitar, de quién se puede compadecer y a quién debe resistir.

Y sin embargo (y por esta casualidad suya todavía hoy su recuerdo es para mí querido y cercano), no se ha convertido en una persona triste. Siempre vi, y todavía veo en él, la rara figura del hombre fuerte y apacible contra quien se rompen las armas de la noche.

Pero no he conseguido compartir la litera con él, y ni siquiera Alberto lo ha conseguido, aunque en el *Block* 45 goce ya de cierta popularidad. Es una lástima, porque tener un compañero de cama de quien fiarse, o al menos con quien uno pueda entenderse, es una ventaja inestimable; y además, estamos en invierno y las noches son largas, y puesto que estamos obligados a intercambiar nuestro sudor, nuestro olor y nuestro calor con alguien, bajo la misma manta y en setenta centímetros de

anchura, es muy deseable que se trate de un amigo.

En invierno, las noches son largas, y se nos concede para el sueño un intervalo de tiempo considerable.

Poco a poco se apaga el barullo del *Block*; hace más de una hora que se ha terminado el reparto del rancho vespertino, y sólo algún obstinado continúa raspando el fondo ya brillante de la escudilla, dándole vueltas minuciosamente bajo la lámpara, con el entrecejo fruncido por la atención. El ingeniero Kardos da vueltas por las literas curando los pies heridos y los callos supurantes, éste es su negocio; no hay quien no renuncie de buena gana a una rebanada de pan para que le alivien el tormento de las enconadas heridas que sangran a cada paso durante todo el día, y de esta manera, honradamente, el ingeniero Kardos ha resuelto el problema de su subsistencia.

Por la portezuela de atrás, a escondidas y mirando alrededor con cautela, ha entrado el coplero. Se sienta en la litera de Wachsmann y en seguida reúne en torno una pequeña multitud atenta y silenciosa. Canta una interminable rapsodia en yiddish, siempre la misma, en cuartetas rimadas, de una melancolía resignada y penetrante (¿o tal vez es así como la recuerdo porque la oí entonces y en aquel sitio?); por las pocas palabras que entiendo, debe de ser una canción que ha compuesto él mismo en la que ha encerrado toda la vida del *Lager* con sus particularidades más pequeñas. Algunos se sienten generosos y remuneran al coplero con un pellizco de tabaco o una hebra de hilo; otros lo escuchan absortos, pero no le dan nada.

Suena de nuevo inesperadamente la llamada para la última función de la jornada: *Wer hat kaputt die Schuhe?*, (¿quién tiene rotos los zapatos?), y se desencadena súbitamente el fragor de los cuarenta o cincuenta pretendientes al cambio, que se precipitan hacia el *Tagesraum* con furia desesperada, sabiendo que, en la mejor de las hipótesis, sólo los diez primeros podrán ser satisfechos.

Después viene la calma. La luz se apaga una primera vez, durante pocos segundos, para avisar a los sastres que deben guardar sus preciosísimos aguja e hilo; luego suena lejana la campana, y entonces llega la guardia de noche y todas las luces se apagan definitivamente. No nos queda más que desnudarnos y acostarnos.

No sé quién es mi vecino.

Ni siquiera estoy seguro de que sea siempre el mismo porque no le he visto la cara más que unos segundos en el tumulto de la diana, de manera que mucho mejor que la cara le

conozco la espalda y los pies. No trabaja en mi *Kommando* y viene a la litera sólo en el momento del toque de silencio; se envuelve en la manta, me echa a un lado con un golpe de las caderas huesudas, me vuelve la espalda y en seguida se pone a roncar. Con mi espalda contra la suya, me esfuerzo por conquistar una superficie razonable de jergón; ejerzo con los riñones una presión progresiva contra los suyos, luego me doy vuelta y pruebo a empujarle con las rodillas, lo cojo por los tobillos y trato de colocarlo un poco más allá de manera que no tenga sus pies pegados a la cara: pero es inútil, es mucho más pesado que yo y parece petrificado por el sueño.

Entonces me adapto a estar así, obligado a la inmovilidad, medio echado sobre el travesaño de madera. Estoy tan cansado y atontado que no tardo en dormirme yo también, y me parece que estoy durmiendo sobre los raíles del tren.

El tren va a llegar: se oye el jadeo de la locomotora, que es mi vecino. Todavía no estoy tan dormido como para no darme cuenta de la doble naturaleza de la locomotora. Se trata precisamente de esa locomotora que remolcaba hoy hasta la Buna los vagones que hemos tenido que descargar: la reconozco también ahora, como cuando ha pasado junto a nosotros, se siente el calor que irradia su flanco negro. Sopla, está cada vez más cerca, y siempre a punto de echárseme encima y, sin embargo, nunca llega. Mi sueño es muy ligero, es un velo, si quiero, lo rasgo. Voy a hacerlo, quiero rasgarlo, así podré quitarme de la vía. ¡Ya está!, como quería, estoy despierto: pero no realmente despierto, sólo un poco más, en la grada superior de la escala entre el subconsciente y la conciencia. Tengo los ojos cerrados, y no quiero abrirlos para no dejar irse al sueño, pero puedo percibir los ruidos: ese silbido lejano estoy seguro de que es real, no viene de la locomotora soñada, ha sonado objetivamente: es el silbido de la Decauville, viene de la cantera donde se trabaja también de noche. Una larga nota firme, después otra un semitono más baja, luego otra vez la primera, pero corta y truncada. Este silbido es algo importante: lo hemos oído tantas veces, lo hemos asociado tantas con el sufrimiento del trabajo y del campo, que se ha convertido en su símbolo y evoca directamente sus imágenes, como ocurre con algunas músicas y algunos olores.

Aquí está mi hermana, y algún amigo mío indeterminado, y mucha más gente. Todos están escuchándome y yo les estoy contando precisamente esto: el silbido de las tres de la madrugada, la cama dura, mi vecino, a quien querría empujar, pero a quien tengo miedo de despertar porque es más fuerte que

yo. Les hablo también prolijamente de nuestra hambre, y de la revisión de los piojos, y del *Kapo* que me ha dado un golpe en la nariz y luego me ha mandado a lavarme porque sangraba. Es un placer intenso, físico, inexpresable, el de estar en mi casa, entre personas amigas, tener tantas cosas que contar: pero no puedo dejar de darme cuenta de que mis oyentes no me siguen. O más bien, se muestran completamente indiferentes: hablan confusamente entre sí de otras cosas, como si yo no estuviese allí. Mi hermana me mira. Se pone de pie y se va sin decir palabra.

Entonces nace en mí un dolor desolado, como ciertos dolores que apenas se recuerdan de los primeros años de la infancia: es el dolor en su estado puro, sin templar por el sentimiento de la realidad ni por la intrusión de circunstancias extrañas, semejantes, a aquellos por los que los niños lloran; y es mejor que vuelva a salir a la superficie, pero esta vez abro los ojos deliberadamente, para tener frente a mí la garantía de estar efectivamente despierto.

Tengo el sueño delante, caliente todavía, y yo, aunque despierto, estoy todavía lleno de su angustia: y entonces me doy cuenta de que no es un sueño cualquiera, sino de que desde que estoy aquí lo he soñado no una vez, sino muchas, con pocas variantes de ambiente y de detalle. Ahora estoy enteramente lúcido, y me acuerdo de que ya se lo he contado a Alberto y de que él me ha confiado, para mi asombro, que también lo sueña él, y que es el sueño de otros muchos, tal vez de todos. ¿Por qué pasa esto? ¿Por qué el dolor de cada día se traduce en nuestros sueños tan constantemente en la escena repetida de la narración que se hace y nadie escucha?

… Mientras medito así, intento aprovechar el intervalo de vigilia para sacudirme los jirones de angustia del sopor precedente, para no comprometer la cualidad del sueño venidero. Me siento encogido en la oscuridad, miro alrededor y aguzo el oído.

Se oye respirar y roncar a los que duermen, a alguno que gime y habla. Muchos chasquean los labios y baten las mandíbulas. Sueñan que están comiendo: éste es también un sueño colectivo. Es un sueño despiadado, quien inventó el mito de Tántalo debía de conocerlo. No sólo se ven los alimentos, sino que se sienten en la mano distintos y concretos, se percibe su olor rico y violento; hay quien se los lleva a los labios, pero alguna circunstancia, diferente cada vez, hace que el acto no llegue a cumplirse. Entonces desaparece el sueño y se rompen sus elementos, pero luego se rehace, y empieza otra vez igual y

cambiado: y esto sin tregua, para todos nosotros, durante todas las noches y durante todo lo que dura el sueño.

Deben ser ya más de las once porque es intenso el ir y venir al cubo que está junto al guardia nocturno. Es un tormento obsceno y una vergüenza indeleble: cada dos, cada tres horas, tenemos que levantarnos para verter la gran dosis de agua que de día estamos obligados a absorber en forma de potaje que nos calma el hambre: es la misma agua que por la noche nos hincha los tobillos y las orejas e imprime a todas las fisonomías una semejanza deforme, y cuya eliminación impone a los riñones un trabajo enervante.

No se trata sólo de la procesión al cubo; es ley que el último que usa el cubo tenga que vaciarlo en la letrina; y también es ley que por la noche no se salga del barracón más que en traje nocturno (camisa y calzoncillos) y dando el número al guardia. Se sigue de ello, previsiblemente, que el guardia nocturno trate de exonerar de tal servicio a sus amigos, a sus compatriotas y a los importantes; añádase además que los veteranos del campo tienen los sentidos afinados de tal manera que sin levantarse de las literas están milagrosamente capacitados para distinguir, sólo por el sonido de las paredes del cubo, si el nivel está o no en el límite peligroso, por lo cual casi siempre consiguen evitar el tener que vaciarlo. Por lo tanto, los candidatos al servicio del cubo son, en cada barracón, un número muy limitado, mientras el total de los litros que hay que eliminar es por lo menos de doscientos y por consiguiente el cubo debe ser vaciado unas veinte veces.

En resumen, es muy grande el riesgo que nos acecha a nosotros, los inexpertos y no privilegiados, cada noche, cuando la necesidad nos empuja al cubo. Inesperadamente, el guardia nocturno salta de su rincón y nos espía, garabatea nuestro número, nos da un par de zuecos de madera y el cubo, y nos arroja afuera en medio de la nieve, temblando y dormidos. Nos toca arrastrarnos hasta la letrina con el cubo que da golpes contra las pantorrillas desnudas, desagradablemente caliente; está lleno mucho más allá de cualquier límite razonable y es inevitable que, con las sacudidas, algo se derrame sobre los pies, de manera que por muy repugnante que sea esta función siempre es preferible tener que ir nosotros mismos a que tenga que ir nuestro compañero de litera.

Así se arrastran nuestras noches. El sueño de Tántalo y el sueño del relato se insertan en un tejido de imágenes menos claras: el sufrimiento del día, compuesto de hambre, golpes, frío, cansancio, miedo y promiscuidad, reaparece por las noches en

pesadillas informes de una violencia inaudita como en la vida libre se tienen sólo en las noches de fiebre. Se despierta uno a cada instante, helado de terror, con todos los miembros sobresaltados, bajo la impresión de una orden gritada por una voz llena de cólera, en una lengua que no se entiende. La procesión del cubo y los tropezones de los talones desnudos en la madera del suelo se transforman en otra procesión simbólica: somos nosotros, grises e idénticos, pequeños como hormigas y grandes hasta las estrellas, apretados el uno contra el otro, innumerables, ocupando toda la llanura hasta el horizonte; a veces nos fundimos en una sustancia única, una masa angustiosa en la que nos sentimos apresados y sofocados; a veces, en un desfile hacia el cubo, sin principio y sin fin, con un vértigo cegador y una marea de náuseas que nos sube del estómago a la garganta; a no ser que el hambre, o el fijo, o la vejiga llena nos conduzcan los sueños por los caminos acostumbrados. Tratamos en vano, cuando la misma pesadilla o el malestar nos despiertan, de desenredar sus componentes y de apartarlos por separado del campo de nuestra atención para poder proteger al sueño de su intrusión: no acabamos de cerrar los ojos cuando sentimos de nuevo que el cerebro se nos pone en movimiento fuera del alcance de nuestra voluntad; da golpes y zumbidos, incapaz de descanso fabrica fantasmas y signos terribles, y sin pausa los dibuja y los agita en la niebla gris sobre la pantalla de nuestros sueños.

Pero durante toda la noche, a través de las alternativas del sueño, de la vigilia y de la pesadilla, acecha la espera y el terror del momento del despertar: mediante la misteriosa facultad que muchos conocen podemos, aun sin relojes, prever su estallido con gran aproximación. A la hora de diana, que varía de una estación a otra, pero que siempre cae mucho antes del alba, suena largamente la sirena del campo, y entonces en todos los barracones el guardia de noche recoge: enciende las luces, se levanta, se estira y pronuncia la condena de cada día: Aufstehen, o con más frecuencia, en polaco: *Wstawać*.

Son poquísimos los que esperan durmiendo el *Wstawać*: es un momento de dolor demasiado agudo para que el sueño más duro no se rompa al sentirlo acercarse. El guardia nocturno lo sabe y por eso es por lo que no lo pronuncia con tono de orden, sino con una voz llana y baja, como quien sabe que el anuncio va a encontrar atentos todos los oídos y va a ser escuchado y obedecido.

La palabra extranjera cae como una piedra en el fondo de todos los ánimos. «A levantarse»: la ilusoria barrera de las

mantas cálidas, la frágil coraza del sueño, la evasión nocturna, aun tormentosa, caen hechas pedazos en torno y nos encontramos despiertos sin remisión, expuestos a las ofensas, atrozmente desnudos y vulnerables. Empieza un día como todos los días, de tal manera largo que no se puede razonablemente concebir su fin, tanto frío, tanta hambre, tanto cansancio nos separan de él: por lo cual, lo mejor es concentrar la atención y el deseo en el trozo de pan gris, que es pequeño, pero que dentro de una hora será nuestro y durante cinco minutos, hasta que lo hayamos devorado, constituirá todo cuanto la ley de este sitio nos consiente poseer.

Al *Wstawać* se vuelve a poner en movimiento el remolino. Todo el barracón entra sin transición en una actividad frenética: todos trepan arriba y abajo, hacen la litera y a la vez tratan de vestirse, de manera que ninguna de sus pertenencias quede sin custodia; la atmósfera se llena del polvo fino hasta hacerse opaca; los más rápidos se abren paso a codazos entre la multitud para ir a los lavabos y a la letrina antes de que haya cola. Inmediatamente entran en escena los barrenderos y nos echan afuera a todos a golpes y a gritos.

Cuando he hecho la cama y me he vestido, bajo al suelo y me pongo los zapatos. Entonces se me vuelven a abrir las heridas de los pies y empieza una nueva jornada.

El trabajo

Antes de Resnyk, dormía conmigo un polaco cuyo nombre nadie sabía; era tranquilo y silencioso, tenía dos viejas heridas en las tibias y por las noches emanaba un fino olor a enfermo; tenía también delicada la vejiga y por eso se despertaba y me despertaba ocho o diez veces cada noche.

Una tarde me dio los guantes para que se los guardase y se fue al hospital. Durante media hora tuve la esperanza de que el furrier hubiese olvidado de que me había quedado como único ocupante de mi litera pero, ya después del toque de silencio, la litera tembló y un tipo alto y pelirrojo, con la numeración de los franceses de Drancy se subió a mi lado.

Tener un compañero de cama alto de estatura es una desgracia, significa perder horas de sueño; y precisamente a mí me tocan siempre compañeros altos porque yo soy bajo y dos altos juntos no pueden dormir. Pero a pesar de ello vi en seguida que Resnyk no era un mal compañero. Hablaba poco y cortésmente, era limpio, no roncaba, no se levantaba más que dos o tres veces cada noche y siempre con mucha delicadeza. Por la mañana, se ofreció a hacer él la cama (ésta es una operación complicada y penosa, y además de notable responsabilidad porque los que hacen mal la cama, los *schlechte Bettenbauer*, son castigados rigurosamente), y lo hizo de prisa y bien; de manera que experimenté cierto placer fugaz al ver más tarde, al pasar lista, que lo habían agregado a mi *Kommando*.

Durante la marcha hacia el tajo resbalándonos con los gruesos zuecos sobre la nieve helada, cambiamos algunas palabras, y supe que Resnyk es polaco; ha vivido en París veinte años, pero habla un francés increíble. Tiene treinta años pero, como a todos nosotros, se le podrían calcular entre diecisiete y

cincuenta. Me contó su historia, que he olvidado hoy, pero era una historia dolorosa, cruel y conmovedora; porque así son todas nuestras historias, cientos de miles de historias, todas distintas y todas llenas de una trágica y desconcertante fatalidad. Nos las contamos por las noches, y han sucedido en Noruega, en Italia, en Argelia, en Ucrania, y son sencillas e incomprensibles como las historias de la Biblia. ¿Pero acaso no son también historias de una nueva Biblia?

Al llegar al tajo, nos llevaron a la *Eisenröhreplatz*, que es la explanada donde se descargan los tubos de hierro, y empezaron a suceder las cosas acostumbradas de todos los días. El *Kapo* volvió a pasar lista, apuntó al nuevo y se puso de acuerdo con el *Meister* civil sobre el trabajo del día. Después, nos confió al *Vorarbeiter* y se fue a dormir a la caseta de las herramientas, cerca de la estufa; éste no es un *Kapo* molesto, porque no es judío y no tiene miedo a perder el puesto. El *Vorarbeiter* distribuyó las palancas de hierro entre nosotros y los gatos entre sus amigos; se desarrolló la pequeña lucha acostumbrada por conquistar las palancas más ligeras, y a mí me ha ido mal, la mía ha sido la torcida, que pesa unos quince kilos; sé que, aunque trabajase con ella en el vacío, media hora más tarde estaría muerto de cansancio.

Luego, nos fuimos, cada uno con su palanca, tropezando con la nieve en deshielo. A cada paso un poco de nieve y de fango se nos pegan a las suelas de madera hasta que andamos inestablemente sobre dos pesados amasijos informes de los que no podemos liberarnos; de repente, uno se despega y entonces es como si tuvieses una pierna un palmo más corta que la otra.

Hoy hay que descargar del vagón un enorme cilindro de hierro colado: creo que es un tubo de síntesis, debe de pesar varias toneladas. Para nosotros es mejor, porque es mucho menos lo que nos cansamos con las cargas grandes que con las pequeñas; en realidad el trabajo está más repartido y se nos dan herramientas adecuadas; pero estamos en peligro, no podemos distraernos, una distracción de un segundo y nos pueden aplastar.

Meister Nogalla en persona, el capataz polaco, tieso, serio y taciturno, ha vigilado la operación de descarga. Ahora el cilindro está en el suelo y *Meister* Nogalla dice: *Bohlen holen*.

Se nos oprime el corazón. Quiere decir «traed las traviesas» para construir sobre el fango blando la vía sobre la que habrá que empujar el cilindro con las palancas hasta dentro de la fábrica. Pero las traviesas están hundidas en el terreno, y pesan

ochenta kilos; se sitúan en el límite de nuestras fuerzas. Los más fuertes de nosotros pueden, trabajando en pareja, llevar traviesas durante algunas horas; para mí es una tortura, la carga se me hunde en el hueso del hombro, después del primer viaje estoy sordo y casi ciego por el esfuerzo, y cometería cualquier bajeza para sustraerme al segundo.

Voy a intentar emparejarme con Resnyk, que parece un buen trabajador, y además, como es alto, tendrá que soportar la mayor parte del peso. Sé que lo normal es que Resnyk me rechace con desprecio y se empareje con otro individuo fuerte; entonces pediré permiso para ir a la letrina, y me quedaré allí lo más posible, y luego intentaré esconderme con la seguridad de que inmediatamente me encontrarán, me insultarán y me pegarán; pero cualquier cosa es mejor que este trabajo.

Pero no: Resnyk acepta, y no solamente eso, sino que levanta él solo la traviesa y me la apoya en el hombro derecho con cuidado; luego levanta el otro extremo, se lo pone sobre el hombro izquierdo y echamos a andar.

La traviesa tiene pegados nieve y barro, a cada paso me golpea la oreja y la nieve me da en el cuello. Después de una cincuentena de pasos, me siento en el límite de lo que suele llamarse la capacidad de aguante: se me doblan las rodillas, el hombro me duele como si me lo estuviesen mordiendo, no puedo aguantar el equilibrio. A cada paso siento que el fango ávido me chupa los zapatos, este fango polaco omnipresente cuyo monótono horror llena nuestras jornadas.

Me muerdo los labios profundamente: sabemos bien que el ocasionarse un pequeño dolor sirve de estimulante para poner en movimiento las últimas reservas de energía. También lo saben los *Kapos*: algunos nos golpean por pura bestialidad y violencia, pero hay otros que nos golpean cuando estamos ya bajo la carga, casi amorosamente, acompañando los golpes con palabras de exhortación y de ánimo, como hacen los carreteros con los buenos caballos.

Llegados al cilindro, descargamos la traviesa y yo me quedo rígido, con los ojos vacíos, la boca abierta y los brazos colgando, sumido en el éxtasis efímero y negativo del cese del dolor. En un crepúsculo de agotamiento, espero el empujón que me haga volver al trabajo, e intento aprovechar cada segundo de la espera para recobrar algo de energía.

Pero el empujón no llega: Resnyk me da en el codo, lo más despacio posible volvemos a las traviesas. Por allí están los otros, en parejas, todos tratando de tardar lo más posible en

someterse a la carga. *Allons, petit, attrape*. Esta traviesa está seca y es un poco más ligera, pero al terminar el segundo viaje me presento al *Vorarbeiter* y le pido permiso para ir a la letrina.

Tenemos la ventaja de que nuestra letrina está más bien lejos; lo que nos permite, una vez al día, una ausencia un poco más larga de lo normal, y además, como está prohibido que vayamos solos, nos acompaña Wachsmann, el más débil y torpe del *Kommando*, a quien se le ha dado el cargo de *Scheissbegleiter*, «el acompañante a las letrinas»; Wachsmann, en virtud de tal nombramiento, es responsable de cualquier hipotética (¡hipótesis ridícula!) tentativa de fuga y, más realistamente, de cualquier retraso.

Como mi petición ha sido atendida, me voy por el barro, por la nieve gris y por entre los escombros metálicos, escoltado por el pequeño Wachsmann. No llego a entenderme con él, porque no hablamos ninguna lengua en común; pero sus compañeros me han dicho que es rabino, y hasta Melamed, sabio de la Thorá, y además, que en su tierra, en Galitzia, tenía fama de sanador y de taumaturgo. Y puedo creerlo, al pensar cómo, tan delgado y frágil y delicado, puede trabajar desde hace dos años sin ponerse enfermo y sin haberse muerto, sino por el contrario animado de una asombrosa vitalidad en la mirada y en las palabras cuando por las noches pasa largas horas hablando de cuestiones talmúdicas, incomprensiblemente, en yiddish y en hebreo con Mendi, que es rabino modernista.

La letrina es un oasis de paz. Es una letrina improvisada, que los alemanes no han provisto todavía de los acostumbrados paneles de madera que separan los distintos compartimientos: *Nur für Engländen, Nur für Polen, Nur für Ukrainische Fragüen* y así sucesivamente y, un poco aparte, *Nur für Häftlinge*. En el interior, hombro contra hombro, están sentados cuatro *Häftlinge* famélicos; un viejo barbudo, obrero ruso, con el haz azul de OST en el brazo izquierdo; un muchacho polaco, con una gran P blanca en la espalda y el pecho; un preso militar inglés, con la cara espléndidamente afeitada y rosada, el uniforme caqui nítido, planchado y limpio, aparte de la gruesa marca de KG (*Kriegsgefangener*) en la espalda. Un quinto *Häfling* está en la puerta, y a todo civil que entra desabrochándose el cinturón le pregunta paciente y monótono: *Êtes-vous Français?*

Cuando vuelvo al trabajo, se ven pasar las camionetas del rancho, lo que quiere decir que son las diez, y ésta es ya una hora decente, de manera que el descanso de mediodía se perfila ya en la niebla del futuro remoto y podemos empezar a sacar energía de la espera.

Hago todavía dos o tres viajes con Resnyk, tratando con todo cuidado, y hasta yéndonos a los montones alejados, de encontrar traviesas más ligeras, pero ya todas las mejores han sido transportadas y no quedan más que las otras, atroces, de aristas cortantes, cargadas de barro y hielo, con las láminas metálicas para sujetar los raíles clavadas ya.

Cuando viene Franz a llamar a Wachsmann para que vaya con él a recoger el rancho, quiere decir que son las once y que la mañana casi está pasada, y nadie piensa en la tarde. Después es la vuelta de la cuadrilla, a las once y media, y el interrogatorio de rigor, cuánto potaje hoy, y de qué clase, y si te ha tocado de arriba o del fondo del perol; yo me esfuerzo por no hacer esas preguntas, pero no puedo dejar de prestar un oído ávido a las respuestas, y la nariz al humo que el viento trae de la cocina.

Y por fin, como un meteoro celeste, sobrenatural e impersonal como una señal divina, la sirena de mediodía estalla para consolar nuestro cansancio y nuestra hambre anónima y unánime. Y de nuevo suceden las cosas acostumbradas: corremos todos al barracón y nos ponemos en fila con las escudillas tendidas, y todos tenemos una prisa animal por mojarnos las vísceras con el brebaje caliente, pero nadie quiere ser el primero, porque al primero le toca la ración más líquida. Como de costumbre, el *Kapo* nos escarnece y nos insulta por nuestra voracidad. Y mucho se guarda de remover la marmita, porque el fondo lo reserva claramente para él. Después viene la beatitud (ésta positiva y visceral) de la distensión y del calor en la barriga y en la caseta en torno a la estufa crepitante. Los fumadores, con gesto avaro y piadoso, lían un delgado cigarrillo, y toda nuestra ropa, empapada de nieve y de fango, humea densamente al calor de la estufa, con un olor de perrera y de rebaño.

Según un tácito acuerdo, nadie habla: pasado un minuto, todos duermen, apretados codo con codo, cayéndose de repente hacia delante y enderezándose con una sacudida de espaldas. Por detrás de los párpados apenas cerrados irrumpen violentamente los sueños, y éstos son también los de costumbre. Estar en nuestra casa, en un maravilloso baño caliente. Estar en nuestra casa sentados a la mesa. Estar en casa y contar este trabajo sin esperanza, este tener siempre hambre, este dormir de esclavos.

Luego, en el seno de los vapores de las digestiones torpes, un núcleo doloroso se condensa, y no punza, y crece hasta pasar los límites de la conciencia y nos quita la alegría del sueño.

Es wird bald ein Uhr sein: es casi la una. Como un cáncer rápido y voraz mata nuestro sueño y nos oprime angustiosamente: tendemos el oído al viento que silba fuera y al ligero roce de la nieve contra el cristal, *es wird schnell ein Uhr sein*. Mientras todos nos agarramos al sueño para que no nos abandone, tenemos los sentidos tensos en espera de la señal que va a llegar, que está fuera de la puerta, que está aquí…

Ya está. Un golpe contra el cristal, *Meister* Nogalla ha lanzado contra el ventanuco una bola de nieve y ahora está de pie, tieso, ahí afuera, y tiene el reloj en la mano vuelto hacia nosotros. El *Kapo* se pone en pie, se estira, y dice, en voz baja como quien no duda de que será obedecido: *Alles heraus* (todos afuera).

¡Ah, poder llorar! ¡Ah, poder enfrentarse al viento como antes lo hacíamos de igual a igual, y no como aquí, como gusanos sin alma!

Estamos fuera, y cada uno vuelve a su palanca. Resnyk se encoge de hombros, se hunde el gorro hasta las orejas y levanta la cara al cielo bajo y gris del que cae la nieve inexorable:

—*Si j'avais une chien, je ne le chasse pas dehors*.

Un día bueno

La convicción de que la vida tiene una finalidad está grabada en todas las fibras del hombre, es una propiedad de la sustancia humana. Los hombres libres llaman de muchas maneras a tal finalidad, y sobre su naturaleza piensan y hablan mucho: pero para nosotros la cuestión es muy simple.

Aquí y hoy, nuestra finalidad es llegar a la primavera. De otras cosas, ahora, no nos preocupamos. Detrás de esta meta no hay, ahora, otra meta. Por la mañana, cuando en formación en la plaza de la Lista esperamos sin fin la hora de ir al trabajo, y cada soplo del viento se nos mete por debajo de la ropa y recorre en escalofríos violentos nuestros cuerpos indefensos, y todo alrededor está gris, y nosotros estamos grises; por la mañana, cuando todavía está oscuro, todos escrutamos el cielo hacia oriente acechando los primeros indicios de la dulce estación, y la salida del sol es comentada todos los días: hoy un poco antes que ayer; hoy un poco más caliente que ayer; dentro de dos meses, dentro de un mes, el frío nos dará tregua y tendremos un enemigo menos.

Hoy, por primera vez, el sol ha surgido vivo y nítido fuera del horizonte de barro. Es un sol polaco, frío, blanco y lejano, y no nos calienta más que la epidermis, pero cuando se ha deshecho de las últimas brumas ha corrido un murmullo por nuestra multitud sin color, y cuando incluso yo he sentido su tibieza a través de mi ropa, he comprendido que se pueda adorar al sol.

Das Schlimmste ist vorüber, dice Ziegler, estirando al sol los hombros puntiagudos: lo peor ha pasado. Junto a nosotros hay un grupo de griegos, de esos admirables y terribles judíos salónicos, tenaces, ladrones, prudentes, feroces y solidarios, tan decididos a vivir y tan despiadados adversarios en la lucha por la

vida; de esos griegos que han sobrevivido, en las cocinas y en las canteras; y que hasta los alemanes respetan y los polacos temen. Hace tres años que están en el campo, y nadie mejor que ellos sabe lo que es el campo; ahora están reunidos, apiñados en un corro, hombro contra hombro, y cantan una de sus cantilenas interminables.

Felicio, el griego, me conoce:

—*L'année prochaine à la maison!* —me grita, y añade—:… *à la maison par la cheminée!*

Felicio ha estado en Birkenau. Y siguen cantando. Y dan golpes con los pies rítmicamente, y se embriagan de canción.

Cuando por fin hemos salido por la gran puerta del campo el sol estaba discretamente alto y el cielo sereno. A mediodía se veían las montañas; al poniente, familiar e incongruente, el campanario de Auschwitz (¡un campanario aquí!) y todo alrededor los globos cautivos de las vallas. Los humos de la Buna se estancaban en el aire frío y se veía también una fila de colinas bajas, verdes de bosques: y se nos ha encogido el corazón, porque todos sabemos que aquello es Birkenau, que allí han terminado nuestras mujeres y que pronto también nosotros terminaremos allí: pero no estamos acostumbrados a verlo.

Por primera vez nos hemos dado cuenta de que, a los dos lados de la carretera, también aquí los prados están verdes: porque, si no hay sol, un prado es como si no fuese verde.

La Buna no: la Buna es desesperada y esencialmente opaca y gris. Este desmesurado enredo de hierro, de cemento, de barro y de humo es la negación de la belleza. Sus calles y sus edificios se llaman como nosotros, con números o letras, o con nombres inhumanos y siniestros. Dentro de su recinto no crece una brizna de hierba, y la tierra está impregnada por los jugos venenosos del carbón y del petróleo, y nada más que las máquinas y los esclavos están vivos: y más aquéllas que éstos.

La Buna es grande como una ciudad; allí trabajan, además de los dirigentes y los técnicos alemanes, cuarenta mil extranjeros, y se hablan quince o veinte idiomas. Todos los extranjeros viven en distintos *Lager*s, que rodean la Buna como una corona: el *Lager* de los prisioneros de guerra inglesa, el *Lager* de las mujeres ucranianas, el *Lager* de los voluntarios franceses, y otros que no conocemos. Nuestro *Lager* (*JudenLager, VernichtunsLager, Kazett*) aporta, sólo él, diez mil trabajadores, que provienen de todas las naciones de Europa; y nosotros somos los esclavos de los esclavos, a quienes todos pueden mandar, y nuestro nombre es el número que llevamos

tatuado en el brazo y cosido en el pecho.

La Torre del Carburo, que surge en medio de la Buna y cuyo pináculo es raramente visible entre la niebla, la hemos construido nosotros. Sus ladrillos han sido llamados *Ziegel, briques, tegula, cegli, kamenny, bricks, téglak*, y el odio los ha cimentado; el odio y la discordia, como la Torre de Babel y así la llamamos: *Babelturm, Bobelturm*; y odiamos en ella el demente sueño de grandeza de nuestros amos, su desprecio de Dios y de los hombres, de nosotros los hombres.

Y todavía hoy, como en aquella fábula antigua, todos nosotros sentimos, y los mismos alemanes sienten, que una maldición no trascendente y divina sino inmanente e histórica se cierne sobre la insolente trabazón, fundada en la confusión de las lenguas y erigida desafiando al cielo como una blasfemia de piedra.

Como ya diremos, de la fábrica de la Buna, por la cual se afanaron los alemanes durante cuatro años y en donde sufrimos y morimos miles de nosotros, no salió nunca un solo kilo de goma sintética.

Pero hoy los eternos charcos, sobre los que tiembla un velo irisado de petróleo, reflejan el cielo sereno. Las vigas, las calderas, los tubos todavía fríos del hielo nocturno, chorrean rocío. La tierra removida de las zanjas, los montones de carbón, los bloques de cemento, exhalan en una leve niebla la humedad del invierno.

Hoy es un buen día. Miramos alrededor, como ciegos que recobran la vista, y nos miramos unos a otros. Nunca nos habíamos visto al sol: algunos sonríen. ¡Si no fuese por el hambre!

Porque así es la naturaleza humana, las penas y los dolores que se sufren simultáneamente no se suman por entero en nuestra sensibilidad, sino que se esconden, los menores detrás de los mayores, según una ley de perspectiva muy clara. Es algo providencial y que nos permite vivir en el campo. Y también es ésta la razón por la cual con tanta frecuencia, en la vida en libertad, se oye decir que el hombre es insaciable: mientras, más que de una incapacidad humana para el estado de bienestar absoluto, se trata de un conocimiento siempre insuficiente de la naturaleza compleja del estado de desgracia, por lo cual a causas que son múltiples y ordenadas jerárquicamente se les da un solo nombre, el de la causa mayor; hasta que ésta llegue a desaparecer, y entonces uno se asombra dolorosamente al ver que detrás de una hay otra; y en realidad, muchas otras.

Por eso, aún no acaba de cesar el frío, que durante todo el invierno nos ha parecido el único enemigo, y ya nos damos cuenta de que tenemos hambre: y, repitiendo el mismo error, decimos hoy: «¡Si no fuese por el hambre!»…

Pero ¿cómo podría pensarse en no tener hambre? El *Lager* es el hambre: nosotros somos el hambre, un hambre viviente.

Más allá de la carretera está funcionando una excavadora. Su cesta, suspendida de los cables, abre las mandíbulas dentadas, se queda un momento como dudando en la elección, luego se lanza sobre la tierra arcillosa y blanda y la muerde vorazmente, mientras de la cabina de mando sale un bufido satisfecho de humo blanco y denso. Luego se alza, gira a medias, vomita por la trasera el bocado de que está cargada y vuelve a empezar.

Apoyados en las palas, nos quedamos mirándola fascinados. A cada mordisco de la cesta las bocas se cierran, las nueces suben y bajan miserablemente en las gargantas, visibles bajo la piel fláccida. No conseguimos sustraernos al espectáculo de la comida de la excavadora.

Sigi tiene diecisiete años y es el más hambriento aunque recibe cada tarde un poco de potaje que le da un protector suyo, verosímilmente no desinteresado. Había empezado a hablar de su casa de Viena y de su madre, pero luego ha pasado al tema de la cocina y ahora nos habla sin parar de no sé qué banquete de bodas y recuerda, con verdadero desconsuelo, que no terminó el tercer plato de potaje de habas. Todos lo mandan callar, y no han pasado diez minutos cuando Bela nos describe su campiña húngara, y los campos de maíz, y una receta para hacer polenta dulce con maíz tostado, y manteca, y especias, y… y lo insultan, lo maldicen, y hay otro que empieza a contar…

¡Qué débil es la carne! Yo me doy perfecta cuenta de cuán vanas son estas imaginaciones del hambre, pero no puedo sustraerme a la ley común, y ante los ojos me baila la pasta asciutta que acabábamos de hacer Vanda, Luciana, Franco y yo, en Italia, en el campo de espera, cuando nos dieron la noticia repentina de que al día siguiente teníamos que salir para venir aquí; y estábamos comiéndola (estaba tan buena, amarilla, sólida) y la dejamos, necios de nosotros, insensatos: ¡si hubiésemos sabido! Y si ocurriese otra vez… Absurdo; si hay una cosa segura en el mundo es ésta: que no nos sucederá otra vez.

Fischer, el último que ha llegado, se saca del bolsillo un envoltorio, preparado con la minuciosidad de los húngaros, y dentro hay media ración de pan: la mitad del pan de esta

mañana. Es bien sabido que sólo los Números Altos son capaces de quedarse con el pan en el bolsillo; ninguno de nosotros, los antiguos, está en condiciones de conservar el pan durante una hora entera. Varias teorías circulan para justificar esta incapacidad nuestra: el pan comido poco a poco a veces no se asimila del todo; la tensión nerviosa necesaria para guardar el pan, sin atacarlo cuando se tiene hambre, es nociva y debilitante en grado sumo; el pan endurecido pierde rápidamente su valor alimenticio, por lo que cuanto antes es ingerido tanto más nutritivo, resulta; Alberto dice que el hambre y el pan en el bolsillo son cantidades de signo contrario, que se neutralizan automáticamente y no pueden coexistir en el mismo individuo; y muchos, en fin, afirman justamente que el estómago es la caja fuerte más segura contra los robos y las extorsiones.

—*Moi, on m'a jamais volé mon pain!* —gruñe David golpeándose el estómago cóncavo: pero no puede apartar los ojos de Fischer, que mastica lento y metódico, del «afortunado» que posee todavía media ración a las diez de la mañana—:… *sacré veinard, va!*

Pero no sólo debido al sol es el de hoy un día alegre: a mediodía nos espera una sorpresa. Además del rancho normal de la mañana, encontramos en la barraca una maravillosa marmita de cincuenta litros, de las de la Cocina de la Fábrica, casi llena. Templer nos mira triunfante: esta «organización» es obra suya.

Templer es el organizador oficial de nuestro *Kommando*: tiene para la sopa de los Civiles una sensibilidad exquisita, como las abejas para las flores. Nuestro *Kapo*, que no es un mal *Kapo*, le deja las manos libres, y con razón: Templer se echa a andar siguiendo pistas imperceptibles, como un sabueso, y vuelve con la preciosa noticia de que los obreros polacos del Alcohol Metílico, a dos kilómetros de aquí, han dejado cuarenta litros de sopa porque sabía a rancio, o que un vagón de nabos se ha quedado sin guardia en la vía muerta de la Cocina de la Fábrica.

Hoy, los litros son cincuenta, y nosotros somos quince, *Kapo* y *Vorarbeiter* comprendidos. Son tres litros por cabeza; uno lo tomaremos a mediodía, además del rancho normal, y para los otros dos iremos por turno esta tarde a la barraca, y nos será, concedidos excepcionalmente cinco minutos de suspensión del trabajo para que nos hartemos.

¿Qué más podría desearse? Hasta el trabajo nos parece ligero ante la perspectiva de los dos litros densos y calientes que nos esperan en la barraca. Periódicamente se nos acerca el *Kapo* y llama:

—*Wer hat noch zu fressen?*

Esto, no ya por burla o por escarnio, sino porque verdaderamente este nuestro comer de pie, furiosamente, escaldándose la boca y la garganta, sin tiempo para respirar, es *fressen*, el comer de las bestias, y no por cierto *essen*, el comer de los hombres, sentados ante una mesa, religiosamente. *Fressen* es el vocablo apropiado, el comúnmente usado entre nosotros.

Meister Nogalla está aquí y hace la vista gorda ante nuestra ausencia del trabajo. También *Meister* Nogalla tiene cara de hambriento, y si no fuese por las conveniencias sociales quizás no rechazara un litro de nuestro aguaje caliente.

Le llega el turno a Templer, al que, con plebiscitario consentimiento, le han sido asignados cinco litros, sacados del fondo de la marmita. Porque Templer, además de ser un buen organizador, es un excepcional comedor de potaje y, caso único, está en condiciones de vaciar los intestinos, voluntaria y preventivamente, en vista de la comida voluminosa: lo que contribuye a su asombrosa capacidad gástrica.

De esta habilidad suya está justamente orgulloso, y todos, hasta *Meister* Nogalla, la conocen. Acompañado por la gratitud de todos, el benefactor Templer se encierra unos instantes en la letrina, sale radiante y pronto, y se dispone, entre la general benevolencia, a gozar del fruto de su obra:

—*Nu, Templer, hast du Platz genug für die Suppe gemacht?*

Al atardecer, suena la sirena del *Feierabend*, del final del trabajo; y puesto que todos estamos, al menos durante unas horas, saciados, no hay lugar a litigios, nos sentirnos bondadosos, el *Kapo* no tiene deseos de castigarnos y somos capaces de pensar en nuestras madres y en nuestras mujeres, lo que no sucede con frecuencia. Durante unas horas podemos ser infelices a la manera de los hombres libres.

Más acá del bien y del mal

Teníamos una incorregible tendencia a ver en cada acontecimiento un símbolo y un signo. Desde hacía setenta días se hacía esperar el *Wäschetauschen*, la ceremonia del cambio de la ropa interior, y ya circulaba insistente la voz de que faltaba ropa interior de recambio porque, debido al avance del frente, los alemanes no podían hacer afluir a Auschwitz nuevos transportes; «por eso» la liberación estaba cerca; y paralelamente, la interpretación opuesta, que el retraso de la muda era signo seguro de una próxima liquidación integral de todo el campo. Pero la muda llegó y, como de costumbre, la dirección del *Lager* se preocupó de que llegase de improviso y al mismo tiempo a todos los barracones.

Es preciso saber que en el *Lager* la tela escasea y es preciosa; y que el único modo que tenemos de procurarnos un trapo para limpiarnos la nariz, o un retazo para los pies, es precisamente el cortarle el faldón a una camisa en el momento de la muda. Si la camisa es de manga larga, se le cortan las mangas; si no, uno se contenta con un rectángulo de abajo, o se descose uno de sus numerosos remiendos. En todo caso, hace falta algún tiempo para procurarse aguja e hilo, y para realizar la operación con cierto arte, de modo que el estropicio no sea demasiado evidente en el acto de la entrega. La ropa sucia y rasgada pasa a granel a la Sastrería del campo donde es sumariamente zurcida, luego a la desinfección con vapor (¡no al lavado!) después es redistribuida; de ahí que, para salvar la ropa usada de las mencionadas mutilaciones, sea necesario hacer

llegar la muda de la manera más imprevista.

Pero, siempre como de costumbre, no se ha podido evitar que alguna mirada sagaz penetrase bajo el toldo del carro que salía de la desinfección, de modo que en pocos minutos el campo se ha enterado de la inminencia de un *Wäschetauschen* y, por añadidura, de que esta vez se trataba de camisas nuevas, procedentes de un transporte de húngaros llegado hace tres días.

La noticia ha tenido una resonancia instantánea. Todos los detentadores abusivos de segundas camisas, robadas u «organizadas», o tal vez honestamente compradas con pan para protegerse del frío o para invertir capital en un momento de prosperidad, se han precipitado hacia la Bolsa, esperando llegar a tiempo de cambiar por géneros de consumo su camisa de reserva antes de que la oleada de camisas nuevas, o la certeza de su llegada, devaluasen irreparablemente el precio del artículo.

La Bolsa es siempre activísima. Aunque todo cambio (mejor, toda forma de propiedad) esté explícitamente prohibido, y aunque frecuentes rastreos de los *Kapos* o de los *Blockältester* atropellen periódicamente en una sola fuga a mercaderes, clientes y curiosos, sin embargo, en el ángulo nordeste del *Lager* (significativamente en el ángulo más alejado de las barracas de la SS), apenas las escuadras han vuelto del trabajo, se reúne un concurso tumultuoso, al aire libre en verano, dentro del lavadero en invierno.

Aquí vagan a decenas, con los labios entreabiertos y los ojos relucientes, los desesperados por el hambre, a los que un instinto falaz empuja allá donde las mercancías exhibidas hacen más agria la roedura del estómago y más asidua la salivación. Van provistos, en el mejor de los casos, de la mísera media ración de pan que, con esfuerzo doloroso, han ahorrado desde la mañana, con la esperanza insensata de que se presente la ocasión de un trueque ventajoso con algún ingenuo, desconocedor de las cotizaciones del momento. Algunos de éstos, con salvaje paciencia, adquieren con la media ración un litro de potaje que, al ir alejándose, someten a la metódica extracción de los pocos pedazos de patata que yacen en el fondo; hecho lo cual, la cambian por pan, y el pan por un nuevo litro que expoliar, y esto hasta el agotamiento de los nervios, o hasta que cualquier perjudicado, cogiéndole in fraganti, no les inflija una severa lección, exponiéndolos a la pública irrisión. A la misma especie pertenecen los que van a la Bolsa a vender su única camisa; ésos saben bien lo que va a suceder, en la primera ocasión, cuando el *Kapo* compruebe que están desnudos bajo la

chaqueta. El *Kapo* les preguntará qué han hecho de la camisa; es una pura pregunta retórica, una formalidad útil tan sólo para entrar en materia. Le responderán que la camisa se la han robado en el lavadero; también es de rigor esta respuesta, y no pretende ser creída; en realidad, hasta las piedras del *Lager* saben que en noventa y nueve veces de cada ciento quien no tiene camisa la ha vendido por hambre, y que además se es responsable de la camisa porque pertenece al *Lager*. Entonces, el *Kapo* lo golpeará, le será asignada otra camisa, y antes o después todo volverá a empezar.

Cada uno en su rincón acostumbrado, se estacionan en la Bolsa los mercaderes profesionales; los primeros de entre ellos, los griegos, inmóviles y silenciosos como esfinges, agazapados detrás de las escudillas de potaje denso, fruto de su trabajo, de sus combinaciones y de su solidaridad nacional. Los griegos se han reducido ahora a poquísimos, pero han aportado una contribución de primer orden a la fisonomía del campo y a la jerga internacional que por él circula. Todos saben que «caravana» es la escudilla, y que «la comedera es buena» quiere decir que el potaje es bueno; el vocablo que expresa la idea genérica de hurto es «klepsi-klepsi», de evidente origen griego. Estos pocos supervivientes de la colonia judía de Salónica, la del doble lenguaje, español y helénico, y de las múltiples actividades, son los depositarios de una concreta, terrena, cómplice sabiduría en la que confluyen las tradiciones de todas las civilizaciones mediterráneas. Que esta sabiduría se resuelva en el campo con la práctica sistemática y científica del hurto y del asalto a los cargos y con el monopolio de la Bolsa de los trueques, no debe hacer olvidar que su repugnancia por la brutalidad gratuita, su asombrosa conciencia de la subsistencia de una, cuando menos potencial, dignidad humana, hacían de los griegos del *Lager* el núcleo nacional más coherente y, bajo este punto de vista, el más civil.

Se puede encontrar en la Bolsa a los especialistas de los hurtos en la cocina, con las chaquetas hinchadas por misteriosos bultos. Mientras para el potaje hay un precio casi estable (media ración de pan por un litro), la cotización de los nabos, remolachas, patatas, es caprichosa en extremo y depende mucho, entre otros factores, de la diligencia y la corruptibilidad de los guardianes de turno en los almacenes.

Se vende el Mahorca: el Mahorca es un tabaco de desecho, en forma de astillas leñosas, oficialmente en venta en la *Kantine*, en paquetes de cincuenta gramos, contra la entrega de «bonos-premio» que la Buna debería distribuir entre los mejores

trabajadores. Tal distribución se hace irregularmente, con gran parsimonia y evidente iniquidad, de modo que la mayor parte de los bonos terminan, directamente o por abuso de autoridad, en manos de los *Kapos* y de los prominentes; sin embargo, los bonos-premio de la Buna circulan en el mercado del *Lager* a guisa de moneda, y su valor varía en estricta obediencia a las leyes de la economía clásica.

Ha habido períodos en los que se ha pagado una ración de pan por bono-premio, luego una y cuarto, también una y un tercio; una vez ha sido cotizado a ración y media, pero luego el suministro de Mahorca en las *Cantinas* ha disminuido y entonces, al faltar la cobertura, la divisa se ha precipitado de golpe a un cuarto de ración. Le ha sucedido otro período de alza debido a una razón singular: el cambio de la guardia en el *FrauenBlock*, con la llegada de un contingente de robustas muchachas polacas. En efecto, puesto que el bono-premio es válido (para los criminales y los políticos: no para los judíos, los cuales, por lo demás, no sufren por la limitación) para un ingreso en el *FrauenBlock*, los interesados han hecho un activo y rápido acaparamiento: de donde el alza que, por lo demás, no ha durado mucho.

Entre los comunes *Häftlinge*, pocos son los que buscan el Mahorca para fumárselo personalmente; casi siempre sale del campo y termina en los laboratorios civiles de la Buna. Es un sistema de «kombinacja» bastante difundido: el *Häftling*, una vez economizada del modo que sea una ración de pan, la invierte en Mahorca; se pone cautamente en contacto con un «aficionado» civil, que adquiere el Mahorca efectuando el pago al contado con una dosis de pan superior a la inicialmente establecida. El *Häftling* se come el margen de ganancia y pone en circulación la ración sobrante. Especulaciones de esta clase establecen una conexión entre la economía interior del *Lager* y la vida económica del mundo exterior: cuando, accidentalmente, ha llegado a faltar la distribución del tabaco a la población civil de Cracovia, el hecho, superando la barrera de alambre de púa que nos segrega del consorcio humano, ha tenido repercusión en el campo, provocando una clara alza de la cotización del Mahorca y, en consecuencia, de los bonos-premio.

El caso arriba esbozado no es sino el más esquemático: otro más complejo es el siguiente. El *Häftling* adquiere mediante Mahorca o pan —o quizás por donación de un civil— cualquier abominable, rasgado, sucio trapo de camisa, sin embargo, provisto aún de tres agujeros por los que pasar bien o mal los brazos y la cabeza. Siempre que no muestre más que signos de

desgaste, y no de mutilaciones artificiosamente realizadas, semejante objeto, en lo que al *Wäschentauschen* se refiere, es válido como camisa y da derecho al cambio; todo lo más, quien lo muestra podrá recibir una adecuada dosis de golpes por haber puesto tan poco cuidado en la conservación de los indumentos de ordenanza.

Por ello, en el interior del *Lager* no hay gran diferencia de valor entre una camisa digna de tal nombre y un andrajo lleno de remiendos; el *Häftling* no tendrá dificultad en encontrar un compañero en posesión de una camisa en estado comerciable que no pueda valorizar porque, por razones de ubicación del trabajo, o de lenguaje, o de intrínseca incapacidad, no está en relación con los trabajadores civiles. Estos últimos se contentarán con un modesto porcentaje de pan para aceptar el cambio; efectivamente, el próximo *Wäschentauschen* restablecerá en cierto modo la nivelación repartiendo ropa buena o mala de manera perfectamente casual. Pero el primer *Häftling* podrá contrabandear en la Buna la camisa buena y vendérsela al civil de antes (o a cualquier otro) por cuatro, seis, hasta diez raciones de pan. Este tan elevado margen de ganancias refleja la gravedad del riesgo de salir del campo con más de una camisa puesta, o de regresar sin camisa.

Muchas son las variaciones sobre este tema. Hay quien no duda en sacarse las fundas de oro de las muelas para venderlas en la Buna por pan o tabaco; pero es más común el caso de que semejante tráfico tenga lugar por persona interpuesta. Un «número alto», es decir, un recién llegado, llegado hace poco pero ya lo suficientemente embrutecido por el hambre y por la extremada tensión de la vida en el campo, es oteado por un «número bajo» a causa de alguna rica prótesis dental que lleve puesta; el «bajo» ofrece al «alto» tres o cuatro raciones de pan al contado por someterse a la extracción. Si el alto acepta, el bajo paga, se lleva el oro a la Buna y, si está en contacto con un civil de confianza, del que no sean de temer delaciones o estafas, puede realizar sin más una ganancia de hasta diez, veinte o más raciones, que le son pagadas gradualmente, una o dos al día. Advirtamos a tal propósito que, contrariamente a lo que sucede en la Buna, cuatro raciones de pan son el importe máximo de los negocios que se concluyen en el campo, porque aquí sería prácticamente imposible tanto estipular contratos a crédito, como preservar de la codicia ajena y del hambre propia una cantidad mayor de pan.

El tráfico con los civiles es un elemento característico del *ArbeitsLager* y, como se acaba de ver, determina la vida

económica. Es por lo demás delito, explícitamente contemplado por el reglamento del campo y asimilado al delito «político»; por ello es castigado con particular severidad. El *Häftling* convicto de *Handel mit Zivilisten*, si no dispone de buenas influencias; acaba en Gleiwitz III, en Janina, en las minas de carbón de Heidebreck; lo que significa la muerte por agotamiento en el transcurso de unas pocas semanas. Además, el mismo trabajador civil cómplice suyo puede ser denunciado a la autoridad competente alemana y condenado a pasar un período variable, según me consta, de quince días a ocho meses en *VernichtunsLager*, en las mismas condiciones que nosotros. Los obreros a los que se aplica este género de talión son expoliados como nosotros a la entrada, pero sus efectos personales se conservan en un almacén a propósito. No se los tatúa y conservan su pelo, lo que los hace fácilmente reconocibles, pero durante todo el tiempo del castigo se los somete al mismo trabajo que a nosotros y a nuestra disciplina; excluidas, desde luego, las selecciones.

Trabajan en *Kommando*s especiales y no tienen contacto de ningún género con los *Häftlinge* comunes. En efecto, para ellos el *Lager* es un castigo y, si no mueren de cansancio o de enfermedad, tienen muchas probabilidades de volver entre los hombres; si se les diese la posibilidad de comunicarse con nosotros, ello abriría una brecha en el muro que nos tiene muertos para el mundo, y una rendija sobre el misterio que reina entre los hombres libres en torno a nuestro estado. En cambio, para nosotros, el *Lager* no es un castigo; para nosotros no se prevé un término, y el *Lager* no es otra cosa que el género de existencia a nosotros asignado, sin límites de tiempo, en el seno del organismo social germánico.

Una sección de nuestro mismo campo está destinada por supuesto a los trabajadores civiles de todas las nacionalidades que deben residir en él durante un tiempo más o menos largo, en expiación de sus relaciones ilícitas con los *Häftlinge*. Dicha sección está separada del resto del campo mediante un alambre de púas, y se llama *E-Lager*, y *E-Häftlinge* se llaman sus huéspedes. *E e*s la inicial de Erziehung, que significa «educación».

Todas las combinaciones hasta ahora descritas están fundadas en el contrabando de material perteneciente al *Lager*. Por eso, los SS son tan rigurosos al reprimirlos: el mismo oro de nuestros dientes es propiedad suya, puesto que, arrancado de las mandíbulas de los vivos y de los muertos, todo termina antes o después en sus manos. Es, por lo tanto, natural que se ocupen de que el oro no salga del campo.

Pero contra el hurto en sí la dirección del campo no tiene ninguna prevención. Lo demuestra la actitud de amplia connivencia manifestada por los SS frente al contrabando inverso.

Aquí, las cosas son generalmente más sencillas. Se trata de robar o de comprar después de robado alguno de los variados utensilios, herramientas, materiales, productos, etcétera con los que a diario estamos en contacto en la Buna por razones de trabajo; introducirlo en el campo por la tarde, encontrar el cliente y efectuar el trueque por pan o sopa. Este tráfico es intensísimo: para determinados artículos, que no obstante son necesarios para la vida normal del *Lager*, ésta, la del hurto en la Buna, es la única y regular vía de abastecimiento. Son típicos los casos de las escobas, de los barnices, del alambre eléctrico, del betún de los zapatos. Valga como ejemplo el tráfico de esta última mercancía.

Como ya hemos dicho en otra parte, el reglamento del campo prescribe que todas las mañanas los zapatos se embetunen y se les saque brillo, y cada *Blockältester* es responsable ante los SS de la obediencia a esta disposición por parte de todos los hombres de su barracón. Se podría, pues, pensar que cada barracón disfruta de una asignación periódica de betún para los zapatos, pero no es así: el mecanismo es otro. Es necesario anticipar que cada barracón recibe, por las tardes, una asignación de potaje que es un poco mayor que la suma de las raciones reglamentarias; el exceso es repartido según el arbitrio del *Blockältester*, el cual se procura, en primer lugar, las atenciones para sus amigos y protegidos, en segundo, las compensaciones debidas a los barrenderos, a los guardias nocturnos, a los inspectores de piojos y a todos los demás funcionarios prominentes de la barraca. Lo que todavía queda (y todo *Blockältester* astuto hace que siempre sobre), sirve precisamente para las compras.

Lo demás se comprende: los *Häftlinge* a los que se les ofrece en la Buna la ocasión de llenarse la escudilla de grasa o de aceite de máquina (o de otras cosas: cualquier sustancia negruzca y untuosa se considera al fin adecuada), llegados al campo por la tarde, hacen sistemáticamente la ronda de los barracones hasta que encuentran al *Blockältester* desprovisto del artículo o que quiere tenerlo en reserva. Por lo demás, cada barraca tiene por lo menos su abastecedor habitual, con el cual ha sido pactada una compensación fija diaria a condición de que proporcione la grasa cada vez que la reserva esté a punto de acabarse.

Todas las noches, junto a las puertas de los *Tagesräume*, se

estacionan pacientemente los puestos de los proveedores: quietos y en pie durante horas y horas bajo la lluvia o la nieve, hablan agitadamente y en voz baja de cuestiones relacionadas con las variaciones de los precios y del valor del bono-premio. De cuando en cuando alguno se separa del grupo, hace una breve visita a la Bolsa y vuelve con las últimas noticias.

Además de los ya nombrados, son innumerables los artículos disponibles en la Buna que pueden ser útiles en el *Block*, ser agradecidos por el *Blockältester*, o suscitar el interés o la curiosidad de los prominentes. Bombillas, cepillos, jabón corriente o de barba, limas, pinzas, sacos, clavos; se despacha el alcohol metílico, bueno para hacer bebidas, y la bencina, buena para encendedores, prodigios de la industria secreta de los artesanos del *Lager*.

En esta compleja red de hurtos y contrahurtos, alimentados por la sorda hostilidad entre los comandos SS y la autoridad civil de la Buna, función de primer orden tiene el *Ka-Be*. El *Ka-Be* es el lugar de menor resistencia, la válvula por la que más fácilmente pueden evadirse los reglamentos y eludirse la vigilancia de lo *Kapos*. Todos saben que son los mismos enfermeros los que reincorporan al mercado, a bajo precio, la ropa y los zapatos de los muertos y de los seleccionados que parten desnudos para Birkenau; son los enfermeros y los médicos los que exportan de la Buna los sulfamídicos asignados, vendiéndolos a los civiles contra géneros alimentarios.

Además, los enfermeros obtienen grandes ganancias del tráfico de cucharas. El *Lager* no provee de cuchara a los recién llegados, aunque el potaje semilíquido no pueda ser consumido de otra manera. Las cucharas se fabrican en la Buna, a escondidas y en los ratos libres, por los *Häftlinge* que trabajan como especialistas en los *Kommando*s de herreros y hojalateros; se trata de bastas y pesadas herramientas, hechas con chapas trabajadas a martillazos, frecuentemente con el mango afilado, de modo que sirva al mismo tiempo de cuchillo para cortar el pan. Los mismos fabricantes las venden directamente a los recién llegados; una cuchara sencilla vale media ración, una cuchara-cuchillo tres cuartos de ración de pan. Ahora bien, es ley que en el *Ka-Be* se pueda entrar con la cuchara, pero no salir con ella. A los curados, en el acto de darlos de alta y antes de vestirlos, la cuchara les es confiscada por los enfermeros, que la envían en venta a la Bolsa. Añadiendo a las cucharas de los curados las de los muertos y las de los seleccionados, los enfermeros llegan a percibir a diario las ganancias de la venta de una cincuentena de cucharas. Por el contrario, los enfermos

dados de alta se ven obligados a reanudar el trabajo con la desventaja inicial de media ración de pan asignada a la adquisición de una nueva cuchara.

En fin, el *Ka-Be* es el principal cliente y comprador de los hurtos consumados en la Buna: del potaje destinado al *Ka-Be* veinte buenos litros al día son presupuestados como fondo de hurtos para adquirir de los especialistas los artículos más variados. Hay quien roba el fino tubo de goma utilizado en el *Ka-Be* para las enteroirrigaciones y las sondas gástricas; quien llega a ofrecer los lapiceros y tintas de colores, necesarios para la complicada contabilidad de la comandancia del *Ka-Be*; los termómetros y la vajilla y los reactivos químicos que salen de los almacenes de la Buna en los bolsillos de los *Häftlinge* y se emplean en la enfermería como material sanitario.

Y no querría pecar de inmodestia al añadir que ha sido nuestra, de Alberto y mía, la idea de robar los rollos de papel milimetrado de los termógrafos de la Oficina de Desecación y ofrecérselos al Médico Jefe del *Ka-Be*, sugiriéndole que lo emplee bajo la forma de módulos para los diagramas pulso-temperatura.

En conclusión, el hurto en la Buna, castigado por la Dirección Civil, es autorizado y estimulado por los SS; el hurto en el campo, reprimido severamente por los SS, es considerado por los civiles una operación normal de cambio; el hurto entre *Häftlinge* es generalmente castigado pero el castigo afecta con la misma gravedad al ladrón y al robado. Quiero invitar ahora al lector a que reflexione sobre lo que podrían significar en el *Lager* nuestras palabras «bien» y «mal», «justo» e «injusto»; que juzgue, basándose en el cuadro que he pintado y los ejemplos más arriba expuestos, cuánto de nuestro mundo moral normal podría subsistir más allá de la alambrada de púas.

Los hundidos y los salvados

Ésta, de la que hemos hablado y hablaremos, es la vida ambigua del *Lager*. De esta manera dura, estrujados contra el fondo, han vivido muchos hombres de nuestros días, pero todos durante un tiempo relativamente breve; por lo que quizás sea posible preguntarse si realmente merece la pena, y si está bien, que de esta excepcional condición humana quede cualquier clase de recuerdo.

A esta pregunta estoy inclinado a responder afirmativamente. En efecto, estoy persuadido de que ninguna experiencia humana carece de sentido ni es indigna de análisis, y de que, por el contrario, hay valores fundamentales, aunque no siempre positivos, que se pueden deducir de este mundo particular del que estamos hablando. Querría hacer considerar de qué manera el *Lager* ha sido, también y notoriamente, una gigantesca experiencia biológica y social.

Enciérrense tras la alambrada de púas a millares de individuos diferentes en edades, estado, origen, lengua, cultura y costumbres, y sean sometidos aquí a un régimen de vida constante, controlable, idéntico para todos y por debajo de todas las necesidades: es cuanto de más riguroso habría podido organizar un estudioso para establecer qué es esencial y qué es accesorio en el comportamiento del animal-hombre frente a la lucha por la vida.

No creo en la más obvia y fácil deducción: que el hombre es fundamentalmente brutal, egoísta y estúpido tal y como se

comporta cuando toda superestructura civil es eliminada, y que el *Häftling* no es más que el hombre sin inhibiciones. Pienso más bien que, en cuanto a esto, tan sólo se puede concluir que, frente a la necesidad y el malestar físico oprimente, muchas costumbres e instintos sociales son reducidos al silencio.

Me parece, en cambio, digno de atención este hecho: queda claro que hay entre los hombres dos categorías particularmente bien distintas: los salvados y los hundidos. Otras parejas de contrarios (los buenos y los malos, los sabios y los tontos, los cobardes y los valientes, los desgraciados y los afortunados) son bastante menos definidas, parecen menos congénitas, y sobre todo admiten gradaciones intermedias más numerosas y complejas.

Esta división es mucho menos evidente en la vida común; en ésta no sucede con frecuencia que un hombre se pierda, porque normalmente el hombre no está solo y, en sus altibajos, está unido al destino de sus vecinos; por lo que es excepcional que alguien crezca en poder sin límites o descienda continuamente de derrota en derrota hasta la ruina. Además, cada uno posee por regla general reservas espirituales, físicas e incluso pecuniarias tales, que la eventualidad de un naufragio, de una insuficiencia ante la vida, tiene menor probabilidad. Añádase también la sensible acción de amortiguación que ejerce la ley, y el sentimiento moral, que es una ley interior; en efecto, un país se considera tanto más desarrollado cuanto más sabias y eficientes son las leyes que impiden al miserable ser demasiado miserable y al poderoso ser demasiado poderoso.

Pero en el *Lager* sucede de otra manera: aquí, la lucha por la supervivencia no tiene remisión porque cada uno está desesperadamente, ferozmente solo. Si un tal Null Achtzehn vacila, no encontrará quien le eche una mano; encontrará más bien a alguien que le eche a un lado, porque nadie está interesado en que un «musulmán» [2] más se arrastre cada día al trabajo: y si alguno, mediante un prodigio de salvaje paciencia y astucia, encuentra una nueva combinación para escurrirse del trabajo más duro, un nuevo arte que le rente unos gramos más de pan, tratará de mantenerla en secreto, y por ello será estimado y respetado, y le producirá un beneficio personal y exclusivo; será más fuerte, y será temido por ello, y quien es temido es, ipso facto, un candidato a sobrevivir.

En la historia y en la vida, parece a veces discernirse una ley feroz que reza: «a quien tiene, le será dado; a quien no tiene, le será quitado». En el *Lager*, donde el hombre está solo y la lucha por la vida se reduce a su mecanismo primordial, esta ley inicua

está abiertamente en vigor, es reconocida por todos. Con los adaptados, con los individuos fuertes y astutos, los mismos jefes mantienen con gusto relaciones, a veces casi de camaradas, porque tal vez esperan obtener más tarde alguna utilidad. Pero a los «musulmanes», a los hombres que se desmoronan, no vale la pena dirigirles la palabra, porque ya se sabe que se lamentarán y contarán lo que comían en su casa. Vale menos aún la pena hacerse amigo suyo, porque no tienen en el campo amistades ilustres, no comen nunca raciones extras, no trabajan en *Kommando*s ventajosos y no conocen ningún modo secreto de organizarse. Y, finalmente, se sabe que están aquí de paso y que dentro de unas semanas no quedará de ellos más que un puñado de cenizas en cualquier campo no lejano y, en un registro, un número de matrícula vencido. Aunque englobados y arrastrados sin descanso por la muchedumbre innumerable de sus semejantes, sufren y se arrastran en una opaca soledad íntima, y en soledad mueren o desaparecen, sin dejar rastros en la memoria de nadie.

El resultado de este despiadado proceso de selección natural habría podido leerse en las estadísticas del movimiento de los *Lager*. En Auschwitz, en el año 1944, de los prisioneros judíos veteranos (de los otros no hablaré aquí, porque sus condiciones eran diferentes), *kleine Nummer*, números bajos inferiores al ciento cincuenta mil, pocos centenares sobrevivían: ninguno de éstos era un vulgar *Häftling*, que vegetase en los *Kommando*s vulgares y recibiese la ración normal. Quedaban solamente los médicos, los sastres, los zapateros remendones, los músicos, los cocineros, los jóvenes homosexuales atractivos, los amigos y paisanos de alguna autoridad del campo; además de individuos particularmente crueles, vigorosos e inhumanos, instalados (a consecuencia de la investidura por parte del comando de los SS, que en tal selección demostraban poseer un satánico conocimiento de la humanidad) en los cargos de *Kapo*, de *Blockältester* u otros: y, en fin, los que, aunque sin desempeñar funciones especiales, siempre habían logrado, gracias a su astucia y energía, organizarse con éxito, obteniendo así, además de ventaja material y reputación, la indulgencia y estima de los poderosos del campo. Quien no sabe convertirse en un *Organisator, Kombinator, Prominent* (¡atroz elocuencia de los términos!) termina pronto en «musulmán». Un tercer camino hay en la vida, donde es más bien la norma; no lo hay en el campo de concentración.

Sucumbir es lo más sencillo: basta cumplir órdenes que se reciben, no comer más que la ración, atenerse a la disciplina del

trabajo y del campo. La experiencia ha demostrado que, de este modo, sólo excepcionalmente se puede durar más de tres meses. Todos los «musulmanes» que van al gas tienen la misma historia o, mejor dicho, no tienen historia; han seguido por la pendiente hasta el fondo, naturalmente, como los arroyos que van a dar a la mar. Una vez en el campo, debido a su esencial incapacidad, o por desgracia, o por culpa de cualquier incidente trivial, se han visto arrollados antes de haber podido adaptarse; han sido vencidos antes de empezar, no se ponen a aprender alemán y a discernir nada en el infernal enredo de leyes y de prohibiciones, sino cuando su cuerpo es una ruina, y nada podría salvarlos de la selección o de la muerte por agotamiento. Su vida es breve pero su número es desmesurado; son ellos, los *Muselmänner*, los hundidos, los cimientos del campo; ellos, la masa anónima, continuamente renovada y siempre idéntica, de no-hombres que marchan y trabajan en silencio, apagada en ellos la llama divina, demasiado vacíos ya para sufrir verdaderamente. Se duda en llamarlos vivos: se duda en llamar muerte a su muerte, ante la que no temen porque están demasiado cansados para comprenderla.

Son los que pueblan mi memoria con su presencia sin rostro, y si pudiese encerrar a todo el mal de nuestro tiempo en una imagen, escogería esta imagen, que me resulta familiar: un hombre demacrado, con la cabeza inclinada y las espaldas encorvadas, en cuya cara y en cuyos ojos no se puede leer ni una huella de pensamiento.

Si los hundidos no tienen historia, y una sola y ancha es la vía de la perdición, las vías de la salvación son, en cambio, muchas, ásperas e impensadas.

La vía maestra, como ya he dicho, es la *Prominenz*. *Prominenten* se llaman los funcionarios del campo a partir del *director-Häftling* (*Lageräl*tester), los *Kapos*, los cocineros, los enfermeros, los guardias nocturnos, hasta los barrenderos de las barracas y los *Scheissminister* y *BadeMeister* (encargados de letrinas y duchas). Más especialmente interesan aquí los prominentes judíos puesto que, mientras a los otros se los investía de cargos automáticamente al ingresar en el campo, en virtud de su supremacía natural, los judíos debían intrigar y luchar duramente para obtenerlos.

Los prominentes judíos constituyen un triste y notable fenómeno humano. Convergen en ellos los sufrimientos presentes, pasados y atávicos, y las tradiciones y la educación de hostilidad hacia el extranjero, para convertirlos en monstruos de insociabilidad y de insensibilidad.

Son el típico producto de la estructura del *Lager* alemán: ofrézcase a algunos individuos en estado de esclavitud una posición privilegiada, cierta comodidad y una buena probabilidad de sobrevivir, exigiéndoles a cambio la traición a la solidaridad natural con sus compañeros, y seguro que habrá quien acepte. Éste será sustraído a la ley común y se convertirá en intangible; será por ello tanto más odiado cuanto mayor poder le haya sido conferido. Cuando le sea confiado el mando de una cuadrilla de desgraciados, con derecho de vida y muerte sobre ellos, será cruel y tiránico porque entenderá que si no lo fuese bastante, otro, considerado más idóneo, ocuparía su puesto. Sucederá además que su capacidad de odiar, que se mantenía viva en dirección a sus opresores, se volverá, irracionalmente, contra los oprimidos, y él se sentirá satisfecho cuando haya descargado en sus subordinados la ofensa recibida de los de arriba.

Me doy cuenta de que todo esto está lejos del cuadro que suele imaginarse de los oprimidos que se unen, si no para resistir, cuando menos para sobrellevar algo. No excluyo que así puede ser cuando la opresión no supera un determinado límite, o quizá cuando el opresor, por inexperiencia o por magnanimidad, lo tolera o lo estimula. Pero advierto que en nuestros días, en todos los países en los que un pueblo ha puesto su pie de invasor, se ha establecido una situación análoga de rivalidad y de odio entre los sometidos; y esto, como otros muchos hechos humanos, se ha podido comprobar en los *Lager* con particular y cruel evidencia.

Sobre los prominentes no judíos hay menos que decir, aunque fuesen con mucho los más numerosos (ningún *Häftling* «ario» carecía de un cargo, aunque fuese modesto). Que hayan sido estúpidos y bestiales resulta natural si se piensa que la mayor parte eran criminales comunes escogidos en las cárceles alemanas con vistas a su empleo como vigilantes en los campos para judíos; y pienso que ésta fue una elección muy cuidadosa, porque me niego a creer que los escuálidos ejemplares humanos a los que vi en acción representen al tipo medio, no de los alemanes en general, sino tampoco de los presidiarios alemanes en particular. Es más difícil explicarse cómo en Auschwitz los prominentes políticos alemanes, polacos y rusos rivalizasen en brutalidad con los reos comunes. Pero es bien sabido que en Alemania el calificativo de delito político se aplicaba también a hechos tales como el comercio clandestino, las relaciones ilícitas con judías, y los hurtos en perjuicio de funcionarios del Partido. Los políticos «verdaderos» vivían y morían en otros campos, de nombre ahora tristemente famoso, en condiciones notoriamente

durísimas, pero diferentes en muchos aspectos de las aquí descritas.

Pero además de los funcionarios propiamente dichos, hay otra vasta categoría de prisioneros que, no favorecidos inicialmente por el destino, luchan tan sólo con sus fuerzas por sobrevivir. Hay que remontar la corriente; dar la batalla todos los días al hambre, al frío y a la consiguiente inercia; resistirse a los enemigos y no apiadarse de los rivales; aguzar el ingenio, ejercitar la paciencia, fortalecer la voluntad. O, también, acallar la dignidad y apagar la luz de la conciencia, bajar al campo como brutos contra otros brutos, dejarse guiar por las insospechadas fuerzas subterráneas que sostienen a las estirpes y a los individuos en los tiempos crueles. Muchísimos han sido los caminos imaginados y seguidos por nosotros para no morir: tantos como son los caracteres humanos. Todos suponen una lucha extenuadora de cada uno contra todos, y muchos, una suma no pequeña de aberraciones y de compromisos. El sobrevivir sin haber renunciado a nada del mundo moral propio, a no ser debido a poderosas y directas intervenciones de la fortuna, no ha sido concedido más que a poquísimos individuos superiores, de la madera de los mártires y de los santos.

En cuántos modos es posible acceder a la salvación, procuraré demostrarlo contando las historias de Schepschel, Alfred L., Elías y Henri.

Schepschel vive en el *Lager* desde hace cuatro años. Ha visto morir a su alrededor a decenas de millares de sus semejantes a partir del pogromo que lo ha sacado de su pueblo en Galitzia. Tenía mujer y cinco hijos, y un próspero negocio de guarnicionería, pero desde hace mucho tiempo ha dejado de pensar en sí mismo más que como un saco que debe ser llenado periódicamente. Schepschel no es muy robusto, ni muy valiente, ni muy malo; ni siquiera es particularmente astuto, y nunca ha encontrado un empleo que le conceda un poco de respiro, sino que se ha reducido a los expedientes ocasionales e intermitentes, a las *kombinacje*, como aquí las llaman.

De vez en cuando roba en la Buna una escoba y se la vende al *Blockältester*, cuando consigue ahorrar un poco de capital-pan, arrienda las herramientas del remendón del *Block*, que es su paisano, y trabaja un poco por su cuenta; sabe hacer tirantes con cable eléctrico trenzado; Sigi me ha dicho que durante el descanso de mediodía lo ha visto cantar y bailar delante de la barraca de los obreros eslovacos, que lo recompensan a veces con las sobras de su potaje.

Dicho esto, uno puede sentirse inclinado a pensar en Schepschel con indulgente simpatía, como en un mezquino cuyo espíritu no alberga más que un humilde y elemental deseo de vivir, y que lleva adelante valerosamente su pequeña lucha para no sucumbir. Pero Schepschel no es una excepción, y cuando se presentó la ocasión no dudó en hacer condenar a la fustigación a Moischl que había sido su cómplice en un hurto en la cocina, con la esperanza mal fundada de hacer méritos ante los ojos del *Blockältester* y de promover su candidatura al puesto de lavador de marmitas.

La historia del ingeniero Alfred L. demuestra, entre otras cosas, cuán vano es el mito de la igualdad original de los hombres.

L. dirigía en su país una importantísima fábrica de productos químicos, y su nombre era (y es) conocido en los ambientes industriales de Europa. Era un hombre robusto de unos cincuenta años; no sé cómo fue arrestado, pero en el campo había entrado como entraban todos: desnudo, solo y desconocido. Cuando yo lo conocí estaba muy echado a perder, pero conservaba en la cara los rasgos de una energía disciplinada y metódica; en aquel tiempo, sus privilegios se limitaban a la limpieza diaria de la marmita de los obreros polacos; este trabajo, del que había obtenido no sé cómo la exclusividad, le rendía media escudilla de sopa al día. No bastaba ciertamente esto para satisfacer su hambre; sin embargo, nadie lo había oído nunca lamentarse. Por el contrario, las palabras que dejaba caer eran tales como para hacer pensar en grandiosos recursos secretos, en una «organización» sólida y fructífera.

Cosa que su aspecto confirmaba. L. tenía «una línea»: las manos y la cara siempre perfectamente limpias, tenía la rarísima abnegación de lavarse cada quince días la camisa, sin esperar al cambio bimestral (hagamos notar aquí que lavar la camisa quiere decir encontrar el jabón, encontrar tiempo, encontrar sitio en el lavadero lleno de gente; avenirse a vigilar atentamente, sin desviar los ojos un instante, la camisa mojada, y ponérsela, naturalmente, todavía mojada, a la hora de silencio, en la que se apagan las luces); tenía un par de chanclos de madera para ir a la ducha y, finalmente, su traje a rayas era singularmente apropiado para su talla, limpio y nuevo. L. se había procurado en sustancia todo el aspecto de prominente bastante antes de serlo: ya que sólo mucho tiempo después he sabido que toda esta ostentación de prosperidad se la había sabido ganar L. con increíble tenacidad, pagando cada una de las adquisiciones y servicios con el pan de su misma ración, y constriñéndose así a

un régimen de privaciones suplementarias.

Su plan era para un futuro lejano, lo que es tanto más notable cuanto que había sido concebido en un ambiente en el que dominaba la mentalidad de lo provisional; y L. lo llevó a cabo con rígida disciplina interior, sin piedad para consigo mismo ni, con más razón, para con los compañeros que se le cruzaban en el camino. L. sabía que entre el ser considerado poderoso y el llegar a serlo, el paso es corto y que, en todas partes, pero particularmente en medio de la general nivelación del *Lager*, un aspecto respetable es la mejor garantía de ser respetado. Dedicó todos sus cuidados a no ser confundido con el rebaño: trabajaba con ímpetu ostentoso, exhortando también en ocasiones a los compañeros con tono persuasivo y deprecatorio; evitaba la lucha cotidiana por el mejor puesto en la cola del rancho y se adaptaba a recibir todos los días la primera ración, notoriamente más líquida, de modo que el *Blockältester* lo advirtiese por su disciplina. Para completar su despego, en las relaciones con los compañeros se comportaba siempre con la mayor cortesía compatible con su egoísmo, que era absoluto.

Cuando fue constituido, como se dirá, el *Kommando* Químico, L. comprendió que su hora había sonado: no necesitaba sino su ropa limpia y su cara magra, sí, pero afeitada, en medio del rebaño de colegas sórdidos y desaliñados, para convencer inmediatamente al *Kapo* y al *Arbeitsdienst* de que era un auténtico salvado, un prominente en potencia; por lo que (a quien tiene, le será dado) fue inmediatamente promovido a «especializado», nombrado jefe técnico del *Kommando*, y adoptado por la dirección de la Buna como analista del laboratorio de la sección de estiroleno. Fue encargado en seguida de ir inspeccionando las nuevas adquisiciones del *Kommando* Químico, para juzgar sobre su habilidad profesional, lo que hizo siempre con extremado rigor, especialmente de cara a aquellos en quienes barruntaba posibles futuros competidores.

Ignoro la continuación de su historia, pero me parece muy probable que haya escapado a la muerte y viva hoy su fría vida de dominador resuelto y sin alegría.

Elías Lindzin, 141565, cayó un día, inexplicablemente, en el *Kommando* Químico. Era un enano, de no más de un metro y medio, pero nunca he visto musculatura como la suya. Cuando está desnudo, se le ve cada uno de sus músculos trabajar bajo la piel, potente y móvil como un animal independiente; agrandado sin alterar sus proporciones, su cuerpo sería un buen modelo para Hércules: pero no hay que mirarle la cabeza.

Bajo el cuero cabelludo, las suturas craneanas sobresalen desmesuradas. El cráneo es macizo y da la impresión de ser de metal o de piedra; se ve el limite negro de los pelos cortados apenas a un dedo por encima de las cejas. La nariz, la barbilla, la frente, los pómulos, son duros y compactos, toda la cara parece una cabeza de ariete, un instrumento hecho para golpear. De su persona emana un aire de vigor bestial.

Ver trabajar a Elías es un espectáculo desconcertante; los *Meister* polacos, los mismos alemanes se paran a veces para admirar a Elías en acción. Parece que nada le resulta imposible. Mientras nosotros acarreamos a duras penas un saco de cemento, Elías carga con dos, luego tres, luego cuatro, manteniéndolos en equilibrio no se sabe cómo, y mientras anda rápidamente sobre las piernas cortas y enanas, hace muecas bajo la carga, se ríe, insulta, ruge y canta sin parar, como si tuviese pulmones de bronce. Elías, a pesar de los chanclos de madera, se encarama como un simio en los andamios y corre seguro por las vigas suspensas en el vacío; lleva seis ladrillos por vez basculándole en la cabeza; sabe hacerse una cuchara de un pedazo de chapa, y un cuchillo de desecho de acero; encuentra por doquier papel, leña y carbón seco y sabe encender en pocos instantes un fuego, incluso bajo la lluvia. Sabe el oficio de sastre, el de carpintero, el de zapatero, el de barbero; escupe a distancias increíbles; canta, con voz de bajo no desagradable, canciones polacas y yiddish nunca oídas antes; puede ingerir seis, ocho, diez litros de sopa sin vomitar y sin tener diarrea, y reanuda el trabajo inmediatamente después. Sabe hacer que le salga entre los hombros una gruesa joroba y camina alrededor de la barraca patituerto y contrahecho, chillando y declamando de manera incomprensible, entre las risas de los poderosos del campo. Lo he visto luchar con un polaco que le llevaba una cabeza y derribarlo de un cabezazo en el estómago, potente y preciso como una catapulta. Jamás lo he visto descansar, nunca lo he visto callado o quieto, no lo he sabido herido o enfermo.

De su vida de hombre libre nadie sabe nada; por lo demás, representarse a Elías en traje de hombre libre exige un profundo esfuerzo de la fantasía y de la inducción. No habla más que polaco y el yiddish torvo y deforme de Varsovia; además, es imposible conversar con él de manera coherente. Podría tener veinte o cuarenta años; generalmente dice que tiene treinta y tres y que ha tenido diecisiete hijos; lo que no es inverosímil. Habla continuamente de los temas más distintos; siempre con voz tonante, con acento oratorio, con violenta mímica de esquizofrénico. Como si siempre se dirigiese a un público muy

nutrido: y, como es natural, el público no le falta nunca. Los que entienden su lenguaje se beben sus palabras declamatorias retorciéndose de risa, le golpean los hombros duros entusiasmados, lo estimulan a proseguir; mientras él, feroz y enfurruñado, se revuelve como una fiera entre el corro de espectadores, apostrofando ora a éste ora a aquél; de repente coge a uno por el pecho con su pequeña garra ganchuda, lo atrae hacia sí irresistiblemente, le vomita en la cara atónita una incomprensible invectiva, después lo arroja hacia atrás como si fuese una gavilla y, entre aplausos y risas, con los brazos alzados hacia el cielo como un pequeño y monstruoso profeta, continúa su discurso furibundo y enloquecido.

Su fama de trabajador excepcional se difundió bastante pronto y, gracias a la absurda ley del *Lager*, desde entonces dejó prácticamente de trabajar. Su trabajo era directamente solicitado por el *Meister* para aquellas faenas tan sólo en las que fuesen necesarios una pericia y un vigor particulares. Aparte de estas prestaciones, vigilaba, insolente y violento, nuestra vulgar faena cotidiana, eclipsándose con frecuencia para hacer misteriosas visitas aventureras en quién sabe qué rincones del tajo, de donde volvía con grandes bultos en los bolsillos y frecuentemente con el estómago visiblemente lleno.

Elías es natural e inocentemente ladrón: manifiesta en esto la instintiva astucia de los animales salvajes. Nunca es cogido con las manos en la masa, porque no roba más que cuando se presenta una ocasión segura: pero cuando ésta se presenta, Elías roba, fatal y previsiblemente, como cae una piedra que se arroja. Aparte el hecho de que es difícil sorprenderlo, es claro que de nada serviría castigarlo por sus hurtos, puesto que no son más que un acto vital como cualquier otro, como respirar y dormir.

Puede preguntarse uno ahora qué clase de hombre es este Elías. Si se trata de un loco, incomprensible y extrahumano, que ha acabado en el *Lager* por casualidad. Si es un atavismo, extraño a nuestro mundo moderno y mejor adaptado a las primordiales condiciones de vida del campo. O si, por el contrario, no será un producto del campo, el que todos nosotros acabaremos por ser si es que en el campo no morimos, si no se acaba antes el mismo campo.

Hay algo de verdad en las tres suposiciones. Elías ha sobrevivido a la destrucción de afuera porque es físicamente indestructible; ha resistido a la aniquilación interior porque es un demente. Es, pues, en primer lugar, un superviviente: es el más adaptado, el ejemplar humano más idóneo para este modo de

vivir.

Si Elías recobra la libertad se verá confinado al margen del consorcio humano, en una cárcel o en un manicomio. Pero aquí, en el *Lager*, no hay criminales ni locos: no hay criminales porque no hay una ley moral que infringir; no hay locos porque estamos programados y toda acción nuestra es, en cuanto a tiempo y lugar, sensiblemente la única posible.

En el *Lager* Elías prospera y triunfa. Es un buen trabajador y un buen organizador, y por esta doble razón está asegurado contra las selecciones y es respetado por los jefes y los compañeros. Para quien no tenga sólidos remedios internos, para quien no sepa sacar de la conciencia de sí mismo la fuerza necesaria para aferrarse a la vida, el único camino de salvación conduce a Elías: a la demencia y a la bestialidad traicionera. Ninguno de los demás caminos tiene salida.

Dicho esto, quizás alguien se vería tentado a sacar conclusiones, y hasta a deducir normas, para la vida cotidiana. ¿No habrá alrededor de nosotros algunos Elías más o menos consumados? ¿No vemos vivir a individuos sin objetivo ninguno, y negados a toda forma de autocontrol y de conciencia?; éstos no viven *a pesar* de estos fallos, sino, precisamente, como Elías, en función de ellos.

La cuestión es grave, y no será ulteriormente discutida, porque éstas quieren ser historias del *Lager*, y sobre el hombre de fuera del *Lager* ya se ha escrito mucho. Pero aún me gustaría añadir algo: Elías, por cuanto me es posible juzgar desde fuera, y por cuanto la frase pueda tener de significativo, Elías era verosímilmente un individuo feliz.

Henri es en cambio eminentemente social y culto, y su estilo de supervivencia en el *Lager* cuenta con una teoría completa y orgánica. Sólo tiene veintidós años; es inteligentísimo, habla francés, alemán, inglés y ruso, tiene una óptima cultura científica y literaria.

Su hermano ha muerto en Buna el invierno pasado, y desde aquel día Henri se ha desvinculado de todo afecto; se ha encerrado en sí mismo como en una coraza y lucha para vivir sin distraerse, con todos los recursos que puede obtener de su inteligencia pronta y de su educación refinada. Según la teoría de Henri, para huir de la aniquilación tres son los métodos que el hombre puede poner en práctica sin dejar de ser digno de llamarse hombre: la organización, la compasión y el hurto.

Él mismo practica los tres. Nadie es mejor estratega que Henri para sonsacar («cultivar» dice él) a los prisioneros de

guerra ingleses. Éstos se convierten, en sus manos, en auténticas gallinas de los huevos de oro: piénsese que del cambio de un solo cigarrillo inglés se obtiene lo suficiente para el hambre de todo un día. Henri ha sido sorprendido un día en el momento de comerse un auténtico huevo duro.

El tráfico de las mercancías de procedencia inglesa es un monopolio de Henri, y hasta aquí se trata de organización; pero su instrumento de penetración, con los ingleses y con los demás, es la piedad. Henri tiene el cuerpo y la cara delicados y sutilmente perversos del San Sebastián del Sodoma: sus ojos son negros y profundos, todavía no tiene barba, se mueve con lánguida y natural elegancia (aunque cuando es necesario sabe correr y saltar como un gato, y la capacidad de su estómago es apenas inferior a la de Elías). Henri tiene perfecta conciencia de sus dotes naturales, y les saca partido con la fría competencia de quien maneja un instrumento científico: los resultados son sorprendentes. Se trata, en el fondo, de un descubrimiento: Henri ha descubierto que la compasión, siendo un sentimiento primario e irreflexivo, se compagina bastante bien, si es hábilmente instilada, incluso con los ánimos primitivos de los brutos que nos mandan, de los mismos que no tienen reparo en derribarnos a golpes sin porqué, y a patearnos una vez en el suelo, y no se le ha escapado la gran importancia práctica de este descubrimiento, sobre el que ha montado su industria personal.

Como el icneumón paraliza a las gordas orugas peludas hiriéndolas en su único ganglio vulnerable, así aprecia Henri, con una mirada, al sujeto, *son type*; le habla brevemente, a cada uno con el lenguaje apropiado, y el «type» es conquistado: escucha con creciente simpatía, se conmueve con la suerte del joven desventurado, y no hace falta mucho tiempo para que empiece a rendirle provecho.

No hay alma tan endurecida en la que Henri no consiga abrir brecha, si se pone a ello seriamente. En el *Lager*, y también en la Buna, sus protectores son numerosísimos: soldados ingleses, obreros civiles franceses, ucranianos, polacos; «políticos» alemanes: cuatro *Blockältester* por lo menos, un cocinero, hasta un SS. Pero su campo preferido es el *Ka-Be*, en el *Ka-Be* tiene entrada libre, el doctor Citron y el doctor Weiss son, más que sus protectores, sus amigos, y lo asilan cuando quiere y con el diagnóstico que quiere. Eso sucede especialmente a la vista de las selecciones y en los períodos de trabajo más gravosos: a «invernar», dice él.

Disponiendo de tan importantes amistades, es natural que

Henri raramente se vea reducido a la tercera vía, al hurto; por otra parte, se comprende que, sobre este asunto, no se confíe de buena gana.

Es muy agradable conversar con Henri en los momentos de descanso. Hasta es útil: nada hay en el campo que no conozca y sobre lo que no haya hablado a su modo exacto y coherente. De sus conquistas habla con educada modestia como de presas de poca cuenta, pero se extiende con gusto cuando explica el cálculo que lo ha llevado a aproximarse a Hans preguntándole por el hijo que tiene en el frente, y a Otto enseñándole las cicatrices que tiene en las espinillas.

Hablar con Henri es útil y agradable; hasta sucede a veces que al oírle afectuoso y cercano parece posible una comunicación, quizás hasta un afecto; parece hasta percibirse el fondo humano, doliente y cómplice de su personalidad no común. Pero al momento siguiente su sonrisa triste se hiela en una mueca triste que parece estudiada ante un espejo; Henri pide cortésmente perdón («… j'ai quelque chose à faire», «… j'ai quelqu'un à voir»), y helo de nuevo enteramente entregado a su caza y a su lucha: duro y lejano, encerrado en su coraza, enemigo de todos, inhumanamente listo e incomprensible como la Serpiente del Génesis.

De todos los coloquios con Henri, incluso de los más cordiales, he salido siempre con una ligera sensación de derrota; con la sospecha confusa de haber sido yo también, de alguna manera inadvertida, no un hombre frente a él, sino un instrumento en sus manos.

Hoy sé que Henri está vivo. Daría cualquier cosa por saber de su vida de hombre libre, pero no quiero volver a verlo.

Examen de Química

El *Kommando 98*, llamado *Kommando* Químico, habría debido ser un departamento de especialistas.

El día en que se anunció oficialmente su constitución un flaco grupo de quince *Häftlinge* se reunió con el nuevo *Kapo*, en la plaza de la Lista, a la luz gris del alba.

Fue el primer chasco: era otra vez un «triángulo verde»; un delincuente profesional, el *Arbeitsdienst* no había juzgado necesario que el *Kapo* del *Kommando* Químico fuese un químico. Inútil gastar saliva en hacerle preguntas, no habría respondido, o respondido con gritos y patadas. Por lo demás, tranquilizaba su apariencia no demasiado robusta y su estatura inferior a la media.

Pronunció un breve discurso en desgarrado alemán de cuartel y el chasco quedó confirmado. Aquéllos eran, pues, los químicos: bueno, él era Alex, y si pensaban entrar en el paraíso, se equivocaban. En primer lugar, hasta el día del principio de la producción, el *Kommando 98* no sería más que un vulgar *Kommando* de transportes agregado al almacén de Cloruro de Magnesio. Después, si se creían, por ser *Intelligenten*, intelectuales, que iban a jugar con él, Alex, un *Reichsdeutscher*, bien, *Herrgottsacrament*, él les haría ver, los iba a… (y, con el puño cerrado y el índice tieso, cortaba el aire de través con el gesto de amenaza de los alemanes); y finalmente, no debían pensar en engañar a nadie, si alguno se había presentado como químico sin serlo; un examen, sí señores, uno de los próximos días; un examen de química, ante el triunvirato del Departamento de Polimerización: el *Doctor* Hagen, el *Doctor* Probst y el *Doktor Ingenieur* Pannwitz.

Con lo que, *meine Herren*, se había perdido ya bastante tiempo, los *Kommando*s 96 y 97 ya estaban funcionando, al frente marchen y, para empezar, quien no caminase al paso y alineado tendría que vérselas con él.

Era un *Kapo* como todos los demás *Kapos.*

Al salir del *Lager*, ante la banda de música y el puesto de conteo de los SS, se marcha en filas de cinco, con la gorra en la mano, los brazos colgando inmóviles a lo largo de los costados y el cuello tieso, y no se debe hablar. Después se va en formación de tres, y entonces se puede tratar de cambiar algunas palabras a través del repiqueteo de los diez mil pares de zuecos de madera.

¿Quiénes son estos químicos compañeros míos? Junto a mí camina Alberto, es estudiante de tercer año, también esta vez ha logrado que no nos separemos. Al tercero a mi izquierda no lo he visto nunca, parece muy joven, es pálido como la cera, tiene el número de los holandeses. También las tres filas de delante de mí son nuevas. Detrás, es peligroso volverse, podría perderse el paso y tropezar; pero pruebo durante un momento, he visto la cara de Iss Clausner.

Mientras se anda no hay tiempo de pensar, hay que tener cuidado de no sacarle los zuecos al que cojea delante y de no hacérselos sacar uno por el que renquea detrás; de vez en cuando hay un cable que salvar, un charco viscoso que evitar. Sé dónde estamos, por aquí ya he pasado con mi *Kommando* anterior, es la H-Strasse, la calle de los almacenes. Se lo digo a Alberto: vamos de verdad al Cloruro de Magnesio, por lo menos esto no ha sido un cuento.

Hemos llegado, bajamos a un vasto sótano húmedo y lleno de corrientes de aire; ésta es la sede del *Kommando*, la que aquí se llama *Bude*. El *Kapo* nos divide en tres escuadras; cuatro para descargar los sacos del vagón, siete para traerlos abajo, cuatro para apilarlos en el almacén. Estos últimos somos yo, Alberto, Iss y el holandés.

Por fin se puede hablar, y a cada uno de nosotros lo que ha dicho Alex nos parece el sueño de un loco.

Con nuestras caras vacías, con nuestras cabezas rapadas, con estos trajes vergonzosos, dar un examen de química. Y será en alemán, evidentemente; y deberemos comparecer ante cualquier rubio *Ario Doktor* con la esperanza de no tener que sonarnos, porque quizás no sepa que no tenemos pañuelo, y seguro que no se podrá explicárselo. Y tendremos encima a nuestra vieja compañera, el hambre, y nos esforzaremos en que

no nos tiemblen las piernas, y él notará nuestro olor, al que ya estamos acostumbrados, pero que nos persigue los primeros días; el olor de las coles y de los nabos crudos, cocidos y digeridos.

Así es, nos asegura Clausner. ¿Tienen los alemanes tanta necesidad de productos químicos? ¿O es un nuevo truco, una nueva máquina *pour fair chier les Juifs*? ¿Se dan cuenta de la prueba grotesca y absurda a que van a someternos, a los que ya no estamos vivos, a los que estamos medio locos en la triste espera de la nada?

Clausner me enseña el fondo de su escudilla. Allí donde los demás graban su número, y Alberto y yo hemos grabado nuestro nombre, Clausner ha escrito: «Ne pas chercher à comprendre».

Aunque no pensamos más que unos minutos al día, y de una manera despegada y exterior, sabemos bien que vamos a acabar en la selección. Yo sé que no soy del paño de los que aguantan, soy demasiado culto, pienso todavía demasiado, me consumo con el trabajo. Y ahora sé también que me salvaré si me convierto en Especialista, y me convertiré en Especialista si supero un examen de química.

Hoy, este verdadero hoy en el que estoy sentado a una mesa y escribo, yo mismo no estoy convencido de que estas cosas hayan sucedido de verdad.

Pasaron tres días, tres de los acostumbrados días inmemorables, tan largos mientras pasaban y tan breves después de haber pasado, y ya todos se habían cansado de creer en el examen de química.

El *Kommando* se reducía ya a doce hombres: tres habían desaparecido de la manera allí acostumbrada, quizás en la barraca de al lado, tal vez borrados del mundo. De los doce, cinco no eran químicos; los cinco le habían pedido en seguida a Alex volver a sus anteriores *Kommando*s. No evitaron los golpes, pero inesperadamente, y quién sabe por qué autoridad, se decidió que se quedasen como auxiliares del *Kommando* Químico.

Vino Alex a la bodega del Cloromagnesio y nos llamó afuera a los siete para que fuésemos a dar examen. Henos, como siete polluelos torpes detrás de la clueca, siguiendo a Alex por la escalerilla del *Polymerisations-Büro*. Estamos en el rellano, una chapa en la puerta con los tres nombres famosos. Alex llama tímidamente, se quita la gorra, entra; se oye una voz sosegada; Alex sale:

—*Ruhe, jetzt. Warten* (esperad en silencio).

De esto, estamos contentos. Cuando se espera, el tiempo pasa solo, sin que haya que empujarlo, pero, en cambio, cuando se trabaja, cada minuto nos atraviesa fatigosamente y debe ser expulsado laboriosamente. Siempre estamos contentos de esperar, somos capaces de esperar durante horas con la completa y obtusa inercia de las arañas en las viejas telas.

Alex está nervioso, pasea de acá para allá, y nosotros nos apartamos a su paso. También nosotros, cada uno a su manera, estamos inquietos; sólo Mendi no lo está. Mendi es rabino; es de la Rusia subcarpática, de aquel ovillo de pueblos en el que cada uno habla por lo menos tres lenguas, y Mendi habla siete. Sabe muchísimas cosas, además de rabino y sionista militante, y glotólogo, ha sido *partigiano* y es doctor en leyes; no es químico pero quiere probar también, es un hombrecillo tenaz, valiente y agudo.

Bálla tiene un lápiz y todos están a su lado. No estamos seguros de si sabremos todavía escribir, nos gustaría probar.

Kohlenwasserstoffe, Massenwirkungsgesetz. Me afloran los nombres alemanes de las composiciones químicas y de las leyes: estoy agradecido a mi cerebro, no me he ocupado mucho de él y, sin embargo, todavía me sirve tan bien…

He aquí a Alex. Yo soy un químico: ¿qué tengo que ver con este Alex? Se planta delante de mí, me compone el cuello de la chaqueta, me quita la gorra y me la encasqueta bien, después da un paso atrás, escudriña el resultado con aire disgustado y me vuelve la espalda refunfuñando:

—*Was für ein Muselmann Zugang!* (¡qué nueva desaliñada adquisición!).

La puerta se ha abierto. Los tres doctores han decidido que seis candidatos pasarán por la mañana. El séptimo, no. El séptimo soy yo, tengo el número de matrícula más alto, me toca volver al trabajo. Sólo por la tarde viene Alex a sacarme; qué desdicha, no podré hablar con los otros para saber «qué preguntas hacen».

Esta vez va de veras. Por la escalera, Alex me mira torvamente, se siente de algún modo responsable de mi aspecto miserable. Me odia porque soy italiano, porque soy judío y porque, de entre todos, soy el que más se aparta de su caporalesco ideal viril. Por analogía, aunque sin entender nada, y orgulloso de esta incompetencia suya, ostenta una profunda desconfianza en cuanto a mis probabilidades en el examen.

Hemos entrado. El *Doktor* Pannwitz está solo, Alex, con la gorra en la mano, le habla a media voz:

—… un italiano, sólo tres meses en el *Lager*, ya medio kaputt… *Er sagt er ist Chemiker*… —pero él, Alex, parece que tiene sus reservas al respecto.

Alex es despedido en seguida y relegado aparte, y yo me siento como Edipo ante la Esfinge. Mis ideas no son claras, y también me doy cuenta en este momento de que la apuesta es grande; y, sin embargo, experimento un loco impulso de desaparecer, de sustraerme a la prueba.

Pannwitz es alto, delgado, rubio; tiene los ojos, el pelo y la nariz como todos los alemanes deben tenerlos, y está formidablemente sentado detrás de un complicado escritorio. Yo, *Häftling* 174517, estoy en pie en su estudio, que es un verdadero estudio, que brilla de limpio y ordenado, y me parece que voy a dejar una mancha sucia donde tenga que tocar.

Cuando hubo terminado de escribir, levantó los ojos y me miró.

Desde aquel día he pensado en el *Doktor* Pannwitz muchas veces y de muchas maneras. Me he preguntado cuál sería su funcionamiento íntimo de hombre; cómo llenaría su tiempo fuera de la Polimerización y de la conciencia indogermánica; sobre todo, cuando he vuelto a ser hombre libre, he deseado encontrarlo otra vez, y no ya por venganza sino sólo por mi curiosidad frente al alma humana.

Porque aquella mirada no se cruzó entre dos hombres; y si yo supiese explicar a fondo la naturaleza de aquella mirada, intercambiada como a través de la pared de vidrio de un acuario entre dos seres que viven en medios diferentes, habría explicado también la esencia de la gran locura de la tercera Alemania.

Lo que todos nosotros pensábamos y decíamos de los alemanes se percibió en aquel momento de manera inmediata. El cerebro que controlaba aquellos ojos azules y aquellas manos cuidadas decía: «Esto que hay ante mí pertenece a un género al que es obviamente indicado suprimir. En este caso particular, conviene primero cerciorarse de que no contiene ningún elemento utilizable». Y en mi cabeza, como pepitas en una calabaza vacía: «Los ojos azules y el pelo rubio son esencialmente malvados. Ninguna comunicación posible. Soy especialista en química minera. Soy especialista en síntesis orgánica. Soy especialista…».

Y comenzó el interrogatorio, mientras Alex bostezaba y

refunfuñaba en su rincón, Alex, el tercer ejemplar zoológico.

—*Wo sind Sie Geboren?*—me trata de *Sie*, de usted: el *Doktor Ingenieur* Pannwitz no tiene sentido del humor. Maldito sea, no hace el más mínimo esfuerzo por hablar un alemán un poco comprensible.

—Me he doctorado en Turín el 1941, *summa cum laude* —y, mientras lo digo, tengo la exacta sensación de no ser creído, a decir la verdad, no lo creo yo mismo, basta mirar mis manos sucias y llagadas, mis pantalones de forzado con costras de fango. Y, sin embargo, soy yo mismo, el doctor de Turín, es más, particularmente en este momento es imposible dudar de mi identidad con él, puesto que el depósito de recuerdos de química orgánica, incluso después de la larga inercia, responde a mis instancias con inesperada docilidad; y, también, esta ebriedad lúcida, esta exaltación que siento cálida por mis venas, cómo la reconozco, es la fiebre de los exámenes, *mi* fiebre de *mis* exámenes, aquella espontánea movilización de todas las facultades lógicas que tanto me envidiaban mis compañeros de facultad.

El examen está saliendo bien. Conforme me voy dando cuenta, me parece que aumento de estatura. Ahora me pregunta sobre qué tema he hecho la tesis de doctorado. Debo hacer un esfuerzo violento para suscitar estas secuencias de recuerdos tan profundamente lejanas: es como si tratase de recordar acontecimientos de una encarnación anterior.

Hay algo que me protege. Mis pobres viejas «Medidas de constantes dieléctricas» interesan especialmente a este ario rubio de existencia segura: me pregunta si sé inglés, me enseña el libro de Gattermann, y también esto es absurdo e inverosímil, que allá, al otro lado del alambre espinoso, exista un Gattermann idéntico en todo al que yo estudiaba en Italia, durante el cuarto curso, en mi casa.

Se acabó: la excitación que me ha sostenido a lo largo de toda la prueba cede de golpe y contemplo entontecido la mano de piel rubia que, con signos incomprensibles, escribe mi destino en la página blanca.

—*Los, ab!*

Alex vuelve a entrar en escena, estoy de nuevo bajo su jurisdicción. Saluda a Pannwitz con un taconazo, y no obtiene a cambio más que un levísimo gesto de los párpados. Titubeo durante un momento en busca de una fórmula de despedida apropiada: en vano, en alemán sé decir comer, trabajar, robar, morir también sé decir ácido sulfúrico, presión atmosférica y

generador de ondas cortas, pero no sé como se puede saludar a una persona de respeto.

Henos de nuevo en la escalera. Alex salta los peldaños, lleva zapatos de piel porque no es judío, va tan ligero sobre sus pies como los diablos de Malasbolsas. Se vuelve desde abajo mirándome torvamente, mientras bajo torpe y ruidoso con mis zuecos desparejados y enormes, agarrándome a la barandilla como un viejo.

Parece que la cosa ha salido bien, pero sería insensato hacerse ilusiones. Conozco lo bastante el *Lager* para saber que no se deben aventurar nunca previsiones, en especial si son optimistas. Lo que es cierto es que he pasado un día sin trabajar y que esta noche tendré un poco menos de hambre, y ésta es una ventaja concreta y que ya me he asegurado.

Para volver a la Buna hay que atravesar un espacio lleno de vigas y de armazones metálicos apilados. El cable de acero de un cabestrante corta el camino, Alex lo agarra para saltarlo, Donnerwetter se mira la mano, negra de grasa viscosa. Mientras tanto he llegado junto a él: sin odio y sin escarnio, Alex restriega la mano por mi espalda, la palma y el dorso, para limpiársela, y se habría asombrado, el inocente bruto Alex, si alguien le hubiese dicho que tomando por patrón esta acción suya yo lo juzgo hoy a él, a él y a Pannwitz y a los innumerables que fueron como él, grandes y pequeños, en Auschwitz y dondequiera.

El canto de Ulises

Estábamos seis raspando y limpiando el interior de una cisterna subterránea; la luz del día nos llegaba únicamente a través de la pequeña portezuela de entrada. Era un trabajo de lujo, porque nadie nos vigilaba; pero hacía frío y estaba húmedo. El polvo de la herrumbre nos quemaba debajo de los párpados y nos empastaba la garganta y la boca con un sabor casi a sangre.

Osciló la escalerilla de cuerda que colgaba de la portezuela: alguien llegaba. Deutsch apagó el cigarrillo, Goldner despertó a Sivadjan; todos nos pusimos a rascar vigorosamente la sonora pared de planchas.

No era el *Vorarbeiter*, no era más que Jean, el *Pikolo* de nuestro *Kommando*. Jean era un estudiante alsaciano; aunque tenía veinticuatro años, era el *Häftling* más joven del *Kommando* Químico. Por eso le había tocado el cargo de *Pikolo*, es decir de pinche letrado, afecto a la limpieza de la barraca, a la entrega de las herramientas, al lavado de las escudillas, a la contabilidad de las horas de trabajo del *Kommando*.

Jean hablaba fluidamente francés y alemán: apenas se reconocieron sus zapatos en el peldaño más alto, todos dejaron de raspar.

—*Also, Pikolo, was gibt es Neues?*

—*Qu'est-ce qu'il y a comme soupe aujourd'hui?*… ¿de qué humor estaba el *Kapo*? ¿Y el asunto de los veinticinco latigazos a Stern? ¿Qué tal tiempo hacía fuera? ¿Había leído el periódico? ¿A qué olía la cocina civil? ¿Qué hora era?

A Jean lo querían mucho en el *Kommando*. Hay que saber que el cargo de *Pikolo* es un grado bastante elevado en la jerarquía de las Prominencias: el *Pikolo* (que generalmente no

tiene más de diecisiete años) no trabaja manualmente, tiene carta blanca en los fondos de la marmita del rancho y puede estar todo el día junto a la estufa: «por eso» tiene derecho a media ración suplementaria y tiene grandes probabilidades de convertirse en amigo y confidente del *Kapo*, del que recibe oficialmente la ropa y los zapatos usados. Ahora bien, Jean era un *Pikolo* excepcional. Era despabilado y físicamente robusto, y al mismo tiempo pacífico y amigable: aun conduciendo con tenacidad y coraje su secreta lucha individual contra el campo y contra la muerte, no se olvidaba de mantener relaciones humanas con los compañeros menos privilegiados; por otra parte, había sido tan hábil y perseverante que se había ganado la confianza de Alex, el *Kapo*.

Alex había cumplido todas sus promesas. Se había mostrado como bicho violento y traidor, acorazado en su sólida y compacta ignorancia y estupidez, excepción hecha de su olfato y su técnica de cómitre experto y consumado. No perdía ocasión de proclamarse orgulloso de su sangre pura y de su triángulo verde, y mostraba un altanero desprecio por sus químicos andrajosos y hambrientos: «Ihr *Doktoren*! Ihr Intelligenten!», se carcajeaba todos los días al verlos amontonarse con las escudillas tendidas durante la distribución del rancho. Con los *Meister* civiles era extremadamente dúctil y servil, y con los SS mantenía vínculos de cordial amistad.

Se sentía manifiestamente intimidado por el registro del *Kommando* y por el informe diario de las prestaciones, y éste era el camino que el *Pikolo* había escogido para hacérsele necesario. Había sido una faena lenta, cauta y sutil que todo el *Kommando* había observado durante un mes con el aliento entrecortado; pero, al final, el reducto del puercoespín fue penetrado, y *Pikolo* confirmado en el cargo, con satisfacción de todos los interesados.

Aun cuando Jean no abusase de su posición, ya habíamos podido comprobar que una palabra suya, dicha con el tono oportuno y en el momento oportuno, surtía gran efecto; ya había servido muchas veces para salvar a alguno de nosotros del látigo o de la denuncia a los SS. Hacía una semana que éramos amigos: nos habíamos encontrado en la excepcional ocasión de una alarma aérea, pero después, víctimas del ritmo feroz, del *Lager*, no habíamos podido más que saludarnos de pasada, en las letrinas, en el lavadero.

Colgado con una mano de la escala oscilante, me indicó:

—Aujourd'hui c'est Primo qui viendra avec moi chercher la

soupe.

Hasta la fecha había sido Stern, el transilvano bizco; ahora, éste había caído en desgracia por no sé qué historia de escobas robadas en el almacén, y *Pikolo* había conseguido hacer triunfar mi candidatura como ayuda en el *Essenholen*, en la *corvée* cotidiana del rancho.

Trepó afuera, y yo lo seguí, batiendo los párpados en el esplendor del día. Estaba templado, el sol levantaba de la tierra grasienta un ligero color a barniz y a alquitrán que me recordaba a una playa cualquiera de mi infancia. *Pikolo* me dio uno de los dos palos y echamos a andar bajo un claro cielo de junio.

Empezaba a darle las gracias, pero me interrumpió, no hacía falta. Se veían los Cárpatos cubiertos de nieve. Respiré el aire fresco, me sentía insólitamente ligero.

—Tu es fou de marcher si vite. On a le temps, tu sais.

El rancho se retiraba a un kilómetro de distancia; había que volver después con la marmita de cincuenta kilos enfilada en los palos. Era un trabajo bastante pesado pero suponía una agradable marcha de ida sin carga, y la ocasión, siempre deseable, de acercarse a las cocinas.

Acortamos el paso.

Pikolo, hábil, había elegido diestramente el camino de modo que tendríamos que dar una vuelta larga, caminando por lo menos una hora, sin levantar sospechas. Hablábamos de nuestras casas, de Estrasburgo y de Turín, de nuestras lecturas, de nuestros estudios. De nuestras madres: ¡cuánto se parecen todas las madres! También su madre le reprochaba que no supiese nunca cuánto dinero llevaba en el bolsillo; también su madre se habría asombrado si hubiese sabido que se las arreglaba, que día tras día se las arreglaba.

Pasó un SS en bicicleta. Es Rudi, el *Blockführer*. Parada, firmes, quitarse la gorra.

—Sale brute, celui-lá. Ein ganz gemeiner Hund.

¿Le resulta indiferente hablar francés o alemán? Le resulta indiferente, puede pensar en ambas lenguas. Ha estado un mes en la Liguria, le gusta Italia, querría aprender italiano. Me alegrará enseñarle italiano: ¿no podemos arreglarlo? Podemos. En seguida, una cosa vale tanto como otra, lo importante es no perder tiempo, no desperdiciar esta hora.

Pasa Limentani, el romano, arrastrando los pies, con una escudilla escondida bajo la chaqueta.

Pikolo está atento, coge cualquier palabra de nuestro diálogo y la repite riendo:

—Zup-pa, cam-po, ac-qua.

Pasa Frenkel, el espía. Aceleremos el paso, nunca se sabe, ése hace el mal por gusto.

… El canto de Ulises. Quién sabe por qué me he acordado de él: pero no tenemos tiempo de escoger, esta hora ya no es una hora. Si Jean es inteligente, lo entenderá. Lo entenderá: hoy me siento capaz de todo.

… Quién es Dante. Qué es la *Comedia*. Qué sensación curiosa de novedad se siente si se procura explicar brevemente lo que es la *Divina Comedia*. Cómo está dividido el Infierno, qué es la contrapasión. Virgilio es la Razón, Beatriz la Teología.

Jean está atentísimo, y yo empiezo, lento y con cuidado:

Y de la antigua llama el más saliente
de los cuernos torcióse murmurando
cual llama que del viento se resiente;
luego se fue la punta meneando
como si fuese lengua y así hablara
y echó fuera la voz y dijo: «Cuando…

Me paro aquí y trato de traducir. Desastroso: ¡pobre Dante y pobre francés! Sin embargo, parece que el experimento promete: Jean admira la rara similitud de la lengua y me sugiere el término apropiado para traducir *antica*.

¿Y después de «Cuando»? La nada. Un agujero en la memoria.

Prima che si Enea la nominasse. Otro agujero. Sale a flote un fragmento no utilizable: ¿*la piéta Del vecchio padre, né'l debito amore Che doveva Penelope far lieta*… será exacto? …quise por alta mar aventurarme.

De éste sí, de éste estoy seguro, estoy en condiciones de explicárselo a *Pikolo*, de distinguir por qué *misi me* no es *je me mis*, es mucho más fuerte y más audaz, es una atadura rota, es lanzarse a sí mismo más allá de una barrera, nosotros conocemos bien este impulso. La altamar abierta: *Pikolo* ha viajado por mar y sabe lo que quiere decir, es cuando el

horizonte se cierra sobre sí mismo, libre, recto y simple, y no hay más que olor a mar: dulce cosa ferozmente lejana.

Hemos llegado al *Kraftwerk*, donde trabaja el *Kommando* de los tendidos eléctricos. Aquí debe de estar el ingeniero Levi. Míralo, se ve sólo la cabeza fuera de la zanja. Me saluda con la mano, es un hombre en forma, no lo he visto nunca bajo de moral, no habla nunca de comidas.

Mare aperto. Mare aperto. Sé que rima con *diserto*:…*quella compagna Picciola, dalla qual non fui diserto*, pero no recuerdo si viene antes o después. Y también el viaje, el temerario viaje más allá de las columnas de Hércules, qué tristeza, no tengo más remedio que contarlo en prosa: un sacrilegio. No he salvado más que un verso, pero vale la pena detenerse en él: *…que al navegante niegan la franquía. Si metta*: tenía que venir al *Lager* para darme cuenta de que es la misma expresión de antes *e misi me*. Pero no se lo digo a Jean, no estoy seguro de que sea una observación importante. Cuántas otras cosas habría que decir, y el sol ya está alto, pronto será mediodía. Tengo prisa, una prisa furibunda.

Mira, atento *Pikolo*, abre los oídos y la mente, necesito que entiendas:

> «Considerad», seguí, «vuestra ascendencia:
> *para vida animal no habéis nacido,*
> *sino para adquirir virtud y ciencia.,*

Como si yo lo sintiese también por vez primera: como un toque de clarín, como la voz de Dios. Por un momento, he olvidado quién soy y dónde estoy. *Pikolo* me pide que lo repita. Qué buena persona es *Pikolo*, se ha dado cuenta de que me está haciendo el bien. O quizás se trata de algo más: quizás, a pesar de la traducción floja y el comentario pedestre y presuroso, ha recibido el mensaje, ha sentido que le atañe, que atañe a todos los hombres en apuros, y a nosotros en especial; y que nos atañe a nosotros dos, que osamos hablar de estas cosas con los palos de la sopa en los hombros.

A mis hombres de tal suerte he movido…,

… y me esfuerzo, pero en vano, por explicar cuántas cosas quiere decir este *acuti*. Aquí, otra laguna esta vez irreparable. *Lo lume era di sotto della luna* o algo parecido; ¿y antes? Ninguna idea, *keine Ahnung* como se dice aquí. Que me perdone *Pikolo*,

se me han olvidado, por lo menos, cuatro tercetos.

—Ca ne fait rien, vas-y tout de méme… cuando mostróse una montaña, bruna por la distancia; y se elevaba tanto que tan alta no vi jamás ninguna. Sí, sí, *alta tanto*, no *molto alta*, proposición consecutiva. Y las montañas, cuando se ven de lejos… las montañas… oh *Pikolo*, *Pikolo*, di algo, habla, no me dejes pensar en mis montañas, que se aparecían en el color oscuro de la tarde cuando volvía en tren de Milán a Turín.

Basta, hay que continuar, éstas son cosas que se piensan pero no se dicen. *Pikolo* espera y me mira.

Daría el potaje de hoy por saber juntar *non ne avevo alcuna* con el final. Me esfuerzo en reconstruir por medio de las rimas, cierro los ojos, me muerdo los dedos: pero de nada sirve, lo demás es silencio. Me bailan en la cabeza otros versos: *…la terra lagrimosa diede vento…*, no, es otra cosa. Es tarde, hemos llegado a la cocina, hay que terminar: *… con las aguas tres veces girar le hace y a la cuarta la popa es elevada, se hunde la proa —que a otro así le place.*

Detengo a *Pikolo*, es absolutamente necesario y urgente, que escuche, que comprenda este *come altrui piacque*, antes de que sea demasiado tarde, mañana él o yo podemos estar muertos, o no volver a vernos, debo hablarle, explicarle lo de la Edad Media, del tan humano y necesario y, sin embargo, inesperado, anacronismo, y de algo más, de algo gigantesco que yo mismo sólo he visto ahora, en la intuición de un instante, tal vez el porqué de nuestro destino, de nuestro estar hoy aquí…

Estamos ya en la cola del potaje, en medio de la masa sórdida y harapienta de los portasopas de los otros *Kommando*s. Los recién llegados se amontonan a la espalda. *Kraut und Rüben?, Kraut und Rüben*. Se anuncia oficialmente que el potaje de hoy es de coles y nabos: *Choux et navets. Kapotszka és répak*.

… y nos cubre por fin la mar airada.

Los acontecimientos del verano

Durante toda la primavera habían llegado transportes de Hungría; un prisionero de cada dos era húngaro, el húngaro se había convertido, después del yiddish, en la segunda lengua del campo.

En el mes de agosto de 1944, nosotros, internados cinco meses antes, nos contábamos ya entre los veteranos. Como tales, nosotros, los del *Kommando* 98, no nos habíamos asombrado de que las promesas hechas y el examen de química aprobado no hubiesen tenido consecuencias: ni asombrados ni demasiado tristes: en el fondo, todos teníamos cierto temor a los cambios: «Cuando se cambia, se cambia para peor», decía uno de los proverbios del campo. Mas en general la experiencia nos había demostrado ya infinitas veces la vanidad de toda previsión: ¿con qué objeto esforzarse en prever el porvenir cuando ninguno de nuestros actos, ninguna de nuestras palabras lo habría podido influenciar en lo más mínimo? Éramos viejos *Häftlinge*; nuestra sabiduría consistía en «no tratar de entender», ni imaginarse el futuro, no atormentarse por cómo y cuándo acabaría todo: no hacer y no hacerse preguntas.

Conservábamos los recuerdos de nuestra vida anterior, pero velados y lejanos, y por ello profundamente dulces y tristes, como lo son para todos los recuerdos de la primera infancia y de todas las cosas acabadas; mientras para cada uno el momento de la entrada en el campo se encontraba en el origen de una diferente secuencia de recuerdos, cercanos y duros éstos, continuamente confirmados por la experiencia presente, como

heridas que vuelven a abrirse a diario.

Las noticias, sabidas en el tajo, del desembarco aliado en Normandía, de la ofensiva rusa y del frustrado atentado contra Hitler, habían levantado oleadas de esperanzas violentas pero efímeras. Cada uno sentía, día tras día, que le abandonaban las fuerzas, que el deseo de vivir se desvanecía, que la mente se oscurecía; y Normandía y Rusia eran cosas lejanas, y el invierno estaba tan cerca; tan concretas el hambre y la desolación, y tan irreal todo lo demás, que no parecía posible que verdaderamente existiese un mundo y un tiempo, sino nuestro mundo de fango, y nuestro tiempo estéril y estancado al que ahora éramos incapaces de imaginar un final.

Para los hombres vivos, las unidades de tiempo tienen siempre un valor, tanto mayor cuanto más grandes son los recursos interiores de quien las recorre; pero para nosotros, horas, días, y meses retrocedían tórpidos del futuro al pasado, siempre demasiado lentos, materia vil y superflua de la que tratábamos de deshacernos lo más pronto posible. Concluido el tiempo en que los días se sucedían vivaces, preciosos e irreparables, el futuro estaba ante nosotros gris e inarticulado, como una barrera invencible. Para nosotros, la historia estaba parada.

Pero en agosto del 44 empezaron los bombardeos de la Alta Silesia, y se prolongaron, con pausas y reanudaciones irregulares, durante todo el verano y el otoño hasta la crisis definitiva.

El monstruoso y concorde trabajo de gestación de la Buna se detuvo bruscamente y pronto degeneró en una actividad deshilvanada, frenética y paroxística. El día en que la producción de la goma sintética habría debido comenzar, que en agosto parecía inminente, fue poco a poco retrasado, y los alemanes acabaron por no hablar más del asunto.

El trabajo de construcción cesó; la fuerza del desmesurado rebaño de esclavos fue dirigida a otra parte, y se hizo de día en día más levantisca y pasivamente hostil. A cada incursión, había siempre nuevos daños que reparar; desmontar e inmovilizar la delicada maquinaria pocos días antes puesta en funcionamiento con grandes esfuerzos; construir apresuradamente refugios y protecciones que a la primera prueba se revelaban irónicamente inconsistentes e inútiles.

Nos habíamos creído que cualquier cosa habría sido preferible a la monotonía de las jornadas iguales y encarnizadamente largas, a la rudeza sistemática y ordenada de

la Buna en funcionamiento; pero hemos tenido que cambiar de opinión cuando la Buna ha empezado a caerse a pedazos alrededor de nosotros, como herida por una maldición de la que nosotros mismos nos sentíamos comprendidos. Hemos tenido que sudar entre el polvo y los escombros ardientes, y temblar como bestias, aplastados contra el suelo bajo la furia de los aviones; volvíamos al anochecer al campo, deshechos de cansancio y secos de sed, en los crepúsculos larguísimos y ventosos del verano polaco, y encontrábamos el campo en pleno desbarajuste, sin agua para beber y lavarse, sin potaje para las venas vacías, sin luz para defender el propio mendrugo de pan del hambre del otro, y para encontrar, por la mañana, el calzado y la ropa en la lobreguez vacía y llena de gritos del *Block*.

En la Buna se enfurecían los alemanes civiles, con el furor del hombre seguro que se despierta de un largo sueño de dominio y ve su ruina y no sabe comprenderla. También los *Reichsdeutsche* del *Lager*, comprendidos los políticos, sintieron en el momento del peligro el vínculo de la sangre y del suelo. El hecho nuevo condujo el enredo de los odios y de las incomprensiones a sus términos elementales, y dividió aún más los dos campos: los políticos, juntamente con los triángulos verdes y los SS, veían o creían ver en cada una de nuestras caras la burla del desquite y la triste alegría de la venganza. Como se sentían unidos por ello, su ferocidad aumentó.

Ningún alemán podía olvidar ahora que nosotros estábamos de la otra parte: de parte de los terribles sembradores que surcaban el cielo alemán como dueños, por encima de todas las barreras, y retorcían el hierro vivo de sus obras, llevando todos los días el estrago hasta dentro de sus casas, de las casas del pueblo alemán nunca antes violadas.

En cuanto a nosotros, estábamos demasiado destruidos para sentir verdadero temor. Los pocos que todavía podían juzgar y sentir rectamente, sacaron de los bombardeos nueva fuerza y esperanza; aquellos a los que el hambre no había reducido aún a la inercia definitiva, aprovecharon con frecuencia los momentos de pánico general para emprender expediciones doblemente temerarias (puesto que, además del riesgo directo de las incursiones, el hurto consumado en condiciones de emergencia era condenado a la horca) a la cocina de la fábrica y a los almacenes. Pero la mayor parte soportó el nuevo peligro y las nuevas incomodidades con inmutable indiferencia: no se trataba de una resignación consciente, sino del torpor opaco de las bestias domadas a palos, a las que ya no les duelen los palos.

A nosotros, el acceso a los refugios acorazados nos estaba

prohibido. Cuando la tierra empezaba a temblar, nos arrastrábamos, aturdidos y renqueantes, a través de los humos corrosivos de las cortinas de humo, hasta las vastas áreas incultas, sórdidas y estériles, comprendidas en el recinto de la Buna; allí yacíamos inertes, amontonados los unos contra los otros como muertos, sensibles, sin embargo, a la momentánea dulzura de los miembros en reposo. Mirábamos con ojos atónitos las columnas de humo surgir en torno a nosotros: en los momentos de tregua, llenos del leve zumbido amenazante que todos los europeos conocen, arrancábamos del suelo cien veces pisoteado las achicorias y las escasas camomilas, y las masticábamos en silencio.

Una vez terminada la alarma, volvíamos desde todas partes a nuestros puestos, rebaño mudo innumerable, acostumbrado a la ira de los hombres y de las cosas; y reanudábamos aquel trabajo nuestro de siempre, odiado como siempre, y además claramente inútil e insensato en aquellos momentos.

En este mundo sacudido más profundamente cada día por los temblores del final cercano, entre nuevos terrores y esperanzas e intervalos de esclavitud exacerbada, sucedió que me encontré con Lorenzo.

La historia de mi relación con Lorenzo es al mismo tiempo larga y breve, sencilla y enigmática; es ésta una historia de un tiempo y de unas condiciones ya borradas por la realidad presente, y por ello no creo que pueda ser comprendida sino como se comprenden hoy los acontecimientos de la leyenda y de la historia más remota.

En términos concretos, se reduce a poca cosa: un obrero civil italiano me trajo un pedazo de pan y las sobras de su rancho todos los días y durante seis meses; me dio una camiseta suya llena de remiendos; escribió para mí una carta a Italia y me hizo recibir la respuesta. Por todo esto, no pidió ni aceptó ninguna recompensa, porque era bueno y simple, y no pensaba que se debiese hacer el bien por una recompensa.

Todo esto no debe parecer poco. Mi caso no ha sido el único; como ya se ha dicho, otros de nosotros mantenían relaciones de varias clases con civiles, y obtenían de qué sobrevivir: pero eran relaciones de naturaleza distinta. Nuestros compañeros hablaban de ellas con el mismo tono ambiguo y lleno de sobreentendidos con que los hombres de mundo hablan de sus relaciones femeninas: es decir, como de aventuras de las que uno puede sentirse orgulloso y por las que se desea ser envidiado, las cuales, sin embargo, incluso para las conciencias más paganas,

se mantienen siempre al margen de lo lícito y de lo honesto; por lo que sería incorrecto e inconveniente hablar de ellas con demasiada complacencia. Así hablaban los *Häftlinge* de sus «protectores» y «amigos civiles» con ostentosa discreción, sin dar nombres, para no comprometerlos y, también y sobre todo, para no crearse indeseables rivales. Los más consumados, seductores profesionales como Henri, no hablaban de esto; envolvían sus asuntos en una aura de equívoco misterio y se limitaban a indicios y alusiones calculados de modo que suscitasen en los oyentes la leyenda confusa e inquietante de que gozaban del favor de civiles infinitamente potentes y generosos. Esto, en vista de un fin muy preciso: la fama improvisada, como he dicho en otro lugar, se muestra de fundamental utilidad a quien sabe rodearse de ella.

La fama de seductor, de «organizado», suscita al mismo tiempo envidia, burla, desprecio y admiración. Quien se deja ver en el acto de comer género «organizado» es juzgado bastante severamente; es ésta una grave falta de pudor y de tacto, además de una evidente estupidez. Igual de estúpido e impertinente sería preguntar «¿quién te lo ha dado?, ¿dónde lo has encontrado?, ¿qué has hecho?». Sólo los Números Altos, bobos, inútiles e indefensos, que nada saben de las reglas del *Lager*, hacen esta clase de preguntas; a estas preguntas, no se responde, o se responde *Verschwinde, Mensch!, Hau'ab, Uciekaj, Schiess' in den Wind, Va chier*; con uno, en fin, de los muchísimos equivalentes de «¡Quítate de en medio!» en que es rica la jerga del campo.

Hay también quien se especializa en complicadas y pacientes campañas de espionaje para identificar al civil o al grupo de civiles con los que el tal se entiende, y trata luego de varios modos de suplantarle. Nacen de ello interminables controversias de prioridad, más amargas para el perdedor por el hecho de que un civil ya «trabajado» es casi siempre más rentable, y sobre todo más seguro, que un civil en su primer contacto con nosotros. Es un civil que vale mucho más por evidentes razones sentimentales y técnicas: conoce ya los fundamentos de la «organización», sus reglas y sus peligros, y además ha demostrado estar en condiciones de superar la barrera de casta.

En realidad, para los civiles somos los intocables. Los civiles, más o menos explícitamente y con todos los matices que hay entre el desprecio y la conmiseración, piensan que por haber sido condenados a esta vida nuestra, por estar reducidos a esta condición nuestra, debemos estar manchados por alguna misteriosa y gravísima culpa. Nos oyen hablar en muchas

lenguas diferentes que no comprenden y que suenan a sus oídos grotescas como voces de animales; nos ven innoblemente sometidos, sin pelo, sin honor y sin nombre, golpeados a diario, más abyectos cada día, y nunca descubren en nuestros ojos una chispa de rebeldía, de paz ni de fe. Nos saben ladrones e indignos de confianza, enfangados, andrajosos y hambrientos y, confundiendo el efecto con la causa, nos juzgan dignos de nuestra abyección. ¿Quién podría distinguir nuestras caras? Para ellos somos *Kazett*, neutro singular.

Naturalmente, esto no impide a muchos de ellos echarnos a veces un mendrugo de pan o una patata, o confiarnos, después de la distribución de la *Zivilsuppe* en la cantera, sus escudillas para que las raspemos y se las devolvamos lavadas. Les induce a ello el haber captado de paso alguna importuna mirada famélica, o bien un impulso momentáneo de humanidad, o la simple curiosidad de vernos acudir de todas partes para disputarnos el bocado los unos a los otros, bestialmente y sin recato, hasta que el más fuerte se lo zampa, y, entonces, todos los demás se ven afrentados y renqueantes.

Ahora bien, entre Lorenzo y yo no sucede nunca nada de esto. Por el sentido que pueda tener tratar de explicar las causas por las que mi vida, entre millares de otras equivalentes, ha podido resistir la prueba, diré que creo que es a Lorenzo a quien debo el estar hoy vivo; y no tanto por su ayuda material como por haberme recordado constantemente con su presencia, con su manera tan llana y fácil de ser bueno, que todavía había un mundo justo fuera del nuestro, algo y alguien todavía puro y entero, no corrompido ni salvaje, ajeno al odio y al miedo; algo difícilmente definible, una remota posibilidad de bondad, debido a la cual merecía la pena salvarse.

Los personajes de estas páginas no son hombres. Su humanidad está sepultada, o ellos mismos la han sepultado, bajo la ofensa súbita o infligida a los demás. Los SS malvados y estúpidos, los *Kapos*, los políticos, los criminales, los prominentes grandes y pequeños, hasta los *Häftlinge* indiferenciados y esclavos, todos los escalones de la demente jerarquía querida por los alemanes, están paradójicamente emparentados por una unitaria desolación interna.

Pero Lorenzo era un hombre; su humanidad era pura e incontaminada, se encontraba fuera de este mundo de negación. Gracias a Lorenzo no me olvidé yo mismo de que era un hombre.

Octubre de 1944

Con todas nuestras fuerzas hemos luchado para que no llegase el invierno. Nos hemos agarrado a todas las horas tibias, y a cada puesta de sol hemos procurado sujetar el sol en el cielo todavía un poco, pero todo ha sido inútil. Ayer por la tarde el sol se ha puesto irrevocablemente en un enredo de niebla sucia, de chimeneas y de cables, y esta mañana es invierno.

Sabemos lo que quiere decir, porque estábamos aquí el invierno pasado, y los demás lo aprenderán pronto. Quiere decir que, en el curso de estos meses, de octubre a abril, de cada diez de nosotros, morirán siete. Quien no se muera sufrirá minuto por minuto, día por día, durante todos los días: desde la mañana antes del alba hasta la distribución del potaje vespertino, deberá tener constantemente los músculos tensos, dar saltos primero sobre un pie y luego sobre el otro, darse palmadas bajo los sobacos para resistir el frío. Deberá gastar pan para procurarse guantes, y perder horas de sueño para repararlos cuando estén descosidos. Como no se podrá comer nunca al aire libre, tendremos que consumir nuestro pienso en la barraca, de pie, disponiendo cada uno de un palmo de pavimento, y apoyarse en las literas está prohibido. A todos se nos abrirán heridas en las manos y para conseguir una venda habrá que esperar toda la tarde durante horas y de pie en la nieve y al viento.

Del mismo modo que nuestra hambre no es la sensación de quien ha perdido una comida, así nuestro modo de tener frío exigiría un nombre particular. Decimos «hambre», decimos «cansancio», «miedo» y «dolor», decimos «invierno», y son otras cosas. Son palabras libres, creadas y empleadas por hombres libres que vivían, gozando y sufriendo, en sus casas. Si el *Lager* hubiese durado más, un nuevo lenguaje áspero habría

nacido; y se siente necesidad de él para explicar lo que es trabajar todo el día al viento, bajo cero, no llevando encima más que la camisa, los calzoncillos, la chaqueta y unos calzones de tela, y, en el cuerpo, debilidad y hambre y conciencia del fin que se acerca.

Del mismo modo en que se ve desvanecerse una esperanza, así ha llegado el invierno esta mañana. Nos hemos dado cuenta cuando hemos salido del barracón para ir a lavarnos: no había estrellas, el aire oscuro y frío olía a nieve. En la plaza de la Lista, bajo la primera luz, al reunirnos para el trabajo, nadie ha hablado. Cuando hemos visto los primeros copos de nieve, hemos pensado que si el año pasado en esta época nos hubiesen dicho que íbamos a ver otro invierno en el *Lager*, nos habríamos dirigido a tocar el tendido eléctrico; y también lo haríamos ahora si fuésemos lógicos, si no fuera por este insensato y loco residuo de inconfesable esperanza.

Porque «invierno» quiere decir todavía una cosa más.

La primavera pasada los alemanes han construido dos enormes tiendas en una explanada de nuestro *Lager*. Cada una, durante el buen tiempo, ha hospedado a más de mil hombres; ahora, las tiendas han sido desmontadas y un exceso de dos mil hombres se hacinan en nuestras barracas. Nosotros, los veteranos prisioneros, sabemos que estas irregularidades no les gustan a los alemanes y que pronto sucederá algo que haga disminuir nuestro número.

La selección se siente llegar. *Selekcja*: la híbrida palabra latina y polaca se oye una vez, dos veces, muchas veces, intercalada en conversaciones extranjeras; al principio no se la individualiza, después se impone a la atención, finalmente nos persigue.

Esta mañana, los polacos dicen *Selekcja*. Los primeros son los que primero saben las noticias, y generalmente procuran que no se difundan, por que saber algo mientras los demás no lo saben todavía puede resultar ventajoso. Cuando todos sepan que la selección es inminente, lo poquísimo que cada uno podría intentar para escurrirse (corromper con pan o con tabaco a algún médico o a algún prominente; pasar de la barraca al *Ka-Be* o viceversa en el momento exacto, de manera que se cruce uno con la comisión) será su monopolio.

En los días siguientes, la atmósfera del *Lager* y de la cantera está saturada de *Selekcja*: nadie sabe nada preciso y todos hablan de ello, hasta los obreros libres, polacos, italianos, franceses, que vemos a escondidas durante las horas de trabajo.

No se puede decir que se produzca una ola de abatimiento. Nuestra moral colectiva está demasiado desarticulada y aplastada para que sea inestable. La lucha contra el hambre, el frío y el trabajo deja poco margen al pensamiento, aun tratándose de este pensamiento. Cada cual reacciona a su manera, pero casi ninguno con las actitudes que parecerían más plausibles por ser realistas, es decir con la resignación o con la desesperación.

Quien puede tomar providencias, las toma; pero son los menos, porque sustraerse a la selección es muy difícil, los alemanes hacen estas cosas con gran seriedad y diligencia.

Quien no puede prevenirse materialmente trata de defenderse de otro modo. En los retretes, en el lavadero, nos enseñamos el uno al otro el pecho, las nalgas, los muslos, y los compañeros se tranquilizan: «Puedes estar tranquilo, seguro que esta vez no te toca…*du bist kein Muselmann*… más bien yo», y al mismo tiempo se bajan los pantalones y se levantan la camisa.

Ninguno niega a otro esta limosna: ninguno está tan seguro de su suerte como para tener el valor de condenar a otro. Yo mismo he mentido descaradamente al viejo Wertheimer; le he dicho que, si lo interrogan, responda que tiene cuarenta y cinco años y que no se olvide de afeitarse la tarde antes, aun a costa de quitarse de la boca un cuarto de pan; que, aparte de esto, no debe alimentar temores, y que además no es nada cierto que se trate de una selección para el gas: ¿no le ha oído decir al *Blockältester* que los seleccionados irán al campo de convalecencia de Jaworszno?

Es absurdo que Wertheimer tenga esperanzas: aparenta sesenta años, tiene gruesas varices, casi no siente el hambre. Y, sin embargo, se va a la litera sereno y tranquilo y, a quien le hace preguntas, le responde con mis palabras; son las palabras de orden del campo durante estos días: yo mismo las he repetido como, con menos detalles, me las he sentido recitar por Jaim, que está en el *Lager* desde hace tres años y, como es fuerte y robusto, está admirablemente seguro de sí; y le he creído.

Sobre esta exigua base también yo he atravesado la gran selección de octubre de 1944 con inconcebible tranquilidad. Estaba tranquilo porque había logrado mentirme cuanto era necesario. El hecho de que yo no haya sido elegido ha dependido sobre todo del azar y no demuestra que mi confianza estuviese bien fundada.

También Monsieur Pinkert es, a priori, un condenado: basta

con mirarle a los ojos. Me llama con una seña, y me cuenta con aire confidencial que ha sabido, de qué fuente no puede decírmelo, que, efectivamente, esta vez hay una novedad: la Santa Sede, por medio de la Cruz Roja Internacional… en fin, me asegura personalmente que, tanto para él como para mí, de la manera más absoluta, está excluido todo peligro: cuando civil, era, como es sabido, agregado a la embajada belga en Varsovia.

De varios modos pues, también estos días de vigilia, que cuando se habla de ellos, parece que deberían haber sido tormentosos más allá de todo límite humano, pasan de una manera no muy diferente que los demás.

La disciplina del *Lager* y de la Buna no se relaja en modo alguno; el trabajo, el frío y el hambre son suficientes para acaparar toda nuestra atención.

Hoy es domingo de trabajo, *Arbeitssonntag*: se trabaja hasta las trece, después se vuelve al campo para la ducha, el afeitado y el control general de la sarna y de los piojos y, en el tajo, misteriosamente, todos hemos sabido que la selección será hoy.

La noticia ha llegado, como siempre, rodeada de un halo de detalles contradictorios y recelos: esta misma mañana ha habido una selección en la enfermería; el porcentaje ha sido del siete, del treinta, del cincuenta por ciento del total de los enfermos. En Birkenau, la chimenea del Crematorio humea desde hace diez días. Hay que hacerle sitio a una enorme expedición que va a llegar del *ghetto* de Posen. Los jóvenes dicen a los jóvenes que serán elegidos todos los viejos. Los sanos dicen a los sanos que sólo serán elegidos los enfermos. Serán excluidos los especialistas. Serán excluidos los judíos alemanes. Serán excluidos los Números Bajos. Serás elegido tú. Seré excluido yo.

Con toda normalidad, a partir de las trece en punto, el taller se vacía y la formación gris e interminable desfila durante dos horas hacia los dos puestos de control, donde como todos los días somos contados y recontados, ante la orquesta que, durante horas sin interrupción, toca como todos los días las marchas con las que, a la entrada y a la salida, debemos sincronizar nuestros pasos.

Parece que todo marcha como todos los días, la chimenea de la cocina humea como de costumbre, ya ha empezado la distribución del potaje. Pero luego se ha oído la campana, y ahora hemos comprendido que va en serio.

Porque esta campana suena siempre al alba, y entonces es la diana, pero cuando suena a media jornada quiere decir *Blocksperre*, encierro en la barraca, y esto sucede cuando hay

selección, para que nadie se sustraiga a ella y, cuando los seleccionados salgan hacia el gas, para que nadie los vea partir.

Nuestro *Blockältester* conoce su oficio. Se ha cerciorado de que todos hemos entrado, ha hecho cerrar la puerta con llave, ha dado a cada uno la ficha en que constan la matrícula, el nombre, la profesión, la edad y la nacionalidad, y ha dado orden de que todos se desnuden completamente quedándose sólo con el calzado. De este modo, desnudos y con la ficha en la mano, esperaremos a que la comisión llegue a nuestra barraca. Nosotros somos la barraca 48, pero no se puede prever si se empezará por la barraca 1 o por la 60. De todos modos, podemos estar tranquilos durante una hora por lo menos, y no hay motivo alguno para que no nos metamos bajo las mantas de las literas para calentarnos.

Ya dormitan muchos cuando un desencadenamiento de órdenes, de blasfemias y de golpes indica que la comisión está llegando. El *Blockältester* y sus ayudantes, a gritos y puñetazos, a partir del fondo del dormitorio, empujan hacia delante a la turba de desnudos asustados y los apiñan dentro del *Tagesraum*, que es la Comandancia. El *Tagesraum* es un cuarto de siete metros por cuatro: cuando la caza ha terminado, dentro del *Tagesraum* está comprimida una masa humana caliente y compacta que invade y rellena perfectamente todos los rincones y ejerce en las paredes de madera una presión que las hace crujir.

Ahora estamos todos en el *Tagesraum* y además de no haber tiempo, ni siquiera hay espacio para tener miedo. La sensación de la carne caliente que oprime por todo alrededor de uno es singular y no es desagradable. Hay que procurar tener la nariz en alto para encontrar aire, y no arrugar o perder la ficha que tenemos en la mano.

El *Blockältester* ha cerrado la puerta del *Tagesraum* que da al dormitorio y ha abierto las otras dos que, del *Tagesraum* y del dormitorio dan al exterior. Aquí, delante de las dos puertas, está el árbitro de nuestro destino, que es un suboficial de la SS. Tiene a la derecha al *Blockältester*, a la izquierda al furriel de la barraca. Cada uno de nosotros, saliendo desnudos del *Tagesraum* al frío aire de octubre, debe dar corriendo los pocos pasos que hay entre las puertas delante de los tres, entregar la ficha al SS y entrar por la puerta del dormitorio. El SS, en la fracción de segundo entre las dos pasadas sucesivas, con una mirada de frente y de espaldas, decide la suerte de cada uno y entrega a su vez la ficha al hombre que está a su derecha o al hombre que está a su izquierda, y esto es la vida o la muerte de

cada uno de nosotros. En tres o cuatro minutos, una barraca de doscientos hombres está «terminada» y, durante la tarde, el campo entero de doce mil hombres.

Yo, inmovilizado en la carnicería del *Tagesraum*, he sentido gradualmente disminuir la presión humana en torno a mí, y pronto me ha tocado el turno. Como todos, he pasado con paso enérgico y elástico, procurando llevar la cabeza alta, el pecho fuera y los músculos contraídos y marcados. Con el rabillo del ojo, he procurado ver a mi espalda y me ha parecido que mi ficha ha ido a la derecha.

Conforme íbamos volviendo al dormitorio, podíamos vestirnos. Nadie conoce ahora con seguridad el propio destino, hay que saber primero con seguridad si las fichas condenadas son las pasadas a la derecha o a la izquierda. Ahora no es el caso de tener consideraciones los unos con los otros ni de tener escrúpulos supersticiosos. Todos se amontonan en torno a los más viejos, a los más desnutridos, a los más «musulmanes»; si sus fichas han ido a la izquierda, la izquierda es con toda seguridad el lado de los condenados.

Antes de que la selección haya terminado, todos saben ya que la izquierda ha sido efectivamente la «*schlechte Seite*», el lado infausto. Hay, naturalmente, irregularidades: René, por ejemplo, tan joven y robusto, ha terminado en la izquierda: quizás porque tiene gafas, quizás porque anda un poco encorvado como los miopes, pero más probablemente por un simple descuido: René ha pasado delante de la comisión inmediatamente antes que yo, y podría haberse producido un cambio de fichas. Lo pienso, hablo con Alberto y convenimos en que la hipótesis es verosímil: no sé lo que pensaré mañana y después; hoy, la cosa no despierta en mí ninguna emoción precisa.

Del mismo modo, también ha debido de haber un error en el caso de Sattler, un macizo campesino transilvano que veinte días antes estaba en su casa; Sattler no entiende alemán, no ha comprendido nada de lo que ha sucedido y está en un rincón remendándose la camisa. ¿Debo ir a decirle que la camisa ya no va a servirle?

No hay por qué asombrarse de estas equivocaciones: el examen es muy rápido y sumario y, por otra parte, para la administración del *Lager*, lo importante no es tanto que sean eliminados precisamente los inútiles, como que queden rápidamente libres los sitios de acuerdo con determinado tanto por ciento preestablecido.

En nuestra barraca, la selección ha terminado, pero continúa en las otras, por lo que ahora estamos en clausura. Pero puesto que, mientras tanto, han llegado los bidones de potaje, el *Blockältester* decide proceder sin más a su distribución. A los seleccionados se les distribuirá una ración doble. No he sabido nunca si ésta sería una iniciativa absurdamente compasiva del *Blockältester* o una explícita disposición de los SS, pero de hecho, en el intervalo de dos o tres días (también a veces mucho más largo) entre la selección y la partida, las víctimas de Monowitz-Auschwitz disfrutan de este privilegio.

Ziegler presenta la escudilla, recibe la ración normal y se queda esperando. «¿Qué más quieres?», le pregunta el *Blockältester*: no le parece que a Ziegler le toque suplemento, lo aparta de un empujón, pero Ziegler vuelve e insiste humildemente: me han puesto de verdad a la izquierda, todos lo han visto, que vaya el *Blockältester* a consultar las fichas: tiene derecho a ración doble. Cuando la ha conseguido, se va tan tranquilo a la litera y empieza a comérsela.

Ahora todos están raspando atentamente con la cuchara el fondo de la escudilla para sacar las últimas pizcas de potaje, y se forma un trasteo sonoro que quiere decir que la jornada ha terminado. Poco a poco, prevalece el silencio y entonces, desde mi litera que está en el tercer piso, se ve y se oye que el viejo Kuhn reza, en voz alta, con la gorra en la cabeza y oscilando el busto con violencia. Kuhn da gracias a Dios porque no ha sido elegido.

Kuhn es un insensato. ¿No ve, en la litera de al lado, a Beppo el griego que tiene veinte años y pasado mañana irá al gas, y lo sabe, y está acostado y mira fijamente a la bombilla sin decir nada y sin pensar en nada? ¿No sabe Kuhn que la próxima vez será la suya? ¿No comprende Kuhn que hoy ha sucedido una abominación que ninguna oración propiciatoria, ningún perdón, ninguna expiación de los culpables, nada, en fin, que esté en poder del hombre hacer, podrá remediar ya nunca?

Si yo fuese Dios, escupiría al suelo la oración de Kuhn.

Kraus

Cuando llueve uno querría poder llorar. Estamos en noviembre, llueve desde hace diez días y la tierra es como el fondo de un pantano. Todas las cosas de madera huelen a moho.

Si pudiese dar diez pasos a la izquierda, hasta donde está el cobertizo, estaría a salvo; me bastaría con un saco para cubrirme la espalda, o tan sólo la esperanza de un fuego donde secarme; o quizás con un trapo seco que meterme entre la camisa y el espinazo. Lo pienso, entre una palada y otra, y me convenzo de que tener un trapo seco sería una auténtica felicidad.

Es imposible estar ya más mojado; lo único que hace falta es procurar moverse lo menos posible, y sobre todo no hacer movimientos nuevos, no sea que cualquier otra porción de piel se ponga en contacto sin necesidad con la ropa empapada y gélida.

Es una suerte que hoy no sople el viento. Es extraño, de alguna manera se tiene siempre la impresión de tener suerte, de que cualquier circunstancia, tal vez infinitesimal, nos sujeta junto al abismo de la desesperación y nos permite vivir. Llueve, pero no sopla el viento. O tal vez llueve y sopla el viento: pero sabes que esta tarde te toca a ti el suplemento de potaje y, entonces, también hoy encuentras fuerzas para superar la tarde. O incluso tienes lluvia, viento y el hambre cotidiana, y entonces piensas que si no te quedase otro remedio, si no sintieses en el corazón más que sufrimiento y tedio, como a veces sucede, que te parece en verdad yacer en el fondo, pues bien, aun entonces pensamos que si queremos, en cualquier momento, siempre podemos llegarnos hasta la alambrada eléctrica y tocarla o arrojarnos bajo los trenes que maniobran, y entonces dejaría de

llover.

Desde esta mañana estamos clavados en el fango, hasta los muslos, sin mover nunca los pies de los dos agujeros que han hecho en el terreno viscoso; oscilando sobre las caderas a cada palada. Yo estoy a mitad de la excavación, Kraus y Clausner están en el fondo, Gounan por encima de mí, al nivel del suelo. Sólo Gounan puede mirar en torno a sí, y advierte con monosílabos a Kraus, de cuando en cuando, de la oportunidad de acelerar el ritmo, o eventualmente de descansar, según quien pase por el camino. Clausner pica, Kraus me sube la tierra palada a palada y yo se la subo a Gounan, que la amontona de lado. Otros hacen la lanzadera con las carretillas y llevan la tierra quién sabe adónde, no nos interesa, hoy nuestro mundo es este agujero fangoso.

Kraus ha errado un golpe, un puñado de barro vuela y se me aplasta contra las rodillas. No es la primera vez que sucede, sin mucha confianza le advierto que tenga cuidado: es húngaro, entiende bastante mal el alemán y no sabe una palabra de francés. Es largo, largo, tiene gafas y una cara curiosa, pequeña y torcida; cuando se ríe parece un niño, y se ríe con frecuencia. Trabaja demasiado, y demasiado vigorosamente: no ha aprendido todavía nuestro arte subterráneo de economizarlo todo, el aliento, los movimientos, hasta el pensamiento. No sabe todavía que es mejor hacerse golpear, porque de los golpes en general no se muere, pero sí de cansancio, y malamente, y cuando uno se da cuenta ya es demasiado tarde. Piensa todavía… oh, no, pobre Kraus, no es un razonamiento el suyo, es tan sólo una absurda honestidad de empleadillo, se la ha traído aquí dentro, y ahora le parece que es como afuera, donde trabajar es decente y lógico, además de conveniente, porque, según dicen todos, cuanto más trabaja uno, más gana y come.

—*Regardez-moi ça! Pas si vite, idiot!* —impreca Gounan desde arriba; después se lo traduce al alemán: *Langsan, du blöder Einer, langsam, verstanden?*

Kraus puede matarse de cansancio, se sabe, pero no hoy, que trabajamos en cadena y el ritmo de nuestro trabajo es condicionado por el suyo.

Ahí está, es la sirena del Carburo, ahora se van los prisioneros ingleses, son las cuatro y media. Después pasarán las chicas ucranianas y entonces serán las cinco, podremos enderezar la espalda, y ahora sólo la marcha de retorno, la llamada y el control de los piojos nos alejarán del reposo.

Es la reunión, *Antreten* de todas partes; por todas partes se

arrastran los fantoches del fango, estiran, los miembros envarados, llevan las herramientas a las barracas. Nosotros sacamos los pies del foso, cautamente para no dejarnos pegados los zuecos, y nos vamos, bamboleantes y chorreantes, a formar para la marcha de vuelta.

Zu dreien, de tres en fondo. He procurado ponerme junto a Alberto, hoy hemos trabajado separados, tenemos que preguntarnos qué tal nos ha ido: pero alguien me ha dado un manotazo en el estómago, me he quedado detrás, mira, exactamente junto a Kraus.

Ahora partimos. El *Kapo* canta el paso con voz fuerte: *Links, links, links*; al principio duelen los pies, poco a poco uno se calienta y los nervios se distienden. También hoy, también este hoy, que esta mañana parecía invencible y eterno, lo hemos perforado a través de todos sus minutos; ahora yace concluido e inmediatamente olvidado, ya no es un día, no ha dejado rastro en la memoria de nadie. Lo sabemos, mañana será como hoy: quizás llueva un poco más o un poco menos, o quizás en vez de a cavar vayamos al Carburo a descargar ladrillos. O mañana también puede acabarse la guerra, o nos matarán a todos nosotros, o seremos trasladados a otro campo, o se realizarán algunas de las grandes innovaciones que, desde que el *Lager* es *Lager*, son incansablemente pronosticadas como inminentes y seguras. Pero ¿quién podría pensar seriamente en mañana?

La memoria es un instrumento curioso: desde que estoy en el campo me han bailado en la cabeza dos versos que ha escrito un amigo mío hace mucho tiempo: *… hasta que un día no tenga sentido decir mañana.* Aquí es así. ¿Sabéis cómo se dice «nunca» en la jerga del campo? *Morgen früh*, mañana por la mañana.

Ahora es la hora de *links, links, links und links*, la hora en que no hay que perder el paso. Kraus es torpe y ya se ha ganado un puntapié del *Kapo* porque no sabe marchar alineado: y ahora empieza a gesticular y a masticar un alemán miserable, oye, oye, quiere pedirme perdón por la paletada de barro, todavía no ha comprendido dónde estamos, hay que admitir que los húngaros son una gente muy singular.

Ir marcando el paso y pronunciar un discurso complicado en alemán es demasiado, esta vez soy yo quien me doy cuenta de que lleva mal el paso, y lo he mirado, y he visto sus ojos, detrás de las gotas de lluvia de las gafas, y eran los ojos del hombre Kraus.

Entonces sucedió algo importante, y viene a cuento contarlo

ahora, quizás por la misma razón que fue oportuno que sucediese entonces. Se me ocurrió hablarle largamente a Kraus: en mal alemán, pero lento y recalcado, convenciéndome, después de cada frase, de que la había comprendido.

Le conté que había soñado que estaba en mi casa, en la casa donde había nacido, sentado con mi familia, con las piernas bajo la mesa, y encima, mucha, muchísima comida. Y estábamos en verano, y en Italia: ¿en Nápoles?… pues sí, en Nápoles, no es caso de afinar. Y de pronto, sonaba el timbre y yo me levantaba lleno de ansiedad, e iba a abrir, ¿y qué veía? A él, el aquí presente Kraus Páli, con pelo, limpio y gordo, y vestido de hombre libre, y con una hogaza en la mano. Dos kilos, todavía caliente. Entonces *Servus, Páli, wie geht's?* y me sentía lleno de alegría, y le decía que entrase y le explicaba a mi familia quién era, y que venía de Budapest, y por qué estaba tan mojado: porque estaba empapado, así, como ahora. Y le daba de comer y de beber, y después una buena cama para dormir, y era de noche, pero había una maravillosa tibieza gracias a la cual en un momento estábamos todos secos (sí, porque también yo estaba muy mojado).

Qué buen muchacho debía ser Kraus de paisano: no vivirá mucho tiempo aquí dentro, esto se advierte a la primera mirada y se demuestra como un teorema. Siento no saber húngaro, ahora que su emoción ha roto los diques e irrumpe en una marea de estrambóticas palabras magiares. No he podido entender más que mi nombre, pero de estos gestos solemnes se deduciría que jura y augura.

Pobre tonto de Kraus. Si supiese que no es verdad, que no he soñado nada de él, que para mí tampoco es él nada, sino durante un instante, nada como todo es nada aquí abajo, salvo el hambre dentro, y el frío y la lluvia alrededor.

Die drei Leute vom Labor

¿Cuántos meses han pasado desde que entramos en el campo? ¿Cuántos desde el día en que me dieron de alta en el *Ka-Be*? ¿Y desde el día del examen de química? ¿Y desde la selección de octubre?

Alberto y yo nos hacemos a veces estas preguntas, y también otras muchas. Éramos noventa y siete cuando entramos, nosotros, los italianos del convoy ciento setenta y cuatro mil; sólo veintinueve hemos sobrevivido hasta octubre, y de éstos ocho se han ido con la selección. Ahora somos veintiuno y apenas si ha empezado el invierno. ¿Cuántos llegaremos vivos al año nuevo? ¿Cuántos a la primavera?

Desde hace unas semanas las incursiones han cesado; la lluvia de noviembre se ha convertido en nieve y la nieve ha cubierto las ruinas. Los alemanes y los polacos van al trabajo con las botas de goma, los cubreorejas de pelo y los monos puestos, los prisioneros ingleses con sus maravillosas pellizas. En nuestro *Lager* no han distribuido capotes más que a algunos privilegiados; somos un *Kommando* especializado que, en teoría, no trabaja más que a cubierto: por eso nos hemos quedado con el uniforme de verano.

Somos los químicos y por eso trabajamos con los sacos de fenilbeta. Hemos despejado el almacén después de las primeras incursiones, en pleno verano: la fenilbeta se nos pegaba por debajo de la ropa a los miembros sudados y nos roía como una lepra; la piel se nos caía de la cara en gruesas escamas

quemadas. Luego se han interrumpido las incursiones y hemos devuelto los sacos al almacén. Después el almacén ha sido alcanzado y hemos puesto los sacos en la cantina de la Sección Estireno. Ahora, el almacén ha sido reparado y otra vez hay que apilar en él los sacos. El olor agudo de la fenilbeta impregna nuestro único traje y nos acompaña de día y de noche con nuestra sombra. Hasta el momento, las ventajas de ser del *Kommando* Químico se han reducido a éstas: los demás han recibido los capotes y nosotros no; los demás han llevado sacos de cincuenta kilos de cemento, y nosotros sacos de sesenta kilos de fenilbeta. ¿Cómo pensar ahora en el examen de química y en las ilusiones de entonces? Cuatro veces cuando menos, durante el verano, se ha hablado del laboratorio del *Doktor* Pannwitz en el *Bau* 939 y ha corrido la voz de que seríamos elegidos algunos de los analistas para la sección de Polimerización.

Ahora basta, ahora se acabó. Es el último acto: el invierno ha empezado, y con él nuestra última batalla. Ya no se puede dudar de que será la última. En cualquier momento del día en que prestemos oído a las voces de nuestros cuerpos, en que interroguemos a nuestros miembros, la respuesta es la misma: no nos bastarán las fuerzas. Todo, en torno a nosotros, habla de destrucción y de fin. La mitad del *Bau* 939 es un amasijo de chapas retorcidas y cascotes; de las tuberías enormes donde antes rugía el vapor sobrecalentado penden ahora hasta el suelo carámbanos azules tan gruesos como pilastras. La Buna está ahora silenciosa, y cuando el viento es propicio, si se tiende la oreja, se siente un sordo y continuo temblor subterráneo, que es el frente que se acerca. Han llegado al *Lager* trescientos prisioneros del *ghetto* de Lódź, que los alemanes han transferido ante el avance de los rusos: han traído hasta nosotros la noticia de la lucha legendaria en el *ghetto* de Varsovia y nos han contado cómo, hace ya un año, los alemanes han liquidado el campo de Lublín: cuatro ametralladoras en las esquinas y las barracas incendiadas; el mundo civil nunca lo sabrá. ¿Cuándo nos toca a nosotros?

Como de costumbre, esta mañana el *Kapo* ha distribuido las cuadrillas. Los diez del Cloromagnesio, al Cloromagnesio: y éstos parten, arrastrando los pies, lo más lentamente posible, porque el Cloromagnesio es un trabajo durísimo: se está todo el día hasta los tobillos en el agua salobre y helada que ablanda los zapatos, la ropa y la piel. El *Kapo* coge un ladrillo y se lo tira al grupo: se esquivan malamente pero no avivan el paso. Esta es casi una costumbre, pasa todas las mañanas y no siempre supone en el *Kapo* un propósito de hacer daño.

Los cuatro del *Scheisshaus*, a su trabajo: y parten los cuatro agregados a la construcción de las nuevas letrinas. Es preciso saber que, desde que con la llegada de los convoyes de Lódź y de Transilvania, habíamos superado el número de cincuenta mil *Häftlinge*, el misterioso burócrata alemán que se ocupa de estos asuntos nos ha autorizado la erección de un *Zweiplatziges Kommandoscheisshaus*, es decir, de un retrete de dos asientos reservado a nuestro *Kommando*. Nosotros no somos insensibles a este signo de distinción que hace del nuestro uno de los pocos comandos a los que uno puede jactarse de pertenecer: pero es evidente que viene así a faltar el más sencillo de los pretextos para ausentarse del trabajo y para trabar relaciones con los civiles. *Noblesse oblige*, dice Henri, que tiene otras cuerdas en su arco.

Los doce de los ladrillos. Los cinco de *Meister Dahm*. Los dos de las cisternas. ¿Cuántos ausentes? Tres ausentes. Homolka, ingresado esta mañana en el *Ka-Be*; Fabbro, muerto ayer; François, trasladado quién sabe adónde ni por qué. La cuenta cuadra; el *Kapo* toma nota y está satisfecho. No quedamos ya más que los dieciocho de la fenilbeta, además de los prominentes del *Kommando*. Y he aquí lo imprevisible.

El *Kapo* dice:

—El *Doktor* Pannwitz ha comunicado al *Arbeitsdienst* que tres *Häftlinge* han sido escogidos para el laboratorio. 169509, Brackier; 175633, Kandel; 174517, Levi.

Durante un instante me zumban los oídos y la Buna da vueltas a mi alrededor. Somos tres Levi en el *Kommando* 98, pero *Hundert Vierunsiebzig Fünf Hundert Siebzehn* sólo yo, no cabe duda. Soy uno de los tres elegidos.

El *Kapo* nos escudriña con una risa enconada. Un belga, un rumano y un italiano: tres *Franzosen*, en resumen. ¿Es posible que tuviesen que ser tres *Franzosen* los elegidos para el paraíso del laboratorio?

Muchos compañeros se alegran; el primero de todos Alberto, con verdadera alegría, sin sombra de envidia. Alberto no encuentra nada de qué burlarse en cuanto a la suerte que me ha tocado, y está por el contrario muy contento, ya sea por amistad, ya sea porque también le supondrá algunas ventajas pues los dos estamos unidos por un estrechísimo pacto de alianza, por lo que cada bocado «organizado» es dividido en dos partes rigurosamente iguales. No tiene por qué envidiarme, puesto que entrar en el Laboratorio no era una de sus esperanzas, ni siquiera uno de sus deseos. La sangre de sus

venas es demasiado libre para que Alberto, mi viejo amigo no domado, piense en arrellanarse en una colocación; su instinto lo conduce a otra parte, hacia otras soluciones, hacia lo imprevisto, lo extemporáneo, lo nuevo. A un buen empleo, Alberto prefiere sin dudar las incertidumbres y las batallas de la «profesión liberal».

Tengo en el bolsillo un boleto del *Arbeitsdienst*, donde está escrito que el *Häftling* 174517, como obrero especializado tiene derecho a camisa y calzoncillos nuevos y debe ser afeitado los miércoles.

La Buna destruida yace bajo la primera nieve, silenciosa y rígida como un desmesurado cadáver; todos los días aúllan las sirenas del *Fliegeralarm*; los rusos están a ochenta kilómetros. La central eléctrica está parada, las columnas del Metanol ya no existen, tres de cuatro gasómetros de acetileno han volado. A nuestro *Lager* afluyen todos los días a granel prisioneros «recuperados» de todos los campos de la Polonia oriental; los menos van al trabajo, los más continúan hacia Birkenau y hacia el Horno. La ración ha vuelto a ser disminuida. El *Ka-Be* rebosa, los *E-Häftlinge* han traído al campo la escarlatina, la difteria y el tifus exantemático.

Pero el *Häftling* 174517 ha sido nombrado especialista y tiene derecho a camisa y calzoncillos nuevos y debe ser afeitado los miércoles. Nadie puede jactarse de comprender a los alemanes.

Hemos entrado en el laboratorio tímidamente, recelosos y desorientados como tres bestias salvajes que se adentrasen en una gran ciudad. ¡Qué liso y que limpio está el pavimento! Éste es un laboratorio sorprendentemente parecido a cualquier otro laboratorio. Tres largos pupitres de trabajo llenos de centenares de objetos familiares. La cristalería secándose en un rincón, la balanza analítica, una estufa Heraeus, un termostato Höppler. El olor me hace sobresaltar como un latigazo: el débil olor aromático de los laboratorios de química orgánica. Durante un instante, evocada con violencia brutal y en seguida desvanecida, la gran sala semioscura de la universidad, el cuarto curso, el aire suave de mayo en Italia.

Herr Stawinoga nos asigna los puestos de trabajo. Stawinoga es un alemán-polaco todavía joven, de cara enérgica pero al mismo tiempo triste y cansada. También es *Doktor*: no en química, pero (*ne pas chercher à comprendre*) en glotología; sin embargo, es el jefe del laboratorio. Con nosotros, no habla de buena gana, pero no parece mal dispuesto. Nos llama

«Monsieur», lo que resulta ridículo y desconcertante.

En el laboratorio la temperatura es maravillosa: el termómetro marca 24°C. Pensamos que también podemos ponernos a lavar la cristalería, o a barrer el suelo, o a transportar las bombonas de hidrógeno, cualquier cosa con tal de quedarnos aquí dentro, y el problema del invierno estará resuelto para nosotros. Y además, pensándolo bien, tampoco el problema del hambre debería ser difícil de resolver. ¿Van a registrarnos todos los días a la salida? ¿O aunque así fuese, cada vez que pidamos permiso para ir a la letrina? Evidentemente, no. Y aquí hay jabón, hay bencina, hay alcohol. Me haré un bolsillo secreto por dentro de la chaqueta, me pondré en combinación con el inglés que trabaja en la oficina y comercia en bencina. Veremos cuán severa va a ser la vigilancia: pero ya llevo un año de *Lager* y sé que si uno quiere robar, y si se dedica a ello con seriedad, no hay vigilancia ni registros que puedan impedírselo.

Por lo que parece, pues, la suerte, llegada por caminos insospechados, ha hecho que nosotros tres, objeto de envidia para diez mil condenados, no tengamos este invierno ni frío ni hambre. Esto significa grandes posibilidades de no enfermar de gravedad, de salvarse de la congelación, de superar las selecciones. En estas condiciones, personas menos expertas que nosotros en las cosas del *Lager* también podrían ser tentadas por la esperanza de sobrevivir y por el pensamiento de la libertad. Nosotros no, nosotros sabemos cómo funcionan estas cosas; todo esto es un regalo del destino, que como tal es gozado lo más intensamente posible, y de prisa: pero del mañana no hay certeza. Al primer tubo que rompa, al primer error de medida, a la primera distracción, volveré a consumirme en la nieve y el viento, hasta que yo también esté maduro para el Horno. Y además, ¿quién puede saber lo que ocurrirá cuando vengan los rusos?

Porque los rusos vendrán. El suelo tiembla noche y día bajo nuestros pies; en el vacío silencio de la Buna el fragor sumergido y sordo de la artillería resuena ahora ininterrumpidamente. Se respira un aire tenso, un aire de resolución. Los polacos no trabajan ya, los franceses andan de nuevo con la cabeza alta. Los ingleses se guiñan el ojo y se saludan a escondidas con la V del índice y del corazón; y no siempre a escondidas.

Pero los alemanes son sordos y ciegos, encerrados en una coraza de obstinación y de deliberada ignorancia. Una vez más han fijado la fecha del principio de la producción de goma sintética: será el 1 de febrero de 1945. Construyen refugios y trincheras, reparan los daños, construyen, combaten, mandan,

organizan y matan. ¿Qué otra cosa podrían hacer? Son alemanes: este comportamiento suyo no es meditado y deliberado, sino que procede de su naturaleza y del destino que han elegido. No podrían hacer otra cosa: si se hiere el cuerpo de un agonizante la herida empieza a cicatrizar, aunque todo el cuerpo vaya a morirse al día siguiente.

Ahora, todas las mañanas al separar las cuadrillas, el *Kapo* nos llama, antes que a todos los demás, a nosotros tres, los del Laboratorio, *die drei Lente vom Labor*. En el campo, por la noche y por la mañana nada me distingue del rebaño, pero durante el día, durante el trabajo, estoy a cubierto y caliente y nadie me pega; robo y vendo jabón y bencina, sin riesgos serios, y quizás consiga un bono para unos zapatos de cuero. Además ¿se puede llamar trabajo al mío? Trabajar es empujar vagones, llevar vigas, picar piedras, palear tierra, apretar con las manos desnudas el escalofrío del hierro helado. Yo, en cambio, estoy sentado todo el día, tengo un cuaderno y un lápiz, y hasta me han dado un libro para que me refresque la memoria sobre los métodos analíticos. Hay un cajón donde puedo poner la gorra y los guantes, y cuando quiera salir basta con que avise a Herr Stawinoga, el cual nunca dice que no y, si tardo, no hace preguntas; tiene el aspecto de sufrir en su carne por la ruina que lo rodea.

Los compañeros del *Kommando* me envidian, y tienen razón, ¿quizás no debería declararme contento? Pero apenas me sustraigo por la mañana a la rabia del viento y traspaso el umbral del laboratorio, he aquí a mi lado la compañía de todos los momentos de tregua, del *Ka-Be* y de los domingos de descanso: el dolor del recuerdo, la vieja y feroz desazón de sentirme hombre, que me asalta como un perro en el instante en que la conciencia emerge de la oscuridad. Entonces cojo el lápiz y el cuaderno y escribo aquello que no sabría decirle a nadie.

Y después, las mujeres. ¿Desde hace cuántos meses no veía una mujer? No era raro encontrarse por la Buna con las obreras ucranianas y polacas, en pantalones y chaqueta de cuero, macizas y violentas como sus hombres. Estaban sudadas y despeinadas en verano, embutidas en ropa gruesa en invierno; trabajaban con pico y pala y no se las sentía al lado como mujeres.

Aquí es diferente. Frente a las chicas del laboratorio nosotros tres nos sentimos abismados en la vergüenza y el embarazo. No sabemos qué aspecto tenemos: nos vemos el uno al otro, y a veces nos reflejamos en un cristal terso. Somos ridículos y repugnantes. Nuestro cráneo está calvo el lunes y cubierto por una corta pelusa oscura el sábado. Tenemos la cara hinchada y

amarilla permanentemente marcada por las cortaduras del barbero apresurado, y frecuentemente por cardenales y llagas entumecidas; tenemos el cuello largo y nudoso como pollos desplumados. Nuestra ropa está increíblemente sucia, manchada de barro, sangre y pringue; los pantalones de Kandel le llegan a mitad de las pantorrillas y dejan ver los tobillos huesudos y peludos; mi chaqueta me cuelga de los hombros como de un perchero de madera. Estamos llenos de pulgas, y nos rascamos a menudo desvergonzadamente; estamos obligados a pedir permiso para ir a las letrinas con humillante frecuencia. Nuestros zuecos de madera son insoportablemente ruidosos y llenos de capas superpuestas de barro y de grasa reglamentaria.

Y luego, a nuestro olor nosotros estamos acostumbrados pero las chicas no, y no desperdician ocasión de manifestárnoslo. No es el olor genérico del mal lavado, sino el olor a *Häftling*, suave y dulzón, que se nos ha agarrado a nuestra llegada al *Lager* y se exhala tenaz de los dormitorios, de las cocinas, de los lavaderos y de los retretes del *Lager*. Se lo adquiere en seguida y no se lo pierde nunca: «¿tan joven y ya hiedes?», así se suele acoger entre nosotros a los recién llegados.

A nosotros, estas muchachas nos parecen criaturas ultraterrenales. Son tres jóvenes alemanas, y Fräulein Liczba, polaca, que es la guarda del almacén, y Frau Mayer, que es la secretaria. Tienen la piel suave y rosada, bonitos vestidos de colores, limpios y calientes, los cabellos rubios, largos y bien peinados; hablan con mucha gracia y compostura y en lugar de tener el laboratorio ordenado y limpio, como deberían, fuman en los rincones, comen a ojos vistas rebanadas de pan con mermelada, se liman las uñas, rompen muchos tubos de ensayo y después tratan de echarnos la culpa a nosotros; cuando barren, nos barren los pies. No hablan con nosotros, y arrugan la nariz cuando nos ven arrastrarnos por el laboratorio, escuálidos y sucios, inadaptados y tambaleantes en los zuecos. Una vez le he pedido una información a Fräulein Liczba y no me ha contestado, sino que se ha vuelto rápidamente a Stawinoga con cara de fastidio y le ha hablado rápidamente. No he entendido la frase; pero «Stinkjude» lo he entendido claramente, y se me han encogido las tripas. Stawinoga me ha dicho que, para todas las cuestiones de trabajo, nos debemos dirigir a él directamente.

Estás chicas cantan, como cantan todas las chicas de todos los laboratorios del mundo, y esto nos hace profundamente desgraciados. Conversan entre sí, hablan del racionamiento, de sus novios, de sus casas, de las próximas fiestas…

—¿Vas el domingo a casa? Yo no: ¡es tan incómodo viajar!

—Yo iré en Navidad. Sólo dos semanas, y ya será Navidad: no parece verdad, ¡este año se ha pasado tan pronto!

… Este año se ha pasado pronto. El año pasado a esta hora yo era un hombre libre: fuera de la ley pero libre, tenía un nombre y una familia, tenía una mente ávida e inquieta y un cuerpo ágil y sano. Pensaba en muchas cosas lejanísimas: en mi trabajo, en el final de la guerra, en el bien y en el mal, en la naturaleza de las cosas y en las leyes que gobiernan la conducta humana; y además en las montañas, en cantar, en el amor, en la música, en la poesía. Tenía una enorme, arraigada, estúpida fe en la benevolencia del destino, y matar y morir me parecían cosas extrañas y literarias. Mis días eran alegres y tristes, pero todos los añoraba, todos eran densos y positivos; el porvenir estaba delante de mí como un gran tesoro. De mi vida de entonces no me queda hoy más que lo necesario para sufrir el hambre y el frío; no estoy ya lo suficientemente vivo para poder suprimirme.

Si hablase alemán mejor, podría tratar de explicarle todo esto a Frau Mayer; pero seguro que no lo entendería, o si fuese tan inteligente o tan buena como para entender, no podría soportar estar junto a mí, y huiría como se huye al contacto de un enfermo incurable o de un condenado a muerte. O quizás me regalaría un bono de medio litro de potaje civil.

Este año se ha pasado pronto.

El último

Ya está cerca la Navidad. Alberto y yo caminamos hombro con hombro en la larga fila gris echados hacia delante para aguantar mejor el viento. Es de noche y nieva; no es fácil tenerse en pie, y más difícil todavía es guardar el paso y la formación: de vez en cuando, uno de los que van delante tropieza y rueda por el barro negro, hay que estar atento para evitarlo y para recobrar nuestro puesto en la fila.

Desde que estoy en el Laboratorio Alberto y yo trabajamos separados y, en la marcha de regreso, tenemos siempre muchas cosas que contarnos. Por lo general no se trata de cosas muy elevadas: del trabajo, de los compañeros, del pan, del frío; pero desde hace una semana hay algo nuevo: Lorenzo nos trae todas las tardes tres o cuatro litros de potaje de los trabajadores civiles italianos. Para resolver el problema del transporte hemos debido procurarnos lo que se llama una *menaschka*, es decir, una escudilla fuera de serie de chapa de cinc, más parecida a un cubo que a una escudilla. Silberlust, el hojalatero, nos la ha hecho con dos trozos de canalón a cambio de tres raciones de pan: es un espléndido recipiente, sólido y capaz, con el característico aspecto de un utensilio del neolítico.

En todo el campo sólo algún griego posee una *menaschka* más grande que la nuestra. Esto, además de las ventajas materiales, ha acarreado una sensible mejora de nuestra condición social. Una *menaschka* como la nuestra es un título de nobleza, es un blasón heráldico: Henri se está haciendo amigo nuestro y habla con nosotros de igual a igual; L. ha adoptado un tono paternal y condescendiente; en cuanto a Elías, está constantemente encima de nosotros, y mientras por una parte nos espía con tenacidad para descubrir el secreto de nuestra

organisacja, por la otra nos abruma con incomprensibles declaraciones de solidaridad y de afecto y nos atruena con una letanía de portentosas obscenidades y blasfemias italianas y francesas que ha aprendido quién sabe dónde y con las que se ve claramente que cree honrarnos.

En cuanto al aspecto moral del nuevo estado de cosas, Alberto y yo hemos debido convenir en que no hay de qué estar orgullosos; ¡pero es tan fácil hallar justificaciones! Por otra parte, el mismo hecho de tener cosas nuevas de las que hablar, no es una ventaja despreciable.

Hablamos de nuestro proyecto de comprarnos una segunda *menaschka* para alternarla con la primera, de modo que nos baste con una sola expedición al día al rincón remoto del taller donde trabaja ahora Lorenzo. Hablamos de Lorenzo y de la manera de pagarle; después, si volvemos, sí, claro es que haremos cuanto podamos por él; pero ¿de qué sirve hablar ahora de esto? Tanto él como nosotros sabemos muy bien que es difícil que volvamos. Habría que hacer algo ya; podríamos probar a hacer que le arreglasen los zapatos en la zapatería de nuestro *Lager*, donde las reparaciones son gratuitas (parece una paradoja, pero, oficialmente, en los campos de aniquilación todo es gratuito). Alberto lo intentará: es amigo del zapatero jefe, quizás baste un litro de potaje.

Hablamos de tres novísimas empresas nuestras, y estamos de acuerdo en deplorar que evidentes razones de secreto profesional desaconsejen ponerlas en circulación: qué lástima, nuestro prestigio personal ganaría mucho.

De la primera, la paternidad es mía. He sabido que el *Blockältester* del 44 anda escaso de escobas, y he robado una en el taller: y hasta aquí, nada hay de extraordinario. La dificultad era la de contrabandear la escoba en el *Lager* durante la marcha de vuelta, y la he resuelto de una manera que me parece inédita, desmembrando el cuerpo del delito en barredera y mango, cortando este último en dos piezas, llevando al campo los diferentes artículos por separado (los dos tacones de mango atados a los muslos, debajo de los pantalones) y reconstruyendo el utensilio en el *Lager*, para lo que he tenido que encontrar un trozo de chapa, martillo y clavos para soldar los dos palos. El trabajo sólo ha requerido cuatro días.

Contrariamente a cuanto me temía, el comprador no ha devaluado mi escoba, sino que se la ha enseñado como una curiosidad a varios de sus amigos, los cuales me han encargado otras dos escobas «del mismo modelo».

Pero Alberto tiene algo muy distinto en preparación. En primer lugar, ha puesto a punto la «operación lima», y la ha realizado ya con éxito un par de veces. Alberto se presenta en el almacén de herramientas, pide una lima y la escoge más bien grande. El almacenero escribe «una lima» junto a su número de matrícula, y Alberto se va. Se va derecho a un civil de confianza (un triestino que es todo un señor truhán, que sabe más que el diablo y ayuda a Alberto más por amor al arte que por interés o filantropía), el cual no tiene dificultad en cambiar en el mercado libre la lima grande por dos pequeñas de valor igual o menor. Alberto devuelve «una lima» al almacén y vende la otra.

Y, en fin, ha coronado en estos días su obra maestra, una combinación audaz, nueva y de singular elegancia. Es preciso saber que desde hace unas semanas a Alberto le ha sido confiada una misión especial: por la mañana, en el taller, le es entregado un cubo con pinzas, destornilladores y unos cientos de tarjetas de celuloide de distintos colores, las cuales debe montar mediante pinzas a propósito para distinguir las numerosas y largas tuberías de agua fría y caliente, vapor, aire comprimido, gas, nafta, vacío, etcétera, que recorren en todos los sentidos la Sección de Polimerización. También hay que saber (y parece que no tiene nada que ver, pero ¿no consiste quizás el ingenio en encontrar o crear relaciones entre órdenes de ideas aparentemente extrañas?) que para todos nosotros, los *Häftlinge*, la ducha es un asunto bastante desagradable por muchas razones (el agua es escasa y fría, o está hirviendo, no hay vestuario, no tenemos toallas, no tenemos jabón, y durante la forzada ausencia es fácil ser robado). Como la ducha es obligatoria, los *Blockältester* necesitan de un sistema de control que permita aplicar sanciones a quien se sustrae: por lo común, uno de confianza del *Blockältester* se instala junto a la puerta y toca, como Polifemo, a quien sale para ver si está mojado; quien lo está, recibe una contraseña, el que está seco recibe cinco vergajazos. Sólo mediante la presentación de la contraseña se puede obtener el pan a la mañana siguiente.

La atención de Alberto se ha dirigido a las contraseñas. Por lo general, no son otra cosa que míseros pedazos de papel, que se devuelven húmedos, despedazados e irreconocibles. Alberto conoce a los alemanes, y los *Blockältester* son todos alemanes o de escuela alemana: les gusta el orden, el sistema, la burocracia; además, aunque son groseros, sueltos de mano e iracundos, tienen un amor infantil por los objetos relucientes y variopintos.

Así expuesto el tema, he aquí su brillante desarrollo. Alberto

ha sustraído sistemáticamente una serie de tarjetitas del mismo color; de cada una ha recortado tres fichas redondas (el instrumento necesario, un sacabocados, lo he «organizado» yo en el laboratorio): cuando ha tenido listas doscientas fichas, suficientes para un *Block*, se ha presentado al *Blockältester* y le ha ofrecido la *Spezialität* por la disparatada cantidad de diez raciones de pan en consignación gradual. El cliente ha aceptado con entusiasmo, y ahora dispone Alberto de un portentoso artículo de moda que ofrecer con garantía de éxito en todas las barracas, un color por barraca (ningún *Blockältester* querrá pasar por tacaño o misoneísta) y, lo que es más importante, no tiene que temer a la competencia porque sólo él tiene acceso a la materia prima. ¿No está bien estudiado?

De estas cosas hablamos, tropezando de un charco a otro, entre la negrura del cielo y el fango del camino. Hablamos y caminamos. Yo llevo las dos escudillas vacías, Alberto el peso de la *menaschka* agradablemente llena. Una vez más la música de la banda, la ceremonia del *Mützen ab*, fuera las gorras, de golpe, ante la SS; una vez más «Arbeit Macht Frei» y el anuncio del *Kapo*: «*Kommando* 98, *zwei und sechzig Häftlinge*, *Stürke stimmt*» (sesenta y dos prisioneros, la cuenta cuadra). Pero la columna se ha roto, nos hacen marchar hasta la plaza de la Lista. ¿Pasarán lista? No la pasan. Hemos visto la luz cruda del faro, y el perfil bien conocido de la horca.

Durante más de una hora las escuadras han estado llegando, con el pataleo duro de las suelas de madera sobre la nieve helada. Una vez que todos los *Kommando*s han vuelto, la banda se ha parado de golpe, y una ronca voz alemana ha impuesto silencio. De la improvisada quietud se ha levantado otra voz alemana, y en el aire oscuro y enemigo ha hablado durante mucho tiempo coléricamente. En fin, el condenado ha sido metido en el haz de luz del faro.

Todo este aparato, y este encarnizado ceremonial, no son nuevos para nosotros. Desde que estoy en el campo he tenido que asistir a trece ahorcamientos públicos; pero las otras veces se trataba de delitos comunes, hurtos en la cocina, sabotajes, tentativas de fuga. Hoy se trata de otra cosa.

El mes pasado, uno de los crematorios de Birkenau ha sido hecho saltar por los aires. Ninguno de nosotros sabe (y tal vez no lo sepa nunca) cómo ha sido exactamente realizada la empresa: se habla del *SonderKommando* del *Kommando* Especial adscrito a las cámaras de gas y a los hornos, el cual viene siendo periódicamente exterminado, y que es mantenido escrupulosamente segregado del resto del campo. Lo que es

cierto es que en Birkenau un centenar de hombres, de esclavos inermes y débiles como nosotros, han sacado de sí mismos la fuerza necesaria para actuar, para madurar los frutos de su odio.

El hombre que va a morir hoy entre nosotros ha tomado parte de algún modo en la revuelta. Se dice que mantenía relaciones con los insurrectos de Birkenau, que ha llevado armas de nuestro campo, que estaba tramando un amotinamiento simultáneo también entre nosotros. Morirá hoy bajo nuestras miradas: y quizás los alemanes no comprendan que la muerte solitaria, la muerte de hombre que le ha sido reservada, le servirá de gloria y no de infamia.

Cuando terminó el discurso del alemán, que nadie pudo entender, de nuevo se elevó la primera voz ronca: «Habt ihr verstanden?» (¿Lo habéis entendido?)

¿Quién respondió «*Jawohl*»? Todos y ninguno: fue como si nuestra maldita resignación tomase cuerpo de por sí, se hiciese voz colectivamente por encima de nuestras cabezas. Pero todos oyeron el grito del moribundo, éste traspasó las gruesas y antiguas barreras de inercia y de sumisión, golpeó el centro vivo del hombre en cada uno de nosotros:

—*Kamaraden, ich bin der Letze!* (¡Compañeros, yo soy el último!)

Me gustaría poder contar que entre nosotros, rebaño abyecto, se hubiese levantado una voz, un murmullo, un signo de asentimiento. Pero no sucedió nada. Hemos continuado en pie, encorvados y grises, con la cabeza inclinada, y no nos hemos descubierto la cabeza más que cuando el alemán nos lo ha ordenado. El escotillón se ha abierto, el cuerpo se ha deslizado atrozmente; la banda ha vuelto a tocar, y nosotros, de nuevo formados en columna, hemos desfilado ante los últimos temblores del moribundo.

Al pie de la horca, los SS nos veían pasar con miradas indiferentes: su obra estaba realizada y bien realizada. Los rusos pueden venir ya: ya no quedan hombres fuertes entre nosotros, el último pende ahora sobre nuestras cabezas, y para los demás, pocos cabestros han bastado. Pueden venir los rusos: no nos encontrarán más que a los domados, a nosotros los acabados, dignos ahora de la muerte inerme que nos espera.

Destruir al hombre es difícil, casi tanto como crearlo: no ha sido fácil, no ha sido breve, pero lo habéis conseguido, alemanes. Henos aquí dóciles bajo vuestras miradas: de nuestra parte nada tenéis que temer: ni actos de rebeldía, ni palabras de desafío, ni siquiera una mirada que juzgue.

Alberto y yo hemos vuelto a la barraca y no hemos podido mirarnos a la cara. Aquel hombre debía de ser duro, debía de ser de un metal distinto del nuestro, si esta condición por la que nosotros hemos sido destrozados no ha podido plegarlo.

Porque también nosotros estamos destrozados, vencidos: aunque hayamos sabido adaptarnos, aunque hayamos, al fin, aprendido a encontrar nuestra comida y a resistir el cansancio y el frío, aunque regresemos.

Hemos puesto la *menaschka* en la litera, hemos hecho el reparto, hemos satisfecho la rabia cotidiana del hambre, y ahora nos oprime la vergüenza.

Historia de diez días

Desde hacía ya muchos meses se sentía a intervalos el retumbar de los cañones rusos cuando, el 11 de enero de 1945, enfermé de escarlatina y fui de nuevo hospitalizado en el *Ka-Be*.

InfektionsabteiIurng: es decir, en un cuartito, a decir verdad bastante limpio, con diez literas en dos pisos; un armario; tres banquetas y la silleta con el cubo para las necesidades corporales. Todo en tres metros por cinco.

A las literas de arriba era desagradable subir, pues no había escalera; por eso, cuando un enfermo se agravaba era transferido a las literas de abajo.

Cuando yo entré fui el decimotercero: de los otros doce, cuatro tenían escarlatina, dos franceses «políticos» y dos muchachos judíos húngaros; había tres con difteria, dos con tifus y uno con una repugnante erisipela facial. Los otros dos padecían de más de una enfermedad y estaban increíblemente echados a perder.

Yo tenía mucha fiebre. "Tuve la suerte de tener una litera entera para mí; me acosté con sensación de alivio, sabía que tenía derecho a cuarenta días de aislamiento y, en consecuencia, de reposo, y me consideraba lo bastante bien conservado para no temer las consecuencias de la escarlatina, por una parte, ni las selecciones, por otra.

Gracias a mi ya larga experiencia de las cosas del campo, había conseguido llevarme mis pertenencias personales; un cinto de cables eléctricos trenzados; la cuchara-cuchillo; una aguja con tres hebras de hilo; cinco botones y, en fin, dieciocho piedras de eslabón que había robado en el Laboratorio. De cada una podían sacarse, afinándola pacientemente con el cuchillo,

tres piedrecitas más pequeñas del tamaño adecuado para un encendedor normal de cigarrillos. Habían sido tasadas en seis o siete raciones de pan.

Pasé cuatro días tranquilos. Afuera nevaba y hacía mucho frío, pero la barraca estaba caliente. Recibía grandes dosis de sulfamidas, sufría unas náuseas muy fuertes y me costaba trabajo comer; no tenía ganas de trabar conversación.

Los dos franceses con escarlatina eran simpáticos. Eran dos provincianos de los Vosgos, ingresados en el campo pocos días antes con una gran expedición de civiles rastreados por los alemanes que se retiraban de la Lorena. El mayor, su compañero de litera, se llamaba Charles, era maestro de escuela y tenía treinta y dos años; en lugar de camisa, le había tocado una camiseta de verano cómicamente corta.

El quinto día vino el barbero. Era un griego de Salónica; sólo hablaba el bonito español de su gente, pero entendía algunas palabras de todas las lenguas que se hablaban en el campo. Se llamaba Askenazi y estaba en el campo desde hacía casi tres años; no se cómo había podido conseguir el cargo de *Frisör* del *Ka-Be*: no hablaba alemán ni polaco y no era demasiado brutal. Antes de que entrase, le había oído hablar con excitación en el pasillo durante un buen rato con el médico, que era compatriota suyo. Me pareció que tenía una expresión insólita, pero como la mímica de los levantinos no se corresponde con la nuestra, no comprendía si estaba asustado, contento o emocionado. Me conocía, o por lo menos sabía que yo era italiano.

Cuando llegó mi turno me bajé trabajosamente de la litera. Le pregunté en italiano si había algo de nuevo: interrumpió el afeitado, guiñó los ojos de manera solemne y alusiva, apuntó a la ventana con la barbilla, después hizo con la mano un gesto amplio hacia poniente:

—*Morgen, alle Kamarad weg.*

Me miró un momento con los ojos muy abiertos, como a la espera de mi estupor, y añadió:

—*Todos todos* —y reanudó su trabajo. Sabía lo de mis piedrecitas, por eso me afeitó con cierta delicadeza.

La noticia no provocó en mí ninguna emoción directa. Desde hacía muchos meses ya no conocía el dolor, la alegría, el temor, sino de ese modo despegado y lejano que es característico del *Lager* y que se podría llamar condicional: si tuviese ahora —pensaba— mi sensibilidad de antes, éste sería un momento en extremo emocionante.

Tenía las ideas perfectamente claras; desde hacía mucho tiempo Alberto y yo habíamos previsto los peligros que acompañarían al momento de la evacuación del campo y de la liberación. Además, la noticia dada por Askenazi no era más que la confirmación de un rumor que circulaba desde hacía varios días: que los rusos estaban en Czenstochowa, a cien kilómetros al norte; que estaban en Zakopane, a cien kilómetros al sur; que, en la Buna, los alemanes preparaban ya las minas de sabotaje.

Miré uno por uno a los rostros de mis compañeros de habitación: estaba claro que no se me ocurría hablar con ninguno de ellos. Me habrían contestado: «¿Y qué?». Y todo habría terminado allí. Los franceses eran diferentes, todavía estaban frescos.

—¿Sabéis? —les dije—: Mañana se evacua el campo.

Me agobiaron a preguntas:

—¿Hacia dónde? ¿A pie?, ¿… y también los enfermos?, ¿los que no pueden andar?

Sabían que era un prisionero veterano y que entendía el alemán: deducían de ello que también sabía sobre el asunto mucho más de lo que quería admitir.

No sabía nada más: lo dije, pero ellos siguieron preguntando. Qué fastidio. Pero, claro, estaban en el *Lager* desde hacía unas semanas, todavía no habían aprendido que en el *Lager* no se hacen preguntas.

Por la tarde vino el médico griego. Dijo que, también de entre los enfermos, todos los que podían andar serían provistos de zapato y de ropa y saldrían al día siguiente, con los sanos, para una marcha de veinte kilómetros. Los otros se quedarían en el *Ka-Be*, con personal de asistencia escogido entre los enfermos menos graves.

El médico estaba insólitamente alegre, parecía borracho. Lo conocía, era un hombre culto, inteligente, egoísta y calculador. Dijo también que todos sin distinción recibirían triple ración de pan, de lo que los enfermos se alegraron visiblemente. Le hicimos algunas preguntas sobre lo que iba a ser de nosotros. Contestó que probablemente los alemanes nos abandonarían a nuestro destino: no, no creía que nos matasen. No ponía mucho empeño en ocultar que pensaba lo contrario, su misma alegría era significativa.

Ya estaba equipado para la marcha; apenas hubo salido los dos muchachos húngaros empezaron a hablar excitados entre sí.

Se encontraban en convalecencia avanzada, pero muy desmejorados. Se entendía que tenían miedo de quedarse con los enfermos, deliberaban sobre la posibilidad de partir con los sanos. No se trataba de un razonamiento: es probable que también yo, si no me hubiese sentido tan débil, hubiese seguido el instinto del rebaño; el terror es muy contagioso y el individuo aterrorizado, en lo primero que piensa es en la fuga.

Fuera de la barraca se oía el campo en insólita agitación. Uno de los dos húngaros se levantó, salió y volvió al cabo de media hora cargado de trapos asquerosos. Debía de haberlos robado en el almacén de los efectos destinados a la desinfección. Su compañero y él se vistieron febrilmente, endosándose un trapo encima de otro. Se veía que tenían prisa por ver el hecho consumado antes de que el mismo miedo los hiciese retroceder. Era insensato pensar aunque sólo fuera en una hora de camino, tan débiles como estaban, y además por la nieve, y con aquellos zapatos rotos encontrados en el último momento. Traté de explicárselo, pero me miraron sin responder. Tenían ojos de bestias asustadas.

Sólo durante un momento se me pasó por la cabeza que también podían tener razón. Salieron con dificultad por la ventana, los vi, mamarrachos informes, tambalearse fuera, en la noche. No han vuelto; he sabido mucho después que, no pudiendo continuar, fueron abatidos por los SS pocas horas después de haber empezado la marcha.

También yo necesitaba un par de zapatos: estaba claro. Pero necesité una hora para vencer las náuseas, la fiebre y la inercia. Encontré un par en el pasillo (los sanos habían saqueado el depósito de los zapatos de los hospitalizados y habían cogido los mejores: los más deteriorados, agujereados y desparejados andaban por todos los rincones). Allí mismo me encontré con Kosman, un alsaciano. De civil, era corresponsal de la Reuter en Clermont-Ferrand: también estaba excitado y eufórico. Dijo:

—Si por casualidad vuelves antes que yo, escríbele al alcalde de Metz que estoy a punto de volver.

Se sabía que Kosman tenía conocidos entre los prominentes, por eso su optimismo me pareció un buen indicio y lo utilicé para justificar mi inercia ante mí mismo. Escondí los zapatos y me volví a la cama.

Bien entrada la noche vino otra vez el médico griego, con un saco a la espalda y un pasamontañas. Echó en mi litera una novela francesa:

—Ten, lee, italiano. Me la devolverás cuando volvamos a

vernos.

Todavía lo odio por esta frase. Sabía que nosotros estábamos condenados.

Y vino al fin Alberto, desafiando la prohibición, a decirme adiós por la ventana. Era mi inseparable: nosotros éramos «los dos italianos» y las más de las veces los compañeros extranjeros confundían nuestros nombres. Desde hacía seis meses compartíamos la litera y cada gramo de comida «organizada» extrarración; pero él había tenido escarlatina de pequeño y yo no había podido contagiarlo. Por eso, él partió y yo me quedé. Nos despedimos, no hacían falta muchas palabras, ya nos lo habíamos dicho todo infinitas veces. No creíamos que estaríamos separados durante mucho tiempo. Había encontrado unos zapatos gruesos de piel en discreto estado de conservación: era uno de los que encuentran en seguida todo lo que necesitan.

También él estaba alegre y confiado, como todos los que se iban. Era comprensible: estaba a punto de suceder algo grande y nuevo: se sentía por fin alrededor una fuerza que no era la de Alemania, se sentía materialmente derrumbarse todo nuestro maldito mundo. O por lo menos, esto era lo que sentían los sanos que por muy cansados y hambrientos que estuviesen, tenían la posibilidad de moverse; pero es indiscutible que quien está demasiado débil, o desnudo, o descalzo, piensa y siente de otra manera, y lo que se adueñaba de nuestras mentes era la sensación de estar totalmente inermes y en manos de la suerte.

Todos los sanos (quitado algún bien aconsejado que en el último instante se desnudó y se echó en cualquier litera de la enfermería) partieron durante la noche del 18 de enero de 1945. Debían de ser cerca de veinte mil, procedentes de varios campos. En su casi totalidad, desaparecieron durante la marcha de evacuación: Alberto entre ellos. Quizás alguien escriba un día su historia.

Nosotros nos quedamos, pues, en nuestras yacijas, solos con nuestras enfermedades y con nuestra inercia más fuerte que el miedo.

En todo el *Ka-Be* éramos quizás ochocientos. En nuestra habitación nos habíamos quedado once, cada uno en una litera, salvo Charles y Arthur que dormían juntos. Extinguido el ritmo de la gran máquina del *Lager*, empezaron para nosotros diez días fuera del mundo y del tiempo.

18 de enero

Durante la noche de la evacuación las cocinas del campo todavía habían funcionado, y a la mañana siguiente se distribuyó en la enfermería el potaje por última vez. La instalación de la calefacción central había sido abandonada; en las barracas quedaba todavía un poco de calor, pero a cada hora que pasaba la temperatura iba bajando, y se comprendía que muy pronto íbamos a tener frío. Fuera debían de estar por lo menos a 20 grados bajo cero; la mayor parte de los enfermos no tenía más que la camisa, y algunos ni eso.

Nadie sabía en qué situación estábamos. Algunos de lo SS se habían quedado; algunas torres de guardia estaban todavía ocupadas.

Hacia mediodía un sargento de la SS hizo la inspección de las barracas. Nombró en cada una a un jefe de barraca, escogiéndolo de entre los no judíos, y dispuso que fuese inmediatamente hecha una lista de enfermos en la que se distinguiese a los judíos de los no judíos. La cosa parecía clara. Nadie se asombró de que hasta el final los alemanes conservasen su amor nacional por las clasificaciones, y ningún judío pensó ya seriamente en vivir hasta el día siguiente.

Los dos franceses no habían entendido y estaban muy asustados. Les traduje de mala gana lo que había dicho el SS; me parecía irritante que tuviesen miedo: no tenían todavía un mes de *Lager*, todavía casi no tenían hambre, ni siquiera eran judíos, y tenían miedo.

Se hizo otro reparto de pan. Por la tarde empecé a leer el libro dejado por el médico: era muy interesante y lo recuerdo con extraña precisión. Hice también una visita al departamento de al lado, en busca de mantas: de allí muchos enfermos habían sido evacuados, sus mantas habían quedado libres. Me llevé algunas bastante calientes.

Cuando supo que venían de la Sección de Disentería, Arthur arrugó la nariz:

—*Y-avait point besoin de le dire*. —En efecto estaban manchadas. Yo pensaba que de todas maneras, dado lo que nos esperaba, sería mejor dormir bien arropados.

Se hizo pronto de noche pero todavía funcionaba la luz eléctrica. Vimos con tranquilo espanto que en la esquina de la barraca había un SS armado. Yo no tenía ganas de hablar y no

sentía temor sino de la manera exterior y condicional que ya he dicho. Seguí leyendo hasta bastante tarde.

No había reloj, pero debían de ser las doce cuando se apagaron todas las luces, incluso las de los reflectores de las torres de guardia. Se veían a lo lejos los haces de luz de los fotoeléctricos. Floreció en el cielo un racimo de luces intensas que se mantuvieron inmóviles iluminando crudamente el terreno. Se oía el trepidar de los aparatos.

Luego empezó el bombardeo. No era nada nuevo, me bajé de la litera, enfilé los pies desnudos en los zapatos y esperé.

Parecía lejano, quizás encima de Auschwitz.

Pero he aquí una explosión cercana y, antes de poder formular un pensamiento, una segunda y una tercera de las que rompen los oídos. Se oyó un estrépito de cristales rotos, la barraca oscilo, cayó al suelo la cuchara que tenía clavada en un encastre de la pared de madera.

Luego pareció que había terminado. Cagnolati, un joven campesino, también de los Vosgos, no debía de haber visto nunca una incursión: se había tirado desnudo de la cama, se había agazapado en un rincón y chillaba.

Después de unos minutos fue evidente que el campo había sido alcanzado. Dos barracones ardían violentamente, otros dos habían sido pulverizados, pero todos eran barracones vacíos. Llegaron decenas de enfermos, desnudos y miserables, de un barracón amenazado por el fuego: pedían asilo. Imposible acogerlos. Insistieron, suplicando y amenazando en muchas lenguas: tuvimos que atrancar la puerta. Se arrastraron hacia otro sitio, iluminados por las llamas, descalzos sobre la nieve en fusión. A muchos les colgaban por detrás los vendajes deshechos. Para nuestro barracón no parecía que hubiese peligro, a no ser que cambiase el viento.

Los alemanes ya no estaban allí. Las torres estaban vacías.

Hoy pienso que, sólo por el hecho de haber existido un Auschwitz, nadie debería hablar en nuestros días de Providencia: pero lo cierto es que, en aquel momento, el recuerdo de los salvamentos bíblicos en las adversidades extremas pasó como un viento por todos los ánimos.

No se podía dormir; se había roto un cristal y hacía mucho frío. Pensaba que teníamos que buscar una estufa para instalarla, y procurarnos carbón, leña y víveres. Sabía que todo esto era necesario, pero sin ayuda nunca habría podido hacerlo. Hablé de ello con los dos franceses.

19 de enero

Los franceses estuvieron de acuerdo. Nos levantamos al alba, nosotros tres. Me sentía enfermo e inerme, tenía frío y miedo.

Los demás enfermos nos miraron con curiosidad recelosa: ¿no sabíamos que a los enfermos les estaba prohibido salir del *Ka-Be*? ¿Y si todavía no se habían ido todos los alemanes? Pero no dijeron nada, estaban contentos de que alguien fuese a hacer la prueba.

Los franceses no tenían ninguna idea de la topografía del *Lager*, pero Charles era valiente y robusto, y Arturo era sagaz y tenía un excelente sentido práctico de campesino. Salimos al viento de un gélido día de niebla, mal envueltos en mantas.

Lo que vimos no se parecía a nada que yo haya visto nunca ni oído describir.

El *Lager*, apenas muerto, ya estaba descompuesto. Ni agua ni electricidad: las ventanas y puertas desbaratadas eran batidas por el viento, chirriaban las chapas desajustadas de los tejados y las cenizas del incendio volaban alto y lejos. A la obra de las bombas se juntaba la obra de los hombres: andrajosos, deshechos, esqueléticos, los enfermos en condiciones de moverse se arrastraban por todas partes como una invasión de gusanos, sobre la tierra endurecida por el hielo. Habían revuelto todas las barracas vacías en busca de alimentos y de leña; habían violado con furia insensata las habitaciones de los odiados *Blockältester*, grotescamente adornadas, cerradas hasta el día anterior a los vulgares *Häftlinge*; como no eran los dueños de sus vísceras, se habían ensuciado en todas partes, contagiando la preciosa nieve, única fuente de agua para todo el campo.

En torno a las ruinas humeantes de las barracas quemadas, los grupos de enfermos estaban acostados en el suelo para absorber su último calor. Otros habían encontrado patatas en cualquier parte y las asaban en las brasas del incendio, mirando en torno con ojos feroces. Pocos habían tenido fuerzas para encender un verdadero fuego, y hacían fundir la nieve en recipientes de ocasión.

Nos dirigimos a las cocinas lo más de prisa que pudimos, pero casi se habían terminado las patatas. Llenamos dos sacos de ellas y confiamos su custodia a Arthur. Entre los escombros del *ProminenzBlock*, Charles y yo encontramos por fin todo lo que buscábamos: una pesada estufa de hierro colado, con tubos todavía utilizables; Charles acudió con una carretilla y la cargamos; después me dejó a mí el encargo de llevarla a la barraca y se fue corriendo a los sacos. Allí encontró a Arthur desfallecido de frío; Charles cargó con los dos sacos y los puso a salvo, y luego se ocupó del amigo.

Mientras tanto yo, sosteniéndome a duras penas, trataba de manejar lo mejor que podía la pesada carretilla. Se oyó el ruido de un motor, y un SS en motocicleta entró en el campo. Como siempre, cuando veíamos sus rostros duros, me sentí presa del terror y del odio. Era demasiado tarde para desaparecer, y no quería abandonar la estufa. El reglamento del *Lager* prescribía ponerse firme y descubrirse la cabeza. Yo no tenía gorra y me hallaba embarazado por la manta. Me alejé unos pasos de la carretilla e hice una especie de torpe inclinación. El alemán siguió adelante sin verme, dio la vuelta junto a un barracón y se fue. Más tarde supe qué peligro había corrido.

Llegué por fin a la puerta de nuestra barraca y dejé la estufa a cargo de Charles. El esfuerzo me había dejado sin aliento, veía bailar ante mí unas manchas negras.

Se trataba de ponerla a funcionar. Los tres teníamos las manos paralizadas y el metal gélido se pegaba a la piel de los dedos, pero era urgente que la estufa funcionase para calentarnos y para hervir las patatas. Habíamos encontrado leña y carbón, y también brasas procedentes de las barracas quemadas.

Cuando quedó reparada la ventana desvencijada y la estufa empezó a calentar, pareció como si algo se ensanchase en cada uno de nosotros, y fue entonces cuando Towarowski (un franco-polaco de veintitrés años, con tifus) propuso a los otros enfermos que cada uno de ellos nos diese una rebanada de pan a los tres que trabajábamos, y su proposición fue aceptada.

Sólo un día antes un acontecimiento semejante habría sido inconcebible. La ley del *Lager* decía: «Come tu pan y, si puedes, el de tu vecino», y no dejaba lugar a la gratitud. Quería decir que el *Lager* había muerto.

Fue aquél el primer gesto humano que se produjo entre nosotros. Creo que se podría fijar en aquel momento el principio del proceso mediante el cual, nosotros, los que no estábamos

muertos, de *Häftlinge* empezamos lentamente a volver a ser hombres.

Arthur se había recobrado bastante, pero en adelante evitó siempre coger frío; se encargó del mantenimiento de la estufa, de la cocción de las patatas, de la limpieza de la habitación y del cuidado de los enfermos. Charles y yo nos repartimos los diferentes servicios del exterior. Todavía quedaba una hora de luz: una salida nos rindió medio litro de alcohol y un tarro de levadura de cerveza, tirado en la nieve por no sabíamos quién; hicimos un reparto de patatas cocidas y de una cucharada de levadura por cabeza. Pensaba vagamente que podría ser útil contra la avitaminosis.

Se hizo la oscuridad; de todo el campo, la nuestra era la única habitación provista de estufa, de lo que nos sentíamos muy orgullosos. Muchos enfermos de otras secciones se amontonaban a la puerta, pero la estatura de Charles los mantenía a raya. Ninguno, ni nosotros ni ellos, pensaba que la promiscuidad inevitable con nuestros enfermos hacía peligrosísima la permanencia en nuestro cuarto, y que enfermar de difteria en aquellas condiciones era más seguramente mortal que tirarse desde un tercer piso.

Yo mismo, que era consciente de ello, no me paraba demasiado a pensarlo: desde hacía demasiado tiempo me había acostumbrado a pensar en la muerte por enfermedad como en un evento posible, y en tal caso inevitable y, en consecuencia, fuera del alcance de cualquier medida tomada por nosotros. Y ni siquiera se me pasaba por la cabeza que habría podido establecerme en otro cuarto, en otra barraca con menos peligro de contagio; aquí estaba la estufa, obra nuestra, que difundía una maravillosa tibieza; y aquí tenía una cama; y, en fin, ahora nos unía un lazo, a nosotros, los once enfermos de la *Infektionsabteilung*.

Se oía de tarde en tarde un fragor cercano y lejano de artillería y, a intervalos, una crepitación de fusiles automáticos. En la oscuridad, rota únicamente por el enrojecimiento de las brasas, Charles, Arthur y yo estábamos sentados fumando cigarrillos de hierbas aromáticas encontradas en la cocina y hablando de muchas cosas pasadas y futuras. En medio de la inmensa llanura llena de hielo y de guerra, nos sentíamos en paz con nosotros y con el mundo. Estábamos deshechos de cansancio pero nos parecía, después de tanto tiempo, haber hecho por fin algo útil; quizás como Dios tras el primer día de la creación.

20 de enero

Llegó el alba y yo estaba de turno para encender la estufa. Además de la debilidad, el dolor de las articulaciones me recordaba a cada instante que mi escarlatina estaba lejos de haber desaparecido. El pensamiento de tener que zambullirme en el aire helado en busca de fuego por las otras barracas me hacía temblar de espanto.

Me acordé de las piedras de mechero; empapé en alcohol una hojita de papel y, con paciencia, saqué de una piedra un montoncito de polvo negro, después empecé a rascar con más fuerza la piedra con el cuchillo. Y, tras haber arrancado unas chispas, el montoncito se incendió y del papel se levantó una llamita pálida de alcohol.

Arthur bajó entusiasmado de la litera y calentó tres patatas por cabeza de entre las hervidas el día anterior; después de lo cual, hambrientos y tiritando, Charles y yo partimos de nuevo a explorar el campo en ruinas.

Nos quedaban víveres (es decir, patatas) sólo para dos días; para el agua, estábamos reducidos a fundir la nieve, operación penosa debido a la falta de recipientes grandes, de la que se obtenía un líquido negruzco y turbio que teníamos que filtrar.

El campo estaba en silencio. Otros espectros hambrientos deambulaban explorando como nosotros: barbas ya largas, ojos hundidos, miembros esqueléticos y amarillentos entre los andrajos. Mal sostenidos por las piernas, entrábamos y salíamos de los barracones desiertos sacando de ellos los más diferentes objetos: contraventanas, cubos, cazos, clavos: todo podía servir, y los más previsores ya pensaban en fructuosas operaciones mercantiles con los polacos de los campos circundantes.

En la cocina, dos andaban a la greña por las últimas patatas podridas. Se habían agarrado por los andrajos y se golpeaban con curiosos gestos lentos e inseguros, vituperándose en yiddish por entre los labios helados.

En el patio del almacén había dos grandes montones de coles y de nabos (los gordos nabos insípidos, base de nuestra alimentación). Estaban tan helados que sólo se podían separar

con el pico. Charles y yo nos alternamos, echando todas nuestras energías en cada golpe, y extrajimos unos cincuenta kilos. Hubo algo más: Charles encontró un paquete de sal y (*¡une fameuse trouvaille!*) un bidón de agua de quizás medio hectolitro en estado de hielo macizo.

Lo cargamos todo en una carretilla (servían antes para distribuir el rancho en las barracas: había muchas abandonadas por todas partes) y nos volvimos empujándola trabajosamente sobre la nieve.

Durante aquel día nos contentamos también con patatas hervidas y rodajas de nabo asado en la estufa, pero para el día siguiente Arthur nos prometió importantes innovaciones.

Por la tarde, fui al ex ambulatorio en busca de algo útil. Se me habían adelantado: todo estaba estropeado por saqueadores inexpertos. Ni una botella entera; en el suelo, una capa de pingajos, estiércol y material de enfermería, un cadáver desnudo y retorcido. Pero he aquí algo que se les había escapado a mis predecesores: una batería de camión. Toqué los polos con el cuchillo: una chispita. Estaba cargada.

Por la noche, nuestra habitación tenía luz.

Metido en la cama, veía por la ventana un largo trecho de carretera: pasaba por él, desde hacía tres días, la Wehrmacht fugitiva. Carros blindados, carros «tigre» camuflados de blanco, alemanes a caballo, alemanes en bicicleta, alemanes a pie, armados y desarmados. Se oía en la noche el estruendo de las cremalleras mucho antes de que los carros estuviesen visibles.

Preguntaba Charles:

—Ça roule encore?

—Ça roule toujours.

Parecía que no iba a terminar nunca.

21 de enero

Pero terminó. Con el alba del 21 la llanura apareció desierta y rígida, blanca hasta donde llegaba la vista bajo el vuelo de los cuervos, mortalmente triste.

Casi habría preferido seguir viendo algo que se moviese. También habían desaparecido los paisanos polacos, agazapados quién sabe dónde. Parecía que el viento se había parado por fin. Sólo una cosa habría deseado: quedarme en la cama bajo las mantas, abandonarme al cansancio total de los músculos, los nervios y la voluntad; esperar que todo acabase, o no acabase, lo mismo daba, como un muerto.

Pero Charles ya había encendido la estufa, el hombre Charles, el alegre, confiado y amigo, y me llamaba al trabajo:

—Vas-y, Primo, descends-toi de là—haut; il y a Jules à attraper par les oreilles…

«Jules» era el cubo de la letrina, que todos los días había que coger por las asas, llevarlo fuera y verterlo en el pozo negro: era ésta la primera faena de la jornada, y si se piensa que no era posible lavarse las manos y que tres de los nuestros estaban enfermos de tifus, se comprenderá que no fuese un trabajo agradable.

Teníamos que inaugurar las coles y los nabos. Mientras yo iba a buscar leña, y Charles a recoger nieve para derretirla, Arthur movilizó a los enfermos que podían estar sentados para que ayudasen a mondar. Towarowski, Sertelet, Alcalai y Schenck respondieron a la llamada.

También Sertelet era un campesino de los Vosgos, de veinte años; parecía en buenas condiciones pero a medida que pasaban los días su voz iba adquiriendo un siniestro timbre nasal, que nos recordaba que la difteria raras veces perdona.

Alcalai era un vidriero judío de Tolosa; era muy tranquilo y sensato, padecía de erisipela en la cara.

Schenck era un comerciante eslovaco, judío: convaleciente de tifus, tenía un formidable apetito. Y también Towarowski judío franco-polaco, majadero y parlanchín, pero útil a nuestra comunidad debido a su comunicativo optimismo.

Mientras los enfermos trabajaban, con el cuchillo, cada uno sentado en su litera, Charles y yo nos dedicamos a buscar un sitio posible para las operaciones culinarias.

Una indescriptible suciedad había invadido todas las secciones del campo. Colmadas todas las letrinas, de cuyo mantenimiento ya no se cuidaba nadie, los disentéricos (eran más de un centenar) habían ensuciado todos los rincones del *Ka-Be*, llenado todos los cubos, todos los bidones antes destinados al rancho, todas las escudillas. No se podía dar un paso sin ver dónde iban a ponerse los pies; en la oscuridad era imposible

desplazarse. Aun sufriendo con el frío, que seguía siendo muy intenso, pensábamos horrorizados en lo que habría sucedido si se nos hubiese echado encima el deshielo: las infecciones se habrían extendido sin obstáculos, el hedor se habría hecho sofocante y, además, una vez disuelta la nieve, nos habríamos quedado definitivamente sin agua.

Tras una larga búsqueda, encontramos por fin, en un local dedicado antes a lavadero, unos pocos palmos de pavimento no excesivamente sucio. Encendimos un fuego vivo y, después, para ahorrar tiempo y complicaciones, nos desinfectamos las manos friccionándolas con cloramina mezclada con nieve.

La noticia de que se estaba cociendo un potaje se esparció rápidamente entre los semivivos; se formó en la puerta un grupo de caras famélicas. Charles, con el cazo levantado, les dirigió un vigoroso y breve discurso que, aun siendo en francés, no necesitaba traducción.

Los más se dispersaron pero uno se echó hacia delante: era un parisino, sastre de categoría (decía él), enfermo de los pulmones. A cambio de un litro de potaje se pondría a nuestra disposición para cortarnos trajes de las numerosas mantas que quedaban en el campo.

Maxime demostró ser verdaderamente hábil. Al día siguiente Charles y yo teníamos chaqueta, pantalones y guantes de basto tejido de colores chillones.

Por la noche, después del primer potaje distribuido con entusiasmo y devorado con avidez, fue roto el gran silencio de la llanura. Desde nuestras literas, demasiado cansados para estar muy inquietos, tendíamos la oreja a los disparos de misteriosos cañones de artillería que parecían situados en todos los puntos del horizonte, y a los silbidos de los proyectiles por encima de nuestras cabezas.

Yo pensaba que la vida era bella afuera, y que todavía iba a ser bella, y habría sido verdaderamente una lástima dejarnos hundir ahora. Desperté a los enfermos que estaban adormilados y, cuando estuve seguro de que todos escuchaban, les dije, primero en francés, en mi mejor alemán después, que todos debíamos pensar ahora en volver a casa y que, en lo que de nosotros dependía, era preciso hacer algo y evitar algunas cosas. Que cada uno conservase cuidadosamente su escudilla y su cuchara; que ninguno le ofreciese a otro la sopa que eventualmente le sobrase; que nadie se bajase de la cama más que para ir a la letrina; quien necesitase algún servicio, que no se dirigiese más que a nosotros tres; Arthur estaba

especialmente encargado de cuidarse de la disciplina y de la higiene y debía recordar que era mejor dejar las escudillas y las cucharas sucias que lavarlas con el peligro de cambiar la de un diftérico por la de un tifoso.

Tuve la impresión de que los enfermos sentían ya demasiada indiferencia por todo para preocuparse de lo que les había dicho; pero tenía mucha confianza en la diligencia de Arthur.

22 de enero

Si es valiente quien afronta un peligro grave con buen ánimo; Charles y yo fuimos valientes aquella mañana. Extendimos nuestras exploraciones al campo de los SS, inmediatamente fuera de la alambrada eléctrica.

Las guardias del campo debían de haber partido muy precipitadamente. Encontramos en las mesas platos medio llenos de menestra ya congelada, que devoramos con gran satisfacción; jarras todavía llenas de cerveza transformada en un hielo amarillento, un tablero con una partida empezada. En los cuartos, gran cantidad de cosas preciosas.

Nos llevamos una botella de vodka, varias medicinas, periódicos y revistas, y cuatro estupendas mantas acolchadas, una de las cuales está hoy en mi casa de Turín. Alegres e inconscientes, nos llevamos al cuartito el fruto de nuestra salida, confiándolo a la administración de Arthur. Hasta la noche no se supo lo que había sucedido quizás media hora más tarde.

Algunos SS, probablemente dispersos, pero armados, penetraron en el campo abandonado. Se encontraron con que dieciocho franceses se habían instalado en el refectorio de la SS-Waffe. Allí los mataron a todos metódicamente, de un tiro en la nuca, y alinearon después los cuerpos retorcidos en la nieve del camino; hecho lo cual, se fueron. Los dieciocho cadáveres se quedaron expuestos hasta la llegada de los rusos; nadie tuvo fuerzas para darles sepultura.

Por lo demás, en todas las barracas había ya camas ocupadas por cadáveres, tiesos como leños, a los que ninguno se ocupaba de llevarse de allí. La tierra estaba demasiado helada

para que se pudiesen cavar fosas; muchos cadáveres fueron apilados en una zanja, pero ya desde los primeros días el montón emergía del hoyo y era ignominiosamente visible desde nuestra ventana.

Sólo una pared de madera nos separaba de la sección de los disentéricos. Allí eran muchos los moribundos, muchos los muertos. El suelo estaba cubierto por una capa de excrementos congelados. Nadie tenía ya fuerzas para salir de debajo de las mantas a buscar comida, y quien primero lo había hecho no había vuelto para socorrer a sus compañeros. En una misma cama, apretados para resistir mejor el frío, exactamente junto a la pared divisoria, estaban dos italianos: los oía hablar con frecuencia, pero como yo sólo hablaba francés, durante mucho tiempo no advirtieron mi presencia. Por casualidad oyeron mi nombre aquel día, pronunciado a la italiana por Charles, y desde entonces no pararon de gemir e implorar.

Naturalmente habría querido ayudarles si hubiese tenido los medios y las fuerzas; aunque sólo fuese para que cesase la obsesión de sus gritos. Por la noche, cuando todos los trabajos estuvieron terminados, venciendo la fatiga y el asco, me arrastré a tientas por el pasillo puerco y oscuro hasta su sección, con una escudilla de agua y las sobras de nuestro potaje del día. El resultado fue que desde entonces, a través de la delgada pared, toda la sección de los diarreicos me llamó noche y día por mi nombre, con las inflexiones de todas las lenguas de Europa, acompañado de súplicas incomprensibles, sin que yo pudiese ponerle remedio. Me sentía al borde del llanto, los habría maldecido.

La noche nos reservaba feas sorpresas.

Lakmaker, el de la litera de debajo de la mía, era un calamitoso desecho humano. Era (o había sido) un judío holandés de diecisiete años, alto, delgado y apacible. Estaba en cama desde hacía tres meses, no sé cómo se había escapado de las selecciones. Había tenido sucesivamente el tifus y la escarlatina; mientras tanto se le había manifestado un grave trastorno cardíaco, y estaba lleno de llagas de decúbito, tanto que no podía yacer más que sobre el vientre. A pesar de todo esto, un apetito feroz; no hablaba más que holandés, ninguno de nosotros estaba en condiciones de entenderlo.

Quizás la causa de todo fue la menestra de coles y nabos, de la que Lakmaker había querido dos raciones. En mitad de la noche gimió y luego se tiró de la cama. Quería llegar a la letrina pero estaba demasiado débil y se cayó al suelo, llorando y

gritando fuerte.

Charles encendió la luz (el acumulador demostró ser providencial) y pudimos darnos cuenta de la gravedad del incidente. La litera del muchacho y el suelo estaban ensuciados. El olor, en aquel reducido ambiente, se hacía rápidamente insoportable. No teníamos más que una mínima provisión de agua y carecíamos de mantas y de jergones de recambio. Y el pobrecillo tifoso era un terrible foco de infección; por supuesto, no se le podía dejar toda la noche en el suelo gimiendo y temblando de frío en medio de la suciedad.

Charles bajó de la cama y se vistió en silencio. Mientras yo sostenía la luz, cortó con el cuchillo todas las partes sucias del jergón y de la manta: levantó del suelo a Lakmaker con delicadeza maternal, lo limpió lo mejor que pudo con paja sacada del jergón y lo colocó en la cama vuelta a hacer en la única posición en que podía yacer el desgraciado: raspó el suelo con un pedazo de chapa; diluyó un poco de cloramina y, finalmente, lo roció todo de desinfectante, y también a sí mismo.

Yo medía su abnegación con el cansancio que habría tenido que vencer en mí para hacer todo lo que él estaba haciendo.

23 de enero

Nuestras patatas se habían acabado. Circulaba desde hacía unos días por los barracones el rumor de que había un enorme silo de patatas en algún sitio, fuera del alambre de púas, no lejano del campo.

Algún pionero desconocido debió de haber hecho pacientes investigaciones, o alguien debía saber con precisión el sitio: en efecto, la mañana del 23 un trecho de alambre de púas había sido derribado y una procesión doble de miserables salía y entraba por la abertura.

Charles y yo partimos, en el viento de la llanura lívida. Fuimos más allá de la barrera abatirla.

—Dis donc, Primo, on est dehors?

Así era: por primera vez desde el día de mi arresto, me

encontraba libre, sin guardias armados, sin alambradas entre yo y mi casa.

A unos cuatrocientos metros del campo, se encontraban las patatas: un tesoro. Dos fosas larguísimas llenas de patatas y recubiertas de tierra alternada con paja para defenderlas del hielo. Nadie se moriría ya de hambre.

Pero la extracción no era un trabajo de nada. Debido al hielo, la superficie del terreno estaba dura como el mármol. Mediante un arduo trabajo de pico se conseguía perforar la costra y poner al descubierto el depósito; pero los más preferían meterse en los agujeros abandonados por los otros, llegando muy adentro y pasándoles las patatas a los compañeros que estaban afuera.

Un viejo húngaro había sido sorprendido allí por la muerte. Yacía rígido en el acto del hambriento: cabeza y hombros bajo el montón de tierra, el vientre en la nieve, tendía las manos a las patatas. Quien llegó después apartó el cadáver a un metro y reanudó el trabajo a través de la apertura que había quedado libre.

A partir de entonces nuestra comida mejoró. Además de las patatas cocidas y el potaje de patatas, ofrecimos a nuestros enfermos buñuelos de patatas, según una receta de Arthur: se raspan patatas crudas y se ponen con otras cocidas y deshechas; la mezcla se tuesta en una chapa muy caliente. Sabían a hollín.

Pero Sertelet, cuya enfermedad progresaba, no pudo probarlos. Además de hablar con un acento cada vez más nasal, aquel día no logró tragar debidamente ningún alimento: algo se le había estropeado en la garganta, cada bocado amenazaba sofocarlo.

Fui a buscar a un médico húngaro que se había quedado como enfermo en la barraca de enfrente. Al oír hablar de difteria dio tres pasos hacia atrás y me ordenó salir.

Por puras razones de propaganda les hice a todos instilaciones nasales de aceite alcanforado. Le aseguré a Sertelet que iba a sentarle bien: yo mismo trataba de convencerme de ello.

24 de enero

libertad. La brecha del alambre de púas nos ofrecía su imagen concreta. Pensándolo con atención quería decir que ya no había alemanes, no había más selecciones, nada de trabajo, nada de golpes, nada de listas y, quizás dentro de poco, la vuelta.

Pero había que hacer un esfuerzo para convencerse y ninguno tenía tiempo de alegrarse. Alrededor todo era destrucción y muerte.

El montón de cadáveres de enfrente de nuestra ventana se derrumbaba ya fuera de la zanja. A pesar de las patatas, la debilidad de todos era extrema: en el campo ningún enfermo se curaba, por el contrario, muchos enfermaban de pulmonía y de diarrea: los que no habían estado en condiciones de moverse o no habían tenido energía para hacerlo yacían entumecidos en las literas, rígidos de frío, y nadie se daba cuenta de cuándo se morían.

Todos los demás estaban espantosamente cansados: después de haber estado meses y años en el *Lager*, no son las patatas las que pueden devolverle las fuerzas a un hombre. Cuando, una vez terminada la cocción, Charles y yo habíamos arrastrado los veinticinco litros de potaje diario del lavadero a la habitación, debíamos echarnos jadeantes en la litera, mientras Arthur, diligente y doméstico, hacía el reparto, procurando que sobrasen las tres raciones de *rabiot pour les travailleurs* y un poco de lo del fondo *pour les italiens d'à côté*.

En el segundo cuarto de Infecciosos, también contiguo al nuestro y ocupado en su mayoría por tuberculosos, la situación era muy diferente. Todos los que habían podido hacerlo habían ido a establecerse en otras barracas. Los compañeros más graves y más débiles se morían uno a uno en soledad.

Yo había entrado allí una mañana para pedir prestada una aguja. Un enfermo jadeaba entre estertores en una de las literas de arriba. Me oyó, se alzó para sentarse, luego se quedó colgado cabeza abajo fuera del borde, vuelto hacia mí, con el busto y los brazos rígidos y los ojos en blanco. El de la litera de abajo, automáticamente, alzó los brazos para sujetar aquel cuerpo y se dio cuenta entonces de que estaba muerto. Cedió lentamente bajo el peso, el otro resbaló hasta el suelo y allí se quedó. Nadie sabía su nombre.

Pero en la barraca 14 había sucedido algo nuevo. Allí los obreros habían ido mejorando y algunos estaban en bastante buenas condiciones. Organizaron una expedición al campo de los ingleses prisioneros de guerra, que se presumía había sido evacuado. Fue una empresa fructífera. Volvieron vestidos de

caqui, con una carretilla llena de maravillas nunca vistas: margarina, polvos de budín, tocino, harina de soja, aguardiente.

Por la tarde, en la barraca 14 estaban cantando.

Ninguno de nosotros se sentía con fuerza para hacer los dos kilómetros de camino al campo de los ingleses y volver con la carga. Pero, indirectamente, la afortunada expedición fue ventajosa para muchos. El desigual reparto de los bienes provocó un nuevo florecimiento de la industria y el comercio. En nuestro cuartucho de atmósfera mortal nació una fábrica de velas con mecha empapada de ácido bórico, hechas con moldes de cartón. Los ricos de la barraca 14 absorbían toda nuestra producción y nos pagaban con tocino y harina.

Yo mismo había encontrado el bloque de cera virgen en el *Elektromagazin*; recuerdo la expresión de contrariedad de los que me vieron llevármelo, y el diálogo que siguió:

—¿Qué quieres hacer con eso?

No era caso de descubrir un secreto de fabricación; me oí responder con las palabras que había oído a menudo a los antiguos del campo, y que contienen su jactancia preferida: la de ser «buenos prisioneros», gente apta que siempre sabe arreglárselas:

—*Ich verstehe verschiedene Sachen…* (entiendo de bastantes cosas…).

25 de enero

Fue el turno de Sómogyi. Era un químico húngaro de unos cincuenta años, delgado, alto y taciturno. Como el holandés, estaba convaleciente de tifus y de escarlatina; pero le sobrevino algo nuevo. Fue presa de una fiebre muy alta. Desde hacía tal vez cinco días no había dicho palabra: abrió la boca aquel día y dijo con voz enérgica:

—Tengo una ración de pan debajo del jergón. Repartíosla vosotros tres. Yo ya no volveré a comer.

No supimos qué decir, pero de momento no tocamos el pan. Se le había hinchado la mitad de la cara. Mientras permaneció

consciente, continuó encerrado en un silencio áspero.

Pero por la tarde, y durante toda la noche, y durante dos días sin interrupción, el silencio fue roto por el delirio. Entregado a un último e interminable sueño de liberación y esclavitud, empezó a murmurar *Jawohl* a cada expiración de aire; regular y constante como una máquina, *Jawohl* a cada bajada de su pobre hilera de costillas, miles de veces, hasta dar ganas de sacudirlo, de sofocarlo, o de que, por lo menos, cambiase de palabra.

Nunca he comprendido como entonces lo trabajosa que es la muerte de un hombre.

Afuera, todavía el silencio absoluto. El número de cuervos había aumentado mucho, y todos sabían por qué. Sólo a largos intervalos se despertaba el diálogo de la artillería.

Todos se decían unos a otros que pronto, de repente, llegarían los rusos; todos lo proclamaban, todos estaban seguros, pero nadie lograba convencerse de ello. Porque en el *Lager* se pierde la costumbre de esperar, y también la confianza en la propia razón. En el *Lager* pensar es inútil, porque los acontecimientos se desarrollan las más de las veces de manera imprevisible; y es perjudicial, porque mantiene viva una sensibilidad que es fuente de dolor y que alguna próvida ley natural embota cuando los sufrimientos exceden un límite determinado.

Lo mismo que de la alegría, del miedo, del mismo dolor, así se cansa uno de la espera. Llegados al 25 de enero, rotas desde hacía ocho días las relaciones con aquel feroz mundo que, sin embargo, era un mundo, los más de entre nosotros estaban demasiado agotados incluso para esperar.

Por la noche, alrededor de la estufa, una vez más Carlos, Arthur y yo sentíamos que volvíamos a ser hombres. Podíamos hablar de todo. Me apasionaba la conversación de Arthur sobre la manera en que pasan los domingos en Provenchères, en los Vosgos, y Charles casi lloraba cuando le hablé del armisticio en Italia, del principio confuso y desesperado de la resistencia partisana, del hombre que nos había traicionado y de nuestra captura en las montañas.

En la oscuridad, detrás y sobre nosotros, los ocho enfermos no se perdían una sílaba, incluso los que no entendían francés. Sólo Sómogyi se encarnizaba en confirmar a la muerte su entrega.

26 de enero

Yacíamos en un mundo de muertos y de larvas. La última huella de civismo había desaparecido alrededor de nosotros y dentro de nosotros. La obra de bestialización de los alemanes triunfantes había sido perfeccionada por los alemanes derrotados.

Es hombre quien mata, es hombre quien comete o sufre injusticias; no es hombre quien, perdido todo recato, comparte la cama con un cadáver. Quien ha esperado que su vecino terminase de morir para quitarle un cuarto de pan, está, aunque sin culpa suya, más lejos del hombre pensante que el más zafio pigmeo y el sádico más atroz.

Parte de nuestra existencia reside en las almas de quien se nos aproxima: he aquí por qué es no humana la experiencia de quien ha vivido días en que el hombre ha sido una cosa para el hombre. Nosotros tres fuimos en gran parte inmunes, y nos debemos por ello mutua gratitud; es por lo que mi amistad con Charles resistirá al tiempo.

Pero a miles de metros sobre nosotros, en los desgarrones que hay entre las nubes grises, se desarrollaban los complicados milagros de los duelos aéreos. Sobre nosotros, desnudos, impotentes, inermes, unos hombres de nuestro tiempo procuraban su muerte recíproca con los más refinados instrumentos. El gesto de uno de sus dedos podía provocar la destrucción del campo entero, aniquilar a millares de hombres; mientras la suma de todas nuestras energías y voluntades no habría bastado para prolongar ni un minuto la vida de uno solo de nosotros.

La zarabanda cesó por la noche y la habitación estuvo de nuevo llena del monólogo de Sómogyi.

En plena oscuridad me desperté sobresaltado.

L'pauv' vieux callaba: había terminado. Con el último sobresalto de vida se había tirado al suelo desde la litera: oí el golpe de las rodillas, de las caderas, de la espalda y de la cabeza.

—*La mort l'a chassé de son lit* —definió Arthur.

Desde luego no podíamos llevarlo afuera por la noche. No nos quedaba más remedio que dormirnos.

27 de enero

La alba. En el suelo, el infame revoltijo de miembros secos, la cosa Sómogyi.

Hay trabajos más urgentes: no podemos lavarnos, no podemos tocarlo hasta después de haber cocinado y comido. Y además *…rien de si dégoûtant que les débordements*, dice justamente Charles; hay que vaciar la letrina. Los vivos son más exigentes; los muertos pueden esperar. Nos ponemos a trabajar como todos los días.

Los rusos llegaron mientras Charles y yo llevábamos a Sómogyi cerca de allí. Pesaba muy poco. Volcamos la camilla en la nieve gris.

Charles se quitó la gorra. Yo sentí no tener gorra.

De los once de la *Infektionsabteilung* fue Sómogyi el único que murió en los diez días. Sertelet, Cagnolati, Towarowski, Lakmaker y Dorget (de este último no he hablado hasta ahora; era un industrial francés que, después de operado de peritonitis, se había enfermado de difteria nasal), murieron unas semanas más tarde en la enfermería rusa provisional de Auschwitz. En abril me encontré en Katowice con Schenck y Alcalai, que estaban con buena salud. Arthur se reunió felizmente con su familia, y Charles ha vuelto a su profesión de maestro; nos hemos escrito largas cartas y espero volverlo a ver algún día.

Apéndice de 1976

He redactado este apéndice en 1976 para la edición escolar de *Si esto es un hombre*, en respuesta a las preguntas que constantemente me hacen los lectores estudiantes. Sin embargo, ya que aquéllas coinciden ampliamente con las preguntas que recibo de mis lectores adultos, me pareció adecuado incorporar íntegramente mis respuestas también en esta edición.

Alguien, hace mucho tiempo, escribió que también los libros, como los seres humanos, tienen un destino, imprevisible, distinto del que para ellos se deseaba y que de ellos se esperaba. También este libro ha tenido un extraño destino. Su acta de nacimiento es remota: se la puede hallar en una de sus páginas (la número 153 de esta edición), en donde se puede leer que «escribo aquello que no sabría decir a nadie»: tan fuertemente sentíamos la necesidad de relatar, que había comenzado a redactar el libro allí, en ese laboratorio alemán lleno de hielo, de guerra y de miradas indiscretas, aun sabiendo que de ninguna manera habría podido conservar esos apuntes garabateados como mejor podía; que habría debido tirarlos en seguida, porque si me los hubieran encontrado encima me habrían costado la vida.

Pero escribí el libro apenas regresé, en unos pocos meses: a tal punto los recuerdos me quemaban por dentro. Rechazado por algunos grandes editores, el manuscrito fue aceptado en 1947 por una pequeña editorial dirigida por Franco Antonicelli: se imprimieron 2.500 ejemplares, luego la editorial se disolvió y el libro cayó en el olvido, entre otras cosas porque en esos tiempos de áspera posguerra la gente no tenía muchas ganas de regresar con la memoria a los dolorosos años que acababan de pasar. Halló nueva vida sólo en 1958, cuando fue reimpreso por el

editor Einaudi, y desde entonces el interés del público nunca faltó. Se tradujo a seis lenguas y fue adaptado para la radio y el teatro.

Fue acogido por estudiantes y enseñantes con un favor que superó todas las expectativas, tanto del editor como mías. Centenares de clases, de todas las regiones de Italia, me invitaron a comentar el libro, por escrito o, si fuese posible, personalmente: dentro de los límites de mis ocupaciones, he respondido siempre afirmativamente a estos pedidos, al punto de que de buen grado he debido agregar a mis dos oficios un tercero, el de presentador y comentarista de mí mismo o, mejor dicho, de aquel lejano yo que había vivido la aventura de Auschwitz y la había narrado. Durante estos numerosos encuentros con mis lectores estudiantes he debido responder a muchas preguntas: ingenuas o no, conmovidas o provocadoras, superficiales o fundamentales. Me di cuenta muy pronto de que algunas de estas preguntas se repetían con frecuencia, que nunca faltaban: debían pues nacer de una curiosidad motivada y razonada, a la que de algún modo el texto del libro no daba satisfactoria respuesta. Me propongo responder a estas preguntas aquí.

1. En su libro no hay expresiones de odio hacia los alemanes, ni rencor, ni deseo de venganza. ¿Los ha perdonado?

Por naturaleza el odio no me viene fácilmente. Lo considero un sentimiento animal y torpe, y prefiero en cambio que mis acciones y mis pensamientos, dentro de lo posible, nazcan de la razón; por ello nunca cultivé en mí mismo el odio como deseo primitivo de revancha, de sufrimiento infligido a mi enemigo real o presunto, de venganza privada.

Debo agregar que, por lo que creo percibir, el odio es personal, se dirige a una persona, un hombre, un rostro: pero nuestros perseguidores de entonces no tenían rostro ni nombre, lo demuestran las páginas de este libro: estaban alejados, eran invisibles, inaccesibles. El sistema nazi, prudentemente, hacía que el contacto directo entre esclavos y señores se redujese al mínimo. Habréis notado que en este libro se describe un solo encuentro del autor-protagonista con un SS (p. 197), y no es casual que tenga lugar sólo durante los últimos días, en el *Lager* en descomposición, una vez que el sistema ha estallado.

Por lo demás, en los meses en que este libro fue escrito, en 1946, el nazismo y el fascismo parecían realmente carecer de rostro: parecían haber vuelto a la nada, desvanecidos como un sueño monstruoso, según justicia y mérito, tal como desaparecen los fantasmas al cantar del gallo. ¿Cómo habría podido cultivar el rencor, querer la venganza contra un conjunto de fantasmas?

Pocos años después Europa e Italia se dieron cuenta de que se trataba de una ingenua ilusión: el fascismo estaba muy lejos de haber muerto, sólo estaba escondido, enquistado; estaba mutando de piel, para presentarse con piel nueva, algo menos reconocible, algo más respetable, mejor adaptado al nuevo mundo que había salido de la catástrofe de esa Segunda Guerra Mundial que el fascismo mismo había provocado. Debo confesar que ante ciertos rostros no nuevos, ante ciertas viejas mentiras, ante ciertas figuras en busca de respetabilidad, ante ciertas indulgencias, ciertas complicidades, la tentación de odiar nace en mí, y hasta con alguna violencia: pero yo no soy fascista, creo en la razón y en la discusión como supremos instrumentos de progreso, y por ello antepongo la justicia al odio. Por esta misma razón, para escribir este libro he usado el lenguaje mesurado y sobrio del testigo, no el lamentoso lenguaje de la víctima ni el iracundo lenguaje del vengador: pensé que mi palabra resultaría tanto más creíble cuanto más objetiva y menos apasionada fuese; sólo así el testigo en un juicio cumple su función, que es la de preparar el terreno para el juez. Los jueces sois vosotros.

No querría empero que el abstenerme de juzgar explícitamente se confundiese con un perdón indiscriminado. No, no he perdonado a ninguno de los culpables, ni estoy dispuesto ahora ni nunca a perdonar a ninguno, a menos que haya demostrado (en los hechos: no de palabra, y no demasiado tarde) haber cobrado conciencia de las culpas y los errores del fascismo nuestro y extranjero, y que esté decidido a condenarlos, a erradicarlos de su conciencia y de la conciencia de los demás. En tal caso sí, un no cristiano como yo, está dispuesto a seguir el precepto judío y cristiano de perdonar a mi enemigo; pero un enemigo que se rectifica ha dejado de ser un enemigo.

2. ¿Los alemanes sabían? ¿Los aliados sabían? ¿Cómo es posible que el genocidio, el exterminio de millones de seres humanos, haya podido llevarse a cabo en el corazón de Europa

sin que nadie supiese nada?

El mundo en que vivimos hoy nosotros, los occidentales, presenta muchos y muy graves defectos y peligros, pero con respecto al mundo de ayer goza de una enorme ventaja: todos pueden saber inmediatamente todo acerca de todo. La información es hoy «el cuarto poder»: al menos en teoría, el cronista y el periodista tienen vía libre en todas partes, nadie puede detenerlos ni alejarlos ni hacerlos callar. Todo es fácil: si uno quiere, escucha la radio de su país o de cualquier país; va hasta el kiosco y elige los periódicos que prefiere, italiano de cualquier tendencia, o americano, o soviético, dentro de una amplia gama de alternativas; puede comprar y leer los libros que quiera, sin peligro de que se lo inculpe por «actividades antiitalianas» ni de que sea allanada su casa por la policía política. Desde luego, no es sencillo sustraerse a *todo* condicionamiento, pero por lo menos es posible elegir el condicionamiento que uno prefiere.

En un Estado autoritario no es así. La Verdad es sólo una, proclamada desde arriba; los diarios son todos iguales, todos repiten esta única idéntica verdad; así también las radios, y no es posible escuchar las de los otros países porque, en primer lugar, tratándose de un delito, el riesgo es el de ir a parar a la cárcel; en segundo lugar, las transmisoras del propio país emiten en las frecuencias apropiadas una señal perturbadora que se superpone a los mensajes extranjeros impidiendo su escucha. En cuanto a los libros, sólo se publican y se traducen los que agradan al Estado: los demás hay que irlos a buscar al extranjero e introducirlos en el propio país a propio riesgo, puesto que se los considera más peligrosos que la droga o los explosivos, y si se los descubre en la frontera son confiscados y su portador es castigado. Con los libros no gratos, o ya no gratos de épocas anteriores, se encienden hogueras públicas en las plazas. Así era Italia entre 1924 y 1945; así, la Alemania nacionalsocialista; así sigue siendo en muchos países, entre los que es doloroso tener que incluir a la Unión Soviética, que tan heroicamente supo luchar contra el fascismo. En un Estado autoritario se considera lícito alterar la verdad, reescribir retrospectivamente la Historia, distorsionar las noticias, suprimir las verdaderas, agregar falsas: la propaganda sustituye a la información. De hecho, en estos países no se es ciudadano, detentador de derechos, sino súbdito y, como tal, deudor al Estado (y al dictador que lo encarna) de fanática lealtad y sojuzgada obediencia.

Es evidente que en tales condiciones es posible (si bien no siempre fácil: nunca es fácil violentar a fondo la naturaleza humana) borrar fragmentos incluso amplios de la realidad. En la Italia fascista, la operación de asesinar al diputado socialista Matteotti y acallar todo el asunto al cabo de pocos meses dio buen resultado; Hitler, y su ministro de propaganda Joseph Goebbels, demostraron ser muy superiores a Mussolini en esta tarea de control y enmascaramiento de la verdad.

Sin embargo, esconder del pueblo alemán el enorme aparato de los campos de concentración no era posible, y además (desde el punto de vista de los nazis) no era deseable. Crear y mantener en el país una atmósfera de indefinido terror formaba parte de los fines del nazismo: era bueno que el pueblo supiese que oponerse a Hitler era extremadamente peligroso. Efectivamente, cientos de miles de alemanes fueron encerrados en los *Lager* desde los comienzos del nazismo: comunistas, socialdemócratas, liberales, judíos, protestantes, católicos, el país entero lo sabía, y sabía que en los *Lager* se sufría y se moría.

No obstante, es cierto que la gran masa de alemanes ignoró siempre los detalles más atroces de lo que más tarde ocurrió en los *Lager*: el exterminio metódico e industrializado en escala de millones, las cámaras de gas tóxico, los hornos crematorios, el abyecto uso de los cadáveres, todo esto no debía saberse y, de hecho, pocos lo supieron antes de terminada la guerra. Para mantener el secreto, entre otras medidas de precaución, en el lenguaje oficial sólo se usaban eufemismos cautos y cínicos: no se escribía «exterminación» sino «solución final», no «deportación» sino «traslado», no «matanza con gas» sino «tratamiento especial», etcétera. No sin razón, Hitler temía que estas horrorosas noticias, una vez divulgadas, comprometieran la fe ciega que le tributaba el país, como así la moral de las tropas de combate; además, los aliados se habrían enterado y las habrían utilizado como instrumento de propaganda: cosa que, por otra parte, ocurrió, si bien a causa de la enormidad de los horrores de los *Lager*, descritos repetidamente por la radio de los aliados, no ganaron el crédito de la gente.

El resumen más convincente de la situación de entonces en Alemania la he hallado en el libro *Der SS Staat* (El Estado de la SS), de Eugen Kogon, ex prisionero en Buchenwald y luego profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Munich:

¿Qué sabían los alemanes acerca de los campos de concentración? A más del hecho concreto de su existencia, casi nada, y aún hoy saben poco. Indudablemente, el método de mantener rigurosamente secretos los detalles del sistema

terrorista, indeterminando así la angustia y por ende haciéndola mucho más honda, se mostró eficaz. Como dije en otra parte, incluso muchos funcionarios de la Gestapo ignoraban qué sucedía dentro de los *Lager*, a los que, sin embargo, enviaban sus prisioneros; la mayor parte de los prisioneros mismos tenían una idea bastante vaga del funcionamiento de su campo y de los métodos que ahí se empleaban. ¿Cómo iba a conocerlos el pueblo alemán? Quien ingresaba se encontraba ante un universo abismal, totalmente nuevo para él: ésta es la mejor demostración de la potencia y eficacia del secreto.

Y, sin embargo…, y sin embargo, no había un alemán que no supiese de la existencia de los campos, o que los considerase sanatorios. Pocos eran los alemanes que no tenían un pariente o un conocido en un campo, o que al menos no supiesen que tal o cual persona allí había sido enviada. Todos los alemanes eran testigos de la multiforme barbarie antisemita: millones de ellos habían presenciado, con indiferencia o con curiosidad, con desdén o quizás con maligna alegría, el incendio de las sinagogas o la humillación de los judíos y judías obligados a arrodillarse en el fango de la calle. Muchos alemanes habían sabido algo por las radios extranjeras, y muchos habían estado en contacto con prisioneros que trabajaban fuera de los campos. No pocos alemanes habían encontrado, en la calle o en las estaciones de ferrocarril, filas miserables de detenidos: en una circular fechada el 9 de noviembre de 1941 y dirigida por el jefe de Policía y de los Servicios de Seguridad a todas […] las comisarías de Policía y a los comandantes de los *Lager*, se puede leer: «En particular, hemos debido constatar que durante los traslados a pie, por ejemplo de la estación al campo, un número apreciable de prisioneros cae muerto en la calle o desvanecido por agotamiento… Es imposible impedir que la población se entere de hechos semejantes». Ni siquiera un alemán podía ignorar que las cárceles estaban llenas a rebosar ni que en todo el país tenían lugar continuamente ejecuciones capitales; por miles se contaban los magistrados y funcionarios de policía, abogados, sacerdotes y asistentes sociales que sabían en términos generales que la situación era bastante grave. Muchos eran los hombres de negocios que tenían relaciones de proveedores con la SS de los *Lager*, los industriales que solicitaban mano de obra de trabajadores-esclavos a las oficinas administrativas y económicas de la SS, y los empleados de las oficinas de empleo que […] estaban al corriente del hecho de que muchas grandes sociedades explotaban mano de obra esclava. No eran pocos los trabajadores que desarrollaban su actividad cerca de los campos de concentración o incluso dentro de los mismos. Varios

profesores universitarios colaboraban con los centros de investigación médica instituidos por Himmler, y varios médicos del Estado y de los institutos privados colaboraban con los asesinos profesionales. Buen número de miembros de la Aviación Militar habían sido trasladados a los locales de la SS, y debían seguramente estar al tanto de lo que allí sucedía. Muchos eran los altos oficiales del Ejército que conocían las matanzas masivas de prisioneros de guerra rusos en los *Lager*, y muchísimos los soldados y miembros de la Policía Militar que debían conocer con precisión qué horrores espantosos se cometían en los campos, en los *ghettos*, en las ciudades y zonas rurales de los territorios orientales ocupados. ¿Es acaso falsa una sola de estas afirmaciones?

A mi modo de ver, ninguna de estas afirmaciones es falsa, pero hay que agregar otra para completar el cuadro: pese a las varias posibilidades de informarse, la mayor parte de los alemanes no sabía porque no quería saber o más: porque quería no saber. Es cierto que el terrorismo de Estado es un arma muy fuerte a la que es muy difícil resistir, pero también es cierto que el pueblo alemán, globalmente, ni siquiera intentó resistir. En la Alemania de Hitler se había difundido una singular forma de urbanidad: quien sabía no hablaba, quien no sabía no preguntaba, quien preguntaba no obtenía respuesta. De esta manera el ciudadano alemán típico conquistaba y defendía su ignorancia, que le parecía suficiente justificación de su adhesión al nazismo: cerrando el pico, los ojos y las orejas, se construía la ilusión de no estar al corriente de nada, y por consiguiente de no ser cómplice, de todo lo que ocurría ante su puerta.

Saber, y hacer saber, era un modo (quizás tampoco tan peligroso) de tomar distancia con respecto al nazismo; pienso que el pueblo alemán, globalmente, no ha usado de ello, y de esta deliberada omisión lo considero plenamente culpable.

3. ¿Había prisioneros que lograban escapar de los Lager? ¿Cómo es que no hubo rebeliones en masa?

Estas son preguntas que me hacen muy frecuentemente, y por ello deben nacer de alguna curiosidad o exigencia particularmente importante. Mi interpretación es optimista: los jóvenes de hoy sienten la libertad como un bien al que de ninguna manera se puede renunciar, y por eso, para ellos, la idea de cárcel está ligada inmediatamente con la idea de fuga o

de rebelión. Por otra parte, es cierto que, según los códigos militares de muchos países, el prisionero de guerra ha de intentar liberarse por todos los medios, para volver a ocupar su puesto de combatiente, y que, según la Convención de La Haya, el intento de fuga no debe ser castigado. El concepto de evasión como obligación moral está continuamente reafirmado en la literatura romántica (¿os acordáis del conde de Montecristo?), en la literatura popular, en el cine, donde el héroe, injustamente (o justamente) encarcelado, intenta siempre evadirse, aun en las circunstancias menos verosímiles, y su tentativa se ve siempre coronada por el éxito.

Quizás sea bueno resentir la condición de prisionero, la no libertad, como una condición indebida, anormal: como una enfermedad en fin, que debe curarse mediante la fuga o la rebelión. Desgraciadamente este marco se asemeja bastante poco al marco real del campo de concentración.

Los prisioneros que intentaron fugarse, por ejemplo, de Auschwitz, fueron pocos centenares, y los que lo lograron fueron unas pocas decenas. La evasión era difícil y extremadamente peligrosa: los prisioneros estaban debilitados, además de desmoralizados, por el hambre y los malos tratos, tenían la cabeza rapada, ropa de rayas inmediatamente identificable, zapatos de madera que impedían el paso rápido y silencioso; no tenían dinero y, en general, no hablaban polaco, la lengua local, ni tenían contactos en la región —cuya geografía por otra parte desconocían—. Además, para reprimir las fugas se adoptaban represalias feroces: a quien atrapaban lo colgaban públicamente en la plaza de la Lista, a menudo después de torturarlo cruelmente; cuando se descubría una fuga, se consideraba a los amigos del evadido como cómplices suyos y se los dejaba morir de hambre en las celdas de la prisión, el barracón entero debía permanecer de pie durante veinticuatro horas y, a veces, se arrestaba y se deportaba a los *Lager* a los padres del «culpable».

A los SS que mataban a un prisionero que intentaba huir se les concedía una licencia premio: por ello solía suceder a menudo que un SS disparase a un prisionero que no tenía ninguna intención de escapar, únicamente con el fin de conseguir el premio. Este hecho aumenta artificialmente el número oficial de casos de fuga registrados en las estadísticas; como indiqué antes, el número real era en cambio muy pequeño. Dada esta situación, del campo de Auschwitz se evadieron con éxito sólo algunos prisioneros polacos «arios» (es decir, no judíos, según la terminología de entonces) que vivían no muy lejos del *Lager* y que por consiguiente tenían una meta a la que encaminarse y la

seguridad de que la población los protegería. En los demás campos las cosas tuvieron lugar de manera análoga.

Por lo que respecta a la ausencia de rebeliones, se trata de algo distinto. En primer lugar cabe recordar que en algunos *Lager* hubo efectivamente insurrecciones: en Treblinka, en Sobibor y también en Birkenau, uno de los campos dependientes de Auschwitz. No tuvieron gran peso numérico: como la parecida insurrección del *ghetto* de Varsovia, fueron más bien ejemplos de extraordinaria fuerza moral. En todos los casos fueron planeadas y dirigidas por prisioneros de alguna manera privilegiados, por lo tanto en condiciones físicas y espirituales mejores que las de los prisioneros comunes. Esto no debe sorprender: sólo a primera vista puede parecer paradójico que se subleve quien menos sufre. También fuera de los *Lager*, las luchas raramente son lideradas por el subproletariado. Los «harapientos» no se rebelan.

En los campos para prisioneros políticos, o en donde éstos prevalecían, la experiencia conspiradora de éstos demostró ser preciosa, y a menudo se llegó, más que a rebeliones abiertas, a actividades de defensa bastante eficientes. Según el *Lager* y según las épocas, se logró por ejemplo chantajear o corromper a la SS, frenando así sus poderes indiscriminados; se logró sabotear el trabajo para las industrias de guerra alemanas; se logró organizar evasiones; se logró comunicar por radio con los aliados, dándoles noticias acerca de las horribles condiciones de los campos; se logró mejorar el tratamiento de los enfermos, sustituyendo a los médicos de la SS con médicos prisioneros; se logró «condicionar» las selecciones, mandando a la muerte a espías o traidores y salvando a prisioneros cuya supervivencia tenía por algún motivo particular importancia; se logró preparar, incluso militarmente, una resistencia en caso de que, al acercarse el frente, los nazis decidieran (como de hecho a menudo lo hicieron) liquidar totalmente los *Lager*.

En los campos en los que los judíos eran mayoría, como los de la zona de Auschwitz, una defensa activa o pasiva era particularmente difícil. Aquí los prisioneros, en general, carecían de casi toda experiencia organizativa o militar; provenían de todos los países de Europa, hablaban lenguas diferentes, y por ello no se entendían entre sí: sobre todo, tenían más hambre, estaban más débiles y cansados que los demás, porque sus condiciones de vida eran más duras y porque tenían frecuentemente tras de sí un largo historial de hambre, persecuciones y humillaciones en los *ghettos*. Por ende, la duración de su estancia en el *Lager* era trágicamente breve,

constituían en definitiva una población fluctuante, continuamente disminuida por la muerte y renovada por las incesantes llegadas de nuevos cargamentos. Es comprensible que en un tejido humano tan deteriorado e inestable no prendiese fácilmente el germen de la rebelión.

Podríamos preguntarnos por qué no se rebelaban los prisioneros no bien bajaban del tren, que esperaban horas (¡a veces días!) antes de entrar a las cámaras de gas. Además de todo lo que he dicho, debo agregar que los alemanes habían perfeccionado, en esta empresa de muerte colectiva, una estrategia diabólicamente astuta y versátil. En la mayor parte de los casos, los recién llegados no sabían qué se les tenía preparado: se los recibía con fría eficiencia pero sin brutalidad, se los invitaba a desnudarse «para la ducha», a veces se les entregaba una toalla y jabón, y se les prometía un café para después del baño. Las cámaras de gas, en efecto, estaban camufladas como salas de duchas, con tuberías, grifos, vestuarios, perchas, bancos, etcétera. Cuando por el contrario un prisionero daba la menor muestra de saber o sospechar su destino inminente, la SS y sus colaboradores actuaban por sorpresa, intervenían con extremada brutalidad, gritando, amenazando, pateando, disparando y azuzando —contra esa gente perpleja y desesperada, marinada por cinco o diez días de viajes en vagones sellados— a sus perros adiestrados para despedazar hombres.

Siendo así las cosas, parece absurda y ofensiva la afirmación a veces formulada según la cual los judíos no se rebelaron por cobardía. Nadie se rebelaba. Baste recordar que las cámaras de gas de Auschwitz fueron puestas a prueba con un grupo de trescientos prisioneros de guerra rusos, jóvenes, con entrenamiento militar, preparados políticamente y sin el freno que representan mujeres y niños; tampoco ellos se rebelaron.

Querría finalmente agregar una consideración. La conciencia arraigada de que no se debe consentir la opresión sino resistir no estaba muy difundida en la Europa fascista, y era particularmente débil en Italia. Era patrimonio de un pequeño grupo de hombres políticamente activos, mas el fascismo y el nazismo los habían aislado, expulsado, aterrorizado o incluso destruido: no se debe olvidar que las primeras víctimas de los *Lager* alemanes, cientos de miles, fueron precisamente los cuadros de los partidos políticos antinazis. Al faltar su aportación, la voluntad popular de resistir, de organizarse para resistir, resurgió mucho más tarde, gracias sobre todo a la contribución de los partidos comunistas europeos que se

lanzaron a la lucha contra el nazismo una vez que Alemania, en junio de 1941, agredió de improviso a la Unión Soviética rompiendo el acuerdo Ribbentrop-Molotov de septiembre de 1939. En definitiva, reprochar a los prisioneros el que no haya habido rebelión representa además un error de perspectiva histórica: significa pretender de ellos una conciencia política que hoy es patrimonio casi común, pero que entonces pertenecía solamente a una élite.

4. ¿Volvió usted a Auschwitz después de la liberación?

Volví a Auschwitz en 1965, con ocasión de una ceremonia conmemorativa de la liberación de los campos. Como señalé en mis libros, el imperio concentracionario de Auschwitz no estaba formado por un solo *Lager*, sino por unos cuarenta: el campo de Auschwitz propiamente dicho se alzaba en la periferia de la pequeña ciudad del mismo nombre (Oswiecim, en polaco), tenía capacidad para unos veinte mil prisioneros y, por así decir, era la capital administrativa del conjunto; además estaba el *Lager* (o más exactamente el grupo de *Lager*: de tres a cinco, según la época) de Birkenau, que llegó a contener a sesenta mil prisioneros, de los cuales cuarenta mil eran mujeres y en los que funcionaban las cámaras de gas y los hornos crematorios; y finalmente un número continuamente variable de campos de trabajo, alejados de la «capital» hasta cientos de kilómetros: mi campo, llamado Monowitz, era el más grande de éstos y había llegado a tener doce mil prisioneros. Estaba a unos siete kilómetros al este de Auschwitz. Toda esa zona se encuentra hoy en territorio polaco.

No me ha impresionado mucho visitar el Campo Central: el gobierno polaco lo ha transformado en una especie de monumento nacional, los barracones han sido limpiados y pintados, han plantado árboles, diseñado canteros. Hay un museo en el que se exponen miserables trofeos: toneladas de cabellos humanos, centenares de miles de gafas, peines, brochas de afeitar, muñecas, zapatos de niños; pero no deja de ser un museo, algo estático, ordenado, manipulado. El campo entero me pareció un museo. En cuanto a mi *Lager*, ya no existe: la fábrica de goma a la que estaba vinculado, hoy en manos polacas, ha crecido hasta ocupar todo el terreno.

He sentido una angustia violenta, en cambio, al entrar en el *Lager* de Birkenau, que nunca había visto como prisionero. Aquí

nada cambió: había barro y sigue habiendo barro, o en verano un polvo que sofoca; los barracones (los que no fueron incendiados con el paso del frente) están tal cual, bajos, sucios, hechos de tablones mal ensamblados y con el suelo de tierra apisonada; no hay literas sino tableros de madera desnuda, hasta el techo. Aquí nada ha sido embellecido. Venía conmigo una amiga, Giuliana Tedeschi, sobreviviente de Birkenau. Me hizo ver que sobre cada tablero de 1,80 por 2 dormían hasta nueve mujeres. Me hizo notar que por la ventanuca se ven las ruinas del crematorio; en esa época se veían llamas en la cúspide de la chimenea. Ella había preguntado a las veteranas: «¿Qué es ese fuego?», y le habían contestado: «Somos nosotras, que nos quemamos».

Ante el triste poder de evocación de esos sitios, cada uno de nosotros, los sobrevivientes, se comporta de manera distinta, pero se distinguen dos grandes categorías. Pertenecen a la primera categoría los que rehúsan regresar, o incluso hablar del tema; los que querrían olvidar pero no pueden, y viven atormentados por pesadillas; los que, al contrario, han olvidado, han extirpado todo y han vuelto a vivir a partir de cero. He notado que, en general, todos estos individuos fueron a parar al *Lager* «por desgracia», es decir sin un compromiso político preciso; para ellos el sufrimiento ha sido una experiencia traumática pero privada de significado y de enseñanza, como una calamidad o una enfermedad: el recuerdo es para ellos algo extraño, un cuerpo doloroso que se inmiscuyó en sus vidas, y han tratado (o aún tratan) de eliminarlo. La segunda categoría, en cambio, está constituida por los ex prisioneros «políticos», o en todo caso con preparación política, o con una convicción religiosa, o con una fuerte conciencia moral. Para estos sobrevivientes recordar es un deber: éstos no quieren olvidar, y sobre todo no quieren que el mundo olvide, porque han comprendido que su experiencia tenía sentido y que los *Lager* no fueron un accidente, un hecho imprevisto de la Historia.

Los *Lager* nazis han sido la cima, la culminación del fascismo en Europa, su manifestación más monstruosa; pero el fascismo existía antes que Hitler y Mussolini, y ha sobrevivido, abierto o encubierto, a su derrota en la Segunda Guerra Mundial. En todo el mundo, en donde se empieza negando las libertades fundamentales del Hombre y la igualdad entre los hombres, se va hacia el sistema concentracionario, y es éste un camino en el que es difícil detenerse. Conozco muchos ex prisioneros que han comprendido bien la terrible lección implícita en su experiencia, y que cada año vuelven a «su» campo llevando de la mano

peregrinajes de jóvenes: yo mismo lo haría de buen grado si el tiempo me lo permitiese y si no supiera que logro el mismo fin escribiendo libros y aceptando comentarlos ante los estudiantes.

5. ¿Por qué habla usted sólo de los Lager alemanes, y no también de los rusos?

Como escribí al contestar a la primera pregunta, prefiero la parte del testigo a la del juez: debo testimoniar sobre las cosas que sufrí y vi. Mis libros no son libros de historia: escribiéndolos me limité rigurosamente a hechos de los que tuve experiencia directa, y excluí aquellos de los que me enteré más tarde por los libros y los periódicos. Por ejemplo, notaréis que no he dado las cifras de la matanza de Auschwitz, ni he descrito los detalles de las cámaras de gas y de los crematorios: de hecho no conocía estos datos cuando estaba en el *Lager*, lo supe sólo después, cuando lo supo todo el mundo.

Por la misma razón no hablo en general de los *Lager* rusos: por suerte para mí no he estado en ellos y sólo podría repetir lo que he leído, es decir lo que saben todos aquellos que se han interesado en estos temas. Es evidente, sin embargo, que no quiero ni puedo sustraerme al deber, propio de todo hombre, de hacerse un juicio y formular una opinión. A la vez que las obvias semejanzas, entre los *Lager* soviéticos y los *Lager* nazis me parece que puedo observar diferencias sustanciales.

La diferencia principal consiste en su finalidad. Los *Lager* alemanes constituyen algo único en la no obstante sangrienta historia de la humanidad: al viejo fin de eliminar o aterrorizar al adversario político, unían un fin moderno y monstruoso, el de borrar del mundo pueblos y culturas enteros. A partir de más o menos 1941, se volvieron gigantescas máquinas de muerte: las cámaras de gas y los crematorios habían sido deliberadamente proyectados para destruir vidas y cuerpos humanos en una escala de millones; la horrenda primacía le corresponde a Auschwitz, con 24.000 muertos en un solo día de agosto de 1944. Los campos soviéticos no eran ni son, desde luego, sitios en los que la estancia sea agradable, pero no se buscaba expresamente en ellos, ni siquiera en los más oscuros años del estalinismo, la muerte de los prisioneros: era un hecho bastante frecuente, y se lo toleraba con brutal indiferencia, pero en sustancia no era querido; era, en fin, un subproducto debido al hambre, el frío, las infecciones, el cansancio. En esta lúgubre

comparación entre dos modelos de infierno, hay que agregar que en los *Lager* alemanes, en general, se entraba para no salir: ningún otro fin estaba previsto más que la muerte. En cambio en los campos soviéticos siempre existió un término: en la época de Stalin los «culpables» eran condenados a veces a penas larguísimas (incluso de quince y veinte años) con espantosa liviandad, pero subsistía una esperanza de libertad, por leve que fuera.

De esta diferencia fundamental nacen las demás. Las relaciones entre guardias y prisioneros, en la Unión Soviética, están menos deshumanizadas: todos pertenecen al mismo pueblo, hablan la misma lengua, no son «superhombres» e «infrahombres» como bajo el nazismo. Los enfermos, aun mal, son atendidos; ante un trabajo demasiado duro una protesta es concebible, individual o colectiva; los castigos corporales son raros y no demasiado crueles: es posible recibir cartas y paquetes de víveres de casa; en una palabra, la personalidad humana no está negada ni se pierde totalmente. En contraposición, al menos por lo que hacía a los judíos y gitanos, en los *Lager* alemanes el exterminio era casi total: no se detenía ni siquiera ante los niños, que murieron por centenares de miles en las cámaras de gas, caso único entre las atrocidades de la historia humana. Como consecuencia general, los niveles de mortandad resultan ser bastante diferentes en los dos sistemas. Al parecer, en la Unión Soviética, en el período más duro, la mortandad era de un 30 por ciento de la totalidad de ingresados, un porcentaje sin duda intolerablemente alto; pero en los *Lager* alemanes la mortandad era del 90-98 por ciento.

Me parece muy grave la reciente innovación soviética por la cual algunos intelectuales disidentes son sumariamente declarados locos, encerrados en institutos psiquiátricos y sometidos a «curas» que no sólo provocan sufrimientos crueles sino que tuercen y debilitan las funciones mentales. Esto demuestra que la disidencia es temida: no se la castiga, pero se intenta demolerla mediante fármacos (o el miedo a los fármacos). Quizás esta técnica no esté muy difundida (al parecer estos internados políticos, en 1975, no superan el centenar), pero es odiosa porque implica el uso abyecto de la ciencia y una prostitución imperdonable de los médicos que tan servilmente se prestan a secundar la voluntad de las autoridades. Pone de manifiesto un extremado desprecio de la confrontación democrática y las libertades civiles.

En cambio, y por lo que respecta precisamente al aspecto cuantitativo, hay que señalar que en la Unión Soviética el

fenómeno *Lager* está actualmente disminuyendo. Parece que alrededor de 1950 el número de prisioneros políticos era de millones; según Amnesty International (asociación apolítica que se propone socorrer a todos los prisioneros políticos, en todos los países e independientemente de sus opiniones), hoy, en 1976, no quedarían sino unos diez mil.

En conclusión, los campos soviéticos siguen siendo una manifestación deplorable de ilegalidad y deshumanización. Nada tienen que ver con el socialismo sino al contrario: se destacan en el socialismo soviético como una fea mancha; han de considerarse más bien como una barbarie heredada del absolutismo zarista de la que los gobiernos soviéticos no han sabido o no han querido liberarse. Quien lea *Memorias de la casa de los muertos*, escrito por Dostoievski en 1862, no tiene dificultad en reconocer los mismos rasgos carcelarios descrito por Soljenitsyn cien años después. Pero es posible, o más bien: es fácil imaginar un socialismo sin *Lager*: en muchas partes del mundo se ha conseguido. No es imaginable, en cambio, un nazismo sin *Lager*.

6. De los personajes que aparecen en Si esto es un hombre, ¿cuáles ha vuelto a ver después de la liberación?

La mayoría de los personajes que aparecen en estas páginas debe darse por desaparecida desgraciadamente ya en los días del *Lager* o durante la tremenda marcha de evacuación de la que se habla en la página 168; otros murieron más tarde, de enfermedades contraídas durante la prisión, y de otros nunca he podido hallar rastros. Unos pocos sobreviven y he logrado mantener o restablecer contacto con ellos.

Vive, y se encuentra bien, Jean, el *Pikolo* del Canto de Ulises: su familia había sido destruida pero se volvió a casar a su regreso, tiene ahora dos hijos y lleva una vida muy tranquila como farmacéutico en una pequeña ciudad de provincia en Francia. Nos encontramos a veces en Italia, donde pasa sus vacaciones; otras veces fui yo a encontrarme con él. Extrañamente, ha olvidado mucho de su año en Monowitz: en él priman los atroces recuerdos del viaje de evacuación, durante el cual vio morir de agotamiento a todos sus amigos (entre ellos a Alberto).

Me veo con frecuencia con el personaje que he llamado Piero

Sonnino (p. 80), el mismo que aparece como «César» en *La tregua*. También él, al cabo de un período difícil de readaptación, ha encontrado trabajo y ha fundado una familia. Vive en Roma. Cuenta de buen grado las vicisitudes de su estadía en el campo y de su largo viaje de regreso, pero en sus narraciones, que a menudo se convierten casi en monólogos teatrales, tiende a poner de manifiesto las aventuras de que ha sido protagonista antes que los hechos trágicos que presenció pasivamente.

He vuelto a ver a Charles. Había sido hecho prisionero en las colinas de los Vosgos, cerca de su casa, donde actuaba como *partigiano*, sólo en noviembre de 1944, y había permanecido en el *Lager* no más de un mes; pero este mes de sufrimiento, como los hechos feroces que había presenciado, lo habían marcado profundamente, quitándole toda la alegría de vivir y la voluntad de edificarse un futuro. Una vez repatriado, al cabo de un viaje no muy diferente del que cuento en *La tregua*, volvió a su oficio de maestro de primaria en la minúscula escuela de su pueblo, en donde enseñaba a los niños también a criar abejas y a cultivar un vivero de abetos y pinos. Hace pocos años que se jubiló; se casó hace poco con una colega ya no joven, y juntos se construyeron una casa nueva, pequeña pero cómoda y graciosa. Fui a verlo dos veces, en 1951 y en 1974. En esta última visita me habló de Arthur, que vive en un pueblo no muy alejado, está viejo y enfermo y no desea recibir visitas que puedan despertarle viejas angustias.

Dramático, imprevisto y lleno de alegría mutua fue el encuentro con Mendi, el «rabino modernista» al que me refiero en pocas líneas en las páginas 74 y 114. Se reconoció leyendo casualmente en 1965 la traducción alemana de este libro: me recordó y me escribió una larga carta dirigida a la Comunidad Israelita de Turín. Nos escribimos extensamente, informándonos mutuamente del destino de nuestros amigos comunes. En 1967 fui a verlo a Dortmund, en Alemania Federal, en donde entonces era rabino: se conservaba igual, «tenaz, valeroso y agudo», y además extraordinariamente culto. Se casó con una ex prisionera de Auschwitz y tienen tres hijos ya grandes; la familia entera tiene la intención de establecerse en Israel.

No he vuelto a ver al *Doktor* Pannowitz, el químico que me había sometido a un frío «examen de estado», pero me dio noticias suyas el *Doktor* Müller, a quien dediqué el capítulo Vanadio en mi libro *El sistema periódico*. Ante la inminencia de la llegada del Ejército Rojo a la fábrica de la Buna, se comportó con prepotencia y cobardía: ordenó a sus colaboradores civiles que resistieran a ultranza, les prohibió subir al último tren que partía

hacia la retaguardia, pero en cambio subió él en el último momento aprovechando la confusión. Murió en 1946 de un tumor cerebral.

7. ¿Cómo se explica el odio fanático de los nazis por los judíos?

La aversión contra los judíos, impropiamente llamada antisemitismo, es un caso particular de un fenómeno más vasto: la aversión contra quien es diferente de uno. No hay duda de que se trata, en sus orígenes, de un hecho zoológico: los animales de una misma especie pero de grupos distintos manifiestan entre sí fenómenos de intolerancia. Esto también ocurre con los animales domésticos: es sabido que si se introduce una gallina de un determinado gallinero en otro, durante varios días es rechazada a picotazos. Lo mismo sucede con ratones y abejas y, en general, con todas las especies de animales sociales. Ahora bien, el hombre es ciertamente un animal social (ya lo había afirmado Aristóteles): pero ¡pobres de nosotros si todas las pulsiones zoológicas que sobreviven en el hombre se toleraran! Las leyes humanas están precisamente para esto: para limitar los impulsos animales.

El antisemitismo es un fenómeno típico de intolerancia. Para que surja una intolerancia hace falta que entre dos grupos en contacto exista una diferencia perceptible: ésta puede ser física (los negros y los blancos, los rubios y los morenos), pero nuestra complicada sociedad nos ha hecho sensibles a diferencias más sutiles, como la lengua, o el dialecto, o el mismo acento (bien lo saben nuestros meridionales cuando se ven obligados a emigrar al norte); la religión, con todas sus manifestaciones exteriores y su profunda influencia sobre la manera de vivir; el modo de vestir o de gesticular; los hábitos públicos y privados. La atormentada historia del pueblo judío ha hecho que en casi todas partes los judíos manifiesten una o más de estas diferencias.

En la trama, extremadamente compleja, de pueblos y naciones que se entrechocan, la historia de este pueblo tiene características particulares. Era (y en parte es) depositario de un vínculo interno muy fuerte, de naturaleza religiosa y tradicional; por consiguiente, pese a su inferioridad numérica y militar, se opuso con desesperado valor a ser conquistado por los romanos, fue derrotado, deportado y dispersado, pero el vínculo sobrevivió. Las colonias judías que se fueron formando, primero

a lo largo de todas las costas mediterráneas y luego en el Medio Oriente, en España, en Renania, en Rusia meridional, en Polonia, en Bohemia y muchos otros sitios, siempre se mantuvieron obstinadamente fieles a este vínculo, que se fue consolidando bajo la forma de un inmenso cuerpo de leyes y tradiciones escritas, de una religión minuciosamente codificada y de un ritual peculiar y vistoso que permeaba todos los actos del día. Los judíos, minoritarios en todos sus afincamientos, eran así distintos, reconocibles como distintos, y a menudo orgullosos (con o sin razón) de ser distintos: todo lo cual los hacía muy vulnerables. De hecho fueron duramente perseguidos, en casi todos los países y en casi todos los siglos; a las persecuciones los judíos reaccionaron en pequeña parte asimilándose, es decir fundiéndose con la población circunstante; en su mayor parte, volvieron a emigrar a países más hospitalarios. Sin embargo, de tal manera se renovaba su «diferencia», exponiéndolos a nuevas restricciones y persecuciones.

Si bien en su esencia profunda el antisemitismo es un fenómeno irracional de intolerancia, en todos los países cristianos y a partir del momento en que el cristianismo se va consolidando como religión de Estado, el antisemitismo cobra un carácter marcadamente religioso, y aun teológico. Según afirma san Agustín, los judíos están condenados a la dispersión por el propio Dios, y por dos razones: porque de ese modo reciben el castigo por no haber reconocido en Cristo al Mesías, y porque su presencia en todos los países es necesaria a la Iglesia católica, que también está en todas partes, para que en todas partes se ponga de manifiesto ante los fieles la merecida infelicidad de los judíos. Por eso la dispersión y la separación de los judíos nunca habrá de terminar: ellos, con sus penas, deben testimoniar por la eternidad su propio error y, por ende, la verdad de la fe cristiana. Por consiguiente, dado que su presencia es necesaria, han de ser perseguidos, pero no matados.

No obstante, la Iglesia no se mostró siempre tan moderada: desde los primeros siglos del cristianismo se acusó a los judíos de algo mucho más grave: el ser, colectivamente y por la eternidad, responsables de la crucifixión de Cristo, de ser en fin el «pueblo deicida». Esta formulación, que aparece en la liturgia pascual en tiempos remotos y que sólo fue suprimida por el Concilio Vaticano II (1962-1965), se halla en el origen de varias creencias populares, funestas y siempre renovadas: que los judíos envenenan los pozos propagando la peste; que profanan habitualmente la hostia consagrada; que en Pascua secuestran niños cristianos con cuya sangre embeben el pan ácimo. Estas

creencias han dado pie a numerosas y sangrientas matanzas, y, entre otras cosas, a la expulsión masiva de judíos primero de Francia e Inglaterra y luego (1492-1498) de España y Portugal.

Se llega al siglo XIX pasando a través de una serie nunca interrumpida de matanzas y migraciones, un siglo marcado por el despertar generalizado de las conciencias nacionales y por el reconocimiento de los derechos de las minorías: con excepción de la Rusia de los zares, en toda Europa caen todas las restricciones legales contra los judíos, las mismas que habían sido invocadas por las Iglesias cristianas (según el lugar y la época, la obligación de residir en *ghettos* o zonas particulares, la obligación de llevar en la ropa un distintivo, la prohibición de acceso a determinados oficios o profesiones, la veda de los matrimonios mixtos, etcétera). Sobrevive, sin embargo, el antisemitismo, más vivaz sobre todo en aquellos países en los que una religiosidad tosca seguía atribuyendo a los judíos el asesinato de Cristo (Polonia y Rusia), y donde las reivindicaciones nacionales habían dejado una estela de aversión genérica contra los lindantes y los extranjeros (Alemania; pero también Francia, en donde al final del siglo XIX los clericales, los nacionalistas y los militares se ponen de acuerdo para desencadenar una violenta oleada antisemita con ocasión de la falsa acusación de alta traición contra Alfred Dreyfus, oficial judío del Ejército francés).

En Alemania, especialmente, durante todo el siglo pasado una ininterrumpida serie de filósofos y políticos habían insistido en una teorización fanática según la cual el pueblo alemán, dividido y humillado durante mucho tiempo, era depositario de la primacía en Europa y quizás en el mundo entero, era heredero de remotas y extremadamente nobles tradiciones y civilidades, y estaba constituido por individuos sustancialmente homogéneos de sangre y raza. Los pueblos alemanes debían unirse en un Estado fuerte y aguerrido, hegemónico en Europa e investido de una majestad casi divina.

Esta idea de la misión de la Nación Germana sobrevive a la derrota en la Primera Guerra Mundial y sale, al contrario, fortalecida de la humillación del tratado de paz de Versalles. De ella se adueña uno de los personajes más siniestros e infaustos de la Historia, el agitador político Adolf Hitler. Los burgueses y los industriales alemanes prestan atención a su inflamada oratoria: para ellos Hitler promete, Hitler logrará desviar hacia los judíos la aversión del proletariado alemán por las clases que lo han llevado a la derrota y al desastre económico. En pocos años, a partir de 1933, logra sacar partido de la cólera de un

país humillado y del orgullo nacionalista suscitado por los profetas que lo precedieron, Lutero, Fichte, Hegel, Wagner, Gobineau, Chamberlain, Nietzsche: su idea fija es la de una Alemania dominadora, no en un futuro lejano sino ahora mismo; no mediante una misión civilizadora sino con las armas. Todo lo que no es germánico le parece inferior, o peor: detestable, y los primeros enemigos de Alemania son los judíos, por muchos motivos que Hitler enunciaba con fervor dogmático: porque tienen «sangre distinta»; porque están emparentados con otros judíos en Inglaterra, en Rusia, en América; porque son herederos de una cultura en la que se razona y se discute antes de obedecer y en la que está prohibido inclinarse ante los ídolos, cuando él mismo aspira a ser venerado como un ídolo y no vacila en proclamar que «debemos desconfiar de la inteligencia y de la conciencia, y poner toda nuestra fe en los instintos». Y finalmente, muchos judíos alemanes han alcanzado posiciones clave en la economía, en las finanzas, en las artes, en la ciencia, en la literatura: Hitler, pintor fallido, arquitecto fracasado, vuelca sobre los judíos su resentimiento y su envidia de frustrado.

Esta semilla de intolerancia, cuando cae en un terreno bien predispuesto, prende con vigor increíble pero con nuevas formas. El antisemitismo de corte fascista, ese que el Verbo de Hitler despierta en el pueblo alemán, es más bárbaro que todos sus precedentes: convergen en él doctrinas biológicas artificialmente falseadas, según las cuales las razas débiles deben caer frente a las razas fuertes; las absurdas creencias populares que el sentido común había enterrado hacía siglos; una propaganda sin tregua Se rayan cotas nunca alcanzadas hasta entonces. El judaísmo no es una religión de la que pueda uno alejarse mediante el bautismo, ni una tradición cultural que pueda abandonarse por otra: es una subespecie humana, una raza diferente e inferior a todas las otras. Los judíos son seres humanos sólo en apariencia: en realidad son otra cosa: son algo abominable e indefinible, «más lejanos de los alemanes que el mono del hombre»; son culpables de todo, del rapaz capitalismo americano y del bolchevismo soviético, de la derrota de 1918, de la inflación de 1923; liberalismo, democracia, socialismo y comunismo son satánicos inventos judíos que amenazan la solidez monolítica del Estado nazi.

El paso de la prédica teórica a la acción práctica fue rápido y brutal. En 1933, sólo dos meses después de que Hitler conquistara el poder, nace Dachau, el primer *Lager*. En mayo del mismo año se enciende la primera hoguera de libros de autores judíos o enemigos del nazismo (pero más de cien años antes

Heine, poeta judío alemán, había escrito: «Quien quema libros termina tarde o temprano por quemar hombres»). En 1935 el antisemitismo queda codificado en una legislación monumental y minuciosa, las Leyes de Nuremberg. En 1938, durante una única noche de desórdenes manipulados desde arriba, se incendian 191 sinagogas y se destruyen miles de tiendas de judíos. En 1939 los judíos de la Polonia recién ocupada son encerrados en *ghettos*. En 1940 se abre el *Lager* de Auschwitz. En 1941-1942 la máquina de exterminio está en pleno funcionamiento: las víctimas llegarán a millones en 1944.

En la práctica cotidiana de los campos de exterminación se realizan el odio y el desprecio difundido por la propaganda nazi. Aquí no estaba presente sólo la muerte sino una multitud de detalles maníacos y simbólicos, tendentes todos a demostrar y confirmar que los judíos, y los gitanos, y los eslavos, son ganado, desecho, inmundicia. Recordad el tatuaje de Auschwitz, que imponía a los hombres la marca que se usa para los bovinos; el viaje en vagones de ganado, jamás abiertos, para obligar así a los deportados (¡hombres, mujeres y niños!) a yacer días y días en su propia suciedad; el número de matrícula que sustituye al nombre; la falta de cucharas (y, sin embargo, los almacenes de Auschwitz contenían, en el momento de la liberación, toneladas de ellas), por lo que los prisioneros habrían debido lamer la sopa como perros; el inicuo aprovechamiento de los cadáveres, tratados como cualquier materia prima anónima, de la que se extraía el oro de los dientes, los cabellos como materia textil, las cenizas como fertilizante agrícola; los hombres y mujeres degradados al nivel de conejillos de india para, antes de suprimirlos, experimentar medicamentos.

La manera misma elegida para la exterminación (al cabo de minuciosos experimentos) era ostensiblemente simbólica. Había que usar, y se usó, el mismo gas venenoso que se usaba para desinfectar las estibas de los barcos y los locales infestados de chinches o piojos. A lo largo de los siglos se inventaron muertes más atormentadoras, pero ninguna tan cargada de vilipendio y desdén.

Como se sabe, la obra de exterminación fue muy lejos. Los nazis, que a la vez estaban empeñados en una guerra durísima, manifestaron en ello una prisa inexplicable: los cargamentos de víctimas destinadas al gas o a ser trasladadas de los *Lager* cercanos al frente, tenían precedencia sobre los transportes militares. No llegó a su culminación sólo porque Alemania fue derrotada, pero el testamento político de Hitler, dictado pocas horas antes de su suicidio y con los rusos a pocos metros de

distancia, concluía así: «Sobre todo, ordeno al gobierno y al pueblo alemán que mantengan plenamente vigentes las leyes raciales, y que combatan inexorablemente contra el envenenador de todas las naciones, el judaísmo internacional».

Para resumir, se puede afirmar que el antisemitismo es un caso particular de intolerancia; que durante siglos ha tenido un carácter principalmente religioso; que en el tercer Reich fue exacerbado por la explosión nacionalista y militarista del pueblo alemán, y por la peculiar «diferencia» del pueblo judío; que se diseminó fácilmente por toda Alemania y buena parte de Europa, gracias a la eficacia de la propaganda de los fascistas y de los nazis que tenían necesidad de un chivo emisario sobre quien descargar todas las culpas y todos los resentimientos; y que el fenómeno fue llevado a su paroxismo por Hitler, dictador maníaco.

Debo conceder, sin embargo, que estas explicaciones comúnmente aceptadas no me satisfacen: son diminutas, no tienen común medida ni proporción con los hechos que pretenden explicar. Releyendo las crónicas del nazismo, desde sus turbios inicios hasta su fin convulsionado, no logro quitarme de encima la impresión de una atmósfera general de locura descontrolada que me parece ser única en la historia. Esta locura colectiva, este descarrío, suele explicarse postulando la combinación de muchos factores distintos, insuficientes uno a uno. El más importante sería la misma personalidad de Hitler y su profunda interacción con el pueblo alemán. Es verdad que sus obsesiones personales, su capacidad de odiar, su prédica de la violencia, hallaban una resonancia desenfrenada en la frustración del pueblo alemán, y de él le volvían multiplicadas, confirmándole su convicción delirante de ser él mismo quien encarnaba al Héroe de Nietzsche, el Superhombre redentor de Alemania.

Mucho se ha escrito acerca de su odio hacia el pueblo judío. Se ha dicho que Hitler volcaba sobre los judíos su odio hacia todo el género humano; que reconocía en los judíos algunos de sus propios defectos, y que al odiar a los judíos se odiaba a sí mismo; que la violencia de su aversión provenía del temor de tener «sangre judía» en las venas.

Insisto: no me parecen explicaciones adecuadas. No me parece lícito explicar un fenómeno histórico cargando todas las culpas sobre un individuo (¡los ejecutores de órdenes horrendas *no son* inocentes!), y además siempre es arduo interpretar las motivaciones profundas de un individuo. Las hipótesis propuestas justifican los hechos sólo parcialmente, explican la

calidad pero no la cantidad. Debo admitir que prefiero la humildad con que algunos historiadores entre los más serios (Bullock, Schramm, Bracher) confiesan no comprender el antisemitismo furibundo de Hitler y, detrás de él, de Alemania.

Quizás no se pueda comprender todo lo que sucedió, o *no se deba* comprender, porque comprender casi es justificar. Me explico: «comprender» una proposición o un comportamiento humano significa (incluso etimológicamente) contenerlo, contener al autor, ponerse en su lugar, identificarse con él. Pero ningún hombre normal podrá jamás identificarse con Hitler, Himmler, Goebbels, Eichmann e infinitos otros. Esto nos desorienta y a la vez nos consuela: porque quizás sea deseable que sus palabras (y también, por desgracia, sus obras) no lleguen nunca a resultarnos comprensibles. Son palabras y actos no humanos, o peor: contrahumanos, sin precedentes históricos, difícilmente comparables con los hechos más crueles de la lucha biológica por la existencia. A esta lucha podemos asimilar la guerra: pero Auschwitz nada tiene que ver con la guerra, no es un episodio, no es una forma extremada. La guerra es un hecho terrible desde siempre: podemos execrarlo pero está en nosotros, tiene su racionalidad, lo «comprendemos».

Pero en el odio nazi no hay racionalidad: es un odio que no está en nosotros, está fuera del hombre, es un fruto venenoso nacido del tronco funesto del fascismo, pero está fuera y más allá del propio fascismo. No podemos comprenderlo; pero podemos y debemos comprender dónde nace, y estar en guardia. Si comprender es imposible, conocer es necesario, porque lo sucedido puede volver a suceder, las conciencias pueden ser seducidas y obnubiladas de nuevo: las nuestras también.

Por ello, meditar sobre lo que pasó es deber de todos. Todos deben saber, o recordar, que tanto a Hitler como a Mussolini, cuando hablaban en público, se les creía, se los aplaudía, se los admiraba, se los adoraba como dioses. Eran «jefes carismáticos», poseían un secreto poder de seducción que no nacía de la credibilidad o de la verdad de lo que decían, sino del modo sugestivo con que lo decían, de su elocuencia, de su arte histriónico, quizás instintivo, quizás pacientemente ejercitado y aprendido. Las ideas que proclamaban no eran siempre las mismas y en general eran aberraciones, o tonterías, o crueldades; y, sin embargo, se entonaban *hosannas* en su honor y millones de fieles los seguían hasta la muerte. Hay que recordar que estos fieles, y entre ellos también los diligentes ejecutores de órdenes inhumanas, no eran esbirros natos, no

eran (salvo pocas excepciones) monstruos: eran gente cualquiera. Los monstruos existen pero son demasiado pocos para ser realmente peligrosos; más peligrosos son los hombres comunes, los funcionarios listos a creer y obedecer sin discutir, como Eichmann, como Hoess, comandante de Auschwitz, como Stangl, comandante de Treblinka, como los militares franceses de veinte años más tarde, asesinos en Argelia, como los militares norteamericanos de treinta años más tarde, asesinos en Vietnam.

Hay que desconfiar, pues, de quien trata de convencernos con argumentos distintos de la razón, es decir de los jefes carismáticos: hemos de ser cautos en delegar en otros nuestro juicio y nuestra voluntad. Puesto que es difícil distinguir los profetas verdaderos de los falsos, es mejor sospechar de todo profeta; es mejor renunciar a la verdad revelada, por mucho que exalten su simplicidad y esplendor, aunque las hallemos cómodas porque se adquieren gratis. Es mejor conformarse con otras verdades más modestas y menos entusiastas, las que se conquistan con mucho trabajo, poco a poco y sin atajos por el estudio, la discusión y el razonamiento, verdades que pueden ser demostradas y verificadas.

Es evidente que esta receta es demasiado simple como para cubrir todos los casos: un nuevo fascismo, con su retahíla de intolerancias, prepotencias y servidumbre, puede nacer fuera de nuestro país y ser importado, quizás de puntillas de pies y haciéndose llamar con otros nombres; o puede desencadenarse dentro de casa con una violencia capaz de desbaratar todo reparo. Entonces los consejos de sabiduría ya no sirven y se debe encontrar la forma de resistir: también en esto, la memoria de lo sucedido en el corazón de Europa, y no hace mucho, puede servir de sostén y admonición.

8. ¿Qué sería usted hoy si no hubiera estado preso en los Lager? ¿Qué siente cuando recuerda esa época? ¿A qué atribuye el haber sobrevivido?

Rigurosamente hablando, no sé ni puedo saber qué sería yo hoy si no hubiese estado en los *Lager*: ningún hombre conoce su futuro, y aquí se trataría justamente de describir un futuro que no tuvo lugar. Tiene cierto significado el intentar hacer previsiones (siempre groseras, por otra parte) sobre el comportamiento de una población, pero en cambio es

extremadamente difícil, o imposible, prever el comportamiento de un individuo, aun en una escala de días. Del mismo modo, el físico sabe pronosticar con gran exactitud el tiempo que tardará un gramo de radio en reducir a la mitad su radiactividad, pero de ninguna manera es capaz de decir cuándo se desintegrará un átomo particular de ese gramo de radio. Si un hombre camina hacia una bifurcación del camino y no coge a la izquierda, es obvio que cogerá a la derecha; pero nuestras elecciones casi nunca son entre dos alternativas: luego, a cada elección suceden otras, todas múltiples, y así al infinito; finalmente, nuestro futuro depende mucho de factores externos, del todo ajenos a nuestras elecciones deliberadas, y de factores internos, pero de los que no somos conscientes. Por estas notorias razones no conocemos nuestro porvenir ni el de nuestro prójimo; por las mismas razones nadie puede decir cuál habría sido su pasado «si».

Una afirmación, sin embargo, puedo formular, y es ésta: si no hubiera vivido la temporada de Auschwitz, es probable que nunca hubiera escrito nada. No habría tenido motivo, incentivo para hacerlo: fui estudiante mediocre de italiano y pobre de historia, más me interesaban la física y la química, y además había elegido un oficio, el de químico, que nada tenía en común con el mundo de la palabra escrita. Fue la experiencia del *Lager* lo que me obligó a escribir: no tuve que luchar contra la pereza, los problemas de estilo me parecían ridículos, encontré milagrosamente tiempo para escribir sin jamás robar una hora a mi oficio cotidiano: me parecía tener este libro entero en la mente, sólo tenía que dejarlo salir y que descendiera al papel.

Ahora han pasado muchos años: el libro ha tenido muchas aventuras y se ha curiosamente interpuesto, como una memoria artificial, pero también como una barrera defensiva, entre mi tan normal presente y mi feroz pasado de Auschwitz. Lo digo con cierta vacilación, porque no quiero parecer cínico: recordar los *Lager* hoy no me provoca ninguna emoción violenta ni dolorosa. Al contrario: a mi experiencia breve y trágica de deportado se ha superpuesto esa otra mucho más larga y compleja de escritor-testigo, y la suma es claramente positiva; globalmente, este pasado me ha hecho más rico y seguro. Una amiga mía, que muy joven había sido deportada al *Lager* para mujeres de Ravensbrück, dice que el campo fue su universidad: creo poder afirmar lo mismo, es decir que viviendo y luego escribiendo y meditando acerca de aquellos hechos, he aprendido muchas cosas sobre los hombres y el mundo.

Tengo que precisar de inmediato que este éxito positivo fue suerte de muy pocos: de los deportados italianos, por ejemplo,

sólo el cinco por ciento pudo regresar y, de ellos, muchos perdieron la familia, los amigos, los bienes, la salud, el equilibrio, la juventud. El hecho de haber sobrevivido y de haber vuelto indemne se debe en mi opinión a que tuve suerte. En muy pequeña medida jugaron los factores preexistentes, como mi entrenamiento para la vida en la montaña y mi oficio de químico, que me acarreó algún privilegio durante mis últimos meses de prisión. Quizás también me haya ayudado mi interés, que nunca flaqueó, por el ánimo humano y la voluntad no sólo de sobrevivir (común a todos), sino de sobrevivir con el fin preciso de relatar las cosas a las que habíamos asistido y que habíamos soportado. Y finalmente quizás haya desempeñado un papel también la voluntad, que conservé tenazmente, de reconocer siempre, aun en los días más negros, tanto en mis camaradas como en mí mismo, a hombres y no a cosas, sustrayéndome de esa manera a aquella total humillación y desmoralización que condujo a muchos al naufragio espiritual.

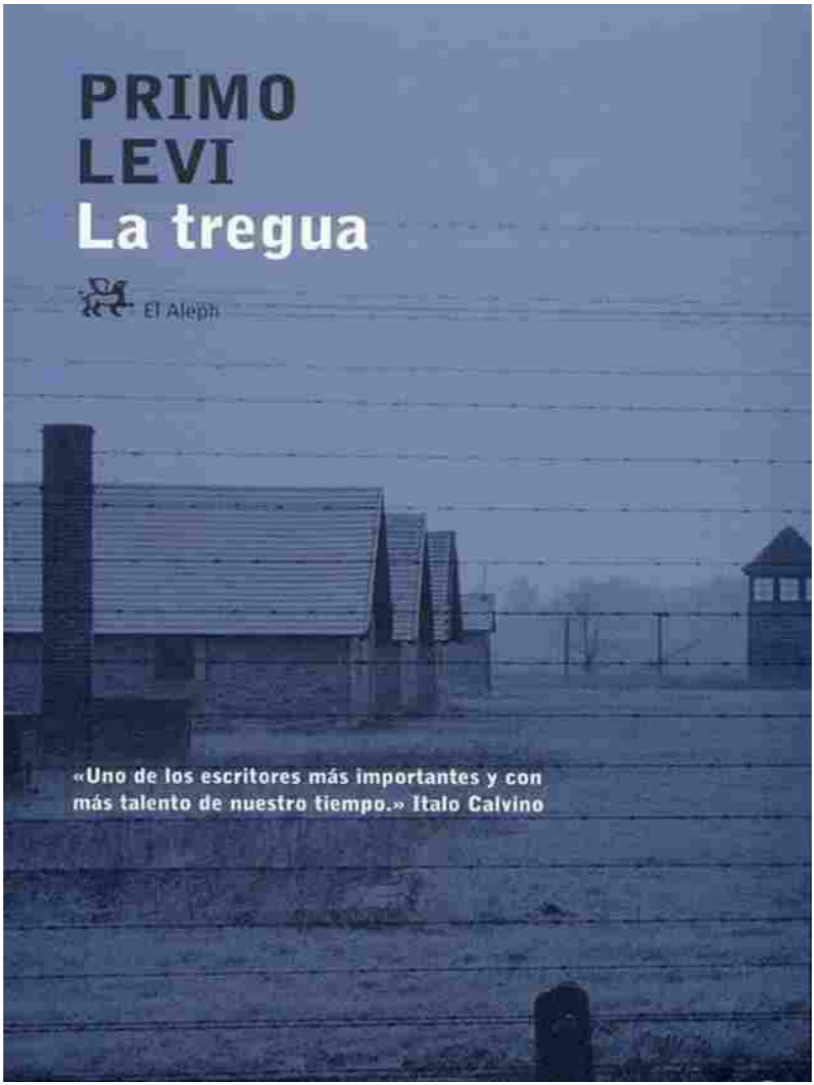
PRIMO LEVI

Noviembre de 1976

PRIMO LEVI

La tregua

El Aleph



«Uno de los escritores más importantes y con más talento de nuestro tiempo.» Italo Calvino

LA TREGUA

Soñábamos en las noches feroces
Sueños densos y violentos
Soñados con el alma y con el cuerpo:
Volver; comer, contar lo sucedido.
Hasta que se oía breve sofocada
La orden del amanecer:
«Wstawać»;
Y el corazón se nos hacía pedazos.
Ahora hemos vuelto a casa,
Tenemos el vientre ahíto,
Hemos terminado de contar nuestra historia.
Ya es hora. Pronto escucharemos de nuevo
La orden extranjera:
«Wstawać».

11 de enero de 1946

El deshielo

En los primeros días de enero de 1945, bajo el empuje del Ejército Rojo, ya cercano, los alemanes habían evacuado apresuradamente la cuenca minera silesiana. Mientras en otras partes, en circunstancias análogas, no habían dudado en destruir a sangre y fuego los *Lager* con todos sus ocupantes, en el distrito de Auschwitz actuaron de distinta manera: órdenes superiores (a lo que parece dictadas personalmente por Hitler) imponían la «recuperación», costase lo que costase, de todos los hombres que pudiesen ser capaces de trabajar. Por ello, todos los prisioneros sanos fueron evacuados, en condiciones espantosas, hacia Buchenwald y Mauthausen, mientras los enfermos fueron abandonados a su destino. Varios indicios permiten deducir la primera intención alemana de no dejar ni un hombre vivo en los campos de concentración, pero un violento ataque aéreo nocturno, y la rapidez del avance ruso, indujeron a los alemanes a cambiar de opinión, y a emprender la huida dejando incompletos su deber y su obra.

En la enfermería del *Lager* de Buna-Monowitz habíamos quedado ochocientos. Cerca de quinientos murieron de sus dolencias, de hambre y de frío, antes de que llegasen los rusos, y otros doscientos, a pesar de los cuidados recibidos, durante los días inmediatamente posteriores.

La primera patrulla rusa avistó el campo hacia mediodía del 27 de enero de 1945. Charles y yo fuimos los primeros en divisarla: estábamos llevando a la fosa común el cadáver de Sómogyi, el primer muerto de nuestros compañeros de habitación. Volcamos la camilla sobre la nieve sucia, porque la fosa estaba llena ya y no había otra sepultura: Charles se quitó el gorro, saludando a los vivos y los muertos.

Eran cuatro soldados jóvenes a caballo, que avanzaban cautelosamente, metralleta en mano, a lo largo de la carretera que limitaba el campo. Cuando llegaron a las alambradas se pararon a mirar, intercambiando palabras breves y tímidas, y lanzando miradas llenas de extraño embarazo a los cadáveres descompuestos, a los barracones destruidos y a los pocos vivos que allí estábamos.

Nos parecían asombrosamente corpóreos y reales, suspendidos (la carretera estaba más en alto que el campo) sobre sus enormes caballos, entre el gris de la nieve y el gris del cielo, inmóviles bajo las oleadas de viento húmedo y amenazador del deshielo.

Nos parecía, y era así, que la nada llena de muerte en que dábamos vueltas desde hacía diez días había encontrado su centro sólido, un núcleo de condensación: cuatro hombres armados, pero no armados contra nosotros; cuatro mensajeros de paz, de rostro rudo e infantil bajo los pesados cascos de pieles.

No nos saludaban, no sonreían; parecían oprimidos, más aún que por la compasión, por una timidez confusa que les sellaba la boca y les clavaba la mirada sobre aquel espectáculo funesto. Era la misma vergüenza que conocíamos tan bien, la que nos invadía después de las selecciones, y cada vez que teníamos que asistir o soportar un ultraje: la vergüenza que los alemanes no conocían, la que siente el justo ante la culpa cometida por otro, que le pesa por su misma existencia, porque ha sido introducida irrevocablemente en el mundo de las cosas que existen, y porque su buena voluntad ha sido nula o insuficiente, y no ha sido capaz de contrarrestarla.

Así, la hora de la libertad sonó para nosotros grave y difícil, y nos llenó el ánimo a la vez de gozo y de un doloroso sentimiento de pudor que nos movía a querer lavar nuestras conciencias y nuestras memorias de la suciedad que había en ellas: y de pena, porque sentíamos que aquello no podía suceder; que nunca ya podría suceder nada tan bueno y tan puro como borrar nuestro pasado, y que las señales de las ofensas se quedarían en nosotros para siempre, en los recuerdos de quienes las vivieron, y en los lugares donde sucedieron, y en los relatos que haríamos de ellas. Pues —y éste es el terrible privilegio de nuestra generación y de mi pueblo— nadie ha podido comprender mejor la naturaleza incurable de la ofensa, que se extiende como una epidemia. Es una necedad pensar que la justicia humana pueda borrarla. Es una fuente de mal inagotable: destroza el alma y el cuerpo de los afectados, los apaga y los hace abyectos;

reverdece en infamia sobre los opresores, se perpetúa en odio en los supervivientes, y pulula de mil maneras, contra la voluntad misma de todos, como sed de venganza, como quebrantamiento de la moral, como negación, como cansancio, como renuncia.

Estas cosas, confusas entonces, y advertidas por la mayoría sólo como una súbita oleada de cansancio moral, acompañaron nuestro gozo por ser liberados. Por ello, pocos de nosotros corrimos al encuentro de los salvadores, pocos caímos de rodillas. Charles y yo nos quedamos en pie junto al hoyo desbordante de miembros lívidos mientras los demás tiraban las alambradas; luego volvimos con la camilla vacía a llevar la noticia a nuestros compañeros.

Durante el resto del día no sucedió nada, cosa que no nos sorprendió y a la que estábamos acostumbrados hacía mucho tiempo. En nuestra habitación la litera del muerto Sómogyi fue ocupada inmediatamente por el viejo Thylle, ante la visible repulsión de mis dos amigos franceses.

Thylle, por lo que yo sabía entonces, era un «triángulo rojo», un prisionero político alemán, y era uno de los ancianos del *Lager*; como tal había pertenecido por derecho propio a la aristocracia del campo, no había trabajado manualmente (al menos en los últimos años) y había recibido alimentos y ropas de su casa. Por estas razones, los «políticos» alemanes eran raramente huéspedes de la enfermería, en donde por otra parte gozaban de varios privilegios: el primero de ellos, el de escapar a las selecciones. Como en el momento de la liberación era él el único, había sido investido por los SS que huían, del cargo de jefe de barracón del *Block* 20, del que formaban parte, también, además de nuestra sala de enfermos altamente contagiosos, la sección de TBC y la sección de disentería.

Como era alemán, se había tomado muy en serio aquel precario nombramiento. Durante los diez días que mediaron entre la partida de los alemanes y la llegada de los rusos, mientras cada uno libraba su última batalla contra el hambre, el hielo y la enfermedad, Thylle había hecho diligentes inspecciones de su recientísimo feudo, controlando el estado de los suelos y de las escudillas y el número de las mantas (una por huésped, vivo o muerto). En una de sus visitas a nuestra habitación había hasta elogiado a Arthur por el orden y la limpieza que había sabido mantener; Arthur, que no entendía alemán, y mucho menos el dialecto sajón de Thylle, le había contestado «viejo asqueroso» y «puta de los boches»; a pesar de ello Thylle, desde aquel día en adelante, con evidente abuso de autoridad, había cogido la costumbre de venirse todas las tardes a nuestra

habitación para servirse del cómodo retrete que teníamos instalado allí, el único en todo el campo que se limpiaba regularmente, y el único situado en la proximidad de una estufa.

Hasta aquel día el viejo Thylle había sido para mí un extraño, y por ello un enemigo; además, un poderoso, y por ello un enemigo peligroso. Para la gente como yo, es decir, para la mayoría del *Lager*, no había más matices: durante el larguísimo año transcurrido en el *Lager* yo no había tenido ni curiosidad ni ocasión de indagar en las complejas estructuras de la jerarquía del campo. El tenebroso edificio de los poderosos malvados estaba por encima de nosotros, y nosotros mirábamos al suelo. Y sin embargo fue este Thylle, viejo militante endurecido por cien luchas por su partido y dentro de su partido, y petrificado por diez años de vida feroz y ambigua en el *Lager*, el compañero y el confidente de mi primera noche de libertad.

Durante todo el día habíamos tenido demasiado que hacer para tener tiempo de comentar el acontecimiento que, sin embargo, sentíamos marcaba el punto crucial de toda nuestra vida; y tal vez inconscientemente lo habíamos buscado, el quehacer, precisamente con el fin de no tener tiempo, porque frente a la libertad nos sentíamos desvanecidos, vacíos, atrofiados, incapaces de desempeñar nuestro papel.

Pero llegó la noche, los compañeros enfermos se durmieron, también Charles y Arthur se quedaron dormidos con el sueño de la inocencia, porque estaban en el *Lager* hacía solamente un mes y todavía no habían absorbido todo su veneno: solo yo, aunque agotado, no podía dormirme, por el mismo cansancio y por la enfermedad. Tenía doloridos todos los miembros, la sangre me golpeaba convulsamente en la cabeza, y me sentía invadido por la fiebre. Pero no era eso sólo: como si hubiese caído un dique, precisamente en aquel momento en que todas las amenazas parecían desaparecer, en que la esperanza de un retorno a la vida dejaba de ser una locura, me sentía vencido por un dolor nuevo y más vasto, antes sepultado y relegado fuera de los límites de la conciencia por otros dolores más urgentes: era el dolor del exilio, de la casa lejana, de la soledad, de los amigos perdidos, de la juventud perdida, y de la multitud de cadáveres que había a mi alrededor.

Durante el año que había estado en Buna había visto desaparecer a las cuatro quintas partes de mis compañeros, pero no había sentido nunca la presencia concreta, el asedio de la muerte, su hálito sórdido a un paso, al otro lado de la ventana, en la litera de al lado, en mis propias venas. Yacía, así, en un duermevela enfermo y lleno de pensamientos funestos.

Pero pronto me di cuenta de que alguien más velaba. A la respiración pesada de los durmientes se sobreponía a ratos una inhalación ronca e irregular, interrumpida por golpes de tos y por gemidos y suspiros sofocados. Thylle lloraba, con fatigoso y desvergonzado llanto de viejo, insoportable como la desnudez senil. Tal vez se dio cuenta, en la oscuridad, de algún movimiento mío; y la soledad que hasta aquel día ambos, por diversos motivos, habíamos buscado, debía de pesarle tanto como a mí, porque en mitad de la noche me preguntó: «¿Estás despierto?», y sin esperar respuesta se encaramó con gran trabajo hasta mi litera, y se sentó autoritario junto a mí.

No era fácil entenderse con él; no sólo por motivos de idioma sino también porque los pensamientos que teníamos en el pecho durante aquella larga noche eran desmesurados, maravillosos y terribles, pero sobre todo confusos. Le dije que sentía nostalgia; y él, que había dejado de llorar, «¡diez años!», me dijo, «¡diez años!»: y después de diez años de silencio, con un hilo de voz estridente, grotesco y solemne a un tiempo, se puso a cantar la *Internacional* dejándome turbado, desconfiado y conmovido.

La mañana nos trajo las primeras señales de libertad. Llegaron (evidentemente mandados por los rusos) una veintena de civiles polacos, hombres y mujeres, que con escasísimo entusiasmo empezaron a moverse para poner orden y limpieza entre los barracones y llevarse los cadáveres. Hacia mediodía llegó un niño asustado que arrastraba una vaca por el cabezal: nos dio a entender que era para nosotros y que nos la mandaban los rusos, luego abandonó el animal y salió huyendo como quien lleva el diablo. Imposible decir cómo el pobre animal fue muerto en pocos minutos, vaciadas sus entrañas, descuartizado, y cómo sus despojos se esparcieron por todos los rincones del campo donde anidaban los supervivientes.

A partir del día siguiente vimos dar vueltas por el campo a más muchachas polacas, pálidas de compasión y de asco: limpiaban a los enfermos y les curaban las heridas lo mejor que podían. También encendieron una hoguera enorme en medio del campo, que alimentaban con los pedazos de los barracones derrumbados, y sobre la que hacían una sopa en recipientes improvisados. Por fin, al tercer día se vio entrar en el campo una carreta de cuatro ruedas guiada festivamente por Yankel, un *Häftling*: era un joven judío ruso, puede que el único ruso entre los supervivientes y, como tal, se había encontrado naturalmente revestido de la función de intérprete y de oficial de enlace con los mandos soviéticos. Entre sonoros trallazos anunció que estaba encargado de llevar al *Lager* central de Auschwitz —

transformado en un hospital gigante— a todos los que quedábamos vivos, en grupos pequeños de treinta o cuarenta al día, empezando por los enfermos más graves.

Mientras tanto había empezado el deshielo que temíamos hacía tantos días y a medida que la nieve iba desapareciendo el campo se convertía en una sucia ciénaga. Los cadáveres y las inmundicias hacían irrespirable el aire nebuloso y blando. Y la muerte no había dejado de atacar: morían a decenas los enfermos en sus literas frías, y morían acá y allá, por las carreteras fangosas, como fulminados, los supervivientes más ávidos que, siguiendo ciegamente los impulsos imperiosos de nuestra antigua hambre, se habían atracado con las raciones de carne que los rusos, que seguían enzarzados en combate en frentes no lejanos, nos hacían llegar al campo irregularmente: unas veces poco, otras nada, otras en una abundancia disparatada.

Pero de todo cuanto ocurría a mi alrededor yo no me daba cuenta más que de manera intermitente y confusa. Parecía que el cansancio y la enfermedad como bestias feroces y viles, hubiesen estado en acecho al momento en que me despojaba de toda defensa para echárseme encima. Yacía en un torpor febril, consciente sólo a medias, fraternalmente asistido por Charles, atormentado por la sed y por agudos dolores en las articulaciones. No había médicos ni medicinas. Me dolía también la garganta y tenía media cara hinchada: la piel se me había puesto roja y rugosa, y me ardía como si me hubiese quemado; tal vez sufría de muchas enfermedades a la vez. Cuando me llegó la hora de subir a la carreta de Yankel ya no podía tenerme en pie.

Me alzaron al carro Charles y Arthur, junto con una carga de moribundos de los que no me sentía muy distinto. Lloviznaba, y el cielo estaba bajo y oscuro. Mientras el lento paso de los caballos de Yankel me arrastraba hacia la lejanísima libertad, desfilaron por última vez ante mis ojos los barracones donde había sufrido y había madurado, la plaza de la Lista en la que se erguían ahora, una cosa al lado de la otra, la horca y un gigantesco árbol de Navidad, y la puerta de la esclavitud sobre la que, ya inútiles, se leían aún las tres palabras sarcásticas: «Arbeit Macht Frei», «El trabajo nos hace libres».

El Campo Grande

En Buna no se sabía nada del Campo Grande de Auschwitz propiamente dicho: los *Häftlinge* transferidos al campo eran pocos, no eran locuaces (ningún *Häftling* lo era), ni se les creía fácilmente.

Cuando el carro de Yankel cruzó su famoso umbral nos quedamos pasmados. Buna-Monowitz, con sus doce mil habitantes, era una aldea a su lado: aquella en la que entrábamos era una metrópolis inmensa. Nada de *Blocks* de madera de un piso sino innumerables edificios tétricos, cuadrados, de piedra gris, de tres plantas, todos iguales; entre ellos se extendían carreteras pavimentadas, rectilíneas y perpendiculares, que se perdían a la vista. Y todo estaba desierto, silencioso, aplastado por el cielo bajo, lleno de fango y de lluvia y de abandono.

Aquí también, como a cada revuelta de nuestro tan largo itinerario, nos sorprendió ser recibidos con un baño cuando de tantas otras cosas teníamos necesidad. Pero aquél no fue un baño de humillación, un baño grotesco-demoníaco-sacro, un baño de misa negra como el que había sellado nuestro descenso al universo concentracionario, y tampoco un baño funcional, antiséptico, altamente tecnificado, como aquel de nuestro paso, muchos meses más tarde, a manos americanas: sino un baño a la manera rusa, a medida humana, extemporáneo y aproximado.

No intento poner en duda que un baño, para quienes estábamos en aquellas condiciones, fuese una cosa oportuna: era incluso necesario y fue bien recibido. Pero en aquél, y en cada una de las tres memorables purificaciones por las que pasamos, era fácil advertir, tras el plano concreto y literal, una gran sombra simbólica, el deseo inconfesado por parte de las

nuevas autoridades que una vez tras otra nos absorbían en su esfera, de despojarnos de los vestigios de nuestra vida anterior, de hacer de nosotros hombres nuevos, conformes a sus modelos, de imponernos su marca.

Nos bajaron del carro dos brazos robustos de dos enfermeras soviéticas: «Po malu, po malu!» («¡despacio, despacio!»); fueron las primeras palabras rusas que oí. Eran dos muchachas enérgicas y expertas. Nos llevaron a una de las instalaciones del campo que se habían arreglado provisionalmente, nos desnudaron, nos hicieron señales de que nos echásemos en las traviesas de madera que cubrían el suelo y, con manos compasivas pero sin demasiados miramientos, nos enjabonaron, restregaron, nos dieron masajes y nos secaron de la cabeza a los pies.

La operación se hizo rápida y limpiamente con todos nosotros, con la excepción de alguna protesta moralístico-jacobina de Arthur, que se proclamaba *libre citoyen*, y en cuyo subconsciente el contacto de aquellas manos femeninas sobre la piel desnuda entraba en conflicto con tabúes ancestrales. Pero surgió un gran obstáculo cuando le llegó el turno al último del grupo.

Ninguno de nosotros sabía quién era, porque no estaba en condiciones de hablar. Era una larva, un hombrecillo calvo, nudoso como una vid, esquelético, acartonado por una horrible contracción de los músculos: lo habían bajado del carro como a un fardo, como a un bloque inanimado, y ahora estaba echado en el suelo de lado, encorvado y rígido, en una desesperada posición defensiva, con las rodillas apretadas contra la frente, los codos contra los flancos y los puños cerrados contra los hombros. Las enfermeras rusas, perplejas, intentaron en vano estirarlo y echarlo de espaldas, mientras él lanzaba gritos agudos de ratón: por lo demás, era un empeño inútil, sus miembros cedían elásticamente a la fuerza, pero apenas cesada ésta se disparaban a su posición inicial. Entonces tomaron partido, y se lo llevaron a la ducha tal como estaba; y siguiendo las órdenes precisas que tenían lo lavaron lo mejor que pudieron haciendo entrar a la fuerza el jabón y la esponja en el enredo leñoso de aquel cuerpo; por fin, lo enjuagaron concienzudamente echándole encima un par de cubos de agua tibia.

Charles y yo, desnudos y humeantes, asistíamos a la escena con compasión y horror. Al extender uno de los brazos se vio por un instante el número tatuado: era un 200.000, uno de los Vosgos «Bon Dieu, c'est un français!», dijo Charles, y se dio la

vuelta en silencio contra la pared.

Nos dieron camisa y calzoncillos y nos llevaron al barbero ruso para que, por última vez en nuestra ruta, nos pelasen al cero. El barbero era un gigante moreno, de ojos salvajes y vivaces: ejercía su oficio con una violencia temeraria y, por razones que me eran desconocidas, llevaba una metralleta en bandolera. «Italiano Mussolini», me dijo torvamente, y a los dos franceses: «Fransé Laval»; demostrando de cuán poco sirven las ideas generales para la comprensión de los casos particulares.

Allí nos separamos: Charles y Arthur, entonces curados y relativamente con buena salud, se reunieron con el grupo de los franceses, y desaparecieron de mi horizonte. Yo, enfermo, fui llevado a la enfermería, sumariamente reconocido y relegado inmediatamente a un nuevo «Pabellón de infecciosos».

La enfermería lo era en la intención, y además porque efectivamente rebosaba de enfermos (ya que los alemanes que huían habían dejado en Monowitz, Auschwitz y Birkenau sólo a los enfermos más graves, y todos ellos habían sido reunidos por los rusos en el Campo Grande): no era, ni podía ser, un sitio donde se curase a la gente, porque los médicos, que en su mayoría estaban enfermos, eran sólo unas cuantas decenas, las medicinas y el material sanitario faltaban por completo, y las tres cuartas partes de los por lo menos cinco mil huéspedes que tenía el campo estaban necesitados de cuidados.

El lugar al que fui asignado era una sala enorme y oscura, llena hasta el techo de sufrimiento y lamentos. Para los ochocientos enfermos sólo había un médico de guardia, y ninguna enfermera: eran los mismos enfermos quienes debían proveer a sus necesidades más urgentes, y a las de los que estaban más graves. Pasé allí una sola noche, que recuerdo como una pesadilla; por la mañana, los cadáveres de las literas, o de bruces sobre el suelo, se contaban por docenas.

Al día siguiente me llevaron a un local más pequeño, en el que sólo había veinte literas: en una de ellas estuve durante tres o cuatro días, acosado por una fiebre altísima, sólo consciente a intervalos, incapaz de comer y atormentado por una sed atroz.

Al quinto día la fiebre había desaparecido: me sentía ligero como una nube, hambriento y helado, pero sentía la cabeza vacía, los ojos y las orejas como afinados por el forzado ayuno, y estaba en condiciones de reanudar mi contacto con el mundo.

En el curso de aquellos pocos días había ocurrido a mi alrededor un cambio muy aparente. La guadaña había segado por última vez, se había hecho el último ajuste de cuentas: los

moribundos habían muerto, en los demás la vida volvía otra vez a correr tumultuosamente. Del otro lado de las ventanas, aunque estuviese nevando copiosamente, las funestas carreteras del campo no estaban ya desiertas sino que hervían en un bullicioso ir y venir de gente, confuso y ruidoso, que parecía un fin en sí mismo. Hasta entrada la noche se oían resonar gritos alegres e iracundos, llamadas, canciones. A pesar de ello mi atención, y la de mis vecinos de cama, pocas veces podía eludir la presencia obsesiva, la mortal fuerza de afirmación del que entre nosotros era el más pequeño e inerme, del más inocente: de un niño, Hurbinek.

Hurbinek no era nadie, un hijo de la muerte, un hijo de Auschwitz. Parecía tener unos tres años, nadie sabía nada de él, no sabía hablar y no tenía nombre: aquel curioso nombre de Hurbinek se lo habíamos dado nosotros, puede que hubiera sido una de las mujeres que había interpretado con aquellas sílabas alguno de los sonidos inarticulados que el pequeño emitía de vez en cuando. Estaba paralítico de medio cuerpo y tenía las piernas atrofiadas, delgadas como hilos; pero los ojos, perdidos en la cara triangular y hundida, asaeteaban atrozmente a los vivos, llenos de preguntas, de afirmaciones, del deseo de desencadenarse, de romper la tumba de su mutismo. La palabra que le faltaba y que nadie se había preocupado de enseñarle, la necesidad de la palabra, apremiaba desde su mirada con una urgencia explosiva: era una mirada salvaje y humana a la vez, una mirada madura que nos juzgaba y que ninguno de nosotros se atrevía a afrontar, de tan cargada como estaba de fuerza y de dolor.

Ninguno, excepto Henek: era mi vecino de cama, un muchacho húngaro robusto y florido, de quince años. Henek se pasaba junto a la cuna de Hurbinek la mitad del día. Era maternal más que paternal: es bastante probable que, si aquella convivencia precaria que teníamos hubiese durado más de un mes, Henek hubiese enseñado a hablar a Hurbinek; seguro que mejor que las muchachas polacas, demasiado tiernas y demasiado vanas, que lo mareaban con caricias y besos pero que rehuían su intimidad.

Henek, tranquilo y testarudo, se sentaba junto a la pequeña esfinge, inmune al triste poder que emanaba; le llevaba de comer, le arreglaba las mantas, lo limpiaba con hábiles manos que no sentían repugnancia; y le hablaba, naturalmente en húngaro, con voz lenta y paciente. Una semana más tarde, Henek anunció con seriedad, pero sin sombra de presunción, que Hurbinek «había dicho una palabra». ¿Qué palabra? No lo sabía,

una palabra difícil, que no era húngara: algo parecido a «mass-klo», «matisklo». En la noche aguzamos el oído: era verdad, desde el rincón de Hurbinek nos llegaba de vez en cuando un sonido, una palabra. No siempre era exactamente igual, en realidad, pero era una palabra articulada con toda seguridad; o, mejor dicho, palabras articuladas ligeramente diferentes entre sí, variaciones experimentales en torno a un tema, a una raíz, tal vez a un nombre.

Hurbinek siguió con sus experimentos obstinados mientras tuvo vida. En los días siguientes todos los escuchamos en silencio, ansiosos por comprenderlo, entre nosotros había gente que hablaba todas las lenguas de Europa: pero la palabra de Hurbinek se quedó en el secreto. No, no era un mensaje, no era una revelación: puede que fuese su nombre, si alguna vez le había tocado uno en suerte; puede (según nuestras hipótesis) que quisiese decir «comer», o «pan»; o tal vez «carne» en bohemio, como sostenía con buenos argumentos uno de nosotros que conocía esa lengua.

Hurbinek, que tenía tres años y probablemente había nacido en Auschwitz, y nunca había visto un árbol; Hurbinek, que había luchado como un hombre, hasta el último suspiro, por conquistar su entrada en el mundo de los hombres, del cual un poder bestial lo había exiliado; Hurbinek, el sinnombre, cuyo minúsculo antebrazo había sido firmado con el tatuaje de Auschwitz; Hurbinek murió en los primeros días de marzo de 1945, libre pero no redimido. Nada queda de él: el testimonio de su existencia son estas palabras mías.

Henek era un buen amigo, y una fuente continua de sorpresas. Su nombre era también convencional, como el de Hurbinek: su verdadero nombre, que era König, había sido transformado en Henek por las dos muchachas polacas que, aunque por lo menos diez años mayores que él, experimentaban por Henek una simpatía ambigua que pronto se convirtió en deseo manifiesto.

Henek-König, en nuestro microcosmos de desdicha, era el único que no estaba enfermo ni convaleciente sino que, por el contrario, gozaba de una salud espléndida de cuerpo y de espíritu. Era pequeño de estatura y de aspecto dulce, pero tenía unos músculos de atleta; afectuoso y servicial con Hurbinek y con nosotros, albergaba sin embargo instintos plácidamente sanguinarios. El *Lager*, trampa mortal, «molino de huesos» para los demás, había sido para él una buena escuela: en pocos meses lo había convertido en un joven carnívoro, veloz, sagaz, feroz y prudente.

Durante las largas horas que pasamos juntos me contó lo esencial de su breve vida. Había nacido y había vivido en una fábrica, en Transilvania, en medio del bosque, junto a la frontera rumana. Se iba muchas veces al bosque con su padre, los domingos, los dos armados. ¿Por qué armados? ¿Para cazar? Sí, también para cazar; pero también para dispararle a los rumanos. ¿Y por qué les disparaban a los rumanos? Porque son rumanos, me explicó Henek, con una sencillez pasmosa. También ellos, de vez en cuando, nos disparaban.

Lo habían cogido preso y lo habían deportado a Auschwitz con toda su familia. A los demás los habían matado en seguida: él les había declarado a los SS que tenía dieciocho años y era albañil, cuando tenía catorce y era estudiante. Así había ingresado en Birkenau: pero en Birkenau, al revés, había insistido en su verdadera edad, le habían asignado al *Block* de los niños y, como era mayor y más robusto, se había convertido en su *Kapo*. Los niños, en Birkenau, eran aves de paso: después de unos días se los transfería al *Block* de los experimentos, o directamente a la cámara de gas. Henek había comprendido la situación rápidamente, y como buen *Kapo* se había «organizado», había establecido una sólida relación con un influyente *Häftling* húngaro, y había sobrevivido hasta la liberación. Cuando se hacían las selecciones en el *Block* de los niños quien elegía era él. ¿No sentía remordimientos? No: ¿por qué? ¿Es que había otra manera de sobrevivir?

En la evacuación del *Lager*, prudentemente, se había escondido; por la ventanilla de una cantina había visto a los alemanes desmantelar a toda prisa los fabulosos almacenes de Auschwitz, y había observado cómo, en el desbarajuste de la partida, habían dejado caer en la carretera gran cantidad de alimentos enlatados. No se habían entretenido en recogerlos sino que habían intentado destruirlos pasando por encima de ellos con las cadenas de sus tanques. Muchas latas se habían hundido en el fango y la nieve sin romperse: por la noche, Henek había salido con un saco y había reunido un fantástico tesoro de latas, deformadas, aplastadas, pero llenas: de carne, de manteca, de fruta, de vitaminas. No se lo había dicho a nadie, naturalmente: me lo decía a mí porque era su vecino de cama, y podía servirle de vigilante. En efecto, como Henek se pasaba muchas horas dando vueltas por el *Lager*, en ocupaciones misteriosas, mientras yo estaba imposibilitado para moverme, mi trabajo de guardia le fue muy útil. Tenía confianza en mí: colocó el saco debajo de mi cama, y durante los días siguientes me correspondió con una justa retribución en especies, autorizándome a coger las raciones

de mantenimiento que considerase apropiadas, en cantidad y calidad, para mi condición de enfermo y a la clase de mis servicios.

No era Hurbinek el único niño. Había más, en condiciones de salud relativamente buenas: habían formado un pequeño «club», muy restringido y reservado, en el cual la intrusión de los adultos era a todas luces mal recibida. Eran animalillos salvajes y juiciosos, que hablaban entre sí en lenguas que yo no comprendía. El miembro más autorizado del clan no tenía más de cinco años, y se llamaba Peter Pavel.

Peter Pavel no hablaba con nadie y no necesitaba a nadie. Era un hermoso niño rubio y robusto, de cara inteligente e impasible. Por la mañana se bajaba de la litera, que estaba en la tercera fila, con movimientos lentos pero seguros, iba a las duchas a llenar de agua su escudilla y se lavaba meticulosamente. Luego desaparecía durante toda la jornada, haciendo sólo una breve aparición a mediodía para llevarse el potaje en la escudilla. Volvía a cenar; comía, se iba otra vez, volvía poco después con un orinal, lo ponía en la esquina detrás de la estufa, se sentaba en él unos pocos minutos, volvía a irse con el orinal, entraba sin él, se encaramaba despacio a su sitio, arreglaba puntillosamente las mantas y la almohada, y se dormía hasta la mañana siguiente sin cambiar de postura.

Pocos días después de mi llegada vi con desasosiego aparecer una cara conocida; la silueta patética y desagradable del Kleine Kiepura, la mascota de Buna-Monowitz. Todos los de Buna lo conocían: era el más joven de los prisioneros, no tenía más que doce años. Todo en él era irregular, empezando por su presencia en el *Lager*, donde lo normal era que los niños no entrasen vivos: nadie sabía cómo o por qué había sido admitido él, pero al mismo tiempo todos lo sabíamos hasta la saciedad. Irregular era también su posición, puesto que no iba a trabajar sino que vivía en semiclausura en el *Block* de los funcionarios; llamativamente irregular era, en fin, su aspecto.

Había crecido demasiado y mal: del cuerpo achatado y corto le salían unos brazos y unas piernas larguísimos, de araña; y debajo de la cara pálida, no sin cierta gracia infantil, salía hacia adelante una enorme mandíbula, más prominente que la nariz. El Kleine Kiepura era el ayudante y protegido del *Lager—Kapo*, el *Kapo* de todos los *Kapos*.

Nadie lo quería, salvo su protector. A la sombra de la autoridad, bien comido y vestido, exento de trabajo, había llevado hasta el último día una existencia ambigua y frívola de

favorito, entretejida de chismes, delaciones y afectos distorsionados: su nombre, espero que sin razón, se susurraba siempre en los casos más clamorosos de denuncias anónimas a la Sección política y a los SS. Por eso todos le temíamos y le huíamos.

Ahora el *Lager—Kapo*, destituido de todo poder, marchaba hacia occidente, y el Kleine Kiepura, convaleciente de una ligera enfermedad, había seguido nuestro destino. Le dieron cama y escudilla y entró en nuestro limbo. Henek y yo le dirigimos unas pocas y cautas palabras, porque experimentábamos hacia él una desconfianza y una compasión hostiles; pero casi ni nos contestó. Se estuvo callado dos días seguidos: se quedaba en la litera todo encogido, la mirada fija en el vacío y los puños apretados contra el pecho. Luego, empezó a hablar de repente: y echamos de menos su silencio. El Kleine Kiepura hablaba solo, como en sueños: y soñaba que había hecho carrera, que se había convertido en un *Kapo*. No se sabía si era locura o si era un juego pueril y siniestro: sin tregua, desde lo alto de una litera junto al techo, el chico cantaba y silbaba las marchas de Buna, los ritmos brutales que habían escondido nuestros pasos cansados todas las mañanas y todas las tardes; y vociferaba en alemán órdenes imperiosas a una multitud de esclavos inexistentes.

—¡A levantarse, puercos!, ¿lo habéis oído? Haced las camas, de prisa, limpiaos los zapatos. Reunión general, revisión de los piojos, revisión de los pies. ¡Enseñad los pies, carroñas! Otra vez sucio, tú, saco de m…; ten cuidado que no estoy para juegos. Te pesco una vez más y te vas al crematorio. —Y luego gritando a la manera de los militares alemanes—: En fila, cubiertos, alineados. Abajo el coleto: al paso, seguir la música. Las manos en la costura del pantalón. —Y luego, después de una pausa, con voz arrogante y chillona—: Esto no es un sanatorio. Es un *Lager* alemán, se llama Auschwitz y no se sale más que por la Chimenea. Si te gusta, bien; si no te gusta no tienes más que ir a tocar el cable de alta tensión.

El Kleine Kiepura desapareció pocos días después, con gran alivio de todos. En medio de nosotros, débiles y enfermos, pero llenos de alegría tímida y temblorosa de la libertad recuperada, su presencia ofendía como la de un cadáver, y la compasión que suscitaba en nosotros estaba mezclada de horror. En vano intentamos arrancarlo de su delirio: la infección del *Lager* le había afectado demasiado. Las dos muchachas polacas, que desempeñaban (en realidad bastante mal) las funciones de enfermeras, se llamaban Hanka y Jadzia. Hanka era una ex

Kapo, como se podía deducir por su cabellera que no había sido afeitada, y aún con mayor seguridad por sus maneras imperiosas. No debía tener más de veinticuatro años: era de mediana estatura, de piel olivácea y de rasgos duros y ordinarios. En aquella atmósfera de purgatorio, llena de sufrimientos pesados y presentes, de esperanzas y de compasión, se pasaba los días delante del espejo, o limándose las uñas de las manos y los pies, o pavoneándose ante el irónico e indiferente Henek.

Era, o se consideraba, de más alto rango que Jadzia; pero la verdad es que hacía falta bien poco para ganar en autoridad a una criatura tan insignificante. Jadzia era una muchacha pequeña y tímida, de tez de un rojizo enfermizo; pero su envoltorio de carne anémica estaba atormentado, herido desde su interior, agitado por una secreta y continua tempestad. Tenía ganas, deseo, necesidad insoslayable de un hombre, de cualquier hombre, de prisa, de todos los hombres. Todo macho que aparecía en su radio de acción la atraía, pesadamente, como la calamita atrae al hierro. Jadzia se quedaba mirándolo con ojos encandilados y atónitos, se ponía de pie en su rincón, iba hacia él con paso inseguro de sonámbula, se arrimaba a él; si el hombre se alejaba, lo seguía a distancia, en silencio algunos metros, luego volvía, con los ojos bajos, a su inercia; si el hombre la esperaba, Jadzia lo envolvía, se lo incorporaba, tomaba posesión de él, con los movimientos ciegos, mudos, trémulos, lentos, pero seguros que manifiestan las amebas bajo el microscopio.

Su objetivo primero y principal era, naturalmente, Henek: pero Henek no la quería, la escarnecía, la insultaba. Aunque, como chico práctico que era, no se había desentendido del asunto y había avisado a Noah, su gran amigo.

Noah no vivía en nuestra sala, y en realidad no vivía en ningún sitio sino en todos. Era un hombre nómada y libre, feliz con el aire que respiraba y con la tierra que pisaba. Era el *Scheissminister* de la Auschwitz libre, el ministro de las letrinas y los pozos negros: pero a pesar de este oficio evacuatorio (que, por otra parte, había asumido voluntariamente) no había en él nada de sucio, o si algo había, estaba sobrepasado y bordado por el ímpetu de su vigor vital. Noah era un pantagruel jovencísimo, fuerte como un caballo, voraz y salaz. Como Jadzia deseaba a todos los hombres, así Noah deseaba a todas las mujeres: pero mientras la tenue Jadzia se limitaba a tender a su alrededor sus inconsistentes redes, como un molusco de roca, Noah, pájaro de alto vuelo, surcaba de la mañana a la noche

todas las calles del campo subido en su carro repugnante, restallando la fusta y cantando a voz en grito: el carro se paraba delante de la entrada de cada *Block* y, mientras sus subordinados, sucios y fétidos, desempeñaban entre blasfemias su inmundo trabajo, Noah se iba por las salas de las mujeres como un príncipe de Oriente, vestido con una chaqueta extravagante y variopinta, llena de remiendos y de alamares. Sus citas de amor parecían huracanes. Era el amigo de todos los hombres y el amante de todas las mujeres. El diluvio había pasado: en el cielo negro de Auschwitz, Noah veía brillar el arco iris, y el mundo era suyo, para repoblarlo.

Eran Vitta, o Eran Vita, como la llamaban todos, amaba, por el contrario, a todos los seres humanos con un amor fraternal. Frau Vita, de cuerpo deshecho y dulce rostro claro, era una joven viuda de Trieste, medio judía, superviviente de Birkenau. Pasaba muchas horas junto a mi cama, hablándome de mil cosas al mismo tiempo, con volubilidad triestina, riéndose y llorando: tenía buena salud, pero estaba profundamente herida, llagada por cuanto había sufrido y visto en un año de *Lager*, y en aquellos últimos días horribles. La habían «asignado» al transporte de los cadáveres, de los pedazos de cadáveres, de miserables despojos anónimos, y aquellas últimas imágenes le pesaban encima como una montaña: quería exorcizarlas, limpiarse de ellas arrojándose de cabeza en una actividad tumultuosa. Era la única que se ocupaba de los enfermos y de los niños; lo hacía con una compasión frenética y, cuando le quedaba tiempo, fregaba los pisos y limpiaba los cristales con una furia salvaje, enjuagaba fragorosamente las escudillas y los vasos, corría por las salas para llevar recados verdaderos o fingidos; luego volvía sin aliento, y se sentaba jadeante en mi litera, con los ojos húmedos, hambrienta de conversación, de confidencias, de calor humano. Por la noche, cuando todos los trabajos diarios se habían terminado, incapaz de soportar la soledad, daba un salto fuera de su yacija y bailaba sola, entre cama y cama, a la música de sus mismas canciones, apretando cariñosamente contra su pecho a un hombre imaginario.

Fue Eran Vita quien le cerró los ojos a André y a Antoine. Eran dos jóvenes campesinos de los Vosgos, ambos compañeros míos en los diez días de interregno, ambos enfermos de difteria. Me parecía conocerlos hacía siglos. Con extraño paralelismo fueron atacados simultáneamente por una especie de disentería que pronto se reveló gravísima, de origen tuberculoso; y en pocos días la balanza de su destino perdió el equilibrio. Eran vecinos de cama, no se quejaban, aguantaban los cólicos atroces

con los dientes apretados, sin comprender su mortal naturaleza, hablaban sólo entre sí, tímidamente, y no pedían ayuda a nadie. André fue el primero en irse, mientras hablaba, en mitad de una frase, como se apaga una vela. Tardaron dos días en venir a llevárselo; los niños venían a mirarlo con una curiosidad pasmada, luego seguían jugando en su rincón.

Antoine se quedó silencioso y solo, encerrado en una espera que lo transfiguraba. Su estado de nutrición era aceptable, pero en dos días sufrió una metamorfosis impresionante, como si lo estuviese chupando su vecino. Entre Frau Vita y yo logramos, luego de muchas tentativas infructuosas, hacer venir a un médico: le pregunté, en alemán, si se podía hacer algo, si había alguna esperanza, y le pedí que no me contestase en francés. Me contestó en yiddish, con una frase breve que no entendí: entonces me la tradujo en alemán: «Sein Kamerad ruft ihn», su amigo lo llama. Antoine siguió su llamada aquella misma noche. No tenía todavía veinte años y habían estado en el *Lager* sólo un mes.

Por fin llegó Olga, una noche llena de silencio, a llevarme las funestas noticias del campo de Birkenau, y del destino de las mujeres que habían sido transportadas conmigo. Hacía muchos días que la esperaba: no la conocía en persona pero Frau Vita, que a pesar de las prohibiciones sanitarias se relacionaba también con los enfermos de las demás secciones, en busca de penas que aliviar y de coloquios apasionados, nos había informado de nuestras presencias respectivas, y había organizado el encuentro ilícito, a mitad de la noche, mientras todos dormían.

Olga era una partisana judía croata que, en 1944 se había refugiado en la región de Asti con su familia, y que había sido internada; perteneció, pues, a aquella oleada de varios millares de judíos extranjeros que habían encontrado asilo, y una paz breve, en la paradójica Italia de aquellos años, oficialmente antisemita. Era una mujer de gran inteligencia y cultura, fuerte, guapa, y consciente; deportada a Birkenau, era la única de su familia que había sobrevivido.

Hablaba italiano perfectamente; por gratitud y por temperamento se había hecho amiga en seguida de las italianas del campo y, sobre todo, de las que habían sido deportadas con mi convoy. Me contó su historia con la mirada en tierra, a la luz de una vela. La furtiva luz sólo sustraía a las tinieblas su rostro, acentuando sus arrugas precoces y convirtiéndolo en una máscara trágica. Tenía la cabeza oculta con un pañuelo: en determinado momento se lo desató y la máscara se volvió

macabra como una calavera. El cráneo de Olga estaba desnudo: sólo lo cubría una leve pelusa gris.

Habían muerto todos. Todos los niños y todos los viejos, inmediatamente. De las quinientas cincuenta personas a quienes había perdido el rastro al ingresar en el *Lager*, sólo veintinueve habían sido admitidas en el campo de Birkenau: de ellas, sólo cinco habían sobrevivido. Vanda había ido a la cámara de gas, plenamente consciente, en el mes de octubre: ella misma, Olga, le había proporcionado dos pastillas de somnífero, pero no eran suficientes.

El griego

Hacia fines de febrero, después de un mes de cama, me sentía si no curado sí en estado estacionario. Tenía la clara impresión de que mientras no me pusiese en posición vertical, mientras no metiese los pies dentro de los zapatos, no encontraría la salud y las fuerzas. Por eso, en uno de los raros días de visita del médico, le pedí que me diese de alta. El médico me reconoció, o hizo que me reconocía; comprobó que la desescamación de la escarlatina había terminado; me dijo que por su parte podía irme; me recomendó, absurdamente, que no me expusiese al cansancio ni al frío, y me deseó buena suerte.

Entonces me hice unos botines cortando un trozo de manta, me apoderé de todas las chaquetas y calzones que pude encontrar por allí (ya que otros indumentos no se encontraban), me despedí de Frau Vita y de Henek, y me fui.

Me tenía mal en pie. Apenas salí me encontré con un oficial soviético que estaba junto a la puerta: me hizo una foto y me regaló cinco cigarrillos. Poco más adelante no pude escaparme de otro individuo, vestido de civil, que estaba buscando hombres para remover la nieve; me capturó, sordo a mis protestas, me dio una pala y me agregó a una brigada de limpieza.

Le ofrecí los cinco cigarrillos pero los rechazó con asco. Era un ex *Kapo* y, naturalmente, continuaba en servicio: ¿quién, si no, conseguiría obligar a remover la nieve a gente como nosotros? Traté de removerla, pero me fue materialmente imposible. Si hubiese podido dar la vuelta a la esquina nadie me hubiese visto, pero lo esencial era librarse de la pala: venderla habría estado bien pero no sabía a quién, y llevármela, aunque fuesen pocos pasos, era peligroso. No había nieve bastante para enterrarla. Por fin la tiré dentro de una cantina, por la ventanilla,

y me sentí libre.

Entré en un *Block*: había un guardia, un húngaro viejo que no quería dejarme entrar, pero los cigarrillos lo convencieron. Dentro hacía calor, estaba lleno de humo y ruido, y de caras desconocidas; pero por la noche el potaje me lo dieron a mí también. Esperaba poder tener unos días de descanso para acostumbrarme poco a poco a la vida activa, pero no sabía que había elegido mal. A la mañana siguiente me encontré metido en un transporte ruso hacia un misterioso campo de descanso.

No puedo decir que recuerde exactamente cuándo y cómo surgió de la nada mi conocimiento del griego. En aquellos lugares y en aquellos días, poco después de pasar el frente, un viento de altura soplaba sobre la faz de la tierra: el mundo, a nuestro alrededor, parecía haber vuelto al caos primigenio y rebullía de ejemplares humanos imperfectos, defectuosos, anormales; y cada uno de ellos se agitaba, con movimientos ciegos o deliberados, en afanosa búsqueda de su propio lugar, de su propia esfera, como se dice poéticamente de las partículas de los cuatro elementos en la cosmogonía de los antiguos.

Arrastrado yo también por el torbellino me encontré, pues, en una gélida noche, muchas horas antes del alba, después de una copiosa nevada, montado en una carreta militar de caballos, junto a una decena de compañeros a quienes no conocía. El frío era intenso: el cielo, densamente estrellado, se iba aclarando por levante prometiendo una de aquellas maravillosas auroras de llanura a las que, en el tiempo de nuestra esclavitud, asistíamos largamente en la plaza de la Lista del *Lager*.

Nuestro guía y escolta era un soldado ruso. Iba sentado al pescante, cantando a las estrellas a voz en cuello, y dirigiéndose de vez en cuando a los caballos de aquella manera suya extrañamente afectuosa, con inflexiones amables y largas frases moduladas. Le habíamos preguntado sobre nuestro destino, naturalmente, pero sin sacarle nada comprensible, excepto que, según parecía por ciertos bufidos rítmicos y por el movimiento de los codos que plegaba al modo de una biela, su misión debía de limitarse a llevarnos a una estación de ferrocarril.

Así fue, en efecto. Al salir el sol, la carreta se paró al pie de un terraplén: por encima pasaba la vía, interrumpida y desplazada a lo largo de unos cincuenta metros por un bombardeo reciente. El soldado nos indicó uno de los dos ramales, nos ayudó a bajar del carro (y era necesario: el viaje había durado casi dos horas, el carro era pequeño y muchos de nosotros, por la posición incómoda y el frío penetrante,

estábamos entorpecidos de tal manera que no podíamos movernos), se despidió con joviales palabras incomprensibles, hizo volverse a los caballos y se fue cantando dulcemente.

El sol, recién salido, había desaparecido detrás de un velo de calígima; desde lo alto del terraplén de la vía no se veía más que una llanura desierta y sin límites, sepultada bajo la nieve, sin un tejado, sin un árbol.

Como he dicho éramos una decena. Había un *Reichsdeutscher* que, como otros muchos alemanes «arios», después de la liberación había adoptado modales relativamente corteses y francamente ambiguos (ésta era una metamorfosis divertida que ya había observado en otros; a veces progresivamente, a veces en pocos minutos, a la primera comparecencia de los nuevos amos de la estrella roja sobre cuyos anchos rostros era fácil leer la tendencia a no hilar muy fino). Había dos hermanos, judíos vieneses, altos y delgados, de unos cincuenta años, silenciosos y cautos como todos los antiguos *Häftlinge*; un oficial del ejército regular yugoslavo, que parecía no haber conseguido aún sacudirse de encima la apatía y la inercia del *Lager*, y nos miraba con ojos vacuos. Había una especie de despojo humano, de edad indefinida, que hablaba consigo mismo en yiddish sin parar: uno de los muchos a quienes la vida feroz del campo había deshecho a medias, dejándolos luego sobrevivir envueltos (o tal vez protegidos) por una espesa coraza de insensibilidad o de abierta locura. Y estaba, finalmente, el griego, al que el destino iba a unirme en una inolvidable semana de vagabundeo.

Se llamaba Mordo Nahum, y a primera vista no se destacaba en él nada notable, excepto los zapatos (de piel, casi nuevos, de modelo elegante: un verdadero portento en aquel tiempo y lugar), y el saco que llevaba al hombro, que era de bulto conspicuo y de peso en correspondencia, como yo mismo hube de constatar en los días siguientes. Además de su lengua hablaba español (como todos los judíos de Salónica), francés, un italiano trabajoso pero de buen acento, y supe después que turco, búlgaro y un poco de albanés. Tenía cuarenta años, era de estatura más bien alta pero andaba inclinado, con la cabeza echada hacia adelante como los miopes. De pelo pelirrojo y piel rojiza tenía grandes ojos descoloridos y acuosos, y una gran nariz curva; lo que le daba interés era su aspecto a la vez rapaz e impedido, como de pájaro nocturno sorprendido por la luz, o de pez de presa fuera de su elemento natural.

Estaba convaleciente de una enfermedad indeterminada que le había dado fiebres altísimas, agotadoras; aun entonces, en las

primeras noches de viaje, caía de vez en cuando en un estado de postración, con escalofríos y delirios. Sin sentirnos particularmente atraídos el uno por el otro nos aproximábamos por las dos lenguas que teníamos en común y por el hecho, muy digno de tener en cuenta en aquellas circunstancias, de ser los dos únicos mediterráneos en el pequeño grupo.

La espera era interminable; teníamos hambre y frío, y estábamos obligados a estar de pie o a echarnos en la nieve porque no se veía por ninguna parte ni un techo ni un refugio. Debía de ser aproximadamente mediodía cuando, anunciada desde lejos por el jadeo y el humo, se tendió hacia nosotros la mano de la civilización bajo la especie de un mísero convoy de tres o cuatro vagones de mercancías, arrastrados por una pequeña locomotora de esas que en sus tiempos normales sirven para maniobrar los vagones dentro de la estación.

El convoy se paró delante de nosotros, al final del trozo interrumpido. Bajaron algunos campesinos polacos de los que no conseguimos sacar ninguna información sensata: nos miraban con expresión cerrada y nos evitaban como si fuésemos apestados. Lo éramos en realidad, y tal en sentido estricto, y de todas maneras nuestro aspecto no debía ser agradable: pero de los primeros «civiles» con que nos encontrábamos después de nuestra liberación habíamos esperado una acogida más cordial. Subimos todos a uno de los vagones, y el trenecillo partió de nuevo en sentido inverso, empujado y ya no arrastrado por la locomotora de juguete.

A la parada siguiente subieron dos campesinas quienes, superadas su desconfianza inicial y la dificultad del lenguaje, nos proporcionaron algunos datos geográficos importantes, y una noticia que, de ser cierta, a nosotros nos parecía desastrosa.

La interrupción de las vías no estaba lejos de una localidad llamada Neu Berun, donde en otro tiempo comenzaba una desviación hacia Auschwitz que había sido destruida. Las dos líneas que partían de la interrupción conducían la una a Katowice (al oeste), la otra a Cracovia (al este). Ambas localidades distaban de Neu Berun unos sesenta kilómetros, lo cual, en las condiciones espantosas en que la guerra había dejado la línea, significaba al menos dos días de viaje, con un número impreciso de paradas y de trasbordos. El convoy en que estábamos se dirigía a Cracovia: a Cracovia los rusos habían estado enviando hasta hacía pocos días un número enorme de ex prisioneros y, para entonces, todos los cuarteles, las escuelas, los hospitales, los conventos, desbordaban de gente en un estado de necesidad extrema. Las mismas calles de Cracovia, según nuestras

informadoras, hervían de hombres y mujeres de todas las razas que, en un abrir los ojos, se habían convertido en contrabandistas, en mercaderes clandestinos, y hasta en ladrones y bandidos.

Ya hacía varios días que los ex prisioneros estaban siendo concentrados en otros campos, en los alrededores de Katowice: las dos mujeres estaban muy sorprendidas de encontrarnos en camino a Cracovia donde, decían, hasta la guarnición rusa padecía escasez. Después de oír nuestra historia se consultaron brevemente y luego se declararon convencidas de que aquello debía ser un error de nuestro acompañante, el carretero ruso, quien, poco conocedor del país, nos había conducido a la línea del este en lugar de la del oeste.

La noticia nos sumió en un lío de dudas y angustias. Habíamos confiado en un viaje corto, y seguro hacia un campo dispuesto a recibirnos, hacia un sucedáneo aceptable de nuestra casa; y esta esperanza formaba parte de una esperanza mucho mayor, la esperanza en un mundo recto y justo, milagrosamente restablecido sobre sus cimientos naturales luego de una eternidad de convulsiones, de errores y de desastres, luego del tiempo de nuestra larga paciencia. Era una esperanza ingenua, como todas las que descansan sobre separaciones demasiado claras entre el mal y el bien, entre el pasado y el futuro: pero de ella vivíamos. Aquel primer fallo —y los otros inevitables, pequeños y grandes, que siguieron— fue para muchos de nosotros una ocasión de sufrimiento, tanto más sensible cuanto era menos prevista: porque no se está soñando durante años, durante decenios, en un mundo mejor sin imaginárselo perfecto.

Y sin embargo había ocurrido algo que sólo algunos poquísimos sabios de nosotros había previsto. La libertad, la improbable, imposible libertad, tan lejana de Auschwitz que sólo en sueños osábamos esperarla, había llegado: y no nos había llevado a la Tierra Prometida. Estaba a nuestro alrededor, pero en forma de una despiadada llanura desierta. Nos esperaban más pruebas, más fatigas, más hambres, más hielos, más miedo.

Yo no había comido nada en veinticuatro horas. Íbamos sentados en el suelo de madera del vagón, apoyados unos contra otros para guarecernos del frío; las vías estaban sueltas, y a cada vaivén nuestras cabezas, poco estables sobre el cuello, se golpeaban contra las tablas de la pared. Me sentía extenuado, no sólo físicamente: como un atleta que ha estado corriendo durante horas enteras, agotando todas sus reservas —primero las naturales y luego las que se destilan, las que se crean de la

nada en los momentos de extrema necesidad— y llega a la meta; y en el momento en que, exhausto, se deja caer en tierra, lo obligan a ponerse de pie brutalmente, y a echarse a correr otra vez, en la oscuridad, hacia otra meta que no sabe a qué distancia está. Pensaba cosas amargas: que la naturaleza raramente concede indemnizaciones, y tampoco la sociedad humana, que es lenta y tímida en alejarse de los grandes esquemas de la naturaleza; que conquista representa, en la historia del pensamiento humano, el llegar a ver en la naturaleza no un modelo para seguir sino un bloque informe por esculpir, o un enemigo a quien oponerse.

El tren avanzaba lentamente. Al atardecer aparecieron pueblos oscuros, de aspecto abandonado; luego se hizo noche total, atrozmente gélida, sin luz en el cielo ni en la tierra. Sólo las sacudidas del vagón nos impedían sumirnos en un sueño que con el frío hubiese sido mortal. Después de interminables horas de viaje, serían las tres de la mañana cuando nos detuvimos en una estacioncita desordenada y oscura. El griego deliraba: de los demás, unos por miedo, otros por pura inercia, otros por la esperanza de que el tren se pusiese en marcha pronto, ninguno quiso bajar del vagón. Yo bajé, y di vueltas por aquella oscuridad, con mi minúsculo equipaje, hasta que vi una ventanita encendida. Era la cabina del telégrafo, atestada de gente: había una estufa encendida. Entré, temerosamente, como un perro sin amo, pronto a desaparecer al primer gesto amenazador, pero nadie se fijó en mí. Me tiré al suelo y me dormí inmediatamente, como se aprende a dormir en el *Lager*.

Me desperté unas horas más tarde, al amanecer. La cabina estaba vacía. El telegrafista me vio alzar la cabeza y me puso al lado, en el suelo, una rebanada gigantesca de pan y queso. Estaba aturdido (además de paralizado a medias por el frío y el sueño) y me temo no haberle dado las gracias. Me eché la comida al estómago y salí al aire libre: el tren no se había movido. En el vagón, mis compañeros yacían entumecidos; al verme me hicieron sitio, todos menos el yugoslavo, que en vano intentó moverse. El hielo y la inmovilidad le habían paralizado las piernas; cuando se las tocaba gritaba y gemía. Tuvimos que darle masajes y luego irle moviendo los miembros con cuidado, como se hace para poner en marcha un mecanismo oxidado.

Todos habíamos pasado una noche terrible. Puede que la peor de todo el exilio. Hablé con el griego: estuvimos de acuerdo en la necesidad de establecer una alianza para escapar por cualquier medio a otra noche de hielo, a la cual sentíamos que no podríamos sobrevivir.

Creo que el griego, gracias a mi escapada nocturna, supervaloró mis cualidades de «débrouillard et démerdard», como elegantemente decíamos entonces. En lo que a mí respecta, confieso que principalmente tuve en cuenta su abultado saco, y su condición de salonita que, como todo el mundo sabía en Auschwitz, equivalía a una garantía de refinadas habilidades mercantiles, y de capacidad para superar todas las circunstancias. La simpatía, por las dos partes, la estima, por una de ellas, llegaron más tarde.

El tren se puso en marcha, y a paso tortuoso y vago nos llevó a un lugar llamado Szczakowa. Allí, la Cruz Roja polaca había establecido un servicio maravilloso de comida caliente: se distribuía un potaje bastante sustancioso, a cualquier hora del día y de la noche, a quienquiera que se presentase allí. Un milagro con que ninguno de nosotros nos hubiésemos atrevido a soñar en nuestros más audaces sueños: en cierto modo, el revés del *Lager*. No me acuerdo de lo que hicieron mis compañeros: yo me mostré tan voraz que las monjas polacas, acostumbradas a la clientela famélica que tenían, se hacían cruces.

Salimos otra vez por la tarde temprano. Hacía sol. Nuestro pobre tren se paró al atardecer por una avería: a lo lejos se veían, rojizos, los campanarios de Cracovia. El griego y yo bajamos del vagón, y fuimos a preguntarle al maquinista, que estaba en medio de la nieve, muy atareado y sucio, luchando con largos chorros de vapor que salían de no sé qué tubo roto. «Maschína kaputt», nos contestó lapidariamente. Ya no éramos siervos, no éramos protegidos, habíamos escapado a la tutela. Sonaba para nosotros la hora de la prueba.

El griego, confortado por el potaje caliente de Szczakowa, se sentía en forma. «¿Nos vamos?» «Vámonos.» Así abandonamos el tren y a nuestros perplejos compañeros, que no volveríamos a ver, y nos encaminamos a pie a la problemática búsqueda de la Sociedad Civil.

Ante su perentoria petición yo había cargado con el famoso saco. «¡Pero es tuyo!», había intentado protestar en vano. «Precisamente porque es mío. Yo lo he organizado y tú lo llevas. Es la división del trabajo. También tú le sacarás partido». Así nos pusimos en marcha, él delante y yo detrás, sobre la nieve compacta de una carretera periférica; el sol se había puesto ya.

Ya he hablado de los zapatos del griego; en cuanto a mí, calzaba un curioso calzado que en Italia sólo he visto llevar a los curas, de piel finísima, hasta la pantorrilla, sin cordones, con dos hebillas grandes y dos piezas laterales de tejido elástico que

debían garantizar su adherencia perfecta a la pierna. Llevaba puestos cuatro pares de pantalones de tela de *Häftling*, una camisa de algodón y una chaqueta a rayas. Era todo. Mi equipaje consistía en una manta y en una caja de cartón, ahora vacía, en donde había guardado unos pedazos de pan: cosas todas que el griego consideraba con manifiesto desprecio y enfado.

Nos habíamos equivocado mucho sobre la distancia que nos separaba de Cracovia: tuvimos que recorrer por lo menos siete kilómetros. Después de veinte minutos de camino mis zapatos estaban deshechos: la suela de uno se había despegado y la del otro estaba descosiéndose. El griego había guardado hasta entonces un silencio lleno de malos presagios: cuando me vio dejar el fardo y sentarme en un mojón me dijo:

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco —le contesté.

—¿Qué oficio tienes?

—Soy químico.

—Pues lo que eres es un estúpido —me dijo tranquilamente —. No tener zapatos es de estúpidos.

El griego era un gran tipo. Pocas veces en mi vida he sentido que me lanzasen a la cabeza una sabiduría tan concreta. Era poco lo que podía replicarle. La validez de su argumento era palpable, evidente: en mis pies aquellos dos amasijos informes, y en los suyos aquellas dos maravillas resplandecientes. No podía justificarme. Había dejado de ser esclavo: pero a los pocos pasos en el camino de la liberación, heme aquí sentado en un mojón, torpe e inútil como la locomotora averiada que acabábamos de abandonar. ¿Es que merecía la libertad? El griego parecía dudarlo.

—… pero tenía la escarlatina, fiebre, estaba en la enfermería: el almacén de zapatos estaba muy lejos, estaba prohibido acercarse, y decían que los polacos lo habían saqueado. ¿Y no era natural que pensase que los rusos nos los iban a suministrar?

—Palabras —me dijo el griego—. Todos las dicen. Yo tenía cuarenta de fiebre y no sabía si era de día o de noche: pero una cosa sabía, que necesitaba zapatos y otras cosas; así que me levanté, y fui hasta el almacén para considerar la situación. Y delante de la puerta había un ruso con metralleta: pero yo quería los zapatos, di la vuelta al edificio, rompí una ventana y entré. Así encontré los zapatos, el saco y todo lo que hay en el saco, que más adelante nos será útil. Esto es previsión; lo tuyo

es estupidez y no saber cómo son las cosas.

—Ahora eres tú quien habla demasiado —dije yo—. Me habré equivocado pero ahora de lo que se trata es de llegar a Cracovia antes de la noche, con zapatos o sin ellos. —Y mientras lo decía me estaba esforzando, con los dedos entumecidos, en unir al menos provisionalmente las suelas de la piel con unos pedazos de alambre que había encontrado en la carretera.

—Déjalo, así no arreglas nada. —Me tendió dos trozos de tela fuerte que había sacado del hato y me enseñó a envolver a la vez los zapatos y los pies para poder andar mejor. Luego proseguimos en silencio.

La periferia de Cracovia era miserable y sin carácter. Las calles estaban completamente desiertas: los escaparates de las tiendas vacíos, todas las puertas y ventanas cerradas a cal y canto o derruidas. Llegamos al comienzo de una línea de tranvía; yo dudaba, porque no podíamos pagar el billete, pero el griego dijo: «Vamos a subir y luego veremos». El vagón estaba vacío; después de un cuarto de hora llegó el conductor y no el cobrador (otra vez tenía razón el griego; y como se verá tuvo razón en todas las aventuras siguientes excepto en una); partimos y durante el trayecto descubrimos con alegría que uno de los pasajeros que había subido en el intervalo era un militar francés; nos explicó que estaba hospedado en un antiguo convento por delante del cual iba a pasar el tranvía poco después; a la parada siguiente nos encontraríamos con un cuartel requisado por los rusos y lleno de militares italianos. El corazón me daba saltos: había encontrado un hogar.

En realidad no fue tan sencillo. El centinela polaco que estaba de guardia lo primero que hizo fue decirnos que nos fuésemos de allí. «¿Adónde?». «¿Y a mí qué me importa? Fuera de aquí, a cualquier sitio». Después de mucho insistir y rogar llegamos a convencerlo de que avisase a un coronel italiano de quien evidentemente dependían las decisiones sobre la admisión de más huéspedes. No era fácil, nos explicó éste: el cuartel estaba ya hasta los topes, la comida estaba racionada; que yo fuese italiano, podía creerlo, pero no era militar; y mi compañero era griego y no era posible meterlo con los ex combatientes de Grecia y Albania: sería ocasión de riñas y de peleas. Yo rebatí sus argumentos con mis palabras más elocuentes y con lágrimas reales en los ojos: prometí que solamente nos quedaríamos una noche (y para mí pensaba: una vez dentro…), y que el griego hablaba bien italiano y además abriría la boca lo menos posible. Mis argumentos eran poco convincentes y lo sabía: pero el griego sabía cómo funcionaban todos los ejércitos del mundo y,

mientras yo hablaba, él iba hurgando en el saco que colgaba de mis hombros. En determinado momento me empujó a un lado y, en silencio, puso bajo las narices del cancerbero una deslumbrante lata de «Pork», adornada por etiquetas multicolores y fútiles instrucciones en seis idiomas sobre la manera apropiada de tratar su contenido. Así conquistamos una cama y un techo en Cracovia.

Era ya de noche. Al contrario de lo que el coronel nos había dicho, en el interior del cuartel reinaba la más suntuosa abundancia: había estufas encendidas, velas y lámparas de carburo, comida y bebida, y paja para dormir encima. Los italianos estaban distribuidos en salas de diez o doce, pero nosotros en Monowitz éramos dos por metro cúbico. Llevaban puestos buenos uniformes militares, chaquetas guateadas, muchos tenían reloj de pulsera, todos el pelo reluciente de brillantina; eran ruidosos, alegres y amables, y nos colmaron de atenciones. En cuanto al griego, por poco lo levantaron en triunfo. ¡Un griego! ¡Ha llegado un griego! La noticia corrió de sala en sala y en breve se reunió una multitud gozosa en torno a mi severo socio. Aquellos supervivientes de la más benigna ocupación militar que la historia recuerda, hablaban griego —algunos con facilidad: evocaban con pintoresca fantasía lugares y hechos, con un caballeresco reconocimiento tácito del valor desesperado del país invadido—. Pero había algo más que les facilitaba el camino: mi griego no era un griego corriente, era visiblemente un maestro, una autoridad, un supergriego. En pocos minutos de conversación había realizado un prodigio, había creado un clima.

Tenía la preparación adecuada: hablaba italiano, y (lo que es más importante, y no les ocurre a muchos italianos) sabía de qué hablan los italianos. Me dejó pasmado: se mostró experto en mujeres y en *tagliatelle*, en Juventus y en música lírica, en guerra y en blenorragia, en vino y en estraperlo, en motocicletas y en estratagemas. Mordo Nahum, tan lacónico conmigo, se convirtió en seguida en el alma de la velada. Me daba cuenta de que su elocuencia, su afortunado esfuerzo de *captatio benevolentiae* no procedían tan sólo de consideraciones oportunísticas. Él también había estado en la campaña de Grecia, con el grado de sargento: de la otra parte del frente, como es lógico, pero este particular en aquel momento a nadie parecía importarle. Había estado en Tepeleni, también muchos de los italianos habían estado allí; como ellos había pasado frío, hambre, fango y bombardeos y, al final, como ellos, había sido capturado por los alemanes. Era un colega, un camarada.

Contaba curiosas historias de guerra: después de haber hundido un puente los alemanes, se había encontrado con seis soldados registrando el primer piso de una villa abandonada, en busca de provisiones y había oído ruidos sospechosos en el piso de abajo: había bajado cautelosamente por las escaleras, metralleta en ristre, y se había encontrado con un sargento italiano que, con seis soldados, estaba haciendo en el piso bajo lo mismo que él. El italiano, a su vez, había empuñado la metralleta, pero él le había hecho observar que en aquellas condiciones disparar habría sido algo particularmente carente de sentido, que se encontraban ambos, griegos e italianos, en el mismo puchero y que no veía por qué no podían concluir una pequeña paz separada local y seguir con las investigaciones en sus respectivos territorios de ocupación: propuesta a la cual el italiano había accedido rápidamente.

También para mí fue una revelación. Sabía que no era más que un mercader algo tramposo, experto en engaños y carente de escrúpulos, egoísta y frío: y sin embargo advertía cómo florecía en él, propiciado por la simpatía del auditorio, un calor nuevo, una humanidad insospechada, singular pero auténtica, rica en promesas.

Ya entrada la noche, surgía de alguna parte nada menos que una botella de vino. Fue el golpe de gracia: por lo que a mí respecta, todo naufragó celestialmente en una cálida niebla purpúrea, y a duras penas conseguí arrastrarme hasta la yacija de paja que los italianos, con cuidado maternal, nos habían preparado en una esquina al griego y a mí.

Apenas despuntaba el día cuando el griego me despertó. ¡Ah, desengaño! ¿En dónde estaba el jovial invitado de la noche anterior? El griego que tenía delante era duro, secreto, taciturno. «Levántate», me dijo con un tono que no admitía réplica, «ponte los zapatos, coge el saco y vámonos».

—¿Adónde vamos?

—A trabajar. Al mercado. ¿Te parece bonito que te mantengan los demás?

Era un argumento que yo rechazaba de plano. Además de cómodo, me parecía muy natural que alguien me mantuviese, y también bonito. Me había parecido bonita, exaltante, la demostración de solidaridad nacional, y más aún de espontánea humanidad, de la noche anterior. Además, lleno como estaba de conmiseración por mí mismo, me parecía justo, hermoso, que la gente, por fin, experimentase compasión por mí. Y además no tenía zapatos, estaba enfermo, tenía fiebre, estaba cansado; y

en resumen, por los clavos de Cristo, ¿qué demonios tenía yo que hacer en un mercado?

Le expuse todas estas consideraciones, obvias para mí. Pero «c'est pas des raisons d'homme», me contestó secamente: tuve que darme cuenta de que había infringido uno de sus importantes principios morales, que estaba seriamente escandalizado, que sobre aquel punto no estaba dispuesto a transigir ni a discutir. Todos los códigos morales son, por definición, rígidos: no admiten matices, ni compromisos, ni se influencian recíprocamente. Se toman o se dejan en bloque. Ésta es una de las principales razones por las que el hombre es gregario, y busca más o menos conscientemente la proximidad no ya de su prójimo en general sino tan sólo de quien participa de las mismas profundas convicciones (o de su carencia de tales convicciones). Me di cuenta, con estupor y amargura, de que éste era el caso de Mordo Nahum: era un hombre de convicciones profundas y, por si fuera poco, muy alejadas de las mías. Todos sabemos lo desagradable que es tener relaciones de negocios, y más aún, convivir, con un adversario ideológico.

El fundamento de su ética era el trabajo, que sentía como un deber sagrado pero que entendía en un sentido muy amplio. Trabajo era todo aquello (y tan sólo aquello) que proporciona ganancias sin limitar la libertad. Su concepto del trabajo abarcaba por consiguiente además de algunas actividades lícitas, el contrabando, el hurto y la estafa (el robo no, no era violento). Pero consideraba reprobables, porque eran humillantes, todas las actividades que no suponen iniciativa ni riesgo, o que presuponen disciplina y jerarquía: cualquier relación propia de un empleado, cualquier participación en un trabajo que, aunque estuviese bien retribuido, asimilaba, en bloque, al «trabajo servil». Pero no era trabajo servil labrar la tierra de uno, ni vender antigüedades falsas a los turistas en el puerto.

Por lo que se refiere a las actividades más elevadas del espíritu, al trabajo de creación, no tardé en darme cuenta de que el griego hacía muchos distingos. Se trataba de juicios delicados, que había que emitir caso por caso: era lícito, por ejemplo, buscar el éxito en sí mismo, aunque fuese vendiendo cuadros falsos o subliteratura, o perjudicando al prójimo de cualquiera otra manera; era reprobable la obstinación en seguir una vocación que no aportase ganancias; pecaminoso retirarse del mundo para dedicarse a la contemplación; pero lícita, y aun digna de encomio, la vía de quien se dedique a meditar y lograr la sabiduría siempre que no piense que la sociedad debe alimentarlo: porque la sabiduría es también una mercancía, y

puede y debe ser intercambiada.

Como Mordo Nahum no era tonto se daba cuenta claramente de que estos principios suyos podían no ser compartidos por los individuos de otras procedencias y educaciones, por ejemplo los de mi clase; pero estaba profundamente convencido de su verdad y ambicionaba ponerla en práctica para demostrarme su validez general.

En conclusión, mi intención de quedarme tranquilamente allí esperando que los rusos me diesen de comer tenía que parecerle detestable; porque era «un pan que no me había ganado», porque suponía una relación de sometimiento; y porque cualquier forma de orden, de estructura, a él le parecía sospechosa, ya resultase en un panecillo al día ya en un sobre con el sueldo del mes.

Así las cosas, seguí al griego al mercado; no tanto porque me hubiesen convencido sus argumentos como por inercia y curiosidad. La noche anterior, mientras yo navegaba ya en un mar de vapores vinosos, él se había informado diligentemente sobre la situación, las costumbres, los precios, la oferta y la demanda del mercado libre de Cracovia, y el deber lo reclamaba.

Partimos, él con el saco (que llevaba yo), yo metido en mis deshechos zapatos en virtud de los cuales cada paso era un problema. El mercado de Cracovia había florecido como fenómeno espontáneo inmediatamente después del paso del frente y, en pocos días, había ocupado un barrio entero. Se vendía y se compraba de todo y toda la ciudad se encaminaba allí: los burgueses vendían muebles, libros, cuadros, vestidos y platería; campesinas embutidas en sus mejores galas ofrecían carne, huevos, pollos, queso; niños y niñas, con la nariz y las mejillas rojas por el viento helado, buscaban compradores de las raciones de tabaco que la administración militar soviética distribuía con una munificencia extravagante (trescientos gramos al mes a todo el mundo, incluidos los lactantes).

Me encontré, con alegría, un pequeño grupo de compatriotas: gente despierta, tres soldados y una chica, joviales y manirrotos, que en aquellos días estaban haciendo un gran negocio con una especie de buñuelos calientes que confeccionaban con extraños ingredientes en un portal un poco alejado.

Luego de una primera visita de inspección, el griego se decidió por las camisas. ¿No éramos socios? Pues bien, él contribuía con el capital y la experiencia mercantil; yo, con mi (escaso) conocimiento del alemán y con el trabajo material.

«Vete, da una vuelta por todos los puestos donde venden camisas, pregunta cuánto cuestan, contesta que es muy caro, luego vienes y me cuentas. No llames mucho la atención». Me plegué de mala gana a hacer aquella encuesta de mercado: llevaba dentro de mí un hambre y un frío de años, inercia, y a la vez curiosidad, aturdimiento y un nuevo y sabroso gusto por trabar conversación con la gente, por establecer relaciones humanas, por derrochar en pompas mi libertad sin confines. Pero el griego, detrás de mis interlocutores, me vigilaba con ojos severos: date prisa, por todos los santos, el tiempo es oro, y los negocios son los negocios.

Volví de mi inspección con algunos precios de muestra —de los que el griego tomó nota mentalmente— y con un buen número de nociones filológicas aproximadas: que camisa se dice algo así como «kosciúla»; que los numerales polacos se parecen a los griegos; que «cuánto cuesta» y «qué hora es» se dice más o menos «ile kostúie» y «ktura gogína»; una desinencia de genitivo en «—ego» que me aclaró el sentido de algunas expresiones polacas muchas veces oídas en el *Lager*; y otros retazos de información que me llenaban de una alegría tonta y pueril.

El griego hacía sus cálculos. Una camisa podía venderse entre cincuenta y cien zloty; un huevo costaba cinco o seis zloty; con diez zloty, según los italianos de los buñuelos, podía comerse sopa y guiso en el comedor de caridad, detrás de la catedral. El griego decidió vender sólo una de las tres camisas que tenía y comer en aquel comedor; lo que sobrase lo invertiríamos en huevos. Luego veríamos lo que hacíamos.

Me entregó, entonces, la camisa y me ordenó que la mostrase y que gritase: «Una camisa, señores, una camisa». Por lo que se refiere a «camisa» estaba ya documentado; en cuanto a «señores», me pareció que la forma correcta era «Panowie», palabras que había oído usar hacía unos minutos a mis competidores e interpreté como el vocativo plural de «Pan», señor. Sobre este último término no tenía dudas: se encuentra en un diálogo de los más importantes de *Los hermanos Karamazov*. Incluso debía de ser el vocablo correcto porque varios clientes se dirigieron a mí en polaco, haciéndome preguntas incomprensibles sobre la camisa. Me sentí embarazado: el griego intervino con autoridad, me empujó a un lado y se encargó directamente de la transacción, que fue larga y laboriosa pero que concluyó felizmente. A petición del comprador, el cambio de propiedad tuvo lugar no en la plaza pública sino en un portal.

Setenta zloty, equivalentes a siete comidas o a una docena de huevos. No sé el griego: yo, desde hacía catorce meses no disponía de tal cantidad de género alimenticio junto. Pero ¿disponía ahora? No estaba muy claro: el griego se había embolsado aquella suma en silencio, y en toda su actitud daba a entender que la administración de las ganancias pensaba llevarla él.

Seguimos dando vueltas por los puestos de las vendedoras de huevos, donde nos enteramos de que por el mismo precio podíamos comprarlos cocidos y crudos. Compramos seis, para cenar; el griego procedió a su compra con extremada prolijidad, escogiendo los más gordos después de minuciosas comparaciones y después de mucha perplejidad y dudas, totalmente insensible a la mirada crítica de la vendedora.

El comedor de caridad estaba, pues, detrás de la catedral: nos tocaba decidir cuál de las muchas y hermosas iglesias de Cracovia sería la catedral. ¿A quién preguntárselo, y cómo? Pasaba un cura: le preguntaría a un cura. Pero aquel cura, joven y de aspecto benigno, no entendía ni francés ni alemán; por lo cual, por primera y única vez en mi vida desde que salí de las aulas, saqué algún fruto de mis años de estudios clásicos entablando en latín la conversación más extravagante y descabellada. De la petición primera de información (*Pater optime, ubi est mensa pauperorum?*) vinimos confusamente a hablar de todo, de que yo era judío, del *Lager* (¿«castra»? *Lager* mejor, cualquiera lo entendía), de Italia, de la imprudencia de hablar alemán en público (que comprendería mejor poco después, por experiencia directa), y de muchas otras cosas a las que el inusitado ropaje de aquella lengua daba un curioso sabor de pasado indefinido.

Me había olvidado del hambre y del frío, tan verdad es que la necesidad de relaciones humanas hay que incluirla entre las necesidades más elementales. También me había olvidado del griego; pero él no me había olvidado a mí y apareció en seguida interrumpiendo sin piedad mi conversación. No es que él rechazase las relaciones humanas y no comprendiese su valor (como había demostrado la noche antes en el cuartel); pero eran propias de otros momentos, festivos, incidentales, no debían mezclarse con el asunto serio y duro que es el trabajo cotidiano. Ante mis débiles protestas sólo me respondió con una mirada torva. Echamos a andar; el griego fue callado durante un rato largo, después, con un juicio concluyente sobre mi colaboración, me dijo con tono pensativo: «Je n'ai pas encore compris si tu es idiot ou fainéant».

Con la ayuda de las preciosas indicaciones del cura llegamos al comedor de caridad, lugar muy deprimente pero caliente y lleno de olores voluptuosos. El griego pidió dos sopas y una única ración de judías con tocino: era el castigo por el modo inconveniente y vano en que me había conducido aquella mañana. Estaba furioso; pero después de haberse engullido la sopa se ablandó sensiblemente, hasta el punto de dejarme más de una cuarta parte de sus judías. Afuera había empezado a nevar, y soplaba un viento salvaje. Fuese por compasión por mi ropa en jirones o por despreocupación por el reglamento, el personal del comedor nos dejó tranquilos durante buena parte de la tarde, que pasamos meditando y haciendo planes para el futuro. El griego parecía haber entrado en otra luna: puede que le hubiese vuelto la fiebre, o puede que, después de los bien llevados negocios de la mañana, se sintiese de vacaciones. También estaba en vena benévolamente pedagógica; a medida que pasaban las horas el tono de su conversación iba suavizándose poco a poco y, al mismo tiempo, iba cambiando la relación que nos unía: de amo-esclavo a las doce a patrono-asalariado a la una, a maestro-discípulo a las dos, a hermano mayor-hermano menor a las tres. La conversación recayó sobre mis zapatos, que ninguno de los dos, por razones evidentes, podía olvidar. Me explicó que no tener zapatos es una falta muy grave. Cuando hay guerra, hay que pensar en dos cosas antes que nada: en primer lugar en los zapatos, en segundo, en la comida; y no viceversa como cree el vulgo: porque quien tiene zapatos puede salir en busca de comida, mientras lo inverso no es verdad. «Pero la guerra ha terminado», objeté; y pensaba que había terminado, como muchos durante aquellos meses de tregua, en un sentido mucho más universal de cuanto hoy osamos creer. «Siempre estamos en guerra», fue la respuesta memorable de Mordo Nahum.

Es bien sabido que nadie nace con un decálogo en el cuerpo, y que cada uno se hace el suyo andando y con hechos consumados, según el patrón de sus experiencias, o de las ajenas asimilables a las propias; por lo cual, el universo moral de cada uno, interpretado rectamente, viene a identificarse con la suma de sus experiencias precedentes y representa, por consiguiente, una forma compendiada de su biografía. La biografía de mi griego era lineal: la de un hombre fuerte y frío, solitario y lógico, que se había movido desde su infancia entre las mallas rígidas de una sociedad mercantil. Era (o había sido) accesible también a otras cosas: no era indiferente al cielo o al mar de su tierra, a los placeres de la casa o la familia, a las controversias dialécticas; pero había sido impulsado a rechazar

todo esto hasta los márgenes de su jornada y de su vida, para que no perturbase lo que él llamaba el «travail d'homme». Su vida había sido una guerra, y consideraba vil y ciego a quien rechazase este su universo de hierro. El *Lager* había llegado para los dos: yo lo había percibido como una catástrofe monstruosa, una anomalía ignominiosa en mi historia y en la historia del mundo; él, como una confirmación triste de cosas ya sabidas: «Siempre estamos en guerra», el hombre es un lobo para el hombre: una historia antigua. De sus dos años en Auschwitz no me habló jamás.

Me habló, y con elocuencia, de sus múltiples actividades en Salónica, de las partidas de mercancías compradas, vendidas, contrabandeadas por el mar o por la noche a través de la frontera búlgara; de los fraudes vergonzosamente sufridos y de los gloriosamente perpetrados; y, finalmente, de las horas alegres y serenas pasadas a orillas de su golfo, después de la jornada de trabajo, con los colegas comerciantes, en aquellos cafés sobre palafitos que me describía con una complacencia desacostumbrada, y de las largas conversaciones que tenían allí. ¿Qué tipo de conversaciones? De dinero, aduanas, alquileres, por supuesto; pero también de otras cosas. Lo que hay que entender por «conocimiento», por «espíritu», por «justicia», por «verdad». Lo que es el hilo tenue que une el alma al cuerpo, cómo se establece al nacer y se desata al morir. Qué es la libertad, y cómo se concilia el conflicto entre la libertad del espíritu y el destino. Qué hay después de la muerte, también: y otros grandes temas griegos. Pero todas estas cosas por las tardes, claro, con las transacciones terminadas, alrededor de una mesa con café, o vino y aceitunas, lúcido juego de intelecto entre hombres activos incluso en el descanso: sin pasión.

Por qué el griego me contó estas cosas, por qué se confesó conmigo, todavía no lo veo claro. Tal vez ante mí, tan distinto, tan extranjero, se sentía solo y su narración era un monólogo.

Salimos del comedor ya de noche, y volvimos al cuartel de los italianos: luego de mucho insistir habíamos conseguido del coronel italiano que era el jefe el permiso de pernoctar una vez más en el cuartel, sólo otra vez. Nada de rancho, y que no llamásemos mucho la atención, no quería líos con los rusos. Por la mañana teníamos que irnos. Cenamos dos huevos por cabeza, de los comprados por la mañana, y reservamos los dos que quedaban para el desayuno. Después de los sucesos del día me sentía muy «disminuido» en relación con el griego. Cuando llegamos a los huevos le pregunté si sabía distinguir un huevo crudo de uno cocido sin romperlos (se le da rápidas vueltas al

huevo, por ejemplo, encima de una mesa; si está cocido gira mucho tiempo, si está crudo se para en seguida): era una pequeña habilidad de la cual yo estaba orgulloso; esperaba que el griego no la conociese y poder rehabilitarme un poco a sus ojos, aunque fuese mínimamente.

Pero el griego me miró con sus ojos fríos de serpiente sabia: «¿Por quién me tomas? ¿Crees que me chupo el dedo? ¿Te crees que nunca he comerciado en huevos? ¡Ven aquí, dime algún producto en que yo no haya comerciado!»

Tuve que batirme en retirada. El episodio, sin ninguna importancia, lo recordaría muchos meses más tarde, en pleno verano, en el corazón de la Rusia Blanca, con ocasión del que fue mi tercer y último encuentro con Mordo Nahum.

Nos fuimos a la mañana siguiente, al amanecer (este relato está plagado de amaneceres gélidos), hacia Katowice: nos habían confirmado la existencia allí de varios centros de reunión de italianos, franceses, griegos, etcétera, dispersos. Katowice no dista de Cracovia más que unos ochenta kilómetros: poco más de una hora de tren en tiempo normal. Pero en aquellos días no había veinte kilómetros de vías sin trasbordos, muchos puentes estaban destruidos y, por el pésimo estado de las líneas, los trenes marchaban durante el día con extrema lentitud y por la noche se detenían. Fue un viaje laberíntico, que duró tres días, con paradas nocturnas en lugares extrañamente alejados de la conjunción entre los dos extremos: un viaje de hielo y de hambre, que el primer día nos condujo a un lugar llamado Trzebinia. Aquí, el tren se paró, y yo bajé al andén para desentumecer las piernas entorpecidas por el frío. Puede que estuviese entre los primeros vestidos de «cebra» que aparecieron en aquel pueblo llamado Trzebinia: me encontré de repente en medio de un nutrido círculo de curiosos que me mareaban a preguntas en polaco. Contesté lo mejor que pude en alemán; y del grupo de obreros y campesinas se destacó un señor con sombrero de fieltro, lentes y un portafolio de piel en la mano: un abogado.

Era polaco, hablaba bien francés y alemán, era una persona muy educada y bondadosa: en resumen, reunía todos los requisitos para que yo, por fin, después del larguísimo año de esclavitud y silencio, viese en él al mensajero, al portavoz del mundo civilizado: el primero que encontré.

Sentía una avalancha de cosas urgentes que quería decir al mundo civilizado: cosas mías pero de todos, cosas sangrientas, cosas que me parecía que tendrían que sacudir todas las

conciencias en sus cimientos. En realidad el abogado era cortés y bondadoso: me hacía preguntas y yo hablaba vertiginosamente de aquellas experiencias mías tan recientes, de la cercana Auschwitz que, sin embargo, todos parecían desconocer, de la hecatombe a la que sólo yo había escapado, de todo. El abogado traducía para el público. Pero aunque yo no sé polaco sé cómo se dice «judío» y cómo se dice «político»; y en seguida me di cuenta de que la traducción de mi relato, aunque a mi favor, no era fiel. El abogado les decía que yo era un prisionero político italiano, no un judío italiano.

Le pedí cuenta de ello, estupefacto y ofendido. Me contestó, confuso: «C'est mieux pour vous. La guerre n'est pas finie». Las palabras del griego.

Sentí que la cálida oleada de estar libre, de ser un hombre entre hombres, de sentirme vivo, se alejaba de mí. De repente me encontré viejo, exangüe, cansado más allá de cualquier límite humano: la guerra no ha terminado, siempre estamos en guerra. Mis oyentes se iban unos detrás de otros: debían de haber comprendido. Una cosa así había soñado yo, todos la habíamos soñado, en las noches de Auschwitz: hablar y no ser escuchados, encontrar la libertad y estar solos. En resumen, me quedé solo con el abogado; pocos minutos después también él se fue, excusándose cortésmente. Me recomendó, como lo había hecho el cura, que no hablase en alemán; a las preguntas que le hice contestó vagamente: «Polonia es un país desdichado». Me deseó buena suerte y me ofreció dinero, que rechacé: parecía conmovido.

La locomotora silbaba anunciando la partida. Volví a subirme al vagón de mercancías, donde me esperaba el griego, pero no le conté el episodio.

No fue la única parada: siguieron otras y, en una de ellas, por la tarde, nos dimos cuenta de que Szczakowa, el pueblo del potaje caliente, no estaba lejos. Estaba algo hacia el norte, y nosotros teníamos que ir hacia el oeste, pero como en Szczakowa había potaje caliente para todos, y nosotros no teníamos más proyecto que quitarnos el hambre, ¿por qué no ir a Szczakowa? Por lo tanto, bajamos, esperamos a que pasase un tren apropiado y nos presentamos un montón de veces al puesto de la Cruz Roja; me imagino que las monjas polacas me reconocieron fácilmente, y que todavía se acordarán de mí.

Al caer la noche, nos dispusimos a dormir en el suelo en medio de la sala de espera, ya que todos los puestos próximos a las paredes estaban ocupados. Puede que compadecido o

intrigado por mi ropaje, llegó después de unas horas un gendarme polaco, mostachudo, rubicundo y corpulento; en vano me interrogó en su lengua; contesté con la primera frase que se aprende de cualquier lengua desconocida: es decir, «nie rozumien po polsku», «no entiendo polaco». Añadí en alemán que era italiano, y que hablaba un poco de alemán. A lo cual, ¡milagro!, el gendarme me empezó a hablar en italiano.

Hablaba un italiano horroroso, gutural y aspirado, punteado con blasfemias extrañísimas. Lo había aprendido, y esto lo explica todo, en un valle de la región bergamasca, donde había trabajado de minero unos años. También él, y fue el tercero, me dijo que no hablase alemán. Le pregunté por qué: me contestó con un gesto elocuente, pasándose el índice y el corazón, como un cuchillo, entre el mentón y la laringe, y añadiendo alegremente: «Esta noche, a todos los alemanes kaputt».

Era, ciertamente, una exageración, y, en todo caso, una opinión esperanzada: pero efectivamente, al día siguiente nos cruzamos con un largo tren de vagones de mercancías, cerrados por fuera; se dirigía hacia el este y por los ventanillos se veían muchas caras humanas que buscaban aire. Este espectáculo, tan evocador, me suscitó un revoltijo de sentimientos confusos y contrapuestos que todavía hoy me sería difícil desentrañar.

El gendarme, muy amablemente, nos propuso al griego y a mí que pasásemos el resto de la noche resguardados del frío en la celda de la comisaría; aceptamos encantados y nos despertamos entrada la mañana, en aquel insólito ambiente, después de un sueño reparador.

Salimos de Szczakowa al día siguiente para hacer la última etapa del viaje. Llegamos a Katowice sin más incidentes, y allí era verdad que existía un campo de reunión para italianos y otro para griegos. Nos separamos sin muchas palabras: sin embargo, en el momento de despedirnos sentí, de manera fugaz pero cierta, que una oleada de recóndita amistad brotaba de mis adentros, teñida a la vez por un leve sentimiento de gratitud, desprecio, respeto, animosidad, curiosidad y nostalgia por separarme de él para siempre.

Sin embargo, lo volví a ver: en dos ocasiones. Lo vi en mayo, en los días gloriosos y turbulentos del final de la guerra, cuando todos los griegos de Katowice, un centenar, hombres y mujeres, desfilaron cantando por delante de nuestro campo hacia la estación: se iban a su patria, a su casa. A la cabeza de la columna iba él, Mordo Nahum, señor de los griegos, y llevaba el estandarte blanco y celeste: pero lo dejó cuando me vio, salió

de la fila para despedirse de mí (un poco irónicamente, porque él se iba y yo me quedaba: pero era justo, me explicó, porque Grecia pertenecía a las Naciones Unidas), y con un gesto insólito extrajo de su famoso saco un regalo: un par de pantalones, de los que se usaban en Auschwitz en los últimos meses, es decir, con un gran «ventanal» en el anca izquierda, cerrado con un remiendo de tela a rayas. Luego, desapareció.

Pero debía reaparecer otra vez, muchos meses más tarde, en el más increíble de los decorados y la más inesperada de las encarnaciones.

Katowice

El campo de refugiados de Katowice, que me acogió hambriento y cansado después de la semana de peregrinación con el griego, estaba situado en un pequeño altozano en un suburbio de la ciudad llamado Bogucice. En su momento había sido un minúsculo *Lager* alemán y había albergado a los mineros-esclavos asignados a una mina de carbón que había en las cercanías. Estaba formado por una docena de barracones de ladrillos, de dimensiones reducidas y un solo piso: tenía todavía la doble muralla de alambre de púas, ya puramente simbólica. La puerta estaba vigilada por un soldado soviético, de aspecto somnoliento y haragán; del lado opuesto se abría en la alambrada un gran hueco por donde se podía salir sin tener siquiera que inclinarse: el mando ruso parecía no preocuparse por ello en absoluto. Las cocinas, el comedor, la enfermería, los lavabos estaban fuera del recinto de modo que la puerta era un lugar de continuo ir y venir.

El centinela era un mongol gigantesco de unos cincuenta años, armado de metralleta y bayoneta, con enormes manos nudosas, grises bigotes colgantes a lo Stalin y ojos de fuego: Pero su aspecto feroz y bárbaro era totalmente incongruente con sus inocuas prerrogativas. Nadie se acercaba a él nunca, y por eso se moría de aburrimiento. Su comportamiento con relación a quien entraba o salía era imprevisible: a veces pretendía que le enseñasen el *propusk*, es decir, el pase; otras sólo preguntaba el nombre; otras, pedía un poco de tabaco o incluso no decía nada. Por el contrario, otros días rechazaba a todos furiosamente, pero no tenía nada que objetar si los veía salir por el agujero del fondo, que estaba bien a la vista. Cuando hacía frío abandonaba tranquilamente su puesto de guardia, se metía en una de las

habitaciones donde viese humear bien una chimenea, arrojaba la metralleta en un catre, encendía la pipa y ofrecía vodka si tenía y si no tenía lo pedía, blasfemando desconsolado si no se lo daban. A veces le daba directamente la metralleta al primero de nosotros que se le acercaba y con gestos y gritos nos hacía comprender que debíamos ir a sustituirlo al puesto de guardia; luego se adormilaba junto a la estufa.

Cuando llegué allí con Mordo Nahum, el campo estaba ocupado por una población muy promiscua de unas cuatrocientas personas. Había franceses, italianos, holandeses, griegos, checos, húngaros y de otros lugares: algunos habían sido trabajadores civiles de la Organización Todt: otros, militares prisioneros; y había otros que eran ex *Häftlinge*. Había también un centenar de mujeres.

En realidad, la organización del campo estaba en gran parte confiada a la iniciativa privada o de los grupos: pero oficialmente el campo estaba subordinado a una *Kommandantur* soviética, que era el ejemplar más pintoresco de campamento gitano que pueda imaginarse. Había un capitán, Iván Antonovič Egorov, un hombrecillo ya mayor, de aspecto rústico y poco amigable; tres «tenientes veteranos»; un sargento, atlético y jovial; una docena de gente del país (entre los cuales estaba el bigotudo centinela de que he hablado antes); un cabo; una *Doktorka*; un médico, Pjotr Grigorjevič Dancenko, jovencísimo, gran bebedor, fumador, enamoradizo y despreocupado; una enfermera, Marja Fjodorovna Prima, que pronto se hizo amiga mía; y una multitud indefinida de muchachas fuertes como encinas, no se sabía si militares o militarizadas o auxiliares o civiles o diletantes. Tenían misiones diversas e indefinidas: lavanderas, cocineras, dactilógrafas, secretarias, camareras, novias por temporadas de éste o aquél, prometidas intermitentes, mujeres, hijas.

La caravana vivía en buena armonía sin horario ni reglamento en las proximidades del campo, acampada en los locales de una escuela primaria abandonada. El único que se ocupaba de nosotros era el cabo, que parecía ser el de mayor autoridad, aunque no de mayor rango, de todo el mando. Por otra parte, todas sus relaciones jerárquicas eran indescifrables: se relacionaban entre sí con sencillez amistosa, como una gran familia provisional, sin formalismos militares; a veces estallaban riñas furibundas y peleas, también entre oficiales y soldados, pero se terminaban rápidamente sin consecuencias disciplinarias y sin rencores, como si no hubiese pasado nada.

La guerra estaba a punto de terminar, la larguísima guerra que había devastado a su país; para ellos ya había terminado.

Era la gran tregua: pues todavía no había empezado la dura estación que debía seguir, ni se había pronunciado todavía la nefasta denominación de guerra fría. Estaban alegres, tristes y cansados, y se consolaban con la comida y con el vino, como los compañeros de Ulises después de haber arrastrado sus naves fuera del agua. Y, sin embargo, bajo las apariencias desaliñadas y anárquicas, era fácil distinguir entre ellos, en todos aquellos rostros rudos y abiertos, a los buenos soldados del Ejército Rojo, a los hombres valientes de la Rusia antigua y nueva, mansos en la paz y atroces en la guerra, fuertes por una disciplina interior nacida de su concordia, de su amor mutuo y de su amor a su patria; una disciplina mucho más fuerte, precisamente porque era interior, que la disciplina mecánica y servil de los alemanes. Era fácil comprender, viviendo entre ellos, por qué era aquélla y no ésta la que había prevalecido.

Uno de los almacenes del campo estaba habitado sólo por italianos, casi todos trabajadores civiles que se habían trasladado a Alemania más o menos voluntariamente. Eran albañiles y mineros, mayores, gente tranquila, sobria, laboriosa y de ánimo amable.

El jefe de los italianos, a quien tuve que dirigirme para que se hiciese cargo de mí, era, por el contrario, muy diferente. El contable Rovi había llegado a ser jefe de campo no por una elección de sus subordinados ni por investidura de los rusos sino autonómicamente: porque, siendo un individuo de cualidades morales e intelectuales más bien pobres, poseía en grado muy notable la virtud que, en todos los climas, es la más necesaria para la conquista del poder, es decir, el amor por el poder.

Contemplar el comportamiento de quien actúa no de acuerdo con la razón sino según sus impulsos más profundos, es un espectáculo de interés extraordinario, semejante al que disfruta el naturalista que estudia las actividades de un animal de instintos complejos. Rovi había conquistado su cargo actuando con la misma espontaneidad atávica con que la araña teje su tela; porque como la araña sin la tela, Rovi sin su cargo no podía vivir. Había empezado a tejer en seguida: era verdaderamente un necio, y no sabía palabra de alemán ni de ruso, pero desde el primer día se había asegurado los servicios de un intérprete, y se había presentado ceremoniosamente al mando soviético en calidad de plenipotenciario de los intereses de los italianos. Había organizado una oficina, con letreros (escritos a mano, en hermosos caracteres con ringorrangos), sellos, lapiceros de varios colores y un registro; y no siendo coronel, ni siquiera militar, había colgado de su puerta un cartel llamativo: «Puesto

de mando italiano — Coronel Rovi»; se había rodeado de una pequeña corte de marmitones, escribientes, sacristanes, espías, mensajeros y bravucones, a los que remuneraba en especie, con víveres sustraídos a la ración de la comunidad y liberándolos de todos los trabajos de interés comunitario. Sus cortesanos, que como siempre sucede eran mucho peores que él, se preocupaban de que (aun por la fuerza, lo que raramente era necesario) se cumpliesen sus órdenes, lo servían, le llevaban informaciones y lo adulaban intensamente.

Con sorprendente clarividencia, que es como decir por un procedimiento mental altamente complejo y misterioso, había comprendido la importancia, y aun la necesidad, de tener un uniforme, ya que tenía que tratar con gente uniformada. Se había inventado uno al que no le faltaba imaginación, bastante teatral, con un par de botas soviéticas, una gorra de ferroviario polaco, chaqueta y pantalones que no sé dónde había encontrado que parecían de estameña, y puede que lo fuesen: había encargado que le cosieran galones en la pechera, hebras doradas en la gorra, grecas e insignias en las bocamangas, y llevaba el pecho lleno de medallas.

Aparte de todo, no era un tirano, ni siquiera un mal administrador. Tenía el buen sentido de contener las vejaciones, las extorsiones y los abusos dentro de límites moderados, y tenía por el papeleo una vocación innegable. Ahora bien, como aquellos rusos eran curiosamente sensibles a la fascinación de los papeles (cuyo posible significado racional no habían llegado a comprender), y parecía que amaban la burocracia con ese amor platónico y espiritual que no llega a la posesión y no aspira a ella, Rovi era tolerado con benevolencia, cuando no realmente estimado, en los ambientes de la *Kommandantur*. Además, estaba unido al capitán Egorov por un paradójico e imposible vínculo de simpatía entre misántropos: tanto el uno como el otro eran individuos tristes, compungidos, asqueados y dispépticos, y en medio de la euforia general buscaban el aislamiento.

En el campo de Bogucice me encontré con Leonardo, ya de médico acreditado y asediado por una clientela poco adinerada pero numerosa: venía, como yo, de Buna, y había llegado a Katowice pocas semanas antes, siguiendo caminos menos intrincados que los míos. Entre los *Häftlinge* de Buna los médicos abundaban y muy pocos (prácticamente sólo los que dominaban el alemán o eran habilísimos en el arte de sobrevivir) habían podido hacerse reconocer como tales por el médico jefe de los SS. Por lo cual Leonardo no había disfrutado de ningún privilegio: había soportado los trabajos manuales más duros y

había sobrevivido su año de *Lager* de manera extremadamente precaria. Soportaba mal el cansancio y el hielo, y había tenido que pasar por la enfermería infinitas veces, con edemas en los pies, heridas infectadas y consunción general. Tres veces, en tres selecciones de enfermería, había sido elegido para morir en las cámaras de gas, y las tres veces había escapado por la solidaridad de los colegas que tenían el mando. Y tenía sobre todo, además de buena suerte, otra virtud esencial en aquellos lugares: una capacidad ilimitada de aguante, un valor silencioso que no era connatural ni religioso ni trascendente, sino deliberado y había logrado una hora tras otra, una paciencia viril que lo sostenía milagrosamente en el límite del colapso.

La enfermería de Bogucice se había instalado en la misma escuela que albergaba a la Jefatura rusa, en dos salitas bastante limpias. Había sido creada de la nada por Marja Fjodorovna: Marja era una enfermera militar, cuarentona, que parecía un gato montés con sus ojos oblicuos y agrestes, la nariz corta con agujeros horizontales, y movimientos ágiles y silenciosos. Por lo demás, era de una tierra salvaje: había nacido en el corazón de Siberia.

Marja era una mujer enérgica, brusca, desordenada y decidida. Encontraba medicamentos en parte por las normales vías administrativas, cogiéndolos de los depósitos militares soviéticos, en parte a través de los múltiples canales del mercado negro, y también (y era así en la mayor parte de los casos) tomando parte activamente en el saqueo de los almacenes de los ex *Lager* alemanes y de las enfermerías y las farmacias alemanas abandonadas, las provisiones de las cuales eran, a su vez, fruto de saqueos anteriores que los alemanes habían llevado a cabo en todos los países de Europa. Por ello, todos los días, la enfermería de Bogucice recibía suministros que no tenían un plan ni un método: centenas de cajas de especialidades farmacéuticas con etiquetas e instrucciones sobre su uso en todas las lenguas, que tenían que ser agrupadas y catalogadas para el caso de que fueran necesarias.

Entre las cosas que yo había aprendido en Auschwitz, una de las más importantes era que a toda costa hay que evitar ser «un cualquiera». Todos los caminos están cerrados a los que parecen unos inútiles, todos están abiertos a los que ejercen alguna función, aun la más insignificante. Por ello, después de haber hablado con Leonardo, me presenté a Marja y le propuse mis servicios como farmacéutico políglota.

Marja Fjodorovna me examinó con mirada penetrante y experta en sopesar machos. ¿Era «*Doktor*»? Sí, lo era, mantuve,

ayudado por el equívoco de la fuerte confusión lingüística: la siberiana, en realidad, no hablaba alemán, pero (sin ser judía) sabía un poco de yiddish, aprendido Dios sabe dónde. No tenía un aspecto ni muy profesional ni muy atractivo, pero para estar en una rebotica tal vez podía servir: Maria se sacó del bolsillo un pedazo de papel mal doblado y me preguntó cómo me llamaba.

Cuando a «Levi» añadí «Primo» se iluminaron sus ojos verdes, primero sospechosos, luego interrogadores y, por fin, benévolos. Pero éramos casi parientes, me explicó. Yo «Primo» y ella «Prima»: Prima era su apellido, su «familia», Marja Fjodorovna Prima. Muy bien, podía darme trabajo. ¿Zapatos y traje? Pues no era un asunto fácil, hablaría con Egorov y con otros conocidos, quizá pudiera encontrarse algo. Garabateó mi nombre en el pedazo de papel, y al día siguiente me entregó solemnemente el «propusk», un pase de aspecto casero que me autorizaba a entrar y salir del campo a cualquier hora del día y de la noche.

Vivía en una sala con ocho obreros italianos, y todas las mañanas iba a la enfermería para cumplir mi tarea. Marja Fjodorovna me entregaba centenas de cajas variopintas para que las clasificase y me hacía pequeños regalos amistosos: cajitas de glucosa (muy de agradecer); pastillas de regaliz y de menta; cordones de zapatos; a veces un paquetito de sal o de polvo para budines. Una tarde me invitó a tomar el té en su habitación y advertí que en la pared encima de su cama había ocho fotografías de hombres con uniforme: eran casi todos retratos de caras conocidas, es decir, de soldados y oficiales de la *Kommandantur*. Marja los llamaba a todos familiarmente por el nombre, y hablaba de ellos con sencillez afectuosa: hacía ya tantos años que los conocía, y habían hecho toda la guerra juntos.

Después de algunos días, como el trabajo de farmacéutico me dejaba mucho tiempo libre, Leonardo me llamó para que lo ayudase en el ambulatorio. La intención de los rusos era que éste se utilizase solamente para los huéspedes del campo de Bogucice: en realidad, como los cuidados eran gratuitos y no requerían ninguna formalidad, se presentaban allí en busca de reconocimiento o medicamentos también los militares rusos, civiles de Katowice, gente de paso, mendigos, y personajes dudosos que no querían vérselas con las autoridades.

Ni Marja ni el doctor Dancenko encontraban ningún reparo que oponer a este estado de cosas (Dancenko nunca tenía nada que oponer a nada, no se ocupaba más que de cortejar a las muchachas con los divertidos gestos de un gran duque de

opereta y, por las mañanas temprano cuando venía donde nosotros estábamos para hacer una rápida inspección, estaba ya borracho y contentísimo); pero, sin embargo, unas semanas después Marja me llamó y con aire muy oficial me comunicó que «por órdenes de Moscú» era necesario que la actividad del ambulatorio se sometiese a un control minucioso. Para ello yo tenía que llevar un registro y apuntar en él todas las noches el nombre y la edad de los pacientes, su enfermedad, y la calidad y cantidad de las medicinas suministradas o recetadas.

En sí mismo el asunto era sensato; pero era necesario ponerse de acuerdo en algunos detalles prácticos, de los que hablé con Marja. Por ejemplo: ¿cómo comprobaríamos la identidad de los pacientes? Pero a Marja le pareció una objeción sin importancia, «Moscú» no la pondría en duda. Emergió una dificultad más grave: ¿en qué lengua llevaríamos el registro? Ni en italiano ni en francés ni en alemán, que ni Marja ni Dancenko sabían. Entonces, ¿en ruso? No, ruso no sabía yo. Marja se quedó pensativa y perpleja, luego se iluminó y exclamó: «¡Galina!», Galina podía resolver la situación.

Galina era una de las chicas agregadas a la *Kommandantur*: sabía alemán y podía dictarle los interrogatorios en alemán, que ella traduciría al ruso inmediatamente. Marja mandó inmediatamente llamar a Galina (la autoridad de Marja, aunque de naturaleza no bien definida, parecía grande) y así tuvo comienzo nuestra colaboración.

Galina tenía dieciocho años, y era de Kazatin, en Ucrania. Era morena, alegre y graciosa: tenía una cara inteligente de rasgos sensibles y menudos, y entre todas sus compañeras era la única que vestía con cierta elegancia, y que tenía hombros, manos y pies de unas dimensiones aceptables. Hablaba alemán discretamente: con su ayuda los famosos interrogatorios iban saliendo con gran esfuerzo tarde tras tarde, con un trozo de lápiz, en un cuaderno de papel grisáceo que Marja me había entregado como una reliquia. ¿Cómo se dice «asma» en alemán? ¿Y «clavícula»? ¿Y «dislocación»? ¿Y cómo se dicen estos términos en ruso? A cada escollo léxico estábamos obligados a detenernos, presa de dudas, y a recurrir a complicadas gesticulaciones que terminaban en risas cascabeleantes de Galina.

Mucho más raramente mías. Frente a Galina me sentía débil, enfermo y sucio; era dolorosamente consciente de mi aspecto miserable, de mi barba mal afeitada, de mis ropas de Auschwitz; era agudamente consciente de la mirada de Galina, todavía casi infantil, en la que un poco de compasión estaba mezclada con

una clara repugnancia.

Sin embargo, después de unas semanas de trabajo común se había establecido entre nosotros una atmósfera de tenue confianza recíproca. Galina me dio a entender que el asunto de los interrogatorios no era tan serio, que Marja Fjodorovna era «una vieja loca» y se contentaba con que las hojas se le entregasen de cualquier manera con tal de que estuviesen cubiertas de escritura, y que el doctor Dancenko estaba ocupado en otros asuntos muy diferentes (que Galina conocía con maravillosa abundancia de detalles) con Anna, con Tanja, con Vassilissa, y que se preocupaba por los interrogatorios «como por las nieves de antaño». Así, el tiempo dedicado a los tristes dioses burocráticos fue disminuyendo, y Galina aprovechaba los intervalos para contarme su historia, poco a poco, a retazos.

Hacía dos años, en plena guerra, en el Cáucaso, donde se había refugiado con su familia, había sido reclutada por aquella misma *Kommandantur*; reclutada de la manera más sencilla, que es lo mismo que ser detenida en la calle y llevada al cuartel general para escribir unas cartas a máquina. Había ido y se había quedado allí; no había logrado liberarse (o más probablemente, pensaba yo, ni siquiera lo había intentado). La *Kommandantur* se había convertido en su verdadera familia: había recorrido con ella decenas de millares de kilómetros, por la retaguardia convulsa y a lo largo del frente sin confines, de Crimea a Finlandia. No tenía uniforme, ni denominación ni graduación: pero era útil a sus compañeros combatientes, era su amiga, y por eso los seguía, porque estaban en guerra y todos debían cumplir con su deber; y además el mundo era ancho y variado y es hermoso recorrerlo cuando se es joven y no se tienen preocupaciones.

Preocupaciones Galina no las tenía, ni sombra de ellas. Se la veía por las mañanas yendo al lavabo, con un saco de ropa interior sobre la cabeza y cantando como una alondra; o en las oficinas del cuartel general, descalza, escribiendo a máquina como un tornado; o los domingos paseando por las murallas, del brazo de un soldado, nunca el mismo; o por las tardes en el balcón, románticamente extasiada, mientras un suspirante belga, desenfrenado, la rondaba con la guitarra. Era una chica campesina, despierta, ingenua, un tanto coqueta, muy vivaz, no especialmente culta, no particularmente seria; pero en ella se sentía obrar la misma virtud, la misma dignidad de sus compañeros-amigos-novios, la dignidad de quien trabaja y sabe por qué, de quien combate y sabe que tiene razón, de quien tiene la vida por delante.

A mediados de mayo, pocos días después del fin de la guerra, vino a decirme adiós. Se iba: le habían dicho que podía volverse a casa. ¿Tenía el salvoconducto? ¿Tenía dinero para el tren? «No», me contestó riendo, «*njé* nada, no hay necesidad, siempre puede una pasarse sin esas cosas». Y desapareció, sorbida por la vacuidad del espacio ruso, por los caminos de su país sin fronteras, dejando tras de sí un olor áspero a tierra, a juventud, a alegría.

Yo tenía también otras ocupaciones: ayudar a Leonardo en el ambulatorio, naturalmente; y ayudar a Leonardo en la lucha cotidiana contra los piojos.

Este último servicio era necesario en aquellas tierras y en aquellos tiempos en que el tabardillo serpenteaba endémico y mortal. El encargo era poco atractivo: teníamos que recorrer todos los barracones y decirle a todo el mundo que se desnudase de medio cuerpo para arriba y nos enseñase la camisa, en cuyos pliegues y costuras los piojos suelen hacer sus nidos y poner huevos. Ese tipo de piojos tienen una manchita roja en el dorso: según una broma que repetían incansablemente nuestros pacientes, si se la observase con una lupa apropiada se vería que estaba formada por una diminuta hoz y un martillo. Decían también que eran la «infantería» mientras que las pulgas eran «la artillería», los mosquitos «la aviación», las chinches «los paracaidistas» y las cucarachas «los zapadores». En ruso se llaman «vši»: me lo enseñó Marja, que me había entregado otro fascículo en el que tenía que poner el nombre y el número de los piojosos del día, y subrayar en rojo a los reincidentes.

Los reincidentes eran raros, con la única excepción notable del Ferrari. El Ferrari, a cuyo apellido se añadía el artículo porque era milanés, era un portento de inercia. Formaba parte de un grupito de criminales comunes, que habían sido detenidos en San Vittore, a quienes en 1944 los alemanes habían dado a elegir entre las cárceles italianas y los trabajos forzados en Alemania, y habían elegido lo último. Eran unos cuarenta, casi todos ladrones o buscones: formaban un microcosmos cerrado, variopinto y turbulento, perpetua fuente de complicaciones para los jefes rusos y para el contable Rovi.

Pero el Ferrari era tratado por sus colegas con un desprecio evidente y por consiguiente se encontraba relegado a una soledad forzada. Era un hombrecillo de unos cuarenta años, delgado y amarillento, casi calvo, de expresión ausente. Se pasaba los días echado en su jergón y era un lector infatigable. Leía todo lo que le caía en las manos: periódicos y libros italianos, franceses, alemanes, polacos. Cada dos o tres días,

cuando pasaba haciendo la inspección, me decía: «He terminado ya el libro. ¿Puedes prestarme otro? Pero que no sea ruso, sabes que el ruso no lo entiendo bien». Y no era un políglota, era prácticamente analfabeto. Pero «leía» todos los libros, de la primera línea a la última, identificando con satisfacción cada letra, pronunciándola a flor de labio, y reconstruyendo trabajosamente las palabras, cuyo significado no le interesaba. Con eso tenía suficiente: lo mismo que en distintos niveles, los hay que experimentan placer al resolver crucigramas, integrar ecuaciones diferenciales o calcular las órbitas de los asteroides.

Era, por consiguiente, un individuo especial: y me lo confirmó su historia, que me contó de muy buena gana y que recojo aquí.

—Durante muchos años fui a la escuela de ladrones de Loreto. Tenían un maniquí con campanillas y una cartera en el bolsillo: había que sacarla sin que sonasen las campanillas y yo nunca pude hacerlo. Y no me dieron nunca licencia para robar: me ponían a hacer la guardia. He hecho la guardia dos años. Se gana poco y uno se arriesga: no es un buen trabajo.

»Pensando y pensando un buen día pensé que, sin licencia o con ella, si quería ganarme el pan tenía que hacerlo por mi cuenta.

»Eran tiempos de guerra, de despoblación, de contrabando, de montones de gente en los tranvías. Fue en el 2, en Porta Ludovica, porque por aquella parte nadie me conocía. A mi lado había una con un bolso grande; en el bolsillo del abrigo, se notaba al tacto, llevaba la cartera. Preparé el sacaño, despacito…

Tengo que abrir aquí un paréntesis técnico. El sacaño, me explicó el Ferrari, es un instrumento de precisión que se obtiene partiendo en dos la hoja de una maquinilla de afeitar. Se usa para cortar los bolsos y los bolsillos, por lo que debe ser muy afilado. También sirve a veces para acuchillar, en los lances de honor; y, por eso, de los acuchillados se dice también que los han «sacañado».

—… despacito, despacito, y empecé a cortar el bolsillo. Casi había terminado cuando una mujer, no la del bolsillo, entiendes, sino otra, se puso a gritar «Al ladrón, al ladrón». A ella no le estaba haciendo nada, no me conocía, y ni siquiera conocía a la del bolsillo. Ni siquiera era de la policía, era una con la que no iba nada. Pues el hecho es que el tranvía se paró, me pescaron, fui a dar a San Vittore, de allí a Alemania, y de Alemania aquí. ¿Lo ves? Mira lo que puede pasar por tomar ciertas iniciativas.

Desde entonces, el Ferrari no había vuelto a tomar

iniciativas. Era el más sumiso y el más dócil de mis pacientes: se desnudaba en seguida y sin protestar, enseñaba la camisa con los inevitables piojos, y a la mañana siguiente se sometía a la desinfección sin adoptar aires de príncipe ofendido. Pero al día siguiente los piojos, no se sabe por qué, allí estaban otra vez. Él era así: ya no tomaba iniciativas, no hacía resistencia ni a los piojos.

Mi actividad profesional me proporcionaba al menos dos ventajas: el *propusk* y una mejor alimentación.

La cocina del campo de Bogucice la verdad es que no era escasa: nos asignaban la ración militar rusa, que consistía en un kilo de pan, dos sopas diarias, una «kasa» (que es como un cocido con carne, tocino, maíz y otras verduras), y un té a la rusa, diluido, abundante y azucarado. Pero Leonardo y yo teníamos que remediar los estragos provocados por un año de *Lager*: teníamos siempre un hambre incontrolada, en buena parte psicológica, y la ración no nos bastaba.

Marja nos había autorizado a comer la comida del mediodía en la enfermería. La cocina de la enfermería la llevaban dos *maquisardes* parisinas, obreras ya de edad, supervivientes del *Lager* ellas también, donde habían perdido a sus maridos; eran mujeres taciturnas y llenas de dolor, sobre cuyos rostros prematuramente envejecidos los sufrimientos pasados y los recientes aparecían dominados y contenidos por la enérgica conciencia moral de los combatientes políticos.

Una, Simone, nos servía la mesa. Nos ponía primero sopa una vez y luego otra. Después me miraba, como con aprensión: «Vous répétez, jeune homme?», yo asentía tímidamente, avergonzado de aquella voracidad de animal que tenía. Bajo la mirada severa de Simone raramente me atrevía a «répéter» la cuarta vez.

En cuanto al *propusk*, era más bien un signo de distinción social que una ventaja específica: en realidad cualquiera podía perfectamente salir por el agujero de la alambrada y marcharse a la ciudad tan libre como un pájaro. Así hacían por ejemplo muchos de los ladrones, para irse a ejercer su arte en Katowice, y aún más lejos: no volvían, o volvían al campo varios días después, muchas veces contando cualquier otra hazaña, ante la indiferencia general.

Con todo, el *propusk* permitía dirigirse a Katowice evitando la larga vuelta entre el fango que circundaba el campo. Con la recuperación de las fuerzas y con el buen tiempo también yo

sentía cada vez más viva la tentación de lanzarme al descubrimiento de la ciudad desconocida. ¿De qué servía haber sido liberados si seguíamos pasando los días dentro del marco de una alambrada? Además, la población de Katowice nos miraba con simpatía, y se nos había concedido entrada libre en los tranvías y en los cines.

Una noche hablé de ello con Cesare e hicimos un plan general para los días siguientes en el que queríamos unir lo útil con lo agradable, es decir, los negocios con el vagabundeo.

Cesare

Había conocido a Cesare en los últimos días del *Lager*, pero era otro Cesare. En el campo de Buna abandonado por los alemanes, la sala de infecciosos, donde los dos franceses y yo habíamos logrado sobrevivir e instaurar un principio de orden, suponía una isla de relativo bienestar: en la división de al lado, la división de los disentéricos, la muerte triunfaba sin obstáculos.

A través de las paredes de madera, a pocos centímetros de mi cabeza, oía hablar en italiano. Una tarde, poniendo en juego las pocas energías que me quedaban, me había decidido a ir a ver quién vivía todavía allá adentro. Había recorrido el pasillo oscuro y helado, había abierto la puerta, y me había encontrado sumido en el reino del horror.

Había un centenar de literas: la mitad por lo menos estaban ocupadas por cadáveres tiesos del frío. Sólo dos o tres velas rompían la oscuridad: las paredes y el techo se perdían en las tinieblas y parecía que se estaba entrando en una cueva enorme. No había ninguna clase de calefacción, si exceptuábamos los alientos infecciosos de los cincuenta enfermos que aún vivían. A pesar del hielo, el hedor de las heces y de los muertos era tan intenso que cortaba el aliento, y había que violentar los pulmones para obligarlos a recibir aquel aire corrompido.

Y, sin embargo, había cincuenta que seguían vivos. Estaban acurrucados bajo las mantas; algunos gemían o gritaban, otros se bajaban trabajosamente de las literas para evacuar en el suelo. Llamaban a alguien, rezaban, insultaban, imploraban ayuda en todas las lenguas de Europa.

Me arrastré a tientas por uno de los pasadizos que se abrían entre las literas de tres pisos, tropezando y tambaleándome en

la oscuridad sobre estratos de excrementos helados. Al oírme, los gritos se redoblaban: manos ganchudas salían de entre las mantas, me cogían por la ropa, me tocaban, frías, la cara, intentaban cerrarme el paso. Por fin llegué hasta el tabique divisorio al fondo del pasadizo, y encontré lo que buscaba. Había dos italianos en una litera, abrazados en un ovillo para defenderse del hielo: Cesare y Marcello.

Conocía bien a Marcello: era de Cannaregio, el *ghetto* antiquísimo de Venecia, había estado en Fossoli conmigo, y había pasado a Breno en el vagón contiguo al mío. Era sano y fuerte y, hasta las últimas semanas de *Lager*, había aguantado bien, soportando valientemente el hambre y el cansancio: pero el frío del invierno lo había vencido. No hablaba ya, y yo, a la luz de la cerilla que encendí, pude reconocerlo apenas: una cara amarilla y negra por la barba, todo nariz y dientes; los ojos brillantes y dilatados por el delirio, fijos en el vacío. Poco podía hacerse por él.

A Cesare apenas lo conocía, ya que había llegado a Buna desde Birkenau unos meses antes. Me pidió agua antes que comida: agua, porque hacía cuatro días que no bebía, y la fiebre lo quemaba, y la disentería lo vaciaba. Se la llevé, junto con las sobras de nuestra sopa: y no sabía que estaba echando las bases de una larga y singular amistad.

Su capacidad de recuperación debía ser extraordinaria, pues lo encontré en el campo de Bogucice dos meses después, no sólo restablecido sino casi rozagante, y despierto como un grillo; y sin embargo había sobrevivido a una aventura más que había sometido a duras pruebas las naturales cualidades de su ingenio, consolidadas en la terrible escuela del *Lager.*

Después de la llegada de los rusos, también él había sido cuidado en Auschwitz y como su enfermedad no era grave, y su naturaleza robusta, se había puesto bien en seguida; incluso un poco demasiado pronto. Hacia mediados de marzo, los ejércitos alemanes derrotados se habían concentrado en los alrededores de Breslavia, y habían intentado una última y desesperada contraofensiva en dirección de la cuenca minera silesiana. Los rusos habían sido cogidos por sorpresa: tal vez sobrevalorando la iniciativa del adversario se habían apresurado a preparar una línea defensiva. Necesitaban una larga trinchera antitanques que atravesase el valle del Oder, entre Oppeln y Gleiwitz: los brazos escaseaban, la obra era colosal, la necesidad urgente, y los rusos proveyeron a todo ello según sus hábitos, de manera extremadamente expeditiva y sumaria.

Una mañana, hacia las nueve, los ejércitos rusos habían bloqueado inesperadamente algunas de las calles de Katowice. En Katowice, como en toda Polonia, faltaban hombres: la población masculina en edad de trabajo había desaparecido, prisionera en Alemania y en Rusia, dispersa con las bandas de partisanos, asesinada en el campo de batalla, en los bombardeos, en las represalias, en los *Lager*, en los *ghettos*. Polonia era un país de luto, un país de viejos y de viudas. A las nueve de la mañana no había en las calles más que mujeres: amas de casa con la bolsa o la carretilla en busca de víveres o de carbón por tiendas y mercados. Los rusos las habían puesto en filas de cuatro en cuatro con la bolsa y todo, las habían llevado a la estación y expedido a Gleiwitz.

Al mismo tiempo, cinco o seis días antes de que llegase yo con el griego, habían rodeado de repente el campo de Bogucice: daban gritos como caníbales y disparaban tiros al aire para atemorizar a quien intentase disentir. Habían hecho callar sin muchos miramientos a sus pacíficos colegas de la *Kommandantur*, que habían intentado oponerse tímidamente, habían entrado en el campo metralleta en ristre y habían obligado a todos a salir de los barracones.

En la explanada central del campo se había desarrollado, luego, una especie de versión caricaturesca de las selecciones alemanas. Versión mucho menos sangrienta porque se trataba de ir a trabajar y no a la muerte; pero, por otra parte, mucho más caótica y extemporánea.

Mientras tanto, algunos soldados iban por los barracones a sacar de su nido a los renuentes, y los perseguían luego en una carrera loca, como en un gran juego del escondite; otros se habían puesto a la puerta, y examinaban uno por uno a los hombres y a las mujeres que iban siéndoles presentados por los cazadores, o que se presentaban ellos mismos espontáneamente. El pronunciamiento de si «bolnoj» y «zdorovyj» (enfermo o sano) era pronunciado colegialmente, por aclamación, no sin disputas ruidosas en los casos poco claros. Los «bolnoj» podían volverse a los barracones; los «zdorovyj» se ponían en fila delante de la alambrada.

Cesare había sido de los primeros en comprender lo que pasaba («en dilucidar el movimiento», decía él), se había comportado con una agudeza loable y por un pelo no había conseguido escabullirse: se había escondido en la leñera, un sitio en que nadie había pensado, y se había quedado allí hasta el final de la caza, callado y quieto bajo los troncos que se había echado encima con un cesto. Y hete aquí que un chamarilero

cualquiera, buscando un refugio, había llegado a meterse allí adentro llevándose detrás un ruso que lo perseguía. A Cesare le habían pescado, y declarado sano: por pura represalia, porque había salido de entre la leña como un Cristo, o mejor, como un lisiado retrasado, que habría conmovido a una piedra: todo tembloroso, con babas en la boca, andaba torcido, bamboleándose, arrastrando una pierna, con los ojos bizcos y excitados. Pero lo habían añadido a la fila de los sanos, pocos segundos después, en una fulmínea inversión de su táctica, había intentado echar a correr, y volver al campo por el agujero del fondo. Pero lo habían alcanzado, se había ganado una bofetada y una patada en las canillas y se había resignado a la derrota.

Los rusos los habían llevado hasta más allá de Gleiwitz a pie, más de treinta kilómetros; allí los habían repartido como mejor pudieron en cuadras y henares, y les habían dado una vida de perros. Comer poco, y dieciséis horas diarias de pala y pico, al sol o a la lluvia, con el ruso siempre allí apuntándoles con la metralleta: los hombres en la trinchera, y las mujeres (las del campo y las polacas que se habían encontrado por el camino) pelando patatas, guisando y limpiando.

Era duro; pero a Cesare, más que el trabajo y el hambre le dolía el fracaso. ¡Que lo hubiesen atrapado así, como a un principiante, a él que había sido tahúr en la Porta Portese! Todo el Trastévere se hubiese reído. Tenía que rehabilitarse.

Trabajó tres días; al cuarto, cambió el pan por dos cigarros. Uno se lo comió; el otro lo dejó macerar en agua y se lo puso debajo del sobaco por la noche. Al día siguiente estaba listo para que lo viese el médico: tenía todo lo que hacía falta, fiebre de caballo, cólicos horrorosos, vértigos, vómitos. Le mandaron acostarse, estuvo en la cama hasta que se le pasó la intoxicación, luego, de noche, se escurrió como una anguila y se volvió a Bogucice en pequeñas etapas, con la conciencia tranquila. Pude conseguir que lo metiesen en mi habitación y ya no nos separamos hasta el viaje de retorno.

—Aquí va a haber baile —dijo Cesare poniéndose los calzones con gesto sombrío cuando, pocos días después de su vuelta, la tranquilidad nocturna del campo se rompió dramáticamente. Aquello era el fin del mundo, una explosión: los soldados rusos corrían de arriba abajo por el pasillo, daban golpes contra las puertas con la culata de la metralleta rugiendo órdenes conminatorias e incomprensibles; poco después llegó el estado mayor, Marja con bigudíes, Egorov y Dancenko a medio vestir, seguidos por el contable Rovi asustado y somnoliento

pero con uniforme de gala. Teníamos que levantarnos y vestirnos, rápido. ¿Por qué? ¿Volvían los alemanes? ¿Nos llevaban a otro sitio? Nadie sabía nada.

Por fin conseguimos detener a Marja. No, los alemanes no habían roto el frente, pero la situación era muy grave. «Inspektsija»: aquella misma mañana llegaba un general, de Moscú, a inspeccionar el campo. Toda la *Kommandantur* era presa del pánico y la desesperación, en un estado de ánimo de *dies irae*.

El intérprete de Rovi galopaba de sala en sala vociferando órdenes y contraórdenes. Aparecieron escobas, trapos, cubos; habían movilizado a todos, había que limpiar los cristales, hacer desaparecer los montones de basura, barrer los suelos, sacar brillo a las manillas, quitar las telarañas. Todos se pusieron a trabajar, entre bostezos y maldiciones. Dieron las dos, las tres, las cuatro.

Hacia el amanecer se empezó a oír la palabra «ubornaja»: la letrina del campo planteaba, en efecto, un grave problema.

Era un edificio de ladrillos, situado en pleno centro del campo precisamente, amplio, muy llamativo, que era imposible esconder o disfrazar. Hacía meses que nadie se ocupaba de su limpieza y cuidado: en el interior, el suelo estaba cubierto por un palmo de porquerías estancadas, hasta tal punto que habíamos echado en ellas piedras grandes y ladrillos y, para entrar, teníamos que saltar de uno en otro, en precario equilibrio. Por las puertas y las grietas de los muros los líquidos pútridos se vertían al exterior formando un arroyuelo fétido que atravesaba el campo y se perdía en el valle por entre los prados.

El capitán Egorov, que sudaba sangre y había perdido la cabeza por completo, escogió un grupo de diez hombres entre nosotros y los mandó al lugar con escobas y cubos de lejía, y con el encargo de limpiar aquello. Pero un niño podía entender que diez hombres, aun provistos de los instrumentos apropiados y no sólo de escobas, tendrían que emplear por lo menos una semana; y en cuanto a la lejía, ni todos los perfumes de Arabia habrían bastado para purificar aquel lugar.

No es raro que del choque de dos necesidades resulten decisiones insensatas cuando lo más sabio sería dejar que el dilema se resolviese por su propio peso. Una hora después (cuando todo el campo zumbaba como una colmena desasosegada) el equipo recibió orden de volver y vimos llegar a todos los doce integrantes de la jefatura llevando maderas, clavos, martillos, y carretes de alambre espinoso. En un abrir y

cerrar de ojos todas las puertas y ventanas de la escandalosa letrina estuvieron cerradas, atravesadas por tablones, selladas con tablas de abeto de tres dedos de espesor, y todas las paredes hasta el techo fueron cubiertas por un ovillo inextricable de alambre espinoso. El honor estaba a salvo: el inspector más diligente no habría podido materialmente meter allí las narices.

Llegó mediodía, llegó la noche, y no había rastros del general. A la mañana siguiente se hablaba ya un poco menos de él; al tercer día no se hablaba nada en absoluto, los rusos de la *Kommandantur* habían vuelto a su habitual y benigna incuria y negligencia, se habían desclavado dos tablas de la puerta trasera de la letrina y todo había seguido su ritmo acostumbrado.

Unas semanas más tarde llegó un inspector; vino a inspeccionar la marcha del campo y más exactamente de las cocinas, y no era un general sino un capitán, que llevaba un brazalete con la sigla NKVD, de fama un tanto siniestra. Llegó, y debió de encontrar particularmente agradable el recinto, o las chicas de la *Kommandantur*, o el aire de la Alta Silesia, o la proximidad de los cocineros italianos: porque ya no se fue, y se quedó inspeccionando la cocina diariamente hasta junio, cuando nos fuimos, sin ejercitar aparentemente ninguna otra actividad útil.

La cocina, llevada por un bárbaro cocinero bergamasco y un número impreciso de ayudantes voluntarios gordos y lúcidos [3], estaba situada inmediatamente fuera del recinto, y estaba constituida por un gran barracón que llenaban casi por completo las dos enormes marmitas que descansaban sobre hornillos de cemento. Se entraba allí subiendo dos escalones, y había muerto [4].

El inspector hizo su primera visita con mucha dignidad y seriedad, tomando notas en un cuaderno. Era un judío de unos treinta años, altísimo y descoyuntado, con bello rostro ascético a lo Don Quijote. Pero el segundo día había sacado no sé de dónde una motocicleta y se enamoró de ella de tal manera que ya nunca se vio al uno sin la otra.

La ceremonia de la inspección se convirtió en un espectáculo público, al que asistían cada vez en mayor número los habitantes de Katowice. El inspector llegaba como una tromba hacia las once: frenaba de golpe con un estrépito horrendo y, apoyándose en la rueda anterior, hacía dar a la posterior un giro de un cuarto de círculo. Sin pararse, se lanzaba hacia la cocina con la cabeza agachada, como un toro que embiste; subía los dos escalones con brincos temerosos; describía dos 8 apresurados, con el tubo

de escape abierto, alrededor de las marmitas; volaba de nuevo escalones abajo, saludaba militarmente al público con una sonrisa radiante, se curvaba sobre el manillar, y desaparecía envuelto en una nube de humo glauco y de estrépito.

El juego continuó sin tropiezos durante varias semanas; luego, un día no aparecieron ni la moto ni el capitán. Éste estaba en el hospital con una pierna rota; aquélla en las manos amorosas de un cenáculo de aficionados italianos. Pero pronto se los volvió a ver en circulación: el capitán había mandado adaptar una mesita al cuadro y tenía apoyada sobre ella la pierna enyesada, en posición horizontal. Su rostro de noble palidez había alcanzado una felicidad extática; así aparejado, reasumió con ímpetu apenas disminuido sus cotidianas inspecciones.

Sólo cuando llegó abril se derritieron las últimas nieves y el sol tenue secó el fango polaco, empezamos a sentirnos verdaderamente libres. Cesare había ido ya varias veces a la ciudad, e insistía en que lo siguiera en sus expediciones: me decidí, al fin, a superar mi inercia, y salimos juntos una espléndida mañana primaveral.

Por iniciativa de Cesare, que estaba interesado en el experimento, no salimos por el agujero de la alambrada. Salí yo primero por la puerta grande; el centinela me preguntó que cómo me llamaba, después me pidió el pase y se lo enseñé. Lo examinó: el nombre era el mío. Doblé la esquina y a través de la alambrada le di a Cesare el trocito de cartón. El centinela le preguntó cómo se llamaba; Cesare contestó «Primo Levi». Le pidió el pase: efectivamente, aquél era su nombre, y Cesare salió de manera completamente legal. No es que a Cesare le preocupe mucho la legalidad, pero le gusta la elegancia, el virtuosismo, tomar el pelo al prójimo sin hacerlo sufrir.

Entramos en Katowice alegres como chicos en vacaciones, pero nuestro humor despreocupado se daba a bofetadas a cada momento con el escenario por el que íbamos avanzando. A cada paso nos topábamos con los vestigios de la tragedia desmesurada que nos había rozado y no nos había destruido por puro milagro. Tumbas en todas las encrucijadas, tumbas mudas y apresuradas, sin cruces pero coronadas por la estrella roja, de los militares soviéticos muertos en combate. Un inmenso cementerio de guerra en un parque de la ciudad, cruces y estrellas mezcladas, y casi todas con la misma fecha: la fecha de la batalla por las calles, o puede que del último exterminio de los alemanes. En mitad de la calle principal, tres, cuatro carros de

combate alemanes, de apariencia intacta, transformados en trofeos o en monumentos: la prolongación imaginaria del cañón de uno de ellos estaba frente a un enorme agujero en mitad de la fachada de la casa de enfrente: el monstruo había caído destruyendo. Ruinas por todas partes, esqueletos de cemento, vigas de madera carbonizada, barracones de chapa, gente harapienta, con aspecto salvaje y famélico. En los cruces importantes, las indicaciones de las calles fijadas por los rusos y curiosamente opuestas a la nitidez y la precisión prefabricada de las análogas indicaciones alemanas que habíamos visto antes, y a las americanas que veríamos después: rudas tablas de madera grisácea con los nombres garabateados a mano, con betún, en desiguales caracteres cirílicos; Gleiwitz, Cracovia, Czenstochowa: o, como el nombre era demasiado largo, «Czenstoch» sobre una tabla, y luego «owa» en otra más pequeña clavada debajo.

Y, a pesar de todo, la ciudad estaba viva después de los años de pesadilla de la ocupación nazi y del huracán del paso del frente. Muchas tiendas y cafés estaban abiertos; realmente exuberante el mercado libre; funcionaban los tranvías, los pozos de carbón, las escuelas, los cines. Aquel primer día, como entre los dos no teníamos un céntimo, nos contentamos con una vuelta de reconocimiento. Después de algunas horas de andar en aquel aire mordiente, nuestra hambre crónica se había agudizado: «Ven conmigo», me dijo Cesare, «vamos a comer».

Me llevó al mercado, al ala donde estaban los puestos de fruta. Bajo los ojos malevolentes de la vendedora cogió del primer puesto una fresa, sólo una pero muy gorda, la masticó despacio, con aire de conocedor, luego sacudió la cabeza: «Nié ddobre», dijo severamente. (Es polaco —me explicó— quiere decir que no están buenas). Pasó al puesto siguiente y repitió la escena; y así en todos hasta el último. «Bueno, ¿a qué esperas?», me dijo luego con cínico orgullo, «si tienes hambre no tienes más que hacer lo que yo».

No era precisamente con la técnica de las fresas como podríamos prosperar: Cesare había entendido la situación, y era que aquél era el momento de dedicarse al comercio.

Me explicó lo que pensaba: como era amigo mío no me pedía nada, si quería podía ir al mercado con él, echarle una mano si quería y aprender el oficio, pero era indispensable que él encontrase un verdadero socio, que dispusiese de un pequeño capital inicial y de cierta experiencia. Y la verdad es que lo había encontrado ya, un tal Giacomantonio con cara de galeote, viejo amigo suyo de San Lorenzo. La manera de asociación era muy sencilla: Giacomantonio compraría, él vendería y se dividirían por

igual las ganancias.

¿Comprar qué? De todo, me dijo: cualquier cosa que se pudiera. Cesare, aunque tuviese poco más de veinte años, se gloriaba de una experiencia mercantil sorprendente, parangonable a la del griego. Pero, superadas las analogías superficiales, me di cuenta en seguida de que entre el griego y él había un abismo. Cesare estaba lleno de calor humano, siempre, en todos los momentos de su vida, y no sólo en horas de asueto como Mordo Nahum. Para Cesare, el «trabajo» era unas veces una necesidad desagradable, otras una divertida ocasión de encontrarse con gente, y no una obsesión gélida, ni una afirmación satánica de sí mismo. Uno era libre, otro esclavo de sí mismo; uno avaro y razonable, otro pródigo y lleno de inspiración. El griego era un lobo solitario, en guerra eterna contra todos, viejo antes de tiempo, encerrado en el círculo de su ambición siniestra; Cesare era un hijo del sol, un amigo de todo el mundo, no conocía el odio ni el desprecio, era variable como el cielo, divertido, astuto e ingenuo, temerario y cauto, muy ignorante, muy inocente y muy cortés.

En el arreglo con Giacomantonio yo no quise entrar, pero acepté de buena gana la invitación de Cesare de acompañarlo algunas veces al mercado, como aprendiz, intérprete y acarreador de mercancía. Lo acepté no sólo por amistad y por escapar al aburrimiento del campo sino, sobre todo, porque presenciar las empresas de Cesare, aun las más modestas y triviales, constituía una experiencia única, un espectáculo vivo y lleno de afirmación que me reconciliaba con el mundo, y volvía a encender en mí la alegría vital que Auschwitz había extinguido.

Un carácter como el de Cesare es una virtud en sí mismo, en sentido absoluto; basta para conferir nobleza a un hombre, para hacer olvidar muchos otros defectos secundarios, para salvar su alma. Pero al mismo tiempo y, en un terreno más práctico, es una ayuda preciosa para quien pretenda ejercer el comercio en la plaza pública: porque al atractivo de Cesare nadie era insensible, ni los rusos de la jefatura, ni los diversos compañeros del campo, ni los habitantes de Katowice que frecuentaban el mercado. Ahora bien, según las duras leyes del comercio, lo que es ventajoso a quien vende es desventajoso a quien compra, y viceversa.

Abril iba llegando a su fin y el sol era ya caliente y directo cuando Cesare vino a buscarme a la salida del ambulatorio. Su patibulario socio había dado una serie de golpes magníficos: había comprado por cincuenta zloty una pluma estilográfica que no escribía, un cronómetro y una camisa de lana en estado

decente. Este Giacomantonio, con olfato experto de investigador, había tenido la excelente idea de ponerse en acecho en la estación de Katowice, en espera de los convoyes rusos que volvían de Alemania: aquellos soldados, ya desmovilizados y en camino a casa, eran los negociantes más facilones que uno podía desear. Estaban llenos de alegría, de despreocupación y de objetos productos del botín, no conocían las cotizaciones locales y tenían necesidad de dinero.

Por otra parte, valía la pena pasar unas horas en la estación aun sin ninguna finalidad utilitaria, sólo por asistir al extraordinario espectáculo del Ejército Rojo que volvía a su patria: espectáculo a un tiempo épico y solemne como una migración bíblica, y agitanado y variopinto como un viaje de saltimbanquis. Se detenían en Katowice larguísimos convoyes de vagones de carga destinados al transporte de los soldados: estaban preparados para viajar durante meses, tal vez hasta el Pacífico, y hospedaban sin ningún orden y por millares, a militares y a civiles, a hombres y a mujeres, a ex prisioneros y a alemanes que eran ahora prisioneros; y además mercancías, muebles, ganado, máquinas desmontadas, víveres, material bélico, escombros. Eran verdaderos pueblos ambulantes: algunos vagones iban ocupados por lo que parecía un núcleo familiar, uno o dos pares de camas matrimoniales, un armario de luna, una estufa, una radio, sillas y mesas. De un vagón a otro iban tendidos cables eléctricos que procedían del primer vagón, en el que había un generador; servían para el alumbrado y, al mismo tiempo, para tender la ropa interior (que se ensuciaba de carbonilla). Cuando, por las mañanas, se descorrían las puertas, en el fondo de aquellos interiores domésticos aparecían hombres y mujeres a medio vestir, con largas caras somnolientas: miraban a su alrededor trastornados, sin saber bien en qué punto del mundo se encontraban, luego bajaban a lavarse con el agua helada de las bombas hidráulicas, y daban vueltas ofreciendo tabaco y hojas del *Pravda* para liar cigarrillos.

Me fui, pues, al mercado con Cesare, que se proponía revender (tal vez a los mismos rusos) los tres objetos arriba descritos. El mercado ya había perdido su carácter primitivo de feria de las miserias humanas. El racionamiento se había abolido, o más bien había caído en desuso; del rico campo de los alrededores llegaban los carros de los campesinos con quintales de manteca y de queso, huevos, pollos, legumbres, azúcar, fruta, mantequilla; era un jardín de tentaciones, un desafío cruel a nuestra hambre obsesiva y a nuestra falta de dinero, incitación imperiosa a buscarlo.

Cesare vendió la pluma al primer intento por veinte zloty, sin regateo; no tenía ninguna necesidad de intérprete: hablaba sólo italiano, o más bien dialecto romano, o más bien la jerga del *ghetto* de Roma, constelado de vocablos judíos distorsionados. La verdad es que no podía hacer otra cosa, porque no sabía más lenguas, pero, sin que él lo sospechase, esta ignorancia le favorecía muchísimo. Cesare «jugaba en su campo», para decirlo en términos deportivos, y sus clientes, por el contrario, atentos a interpretar su conversación incomprensible y sus gestos nunca vistos, se veían privados de la necesaria capacidad de concentración; si hacían contraofertas, Cesare no las entendía, o fingía testarudamente no entenderlas.

El arte del charlatán no está tan difundido como yo creía: el público polaco parecía desconocerlo y se sentía fascinado por él. Y además Cesare era un histrión de gran categoría: hacía ondear la camisa al sol teniéndola cogida por el cuello (debajo del cuello tenía un agujero, pero Cesare la tenía cogida precisamente por donde estaba el agujero) y proclamaba sus virtudes con elocuencia torrencial, con digresiones y divagaciones inéditas y sin sentido, apostrofando de vez en cuando a uno o a otro del público con diminutivos obscenos que se inventaba sobre la marcha.

Se interrumpió de repente (conocía por instinto el valor oratorio de la pausa), besó la camisa con amor y, luego, con voz decidida y a la vez conmovida, como si se le arrancase el corazón al separarse de ella y le indujesen a ello sólo el amor al prójimo: «Tú, barrigón», dijo, «¿cuánto me darías por este bocadito?».

El barrigón se quedó sin saber qué decir. Miraba el «bocadito» con deseo y con el rabillo del ojo miraba a un lado y a otro entre temeroso y deseoso de que algún otro hiciese la primera oferta. Luego, dudando, avanzó hacia él, tendió una mano insegura y farfulló algo así como «pingísci». Cesare retiró la camisa y la apretó contra su pecho como si hubiera visto un áspid. «¿Qué ha dicho ése?», me preguntó, como si temiese haber recibido un insulto mortal; pero era una pregunta retórica, porque reconocía (o adivinaba) los numerales polacos mucho más rápidamente que yo.

—Estás loco —dijo, después, autoritario, poniéndose el índice en la sien y moviéndolo como si fuese un barreno. El público rumoreaba y se reía, poniéndose visiblemente de lado del extranjero llegado de los últimos confines del mundo a realizar portentos en sus plazas. El barrigón estaba con la boca abierta, balanceándose como un oso sobre un pie y sobre el otro—.

Duferík —siguió Cesare despiadadamente (quería decir «verrückt»); y, para mayor claridad, añadió—: Du meschuge. —Estalló una tempestad de risas salvajes: esto lo habían entendido todos. «Meschuge» es una palabra hebraica que sobrevive en el yiddish y, por consiguiente, se la comprende universalmente en toda Europa central y oriental: quiere decir «loco» pero implica además una locura estúpida, triste, pasmada y lunática.

El barrigón se rascaba la cabeza y se tiraba de los pantalones, lleno de embarazo. «Sto», dijo luego, para pacificar las cosas, «Sto zlotych, cien zloty».

La oferta era buena. Cesare, algo más calmado, se dirigió al barrigón de hombre a hombre, con voz persuasiva, como para convencerlo de alguna involuntaria pero grave trasgresión cometida. Le habló largamente, con el corazón en la mano, con emoción y confianza, diciéndole: «¿Ves?, ¿te das cuenta?, ¿no estás de acuerdo?»

—Sto zlotych —repitió él, testarudo.

—¡Éste parece de Capurzio! —me dijo Cesare. Luego, como acometido por un cansancio repentino, y en un intento extremo de llegar a un acuerdo, le puso la mano en el hombro y le dijo maternalmente—: Mira. Mira, compadre. No me has entendido bien. Vamos a ponernos de acuerdo. Me das esto (y le dibujó 150 con el dedo sobre la panza), me das Sto Pingisciu, y te la pongo en la grupa. ¿Te parece?

El barrigón resoplaba y decía que no con la cabeza, con la mirada baja; pero el ojo clínico de Cesare había captado ya la señal de la capitulación: un movimiento imperceptible de la mano hacia el bolsillo posterior de los pantalones.

—¡Anda, vamos, llévate esta «pignonze»! —lo urgió Cesare, para no dejar que se desinflase el globo. Las «pignonze» (la palabra polaca, de grafía tan complicada pero de fonética tan curiosamente nuestra, nos fascinaba a Cesare y a mí) fueron por fin cazadas y la camisa colocada; pero inmediatamente Cesare me arrancó con energía de mi estática admiración.

—Compadre, vamos a largarnos, antes de que se huelan el agujero. —Así, por miedo de que el cliente descubriese el agujero demasiado pronto, nos largamos (o sea, desaparecimos), renunciando a colocar el invendible cronómetro. Fuimos con digna lentitud hasta la esquina más cercana, luego le dimos esquinazo con la mayor rapidez que nos permitían nuestras fuerzas, y regresamos al campo por caminos poco transitados.

Victory Day

La vida en el campo de Bogucice —ambulatorio y mercado, relaciones humanas rudimentarias con los rusos, los polacos, y demás, rápidos cambios del hambre al vientre ahíto, esperanzas de retorno y desilusiones, esperas e incertidumbres, cuartel y picardías—, como una forma incompleta de vida militar en un ambiente provisional y extranjero, suscitaba en mí desasosiego, nostalgia y, sobre todo, aburrimiento. Y sin embargo se adaptaba a las costumbres, al carácter y a las aspiraciones de Cesare.

En Bogucice, Cesare florecía, visiblemente, de día en día, como un árbol por el que sube la savia primaveral. Ya tenía en el mercado un puesto fijo y una clientela fija, que él mismo había suscitado de la nada: la Bigotuda, la Huesuda, el Birlador, Lujuria de Vía, Frankenstein, una chica maciza que él llamaba el Tribunal, y otros pocos. En el campo, gozaba de un prestigio indiscutible: con Giacomantonio había reñido, pero había otros muchos que le confiaban mercancía para que la vendiese, sin contrato, con confianza absoluta, de manera que no le faltaba dinero.

Una noche desapareció: ni se presentó en el campo a cenar ni en el dormitorio más tarde. Naturalmente no lo denunciamos al Rovi, y mucho menos a los rusos, para no crear complicaciones; pero cuando la ausencia se prolongó por tres días y tres noches, aun yo, que por naturaleza no soy muy aprensivo, y mucho menos con relación a Cesare, empecé a experimentar una ligera inquietud.

Cesare volvió al amanecer del cuarto día, desmejorado e híspido como un gato que vuelve de un aquelarre por los tejados. Tenía los ojos hundidos y en su fondo le relampagueaba

una luz fiera: «Dejadme en paz», dijo nada más entrar, sin que nadie le hubiera preguntado nada y con la mayoría todavía roncando. Se arrojó sobre el jergón, con un cansancio extremo; pero después de unos minutos, no pudiendo aguantar la presión de las novedades que le bailaban dentro, vino junto a mí, que acababa de despertarme. Ronco y torvo, como si hubiese estado tres noches en danza con las brujas, me dijo: «Ahora sí. Me he situado. Me he echado una *pagninca*».

La noticia no me entusiasmó demasiado. Es verdad que no era el primero: ya había otros italianos, especialmente los militares, que se habían echado una novia en la ciudad: porque «pagninca» es exactamente igual que «señorita», e igualmente deformado en la fonética.

No era una empresa muy difícil, porque los hombres escaseaban en Polonia y había muchos italianos «situados», empujados no sólo por el mito amatorio nacional sino también por una necesidad más profunda y seria, la nostalgia de un hogar, de cariño. Como consecuencia, en algunos casos el cónyuge difunto o lejano había sido sustituido no sólo en el corazón y en la cama de la mujer sino en todas sus demás posesiones, y se veía a italianos bajar con los polacos al pozo de la mina para llevar «a casa» el sobre con la paga, atender el mostrador en las tiendas, y extrañas familias domingueras paseando decentemente por las murallas, el italiano llevando a la polaca del brazo y a un niño demasiado rubio de la mano.

Pero, me precisó Cesare, su caso era distinto (todos son distintos siempre, pensaba yo bostezando). Su *pagninca* era guapísima, núbil, elegante, limpia, enamorada de él, y además ahorradora. También conocía muy bien la aguja de marear; tenía un solo defecto, y es que hablaba polaco. Por eso, si yo era amigo suyo tenía que ayudarle.

Yo no estaba en condiciones de ayudarle mucho, le expliqué cansadamente. En primer lugar, no sabía más de treinta palabras en polaco; en segundo, de la terminología sentimental que necesitaba estaba totalmente ayuno; en tercer lugar, no estaba en estado de ánimo para seguirlo. Pero Cesare no cejó: puede que la chica entendiese el alemán. Él se había trazado un programa muy definido; por lo cual, que le hiciese el sacrosanto favor de no obstruírselo, y que le explicase bien cómo se dice en alemán esto, y aquello y lo de más allá.

Cesare sobrevaloraba mis conocimientos lingüísticos. Las cosas que quería que le dijese no se enseñan en ningún curso de alemán, y mucho menos había podido aprenderlas en Auschwitz;

y además se trataba de cuestiones sutiles y peculiares, hasta el punto de que todavía tengo la duda de que puedan existir en alguna lengua fuera del italiano y el francés.

Le expuse estas dudas, pero Cesare me miró despechado. Era sabotaje, estaba clarísimo: le tenía envidia. Volvió a ponerse los zapatos y se fue imprecando a los muertos. Volvió después del mediodía, y me puso delante un diccionario de bolsillo italiano-alemán, comprado en el mercado por veinte zloty. «Aquí está todo», me dijo, con aire de quien no admite más discusiones ni cavilaciones. Claro que no estaba todo: faltaba incluso lo esencial, eso que una misteriosa convención elimina del universo del papel impreso; era dinero malgastado. Cesare se fue otra vez, desilusionado de la cultura, de la amistad y hasta del papel impreso.

Desde entonces, no aparecía en el campo más que de vez en cuando: la *pagninca* proveía generosamente a todas sus necesidades. A finales de abril desapareció por una semana entera. Pero aquél no era un fin de abril cualquiera: era el memorable fin de abril de 1945.

No estábamos en condiciones de entender los periódicos polacos: pero el tamaño de los titulares, que aumentaba de día en día, los nombres que se leían en ellos, el aire mismo que se respiraba por las calles y en la *Kommandantur*, nos indicaban que la victoria estaba próxima. Leíamos «Viena», «Coblenza», «Reno», «Bolonia»; luego, con entusiasmo conmovido «Turín» y «Milán». Por fin, «Mussolini» con caracteres enormes, seguido de un espantoso e indescifrable participio pasado; y, por último, en tinta roja y ocupando media página, el anuncio definitivo, críptico y exultante: «BERLIN UPADL!».

El 30 de abril, Leonardo, yo, y los pocos más que poseíamos un pase, fuimos convocados por el capitán Egorov: con un curioso aire socarrón y embarazado que no le conocíamos, nos dijo por medio del intérprete que teníamos que devolverle el pase: al día siguiente nos darían otro nuevo. Naturalmente, no se lo creíamos, pero tuvimos que darle la tarjetita. La medida nos pareció absurda y hasta un poco ofensiva, y acrecentó en nosotros el ansia y la expectación; pero al día siguiente entendimos lo que pasaba.

El día siguiente era el 1º de mayo; el 3 de mayo se celebraba no sé qué fiesta polaca; el 8 de mayo la guerra terminó. La noticia, aunque había sido esperada largo tiempo, estalló como una tempestad: durante ocho días, el campo, la *Kommandantur*, Bogucice, Katowice, toda Polonia y todo el

Ejército Rojo, se sumieron en un paroxismo de entusiasmo delirante. La Unión Soviética es un país gigantesco, y en su corazón alberga fermentos gigantes: entre los cuales se encuentra una capacidad homérica de alegría y de abandono, una vitalidad primordial, un talento pagano, incontaminado, para las manifestaciones sacras, las bacanales corales.

La atmósfera que nos rodeaba se hizo tórrida en pocas horas. Había rusos por todas partes, que salían como hormigas del hormiguero: se abrazaban como si todos se conociesen, cantaban, lanzaban alaridos; aunque no se sostuviesen sobre sus piernas la mayor parte de ellos, bailaban unos con otros y apretaban en sus abrazos a cualquiera que se encontrasen por la calle. Disparaban al aire: y a veces no al aire: tuvieron que llevar a la enfermería a un soldadito aún imberbe, un *parajutist*, atravesado por una bala desde el abdomen a la espina dorsal. Milagrosamente, el disparo no había interesado ningún órgano vital: el soldado-niño estuvo tres días en la cama, soportó las curas con tranquilidad, mirándonos con unos ojos vírgenes como el mar; luego, una noche, mientras por la calle pasaba una banda de camaradas suyos en plena fiesta, saltó de debajo de las mantas totalmente vestido con uniforme y botas y, como buen paracaidista, bajo la mirada de los demás enfermos, se lanzó limpiamente a la calle desde la ventana del primer piso.

Los vestigios, ya tenues, de disciplina militar, desaparecieron. Ante la puerta del campo, el centinela, la noche del 1º de mayo, roncaba borracho y echado en el suelo, con la metralleta al hombro: luego desapareció. Era inútil dirigirse a la *Kommandantur* para algún asunto urgente: la persona encargada no estaba, o estaba en la cama durmiendo la mona, u ocupada en misteriosos y febriles preparativos en el gimnasio de la escuela. Era una gran suerte que la cocina y la enfermería estuviesen en manos de italianos.

La naturaleza de aquellos preparativos la supimos pronto. Estaban organizando una gran fiesta para el día del final de la guerra: una representación teatral con coros, danzas y recitaciones, que los rusos nos ofrecían a los huéspedes del campo. A los italianos: porque durante aquel tiempo y, como consecuencia de complicados desplazamientos de las demás nacionalidades, habíamos quedado en Bogucice los italianos en gran mayoría, en realidad, casi nosotros solos, con algunos franceses y griegos.

Cesare volvió entre nosotros en uno de aquellos días tumultuosos. Estaba en un estado mucho peor que el de la primera vez que volvió: lleno de barro hasta la cabeza, la ropa

desgarrada, demudado y con una tortícolis monstruosa. Llevaba en la mano una botella de vodka, llena y sin abrir, y su primera preocupación fue la de buscar a su alrededor otra botella vacía; luego, hosco y fúnebre, hizo un ingenioso embudo con un trozo de cartón, pasó el vodka de una botella a la otra, rompió la botella en pedacitos, recogió los cascos en un envoltorio y, con gran secreto, se fue a enterrarlo en un agujero al fondo del campo.

Le había ocurrido una desgracia. Una noche, cuando volvía del mercado a casa de su chica, se había encontrado allí a un ruso: había visto en el vestíbulo su capote, con el cinturón y la funda del revólver, y una botella. Había cogido la botella, a título de indemnización parcial y, prudentemente, se había largado; pero el ruso parece que había salido tras él, tal vez por la botella, tal vez impulsado por celos retroactivos.

Aquí, su relato se hacía más oscuro y menos verosímil. Había tratado en vano de escapar y en breve se había convencido de que todo el Ejército Rojo le pisaba los talones. Había terminado en el Luna Park, pero también allí había seguido la caza, durante toda la noche. Las últimas horas las había pasado en acecho bajo la tarima de la pista de baile, mientras toda Polonia bailaba sobre su cabeza: pero la botella no la había soltado porque representaba todo cuanto le había quedado de una semana de amor. Había destruido el recipiente original por prudencia, e insistió en que el contenido fuese consumido inmediatamente por nosotros, sus íntimos amigos. Fueron unos tragos melancólicos y taciturnos.

Llegó el 8 de mayo: día de exultación para los rusos, de vigilia desconfiada para los polacos, de alegría entreverada de nostalgia profunda para nosotros. Desde aquel día en adelante, el hecho era que nuestros hogares no nos estaban ya prohibidos, ya no había ningún frente de guerra que nos separase de ellos, ningún obstáculo concreto, sólo papeles y oficinas; sentimos que debíamos ser repatriados inmediatamente, y todo momento pasado en el exilio nos pesaba como el plomo; todavía nos pesaba más la carencia absoluta de noticias de Italia. Pero acudimos en masa a la representación de los rusos, y acertamos.

El teatro lo habían improvisado en el gimnasio de la escuela; todo había sido improvisado: los actores, los asientos, el coro, el programa, las luces, el telón. Llamativamente improvisado era el frac que vestía el presentador: el capitán Egorov en persona.

Egorov apareció en el proscenio borracho perdido, metido en

unos pantalones enormes cuya cintura le llegaba a los sobacos, mientras los faldones barrían el pavimento. Era presa de una tristeza alcohólica desconsolada, y anunciaba con voz sepulcral los diversos números cómicos o patrióticos del programa, entre sollozos sonoros y estallidos de llanto. Su equilibrio era vacilante: en los momentos cruciales se aferraba al micrófono; entonces el clamor del público se cortaba de repente, como cuando un acróbata salta del trapecio en el vacío.

Todos aparecieron en el escenario: la *Kommandantur* completa. Marja de directora del coro, que era magnífico como todos los coros rusos, y cantó «Moscvà mojà» (‘Mi Moscú’) con un ímpetu y una armonía maravillosos, y con evidente sinceridad. Galina se exhibió sola, con traje circasiano y botas, en una vertiginosa danza en la que reveló dotes atléticas fantásticas e insospechadas: fue colmada de aplausos, que agradeció al público conmovida, con innumerables reverencias barrocas, la cara colorada como un tomate y los ojos brillantes de lágrimas. No fueron menos el doctor Dancenko y el mongol de los mostachos, los cuales, a pesar de estar llenos de vodka, ejecutaron en pareja una de esas endiabladas danzas rusas en las que dan saltos y vueltas sobre los talones como una peonza.

Siguió una singular imitación de la *Titina* de Charlie Chaplin, representado por una de las floridas muchachas de la *Kommandantur*, de seno y grupa exuberantes, pero meticulosamente fiel al modelo en lo que se refiere al bombín, los bigotes, los zapatones y el bastoncillo. Y, para terminar, anunciado por Egorov con voz lacrimosa, y saludado por todos los rusos con un salvaje alarido de aprobación, apareció en escena Vanka Vstanka.

Qué es Vanka Vstanka no podría decirlo con exactitud: posiblemente una mascarada popular rusa. En este caso se trataba de un pastorcillo tímido, pasmado y enamorado, que quiere declararse a su amada y no se atreve. La amada era la gigantesca Vassilissa, la walkiria encargada del servicio de comedor, negruzca y membruda, capaz de tumbar de un revés a cualquier comensal alborotador o a un suspirante importuno (y más de un italiano había podido probarlo): pero en escena ¿quién la hubiera reconocido? Su papel la transfiguraba: el cándido Vanka Vstanka (en el siglo uno de los tenientes más antiguos), con la cara cubierta de polvos blancos y rosados, la cortejaba de lejos, arcádicamente, con veinte estrofas melodiosas que para nosotros eran incomprensibles; y tendía hacia su amada las manos suplicantes y temerosas, que ella apartaba con gracia riente pero decidida, gorjeando otras tantas

réplicas gentiles y burlonas. Pero poco a poco las distancias disminuían mientras el fragor de los aplausos crecía proporcionadamente; luego de muchas escaramuzas los dos pastores intercambiaban tímidos besos en las mejillas, y terminaban restregándose vigorosa y voluptuosamente espalda contra espalda, ante el desbordante entusiasmo del público.

Salimos del teatro un poco aturdidos, pero conmovidos. El espectáculo nos había satisfecho íntimamente: había sido improvisado en pocos días, y se notaba; había sido un espectáculo casero, sin pretensiones, puritano, muchas veces pueril. Pero había en él algo no improvisado sino antiguo y vigoroso: una capacidad de alegría y de expresión juvenil, nativa, intensa, una amorosa y amigable familiaridad con la escena y con el público, lejos de la exhibición vulgar y de la abstracción cerebral, de las convenciones y de la inerte repetición de los modelos. Por ello, dentro de sus límites, había sido un espectáculo cálido, vivo, nada vulgar, no un espectáculo cualquiera sino lleno de libertad y de afirmación.

Al día siguiente, todo había vuelto al orden, y los rusos, con la excepción de algunas ligeras sombras alrededor de los ojos, habían recobrado sus rostros habituales. Me encontré con Marja en la enfermería, y le dije que me había divertido mucho y que todos los italianos habíamos admirado sus valores escénicos y los de sus colegas: era la pura verdad. Marja era, por naturaleza y por costumbre, una mujer poco metódica pero muy concreta, sólidamente instalada entre los límites tangibles del giro del reloj y de las paredes domésticas, amiga de los hombres de carne y hueso, y enemiga del humo de las teorías. Pero ¿cuántas son las mentes humanas capaces de resistir a la lenta, feroz, incesante, imperceptible fuerza de penetración de los lugares comunes?

Me contestó con una seriedad didascálica. Me agradeció oficiosamente los elogios y me aseguró que daría parte de ellos a todo el mando; luego, me notificó con mucho sosiego que la danza y el canto son materia de enseñanza escolar en la Unión Soviética, lo mismo que la recitación; que es labor del buen ciudadano tratar de perfeccionar todas sus habilidades y talentos naturales; que el teatro es uno de los instrumentos más preciosos de educación colectiva; y otras perogrulladas pedagógicas, que sonaban vagamente absurdas e irritantes a mis oídos, todavía llenos del gran viento de vitalidad y de fuerza cómica de la noche anterior.

Por otra parte, la misma Marja («vieja y loca» a juicio de la jovencísima Galina) parecía tener otra personalidad, muy distinta de la oficial: la noche antes, en el teatro, la había visto beber

como un carretero, y bailar como una bacante hasta tardísimo, rindiendo a innumerables bailarines como un caballero furibundo que rinde de cansancio a un caballo tras otro.

La victoria y la paz fueron festejadas también de otra manera que por poco me cuesta cara. A mediados de mayo se celebró un partido de fútbol entre el equipo de Katowice y una representación de los italianos.

En realidad se trataba de una revancha: dos o tres semanas antes se había celebrado un primer partido, sin particular solemnidad, y los italianos habíamos vencido por muchos tantos a un equipo anónimo e improvisado de mineros polacos de los suburbios.

Pero para la revancha los polacos se habían organizado un equipo de primera clase: corrió la voz de que algunos jugadores, y entre ellos el portero, habían sido traídos para la ocasión nada menos que de Varsovia mientras que los italianos, pobres de nosotros, no estábamos en condiciones de hacer nada semejante.

Este portero era un portero de pesadilla. Era un rubio larguirucho, de cara sumida, pecho hundido y movimientos indolentes de apache. No tenía nada de ímpetu, la contracción enfática y la neurótica trepidación de un profesional: estaba en la portería con una condescendencia insolente, apoyado en uno de los palos como si fuese sólo un espectador del juego, con aire a la vez ultrajado y ofensivo. Y, sin embargo, las pocas veces que el balón era llevado a la portería por los italianos, el tipo estaba siempre en su camino, como por azar y sin hacer jamás un movimiento brusco: extendía un brazo larguísimo, sólo uno, que parecía salirle del cuerpo como los cuernos de un caracol y poseía la misma calidad invertebrada y pegajosa. Y ya está, el balón se adhería a ella sólidamente y perdía toda su fuerza viva: le resbalaba por el pecho, luego le bajaba a lo largo del cuerpo y de la pierna hasta el suelo. De la otra mano nunca se sirvió: la tuvo ostensiblemente metida en el bolsillo durante todo el partido.

Se jugaba en un campo de la periferia más bien lejos del Bogucice y los rusos, para la ocasión, habían concedido salida libre a todo nuestro campo. El partido fue muy reñido no sólo entre los dos equipos contendientes sino entre éstos y el árbitro: porque el árbitro, huésped de honor, titular del palco de las Autoridades, entrenador y juez de línea a la vez, era nuestro capitán de la NKVD, el indefinido inspector de cocinas. Ya

totalmente curado de su fractura, parecía seguir el juego con un profundo interés, pero no de naturaleza deportiva: con un interés de naturaleza misteriosa, tal vez estético, tal vez metafísico. Su comportamiento era irritante e incluso agotador si se lo juzgaba por la medida de los muchos aficionados expertos que había entre el público; pero podía ser regocijante y digno de un cómico de gran categoría.

Continuamente estaba interrumpiendo el juego, cuando le daba la gana, con silbidos imperiosos y con una sádica predilección por los momentos en que la pelota estaba junto a la portería; si los jugadores no le hacían caso (y pronto dejaron de hacerlo, porque sus interrupciones eran demasiado frecuentes), saltaba el antepecho del palco con sus largas piernas embotadas, se lanzaba en la confusión silbando como un tren, y no paraba hasta que conseguía adueñarse del balón. Entonces, a veces lo cogía y le empezaba a dar vueltas con aire suspicaz, como si fuese una bomba capaz de explotar; otras, con gestos imperiosos hacía que lo depositasen en tierra en un punto determinado del terreno, luego se aproximaba, insatisfecho, lo desplazaba unos centímetros, daba vueltas alrededor, meditabundo, y, por fin, como convencido de sabe Dios qué, daba la señal de que se continuase el juego. Y otras veces, cuando conseguía hacerse con el balón entre los pies, mandaba alejarse a todos y lo lanzaba a la portería con todas sus fuerzas; después, se volvía radiante al público, que bramaba de rabia, y saludaba largamente estrechándose las manos una con otra por encima de la cabeza, como un púgil victorioso. Pero, por lo demás, era rigurosamente imparcial.

En estas condiciones, el partido (que los polacos ganaron con toda justicia) se prolongó por más de dos horas, hasta las seis de la tarde; y habría durado probablemente hasta la noche si hubiese dependido sólo de nuestro capitán, que no se preocupaba del tiempo en lo más mínimo, se conducía en el campo como el Delegado de Dios Omnipotente y, con su equivocada actuación de director del juego parecía divertirse locamente y sin límites. Pero ya cerca de la puesta del sol el cielo se puso oscuro súbitamente y cuando empezaron a caer las primeras gotas de lluvia tuvo que silbar el final.

La lluvia se convirtió en seguida en diluvio; Bogucice estaba lejos, no había ningún lugar donde guarecerse por el camino, y llegamos a los barracones empapados. Al día siguiente yo me sentía mal, con un tipo de mal que durante largo tiempo fue misterioso.

Me costaba trabajo respirar. Parecía que, en los movimientos

de mis pulmones hubiese un alto, un dolor agudísimo, una punzada profunda, localizada en un punto indeterminado sobre el estómago, pero detrás, junto a la columna vertebral; y me impedía pasar el aire más allá de cierto punto que cada día disminuía más. La ración de aire que podía recibir se reducía en una progresión lenta y constante que me atemorizaba. Al tercer día no podía moverme; al cuarto yacía sobre la espalda en el catre, inmóvil, con la respiración cortísima y frecuente como la de los perros acalorados.

Los soñadores

Leonardo trataba de ocultarlo, pero no sabía a qué atenerse, y estaba muy preocupado por mi enfermedad. Qué es lo que en realidad tenía parecía una cosa difícil de aclarar, ya que sus instrumentos profesionales se reducían a un estetoscopio, y conseguir de los rusos que me trasladasen al hospital civil de Katowice parecía poco aconsejable, además de muy difícil. Y además del doctor Dancenko no podíamos esperar mucho.

Así, seguí echado e inmóvil durante varios días, alimentándome sólo con algunos sorbos de caldo, porque a cualquier movimiento que intentase hacer, y a cualquier bocado sólido que quisiese engullir, el dolor se reavivaba de un modo rabioso y me cortaba la respiración. Después de una semana de atormentada inmovilidad, Leonardo, a fuerza de tamborilearme la espalda y el pecho, logró discernir una señal: era una pleuritis seca, anidada insidiosamente entre los pulmones, en el mediastino y el diafragma.

Entonces se lanzó a hacer mucho más de lo que se espera que haga un médico. Se metió a comerciante clandestino y a contrabandista de medicamentos, eficazmente ayudado por Cesare, y recorrió a pie decenas de kilómetros por la ciudad, de una dirección en otra, a la caza de sulfamidas y de calcio intravenoso. En lo que se refiere a los medicamentos no obtuvo gran éxito, porque las sulfamidas eran escasísimas y no se encontraban más que en el mercado negro y a precios inasequibles para nosotros; pero hizo un hallazgo mejor. Descubrió en Katowice a un misterioso colega suyo que contaba con un consultorio no muy legal pero bien equipado, con un botiquín de farmacia, mucho dinero y tiempo libre; y que además era italiano, o casi.

La verdad es que todo lo referente al doctor Gottlieb estaba envuelto en una densa nube de misterio. Hablaba perfectamente italiano, pero igual de bien alemán, polaco, húngaro y ruso. Había estado en Fiume, en Viena, en Zagabria y en Auschwitz. En qué condiciones había estado en Auschwitz y en calidad de qué nunca nos lo dijo, y no era hombre a quien fuese fácil hacerle preguntas. Ni era fácil entender cómo, con un brazo anquilosado, había podido sobrevivir en Auschwitz, y todavía menos fácil imaginar por qué secretas vías, y con qué artes fantásticas, había conseguido no separarse nunca de un hermano y de un cuñado también muy misterioso, y convertirse en pocos meses, partiendo del *Lager*, y delante de las narices de los rusos y de las leyes, en un hombre de autoridad y en el médico más estimado de Katowice.

Era un personaje admirablemente bien pertrechado. Emanaba inteligencia y astucia como el radio emana energía: con la misma silenciosa y penetrante continuidad, sin esfuerzo, sin descanso, sin signos de agotamiento, apuntando al mismo tiempo en todas las direcciones. Que era un médico hábil era evidente a primera vista. Pero si esta excelencia profesional era sólo un aspecto, una faceta de la altura de su ingenio o si era precisamente su instrumento de penetración, su arma secreta para hacerse con amigos o enemigos, para anular las prohibiciones, para mutar los noes en síes, nunca pude decidirlo: esto también formaba parte de la nube en que se envolvía y que se desplazaba con él. Era una nube casi visible, que impedía descifrar por completo su mirada y sus facciones, y hacía sospechar debajo de cada una de sus acciones, frases, silencios, una táctica y una estrategia, la persecución de finalidades imperceptibles, un continuo y astuto trabajo de exploración, de elaboración, de inserción y de apropiación.

Pero el ingenio del doctor Gottlieb, dirigido totalmente a fines prácticos, no era inhumano. Eran tan sobreabundantes su seguridad, su hábito de vencer, su fe en sí mismo, que le sobraba una buena parte para acudir en ayuda de su prójimo peor dotado; y especialmente en nuestra ayuda, de los que habíamos escapado, como él, a la trampa mortal del *Lager*, circunstancia a la que se mostraba extrañamente sensible.

Gottlieb me trajo la salud como un taumaturgo. Vino primero a estudiar el caso, luego otras varias veces provisto de ampollas y de jeringuillas, y otra vez, la última, me dijo: «Levántate y anda». El dolor había desaparecido, podía respirar sin dificultad; tenía mucha hambre y me sentía muy débil, pero me levanté, y pude andar.

No salí de la habitación hasta unos veinte días después. Me pasaba las interminables jornadas echado, leyendo ávidamente los pocos libros abandonados que lograba encontrar: una gramática inglesa en polaco, *Marie Walewska, le tendre amour de Napoléon*, un manual de trigonometría elemental, *Rouletabille alla riscossa*, *I forzati della Cajenna*, y una curiosa novela de propaganda nazi, *Die Grosse Heimkehr* ('La vuelta a la patria'), que pintaba el trágico destino de un pueblo de la Galizia, de pura raza alemana, ultrajado, saqueado, y finalmente destruido, por la feroz Polonia del mariscal Beck.

Era triste estar encerrado entre cuatro paredes mientras afuera el aire estaba lleno de primavera y de victoria, y de los bosques cercanos el viento traía olores vivificantes de almizcle, de hongos, de hierba fresca; y era humillante estar dependiendo de los amigos hasta para las necesidades más elementales, para coger la comida del comedor, para poder tener agua y, en los primeros días, hasta para cambiar de postura en la cama.

Mis compañeros de dormitorio eran unos veinte, entre ellos Leonardo y Cesare; pero el personaje de mayor envergadura, el más notable, era el decano de todos ellos, el Moro de Verona. Debía de descender de una estirpe ferozmente ligada a la tierra pues su verdadero nombre era Avesani, y era de Avesa, el suburbio de los lavaderos de Verona celebrado por Berto Barbarani. Tenía más de setenta años y se le notaban todos: era un viejo grande y complicado de esqueleto de dinosaurio, alto y bien plantado, todavía fuerte como un caballo aunque la edad y el cansancio le hubiesen gastado la agilidad de las nudosas articulaciones. El cráneo calvo, noblemente convexo, estaba circundado en su base por una corona de cabellos cándidos, pero su rostro seco y arrugado era de un oliváceo de ictericia, y violentamente amarillos y atravesados por gruesas venas rojas relampagueaban sus ojos, hundidos bajo los arcos de sus cejas enormes como perros feroces en el fondo de sus madrigueras.

En el pecho del Moro, esquelético y sin embargo potente, bullía sin tregua una cólera gigantesca e indefinida: una cólera insensata contra todos y contra todo, contra los rusos y los alemanes, contra Italia y los italianos, contra Dios y los hombres, contra sí mismo y contra nosotros, contra el día cuando era día y contra la noche cuando era noche, contra su destino y todos los destinos, contra su oficio, que sin embargo llevaba en lo más hondo del corazón. Era albañil: había puesto ladrillos durante cincuenta años, en Italia, en América, en Francia, luego otra vez en Italia, finalmente en Alemania, y cada uno de sus ladrillos había ido acompañado por una maldición. Maldecía

continuamente, pero no de una manera maquinal; maldecía con método y con arte, agriamente, interrumpiéndose para buscar la palabra justa, haciéndose correcciones frecuentes, y acalorándose cuando no encontraba la palabra precisa: en esos casos maldecía la maldición que no llegaba.

De que era presa de una desesperada demencia senil no cabía duda, pero en esa locura suya había grandeza, y fuerza, y una dignidad bárbara, la dignidad pisoteada de las fieras enjauladas, la que redime a Capaneo y a Calibán.

El Moro no se levantaba de su jergón casi nunca. Estaba allí echado todo el día, con los enormes pies amarillentos y huesudos sobresaliendo dos palmos en mitad del dormitorio; a su lado, en el suelo, tenía un enorme hato informe que nunca nadie se hubiese atrevido a tocar. Contenía, al parecer, todas sus posesiones terrestres; del envoltorio colgaba una pesada hacha de leñador. El Moro solía estarse mirando fijamente el suelo con ojos sanguinolentos, silencioso, pero bastaba el mínimo estímulo, como un ruido en el pasillo, una pregunta que alguien le hiciese, un involuntario roce contra sus pies prominentes, un dolor reumático, para que su pecho profundo se levantase como el mar hinchado por la tempestad, y el mecanismo de sus vituperios se pusiera en marcha.

Entre nosotros era respetado y temido con un vago temor supersticioso. Cesare era el único que se acercaba a él, con la impertinente familiaridad de los pájaros que picotean la rocosa grupa de los rinocerontes, y se divertía provocando su cólera con preguntas tontas e inoportunas.

Junto al Moro vivía el incapaz Ferrari de los piojos, el último de su clase en la escuela de Loreto. Pero en nuestro dormitorio él no era el único miembro de la cofradía de San Vittore: ésta estaba representada también y notablemente por Trovati y por Cravero.

Trovati, Ambrogio Trovati, llamado el Ocaso, no tenía más de treinta años; era de pequeña estatura, pero musculoso y agilísimo. «Ocaso», nos había explicado, era su nombre artístico: estaba orgulloso de él y le venía como anillo al dedo porque era una persona de mente tenebrosa, que vivía de imaginaciones fantásticas, en un estado de ánimo de perpetua rebelión frustrada. Había pasado la adolescencia y la juventud entre la prisión y el teatro y parecía que estas dos instituciones no estuviesen claramente separadas en su mente confusa. Luego, la prisión en Alemania debía de haberle asestado el golpe de gracia.

En sus conversaciones, lo verdadero, lo posible y lo fantástico estaban mezclados en un ovillo variopinto e inextricable. Hablaba de la prisión y del tribunal como de un teatro donde nadie es él mismo realmente sino que juega, muestra su habilidad, se mete en la piel del otro, recita un papel; y el teatro, a su vez, era un gran símbolo oscuro, un instrumento tenebroso de perdición, de manifestación externa de una secta subterránea, malvada y omnipresente, que impera para perjuicio de todos y que viene a tu casa, te coge, te pone una máscara, te convierte en lo que no eres y te obliga a hacer lo que no quieres hacer. Esta secta es la Sociedad: el gran enemigo contra el cual él, Ocaso, había combatido desde siempre y por el que siempre había sido vencido; pero en cada una de las ocasiones había resurgido heroicamente.

La Sociedad era quien había descendido a buscarlo, a desafiarlo. Él vivía en plena inocencia en el paraíso terrenal: era barbero, el dueño de la tienda, y había recibido una visita. Habían venido dos mensajeros a tentarlo, a hacerle la proposición satánica de vender la tienda y entregarse al arte. Conocían bien su punto débil: le habían adulado, habían alabado las formas de su cuerpo, su voz, la expresión y la movilidad de su rostro. Él se les había resistido dos, tres veces, luego había cedido y, llevando en la mano la dirección de los estudios cinematográficos, se había puesto a dar vueltas por Milán. Pero la dirección era falsa, de una puerta lo mandaban a otra; hasta que se dio cuenta de la conjura. Los dos mensajeros, en las sombras, lo habían seguido con la cámara enfocada, le habían robado todas sus palabras y sus gestos de decepción, y así lo habían convertido en actor a pesar de sí mismo. Le habían robado la imagen, la sombra, el alma. Ellos habían sido quienes lo habían hecho oscurecer y le habían bautizado con el nombre de «Ocaso».

Lo habían vencido: estaba en sus manos. Su negocio vendido, sin contratos de ninguna clase, poco dinero, a veces algunas migajas, algún hurto para salir del paso. Hasta que ocurrió su gran epopeya, el homicidio pulposo. Se había encontrado en la calle con uno de sus seductores, y lo había acuchillado: se había hecho culpable del homicidio pulposo y, en consecuencia, fue llevado ante un tribunal. Pero no había querido ningún abogado, porque todo el mundo, hasta el último habitante, estaba contra él, y él lo sabía. Y, sin embargo, había estado tan elocuente, y había expuesto tan bien sus razones que el Tribunal lo había absuelto en medio de una gran ovación, y todos lloraban.

Este legendario proceso estaba presente en el centro de la nebulosa memoria de Trovati; lo revivía a cada instante de la jornada, no hablaba de otra cosa, y muchas veces por las tardes, después de cenar, nos obligaba a todos a secundarlo, y a repetir su proceso en una especie de representación sacra. A cada uno le asignaba su papel: tú el presidente, tú el fiscal, vosotros los jurados, tú el secretario, vosotros el público, y a cada uno le asignaba perentoriamente su papel. Pero el acusado, a la vez abogado defensor, era siempre y solamente él y, cuando tras cada réplica, le llegaba la hora a su torrencial arenga, explicaba antes, en un rápido aparte, que el homicidio es pulposo cuando se hunde el cuchillo no en el pecho o la barriga sino aquí, entre el corazón y la axila, en la pulpa: es menos grave.

Hablaba sin interrupción, apasionadamente, durante una hora larga, secándose el sudor real que le empapaba la frente; luego, arrojándose con ampuloso gesto una gota inexistente sobre el hombro izquierdo, concluía: «¡Id, id, víboras, a dejar vuestro veneno!».

El tercero de San Vittore, el turinés Cravero, era, por el contrario, un verdadero canalla, sin contaminación, sin matices, de esos que es difícil encontrar y en los que parecen tomar cuerpo y figura humana las abstractas hipótesis criminales del Código Penal. Conocía bien todas las cárceles de Italia, y en Italia había vivido (lo admitía sin reparo, y aún se vanagloriaba) de hurtos, rapiñas y engaños. Con el dominio de estas artes no había encontrado dificultad en organizarse en Alemania: con la Organización Todt había trabajado solamente un mes, en Berlín, luego había desaparecido, desvaneciéndose fácilmente en el fondo oscuro de la mala vida local.

Luego de dos o tres tentativas había encontrado una viuda con posibles. Él la ayudaba con su experiencia, le buscaba clientes, y se ocupaba de la parte financiera en los casos controvertidos, con cuchillada incluida; ella le daba albergue. En aquella casa, a pesar de las dificultades de la lengua y de ciertas costumbres curiosas de su protegida, se encontraba perfectamente a gusto.

Cuando los rusos llegaron a las puertas de Berlín, Cravero, a quien no gustaban los tumultos, había levado anclas, plantando a la mujer que se deshacía en llanto. Pero el rápido avance lo había alcanzado y, de campo en campo, había terminado en Katowice; donde, sin embargo, no estuvo mucho tiempo. Fue el primero de los italianos que se decidió a intentar la repatriación por sus propios medios. Avezado como estaba a vivir al margen de toda ley, el obstáculo de las numerosas fronteras para cruzar

sin documentos, y del millar y medio de kilómetros para recorrer sin dinero, no le preocupaba demasiado.

Como se dirigía a Turín, se ofreció muy cortésmente a llevar una carta a mi casa. Acepté, con cierta ligereza, como se vio después; acepté porque estaba enfermo, porque tengo una gran confianza innata en mi prójimo, porque el servicio de correos polaco no funcionaba, y porque Marja Fjodorovna, cuando le había propuesto escribir una carta sobre mi situación a los países de Occidente se había puesto pálida y había cambiado de tema.

Cravero, salido de Katowice a mediados de mayo, llegó a Turín en el tiempo récord de un mes, deslizándose como una anguila a través de los innumerables puestos de control. Localizó a mi madre, le entregó mi carta (que fue mi única señal de vida que en el espacio de nueve meses llegó a su destino) y le describió confidencialmente las condiciones de salud extremadamente preocupantes en que me encontraba: naturalmente, no lo había puesto en la carta pero estaba solo, enfermo, abandonado, sin dinero, con una urgente necesidad de ayuda; según su opinión era necesario ayudarme inmediatamente. Era verdad que la empresa no era fácil pero él, Cravero, mi amigo fraterno, estaba a su disposición. Si mi madre le entregaba doscientas mil liras, en dos semanas o tres me podría llevar a casa sano y salvo. Y, si la señorita (mi hermana, que asistía al coloquio) quería acompañarlo…

Debo decir en alabanza de mi madre y de mi hermana que no se fiaron del mensajero. Lo despidieron, rogándole que volviese unos días más tarde, porque no tenían disponible aquella cantidad. Cravero bajó la escalera, cogió la bicicleta de mi hermana que estaba en el portal, y desapareció. Me escribió dos años después, en Navidad, una tarjeta de felicitación muy cariñosa desde las Cárceles Nuevas.

Las noches en que Ocaso nos hacía gracia de la repetición del proceso, ocupaba la escena con frecuencia el señor Unverdorben. Respondía a este nombre extraño y bello un afable, receloso y anciano hombrecillo de Trieste. El señor Unverdorben, que no contestaba a quien no le llamaba «señor», y pretendía ser tratado de usted, había vivido una larga y doble existencia aventurera y, como el Moro y Ocaso, era presa de un sueño, o mejor dicho de dos.

Había sobrevivido inexplicablemente al *Lager* de Birkenau, y le quedaba la secuela de un horrible flemón en un pie; por ello no podía andar, y era el más asiduo y más obsequioso entre quienes me ofrecieron compañía y asistencia durante mi

enfermedad. Era muy locuaz, y si no se hubiese repetido con frecuencia como hacen los viejos, sus confidencias hubieran podido formar una novela por sí mismas. Era músico, y un gran músico incomprendido, compositor y director de orquesta: había compuesto una ópera lírica, *La reina de Navarra*, que había sido alabada por Toscanini; pero el manuscrito yacía inédito en un arcón, porque sus enemigos habían examinado tanto sus papeles, con tan execrable paciencia, que por fin habían descubierto que cuatro fragmentos consecutivos de la partitura eran idénticos a otros de *Pagliacci*. Su buena fe era obvia, evidente, pero con estas cosas la ley no juega. Tres fragmentos sí, cuatro no. Cuatro fragmentos son un plagio. El señor Unverdorben era demasiado señor para ensuciarse las manos con abogados y querellas: había dicho virilmente adiós al arte, y había rehecho su vida como cocinero de a bordo en los transatlánticos.

Había viajado mucho, y había visto cosas que nadie ha visto. Sobre todo, había visto plantas y animales extraordinarios, y muchos secretos de la naturaleza. Había visto los cocodrilos del Ganges, que tienen un solo hueso rígido que les llega de la punta de la nariz a la cola, son ferocísimos y corren como el viento; pero, precisamente por esta estructura suya tan singular, no pueden desplazarse más que hacia adelante o hacia atrás, como un tren por la vía, por lo que basta con ponerse de costado, por poco fuera que sea de la línea recta que los prolonga, para estar seguro. Había visto los chacales del Nilo, que beben a la vez que corren para no ser mordidos por los peces: por la noche los ojos les brillan como linternas, y cantan con roncas voces humanas. También había visto los cabezudos de Malasia, que parecen nuestras coles, pero mucho más gordos: y basta con tocarles las hojas con un dedo, que ya nunca puede despegarse de ellas, para que la mano y luego el brazo y luego toda la persona del incauto sean atraídos, lenta pero irresistiblemente, al corazón monstruoso y pegajoso de la planta carnívora, y digeridos poco a poco. El único remedio, que casi nadie conoce, es el fuego, pero hay que actuar rápidamente: la llamita de una cerilla es suficiente si se pone debajo de la hoja que ha agarrado la presa, y la planta pierde su vigor. De este modo, gracias a su rapidez y a sus conocimientos de historia natural, el señor Unverdorben había salvado de una muerte segura al capitán de su barco. Hay también unas sierpecillas negras que viven escondidas en las pálidas arenas de Australia, y que se lanzan contra el hombre desde lejos, por el aire, como balas: una picadura suya es suficiente para hacer caer a un toro patas arriba. Pero en la naturaleza cada cosa tiene su correspondiente, no hay daño que

no tenga remedio, cada veneno tiene su antídoto: basta con conocerlo. La picadura de estos reptiles se cura rápidamente si se trata con saliva humana; pero no de la persona agredida. Por eso por aquellas tierras nadie viaja solo.

En las larguísimas tardes polacas, el aire del dormitorio, pesado de tabaco y de olores humanos, se saturaba de sueños insensatos. Éste es el fruto más inmediato del exilio, del extrañamiento: el predominio de lo irreal sobre lo real. Todos soñaban sueños pasados y futuros, de esclavitud y de redención, de paraísos inverosímiles, de enemigos igualmente míticos e inverosímiles: enemigos cósmicos, perversos y sutiles que todo lo penetran como el aire. Todos, a excepción tal vez, de Cravero, y con toda seguridad de D'Agata.

D'Agata no tenía tiempo de soñar, porque estaba obsesionado por el terror a las chinches. Estas incómodas compañeras no gustaban a nadie, como es natural, pero todos habíamos acabado por acostumbrarnos a ellas. No eran pocas ni escasas sino un ejército compacto, que con la llegada de la primavera había invadido todas nuestras yacijas: estaban anidadas durante el día en las hendiduras de las paredes y de las literas de madera, y partían en correrías apenas cesaba el tumulto del día. A cederles una pequeña porción de nuestra sangre nos habríamos resignado de buena gana: era menos fácil acostumbrarse a sentirlas corriéndonos furtivamente por la cara y por el cuerpo, bajo la ropa. Podían dormir tranquilos sólo quienes tenían la suerte de tener un sueño pesado, y conseguían caer en la inconsciencia antes de que ellas se despertasen.

D'Agata, que era un diminuto, sobrio, reservado y limpísimo albañil siciliano, había decidido dormir de día y pasaba las noches en cuclillas sobre su cama, mirando por todas partes con los ojos dilatados por el horror, la vela y la atención espasmódica. En la mano tenía, bien asido, un aparato rudimentario que se había hecho con un bastoncillo y un trozo de tela metálica y la pared, a su lado, estaba cubierta por una sucia constelación de manchas sanguinolentas.

Al principio, estas costumbres suyas fueron ridiculizadas: ¿por ventura tenía la piel más fina que nosotros? Pero luego la compasión había prevalecido, mezclada con cierta envidia; porque, de todos nosotros, D'Agata era el único que tenía un enemigo concreto, presente, tangible, susceptible de ser combatido, golpeado, aplastado contra la pared.

Hacia el sur

Había estado andando durante horas en el maravilloso aire matutino, aspirándolo profundamente, como una medicina, hasta el fondo de mis débiles pulmones. No me sentía muy firme sobre las piernas, pero sentía una necesidad imperiosa de volver a tomar posesión de mi cuerpo, de restablecer el contacto, roto desde hacía ya casi dos años, con los árboles y con la hierba, con la tierra pesada y oscura en la que se sentían temblar las semillas, con el océano de aire que conducía el polen de los abetos, oleada tras oleada, desde los Cárpatos hasta los negros caminos de la ciudad minera.

Estaba haciendo lo mismo desde hacía una semana, explorando los alrededores de Katowice. Me corría por las venas la dulce debilidad de la convalecencia. También me corría por las venas, en aquellos días, la fuerte dosis de insulina que me había sido recetada, encontrada, comprada e inyectada por los cuidados concordes de Leonardo y de Gottlieb. Mientras andaba, la insulina cumplía en silencio su oficio prodigioso: daba vueltas con la sangre en busca de azúcares, y procuraba su diligente combustión y conversión en energía apartándolos de otros destinos menos apropiados. Pero el azúcar que encontraba no era mucho: de repente, aproximadamente a la misma hora, las reservas se agotaban. Entonces se me doblaban las piernas, lo veía todo negro, y tenía necesidad de sentarme en el suelo, donde me sentía helado y atacado por un hambre furiosa. Aquí me ayudaban las obras y los dones de mi tercera protectora, Marja Fjodorovna Prima: sacaba del bolsillo un paquetito de glucosa y me lo tragaba con gula. Después de unos pocos minutos, la luz retornaba, el sol volvía a calentar, y podía ponerme de nuevo en camino.

Al volver aquella mañana al campo me encontré allí con una escena desacostumbrada. En mitad de la plazoleta estaba el capitán Egorov, rodeado por una apretada multitud de italianos. Tenía en la mano una gran pistola de tambor, que no le servía sino para subrayar con amplios gestos los pasajes más sobresalientes del discurso que estaba pronunciando. De su discurso se entendía muy poco. Esencialmente dos palabras porque las repetía con frecuencia, pero estas dos palabras contenían un mensaje celestial: «ripatriatsija» y «Odjessa».

La repatriación por Odesa, por consiguiente; el retorno. El campo entero perdió la cabeza en un momento. El capitán Egorov fue levantado en hombros, con pistola y todo, y llevado precariamente en triunfo. La gente rugía: «¡A casa! ¡A casa!» por los pasillos, otros bajaban sus bagajes haciendo el mayor ruido posible y tirando por las ventanas harapos, papelotes, zapatos rotos y toda clase de desechos. En pocas horas se vació el campo, bajo la olímpica indiferencia de los rusos: unos se iban a la ciudad a despedirse de la novia, otros a correrse una juerga pura y simple, otros a gastarse los últimos zloty en provisiones para el viaje o en otras cosas más fútiles.

Con esta última intención bajamos a Katowice también Cesare y yo, llevando en los bolsillos nuestros ahorros y los de cinco o seis de nuestros compañeros. Porque ¿qué es lo que nos íbamos a encontrar en la frontera? No se sabía, pero de lo que hasta entonces habíamos visto de los rusos y de sus maneras de proceder no nos parecía probable que en la frontera fuésemos a encontrar cambistas. Por lo cual el buen sentido, y junto con él nuestro estado de ánimo feliz, nos aconsejaban gastarnos hasta el último zloty de la no muy elevada suma de que disponíamos: deshacernos de ella, por ejemplo, organizando una gran comida a la italiana, a base de espaguetis con mantequilla, que no habíamos probado desde tiempo inmemorial.

Entramos en una tienda de ultramarinos, pusimos sobre el mostrador todos nuestros haberes y le explicamos lo mejor que pudimos a la dueña de la tienda nuestras intenciones. Yo le dije, como de costumbre, que hablaba alemán pero que no era alemán, que éramos italianos que nos marchábamos y que queríamos comprar espaguetis, mantequilla, sal, huevos, fresas y azúcar en las cantidades oportunas por la suma de sesenta y tres zloty, ni uno más ni uno menos.

La tendera era una viejecilla arrugada, de aire desconfiado y algo chiflado. Nos miró fijamente detrás de unas gafas de concha, después nos dijo sin rodeos, en perfecto alemán, que no creía que tuviésemos nada de italianos. En primer lugar,

hablábamos alemán, aunque bastante mal; y luego, sobre todo, los italianos tienen el pelo negro y los ojos ardientes, y nosotros ni una cosa ni otra. Todo lo más, podía conceder que fuésemos croatas; y ahora que lo pensaba había conocido a croatas que se parecían a nosotros. Éramos croatas, la cosa estaba clara.

Me fastidió bastante y le contesté con brusquedad que, lo quisiese ella o no, éramos italianos: judíos italianos, uno de Roma y otro de Turín, que habíamos estado en Auschwitz y nos volvíamos a nuestra patria, y lo que queríamos era comprar y pagar por ello, y no perder el tiempo en fanfarronadas.

¿Judíos de Auschwitz? La mirada de la vieja se dulcificó, hasta sus arrugas parecieron suavizarse. Entonces era otra cosa. Nos mandó pasar a la trastienda, nos pidió que nos sentásemos, nos ofreció dos vasos de cerveza auténtica y, sin ninguna pausa, nos contó con orgullo su fabulosa historia: su epopeya, próxima en el tiempo pero ya ampliamente transfigurada en canción de gesta, afinada y adornada por innumerables repeticiones.

Sabía lo que era Auschwitz y todo lo que se refería a Auschwitz le interesaba porque había estado a punto de ser mandada allí. No era polaca, era alemana: en otro tiempo había tenido una tienda en Berlín, con su marido. A ellos nunca les había gustado Hitler y probablemente habían sido demasiado imprudentes al dejar que se propagasen por la vecindad estas opiniones suyas tan singulares: en 1935 a su marido se lo había llevado la Gestapo y nunca más se había sabido de él. Había sido un gran dolor, pero hay que vivir, y ella había seguido con su comercio hasta el 38, cuando Hitler, «der Lump», había difundido por la radio el famoso discurso en que anunciaba que quería declarar la guerra.

Entonces, se había sentido indignada y le había escrito. Le había escrito personalmente, «Al señor Adolf Hitler, Canciller del Reich, Berlín», mandándole una larga carta en donde le aconsejaba firmemente que no declarase la guerra porque iba a morir demasiada gente, y además le demostraba que si la declaraba la perdería porque Alemania sola no podía vencer a todo el mundo y hasta un niño lo hubiera entendido. Había firmado con su nombre, apellido y dirección y se había quedado a la espera.

Cinco días después llegaron los camisas pardas y, con el pretexto de hacer un registro le habían saqueado y destrozado la casa y la tienda. ¿Qué podían encontrar? Nada, ella no se metía en política: lo único, la carta. Dos semanas después: la había llamado la Gestapo. Pensaba que iban a darle una paliza y a

mandarla al *Lager*: pero la habían tratado con un desprecio falto de educación, le habían dicho que se merecía la horca, pero que se habían convencido de que no era más que «eine alte blöde Ziege», una cabra vieja y estúpida, y que hubiese sido desperdiciar la cuerda. Le habían quitado la licencia de comercio y la habían expulsado de Berlín.

Había ido viviendo en Silesia del estraperlo y a salto de mata hasta que, según sus previsiones, los alemanes habían, perdido la guerra. Entonces, como toda la vecindad sabía lo que ella había hecho, las autoridades polacas no habían tardado en concederle la licencia para abrir una tienda de comestibles. Y ahora vivía tranquilamente, confortada con el pensamiento de cuánto mejor le habría ido al mundo si los grandes de la tierra hubiesen seguido sus consejos.

La víspera de la partida, Leonardo y yo entregamos la llave del ambulatorio y nos despedimos de Marja Fjodorovna y del doctor Dancenko. Marja estaba silenciosa y triste; le pregunté que por qué no se venía a Italia con nosotros y se sonrojó como si le hubiese hecho una proposición deshonesta. Intervino Dancenko: llevaba una botella de alcohol y dos hojas de papel. Primero pensamos que el alcohol era su contribución personal al acopio de medicinas para el viaje; pero no, era para los brindis de despedida, que fueron debidamente intercambiados.

¿Y los folios? Nos enteramos, estupefactos, que el mando esperaba de nosotros sendas declaraciones de agradecimiento por la humanidad y la corrección con que habíamos sido tratados en Katowice; Dancenko nos pidió, además, que mencionásemos específicamente su persona y su comportamiento, y que firmásemos añadiendo a nuestros nombres la cualificación de «Doctor en medicina». Esto, Leonardo podía hacerlo y lo hizo; pero en mi caso se trataba de una falsificación. Estaba perplejo e intenté que Dancenko lo entendiese; pero él se quedó pasmado de mi meticulosidad y, dando golpecitos con el dedo sobre el papel, me dijo con impaciencia que no le viniese con escrúpulos. Firmé tal como quería: ¿para qué iba a privarlo de una pequeña ayuda en su carrera?

Pero la ceremonia no había terminado. Dancenko, a su vez, nos trajo dos certificados, escritos a mano, en una caligrafía muy cuidada, sobre dos trozos de papel rayado, evidentemente arrancados de un cuaderno escolar. En el que se refería a mí, se declara, con desenvuelta generosidad, que «el doctor Primo Levi, de Turín, ha prestado durante cuatro meses sus servicios hábiles y diligentes en la Enfermería de esta jefatura, y por ello ha merecido la gratitud de todos los trabajadores del mundo».

Al día siguiente, nuestro eterno sueño se había hecho realidad. En la estación de Katowice nos esperaba el tren: un largo tren de vagones de mercancías de los cuales los italianos tomamos posesión (éramos unos ochocientos) con estruendosa alegría. Odesa; y luego un fantástico viaje por mar atravesando las puertas de Oriente; y luego Italia.

La perspectiva de recorrer muchos centenares de kilómetros en aquellos vagones desvencijados, durmiendo sobre el desnudo suelo, no nos preocupaba y ni siquiera nos preocupaban las ridículas provisiones alimenticias que los rusos nos habían asignado: un poco de pan, y una lata de margarina de soja por vagón. Era una margarina de origen americano, muy salada, y dura como el queso parmesano: claramente destinada a climas tropicales y caída en nuestras manos a través de desviaciones inimaginables. Lo demás, nos aseguraron los rusos con su habitual despreocupación, nos lo distribuirían durante el viaje.

Se puso en marcha a mediados de junio de 1945 aquel tren cargado de esperanza. No llevaba ninguna escolta, ningún ruso a bordo: el responsable del convoy era el doctor Gottlieb, que se nos había sumado espontáneamente y reunía en su persona las funciones de intérprete, de médico y de cónsul de la comunidad itinerante. Nos sentíamos en buenas manos y lejos de toda duda o incertidumbre: en Odesa nos esperaba el barco.

El viaje duró seis días, y si en su transcurso no fuimos empujados por el hambre a la mendicidad o al bandidaje, e incluso llegamos al final en buenas condiciones de nutrición, el mérito le corresponde exclusivamente al doctor Gottlieb. Inmediatamente después de la salida se había hecho evidente que los rusos de Katowice nos habían mandado de viaje a la buena de Dios, sin tomar ninguna medida ni ningún acuerdo con sus colegas de Odesa ni de las etapas intermedias. Cuando nuestro convoy se paraba en una estación (y se detenía con frecuencia, en largas paradas, porque el tráfico regular y los transportes militares tenían la preferencia), nadie sabía qué hacer con nosotros. Los jefes de estación y los encargados de dar la orden de salida nos veían llegar con mirada atónita y desolada, ansiosos ellos también de liberarse de nuestra incómoda presencia.

Pero Gottlieb estaba allí, agudo como una espada; no había traba burocrática, barrera de negligencia ni obstinación de funcionario que él no consiguiese allanar en pocos minutos, cada vez de un modo distinto. Toda dificultad se deshacía como una niebla ante su osadía, ante su imaginación sublime, ante su rapidez de espadachín. De cada uno de sus encuentros con el

monstruo de mil cabezas que se oculta en cualquier lugar donde se acumulen impresos y circulares, regresaba junto a nosotros radiante de victoria como un San Jorge después del duelo con el dragón, y nos contaba sus rápidas aventuras demasiado consciente de su superioridad para vanagloriarse de ella.

El jefe de estación, por ejemplo, había pedido nuestro permiso de viaje que, evidentemente, no existía; y él le había dicho que iba a buscarlo, y había entrado en la caseta de telégrafos allí al lado y había fabricado uno en pocos instantes, compuesto en la más verosímil de las jergas del oficio, en una hoja de papel cualquiera que había llenado de timbres, sellos y firmas ilegibles hasta el punto de hacerlo santo y venerable como una emanación del mismísimo Poder. Otra vez se había presentado en la oficina de una *Kommandantur* y había comunicado respetuosamente que en la estación había ochocientos italianos que no tenían qué comer. El oficinista había contestado «nicevò», que el almacén estaba vacío, que necesitaba una autorización, que lo resolvería para el día siguiente, y había tratado torpemente de ponerlo en la puerta como a un postulante molesto cualquiera; pero él había sonreído, y le había dicho: «Camarada, no me has entendido bien. A estos italianos *hay* que darles de comer, y hoy mismo: porque es Stalin quien lo manda»; y los víveres habían llegado en un abrir y cerrar de ojos.

Pero para mí aquel viaje fue de un tormento sin límites. De la pleuritis debía de estar curado, pero tenía el cuerpo en rebelión continua, parecía dispuesto a reírse de los médicos y las medicinas. Todas las noches, mientras dormía, me invadía furtivamente la fiebre: una fiebre intensa, de naturaleza desconocida, que llegaba al máximo al amanecer. Me despertaba postrado, medio inconsciente, y con una muñeca, un codo o una rodilla, traspasados por dolores agudísimos. Me quedaba echado, en el suelo del vagón o en el cemento de los andenes, presa del delirio y el dolor, hasta mediodía: luego, en pocas horas, todo se arreglaba y ya cerca de la noche me sentía en condiciones casi normales. Leonardo y Gottlieb me miraban perplejos e impotentes.

El tren recorría llanuras cultivadas, ciudades y pueblos oscuros, unos bosques espesos y salvajes que creía desaparecidos del corazón de Europa hacía miles de años; coníferas y abedules tan cerca unos de otros que para alcanzar la luz del sol estaban obligados, por la mutua concurrencia, a crecer desesperadamente, en una verticalidad oprimente. El tren se abría camino entre ellos como por una galería, en una

penumbra verde y negra, por en medio de los troncos desnudos y lisos, bajo la bóveda altísima y continua de las ramas estrechamente entrelazadas. Rzeszów, Przemyl con sus fortificaciones torvas, Leopoli.

En Leopoli, ciudad esqueleto, destruida por los bombardeos y por la guerra, el tren se detuvo durante toda una noche de diluvio. El techo de nuestro vagón no era impermeable: tuvimos que bajar y buscar un refugio. Con otros pocos no encontramos nada mejor que el paso subterráneo: oscuro, con dos dedos de barro y feroces corrientes de aire. Pero a media noche la fiebre llegó puntualmente, como un golpe piadoso en la cabeza, a concederme el beneficio ambiguo de la inconsciencia.

Ternopol, Proskurov. A Proskurov el tren llegó al atardecer, desengancharon la locomotora, y Gottlieb nos aseguró que hasta la mañana siguiente no volveríamos a ponernos en camino. Por consiguiente, nos dispusimos a pernoctar en la estación. La sala de espera era muy grande: Cesare, Leonardo, Daniele y yo ocupamos una esquina, Cesare se fue al pueblo en calidad de provisor de víveres, y volvió poco después con huevos, lechuga y un paquete de té.

Hicimos fuego en el suelo (no éramos los únicos, ni los primeros: la sala estaba sembrada de restos de las incontables acampadas de las gentes que nos habían precedido, y el techo y las paredes estaban ahumados como los de una cocina vieja). Cesare coció los huevos, y preparó un té abundante y muy azucarado.

Ahora bien, o aquel té era mucho más fuerte que el nuestro o Cesare debió de equivocarse en la cantidad, porque en poco tiempo toda huella de sueño y de cansancio desapareció de nosotros y nos sentimos revivificados por un estado de ánimo desacostumbrado, despierto, propenso a la hilaridad, tenso, lúcido, sensible. Por eso, todo lo que hicimos y hablamos aquella noche se me ha quedado grabado en la memoria y puedo contarlo como si hubiese sucedido ayer.

La luz del día se desvanecía con una lentitud extrema, primero rosada, luego violácea, luego gris; le siguió el esplendor argentado de un cálido plenilunio. Junto a nosotros, que fumábamos y hablábamos con vivacidad, estaban sentadas en un banco de madera dos muchachas vestidas de negro, muy jóvenes. Hablaban entre sí: no en ruso sino en yiddish.

—¿Entiendes lo que dicen? —me preguntó Cesare.

—Algunas palabras.

—Venga, entonces, ataca. Mira a ver si ligas.

Aquella noche todo me parecía fácil, hasta entender el yiddish. Con una audacia desacostumbrada me dirigí a las chicas, las saludé y, esforzándome por imitar su pronunciación, les pregunté en alemán si eran judías, y les declaré que nosotros cuatro lo éramos también. Las chicas (tendrían dieciséis o dieciocho años) se echaron a reír. «Ihr sprecht keyn Jiddisch: ihr seyd ja keyne Jiden!» (¡No habláis yiddish: luego no sois judíos!). En su boca, la frase equivalía a un riguroso razonamiento.

Y, sin embargo, éramos judíos, les expliqué. Judíos italianos: los judíos, en Italia y en Europa occidental no hablan yiddish.

Ésta era para ellas una gran novedad, una curiosidad cómica, como si les hubiese dicho que había franceses que no hablan francés. Intenté recitarles el comienzo del *Shemá*, la plegaria fundamental israelita: su incredulidad se atenuó, pero creció su regocijo. ¿Cómo se podía pronunciar el hebreo de una manera tan ridícula?

La mayor se llamaba Sore: tenía una cara pequeña, astuta y maliciosa, llena de redondeces y de hoyuelos asimétricos; parecía que aquel diálogo titubeante y fatigosísimo le procuraba una diversión enorme y la excitaba como si le hiciesen cosquillas.

Pues entonces, si éramos judíos, también lo eran todos aquellos otros, me dijo, señalando con un gesto circular a los ochocientos italianos que llenaban la sala. ¿Qué diferencia había entre ellos y nosotros? La misma lengua, las mismas caras, las mismas ropas. No, le expliqué: aquéllos eran cristianos, eran de Génova, de Nápoles, de Sicilia: seguramente algunos tenían sangre árabe en las venas. Sore miraba perpleja a su alrededor: todo esto era una gran confusión. En su tierra las cosas estaban mucho más claras: un judío es un judío, y un, ruso un ruso, no hay dudas ni ambigüedades.

Ellas eran refugiadas, me contó. Eran de Minsk, en la Rusia Blanca; cuando estaban llegando los alemanes su familia había pedido ser transferida al interior de la Unión Soviética, para huir a la persecución de los *EinsatzKommandos de Eichman*. La petición había sido tomada al pie de la letra: todos habían sido expedidos a cuatro mil kilómetros de su país, a Samarcanda en el Uzbekistán, a las puertas del Techo del Mundo, junto a montañas de siete mil metros de altitud. Su hermana y ella eran todavía unas niñas: luego su madre había muerto, y el padre había sido movilizado para no sé qué servicio de frontera. Ellas dos habían aprendido el uzbeco, y otras muchas cosas

necesarias: a vivir la vida un día tras el otro, a viajar por los continentes con un maletín para las dos, a vivir, en resumen, como las aves del cielo, que no hilan y no tejen y no se preocupan del día de mañana.

Así eran Sore y su silenciosa hermana. Estaban, como nosotros, en el camino del retorno. Habían salido de Samarcanda en marzo, y se habían puesto en camino como una pluma se abandona al viento. Habían recorrido, en autobús o a pie, el Karakum, el desierto de las Arenas Rojas: habían llegado en tren a Krasnovodsk en el Caspio, y allí habían esperado hasta que un pesquero las había pasado a Bakú. Desde Bakú habían proseguido, siempre por medios imprevistos porque dinero no tenían; pero en cambio tenían una ilimitada fe en el porvenir y en el prójimo, y un innato e intacto amor a la vida.

Todos alrededor dormían: Cesare asistía impaciente a la conversación, preguntándome de vez en cuando si los preliminares habían terminado y se podía ir al grano; luego, decepcionado, se fue al aire libre en busca de aventuras más concretas.

La paz de la sala de espera y la narración de las dos hermanas se interrumpieron bruscamente hacia medianoche. Como empujada por un fuerte viento se abrió de repente una puerta que, a través de un corto pasillo, comunicaba la sala grande con otra más pequeña reservada a los militares de paso. En el umbral apareció un soldado ruso, jovencísimo y borracho: miró alrededor con ojos ausentes, luego echó a andar con la cabeza baja, dando traspiés pavorosos, como si de pronto el suelo se hubiese inclinado delante de él. En el pasillo estaban en pie tres oficiales soviéticos, embebidos en su conversación. El soldadito, al llegar a su altura, frenó, se puso firme, hizo el saludo militar y los tres le contestaron dignamente. Luego, siguió, en semicírculos como un patinador, enfiló con precisión la puerta que daba al exterior y se lo oyó vomitar e hipar ruidosamente en el andén. Volvió a entrar con paso algo menos inseguro, saludó de nuevo a los tres oficiales impasibles, y desapareció. Un cuarto de hora más tarde la escena se repitió idéntica, como una pesadilla: entrada teatral, pausa, saludo, apresurado recorrido oblicuo por entre las piernas de los durmientes hacia el aire libre, descarga, regreso, saludo; y así sucesivamente infinitas veces, a intervalos regulares, sin que nunca los tres le dedicasen más que una ojeada distraída y un correcto saludo llevándose la mano a la visera.

Así transcurrió aquella noche memorable, hasta que me venció la fiebre: entonces me eché en tierra, sacudido por los

escalofríos. Llegó Gottlieb, que me traía una medicina desacostumbrada: medio litro de un vodka salvaje, de destilación clandestina que había comprado a los campesinos de los alrededores: sabía a moho, a vinagre y a fuego. «Bebe —me dijo—, bébetelo todo. Te sentará bien, y por otra parte no tenemos otra cosa aquí para tu enfermedad».

Bebí, no sin trabajo, aquel filtro infernal que me quemó la boca y la garganta, y en breve me hundí en la nada. Cuando me desperté, a la mañana siguiente, me sentía oprimido por un gran peso: pero no era la fiebre, ni un mal sueño. Yacía sepultado por un montón de otros durmientes, en una especie, de incubadora humana: gentes llegadas durante la noche que no habían encontrado sitio más que encima de los que estaban ya echados en el suelo.

Tenía sed: gracias a la acción combinada del vodka y el calor animal debía de haber perdido muchos litros de sudor. La cura singular había tenido un éxito completo: la fiebre y los dolores desaparecieron definitivamente, y no volvieron a reaparecer nunca más.

El tren volvió a ponerse en marcha, y en pocas horas llegamos a Žmerinka, nudo ferroviario a 350 kilómetros de Odesa. Aquí nos esperaba una gran sorpresa y una feroz desilusión. Gottlieb, que había estado parlamentando con las autoridades militares del lugar, fue por todo el convoy, un vagón tras de otro, para comunicarnos que todos teníamos que bajarnos: el tren no continuaba.

¿No continuaba por qué? ¿Y cómo y cuándo íbamos a llegar a Odesa? «No sé —contestó Gottlieb embarazado—: no lo sabe nadie. Lo único que sé es que tenemos que bajarnos, organizarnos de algún modo en los andenes, y esperar órdenes». Estaba palidísimo y visiblemente preocupado.

Nos bajamos y pernoctamos en la estación: la derrota de Gottlieb, la primera que sufría, nos parecía de pésimo augurio. A la mañana siguiente, nuestro guía, junto con sus inseparables hermano y cuñado, había desaparecido. Habían desaparecido como por ensalmo, con todo su abundante equipaje: alguien dijo que los habían visto confabulando con los ferroviarios rusos y subir por la noche a un tren militar que regresaba hacia la frontera polaca.

Nos quedamos tres días en Žmerinka, angustiados por la inquietud, la frustración y el terror, de acuerdo con los temperamentos y las piezas de información que conseguíamos extraer de los rusos del lugar, los cuales no mostraban ningún

asombro por nuestro destino ni por nuestra parada forzosa, y contestaban a nuestras preguntas de las maneras más desconcertantes. Un ruso nos dijo que efectivamente de Odesa habían salido diversos barcos con militares ingleses y americanos que eran repatriados, y que nosotros también, antes o después, seríamos embarcados: comida teníamos, Hitler no existía ya, ¿por qué nos quejábamos? Otro nos dijo que la semana anterior un convoy francés en viaje hacia Odesa había sido detenido en Žmerinka y desviado hacia el norte «porque las vías estaban interrumpidas». Un tercero nos informó que con sus propios ojos había visto transportar a los prisioneros alemanes en un viaje hacia el Extremo Oriente: según él, el asunto estaba claro: ¿es que no éramos aliados de los alemanes? Pues bien, también a nosotros nos mandaban a cavar trincheras en el frente japonés.

Para complicar las cosas, al tercer día llegó a Žmerinka, proveniente de Rumania, otro convoy de italianos. Tenían un aspecto muy diferente del nuestro: eran unos seiscientos, hombres y mujeres, bien vestidos, con maletas y baúles, algunos con la cámara fotográfica en bandolera: como turistas. Nos miraban de arriba abajo, como a parientes pobres: ellos habían llegado hasta allí en un tren normal de coches de viajeros, pagándose su billete, y tenían en orden los pasaportes, el dinero, los documentos de viaje, los horarios de salida, y un salvoconducto colectivo para Italia vía Odesa. Si pudiésemos obtener de los rusos que nos dejasen unirnos a ellos, también nosotros llegaríamos a Odesa.

Muy dignamente nos hicieron comprender que ellos eran gente respetable: funcionarios civiles y militares de la Legación Italiana de Bucarest, y otras gentes diversas que después de la disolución del ARMIR se habían quedado en Rumania por diferentes razones, o a pescar en río revuelto. Entre ellos había familias enteras, maridos con mujeres rumanas auténticas, y numerosos niños.

Pero los rusos, a diferencia de los alemanes, no poseen más que en una pequeñísima medida el talento de las distinciones y las clasificaciones. Pocos días más tarde íbamos todos de viaje hacia el norte, hacia un destino impreciso, pero, en cualquier caso, hacia un nuevo exilio. Los italianos-rumanos y los italianos-italianos, todos en los mismos vagones de mercancías, todos con el corazón apretado, todos presa de la, indescifrable burocracia soviética, oscura y gigantesca potencia que no tenía mala voluntad hacia nosotros pero que era suspicaz, negligente, ignorante, contradictoria y, por sus efectos, ciega como una fuerza de la naturaleza.

Hacia el norte

En los pocos días que tuvimos que estar en Žmerinka nos vimos reducidos a la mendicidad; en aquellas condiciones no tenía en sí misma nada de especialmente trágico si lo comparábamos con la perspectiva, mucho más grave, de la inminente partida hacia un destino desconocido. Privados como nos veíamos del talento improvisador de Gottlieb nos había afectado de lleno la potencia económica superior de los «rumanos», los cuales podían comprar cualquier mercancía cinco veces, diez veces más cara que nosotros, y lo hacían, porque también ellos habían agotado sus reservas alimenticias, y también ellos intuían que íbamos a partir hacia un lugar donde el dinero iba a contar muy poco y donde iba a ser difícil conservarlo.

Estábamos acampados en la estación y nos adentrábamos con frecuencia en terreno habitado. Casas bajas, desiguales, construidas con un curioso y evidente desprecio de la geometría y de la norma: fachadas que estaban casi alineadas, paredes que eran casi verticales, ángulos que eran casi rectos; pero aquí y allí alguna pilastra que imitaba una columna, con pretencioso capitel de volutas. Frecuentes tejados de paja, interiores oscuros y manchados de humo en los que se entreveía una enorme estufa central con los jergones de paja para dormir encima, y los iconos negros en un rincón. En una encrucijada cantaba un cantor callejero, gigantesco y canoso, descalzo: miraba al cielo fijamente con ojos apagados, y de vez en cuando inclinaba la cabeza y se persignaba con el pulgar.

En la calle mayor, clavado a dos listones hundidos en el suelo fangoso, había un tablero de madera en el que estaba pintada Europa, ya desvaída por los soles y las lluvias de muchos veranos. Debía de haber servido para seguir los partes de

guerra, pero había sido pintada de memoria, como vista desde muy lejos: Francia era claramente una cafetera; la península Ibérica una cabeza de perfil, con la nariz que sobresalía de Portugal; e Italia una verdadera bota, una pizca oblicua, con la suela y el tacón rectos y lisos. En Italia estaban señaladas sólo cuatro ciudades: Roma, Venecia, Nápoles y Dronero.

Žmerinka era un gran pueblo agrícola, lugar de mercado en otros tiempos como podía deducirse de la vasta plaza central, de tierra apisonada, con numerosas hileras paralelas de barras de hierro apropiadas para atar a ellas los animales por el cabezal. Ahora estaba totalmente vacía: sólo en una esquina, a la sombra de una encina, había acampada una tribu de nómadas, visión conservada de milenios lejanos.

Hombres y mujeres estaban cubiertos por pieles de cabra, atados al cuerpo por correas de cuero: llevaban en los pies calzado de corteza de abedul. Eran varias familias, una veintena de personas, y su casa era un carro enorme —macizo como una máquina de guerra, hecho de vigas a duras penas rectangulares y empotradas unas en otras—, apoyado sobre poderosas ruedas de madera maciza: tenía que costarles trabajo arrastrarlo a los cuatro caballones lanudos que se veía pacer un poco más allá. ¿Quiénes eran, de dónde venían, adónde iban? No lo sabíamos: pero en aquellos días los sentíamos especialmente cercanos a nosotros, como nosotros arrastrados por el viento, como nosotros dependientes de la mutabilidad de una voluntad lejana y desconocida, que tenía por símbolo las ruedas que nos transportaban, a nosotros y a ellos, en la estúpida perfección de un círculo sin principio y sin final.

No lejos de la plaza, a lo largo de la vía, nos encontramos con otra aparición llena de significado. Un depósito de troncos, pesados y ásperos como lo es todo en aquel país, donde no existe lo sutil y lo refinado: entre los troncos, tendidos boca arriba al sol, achicharrados por el sol, había una docena de prisioneros alemanes, abandonados. Nadie los vigilaba, nadie los mandaba ni se ocupaba de ellos: según todas las apariencias se habían olvidado de ellos, los habían abandonado sencillamente a su destino.

Estaban cubiertos de harapos descoloridos en los que todavía se reconocían los orgullosos uniformes de la Wehrmacht. Tenían caras demacradas, pasmadas, salvajes: acostumbrados a vivir, a actuar, a combatir dentro de los esquemas férreos de la Autoridad —su sostén y su alimento—, al dejar de existir la autoridad misma se habían sentido impotentes, exánimes. Aquellos buenos súbditos, buenos ejecutores de todas las

órdenes, buenos instrumentos del poder, no poseían por sí mismos ni una parcela de poder. Estaban vacíos e inertes, como las hojas muertas que el viento acumula en las esquinas resguardadas: no habían buscado su salvación en la huida.

Nos vieron, y algunos de ellos se movieron hacia nosotros con paso incierto de autómata. Nos pidieron pan: no en su lengua sino en ruso. Se lo rehusamos, porque nuestro pan era precioso. Pero Daniele no se lo negó: Daniele, a quien los alemanes habían matado a su robusta mujer, a su hermano, a sus padres, y a no menos de treinta parientes; Daniele, que de la razia del *ghetto* de Venecia era el único superviviente, y que desde el día de la liberación se alimentaba de su dolor, sacó un pan, se lo enseñó a aquellos gusanos y lo puso en el suelo. Y quiso que vinieran a buscarlo arrastrándose por el suelo, a cuatro patas: ellos lo hicieron dócilmente.

Que algunos grupos de ex prisioneros aliados se hubieran embarcado en Odesa unos meses antes, como algunos rusos nos habían dicho, debía de ser verdad, porque la estación de Žmerinka, nuestra temporal y poco íntima residencia, tenía aún señales de ello: un arco de triunfo hecho de ramas, ya secas, que sostenía el cartel de «Vivan las Naciones Unidas»; y enormes retratos horribles de Stalin, Roosevelt y Churchill, con frases alusivas a la victoria sobre el enemigo común. Pero la corta temporada de concordia entre los tres grandes aliados debía de estar tocando a su fin, pues los retratos aparecían borrados y decolorados por la intemperie y, durante nuestra estancia, fueron retirados. Llegó un pintor de brocha gorda: levantó un andamio a lo largo de la fachada de la estación e hizo desaparecer bajo una capa de cal el letrero de «¡Proletarios de todo el mundo, uníos!»; en lugar del cual, con una sutil sensación de hielo, una letra tras otra, vimos aparecer otro muy diferente: «Vperëd na Zapàd» (Adelante hacia Occidente).

La repatriación de los militares aliados había terminado ya, pero otros convoyes llegaban y partían hacia el sur bajo nuestros ojos. Eran también vagones militares rusos, pero muy distintos de los vagones militares, gloriosos y domésticos, que habíamos visto pasar hacia Katowice. Eran los vagones de las mujeres ucranianas que volvían de Alemania: sólo mujeres, porque los hombres se habían hecho soldados o partisanos, o habían sido muertos por los alemanes.

Su exilio había sido distinto del nuestro y del de los prisioneros de guerra. No todas, pero en una gran mayoría, habían abandonado «voluntariamente» su país. Con una voluntad coartada, extorsionada, arrancada con las mentiras de

la propaganda nazi sutil y pesada, que amenazaba y blandía la espada desde los carteles, los periódicos, la radio: pero, en cualquier caso, voluntad, aceptación. Mujeres de dieciséis a cuarenta años, centenas de millares, campesinas, estudiantes, obreras, habían abandonado los campos asolados, las escuelas cerradas, las oficinas destruidas, por el pan de los invasores. No pocas eran madres, y por el pan habían abandonado a sus hijos. En Alemania habían encontrado el pan, las alambradas, un trabajo duro, el orden alemán, la servidumbre y la vergüenza: y bajo el peso de la vergüenza se repatriaban ahora.

La Rusia vencedora no tenía indulgencia con ellas. Volvían a casa en vagones de mercancías, muchos sin techo, partidos horizontalmente por una tabla para aprovechar mejor el espacio: sesenta, ochenta mujeres por vagón. No tenían equipaje: sólo los vestidos gastados y descoloridos que llevaban puestos. Cuerpos juveniles, todavía fuertes y sanos, pero caras cerradas y amargas, ojos esquivos, con resignación y humillación turbadoras, animales; ni una voz salía de aquellas madejas de miembros que se estiraban perezosamente cuando el convoy se detenía en la estación. Nadie las esperaba, nadie parecía darse cuenta de que estaban allí. Su inercia, su dolorida falta de pudor, su apartamiento, eran los de animales humillados y domados. Sólo nosotros asistíamos con compasión y tristeza a su paso, otro testimonio y otro aspecto de la pestilencia que había azotado a Europa.

Salimos de Žmerinka a finales de junio, oprimidos por una pesada angustia que nacía de la desilusión y de la incertidumbre de nuestro destino, y había encontrado una oscura resonancia y confirmación en las escenas que habíamos presenciado en Žmerinka.

Incluidos los «rumanos» éramos mil cuatrocientos italianos. Nos cargaron en treinta vagones de mercancías, que engancharon a un convoy que se dirigía al norte. Nadie en Žmerinka sabía o quería aclararnos cuál era nuestro destino: pero nos íbamos en dirección norte, lejos del mar, lejos de Italia, hacia la prisión, la soledad, la oscuridad, el invierno. Y a pesar de todo ello nos parecía una buena señal que no nos hubiesen distribuido provisiones para el viaje: parecía que no iba a ser largo.

Efectivamente, estuvimos viajando sólo dos días y una noche, parándonos poquísimas veces, a través de un escenario majestuoso y monótono de estepas desiertas, bosques, aldeas

perdidas, lentos y anchos ríos. Apretados en los vagones de mercancías, estábamos incómodos: al comenzar la tarde, aprovechando una parada, Cesare y yo nos bajamos a estirar las piernas y en busca de un sitio mejor. Vimos que en cabeza había varios coches de pasajeros y un vagón-enfermería: parecía vacío. «¿Por qué no subimos?», propuso Cesare. «Está prohibido», le contesté yo tontamente. ¿Por qué iba a estar prohibido y por quién? Por otra parte, ya habíamos podido constatar en varias ocasiones que la religión occidental (y especialmente alemana) de lo prohibido no tiene profundas raíces en Rusia.

El vagón-enfermería no sólo iba vacío sino que ofrecía refinamientos de sibarita. Lavabos que funcionaban, con agua y con jabón; una suspensión blandísima que amortiguaba las sacudidas de las ruedas; camas maravillosas, suspendidas de muelles regulables, completamente hechas, con sábanas blanquísimas y mantas calientes. A la cabecera de la cama que habíamos elegido, como un don suplementario del destino, hasta encontré un libro italiano: *I ragazzi della via Paal*, que de niño nunca había leído. Mientras nuestros amigos ya creían que nos habíamos perdido, pasamos una noche de sueño.

El tren atravesó la Beresina al final del segundo día de viaje, mientras el sol, rojo como una granada, traspasando oblicuamente los troncos de los árboles con una lentitud encantada, vestía con luz sanguinolenta las aguas, los bosques y la llanura épica, por la que todavía se veían esparcidos amasijos de armas y de carruajes. El viaje se terminó, pocas horas más tarde en plena noche, en lo más recio de una violenta tempestad. Nos hicieron bajar bajo la lluvia, en medio de la oscuridad más absoluta, rota de vez en cuando por los relámpagos. Estuvimos andando durante una hora, en fila india, por la hierba y por el fango, cada uno agarrado como un ciego al hombre que iba delante, y no sé quién conducía a toda la fila; llegamos por fin, empapados hasta los huesos, a un enorme edificio oscuro, semidestruido por los bombardeos. Seguía lloviendo, el pavimento estaba enlodado y húmedo, y caía más agua de los charcos del tejado: esperamos el día en una duermevela fatigosa y pasiva.

Amaneció un día espléndido. Salimos al aire libre, y sólo entonces nos dimos cuenta de que habíamos pernoctado en el patio de un teatro, y de que nos encontrábamos en un extenso complejo de cuarteles soviéticos derruidos y abandonados. Todos los edificios habían sido además sometidos a una devastación y expoliación germánicamente meticulosa: los ejércitos alemanes

en retirada se habían llevado todo lo que era posible llevarse: las cerraduras, las verjas, las balaustradas, todo el sistema de iluminación y de calefacción, las tuberías, y hasta los postes de la cerca. Habían sacado hasta el último clavo de las paredes. De un empalme ferroviario que había al lado habían arrancado las vías y los travesaños: con una máquina adecuada, nos dijeron los rusos.

En resumen, más que un saqueo: el genio de la destrucción, de la contracreación, aquí igual que en Auschwitz: la mística del vacío, más allá de toda exigencia de guerra o del ansia de hacerse con un botín.

Pero no habían podido llevarse los frescos inolvidables que recubrían las paredes interiores: obra de cualquier poeta-soldado anónimo, ingenuos, fuertes y rudos. Tres caballeros gigantes, armados de espadas, yelmos y mazas, firmes sobre un altozano, extendiendo sus miradas por un ilimitado horizonte de tierras vírgenes que tenían que conquistar. Stalin, Lenin, Molotov, reproducidos con un afecto reverente en la intención; con una audacia sacrílega en los hechos, y reconocibles principal y respectivamente por los grandes bigotes, la barbita y las gafas. Una araña inmunda, en el centro de una telaraña tan grande como la pared: tiene un copete negro atravesado entre los ojos, una esvástica en la grupa, y debajo estaba escrito: «Mueran los invasores hitlerianos». Un soldado soviético encadenado, alto y rubio, que levanta una mano esposada para juzgar a sus jueces: y éstos, a centenares, todos contra uno, sentados en los escaños de un tribunal-anfiteatro, son asquerosos hombres insectos, de caras amarillas y grises, retorcidos, descompuestos, macabros como calaveras, que se ocultan uno contra otro como lémures que huyen de la luz, empujados a la nada por el gesto profético del héroe prisionero.

En estos cuarteles espectrales, y en parte acampados al aire libre en los vastos patios invadidos por la hierba, estaban instalados millares de extranjeros en tránsito como nosotros que pertenecían a todas las naciones de Europa.

El calor bienhechor del sol empezaba a penetrar la tierra húmeda, y de todo lo que había a nuestro alrededor brotaba vapor. Me alejé del teatro unos centenares de metros, y me interné en un prado espeso donde pensé que podía desnudarme y secarme al sol: y en la misma mitad del prado, como si me estuviese esperando, a quién había de encontrarme sino a él, a Mordo Nahum, mi griego, casi irreconocible por su suntuosa gordura y por una especie de uniforme soviético que llevaba puesto: y me miraba con sus ojos pálidos de búho perdidos en la

cara rosada, redonda, de barba rojiza.

Me recibió con cordialidad fraternal, dejando caer en el vacío una maliciosa pregunta mía sobre las Naciones Unidas que tan mal se habían ocupado de sus griegos. Me preguntó que cómo estaba: ¿necesitaba algo?, ¿comida?, ¿ropa? Sí, no lo podía negar, necesitaba muchas cosas. «Las tendrás —me contestó misterioso y magnánimo—: yo aquí soy alguien». Hizo una breve pausa y continuó: «¿Necesitas una mujer?».

Lo miré pasmado: temía no haber oído bien. Pero el griego, con amplio gesto, recorrió con la mano tres cuartos del horizonte: y entonces me di cuenta de que entre las hierbas altas, tendidas al sol, próximas y lejanas, yacían esparcidas una veintena de abundantes muchachas somnolientas. Eran criaturas rubias y rosadas, de espaldas poderosas, esqueleto macizo y de plácida cara bovina, vestidas con varias túnicas rudimentarias e incongruentes. «Son de Besarabia —me explicó el griego—: todas dependen de mí. A los rusos les gustan así, blancas y macizas. Antes esto era un gran *pagaille*, pero desde que corre de mi cuenta todo va a pedir de boca: limpieza, surtido, discreción, y ninguna disputa por el dinero. Es un buen negocio, también, y algunas veces *moi aussi j'y prends mon plaisir».*

Me vino a la memoria, bajo una nueva luz, el episodio del huevo duro, y el desafío enojado del griego: «¡Anda, dime un artículo en el que yo no haya comerciado!». No, no necesitaba una mujer, o por lo menos de aquella manera. Nos separamos tras un cordial coloquio; y, desde entonces, una vez calmado el torbellino que había agitado a esta vieja Europa arrastrándola a una contradanza salvaje de separaciones y encuentros, no he vuelto a ver a mi maestro griego, ni he oído hablar más de él.

Una curizeta

El campo de refugiados donde me había encontrado con Mordo Nahum de una manera tan imprevista se llamaba Sluzk. Si alguien buscase en un buen mapa de la Unión Soviética el pueblecito de este nombre con un poco de paciencia podría ser que lo encontrase, en la Rusia Blanca, a un centenar de kilómetros al sur de Minsk. Pero lo que no existe en ningún mapa es la aldea llamada Staryje Doroghi, que era nuestro destino.

En Sluzk, en julio de 1945, había diez mil personas; digo personas porque cualquier término más restrictivo será inapropiado. Había hombres, y también bastantes mujeres y niños. Había católicos, judíos, ortodoxos y musulmanes; había blancos y amarillos y varios negros con uniforme americano; alemanes, polacos, franceses, griegos, holandeses, italianos y de otras nacionalidades; y además alemanes que pretendían ser austríacos, austríacos que declaraban ser suizos, rusos que decían ser italianos, una mujer disfrazada de hombre e, incluso, destacándose en medio de aquella muchedumbre andrajosa, un general magiar con uniforme de gala, pendenciero, policromo y estúpido como un gallo.

En Sluzk se estaba bien. Hacía calor, incluso demasiado; se dormía en el suelo pero no había que trabajar y había comida para todos. Y aún más: el servicio del comedor era maravilloso. Los rusos lo confiaban, por rotación, una semana a cada una de las principales nacionalidades representadas en el campo. Comíamos en un amplio local, luminoso y limpio; cada mesa tenía ocho cubiertos, bastaba con llegar a la hora y sentarse, sin controles, ni turnos ni colas, e inmediatamente llegaba la procesión de cocineros voluntarios, con comidas sorprendentes, pan y té. Durante nuestra breve estancia eran los húngaros

quienes estaban en el poder: nos daban estofados calentísimos, y enormes raciones de espaguetis con perejil, demasiado cocidos e insensatamente azucarados. Además, fieles a sus mitos nacionales, habían formado una pequeña orquesta cíngara: seis músicos de pueblo, con pantalones de terciopelo y chalecos de cuero bordado, majestuosos y sudados, que atacaban el himno nacional soviético, el húngaro y la Hatikvà (en honor de los muchos judíos húngaros), y proseguían luego con frívolas danzas interminables hasta que el último comensal hubiese dejado de usar sus cubiertos.

El campo no estaba cercado. Estaba constituido por edificios ruinosos, de uno o dos pisos, alineados a los cuatro lados de una amplia explanada llena de hierba, probablemente la antigua plaza de armas. Bajo el sol ardiente del cálido verano ruso, aparecía constelado de durmientes, de gente ocupada en quitarse los piojos, en remendarse las ropas, en guisar sobre hogueras encendidas en cualquier parte; y animados por grupos más vitales, que jugaban a la pelota o a los bolos. En el centro, se alzaba una enorme barraca de madera, baja, cuadrada, con tres puertas todas en el mismo lado. Sobre los tres arquitrabes, en gruesos caracteres cirílicos trazados a minio con mano insegura, había escritas tres palabras: «Mužskaja», «Ženskaja», «Offiserskaja» (Para hombres, Para mujeres, Para oficiales). Era la letrina del campo y, al mismo tiempo, su particularidad más destacada. En el interior, lo único que había era un pavimento de tablas sueltas, y cien agujeros cuadrados, de diez en diez, como una gigantesca y rabelesiana tabla pitagórica. No había divisiones entre los compartimentos destinados a los tres sexos: o, si las hubo, habían desaparecido.

La administración rusa no se preocupaba en absoluto del campo, hasta el punto de que se podía dudar de que existiese: pero debía de existir, cuando se comía todos los días. Dicho de otra manera, era una buena administración.

Pasamos en Sluzk diez días. Fueron días vacíos, sin sucesos desagradables, sin acontecimientos para fijar en la memoria. Un día probamos a salir del rectángulo de los cuarteles, y a adentrarnos en la llanura para coger hierbas comestibles: pero después de media hora de camino nos encontramos como en mitad del mar, en el centro del horizonte, sin un árbol, ni una colina, ni una casa como término de referencia. Para los italianos, acostumbrados a las quintas en la montaña y las colinas, a la llanura hirviente de presencias humanas, el espacio ruso inmenso, heroico, nos daba vértigo, y nos apesadumbraba el corazón con recuerdos dolorosos. Luego intentamos hervir las

hierbas que habíamos cogido, pero les sacamos poco provecho.

Yo había encontrado en una buhardilla un tratado de obstetricia alemán en dos pesados volúmenes bien ilustrado en colores: y como el papel impreso es para mí un vicio y hacía más de un año que no tenía ninguno, me pasaba el tiempo leyéndolo sin método; o durmiendo al sol en medio de la hierba silvestre.

Una mañana, con velocidad misteriosa y fulmínea, se propago entre nosotros la especie de que íbamos a tener que irnos de Sluzk, andando, para instalarnos en Staryje Doroghi, a setenta kilómetros de distancia, en un campo que era sólo para italianos. Los alemanes, en análogas circunstancias, habrían cubierto los muros con carteles bilingües, nítidamente impresos, con la hora de salida especificada, el equipo que se debía llevar, el horario de marcha, y la pena de muerte para los que se retrasasen. Los rusos, en cambio, dejaban que la orden se propagase por su cuenta y que la marcha del traslado se organizase sola.

La noticia provocó cierto alboroto. En aquellos diez días nos habíamos ambientado en Sluzk bastante bien y, sobre todo, temíamos dejar la exagerada abundancia de la alimentación de Sluzk por quién sabe qué otras miserables condiciones. Además, setenta kilómetros son muchos kilómetros, ninguno de nosotros estaba entrenado para una marcha tan larga, y pocos tenían un calzado apropiado. Tratamos en vano de obtener noticias más precisas de los mandos rusos. Todo cuanto pudimos averiguar es que teníamos que salir la mañana del 20 de julio, y que lo que se dice una Jefatura rusa real y verdadera parecía que no existía.

Por la mañana del 20 de julio nos encontramos reunidos en la plaza central, como una inmensa caravana de gitanos. En el último momento habíamos llegado a saber que entre Sluzk y Staryje Doroghi había comunicación ferroviaria: pero el viaje en tren era para las mujeres y los niños, además de los habituales enchufados, y los no menos habituales listos. Por otra parte, para burlar la tenue burocracia que regía nuestro destino no se necesitaba tener una astucia excepcional: pero daba igual, porque no muchos se habían dado cuenta en aquel tiempo.

Dieron la orden de partida para las diez e inmediatamente después hubo una contraorden. A ésta le siguieron otras numerosas y falsas órdenes de partida, de manera que fue a mediodía cuando empezamos a ponernos en movimiento sin haber comido.

Por Sluzk y Staryje Doroghi pasa una gran carretera, la misma que une a Varsovia con Moscú. Entonces estaba en un

completo abandono: la formaban dos carriles laterales, de tierra, destinados a los caballos, y uno central, que había estado asfaltado pero que entonces estaba destruido por las explosiones y las cadenas de los tanques, y, por consiguiente, poco se diferenciaba de los otros dos. Recorre una llanura infinita, en la que casi no hay lugares habitados, y por ello estaba constituida por larguísimos tramos rectilíneos: entre Sluzk y Staryje Doroghi había una sola curva apenas insinuada.

Nos habíamos puesto en marcha con cierto entusiasmo: el tiempo era espléndido, estábamos bien comidos, y la idea de una larga caminata por el interior de aquel legendario país, los pantanos del Pripet, era atractiva en sí misma. Pero muy pronto cambiamos de opinión.

En ningún otro lugar de Europa, creo, puede suceder que se esté andando durante diez horas y se encuentre uno siempre en el mismo punto, como en una pesadilla: que se tenga siempre delante la carretera recta hasta el horizonte, siempre a un lado y otro la estepa y el bosque, y siempre a la espalda otra carretera que llega hasta el horizonte opuesto, como la estela de un barco; y ni pueblos, ni casas, ni humo, ni una piedra millar que de alguna manera señale que se ha ganado algún terreno, por poco que sea; y no se encuentre alma viviente, sino el vuelo de las cornejas y algún halcón que cruza el viento perezosamente.

Después de unas horas de marcha, nuestra columna inicialmente compacta, estaba deshecha y se extendía a lo largo de dos o tres kilómetros. A la cola avanzaba una carreta militar rusa, tirada por dos caballos y conducida por un suboficial encolerizado y monstruoso: había perdido en la guerra los labios y desde la nariz a la barbilla su cara era una calavera terrorífica. Creo que su misión debía ser recoger a los desfallecientes: pero se ocupaba en recoger diligentemente los bultos que, uno tras otro, iban siendo abandonados en el camino por la gente que, por cansancio, renunciaba a llevarlos más adelante. Por un momento nos engañamos creyendo que se los devolvería a la llegada, pero el primero que intentó pararse y esperar la carreta fue acogido con gritos, golpes de fusta y amenazas inarticuladas. De esta manera terminaron los dos volúmenes de obstetricia que constituían, con mucho, la parte más pesada de mi equipaje personal.

Al atardecer, nuestro grupo se había quedado solo. A mi lado iban el dulce y paciente Leonardo, Daniele cojeante y encolerizado por la sed y el cansancio, el señor Unverdorben con un amigo suyo triestino; y naturalmente Cesare.

Nos paramos a tomar aliento en la última curva que interrumpía la feroz monotonía de la carretera; allí había una choza sin techo, seguramente el único resto visible de un pueblo destrozado por la guerra. Detrás, descubrimos un pozo en el que apagamos la sed con voluptuosidad. Estábamos cansados y teníamos los pies hinchados y llagados. Yo hacía tiempo que había perdido mis zapatos de arzobispo, y había heredado de no sé quién un par de zapatillas de ciclista, ligeras como plumas; pero me estaban estrechas, y a ratos tenía que quitármelas e ir descalzo.

Tuvimos un breve cambio de impresiones: ¿y si el tipo nos obligaba a estar andando toda la noche? No sería extraño: una vez, en Katowice, los rusos nos habían hecho estar descargando botas de un tren veinticuatro horas seguidas; también ellos trabajaban a nuestro lado. ¿Por qué no nos emboscábamos? A Staryje Doroghi llegaríamos tranquilamente al día siguiente, seguro que el ruso no tenía listas para pasarlas, la noche se anunciaba tibia, teníamos agua y algo para cenar, aunque no mucho, reuníamos entre los seis. La choza estaba en ruinas pero le quedaba un poco de tejado para resguardarnos del rocío.

—Muy bien —dijo Cesare—. Yo me quedo. Para esta noche, quiero asarme una gallina.

De modo que nos escondimos en el bosque hasta que pasó la carreta con el esqueleto, esperamos a que los últimos rezagados se fuesen del pozo, y tomamos posesión de nuestro lugar de acampada. Tendimos las mantas por tierra, abrimos los sacos, encendimos una hoguera, y empezamos a preparar la cena, con pan, *kaša* de maíz y una lata de guisantes.

—Pero qué cena es ésa —dijo Cesare— guisantes. No me habéis entendido. Yo quiero un banquete esta noche, y quiero asarme una gallina.

Cesare es un hombre indomable: había podido comprobarlo cuando le acompañaba por el mercado de Katowice. Fue inútil decirle que encontrar un pollo de noche, en mitad de los pantanos del Pripet, sin saber ruso y sin dinero con que pagarlo, era una idea insensata. Fue inútil ofrecerle ración doble de *kaša* para que se quedase tranquilo. «Quedaos vosotros con vuestra *cascheta*, yo me voy solo a buscar la gallina, pero no me volveréis a ver. Me despido de vosotros, y de los rusos y del barracón, y me vuelvo solo a Italia. Puede que por el Japón».

Entonces me ofrecí a acompañarle. No tanto por la gallina y las amenazas sino porque le tengo mucho cariño a Cesare y me gusta verlo trabajar.

—Muy bien, Lapé —me dijo Cesare.

Lapé soy yo: así me bautizó Cesare en tiempos remotos y así sigue llamándome, por la siguiente razón: como es sabido, en el *Lager* llevábamos el pelo al rape; ya liberados, después de un año de haber sido pelados al cero, a todos y a mí especialmente, el pelo nos había crecido curiosamente liso y suave: entonces el mío estaba todavía muy corto y Cesare sostenía que le recordaba la piel de un conejo. «Conejo», o mejor «piel de conejo», en la jerga comercial en que Cesare es experto, se dice precisamente Lapé. Daniele, por su parte, el barbudo, ríspido y gruñón Daniele, sediento de venganza y de justicia como un profeta antiguo, se llamaba Coralí: porque, decía Cesare, si llueven coralinas (cuentas de vidrio) las enhebra todas.

—Muy bien, Lapé —me dijo.

Y me explicó su plan. Cesare es realmente un hombre de propósitos enloquecidos, pero los persigue con mucho sentido práctico. La gallina no se la había inventado: a partir de la choza, en dirección norte, había divisado un sendero bien construido y, por consiguiente, reciente. Era probable que llevase a un pueblo: y si había un pueblo había también gallinas. Salimos: ya era casi de noche, y Cesare tenía razón. Por encima del repecho de una ondulación casi imperceptible del terreno, a unos dos kilómetros de distancia, entre los árboles se veía brillar una luz. Nos pusimos en marcha, tropezando contra los arbustos, seguidos por enjambres de voraces mosquitos; llevábamos la única mercancía de trueque de la que el grupo había estado dispuesto a separarse: nuestros seis platos, platos vulgares de loza que los rusos nos habían distribuido en su momento por todo menaje.

Íbamos en la oscuridad, atentos a no perder el sendero; a intervalos dábamos gritos. Del pueblo no contestaba nadie. Cuando estuvimos a un centenar de metros, Cesare se detuvo, tomó aliento, y gritó: «Eh, rusotes. Somos amigos, *italianski*. ¿Tendréis una gallinita para vendernos?». La respuesta llegó: un relámpago en la oscuridad, un golpe seco y el silbido de una bala unos metros sobre nuestras cabezas. Yo me eché a tierra, despacito para no romper los platos; pero Cesare estaba furioso y se quedó de pie: «Ah, malditos, os he dicho que somos amigos. Hijos de mala madre, no me hagáis hablar. Una gallinita es lo que queremos. ¡No somos bandidos, no somos doiches: somos *italianski*!».

No hubo más disparos, y ya se entreveían perfiles humanos sobre el repecho. Nos acercamos cautamente, Cesare delante, que continuaba su discurso persuasivo, y yo detrás, dispuesto a

echarme a tierra otra vez.

Por fin llegamos al pueblo. No había más de cinco o seis casas de madera en torno a una plaza minúscula, y en ella, esperándonos, estaba toda la población, una treintena de personas en su mayoría viejas campesinas, más los niños, los perros, todos visiblemente alarmados. Sobresalía de la pequeña multitud un viejo alto y barbudo, el del disparo: todavía tenía el mosquetón en la mano.

Cesare consideraba que se había terminado su papel, que era el estratégico, y me llamó a mi deber. «Vamos, te toca a ti. ¿A qué esperas? Anda, explícales que somos italianos, que no queremos hacer daño a nadie, y que queremos comprar una gallina para asarla».

Aquellas gentes nos miraban con una curiosidad desconfiada. Parecía que se habían persuadido de que, a pesar de ir vestidos como dos evadidos, no debíamos de ser peligrosos. Las viejas habían dejado de chillar y hasta los perros se habían tranquilizado. El viejo del fusil nos hacía preguntas que no entendíamos: yo, de ruso no sé más que un centenar de palabras, y ninguna se adaptaba a la situación, con la excepción de *italianski*. Repetí varias veces «italianski», hasta que el viejo empezó a su vez a decir «italianski» en beneficio de los circunstantes.

Mientras tanto, Cesare, más concreto, había sacado los platos del saco, había colocado cinco extendidos en tierra, como en el mercado, y tenía el sexto en la mano, dándole golpecitos con la uña en el borde, para que escuchasen cómo sonaba. Las campesinas miraban, divertidas y llenas de curiosidad. «Tarelki», dijo una. «Tarelki, da!», contesté yo, contento de haber aprendido el nombre de la mercancía que estaba ofreciéndoles: a lo que una de ellas tendió una mano nerviosa hacia el plato que Cesare estaba enseñándoles.

—¿Eh, qué es lo que crees? —dijo éste, retirándolo velozmente—. No los regalamos. —Y se volvió a mí, como una víbora: pero ¿qué es lo que estaba esperando para pedirles la gallina a cambio? ¿De qué me servían mis estudios?

Yo estaba muy embarazado. El ruso dicen que es una lengua indoeuropea, y los pollos debían ser conocidos por nuestros comunes progenitores en época ciertamente anterior a su subdivisión en las diversas familias étnicas modernas. «His fretus», quiero decir, sobre estos sólidos cimientos, probé a decir «pollo» y «pájaro» de todas las formas que sabía, pero sin ningún resultado visible.

Cesare también estaba perplejo. Cesare, en lo íntimo de su corazón, nunca se había convencido realmente de que los alemanes hablasen alemán y los rusos ruso más que por una extravagante malignidad; por eso, estaba persuadido también de que sólo por un refinamiento de esta malignidad fingían no comprender el italiano. Malignidad, o una ignorancia extrema y escandalosa: pura barbarie. No había más posibilidades. Y su perplejidad iba convirtiéndose en rabia rápidamente.

Protestaba y lanzaba maldiciones. ¿Era posible que fuese tan difícil entender lo que es una gallina y que queríamos cambiarla por seis platos? ¿Una gallina, de esas que van por ahí escarbando con el pico y con las patas en el suelo, haciendo «cocodé»? Y sin mucha fidelidad, torvo y enfurruñado, hizo una pésima imitación de las costumbres de los pollos agachándose hasta el suelo, raspándolo primero con un pie y luego con el otro, y picoteando acá y allá con la mano en forma de cuña. Entre una maldición y otra decía también «cocodé»: pero, como es sabido, esta interpretación del verso gallináceo es muy convencional; circula exclusivamente en Italia y no se entiende fuera de ella.

El resultado fue nulo. Nos miraban con ojos atónitos y nos tomaban por locos con toda seguridad. Porque ¿con qué intención habíamos llegado de los confines de la tierra a hacer misteriosas payasadas en su plaza? Ya furibundo, Cesare se esforzó hasta en poner un huevo y, mientras tanto, los insultaba de maneras fantásticas, haciendo con ello mucho más oscuro el sentido de su representación. Ante aquel espectáculo fuera de lugar, la charla de las comadres subió una octava y se convirtió en un rumor de avispero perturbado.

Cuando vi que una de las viejas se acercaba al barbudo, y le hablaba mirándonos nerviosa, me di cuenta de que la situación era comprometida. Hice levantarse a Cesare de sus posturas antinaturales, lo tranquilicé, y con él me acerqué al hombre. Le dije: «Venga, por favor», y lo llevé junto a una ventana desde la cual la luz de una linterna iluminaba bastante bien un rectángulo de terreno. Aquí, penosamente consciente de las muchas miradas sospechosas, dibujé en el suelo una gallina, completa en todos sus atributos, incluido un huevo debajo de ella para mayor especificación. Luego me levanté y dije: «Vosotros los platos. Nosotros de comer».

Siguió una breve consulta; luego saltó del grupo una vieja con ojos brillantes de gozo y astucia: avanzó dos pasos y con voz cascabeleante pronunció: «¡Kúra! ¡Kúritša!».

Estaba muy orgullosa y satisfecha de haber sido quien resolviese el enigma. De todas partes estallaron risas y aplausos, y voces de «¡kúritša, kúritša!»: y hasta nosotros batimos palmas, presas del juego y del entusiasmo general. La viejecilla se inclinó, como una actriz al terminar su papel; desapareció y volvió a aparecer con una gallina en la mano, ya desplumada. La balanceó burlonamente bajo la nariz de Cesare, como contraprueba; y como vio que éste reaccionaba favorablemente, soltó la presa, recogió los platos y se los llevó.

Cesare, que entiende de ello porque en una época tuvo un puesto en Porta Portese, me aseguró que la «curizeta» estaba bastante gorda, y valía nuestros seis platos; la llevamos a la cabaña, despertamos a los amigos que ya se habían dormido, volvimos a hacer fuego, guisamos el pollo y nos lo comimos sin platos, que ya no teníamos.

Viejos caminos

La gallina y la noche pasada al aire libre nos sentaron como una medicina. Después de un buen sueño, que nos dejó como nuevos a pesar de haber dormido sobre la tierra desnuda, nos despertamos con una salud y un humor inmejorables. Estábamos contentos porque hacía sol, porque nos sentíamos libres, por el buen olor que exhalaba la tierra, y también un poco porque a dos kilómetros había gente que no era mala, sino inteligente y dispuesta a la risa. Si bien es verdad que nos habían disparado, después nos habían acogido bien y hasta nos habían vendido un pollo. Estábamos contentos porque aquel día (mañana no sabíamos, pero no siempre importa lo que puede suceder al día siguiente) podíamos hacer cosas que hacía mucho no hacíamos: beber agua de un pozo, tumbarnos al sol en mitad de la hierba alta y vigorosa, olfatear el aire estival, encender una hoguera y guisar, ir al bosque a buscar fresas y setas, fumarnos un cigarrillo mirando a un alto cielo limpio por el viento.

Podíamos hacerlas y las hacíamos, con gozo pueril. Pero nuestras reservas tocaban a su fin: de fresas y setas no se vive, y ninguno de nosotros (ni siquiera Cesare, habitante de la urbe y ciudadano romano «desde los tiempos de Nerón») estaba moral y técnicamente preparado para la vida precaria del vagabundaje y el hurto agrícola. La elección estaba clara: la vuelta inmediata a la sociedad civil o el ayuno. De la sociedad civil, es decir, del misterioso campo de Staryje Doroghi, nos separaban, sin embargo, treinta kilómetros de una mareante carretera recta: si los andábamos sin ningún alto podríamos a lo mejor llegar al rancho de la noche; o podíamos acampar de nuevo en la carretera, en libertad pero con el estómago vacío.

Hicimos un rápido recuento de nuestros haberes. No era

mucho: ocho rublos entre todos. Era difícil establecer qué poder adquisitivo tenían en aquel momento y aquel lugar: nuestras experiencias monetarias precedentes con los rusos habían sido incoherentes y absurdas. Algunos aceptaban sin dificultad monedas de cualquier país, incluso alemanas o polacas; otros eran desconfiados, temían ser engañados, y aceptaban sólo trueques en especie o monedas metálicas. De éstas, circulaban las más inimaginables: monedas de la época del zar sacadas de atávicos escondites familiares; esterlinas, coronas escandinavas, hasta antiguas monedas del Imperio austrohúngaro. Y, por otra parte, habíamos visto en Žmerinka una de las letrinas de la estación empapelada con marcos alemanes, cuidadosamente pegados a la pared uno a uno con una sustancia que no puede nombrarse.

En cualquier caso, ocho rublos no eran mucho: el valor de un huevo o dos. Se decidió colegialmente que Cesare y yo, ya acreditados como embajadores, volviésemos a subir a la aldea, y viésemos sobre la marcha qué era lo mejor que podía comprarse con ocho rublos.

Nos pusimos en marcha, y al ir andando se nos ocurrió que lo que necesitábamos no eran mercancías sino servicios. La mejor inversión sería que pidiésemos a nuestros amigos que nos alquilasen un caballo y un carrito hasta Staryje Doroghi. El dinero sería poco, pero podríamos ofrecerles alguna pieza de nuestras ropas: hacía mucho calor. Nos presentamos, pues, en las eras y fuimos recibidos con saludos cariñosos y risitas comprensivas por parte de la viejecilla, y un furibundo ladrar de los perros. Cuando se hubo restablecido el silencio, echando mano de *Miguel Strogoff* y otras remotas lecturas, dije: «Telega. Staryje Doroghi», y le enseñé los ocho rublos. Siguió un murmullo confuso: era extraño, pero nadie me había entendido. De todas maneras, mi misión se anunciaba menos ardua que la de la noche anterior: en un rincón de la era, bajo un cobertizo, había descubierto un carro de labranza de cuatro ruedas, largo y estrecho, con los parapetos en forma de V; es decir, una telega. Puse una mano en ella, un poco impacientado por la obtusidad de aquella gente: ¿es que no era aquello una telega?

— *¡Tjeljega!* —me corrigió el barbudo, con severidad paterna, escandalizado por mi pronunciación bárbara.

— *Da. Tjeljega na Staryje Doroghi*. Nosotros pagar. Ocho rublos.

La oferta era irrisoria: el equivalente de dos huevos por más de treinta kilómetros de camino, doce horas de viaje. Pero el

barbudo se metió los rublos en el bolsillo, desapareció en la cuadra, volvió con un mulo, lo enganchó a los varales, nos hizo señas de que subiésemos, cargó unos cuantos sacos sin decir palabra, y salimos hacia la carretera principal. Cesare fue a llamar a los demás, ante quienes no desaprovechamos la ocasión de darnos importancia. Íbamos a hacer un viaje comodísimo en telega, incluso en *tjeljega*, y una entrada triunfal en Staryje Doroghi, por ocho rublos: para que viesen lo que valía saber idiomas y tener habilidad diplomática.

En realidad, luego nos dimos cuenta (y también se la dieron nuestros amigos) de que los ocho rublos habían sido prácticamente malgastados: el barbudo tenía que ir, en cualquier caso, a Staryje Doroghi, para no sé qué asuntos suyos, y puede que nos hubiera llevado gratis.

Nos pusimos en marcha hacia el mediodía, tendidos sobre los nada blandos sacos del barbudo. Aunque era mucho mejor que ir andando: podíamos, entre otras cosas, disfrutar a nuestro gusto del paisaje.

Éste era para nosotros insólito, y estupendo. La llanura, que el día anterior nos había oprimido con su vacío solemne, había dejado de ser totalmente llana. Se encrespaba en ligerísimas y apenas perceptibles ondulaciones, puede que antiguas dunas, que no medían más de algunos metros, pero que eran suficientes para romper la monotonía, descansar la vista y crear un ritmo, una medida. Entre una y otra ondulación se extendían charcas y pantanos, grandes y pequeños. El terreno descubierto era arenoso y erizado acá y allá por silvestres manchas de arbustos: por otras partes había árboles altos, pero raros y aislados. A los dos lados de la carretera yacían informes residuos oxidados, artillería, carros, alambradas, cascos, bidones: los restos de los dos ejércitos que durante tantos meses se habían enfrentado en aquellos lugares. Habíamos entrado en la región de los pantanos del Pripet.

La carretera y las tierras estaban desiertas, pero un poco antes del crepúsculo advertimos que alguien nos seguía: un hombre, negro sobre lo blanco del polvo, caminaba enérgicamente hacia nosotros. Ganaba terreno lenta pero continuamente: pronto estuvo al alcance de nuestra voz y reconocimos en él al Moro, Avesani de Avesa, al gran viejo. También él se había pasado la noche en algún escondrijo, y ahora se dirigía a Staryje Doroghi con paso tempestuoso, los cabellos blancos al viento, los ojos sanguinolentos fijos delante de sí. Avanzaba regular y potente como una máquina de vapor: llevaba atado a la espalda su famoso y pesadísimo envoltorio, y

colgada de éste relampagueaba la segur, como la hoz de Cronos.

Se preparaba a adelantarnos como si no nos viese o no nos reconociese. Cesare lo llamó y le invitó a subir con nosotros. «La deshonra del mundo. Cerdos, asquerosos animales», le contestó prontamente el Moro, dando salida a la letanía blasfema que perpetuamente le ocupaba la mente. Nos adelantó, y prosiguió su mítica marcha el horizonte opuesto a aquél por donde había emergido.

El señor Unverdorben sabía del Moro muchas más cosas que nosotros: entonces nos enteramos de que el Moro no era (o no era solamente) un viejo lunático. El envoltorio tenía una, razón, y la tenía también la vida errante del viejo. Viudo hacía muchos años, tenía una hija, única, casi cincuentona, que estaba paralítica, atada al lecho: no tenía remedio. El Moro vivía para esta hija: le escribía todas las semanas cartas que no iban a llegar a su destino; sólo para ella había trabajado toda su vida, se había oscurecido como la madera del nogal y endurecido como la piedra. Para ella sola, en su errante camino de emigrante, el Moro echaba en el saco todo lo que encontraba a mano, cualquier objeto que supusiese una posibilidad mínima de ser utilizado o intercambiado.

No nos encontramos con ningún otro ser viviente hasta Staryje Doroghi.

Staryje Doroghi fue una sorpresa. No era una aldea; o mejor dicho, había una aldea minúscula, en medio del bosque, no muy apartada de la carretera: pero lo supimos más adelante; y también nos enteramos de que su nombre significa «Viejos caminos». Pero el acuartelamiento que nos estaba destinado a nosotros, a los mil cuatrocientos italianos, era en un único y gigantesco edificio, aislado en la orilla de la carretera en medio de los campos sin cultivar y en el extremo del bosque. Se llamaba «Krsnyj Dom», la Casa Roja, y efectivamente era roja por dentro y por fuera, sin paliativos.

Una construcción verdaderamente singular, crecida sin ningún orden en todas las direcciones como los materiales de una explosión volcánica: no se sabía si obra de muchos arquitectos en desacuerdo entre sí o de uno solo pero loco. El núcleo más antiguo, ya superado y sofocado por las alas y los cuerpos construidos confusamente más tarde, estaba formado por un bloque de tres plantas, subdivididas en pequeñas habitaciones probablemente destinadas en otro tiempo a oficinas militares o administrativas. Pero alrededor de él había de todo:

una sala de conferencias o reuniones, una serie de aulas de clase, cocinas, lavabos, un teatro con mil asientos por lo menos, una enfermería, un gimnasio; junto a la puerta principal un ropero con perchas misteriosas que interpretamos como un armario para guardar los esquíes. Pero aquí, igual que en Sluzk, nada o casi nada había quedado del mobiliario y de las instalaciones; no sólo faltaba el agua sino que se habían llevado hasta las tuberías, las hornillas de las cocinas, los asientos del teatro, los bancos de las aulas, el pasamanos de las escaleras.

En la Casa Roja las escaleras eran un elemento obsesivo. Eran abundantes en aquel edificio desmesurado: escaleras enfáticas y prolijas que llevaban a absurdos roperos llenos de polvo y de materiales de deshecho, otras estrechas e irregulares, interrumpidas por una columna plantada allí de cualquier manera para apuntalar un techo que se veía abajo; trozos de escaleras retorcidas, partidas en dos tramos paralelos, anómalas, que unían entre sí planos desviados de cueros adyacentes. Memorable, sobre todo, una gran escalera ciclópica: con escalones de tres metros de anchura subía hasta quince metros de altura desde un patio invadido por la hierba y no llevaba a ninguna parte.

Alrededor de la Casa Roja no había ninguna valla, ni siquiera simbólica como en Katowice. No había ni siquiera un servicio de vigilancia propiamente dicho: ante la puerta estaba frecuentemente un soldado ruso, la mayoría de las veces jovencísimo, pero no tenía ninguna consigna por lo que se refiere a los italianos. Su deber era sólo impedir que los rusos viniesen por las noches a molestar a las mujeres italianas en sus dormitorios.

Los rusos —los oficiales y los soldados— vivían en una barraca de madera no muy lejana; había otros, que pasaban por la carretera, que se paraban a descansar: pero raramente se ocupaban de nosotros. Quien se ocupaba de nosotros era un grupito de oficiales italianos, ex prisioneros de guerra, más bien altaneros y poco agradables; eran muy conscientes de su condición de militares, ostentaban desprecio e indiferencia en sus relaciones con nosotros los civiles y, lo que no dejó de asombrarnos, mantenían relaciones óptimas con los soviéticos de su misma categoría del barracón de al lado. Incluso disfrutaban de una situación privilegiada, no sólo con relación a nosotros sino con relación a los mismos soldados soviéticos: comían en el comedor oficial de los rusos, vestían uniformes soviéticos nuevos (sin insignias) y buenas botas militares, y dormían en lechos de campaña con sábanas y cobertores.

Pero nosotros tampoco podíamos lamentarnos. Nos trataban exactamente igual que a los soldados rusos en cuanto a la alimentación y al alojamiento, y no teníamos que seguir ninguna disciplina ni ninguna obligación particular. Los italianos que trabajaban eran pocos, los que se habían ofrecido espontáneamente para el servicio de cocina, de los retretes y del grupo electrónico: además de Leonardo como médico y yo, como enfermero; pero con el buen tiempo los enfermos eran ya muy pocos, y nuestro trabajo era una sinecura.

Quien quisiera, podía irse. Algunos lo hicieron, unos por puro aburrimiento y espíritu de aventura, otros con la intención de pasar las fronteras y volver a Italia; pero todos volvieron, después de unas semanas o meses de vagabundaje: porque aunque el campo no estuviese vigilado ni cercado sí lo estaban, y mucho, las lejanas fronteras.

No había, de parte rusa, ninguna veleidad de presión ideológica, y ninguna tentativa de discriminación entre nosotros. Nuestra comunidad era demasiado complicada, ex militares del ARMIR, ex partisanos, ex *Häftlinge* de Auschwitz, ex trabajadores de la Todt, ex presos comunes y prostitutas de San Vittore; fuésemos comunistas, monárquicos o fascistas, los rusos mostraban una imparcial indiferencia con relación a todos nosotros. Éramos italianos y eso era suficiente: todo lo demás era «vsjò ravnò», todo igual.

Dormíamos en tablas de madera cubiertas con sacos de paja: sesenta centímetros por hombre. Al principio protestarnos porque nos parecía poco: pero las autoridades rusas nos hicieron observar cortésmente que nuestras reclamaciones eran infundadas. En las cabeceras del tablado se podían leer aún, garabateados en lápiz, los nombres de los soldados soviéticos que habían ocupado aquellos lugares antes que nosotros: podíamos ver que había un nombre cada cincuenta centímetros.

Lo mismo podía decirse, y nos lo dijeron, a propósito de las vituallas: Nos daban un kilo de pan al día: pan de centeno, poco fermentado, húmedo y ácido: pero era mucho y era el pan que comían ellos. Y la *kaša* cotidiana era su *kaša*: un bloque compacto de tocino, maíz, judías, carne y especias, nutritivo pero enormemente indigesto, que sólo después de varios días de experimentos aprendimos a hacer comestible poniéndolo a cocer varias horas.

Luego, unas tres o cuatro veces a la semana, nos repartían pescado, *riba*. Era un pescado de río, que no parecía muy fresco, lleno de espinas, gordo, crudo, sin salar. ¿Qué podíamos hacer

con él? Pocos de nosotros se avinieron a comerlo tal cual (como lo hacían muchos rusos): para cocerlo no teníamos cacharros, condimentos, sal ni arte. Pronto nos convencimos de que lo mejor era revendérselo a los mismos rusos, a los campesinos de la aldea o a los soldados que pasaban por la carretera: un nuevo oficio para Cesare, que en poco tiempo lo llevó a un alto grado de perfección técnica.

Por las mañanas de los días de pescado, Cesare se daba una vuelta por los dormitorios, provisto de un trozo de alambre, que clavaba en el *riba*, lo pasaba de un ojo a otro, se echaba al hombro la pestilente guirnalda y desaparecía. Volvía horas más tarde, a veces ya de noche, y distribuía equitativamente entre sus clientes rublos, queso, cuartos de pollo y huevos, con ganancia para todos y especialmente para él.

Con las primeras ganancias de su comercio se compró una romana, con lo que su prestigio profesional se acrecentó notablemente. Pero para llevar a cabo debidamente cierto proyecto necesitaba otro instrumento de utilidad menos clara: una jeringuilla. No era de esperar que pudiese encontrar una en la aldea rusa, y vino a la enfermería, a preguntarme si podía prestarle una.

—¿Para qué la quieres? —te pregunté.

—A ti qué te importa. Es una jeringuilla. Aquí tenéis muchas.

—¿De qué medida?

—La más grande que tengáis. Aunque esté un poco estropeada no importa.

Teníamos una, de veinte centímetros cúbicos, astillada y prácticamente inservible. Cesare la examinó con atención, y declaró que le servía.

—Pero ¿para qué la quieres? —le pregunté una vez más.

Cesare me miró torvamente, molesto por mi falta de tacto. Me dijo que era cosa suya, un plan que tenía, un experimento, y que podía terminar bien o mal, y que, en todo caso, yo era un caradura por quererme enterar a toda costa de sus asuntos privados. Se embolsó cuidadosamente la jeringuilla y se fue como un príncipe ofendido.

Pero el secreto de la jeringuilla no duró mucho tiempo: en la vida en Staryje Doroghi había demasiado ocio para que no proliferasen los chismes y la intervención en los asuntos del prójimo. En los días sucesivos, Cesare fue visto por sor Letizia ir a buscar agua con un cubo y llevarla al bosque; Stellina lo vio en el mismo bosque, sentado en el suelo en medio de un corro de

peces a los que parecía «estaba dando de comer»; y, por último, Rovati, que era su competidor, lo encontró en la aldea: no llevaba el cubo y estaba vendiendo los peces, pero eran unos peces rarísimos, gordos, duros y redondos, y no planos y blandos como los del rancho.

Como ha ocurrido con muchos descubrimientos científicos, la idea de la jeringuilla había surgido de un fracaso y de una observación fortuita. Pocos días antes, Cesare había cambiado peces en la aldea por una gallina viva. Había vuelto a la Casa Roja convencido de haber hecho un magnífico negocio: sólo por dos peces le habían dado una pollastra muy hermosa, un poco vieja y con un aire un tanto triste, pero muy gorda y grande. Pero cuando la mató y desplumó, se dio cuenta de que le pasaba algo: la gallina era asimétrica, tenía la panza sólo de un lado, y al palparla se le notaba algo duro, movible y elástico. No era un huevo: era un grueso quiste acuoso.

Cesare, naturalmente, se había apresurado a remediar sus males y había conseguido vender el animal inmediatamente nada menos que al contable Rovi, ganando todavía con ello: pero luego, como un personaje stendhaliano, había recapacitado. ¿Por qué no imitar a la naturaleza? ¿Por qué no probar con los peces?

Al principio había intentado llenarlos de agua por la boca con una caña, pero el agua se salía. Entonces había pensado en la jeringuilla. Con la jeringuilla se advertía en muchos casos cierta mejora, pero dependía del lugar donde se ponía la inyección: y además, el agua volvía a salir de prisa, o poco a poco, o se quedaba dentro indefinidamente. Entonces, Cesare había abierto algunos peces con una navaja y había podido establecer que la inyección, para tener efecto permanente, tenía que ponerse en la vejiga natatoria.

Los peces, que Cesare vendía al peso, daban un beneficio del 20 al 30 por 100 más que los normales, y además tenían un aspecto mucho más atrayente. Es verdad que el *riba* tratado de aquella manera no podía venderse dos veces al mismo cliente; pero se lo podía vender muy bien a los soldados rusos desmovilizados que pasaban por la carretera en dirección este, y que no se darían cuenta del asunto del agua hasta estar a muchos kilómetros.

Pero un día volvió con expresión fúnebre; no tenía peces, ni dinero, ni mercancía: «Me he dejado engañar». Durante dos días no hubo modo de dirigirle la palabra, estaba acurrucado en la cama, ríspido como un erizo y sólo bajaba de allí a la hora de las comidas. Le había sucedido una aventura distinta de las

habituales.

Me la contó más adelante, una tarde larguísima y cálida, pidiéndome que no la contase por ahí porque, si lo hacía, su honra comercial no quedaría intacta. Los peces no se los había quitado violentamente un ruso feroz, como nos había tratado de insinuar al principio: la verdad era distinta. Los peces los había regalado, me confesó, lleno de vergüenza.

Había ido al pueblo y, para evitar a los clientes ya estafados antes, no había aparecido por la carretera principal; había cogido un sendero que iba por el bosque; después de una centena de metros había visto una casita aislada o, mejor dicho, una barraca de ladrillos apilados y hojalata. Afuera había una mujer delgada vestida de negro, y tres niños pálidos sentados en el umbral. Se había acercado y les había ofrecido los peces: ella le había dado a entender que le habría comprado los peces, pero que no tenía nada que dar a cambio, y que ella y los niños no comían hacía dos días. Le había invitado a entrar en la barraca, y en la barraca no había nada, sólo paja en el suelo como en una perrera.

En este momento los niños le habían mirado con tales ojos que Cesare había arrojado los peces al suelo y había echado a correr como un ladrón.

El bosque y el camino

Nos quedamos en Staryje Doroghi, en aquella Casa Roja llena de misterios y de trampas como un castillo encantado, dos largos meses: del 15 de julio al 15 de septiembre de 1945.

Fueron meses de ocio y de bienestar relativo, y por ello llenos de penetrante nostalgia. La nostalgia es un sufrimiento frágil y dulce, esencialmente distinto, más íntimo, más humano que los demás sufrimientos que habíamos soportado hasta entonces: golpes, frío, hambre, terror, privaciones, enfermedades. Es un sufrimiento claro y limpio, pero urgente: penetra todos los minutos de la jornada, no permite otros pensamientos, y empuja a la evasión.

Tal vez por eso el bosque que rodeaba el campo ejerciese sobre nosotros una atracción profunda. Tal vez porque ofrecía, a quien lo buscase, el don inestimable de la soledad: ¡del que estábamos privados hacía tanto! Tal vez porque nos recordaba otros bosques, otras soledades de nuestra existencia precedente; tal vez, por el contrario, porque era solemne y austero, intacto como ningún otro paisaje que conociésemos.

Al norte de la Casa Roja, más allá de la carretera, se extendía un terreno mixto de matorrales, claros y pinares con los que se mezclaban pantanos y lenguas de fina arena blanca; había algún sendero tortuoso y apenas insinuado, que llevaba a lejanos caseríos. Pero hacia el sur, a pocos centenares de pasos de la Casa Roja, toda huella humana desaparecía. Y hasta toda huella de vida animal. Si exceptuamos el relampaguear rojizo de alguna ardilla, o la siniestra mirada de alguna culebra de agua enroscada a un tronco podrido. No había senderos ni rastros de leñadores, nada: sólo silencio, abandono, y troncos de árboles en cualquier dirección, troncos pálidos de los abedules, rojizos y

oscuros de las coníferas, tendidos hacia los cielos invisibles; como también invisible era el suelo, cubierto por una espesa capa de hojas secas y de agujas, de malezas salvajes que llegaban hasta la cintura.

La primera vez que entré allí aprendí a mi costa, con sorpresa y espanto, que el riesgo de «perderse en el bosque» no existía sólo en los cuentos. Llevaba andando aproximadamente una hora, orientándome como mejor podía por el sol, visible acá y allá y donde las ramas eran menos espesas; pero luego el cielo se cubrió, amenazando lluvia y, cuando quise dar la vuelta, me di cuenta de que había perdido el norte. ¿El musgo de los troncos?, por todas partes había. Me apresuré en la dirección que me parecía más apropiada: pero después de un camino largo y penoso entre los zarzales y los troncos cortados, me encontraba en otro lugar tan poco diferenciable como aquel del que venía.

Entonces me puse a andar horas enteras, cada vez más cansado y nervioso, casi hasta el crepúsculo: y ya pensaba que aunque los amigos hubiesen salido en mi busca no podrían encontrarme, o me encontrarían después de muchos días agotado por el hambre, tal vez ya muerto. Cuando la luz del día empezó a palidecer, se levantaron nubes de mosquitos gordos y hambrientos, y de otros insectos que no podría describir, gordos y duros como balas de fusil, que se lanzaban como flechas de tronco a tronco golpeándome la cara. Entonces decidí seguir andando en línea recta, aproximadamente hacia el norte (dejando a la izquierda una franja de cielo ligeramente más luminoso, que debía corresponder al poniente) y andar sin detenerme hasta que encontrase la carretera general, o al menos un sendero o una trocha. Avancé en el larguísimo crepúsculo del verano nórdico hasta casi la oscuridad total, presa ya de un orgasmo pánico, del miedo antiquísimo a las tinieblas, al bosque y al vacío. A pesar del cansancio, experimentaba un impulso violento de echar a correr, en cualquier dirección, y de correr hasta que me faltasen las fuerzas y el aliento.

De repente oí el silbido de un tren: tenía la vía a mi derecha, mientras que, de acuerdo con lo que me había imaginado, debía estar muy alejado a la izquierda. Por consiguiente, estaba andando en dirección equivocada. Siguiendo el estrépito del tren llegué a la vía antes de caer la noche y, siguiendo los relucientes raíles en dirección de la Osa Menor que había reaparecido entre las nubes, llegué, sano y salvo, a Staryje Doroghi, y de allí a la Casa Roja.

Pero había quien se había ido a vivir al bosque, y el primero

fue Cantarella, uno de los «rumanos», que había descubierto que tenía vocación de ermitaño. Cantarella era un marinero calabrés altísimo de estatura y de una delgadez ascética, taciturno y misántropo. Se había construido una cabaña de troncos y ramas a media hora del campo, y vivía allí en la soledad más salvaje, vestido sólo con un taparrabos. Era un contemplativo, pero no un vago: ejercía una curiosa actividad sacerdotal.

Tenía un martillo y una especie de yunque rudimentario, que había hecho con un residuo de la guerra y lo había adaptado a un tocón: con estos instrumentos, y con latas vacías de conserva, fabricaba ollas y sartenes con gran habilidad y una diligencia religiosa.

Las fabricaba por encargo, para las nuevas parejas. Cuando, en nuestra variopinta comunidad, un hombre y una mujer decidían hacer vida en común, y por consiguiente sentían la necesidad de un mínimo de utensilios para poner casa, iban a donde estaba Cantarella cogidos de la mano. Él, sin preguntar nada; se ponía a trabajar, y en poco más de una hora, con sabios golpes de martillo, doblaba y rebatía la hojalata hasta darle la forma que los cónyuges deseaban. No pedía nada por ello, pero aceptaba donativos en especie, pan, queso, huevos; así se celebraba el matrimonio y así vivía Cantarella.

Había otros habitantes en el bosque: me di cuenta un día, al seguir por casualidad por un sendero que se adentraba hacia occidente, rectilíneo y cuidado, que hasta entonces no había descubierto. Conducía a una parte del bosque particularmente espesa, cruzaba una antigua trinchera y terminaba en la puerta de una casamata hecha de troncos de árboles, casi completamente bajo tierra: solamente sobresalían de ella el tejado y una chimenea. Empujé la puerta y ésta cedió: dentro no había nadie pero no cabía duda de que estaba habitada. En el piso de tierra apisonada (barrido y limpio) había una pequeña estufa, platos, una escudilla militar; en un rincón, una yacija de heno; colgadas de las paredes, ropas femeninas y fotografías de hombres.

Volví al campo y descubrí que era el único que no lo sabía: en la casamata era notorio que vivían dos mujeres alemanas. Eran dos auxiliares de la Wehrmacht que no habían podido seguir a los alemanes en retirada y se habían quedado aisladas en los espacios rusos. Le tenían miedo a los rusos y no se habían entregado: habían vivido durante meses con mucha dificultad, de pequeños hurtos, hierbas, prostitución intermitente y furtiva con los ingleses y los franceses que habían ocupado la Casa Roja antes que nosotros; hasta que la instalación de los italianos allí

les había traído prosperidad y seguridad.

Las mujeres de nuestra colonia eran pocas, no más de doscientas, y casi todas habían encontrado en seguida un arreglo estable; no estaban disponibles. Por eso, para un número indeterminado de los italianos, ir «a ver a las chicas del bosque» se había convertido en una costumbre, y la única alternativa al celibato. Una alternativa que ejercía una atracción compleja: porque era un asunto secreto y vagamente peligroso (aunque mucho más para las mujeres que para ellos), porque las chicas eran extranjeras y medio salvajes, porque estaban en una gran necesidad y, por consiguiente, se tenía la sensación exaltante de estar «protegiéndolas», y por el escenario de cuento de aquellos encuentros.

No sólo Cantarella sino también el Velletrano, se habían encontrado a sí mismos en el bosque. El experimento de trasplantar a la civilización a un «salvaje» se ha intentado varias veces, casi siempre con un gran éxito, para demostrar la unidad fundamental de la especie humana; en el Velletrano se realizaba la experiencia inversa, ya que, originario éste de las calles superpobladas del Trastévere, se había convertido en salvaje con asombrosa facilidad.

En realidad, muy civilizado no debía de haber sido nunca. El Velletrano era un judío de unos treinta años, superviviente de Auschwitz. Debía de haber sido un problema para el funcionario del *Lager* encargado de los tatuajes, porque sus dos antebrazos musculosos estaban completamente cubiertos de tatuajes preexistentes: los nombres de sus mujeres, como me explicó Cesare que hacía tiempo que lo conocía; me contó también que el Velletrano no se llamaba Velletrano ni había nacido en Velletri, sino que había sido criado allí.

Casi nunca pasaba la noche en la Casa Roja: vivía en el bosque, descalzo y semidesnudo. Vivía como nuestros primitivos antepasados: tendía trampas a las liebres y a los lobos, subía a los árboles en busca de nidos, abatía las tórtolas a pedradas, y no desdeñaba los gallineros de los caseríos más alejados; cogía setas, y bayas tenidas generalmente por no comestibles; por las tardes no era raro encontrarlo agachado y en cuclillas delante de una gran hoguera en las proximidades del campo, canturreando y asando la pieza cobrada en el día. Luego, se dormía sobre la tierra desnuda, echado junto a las brasas. Pero, como a pesar de todo era humano, perseguía a su manera la virtud y el conocimiento, y perfeccionaba de día en día sus artes y sus instrumentos: se hizo un cuchillo, luego una lanza arrojadiza y un hacha, y si hubiera tenido tiempo no dudo de que habría

descubierto de nuevo la agricultura y el pastoreo.

Cuando había tenido un buen día se volvía sociable y hospitalario: a través de Cesare que se prestaba encantado a presentarlo como un fenómeno de feria y a contar sus legendarias aventuras anteriores, invitaba a todo el mundo a unos festines homéricos de carne tostada por el fuego y, si alguien rehusaba, se ponía de mal humor y sacaba el cuchillo.

Luego de unos días de lluvia, y otros de sol y de viento, las setas y los arándanos crecieron con tal abundancia que su interés en ellos apareció no ya sólo bajo el aspecto geórgico y deportivo sino bajo el utilitario. Todos, tomadas las oportunas precauciones para no perder el camino de vuelta, nos pasábamos días enteros cogiéndolos. Los arándanos, en arbustos mucho más altos que los nuestros, eran gordos como nueces, y sabrosos: nos los llevábamos al campo a kilos, y hasta intentamos (aunque en vano) hacer fermentar su zumo en vino. En cuanto a las setas, las había de dos variedades: unas eran los hongos normales, sabrosos y comestibles con toda seguridad; los otros se les parecían en la forma y el olor, pero eran más gruesos y leñosos y de colores algo distintos.

Ninguno de nosotros estaba seguro de que los últimos fuesen comestibles; pero ¿se los podía dejar marchitar en el bosque? No se podía: todos estábamos mal nutridos, y además estaba demasiado reciente en nuestra memoria el recuerdo del hambre de Auschwitz, transformado en un violento estímulo mental que nos obligaba a llenarnos el estómago hasta más no poder y nos prohibía imperiosamente renunciar a cualquier ocasión de comer. Cesare cogió una buena cantidad, los hirvió según precauciones y cautelas que yo desconocía, añadiendo a la cazuela vodka y ajo comprados en el pueblo, «que matan todo veneno». Luego, comió él mismo, pero poco, y ofreció un poco a mucha gente, de modo que se repartiese el riesgo y se pudiese disponer al día siguiente de un buen número de casos para la deducción. Al día siguiente dio una vuelta por los dormitorios y nunca había estado tan ceremonioso y solícito: «¿Cómo está, sor Elvira? ¿Cómo está, don Vicente? ¿Han dormido bien? ¿Han pasado una buena noche?», y, mientras tanto, los miraba a la cara con ojo clínico. Todos estaban estupendamente, los hongos extraños se podían comer.

Los más perezosos y los más ricos no necesitaban ir al bosque para encontrar alimentos «extra». Pronto los contactos comerciales entre el pueblo de Staryje Doroghi y los huéspedes de la Casa Roja se hicieron intensos. Todas las mañanas llegaban campesinas con cestas y cubos; se sentaban en el suelo, y se

quedaban inmóviles durante horas en espera de los clientes. Si empezaba a llover con fuerza no se movían de donde estaban y lo único que hacían era echarse las faldas sobre la cabeza. Los rusos intentaron echarlas de allí dos o tres veces, pegaron dos o tres carteles bilingües que amenazaban a quienes desobedeciesen con penas de una severidad insensata, y luego, como de costumbre, se desinteresaron de la cuestión y los negocios siguieron sin complicaciones.

Había campesinas viejas y jóvenes: las primeras, vestidas a la manera tradicional, con chaquetas y faldas enguatadas y pespunteadas, y con el pañuelo atado a la cabeza; las otras, vestidas de algodón, la mayoría descalzas, francas, atrevidas y de fácil risa, pero no desvergonzadas. Además de los hongos, los arándanos y las frambuesas, vendían leche, queso, huevos, pollos, verdura y fruta; a cambio aceptaban pescado, pan, tabaco y cualquier prenda de vestir o pedazo de tela, hasta el más roto y andrajoso; también rublos, claro, de quien todavía los tuviese.

Cesare, en poco tiempo las conoció a todas, especialmente a las jóvenes. Yo iba frecuentemente con él a ver a las rusas para asistir a sus interesantes regateos. No quiero negar la utilidad de que en una relación de negocios se hable la misma lengua, pero puedo afirmar, por experiencia, que esta condición no es estrictamente necesaria: cada uno de los dos sabe bien qué es lo que el otro quiere, no conoce inicialmente la intensidad de tal deseo, el uno de comprar y el otro de vender, pero la deduce muy aproximadamente por la expresión de la cara, de sus gestos y del número de sus réplicas.

He aquí que Cesare se presenta muy temprano en el mercado con un pescado. Busca y encuentra a Irina, de su misma edad y amiga suya, cuya simpatía se ha conquistado hace tiempo llamándola «Greta Garbo» y regalándole un lápiz. Irina tiene una vaca y vende leche, «molokò»; muchas veces, por la tarde, al volver de los pastos, se para delante de la Casa Roja y ordeña la leche directamente en los cacharros de sus clientes. Esta mañana se trata de ponerse de acuerdo en cuánta leche pueda valer el pescado de Cesare: Cesare enseña una olla de dos litros (es de las de Cantarella, la ha obtenido de un *ménage* que se ha disuelto por incompatibilidad), y hace una señal con la mano extendida marcando un palmo: la quiere llena. Irina se ríe, y contesta con palabras vivaces y armoniosas, seguramente lindezas; aleja de un manotazo la mano de Cesare, y señala con dos dedos la mitad de la altura de la olla.

Ahora es Cesare quien se indigna: blande el pescado (que no

está manipulado), lo levanta en el aire por la cola con un esfuerzo enorme, como si pesase veinte kilos, dice: «¡Es una ribona!», luego lo pasa ante la nariz de Irina y, al hacerlo, cierra los ojos e inspira largamente, como embriagado por el aroma del pescado. Aprovechando el segundo que Cesare está con los ojos cerrados, rápida como un gato Irina le arrebata el pescado, le arranca limpiamente la cabeza con sus dientes blanquísimos, y le da a Cesare en la cara con el cuerpo flácido y mutilado, con toda la notable fuerza que tiene. Luego, para no estropear su amistad y el trato comercial, toca la olla a tres cuartos de su altura: un litro y medio. Cesare, medio aturdido por el golpe, barbota con voz cavernosa: «¡Eh, túuuuu, cómo te pones!», y añade otras galanterías obscenas, apropiadas para restablecer su honor viril; pero luego acepta la última oferta de Irina, y le deja el pescado que ella devora sin perder un momento.

Nos encontraríamos más tarde con la voraz Irina, en varias ocasiones, en un contexto más bien embarazoso para nosotros los latinos, pero completamente normal para ella.

En un claro del bosque, a media distancia entre el pueblo y el campo, estaban los baños públicos que no faltaban en ningún pueblo ruso y que, en Staryje Doroghi, funcionaban en días alternos para los rusos y para nosotros. Era una gran barraca de madera, con dos largos bancos de piedra dentro y, esparcidas por todas partes, tinas de zinc de distintos tamaños. En la pared, grifos de agua fría y caliente a voluntad. Lo que no era a voluntad era el jabón, que era distribuido con mucha cicatería en el vestuario. La funcionaria encargada de la distribución del jabón era Irina.

Estaba junto a una mesita donde había una barra de jabón grisáceo y maloliente, y tenía en la mano un cuchillo. Nos desnudábamos, entregábamos las ropas para que las desinfectasen y nos poníamos en fila completamente desnudos delante de la mesa de Irina. En esta misión de funcionario público, la chica era muy seria e incorruptible: con el ceño fruncido por la atención y la lengua infantilmente apretada entre los dientes, cortaba una rebanadita de jabón para cada aspirante al baño: un poco más fina para los delgados, un poco más gruesa para los gordos, no sé si porque se lo habían dicho así o porque le movía a ello una exigencia inconsciente de justicia distributiva. Ni un músculo de la cara se le alteraba ante las impertinencias de los clientes más desvergonzados.

Después del baño teníamos que recoger nuestras ropas en la cámara de desinfección: y ésta era otra sorpresa del régimen de Staryje Doroghi. La cámara estaba a 120 grados; cuando nos

dijeron la primera vez que teníamos que entrar a buscar la ropa nosotros mismos nos miramos perplejos: los rusos están hechos de hierro, ya lo habíamos visto en muchas ocasiones, pero nosotros no, y nos abrasaríamos. Luego, hubo alguien que se decidió a probar, y vimos que la empresa no era tan terrible como parecía siempre que se tomasen las siguientes precauciones: entrar muy mojados, saber con anticipación el número de nuestra percha, tomar aliento antes de entrar y no respirar hasta volver a salir, no tocar ningún objeto metálico y, sobre todo, hacerlo todo de prisa.

Las ropas desinfectadas ofrecían fenómenos interesantes: piojos muertos y aplastados, extrañamente deformados; estilográficas de baquelita olvidadas en el bolsillo de algún potentado, torcidas y con el capuchón pegado; cabos de vela fundidos y embebidos en la tela; un huevo —dejado en un bolsillo con propósito experimental— desecado y resquebrajado, convertido en una masa córnea aunque todavía comestible. Pero los dos bañeros rusos entraban y salían de aquel horno con una indiferencia completa, como las salamandras legendarias.

Los días en Staryje Doroghi iban pasando así, en una interminable indolencia, somnolienta y benéfica como unas largas vacaciones, interrumpida sólo, de vez en cuando, por el pensamiento doloroso de la casa lejana, y por el encanto de la naturaleza reencontrada. Era inútil preguntarle a los rusos de la jefatura por qué no regresábamos, cuándo íbamos a regresar, de qué manera, qué porvenir nos aguardaba: no sabían más que nosotros, o bien, con inocencia cortés, nos lanzaban respuestas imaginarias, o aterradoras, o insensatas. Que no había trenes o que iba a estallar una guerra con América; que iban a mandarnos pronto a trabajar en un koljoz o que estaban esperando a intercambiarnos por prisioneros rusos en Italia. Nos anunciaban éstas u otras enormidades sin odio ni burla, con una solicitud casi afectuosa, como se habla a los niños que preguntan demasiado, para que se queden tranquilos. En realidad, no entendían aquella prisa nuestra por volver a casa: ¿no teníamos comida y cama?, ¿qué nos faltaba en Staryje Doroghi? Ni siquiera teníamos que trabajar; y es que ellos, soldados del Ejército Rojo, que habían estado cuatro años en la guerra y la habían ganado, ¿se quejaban de no haber vuelto a su casa?

Y la verdad es que volvían a sus casas a cuentagotas, lentamente, y según las apariencias, en un desorden extremo. El espectáculo de la desmovilización rusa, que ya nos había dejado pasmados en la estación de Katowice, continuaba ahora bajo otro aspecto ante nuestros ojos, día tras día; y ya no era por la

vía sino por la carretera que pasaba por delante de la Casa Roja, por donde iban los restos del ejército vencedor, de occidente hacia oriente, en pelotones cerrados o diseminados, a toda hora del día y de la noche. Pasaban hombres a pie, muchas veces descalzos y con los zapatos al hombro para no gastar las suelas, porque el camino era largo; con uniforme o no; desarmados o armados; unos cantando alegremente, otros fúnebres y agotados. Los había que llevaban al hombro sacos o maletas; otros, los enseres más extraños: una silla forrada, una lámpara de pie, cazuelas de cobre, una radio, un reloj de pesas.

Había otros que pasaban en carros o a caballo; otros en motocicleta, en bandadas, ebrios de velocidad, con un fragor infernal. Pasaban autocares Dodge, hechos en América, con hombres apiñados hasta sobre el capó y los guardabarros; algunos arrastraban un remolque igual de cargado. Vimos uno de estos remolques que avanzaba sobre tres ruedas: en lugar de la cuarta le habían atado, lo mejor que habían podido, un pino en posición oblicua, de manera que uno de sus extremos se apoyase en el suelo y fuese arrastrando. A medida que el tronco se iba desgastando con el roce, lo empujaban hacia abajo, de manera que se conservase el equilibrio del vehículo. Casi delante de la Casa Roja, uno de los tres neumáticos que quedaban se desinfló; los ocupantes, unos veinte, bajaron, empujaron el remolque fuera de la carretera y, a su vez, se arrojaron sobre el autocar, ya hasta los topes, que arrancó entre una nube de polvo mientras todos gritaban «¡Hurra!».

Pasaban también, sobrecargados, otros vehículos insólitos: tractores agrícolas, furgones postales, autobuses alemanes que habían pertenecido a líneas urbanas y todavía llevaban los letreros con los nombres de las paradas de Berlín: algunos ya averiados, arrastrados por otros vehículos de motor o por caballos.

Hacia primeros de agosto esta emigración múltiple empezó a cambiar insensiblemente de naturaleza. Poco a poco, los caballos empezaron a prevalecer sobre los vehículos: una semana más tarde no se veían más que caballos, la carretera les pertenecía. Debían de ser todos los caballos de la Alemania ocupada, decenas de millares por día: pasaban interminablemente, entre una nube de moscas y de tábanos y un penetrante olor ferino, cansados, sudados, hambrientos; los empujaban y los azuzaban con gritos y latigazos unas muchachas que iban a caballo, una por cada cien o más animales: sin silla, descalzas de pierna y pie, acaloradas, desgreñadas. Al caer la tarde empujaban a los caballos hasta los prados y bosques que había a lo largo de la

carretera, para que paciesen en libertad y descansasen hasta el amanecer. Había caballos de tiro, caballos de carreras, mulos, jumentos con el muleto a las ancas, viejos rucios anquilosados, acémilas; pronto nos dimos cuenta no sólo de que no estaban contados sino de que sus rabadanes no se preocupaban nada de las bestias que se salían de la carretera porque estaban cansadas, enfermas o cojas, ni de las que se perdían por la noche. Los caballos eran tantos y tantos: ¿qué podía importar que llegasen a su destino unos cuantos más o menos?

Pero para nosotros, casi ayunos de carne desde hacía dieciocho meses, un caballo más o menos tenía una importancia enorme. Quien abrió la veda fue, naturalmente, el Velletrano: vino a despertarnos una mañana, ensangrentado de pies a cabeza; llevaba todavía en la mano el arma principal de la que se había valido, una astilla de granada atada con unas tiras de cuero a un palo horquillado.

Por lo que pudimos deducir (ya que el Velletrano no se explicaba muy bien), resultó que le había dado el golpe de gracia a un caballo seguramente agonizante: el pobre animal tenía un aspecto bastante equívoco, la panza hinchada resonaba como un tambor, le babeaba la boca; y debía de haber estado pateando toda la noche presa de quién sabe qué tormentos porque, echado de costado, había excavado en la hierba, con las pezuñas, dos profundos semicírculos de tierra oscura. Pero, en todo caso, nos lo comimos.

A continuación, se formaron distintas parejas de cazadores-carniceros especializados, que ya no se contentaban con abatir los caballos enfermos o dispersos sino que elegían los más gordos, los hacían salir de la manada deliberadamente y luego los mataban en el bosque. Actuaban preferentemente con las primeras luces del alba: uno cubría con un paño los ojos del animal y el otro le asestaba el golpe mortal (que no siempre lo era) en la cerviz.

Fue un período de loca abundancia: había carne de caballo para todos, sin limitaciones, gratis: a lo más los cazadores pedían por un caballo muerto dos o tres raciones de tabaco. En todos los rincones del bosque y cuando llovía en los pasillos y debajo de las escaleras de la Casa Roja, se veía a hombres y mujeres ocupados en guisar enormes bistecs de caballo con setas: sin las cuales los supervivientes de Auschwitz hubiésemos tardado todavía muchos meses en recobrar las fuerzas.

Pues ni a este saqueo le dedicaron los rusos de la Jefatura la menor atención. Hubo una sola intervención rusa y un único

castigo: ya cuando el paso se estaba terminando, cuando la carne de caballo escaseaba y el precio tendía a subir, uno de la congregación de San Vittore tuvo la desfachatez de abrir una carnicería auténtica en uno de los muchos cuchitriles de la Casa Roja. Esta iniciativa no les gustó a los rusos, no supimos si por razones higiénicas o morales: el culpable fue reprendido públicamente, declarado «cŏrt (diablo), parazít, spjekulànt», y arrojado al calabozo.

No fue un castigo muy duro: al calabozo, por alguna oscura razón, puede que por atavismo burocrático de un tiempo en que los prisioneros debían ser tres durante mucho tiempo, le correspondían tres raciones alimenticias diarias. Que los detenidos fuesen nueve, o uno, o ninguno, no importaba: las raciones seguían siendo tres. Y el atrevido carnicero salió del calabozo al terminar de cumplir su condena, después de diez días de sobrealimentación, gordo como un cerdo y lleno de alegría de vivir.

Vacaciones

Como sucede siempre, el fin del hambre puso al descubierto y nos hizo conscientes de un hambre más profunda que llevábamos dentro: no sólo el deseo de estar en nuestra casa, en cierto modo descartado y proyectado hacia el futuro, sino una necesidad más urgente e inmediata de contactos humanos, de trabajo mental y físico, de novedades y variedad.

La vida de Staryje Doroghi, que habría sido poco menos que perfecta si la hubiéramos podido interpretar como un paréntesis de vacaciones en medio de una existencia ocupada, empezaba a pesarnos por el mismo ocio total al que nos obligaba. En estas condiciones hubo bastantes que se fueron en busca de aventuras. No podríamos hablar de fuga ya que el campo no estaba vigilado ni cercado y los rusos no nos contaban o no nos contaban bien: sencillamente, se despidieron de los amigos y se pusieron en camino a campo traviesa. Encontraron lo que querían: vieron países y gente, llegaron lejísimos, algunos hasta Odesa o hasta Moscú, otros hasta las fronteras; conocieron las cárceles de las aldeas perdidas, la hospitalidad bíblica de los campesinos, los amores vagos, los interrogatorios debidamente insípidos de la policía, otra vez el hambre y la soledad. Volvieron a Staryje Doroghi casi todos, ya que, si era cierto que alrededor de la Casa Roja no había alambradas, habían encontrado cerrado a piedra y lodo el legendario confín con occidente que intentaban traspasar.

Volvieron y se resignaron a aquel régimen de limbo. Los días del verano nórdico eran larguísimos: clareaba ya a las tres de la mañana, y el atardecer se arrastraba inexorablemente hasta las nueve, las diez de la noche. Las excursiones por el bosque, las comidas, el sueño, los baños arriesgados en los pantanos, las

conversaciones que se repetían, los proyectos para el porvenir, no bastaban para abreviar aquella espera y para aliviar el peso que crecía de día en día.

Intentamos acercarnos a los rusos con escaso éxito. Los más evolucionados (que hablaban alemán o inglés) se mostraban con nosotros corteses, pero desconfiados, y con frecuencia interrumpían bruscamente una conversación como si se sintiesen culpables o vigilados. Con los más simples, con los soldados de diecisiete años de la jefatura y con los campesinos de los alrededores, las dificultades de lenguaje nos obligan a tener relaciones truncadas y elementales.

Son las seis de la mañana, pero hace un rato que la luz del día ha ahuyentado el sueño. Con una sartén de patatas organizadas por Cesare me dirijo a un bosquecillo por donde corre un arroyuelo: como aquí hay agua y leña es nuestro lugar favorito para las operaciones culinarias y hoy estoy yo encargado de lavar los platos y de la comida que hay que hacer después. Enciendo una hoguera entre tres piedras: y he aquí que hay un ruso un poco más lejos, pequeño pero nervudo, de cerrada máscara asiática, entregado a preparativos iguales a los míos. No tiene cerillas: se me acerca y a lo que parece me pide fuego. Está desnudo de medio cuerpo para arriba, sólo lleva puestos los pantalones del uniforme, y no tiene un aire muy tranquilizador. Lleva la bayoneta colgando del cinturón.

Le tiendo un palito encendido: el ruso lo coge y se queda allí mirándome con curiosidad sospechosa. ¿Piensa que he robado las patatas? ¿O está pensando en quitármelas? ¿O me ha confundido con alguien que no le es simpático?

Pues no, lo que le preocupa es otra cosa. Se ha dado cuenta de que no hablo ruso y esto lo contraría. El hecho de que un hombre, adulto y normal, no hable ruso, y por consiguiente no hable, le parece una actitud de una arrogancia insolente, como si yo me negase a contestarle clara y llanamente. No tiene mala intención, y hasta está dispuesto a echarme una mano y a elevarme por encima de mi culpable condición de ignorancia: el ruso es tan fácil, lo habla todo el mundo, hasta los niños que no saben andar. Se sienta junto a mí; yo sigo temiendo por las patatas y no le quito la vista de encima: pero él, según todas las apariencias, no tiene otra cosa en el ánimo sino ayudarme a recuperar el tiempo perdido. No entiende, no admite mi posición de rechazo: me quiere enseñar su lengua.

Pero como maestro no vale mucho: le faltan método y paciencia, y además se apoya en el presupuesto equivocado de

que yo puedo seguir sus explicaciones y sus comentarios. Mientras se trata de palabras, todavía las cosas van bien, y en el fondo el juego no me disgusta. Me señala una patata y dice: «Kartofel»; luego me aferra por el hombro con su zarpa poderosa, me pone el índice debajo de la nariz, tiende la oreja y se queda a la espera. Yo repito: «Kartofel». Pone cara de asco; mi pronunciación no es buena: ¡ni siquiera la pronunciación! Vuelve dos o tres veces a intentarlo, luego se cansa y cambia de vocablo. «Ogòn», dice, señalando la hoguera: aquí lo hago mejor, parece que mi repetición lo contenta. Mira alrededor en busca de otros objetos pedagógicos, luego me mira fijamente con intensidad, como si quisiera hipnotizarme, y de repente, fulmíneo, saca la bayoneta de la funda y la blande en el aire.

Yo doy un salto y echo a correr hacia la Casa Roja: que se fastidien las patatas. Pero después de unos pasos oigo resonar a mi espalda una risotada de ogro: la broma le ha salido bien.

—*Britva* —me dice, haciendo brillar el arma al sol; y yo lo repito, no muy tranquilo. Él, con un golpe de paladín corta limpiamente la rama de un árbol: me la enseña y me dice: *Dèrevo*.

Yo repito:

—*Dèrevo*.

—*Ja rússkij soldàt!*

Yo repito, lo mejor que puedo:

—*Ja rússkij soldàt.*

Otra risotada, que me suena despectiva: él es quien es soldado ruso, no yo, y es muy distinto. Me lo explica confusamente, con un mar de palabras, señalando ora mi pecho ora el suyo, y haciendo sí o no con la cabeza. Debe considerarme un pésimo alumno, un caso desesperado de torpeza; con gran alivio mío, se vuelve a su hoguera y me abandona a mi barbarie.

Otro día, pero a la misma hora y en el mismo sitio, me encuentro con un espectáculo desacostumbrado. Hay un grupo de italianos en torno a un marinero ruso, jovencísimo, alto, de movimientos rápidos y prontos. Está «contando» un episodio de guerra; y como sabe que no entienden su lengua se expresa como puede, de un modo evidentemente tan espontáneo como la palabra: se expresa con todos los músculos, con las arrugas precoces que le marcan la cara, con el brillo de los ojos y los dientes, con saltos y con gestos, y todo ello forma una danza solitaria llena de fascinación y de ímpetu.

Es de noche, «nŏc»: da una vuelta lentamente con las

manos abiertas y las palmas hacia abajo. Todo está silencioso: pronuncia un largo «sst» con el índice paralelo a la nariz. Guiña los ojos y señala el horizonte: allá abajo, lejos, lejos, están los alemanes, «niemtzy». ¿Cuántos? Cinco, señala con los dedos; «finef», añade luego en yiddish para mayor claridad. Excava con la mano un pequeño hoyo redondo en la arena, y pone allí cinco palitos echados: son los alemanes; y luego un sexto palito clavado oblicuamente, es la «mašína», la ametralladora. ¿Qué hacen los alemanes? Aquí los ojos le brillan con alegría salvaje: «spats», duermen (y ronca despacio él mismo un momento); están dormidos, los insensatos, no saben lo que les espera.

¿Qué ha hecho? Esto es lo que ha hecho: se ha acercado, despacito, del lado opuesto al que sopla el viento, como un leopardo. Luego, de repente, ha saltado dentro del nido con el cuchillo en la mano: y repite, ya todo entregado al éxtasis escénico, sus actos de entonces. El acecho, y la pelea fulmínea y atroz se repiten ante nuestros ojos: el hombre, con el rostro transfigurado por una risa tensa y siniestra, se transforma en un torbellino: da saltos hacia adelante y hacia atrás, da golpes delante de él, a los lados, arriba, abajo, en una explosión de energía mortífera; pero es un furor lúcido, su arma (real, un largo cuchillo que ha sacado de una bota) penetra, hiende, descuartiza con ferocidad y a la vez con una tremenda pericia, a un metro delante de nuestros ojos.

De repente el marinero se detiene, se endereza lentamente, el cuchillo se le cae de la mano: respira ansiosamente, tiene la mirada apagada. Mira al suelo, como asombrado de no ver allí los cadáveres y la sangre; mira, perdido, vacío, a su alrededor; nos ve, y nos dirige una tímida sonrisa infantil. «Koniečno», dice: ha terminado; y se va con paso lento.

Muy distinto, y tan misterioso entonces como ahora, era el caso del Teniente. El Teniente (nunca, y probablemente no importa nada, pudimos saber su nombre) era un joven ruso escuchimizado y oliváceo, siempre con las cejas fruncidas. Hablaba italiano perfectamente, con un acento ruso tan ligero que podía confundirse con cualquier entonación italiana dialectal: pero con nosotros, a diferencia de los demás rusos, manifestaba poca cordialidad y simpatía. Era el único a quien podíamos hacerle preguntas: ¿cómo es que hablaba italiano?, ¿por qué estaba con nosotros?, ¿por qué nos tenían detenidos en Rusia cuatro meses después de haber terminado la guerra?, ¿éramos rehenes?, ¿se habían olvidado de nosotros?, ¿por qué no podíamos escribir a Italia?, ¿cuándo íbamos a volver?… Pero a todas estas preguntas, pesadas como el plomo, el Teniente

contestaba de un modo cortante y elusivo, con una seguridad y una autoridad que no concordaban con su no muy elevado rango jerárquico. Advertimos que también sus superiores lo trataban con una extraña deferencia, como si le temieran.

Mantenía, con los rusos y con nosotros, un sombrío distanciamiento. No se reía nunca, no bebía, no aceptaba convites, ni siquiera cigarrillos: hablaba poco, con palabras cautas que parecía que pesaba una a una. En sus primeras apariciones nos había parecido natural pensar en él como en un intérprete y delegado ante la jefatura rusa, pero pronto se vio que su cometido (siempre que tuviese uno y su comportamiento no fuese tan sólo un modo complicado de darse importancia) debía de ser otro, y preferimos callarnos en su presencia. Por algunas frases reticentes nos dimos cuenta de que conocía bien la topografía de Turín y de Milán. ¿Había estado en Italia? «No», nos contestó secamente, sin dar más explicaciones.

La salud pública era excelente, y los clientes de la enfermería eran pocos y siempre los mismos: algunos con forúnculos, los acostumbrados enfermos imaginarios, alguna sarna, algunas colitis. Un día se presentó una mujer que sentía vagos trastornos: náuseas, dolor de espalda, vértigos, oleadas de calor. Leonardo la reconoció: tenía cardenales por todas partes, pero dijo que no le preocupaban, se había caído por las escaleras. Con los medios de que disponíamos no era fácil un diagnóstico muy fundamentado, pero, por exclusión, y dados los numerosos precedentes entre nuestras mujeres, Leonardo declaró a la paciente que muy probablemente se trataba de un embarazo en el tercer mes. La mujer no manifestó ni alegría ni angustia ni sorpresa ni indignación: lo aceptó, dio las gracias, y no se fue. Volvió a sentarse en el banquito del pasillo, como si estuviese esperando a alguien.

Era una muchacha pequeña y morena, de unos veinticinco años, de aspecto doméstico, sumida y ensimismada: su cara, no muy atrayente ni expresiva, no me parecía nueva; tampoco su manera de hablar, de gentiles inflexiones toscanas.

Con toda seguridad la conocía, pero no de Staryje Doroghi. Experimentaba la sensación inconcreta de un desfasamiento, de una transposición, de una importante inversión de nuestras relaciones que, sin embargo, no acertaba a definir. De modo vago, pero insistente, yo asociaba a aquella imagen femenina un nudo de sentimientos intensos: admiración humilde y lejana, agradecimiento, frustración, miedo, y hasta un abstracto deseo

pero, sobre todo, angustia profunda e indeterminada.

Como seguía en el banco, quieta y tiesa sin ninguna señal de impaciencia, le pregunté si necesitaba algo: el ambulatorio había terminado, no había más pacientes, era hora de cerrar. «No, no —me contestó—: no necesito nada. Ahora me voy».

¡Flora! El recuerdo nebuloso tomó bruscamente cuerpo, se coaguló en un cuadro preciso, definido, rico en detalles de tiempo y lugar, de colores, de estados de ánimo retrospectivos, de atmósfera, de olores. Era Flora, aquélla, la italiana de las cantinas de Buna, la mujer del *Lager*, objeto de mis ensueños y los de Alberto durante más de un mes, símbolo inconsciente de la libertad perdida que no esperábamos volver a tener. Flora, encontrada hacía un año, y parecían ciento…

Flora era una prostituta de provincia, que había terminado en Alemania con la Organización Todt. No sabía alemán y no sabía hacer ningún trabajo, así que la habían puesto a barrer los suelos en la fábrica de Buna. Barría durante todo el día, fatigosamente, sin cambiar una palabra con nadie, sin levantar los ojos de la escoba y su faena sin fin. Parecía que nadie se preocupaba por ella, y ella, como si le temiese a la luz del día, subía lo menos posible a los pisos superiores: barría las cantinas interminablemente de arriba abajo, y luego volvía a empezar, como una sonámbula.

Era la única mujer que veíamos hacía meses, y hablaba nuestra lengua, pero a los *Häftlinge* nos estaba prohibido dirigirle la palabra. A Alberto y a mí nos parecía guapísima, misteriosa, etérea. A pesar de la prohibición, que de alguna manera multiplicaba el encanto de nuestros encuentros añadiéndole el sabor pungente de lo ilícito, cambiamos con Flora algunas frases furtivas: nos dimos a conocer como italianos, y le pedimos pan. Se lo pedimos un poco de mala gana, conscientes de estar envileciéndonos nosotros mismos y envileciendo la calidad de aquel delicado contacto humano: pero el hambre, con la que es difícil transigir, nos obligaba a no desperdiciar la ocasión.

Flora nos llevó pan en muchas ocasiones: nos lo entregaba con aire desvalido, en las esquinas oscuras del subterráneo, sorbiéndose las lágrimas. Tenía compasión de nosotros, y habría querido ayudarnos también de otras maneras, pero no sabía cómo y tenía miedo. Miedo de todo, como un animal indefenso: puede que de nosotros también, no directamente sino en cuanto personajes de aquel mundo extranjero e incomprensible que la había arrancado de su pueblo, le había puesto una escoba en la mano y la había confinado bajo tierra, a barrer suelos ya

barridos cientos de veces.

Nosotros dos estábamos emocionados, agradecidos y llenos de vergüenza. Inesperadamente nos habíamos sentido conscientes de nuestro aspecto miserable, y sufríamos por ello. Alberto, que encontraba las cosas más extrañas porque siempre andaba con la vista pegada al suelo como un sabueso, se encontró un peine no sé dónde, y se lo regalamos solemnemente a Flora, que tenía pelo: después de lo cual nos sentimos ligados a ella por un lazo suave y limpio; por las noches soñábamos con ella. Por eso sufrimos un gran dolor, un absurdo e impotente ataque de celos y de desengaño, cuando la evidencia nos obligó a ver, y a no ocultárnoslo a nosotros mismos, que Flora se citaba con otros hombres. ¿Dónde y cómo, y con quiénes? En el lugar y de la manera menos elegantes: un poco más allá, sobre el heno, en una conejera clandestina organizada en el hueco de una escalera por una cooperativa de *Kapos* alemanes y polacos. No era necesario mucho: un guiño, una señal imperiosa con la cabeza, y Flora dejaba la escoba y seguía dócilmente al hombre del momento. Volvía sola, pocos minutos después; se arreglaba la ropa y volvía a barrer sin mirarnos a la cara. Luego de este desdichado descubrimiento el pan de Flora nos supo amargo; aunque no por ello dejamos de aceptarlo y de comérnoslo.

No me di a conocer a Flora, por caridad hacia ella y hacia mí mismo. Frente a aquellos fantasmas, a mi fantasma de Buna, a la mujer del recuerdo y a su reencarnación, me sentía cambiado, intensamente «otro», como una mariposa junto a una larva. En el limbo de Staryje Doroghi me sentía sucio, andrajoso, cansado, dolorido, extenuado por la espera, pero joven y lleno de posibilidades y vuelto hacia el porvenir: Flora, por el contrario, no había cambiado. Ahora vivía con un zapatero bergamasco, no conyugalmente sino como una esclava. Lavaba y guisaba para él, lo seguía mirándolo con ojos humildes y sumisos; el hombre, mezcla de toro y chimpancé, no la perdía de vista y le pegaba salvajemente a la menor sombra de sospecha. Por eso estaba cubierta de cardenales: había venido a la enfermería a escondidas, y ahora temía salir para enfrentarse con la cólera de su dueño.

En Staryje Doroghi nadie nos exigía nada, nada nos esperaba, ninguna fuerza actuaba sobre nosotros, no teníamos que defendernos de nada: nos sentíamos inertes y asentados, como el sedimento de un aluvión. Y en esta vida nuestra entorpecida y sin incidentes, la llegada del furgón del cinematógrafo militar soviético marcó un hito memorable. Debía

de ser una unidad itinerante, que habría estado en servicio para las tropas del frente o de la retaguardia, y ahora también estaba en el camino de retorno; constaba de un proyector, un grupo electrógeno, un surtido de películas, y el personal de servicio. Se quedó tres días en Staryje Doroghi y cada tarde dio una función.

Las proyecciones se hacían en la sala del teatro: era muy espaciosa, y las sillas que se habían llevado los alemanes habían sido sustituidas por bancos rústicos, en equilibrio inestable sobre el pavimento, que era un plano inclinado desde la pantalla hasta la galería. La galería, también inclinada, estaba reducida a una estrecha franja; la parte más alta, por un rasgo de ingenio de los misteriosos e inspirados arquitectos de la Casa Roja, había sido dividida y subdividida en una serie de cubículos sin aire y sin luz cuyas puertas se abrían hacia el escenario. Allí vivían las mujeres solas de nuestra colonia.

La primera tarde proyectaron una vieja película austriaca, mediocre y de poco interés para los rusos, pero para los italianos rica en emociones. Era una película de guerra y de espionaje, muda y con letreros en alemán, más exactamente: un episodio de la Primera Guerra Mundial en el frente italiano. Tenía el mismo candor y la misma retórica de las películas de esa clase de producción aliada: el honor militar, las fronteras sagradas, los combatientes heroicos pero fáciles de llanto como doncellas, las cargas a la bayoneta conducidas con un entusiasmo muy inverosímil. Pero todo estaba al revés: los austrohúngaros, oficiales y soldados, eran personajes nobles y gallardos, valerosos y caballerescos; caras espirituales y sensibles de guerreros estoicos, caras rudas y honradas de campesinos, que ya a primera vista inspiraban simpatía. Los italianos, todos, eran una caterva de vulgares bribones, marcados, todos, por aparatosos y ridículos defectos físicos: bizcos, obesos, cargados de hombros, patizambos, la frente baja y huidiza. Eran viles y feroces, brutales y de mala catadura: los oficiales, con caras de viciosa blandura, aplastadas bajo la mole desproporcionada del gorro en forma de cubo que conocemos por los retratos de Cardona y de Díaz; los soldados, con jetas porcinas o simiescas acentuadas por el casco que llevaban nuestros antepasados calado oblicuamente o echado sobre los ojos para esconder siniestramente la mirada.

El felón de los felones, un espía italiano en Viena, era un extraño esperpento, mitad D'Annunzio y mitad Vittorio Emanuele: de estatura absurdamente pequeña, hasta tal punto que estaba obligado a mirar a todo el mundo de abajo arriba; llevaba monóculo y corbata de lazo, y se movía de un lado a otro

de la pantalla con arrogantes y pequeños saltos de gallito. Reincorporado a las filas italianas, asistía con frialdad abominable al fusilamiento de diez civiles tiroleses inocentes.

Los italianos, poco habituados como estábamos a vernos a nosotros mismos en el papel de «enemigos», odioso por definición, consternados ante la idea de ser odiados por cualquiera que fuese, sacamos de la película un placer complejo, no privado de turbación, y fuente de saludables meditaciones.

Para la segunda tarde se anunció una película soviética, y el ambiente empezó a caldearse: entre los italianos porque era la primera película soviética que veíamos; entre los rusos porque el título prometía un episodio de guerra lleno de acción y de disparos. Se había corrido la voz e inesperadamente llegaron soldados rusos de guarniciones vecinas y lejanas formando un tumulto ante las puertas del teatro. Cuando éstas se abrieron, irrumpieron dentro como un río desbordado, saltando por encima de los bancos ruidosamente y amontonándose entre codazos y empujones.

La película era ingenua y lineal. Un avión militar soviético se veía obligado a descender por una avería en un territorio montañoso no precisado de la frontera; era un pequeño aparato de dos asientos y a bordo sólo iba el piloto. Una vez reparada la avería, a punto de despegar, aparecía un notable del lugar, un jeque con turbante y aire extraordinariamente sospechoso, y, con reverencias melifluas y genuflexiones turcas suplicaba que lo subiera a bordo. Cualquier idiota habría comprendido que aquel tipo era un bribón peligroso, probablemente un contrabandista, un jefe disidente o un agente extranjero: pero daba igual, el piloto, con insensata generosidad, cedía a sus prolijos ruegos y lo llevaba en el sillín posterior del aparato.

Se veía el despegue, algunas tomas magníficas de lo alto de cadenas montañosas resplandecientes de hielo (creo que se trataba del Cáucaso): el jeque, con secretos movimientos viperinos, se sacaba de entre los pliegues del manto un pistolón de tambor, apuntaba a la espalda del piloto y lo intimidaba a cambiar la ruta. El piloto, sin siquiera volver la cabeza, reaccionaba con fulmínea decisión: inclinaba el aparato y realizaba un brusco salto mortal. El jeque se dejaba caer en el asiento, presa del miedo y de las náuseas; el piloto, en lugar de ponerlo fuera de combate, proseguía tranquilamente su ruta hacia la meta fijada. Unos minutos más tarde, y después de otras admirables vistas de la alta montaña, el bandido se recuperaba, se arrastraba hacia el piloto, alzaba otra vez la pistola y repetía la intentona. Esta vez el avión caía en picado y

se precipitaba kilómetros cabeza abajo, hacia un infierno de picos escarpados y de abismos; el jeque se desmayaba y el avión volvía a ponerse en marcha. El vuelo continuaba así por espacio de una hora, con repetidas agresiones de parte del musulmán y con más acrobacias de parte del piloto; hasta que, tras una última intimidación del jeque, que parecía tener siete vidas como los gatos, el avión se dejaba caer; nubes, montes y glaciales daban vueltas fieras a su alrededor; por fin descendía sano y salvo en el campo de aterrizaje prefijado. El jeque, exánime, era maniatado; el piloto, fresco como una rosa, en lugar de ser sometido a una investigación recibía apretones de mano de sus desdeñosos superiores, el ascenso inmediato, y un tímido beso de una muchacha que parecía que lo estaba esperando hacía mucho tiempo.

Los soldados rusos del público habían seguido con fragorosa pasión la torpe aventura, aplaudiendo al héroe e insultando al traidor; pero eso no fue nada en comparación con lo que sucedió la tercera tarde.

Para la tercera tarde se anunció *Huracán* (Hurricane) una discreta película americana de los años treinta. Un marinero polinesio, versión moderna del «buen salvaje», hombre simple, fuerte y bondadoso, es provocado vulgarmente en una taberna por un grupo de borrachos blancos y hiere levemente a uno. La razón la tiene evidentemente él, pero nadie testimonia a su favor; es arrestado, procesado, y, ante su patético desconcierto, condenado a un mes de reclusión. No lo aguanta más de unos días: no sólo por su necesidad casi animal de libertad y porque no soporta las cadenas, sino principalmente porque siente, sabe, que no es él sino los blancos quienes han violado la justicia; si la ley de los blancos es ésta, entonces la ley es injusta. Mata a un guardián y escapa entre una lluvia de balas.

Ahora, el bondadoso marinero se ha convertido en un perfecto criminal. Se lo busca por todo el archipiélago, pero es inútil que lo busquen lejos: se ha vuelto tranquilamente a su pueblo. Vuelven a prenderlo y lo recluyen en un penal de una isla remota: trabajo y latigazos. Huye de nuevo, se arroja al mar desde un abrupto precipicio, roba un balandro y navega durante días hacia su tierra, sin comer ni beber: llega a ella exhausto mientras se acerca el huracán prometido por el título. El huracán se desencadena furioso, y el hombre, como un buen héroe americano, lucha solo contra los elementos, y salva no sólo a su mujer sino la iglesia, con el pastor y los fieles que habían creído encontrar refugio en ella. Rehabilitado de esta manera, con la muchacha al lado, se encamina hacia un porvenir feliz, bajo el

sol que aparece entre las últimas nubes en fuga.

Esta peripecia, típicamente individualista, elemental, y no mal contada, desencadenó en los rusos un entusiasmo sísmico. Una hora antes del comienzo, ya una multitud tumultuosa (atraída por el cartel, que representaba a la muchacha polinesia, espléndida y muy poco vestida) se apretaba contra las puertas; casi todos eran soldados muy jóvenes, armados. Estaba claro que en el gran «Salón Colgante» no cabían todos, ni siquiera en pie; precisamente por ello, luchaban encarnecidamente, a codazos, para conquistar la entrada. Uno se cayó, lo pisotearon, y al día siguiente vino a la enfermería; creíamos que iba a tener fracturas, pero no tenía más que algunas contusiones: era gente de huesos duros. En poco tiempo echaron abajo las puertas, las hicieron pedazos y blandieron los pedazos como mazas: la multitud que se aglomeraba de pie en el interior del teatro estaba ya, desde el principio, excitada y belicosa.

Era como si los personajes de la película, en lugar de sombras, fuesen amigos o enemigos de carne y hueso, al alcance de la mano. El marinero era aclamado por cada una de sus hazañas, saludado con hurras fragorosos y con las metralletas, peligrosamente blandidas por encima de sus cabezas. Los policías y los carceleros eran insultados sañudamente, acogidos con gritos de «fuera», «muera», «abajo», «déjalo en paz». Cuando después de su primera evasión, el fugitivo exhausto y herido fue encadenado nuevamente, y además escarnecido e insultado por la máscara sardónica y asimétrica de John Carradine, se desencadenó un pandemónium. El público se levantó gritando, en generosa defensa del inocente: una oleada de vengadores se movió amenazadoramente hacia la pantalla, insultada y detenida a su vez por elementos menos fogosos y más interesados en ver cómo terminaba todo. Contra la pantalla volaron piedras, terrones de tierra, astillas de las puertas demolidas, hasta una bota militar que se aplastó, con furiosa precisión, entre los ojos odiosos del mayor enemigo que campeaban en un enorme primer plano.

Cuando llegamos a la larga y potente secuencia del huracán, el tumulto se convirtió en un aquelarre. Se oyeron gritos agudos de las pocas mujeres que habían permanecido interpoladas en la reyerta; hizo su aparición un palo, luego otro, que pasaban de mano en mano sobre las cabezas, entre clamores ensordecedores. En principio no se comprendió para qué podían servir pero luego se aclaró el plan: un plan probablemente premeditado por los excluidos que alborotaban fuera. Era un

intento de escalada de los palcos-gineceo.

Los palos se izaron y se apoyaron en el antepecho, y varios energúmenos quitándose las botas, empezaron a subir por ellos como se hace en las fiestas de los pueblos con los palos de las cucañas. A partir de aquel momento el espectáculo de la escalada privó de interés al que estaba desarrollándose en la pantalla. Apenas uno de los pretendientes había conseguido alzarse por encima de la marea de cabezas, veinte manos tiraban de él por los pies y lo bajaban a tierra. Se formaron grupos de defensores y de adversarios: hubo un audaz que pudo liberarse de la multitud y subir a grandes brazadas, otro lo siguió por el mismo palo. Casi al nivel del antepecho lucharon entre sí algunos minutos, el de abajo aferrando los tobillos del otro, éste defendiéndose con patadas lanzadas a ciegas. Al mismo tiempo se vieron asomadas al antepecho las cabezas de un pelotón de italianos que habían subido precipitadamente por las escaleras tortuosas de la Casa Roja para proteger a las mujeres asediadas; el palo, empujado por los defensores, osciló, se quedó un buen rato en posición vertical, luego cayó sobre la multitud como un pino abatido por los leñadores, con los dos hombres agarrados a él. En este momento, no puedo decir si por casualidad o por una sabia intervención de lo alto, la lámpara del proyector se apagó, todo cayó en la oscuridad, el clamor de la platea alcanzó una intensidad pavorosa, y todos en masa se precipitaron al aire libre, al claro de luna, entre gritos, maldiciones y aclamaciones.

Con dolor de todos, la caravana del cine se fue a la mañana siguiente. Aquella misma tarde los rusos pusieron en práctica otro temerario intento de invasión de los cuarteles femeninos, esta vez por los tejados y los canalones; a consecuencia del cual se estableció un servicio de vigilancia nocturna, a cargo de los voluntarios italianos. Además, para mayor providencia las mujeres de la galería la desalojaron y se reincorporaron al grueso de la población femenina, a un dormitorio colectivo: situación menos íntima pero más segura.

Teatro

Encontramos un terreno común con los rusos hacia mediados de agosto. A pesar del secreto con que se estaba llevando a cabo, todo el mundo se enteró de que los «rumanos», con el consentimiento de las autoridades, estaban organizando una revista: los ensayos se hacían en el «Salón Colgante» cuyas puertas habían sido restauradas lo mejor posible y estaban vigiladas por piquetes que prohibían la entrada a cualquier extraño. Los números de la revista incluían un baile zapateado: el especialista, un marinero muy concienzudo, ensayaba todas las tardes, rodeado por un pequeño corro de expertos y consejeros. Ahora bien, este ejercicio es ruidoso por su misma naturaleza: pasó el Teniente por aquellos lugares, oyó el rítmico estrépito, forzó el puesto de vigilancia con claro abuso de poder, y entró. Asistió a dos o tres sesiones, con gran disgusto de los presentes, sin salir de su habitual reserva y sin suavizar su hermético entrecejo; luego, inesperadamente, comunicó al comité organizador que en su tiempo libre él era un apasionado de la danza y que hacía mucho tiempo deseaba aprender a bailar precisamente el zapateado; y que por consiguiente se requería al bailarín e incluso se le ordenaba, que le diese una serie de clases.

El espectáculo de estas clases me interesaba hasta tal punto que conseguí asistir a ellas escurriéndome por los extraños meandros de la Casa Roja y ocultándome en una esquina oscura. El Teniente era el mejor alumno que se pueda imaginar: serio, voluntarioso, tenaz y físicamente bien dotado. Bailaba de uniforme y con botas: una hora de reloj al día, sin conceder al maestro ni un segundo de descanso ni concedérselo tampoco a sí mismo. Progresaba rápidamente.

Cuando la revista se puso en escena, una semana después, el número del zapateado fue una sorpresa para todos: bailaron el maestro y el discípulo, irreprochablemente, con impecable paralelismo y sincronía; el maestro, haciendo guiños y echando sonrisas, vestido con un imaginativo traje de gitano que le habían confeccionado las mujeres; el Teniente, con la nariz desdeñosa y los ojos clavados en el suelo, fúnebre, como si ejecutase una danza ritual. De uniforme, naturalmente, y las medallas prendidas en el pecho y la funda de la pistola al flanco, danzando a su mismo compás.

Se los aplaudió; también se aplaudieron otros números diversos no muy originales (unas canciones italianas del repertorio clásico; «I pompieri di Viggiú»; un número en que el enamorado conquista el corazón de la chica con un ramo no de flores sino de «riba», nuestro apestoso pescado cotidiano; la «Montanara» cantada a coro, con el señor Unverdorben de director de coro). Pero tuvieron un éxito entusiasta, y merecido, dos números menos comunes.

Entraba en escena a grandes zancadas con paso dificultoso, un gordo y gran personaje enmascarado, todo envuelto en pesados ropajes, parecido al célebre Bibendum de los neumáticos Michelín. Saludaba al público a la manera de los atletas, con las manos unidas por encima de la cabeza; entretanto, dos ayudantes hacían rodar con gran trabajo hasta donde él estaba, un enorme aparato hecho de una barra y dos ruedas, como los que usan los levantadores de pesas.

Se doblaba, cogía la barra, ponía en tensión todos los músculos: nada, la barra no se movía. Entonces se quitaba la capa, la doblaba meticulosamente, la tendía en tierra, y se disponía a una nueva tentativa. Como tampoco esta vez podía levantar el peso del suelo, se quitaba otra capa y la dejaba junto a la primera; y así sucesivamente con varias capas, capas civiles y militares, impermeables, sotanas, tabarros. El atleta iba disminuyendo de volumen a ojos vista, el escenario se llenaba de indumentos, y el peso parecía que había echado raíces en la tierra.

Terminadas las capas empezaba a quitarse chaquetas de toda clase (entre ellas una a rayas de *Häftling*, en homenaje a nuestra minoría), luego una gran cantidad de camisas, y siempre, después de cada pieza que dejaba en el suelo, intentaba con una solemnidad puntillosa levantar el artefacto y renunciaba sin la mínima señal de impaciencia ni de sorpresa. Pero, mientras se quitaba la cuarta o la quinta camisa, se paraba de repente. Se quedaba mirando la camisa con intensa atención,

primero de lejos, con el brazo extendido, luego de cerca; restregaba el cuello y las costuras con ágiles movimientos de mono y he aquí que extraía entre el índice y el pulgar un piojo imaginario. Lo examinaba con ojos dilatados de horror, lo apoyaba con delicadeza sobre el suelo, trazaba un círculo alrededor de él con una tiza, se daba la vuelta, cogía el aparato que, en esa ocasión, se había vuelto ligero como un junco, y aplastaba el piojo de un seco y preciso golpe.

Luego, tras el rapidísimo paréntesis, volvía a quitarse camisas, pantalones, calcetines y fajas con gravedad y compostura, y a tratar vanamente de levantar el peso. Al final, se quedaba en calzoncillos, entre montones de piezas de vestir: se quitaba la máscara, y el público descubría que era el simpático y popularísimo cocinero Gridacucco, pequeño, seco, saltarín y siempre atareado que, con mucha propiedad, era llamado el Matagrillos de Cesare. Estallaron los aplausos: Matagrillos miraba a su alrededor, perdido, y luego, como atacado por un miedo súbito al público, cogía el peso, que probablemente era de cartón, se lo echaba bajo el brazo y salía a la carrera.

El otro gran éxito fue la canción «El sombrero de tres picos». Se trata de una canción que no tiene ningún sentido en absoluto, y que consiste en cuatro versos que se repiten («Mi sombrero es de tres picos / De tres picos mi sombrero es / Si no fuese de tres picos / No sería mi sombrero») y que se cantan con una tonada tan usada y desgastada por la costumbre que nadie sabe cuál fue su origen. Pero tiene la particularidad de que, cada vez que se canta, se calla una de las palabras de la estrofa, que se sustituye por un gesto: la mano ahuecada sobre la cabeza por «sombrero», una palmada sobre el pecho por «mío», los dedos que se van juntando al levantarse e imitar la superficie de un cono por «puntas»; y así sucesivamente, hasta que, al final de las eliminaciones, la estrofa se reduce a un balbuceo torpe de artículos y conjunciones que no pueden ser expresados con signos o, según otra versión, al silencio total marcado por los gestos rítmicos.

En el heterogéneo grupito de los «rumanos» debía de haber alguien que llevaba el teatro en la sangre: en su interpretación, esta curiosidad infantil se convertía en una pantomima siniestra, oscuramente alegórica, llena de resonancias simbólicas e inquietantes.

Una pequeña orquesta, con instrumentos proporcionados por los rusos, atacaba el aburrido motivo en tonos bajos y sordos. Oscilando lentamente según el ritmo entraban en escena tres

personajes de mal agüero: envueltos en capas negras, con capuchones negros calados, de los cuales emergían tres rostros de una palidez cadavérica y decrépita, surcados por profundas arrugas lívidas. Entraban con dubitativo paso de baile, llevando en las manos tres largos cirios apagados. Reunidos en el centro del proscenio, sin perder el ritmo, se inclinaban hacia el público con senil dificultad, doblando despacito los riñones anquilosados, dando tironcitos extenuados: en agacharse y volverse a levantar tardaban dos largos minutos, que eran angustiosos para los espectadores. Conquistada penosamente de nuevo la posición erecta, callaba la orquesta y las tres larvas empezaban a cantar la insulsa estrofa, con voz trémula y rota. Cantaban: y a cada repetición, con la acumulación de los huecos sustituidos por los gestos temblorosos, parecía que la vida, junto con la voz, se les escapaba. Escandida por el ritmo hipnótico de un solo tambor en sordina, la parálisis iba progresando lenta e inexorablemente. La última repetición, en el silencio absoluto de la orquesta, de los cantores y del público, era una desgarradora agonía, un conato moribundo.

Terminada la canción, la orquesta la empezaba otra vez lúgubremente: las tres figuras, con un esfuerzo extremo, temblando todos sus miembros, repetían la inclinación. Conseguían enderezarse inverosímilmente, y con los cirios trémulos, con horrenda y macabra inseguridad, pero sin perder el ritmo, desaparecían para siempre detrás de los bastidores.

El número de «El sombrero de tres picos» cortaba la respiración, y cada tarde era acogido con un silencio más elocuente que los aplausos. ¿Por qué? Tal vez porque en él se percibía, bajo el aparato grotesco, la respiración pesada de un sueño colectivo, del sueño que exhalan el exilio y el ocio cuando cesan el trabajo y el dolor, y nada defiende al hombre contra sí mismo; tal vez porque en él se percibía la impotencia y la nulidad de nuestra vida y de la vida, y el perfil giboso y torcido de los monstruos engendrados por el sueño de la razón.

Más simple, y hasta pueril y macarrónica, era la alegoría del espectáculo que estaba programado a continuación. Estaba clara desde el título, «El naufragio de los abúlicos»: los abúlicos éramos nosotros, los italianos que habíamos perdido el camino de la repatriación, y nos habíamos abotargado en una existencia de inercia y aburrimiento; la isla desierta era Staryje Doroghi; y los caníbales eran, evidentemente, ellos, los buenos rusos de la jefatura. Unos caníbales sin paliativos: aparecían en escena desnudos y tatuados, chachareaban en una jerga primitiva e ininteligible, se cebaban con carne humana cruda y sangrante.

Su jefe vivía en una cabaña de ramas, tenía por escabel un esclavo blanco permanentemente en cuclillas, y llevaba colgado del pecho un gran despertador, que miraba no para saber la hora sino para consultar los augurios en las decisiones de gobierno. El camarada Coronel, responsable de nuestro campo, tenía que ser un hombre de ingenio, extraordinariamente magnánimo o tonto, para haber autorizado una caricatura tan cruel de su persona y de su cargo: o tal vez, volvíamos a tropezar con la benéfica incuria secular rusa, con la negligencia oblomoviana, que afloraba a todos los niveles en aquel momento feliz de su historia.

En realidad, al menos una vez tuvimos la sospecha de que en la jefatura no habían digerido la sátira o se habían arrepentido. Después del debut del «Naufragio», a mitad de la noche, en la Casa Roja se desencadenó un cataclismo: alaridos en los dormitorios, patadas contra las puertas, órdenes en ruso, en italiano y en mal alemán. Los que veníamos de Katowice y habíamos asistido ya a un aquelarre análogo nos asustamos sólo a medias: los demás perdieron la cabeza (especialmente los «rumanos», que eran los autores del guión); se corrió la voz de una represalia de los rusos y los más aprensivos pensaban ya en Siberia.

Los rusos, por mediación del Teniente, que en aquella circunstancia parecía más triste y más ofendido que normalmente, nos hicieron levantar y vestir de prisa y corriendo, y nos pusieron en fila en uno de los meandros del edificio. Transcurrió media hora, una hora, y no pasaba nada: la cola en la que yo ocupaba uno de los últimos puestos, no se sabía dónde empezaba y no avanzaba un solo paso. Además de la represalia por los «Abúlicos», corrían de boca en boca las hipótesis más aventuradas: se habían decidido por fin a buscar a los fascistas; estaban buscando a las dos chicas del bosque; nos iban a examinar a ver si teníamos blenorragia; estaban reclutando gente para trabajar en el koljols; estaban buscando especialistas como los alemanes. Luego, vimos pasar a un italiano muy contento. Decía: «¡Nos dan dinero!» y agitaba en la mano un puñado de rublos. Nadie lo creyó: pero después pasó otro, luego otro, y todos confirmaban la noticia. Nunca entendimos bien aquel asunto (pero, por otra parte, ¿quién habría podido comprender por qué nos habían llevado a Staryje Doroghi ni qué hacíamos allí?): según la interpretación más inteligente, ha de entenderse que, al menos ante algunas oficinas soviéticas, a nosotros se nos equiparaba a prisioneros de guerra y, por consiguiente, nos correspondía una compensación por las

jornadas de trabajo que habíamos prestado. Pero el criterio con que se determinaban las jornadas de trabajo (casi ninguno de nosotros había trabajado para los rusos, ni en Staryje Doroghi ni antes), por qué se les pagaba hasta a los niños, y sobre todo, por qué esta ceremonia tenía que suceder de una manera tan tumultuosa, entre las dos y las seis de la mañana… Todo esto está destinado a seguir en la oscuridad.

Los rusos distribuyeron compensaciones que oscilaban entre los treinta y los ochenta rublos por cabeza, según criterios inescrutables o del azar. No eran sumas enormes, pero nos gustaron a todos: equivalían a algunos días de adquisiciones complementarias. Volvimos a la cama al amanecer, comentando lo ocurrido de diversas maneras; pero nadie comprendió que se trataba de un fausto presagio: del preludio de la repatriación.

Desde aquel día, aunque sin ningún anuncio oficial, los signos se multiplicaron. Signos tenues, inseguros, tímidos; pero suficientes para difundir la sensación de que algo estaba, por fin, moviéndose, de que algo iba a suceder. Llegó una patrulla de soldaditos rusos, imberbes y despistados: nos contaron que venían de Austria, y que tenían que salir pronto escoltando un convoy de extranjeros: pero no sabían adónde. De la jefatura, un mes después de vanas peticiones, se distribuyeron zapatos a todos los que los necesitasen. Y, por fin, el Teniente desapareció, como si hubiese ascendido al cielo.

Todo era extraordinariamente vago y bastante ambiguo. Aun admitiendo que la partida fuese inminente, ¿quién nos aseguraba que se trataba de la repatriación y no de un nuevo cambio sabe Dios adónde? La ya larga experiencia que habíamos adquirido de las costumbres de los rusos nos aconsejaban templar nuestra esperanza con un saludable coeficiente de duda. Y la estación también contribuía a nuestra inquietud: en la primera década de septiembre el sol y el cielo se nublaron, el aire se volvió frío y húmedo, y cayeron las primeras lluvias, para recordarnos lo precario de nuestra situación.

Carretera, prados y campos se convirtieron en un desolado aguazal. Por los tejados de la Casa Roja el agua se filtraba en abundancia y por las noches goteaba sin compasión sobre las literas; también entraba agua por las ventanas sin cristales. Ninguno de nosotros tenía ropa de invierno. En el pueblo, se veía a los campesinos volver del bosque con carretas de ramojos y leña; otros estaban poniendo parches a sus casas, arreglando sus tejados de paja; todos, hasta las mujeres, se pusieron botas. El viento nos traía de las casas un olor nuevo, alarmante: el humo áspero de la leña húmeda que está quemándose, el olor

del invierno que llega. Otro invierno: el tercero, ¡y qué invierno!

Pero, por fin, llegó la noticia: la noticia de la vuelta, de la salvación, del final de nuestras larguísimas peregrinaciones. Llegó por dos conductos extraños e insólitos, por dos vías distintas, fue convincente y clara, y disipó todas nuestras ansias. Nos llegó en el teatro y a través del teatro, y nos llegó por la carretera llena de fango, traída por un mensajero ilustre y extraño.

Era de noche, estaba lloviendo y en el «Salón Colgante» atestado (¿qué otra cosa se podía hacer por las noches, antes de meterse entre las mantas húmedas?) se estaba representando «El naufragio de los abúlicos», puede que por novena o décima vez. Este «Naufragio» era un mamotreto informe pero inspirado, vivo por las ingeniosas y divertidas alusiones a nuestra vida de cada día; lo habíamos visto todos, cada vez que se representaba, y ya nos lo sabíamos de memoria, pero cada vez nos hacía reír la escena en que un Cantarella, todavía más salvaje que el original, fabricaba una enorme olla de hojalata por encargo de los rusos-antropófagos que querían cocer en ella a los principales notables abúlicos; y siempre se nos apretaba el corazón en la escena final en que llegaba la nave.

Porque era como una evidencia de lo que tenía que ser, una escena en la que aparecía una vela en el horizonte y todos los náufragos, riendo y llorando, corrían a la playa inhóspita. Pues ahora, precisamente mientras el más antiguo de todos ellos, canoso y curvado ya por la espera interminable, tendía el dedo hacia el mar y gritaba: «¡Un barco!» y, mientras todos, con un nudo en la garganta, nos preparábamos al alegre cambio de tono de la última escena y a retirarnos una vez más a nuestros cubiles, se oyó un estruendo súbito y vimos al jefe de los caníbales, auténtico *deus ex machina*, caer verticalmente sobre el escenario, como si cayese del cielo. Se arrancó del cuello el despertador, el anillo de la nariz y de la cabeza el penacho de plumas, y gritó con voz tonante: «¡Mañana nos vamos!».

Nos cogió por sorpresa, y primero no comprendimos. ¿Se trataba de una broma? Pero el salvaje siguió: «¡Es verdad, no es teatro, esta vez nos vamos de verdad! ¡Ha llegado el telegrama, mañana nos vamos a casa todos!». Aquella vez fuimos los italianos, los actores, los espectadores y las comparsas, quienes en un momento arrastramos a los rusos estupefactos que no habían entendido nada de aquella escena fuera del guión. Salimos en desorden y primero aquello fue un entrecruzarse afanoso de preguntas y respuestas: pero luego vimos al Coronel en medio de un corro de oficiales italianos que hacía que sí con

la cabeza, y comprendimos entonces que había llegado el momento. Encendimos hogueras en el bosque, y nadie durmió: nos pasamos el resto de la noche cantando y bailando, contándonos las aventuras pasadas, y recordando a los amigos perdidos: porque al hombre no le es dado gozar de una felicidad completa.

A la mañana siguiente, mientras la Casa Roja zumbaba y bullía como una colmena en donde el enjambre se apresta a salir, vimos avanzar por la carretera un automóvil pequeñísimo. Eran poquísimos los que pasaban y por eso el hecho despertó nuestra curiosidad: tanto más que no se trataba de un coche militar. Disminuyó la velocidad delante del campo, se puso en tercera y entró dando sacudidas en el terreno yermo que se extendía delante de la extravagante fachada. Y entonces vimos que era un vehículo familiar para todos nosotros, un Fiat 500 A, un Topolino herrumbroso y descalabrado, de ballestas lamentablemente deformadas.

Se paró delante de la entrada, e inmediatamente fue rodeado por una multitud de curiosos. Salió de él, con mucho trabajo, un extraordinario personaje. Nunca acababa de salir; era un hombre altísimo, corpulento, rubicundo con un uniforme que nunca habíamos visto: un general soviético, un generalísimo, un mariscal. Cuando estuvo por completo fuera de la portezuela, la minúscula carrocería se levantó un buen palmo, y las ballestas parecieron respirar. El hombre era literalmente más grueso que el coche, y no se entendía cómo había podido caber allí dentro. Estas dimensiones conspicuas fueron inmediatamente exageradas y puestas de relieve: sacó del coche un objeto negro y lo desplegó: era una capa que caía hasta el suelo desde dos anchas hombreras rígidas, de madera: con gesto desenvuelto, que atestiguaba una gran costumbre de llevar aquel adorno, se la echó sobre los hombros y la adaptó a la espalda para que su contorno, de redondo se convirtiese en anguloso. Visto por detrás, aquel hombre era un monumental rectángulo negro de un metro por dos que avanzaba con majestuosa simetría, dando la vuelta a la Casa Roja entre dos grupos de gente perpleja a la que le llevaba una cabeza. ¿Cómo iba a pasar por la puerta, con lo ancho que era? Pero echó hacia atrás las dos hombreras, como dos alas, y entró.

Este mensajero celeste, que viajaba él solo en medio del fango en un coche utilitario descangallado y vetusto, era el mariscal Timošenko en persona, Semjòn Konstantínovič Timošenko, el héroe de la revolución bolchevique de Careia y de Stalingrado. Después del recibimiento por parte de los rusos

locales, que por lo demás fue singularmente sobrio y no duró sino unos minutos, salió de nuevo del edificio y se puso a hablar espontáneamente con los italianos —como el rudo Kutuzov de *La guerra y la paz*— en el prado, entre las ollas donde se cocían los pescados y la ropa interior puesta a secar. Hablaba rumano con los «rumanos» (porque era, y lo es aún, original de la Besarabia) y hasta sabía un poco de italiano. El viento húmedo agitaba su cabellera gris, que contrastaba con su tez sanguínea y bronceada de soldado, comedor y bebedor; nos dijo que sí, que era verdad: saldríamos pronto, prontísimo; *guerra finita tutti a casa*, la escolta ya estaba dispuesta, los víveres para el viaje y los mapas a punto. Pocos días después el tren nos estaría esperando en la estación de Staryje Doroghi.

De Staryje Doroghi a Iasi

Que la partida no fuese «mañana» en sentido estricto, como había dicho el salvaje en el teatro, en realidad no le extrañó a nadie. Ya en distintas ocasiones habíamos podido constatar que el término ruso correspondiente, por uno de esos deslizamientos semánticos que siempre tienen un porqué, viene a querer decir algo bastante menos definido y perentorio que nuestro «mañana» y que en armonía con las costumbres rusas, quiere decir más bien «un día de éstos», «alguna vez», «dentro de poco»; es decir, que el rigor de la determinación temporal se esfuma suavemente. No nos extrañó y tampoco nos causó gran sufrimiento. Cuando la partida fue segura nos dimos cuenta, con gran asombro, de que aquella tierra sin límites, aquellos campos y aquellos bosques que habían presenciado la batalla a la que debíamos nuestra salvación, aquellos horizontes intactos y primigenios, aquella gente vigorosa y amante de la vida, nos habían entrado en el corazón y se quedarían en él mucho tiempo, imágenes gloriosas y vivas de una época única en nuestra existencia.

Así pues, no «mañana», sino unos días después del anuncio, el 15 de septiembre de 1945, abandonamos en caravana la Casa Roja y llegamos con gran regocijo a la estación de Staryje Doroghi. El tren estaba allí, nos esperaba, no era una ilusión de nuestros sentidos; había carbón, también agua y la locomotora, enorme y majestuosa como un monumento de sí misma, estaba del lado que debía estar. Nos apresuramos a tocarle el flanco y ¡ay, estaba frío! Los vagones eran sesenta: vagones de

mercancías, bastante descangallados, en espera sobre las vías muertas. Los invadimos con jubilosa prisa y sin disputas. Éramos mil cuatrocientos, es decir, de veinte a veinticinco hombres por vagón, y, a la luz de nuestras múltiples experiencias ferroviarias anteriores, significaba un viaje cómodo y descansado.

El tren no salió en seguida, en realidad no salió hasta el día siguiente; fue inútil hacerle preguntas al jefe de la minúscula estación: no sabía nada. En este intervalo no pasaron más que dos o tres convoyes, ninguno se paró, ni siquiera disminuyó la marcha. Cuando se acercaba uno, el jefe de estación lo esperaba en el andén, el brazo extendido y en la mano una corona de ramas de la que colgaba un saquito; de la locomotora que pasaba se asomaba el maquinista, con el brazo derecho doblado en forma de gancho. Cogía al vuelo la corona e inmediatamente después arrojaba al suelo otra igual, que también llevaba un saquito: éste era el servicio postal, el único contacto de Staryje Doroghi con el resto del mundo.

Todo lo demás era inmovilidad y quietud. En torno a la estación, ligeramente más elevada, se extendían praderas interminables limitadas tan sólo al oeste por la línea negra del bosque, y cortadas por la cinta vertiginosa de los raíles. Allí pastaban los ganados, diseminados, lejísimos unos de otros, los únicos que rompían la uniformidad de las llanuras. En el largo atardecer de la vigilia se oían tenues y modulados los cantos de los pastores: uno comenzaba, otro le respondía a kilómetros de distancia, luego otro y otro, desde todos los puntos del horizonte, y era como si la tierra fuese quien cantara.

Nos preparamos para pasar la noche. Después de tantos meses y trasiegos formábamos una comunidad organizada: por ello no nos habíamos distribuido al azar en los vagones sino de acuerdo con núcleos espontáneos de convivencia. Los «rumanos» ocupaban diez vagones; tres pertenecían a los ladrones de San Vittore, que no querían a nadie y a los que nadie quería; otros tres eran para las mujeres solas; cuatro o cinco albergaban a las parejas, legítimas o no; dos, divididos en dos planos por un travesaño horizontal, y llamativos por la ropa interior tendida a secar, pertenecían a las familias con niños. El más llamativo de todos era el vagón-orquesta: allí residía, completa, la compañía teatral del «Salón Colgante», con todos sus instrumentos (incluido un piano) graciosamente donados por los rusos en el momento de la partida. El nuestro, por iniciativa de Leonardo, había sido declarado vagón-enfermería: denominación presuntuosa y fantasiosa, ya que Leonardo no disponía más que de una jeringuilla y de un estetoscopio, y el

piso era de dura madera como el de todos los demás vagones; pero, por otra parte, no había ni un solo enfermo en todo el convoy y no se presentó ningún paciente durante todo el viaje. Allí habitábamos una veintena en la que se contaba, naturalmente, Cesare y Daniele y, menos naturalmente, el Moro, el señor Unverdorben, Giacomantonio y el Velletrano: además, una quincena de ex prisioneros de guerra.

Pasamos la noche medio dormidos e inquietos, echados en el piso desnudo del vagón. Llegó el día: la locomotora humeaba, el maquinista estaba en su puesto, y esperaba con calma olímpica a que la caldera alcanzase el punto de presión necesario. A media mañana la máquina rugió, con una profunda y maravillosa voz metálica, se sacudió, vomitó humo negro, se tendieron las bielas, y las ruedas empezaron a girar. Nos miramos unos a otros, casi desvanecidos. Habíamos resistido, después de todo: habíamos ganado. Después del año de *Lager*, de sufrimiento y paciencia; después de la oleada de muerte que siguió a la liberación, después del hielo y el hambre, del desprecio y la feroz compañía del griego; después de las enfermedades y las miserias de Katowice; después de los insensatos cambios de lugar que nos habían hecho sentirnos como condenados a gravitar por toda la eternidad atravesando los espacios rusos, como inútiles astros apagados; después del ocio y la nostalgia amargos de Staryje Doroghi, estábamos saliendo a flote, viajando hacia la superficie, camino a casa. El tiempo, después de dos años de parálisis, había adquirido otra vez vigor y valor, otra vez trabajaba a nuestro favor, y esto ponía fin al torpor del largo estío, a la amenaza del invierno próximo y nos volvía impacientes, ávidos de los días y los kilómetros.

Pero muy pronto, desde las primeras horas de viaje, nos rendimos a la evidencia de que la hora de la impaciencia no había sonado aún: aquel itinerario feliz se presentaba largo, trabajoso y no sin sorpresas: una pequeña odisea ferroviaria dentro de nuestra odisea mayor. Todavía necesitábamos tener paciencia, en dosis impredecibles: otro tipo de paciencia.

Nuestro tren tenía más de medio kilómetro de largo; los vagones estaban en unas condiciones desastrosas y también las vías: la velocidad era irrisoria, no pasaba de los cuarenta o cincuenta kilómetros por hora. La línea era de una sola vía; las estaciones que disponían de una vía muerta lo suficientemente larga para permitir las paradas eran pocas y, con frecuencia, el convoy tenía que ser dividido en dos o tres ramales y empujado a las vías muertas con maniobras complicadísimas y lentísimas para permitir el paso de otros trenes.

No había ninguna autoridad a bordo, a excepción del maquinista y de la escolta, formada por siete soldados de dieciocho años que habían venido desde Austria para acompañarnos. Éstos, aunque armados hasta los dientes, eran criaturas cándidas y bien nacidas, de ánimo ingenuo y blando, vivaces y despreocupados como escolares en vacaciones, absolutamente carentes de autoridad y de sentido práctico. A cada parada del tren los veíamos pasearse por el andén de arriba abajo, con el fusil al hombro y el aire orgulloso y atareado. Se daban mucha importancia, como si escoltasen un transporte de peligrosos bandidos, pero todo era fachada: pronto nos dimos cuenta de que sus inspecciones se detenían cada vez más en los dos vagones de las familias, a mitad del convoy. No les atraían las mujeres jóvenes sino la atmósfera vagamente doméstica que respiraba aquella agitanada morada ambulante, y que tal vez les recordase su casa lejana y su infancia apenas terminada; pero principalmente les encantaban los niños, hasta el punto de que, después de las primeras etapas, eligieron por domicilio diurno los vagones de las familias, y se retiraban al que les estaba reservado sólo para pasar la noche. Eran corteses y serviciales; ayudaban de buena gana a las madres, iban a coger agua y partían la leña para las estufas. Con los niños italianos trabaron una amistad curiosa y desigual. Aprendieron de ellos varios juegos, como el del circuito: es un juego que se hace con bolas, empujándolas a lo largo de un complicado recorrido. En Italia, se entiende como representación alegórica de la Vuelta ciclista: por eso nos pareció extraño el entusiasmo con que lo asimilaron los jóvenes rusos, en cuyos países las bicicletas son raras y donde no existen las carreras de bicicletas. Pero fuera como fuese, para ellos significó un descubrimiento: a la primera parada de la mañana no era raro ver a los siete rusos bajar de su vagón-yacija, correr a los vagones de las familias, abrir las puertas con autoridad, y hacer bajar a los niños, todavía medio dormidos. Luego se ponían a escarbar vigorosamente el circuito en la tierra con las bayonetas, y se sumergían en el juego de prisa y corriendo, arrodillados en el suelo y con el fusil a la espalda, ansiosos de no perder un minuto hasta que la locomotora diese el silbido de partida.

Llegamos a Bobruisk la noche del 16, la noche del 17 a Ovruč; y nos dimos cuenta de que estábamos repitiendo, en viaje de retroceso, las mismas etapas de nuestro viaje hacia el norte, que nos había llevado de Žmerinka a Sluzk y a Staryje Doroghi. Pasábamos las jornadas interminables en parte durmiendo, en parte charlando o contemplando cómo se iba extendiendo ante nosotros la estepa majestuosa y desierta.

Desde las primeras jornadas, nuestro optimismo perdió un poco de su esplendor: aquel viaje nuestro que, según todas las apariencias, debía ser el último, había sido organizado por los rusos de la manera más vaga y chapucera que uno pueda imaginar: o mejor, parecía que no había sido organizado en absoluto sino decidido Dios sabe por quién y Dios sabe dónde, de un simple plumazo. En todo el convoy no había más que dos o tres mapas, disputados sin tregua, en los que íbamos señalando con trabajo nuestros problemáticos progresos: que íbamos hacia el sur era indudable, pero con una lentitud e irregularidad exasperantes, con desviaciones y paradas incomprensibles, recorriendo a veces tan sólo unas decenas de kilómetros en veinticuatro horas. Íbamos frecuentemente a preguntarle al maquinista (no hay que decir nada de la escolta, que estaba encantada con el solo hecho de ir en el tren y no le importaba nada saber dónde estábamos ni a dónde íbamos); pero el maquinista, que emergía como una divinidad infernal de su habitáculo candente, abría los brazos, se encogía de hombros, trazaba con la mano un semicírculo de este a oeste, y contestaba siempre lo mismo: «¿Que adónde llegaremos mañana? No lo sé, hijos míos, no lo sé. Iremos por donde encontremos raíles».

Quien entre todos nosotros soportaba peor la incertidumbre y el ocio forzosos era Cesare. Se sentaba en un rincón del coche, hipocondríaco y erizado, como un animal enfermo, y no se dignaba mirar una vez ni al paisaje afuera ni a nosotros que estábamos en el vagón. Pero era una inercia aparente: quien necesita actividad encuentra la ocasión en cualquier parte. Mientras recorríamos un lugar por el que se diseminaban pueblos pequeños, entre Ovruč y Žitomir, le llamó la atención un anillo de cobre que llevaba en el dedo Giacomantonio, su poco recomendable socio de la plaza de Katowice.

—¿Me lo vendes? —le preguntó.

—No —le contestó Giacomantonio, secamente.

—Te doy dos rublos.

—Quiero ocho.

El regateo duró largo rato; parecía claro que ambos encontraban en él una diversión y una agradable gimnasia mental, y que el anillito no era más que un pretexto, un punto de partida para un juego amistoso, para un ejercicio de entrenamiento que los conservase en forma. Pero no era así: Cesare, como de costumbre, había concebido un plan preciso.

Ante nuestro estupor, cedió bastante pronto y compró el anillo —que parecía importarle muchísimo— por cuatro rublos,

cantidad enormemente desproporcionada al valor del objeto. Luego, se retiró a su esquina y se dedicó durante toda la tarde a misteriosas prácticas, alejando con regaños rabiosos a quienes le hacían preguntas (y el más insistente era Giacomantonio). Había sacado de su saco trozos de paño de distinta calidad y pulía cuidadosamente el anillo, por dentro y por fuera, echándole aliento de vez en cuando. Luego sacó un paquete de papel de cigarrillos, y siguió minuciosamente su labor con delicadeza extrema, sin tocar ya el metal con los dedos: de vez en cuando levantaba el anillo hasta el ventanuco, lo miraba a la luz y lo observaba dándole vueltas muy despacito, como si se tratase de un diamante.

Por fin ocurrió lo que Cesare estaba esperando: el tren disminuyó la velocidad y se detuvo en la estación de un pueblo ni demasiado grande ni demasiado pequeño; la parada prometía ser breve porque el convoy no había sido dividido y se había quedado en las vías de tránsito. Cesare bajó, y se puso a pasear de arriba abajo por el andén. Llevaba el anillo semiescondido en el pecho, bajo la chaqueta; con aire de conspirador se aproximaba, uno por uno, a los campesinos rusos que estaban por allí esperando, se lo enseñaba a medias y susurraba nervioso: «¡Tovarišč, zòloto, zòloto!» (oro).

Al principio, los rusos no lo escuchaban. Luego, un viejecillo observó el anillo de cerca, y le preguntó el precio; Cesare, sin dudarlo, dijo «Sto» (cien): precio bastante modesto para un anillo de oro, un robo para uno de cobre. El viejo le ofreció cuarenta, Cesare se hizo el indignado y se volvió a otro. Fue probando con distintos clientes, tirando de largo y viendo quién ofrecía más: y entretanto tendía la oreja al silbido de la locomotora, para concluir el negocio y saltar al tren a la carrera inmediatamente después.

Mientras Cesare le enseñaba el anillo a éste y a aquél, se veía a los demás confabular en grupitos, sospechosos y nerviosos. Entonces, la locomotora silbó; Cesare le alargó el anillo al último postor, se guardó en el bolsillo cincuenta rublos, y saltó ágilmente al tren que ya estaba en movimiento. El tren avanzó un metro, dos, diez metros; luego disminuyó la velocidad de nuevo y se paró, con gran estridencia de frenos.

Cesare había cerrado las puertas corredizas y espiaba por una rendija, primero triunfante, luego inquieto, por fin aterrorizado. El hombre del anillo estaba enseñando su adquisición a sus paisanos: éstos se lo pasaban de mano en mano, le daban vueltas, y movían la cabeza con aire de duda y desaprobación. Luego vio al incauto comprador, evidentemente

arrepentido, alzar la cabeza y ponerse decididamente en marcha a lo largo del convoy, en busca del refugio de Cesare: una busca bien fácil, ya que el nuestro era el único vagón que tenía las puertas cerradas.

El asunto se ponía decididamente mal: el ruso, que no debía de ser un águila, puede que él solo no hubiera logrado identificar el vagón, pero ya dos o tres de sus colegas le estaban señalando enérgicamente la dirección justa. Cesare se apartó bruscamente del respiradero, y recurrió a un remedio extremo: se agazapó en un rincón del coche, y se hizo cubrir a toda prisa con todas las mantas disponibles. En breve desapareció bajo un enorme amasijo de mantas, cobertores, sacos, chaquetas, del cual, aguzando el oído, me pareció oír salir, débiles y sofocadas, blasfemas en aquel contexto, las palabras de una plegaria.

Ya se oía a los rusos vocear bajo el vagón, y dar puñetazos contra la pared, cuando el tren se puso en movimiento con una violenta sacudida. Cesare reapareció, pálido como un muerto, pero se recuperó inmediatamente: «¡Que me busquen ahora!».

A la mañana siguiente, bajo un sol radiante, el tren se paró en Kazàtin. Este nombre me sonaba: ¿dónde lo había leído u oído? ¿En los partes de guerra? Pero tenía la impresión de que era un recuerdo más cercano y más actual, como si alguien me hubiese hablado mucho de él hacía poco tiempo: después y no antes de la cesura de Auschwitz, que partía en dos la cadena de mis recuerdos.

Y he aquí que, de pie en el andén, precisamente bajo nuestro vagón, apareció el recuerdo nebuloso hecho persona: Galina, la chica de Katowice, la traductora-bailarina-dactilógrafa de la *Kommandantur*, Galina de Kazàtin. Me bajé a saludarla, lleno de alegría y de asombro por aquel inverosímil encuentro: ¡encontrarme con mi única amiga rusa en aquel país inmenso!

No me pareció muy cambiada: estaba un poco mejor vestida y se protegía del sol con una sombrillita pretenciosa. Yo tampoco había cambiado mucho, al menos exteriormente: un poco menos desnutrido y miserable que entonces, e igual de andrajoso; pero rico en una nueva riqueza: el tren que estaba a mi espalda, la locomotora lenta pero segura, Italia cada día más cerca. Me deseó un buen regreso: cambiamos pocas palabras apresuradas y embarazadas, en una lengua que no era la suya ni la mía, en la lengua fría del invasor, y nos separamos en seguida porque el tren partía. En el vagón, que corría brincando hacia la frontera, me senté aspirando en mi mano el perfume barato que la suya me había comunicado, alegre de haberla visto de nuevo, triste

por el recuerdo de las horas pasadas con ella, de las cosas que no le había dicho, de las ocasiones que no había aprovechado.

Pasamos otra vez por Žmerinka con temor, recuerdo de los días de angustia que habíamos pasado allí hacía pocos meses: pero el tren continuó sin interrupciones y la noche del 19 de septiembre, después de haber atravesado rápidamente la Besarabia, estábamos sobre el Prut, en la frontera. En la oscuridad cerrada, a modo de despedida, la policía fronteriza soviética llevó a cabo una tumultuosa y desordenada inspección del convoy, a la busca (nos dijeron) de rublos, que estaba prohibido exportar; pero los habíamos gastado todos. Pasado el puente, dormimos en la otra ladera, en el tren parado, ansiosos porque la luz del día nos revelase la tierra rumana.

Y fue verdaderamente una revelación dramática. Cuando por la mañana muy temprano abrimos las puertas de par en par, se ofreció a nuestra mirada un paisaje sorprendentemente familiar: se había acabado la estepa desierta, geológica, y teníamos ante nosotros las colinas verdeantes de la Moldavia con caseríos, pajares, hileras de vides; se habían acabado las enigmáticas inscripciones cirílicas y, frente a nuestro mismo vagón, una casucha desvencijada, azulosa de moho, tenía un letrero donde se leía, bien escrito: «Paine, Lapte, Vin, Carnaciuri de Purcel». Y delante de la casucha había una mujer que sacaba a puñados de un canasto que tenía a sus pies una larguísima salchicha que iba midiendo a palmos, como se mide el cordel.

Se veían campesinos como los nuestros, de cara adusta y de frente pálida vestidos de negro, con chaqueta, chaleco y la cadena del reloj sobre la barriga; chicas a pie o en bicicleta, vestidas casi como entre nosotros, que podrían haberse tomado por vénetas y abrucenses. Cabras, ovejas, vacas, cerdos, gallinas: pero, como freno a toda precoz ilusión doméstica, en un paso-nivel estaba parado un camello, que nos devolvía al espacio extraño: un camello consumido, gris, lanoso, cargado de sacos, irradiando altanería y solemnidad tonta con su prehistórico hocico leporino. También de un modo confuso sonaba a nuestros oídos la lengua del lugar: las raíces y las desinencias las conocíamos, pero estaban arracimadas y contaminadas, por su milenaria convivencia, con otras de sonido extranjero y salvaje: un habla familiar en la música, hermética en el significado.

En la frontera tuvo lugar la ceremonia complicada y penosa del traslado de los destartalados vagones de anchura de eje soviético a otros, igualmente destartalados, de anchura de eje occidental; y poco después entrábamos en la estación de Iasi, donde el convoy fue cansinamente dividido en tres ramales,

señal de que la parada iba a durar mucho tiempo.

En Iasi ocurrieron dos sucesos notables: aparecieron de la nada las dos alemanas del bosque y desaparecieron todos los «rumanos» casados. El contrabando de las dos alemanas a través de la frontera soviética debió de ser organizado con gran audacia y habilidad por un grupo de militares italianos. Los detalles nunca los supimos con exactitud, pero corrió la voz de que las dos chicas habían pasado la noche crítica del paso de la frontera escondidas debajo del piso del vagón, aplastadas entre las bielas y las ballestas. Las vimos paseando por el andén a la mañana siguiente, desenvueltas y orgullosas, vestidas con ropas militares soviéticas y todas sucias de fango y grasa. Ahora se sentían seguras ya.

Al mismo tiempo, en los vagones de los «rumanos» estallaron violentos conflictos familiares. Muchos de éstos, que habían pertenecido al cuerpo diplomático o habían sido desmovilizados, o autodesmovilizados de ARMIR, se habían establecido en Rumania y se habían casado con mujeres rumanas. Al terminar la guerra, casi todos habían optado por la repatriación, y los rusos habían organizado para ellos un tren que tendría que haberlos llevado a Odesa, para embarcarse allí; pero en Žmerinka habían sido sumados a nuestro miserable convoy, y habían seguido nuestro destino: no se supo nunca si intencionada o equivocadamente. Las mujeres rumanas estaban furiosas con los maridos italianos: ya estaba bien de sorpresas y de aventuras, de convoyes y de acampadas. Ahora habían vuelto a entrar en territorio rumano, estaban en su casa, querían quedarse allí y no se avenían a razones: algunas discutían y lloraban, otras intentaban arrastrar a tierra a sus maridos, las más enfurecidas arrojaban al suelo desde los vagones los equipajes y los cacharros domésticos, mientras los niños, asustados, corrían dando chillidos por allí cerca. Los rusos de la escolta habían acudido, pero no entendían nada y se quedaban mirando, pasmados e indecisos.

Como la parada en Iasi amenazaba con prolongarse toda la jornada, salimos de la estación y nos fuimos a dar un paseo por las calles desiertas, entre casas bajas color de barro. Un solo tranvía, diminuto y arcaico, iba y venía de un extremo a otro de la ciudad; en una parada estaba el cobrador, que hablaba yiddish y era judío. Con un poco de trabajo logramos entendernos. Me informó de que, por Iasi, habían pasado ya tres convoyes de supervivientes de todas las razas: franceses, ingleses, griegos, italianos, holandeses, americanos. Había entre ellos muchos judíos necesitados de ayuda: por ello, la comunidad judía local

había constituido un centro de asistencia. Si teníamos una o dos horas, nos aconsejaba que fuésemos hasta aquel centro, recibiríamos consejo y ayuda. Y como su tranvía iba a salir, que subiésemos, nos indicaría cuál era la parada donde teníamos que bajar, y de los billetes se encargaría él.

Fuimos Leonardo, el señor Unverdorben y yo: a través de la ciudad apagada llegamos a un edificio miserable, en ruinas, con puertas y ventanas sustituidas por tablas provisionales. En una oficina oscura y polvorienta nos recibieron dos ancianos patriarcas, de aspecto poco más lucido y opulento que el nuestro: pero estaban llenos de afectuosas recomendaciones y de buenas intenciones, nos pidieron que nos sentásemos en las tres sillas de que disponían, nos colmaron de atenciones y nos contaron precipitadamente, en yiddish y en francés, las pruebas terribles a las que ellos y otros pocos más habían sobrevivido. Tenían fáciles las lágrimas y la risa: en el momento de la despedida nos invitaron imperiosamente a un brindis con un terrible alcohol desnaturalizado y nos entregaron una canastilla de uvas para que las repartiésemos con los otros judíos del convoy. Espigaron también, vaciando todos los cajones y sus mismos bolsillos, una suma en «lei» que en aquel momento nos pareció astronómica; pero que, hecho el reparto y considerando la inflación, nos dimos cuenta de que tenía un valor principalmente simbólico.

De Iasi a la línea

A través de los campos todavía estivales, a través de pueblos y aldeas de nombres bárbaros y sonoros (Ciurea, Scantea, Vaslui, Piscu, Braila, Pogoanele) continuamos aún durante varios días hacia el sur, en etapas minúsculas: la noche del 23 de septiembre vimos fulgurar las llamas de los pozos petrolíferos de Ploesti; después de lo cual, nuestro misterioso piloto tomó la dirección oeste y al día siguiente, por la posición del sol nos dimos cuenta de que nuestra ruta se había invertido: estábamos navegando de nuevo hacia el norte. Admiramos, sin saber qué eran, los castillos de Sinaia, residencia real.

En nuestro vagón habíamos agotado el dinero líquido, y vendido o cambiado todo lo que podía tener un valor comercial, por mínimo que fuese. Por lo cual, salvo ocasionales momentos de buena suerte o actos de bandidaje, no se comía más que lo que nos daban los rusos: la situación no era dramática pero sí confusa y enervante.

Nunca estuvo claro quién era quien se ocupaba del aprovisionamiento: muy probablemente eran los mismos rusos de la escolta, que requisaban al azar de los depósitos civiles o militares que se pusiesen a tiro, los géneros alimenticios más dispares, o tal vez los únicos disponibles. Cuando el tren se paraba o se dividía, cada vagón mandaba dos delegados al coche de los rusos, que poco a poco se había transformado en un caótico bazar ambulante; a éstos, los rusos les distribuían fuera de toda norma, los víveres para sus respectivos vagones. Era un juego de azar cotidiano: en cuanto a la cantidad las raciones eran tan pronto escasas, como ciclópeas o nulas; y, en cuanto a la calidad, era imprevisible como todo lo ruso. Estuvieron mandándonos zanahorias, y zanahorias, y más zanahorias, por

día sin fin; luego desaparecieron las zanahorias y llegaron las habichuelas. Eran habichuelas secas, duras como el acero: para poderlas guisar teníamos que tenerlas en remojo durante horas en recipientes improvisados, escudillas, latas, botes, colgados del techo del vagón; por las noches, cuando el tren frenaba bruscamente, aquel bosque suspendido se ponía a oscilar con violencia, el agua y las habichuelas llovían sobre los durmientes provocando riñas, risotadas y una barahúnda en la oscuridad. Llegaron patatas, después «kaša», después pepinos, pero sin aceite; luego aceite, media escudilla por cabeza, pero cuando se habían terminado los pepinos; luego pepitas de girasol, un ejercicio de paciencia. Un día nos dieron pan y salchichas en abundancia, y todos respiramos; después, trigo durante toda una semana, como si fuésemos gallinas.

Sólo los vagones-familia llevaban cocinas a bordo: en todos los demás nos las arreglábamos para guisar afuera, en el suelo, sobre hogueras improvisadas, encendidas apresuradamente apenas se detenía el tren, y desmontadas a media cocción, entre riñas e imprecaciones cuando el tren se ponía de nuevo en movimiento. Guisábamos con la cabeza baja, de prisa, con el oído atento al silbato de la locomotora, la mirada a los vagabundos hambrientos que en seguida llegaban a montones atraídos por el humo, como las moscas por la miel. Guisábamos como nuestros antepasados, sobre tres piedras: y como muchas veces no se encontraban, cada vagón terminó por tener su propio suministro. Hicieron su aparición espetones y otros medios ingeniosos para sostener la comida; reaparecieron las ollas de Cantarella.

Se planteaba imperiosamente el problema de la leña y del agua. La necesidad obliga: las leñeras privadas fueron saqueadas fulmíneamente, robadas las barreras antinieve que en esos países se amontonan a los lados de las vías durante la temporada estival, demolidas las vallas, las traviesas, y en una ocasión (a falta de otra cosa) destruido un vagón de mercancías: y fue providencial en nuestro vagón la presencia del Moro y su célebre segur. En cuanto al agua, en primer lugar se necesitaban recipientes apropiados, y cada vagón tuvo que buscarse un cubo, mediante cambio, hurto o adquisición. Nuestro cubo, que habíamos comprado legalmente, se reveló agujereado a la primera ocasión: lo arreglamos con esparadrapos de la enfermería y milagrosamente, aguantó la cocción hasta el Brennero, donde se despegó.

Generalmente era imposible hacer provisión de agua en las estaciones: delante de la fuente (cuando había) se formaba en

pocos segundos una cola interminable, y sólo podían llenarse algunos cubos. Había quienes se deslizaban a hurtadillas hasta el «tender» que contenía la provisión destinada a la locomotora: pero si el maquinista se daba cuenta se ponía furioso y bombardeaba a los temerarios con maldiciones y carbones incandescentes. A pesar de lo cual, a veces se conseguía sacar algún chorro de agua caliente del vientre mismo de la locomotora: era agua viscosa y herrumbrada, con la que no se podía guisar, pero con la que uno se podía lavar.

Lo mejor eran los pozos de campo. El tren se paraba muchas veces entre los campos, ante un semáforo rojo: pocos segundos u horas enteras, era difícil preverlo. Entonces, todos nos quitábamos rápidamente los cinturones de los pantalones, con los cuales, abrochados unos a otros, se hacía una cuerda larga; después de lo cual, el más rápido del vagón salía a la carrera, con la soga y el cubo, en busca de un pozo. El más rápido de mi vagón era yo, y muchas veces llevé a cabo la empresa, pero una vez corrí un grave riesgo de perder el tren. Ya había llenado el cubo y lo estaba subiendo trabajosamente cuando oí el silbido de la locomotora. Si abandonaba el cubo y los cinturones, preciosa propiedad común, me deshonraría para siempre: tiré con todas mis fuerzas, agarré el cubo, vertí el agua en tierra, y, embarazado por los cinturones arracimados, eché a correr hacia el tren que ya estaba en movimiento. Un segundo de retraso podía ser un mes de retraso: corrí sin tiento, como si me fuera la vida, salté dos setos y una valla y caí sobre los movibles guijarros del balasto en el momento en que el tren me pasaba por delante. Mi vagón había pasado ya: unas manos piadosas se tendieron hacia mí, asieron los cinturones y el cubo; otras manos me cogieron por los cabellos, los hombros, las ropas, y me izaron al último coche, donde yací en el suelo, desvanecido, durante media hora.

El tren seguía avanzando hacia el norte: se adentraba en un valle cada vez más estrecho, cruzó los Alpes Transilvanos por el paso de Predeal el 24 de septiembre, entre severas montañas desoladas, con un frío que pelaba, y bajó hasta Brasov. Allí, desengancharon la locomotora, lo que era garantía de tregua, y empezó a desarrollarse el ceremonial de rigor: gente de aire furtivo y feroz, con hachas en las manos, rondando por la estación y fuera de ella; otros, con cubos, disputándose la poca agua disponible; otros robando paja de los pajares, o comerciando con la gente del lugar; niños que corrían por los alrededores, en busca de jaleo o de pequeños hurtos; mujeres lavando o lavándose en público, haciéndose visitas o dándose

noticias de un vagón a otro, reavivando las peleas que habían ido rumiando durante la última etapa, o iniciando otras nuevas. En seguida se encendieron las hogueras y se empezó a guisar.

Al lado de nuestro convoy estaba estacionado un transporte militar soviético cargado de camionetas, carros de combate y tanques de carburante. Estaba vigilado por dos robustas mujeres-soldados, de botas y casco, fusil al hombro y bayoneta en ristre: eran de una edad indefinida y de aspecto seco y antipático, al ver que encendíamos hogueras justamente debajo de sus tanques de gasolina, se indignaron con toda razón por nuestra inconsciencia, y al grito de «nelzjà nelzjà» nos obligaron a apagarlas inmediatamente.

Todo el mundo obedeció, con la excepción de un grupito de alpinos, gente encallecida, supervivientes de la campaña de Rusia, que se habían organizado una oca y se la estaban asando. Se pusieron de acuerdo con pocas palabras mientras las dos mujeres tronaban a sus espaldas; luego, dos de ellos designados por elección, se levantaron con el rostro sereno y decidido de quien se sacrifica conscientemente por el bien común. Se enfrentaron a los soldados y les hablaron bajito. El trato fue sorprendentemente breve: las mujeres depusieron los cascos y las armas y luego los cuatro, serios y compuestos, se alejaron de la estación, se metieron por un callejón y desaparecieron a nuestra vista. Volvieron un cuarto de hora después, las mujeres adelante, un poco menos secas y ligeramente sofocadas, los hombres detrás, orgullosos y serenos. El asado estaba en su punto: los cuatro se agacharon junto a los demás, la oca se descuartizó y se repartió pacíficamente, y luego, tras la breve tregua, las rusas recogieron sus armas y continuaron la vigilancia.

Desde Brasov, la dirección de la marcha se volvió de nuevo hacia el oeste, hacia la frontera húngara. La lluvia llegó para empeorar la situación: era difícil encender las hogueras, llevábamos puesta una sola prenda empapada, había fango por todas partes. El techo del vagón no era impermeable: sólo unos metros cuadrados del piso podían ser ocupados, sobre los otros el agua caía sin contención. Surgían por ello riñas y altercados interminables en el momento de echarse a dormir.

Viene de antiguo la observación de que en todo grupo humano hay una víctima predestinada: alguien que está destinado al sufrimiento, del que todos se ríen, sobre el que se cuentan chismes tontos y malévolos; sobre el que, con misterioso acuerdo, todos descargan, su malhumor y su deseo de hacer daño. La víctima en nuestro vagón era el Carabinero.

Sería difícil decir por qué, si es que existía un porqué: el Carabinero era un joven carabinero abrucense, amable, fino, servicial y de buen aspecto. Y ni siquiera era especialmente obtuso, por el contrario, era más bien puntilloso y sensible, y por ello le hacía sufrir profundamente la situación a que lo sometían los demás militares del vagón. Pero, insisto, era carabinero: y se sabe que entre el Cuerpo (como se le llama por antonomasia) y las demás fuerzas armadas no hay buenas relaciones. A los carabineros se les reprocha, maliciosamente, su excesiva disciplina, su seriedad, su castidad, su honradez; su falta de sentido del humor; su obediencia indiscriminada; sus hábitos, su uniforme. Corren sobre su cuenta leyendas fantásticas, grotescas y tontas, que se trasmiten en los cuarteles de generación en generación: la leyenda del martillo, la leyenda del juramento. No voy a hablar de la primera, demasiado sabida e infame; según la segunda, por lo que me enteré, el joven recluta del Cuerpo debe prestar un secreto y abominable juramento negro, en el cual, entre otras cosas, se obliga solemnemente a «matar a su padre y a su madre»: y todo carabinero, o los ha matado o los matará, porque si no, no pasa de cabo. El pobre infeliz no podía abrir la boca: «Cállate, tú, que has matado a tu padre y a tu madre». Pero nunca se rebeló: encajaba este y otros cien vituperios con la paciencia diamantina de un santo. Un día me llevó aparte, como al neutral que era, y me aseguró «que el asunto del juramento no era verdad».

En medio de la lluvia, que nos ponía coléricos y tristes, viajamos casi sin detenernos por tres regiones, parando sólo unas horas en un pueblo lleno de barro que tenía el nombre glorioso de Alba Iulia. La noche del 26 de septiembre, después de haber recorrido más de ochocientos kilómetros de tierra rumana, estábamos en la frontera húngara, cerca de Arad, en una aldea llamada Curtici.

Estoy seguro de que los habitantes de Curtici recuerdan todavía el flagelo de nuestro paso: hasta es de suponer que éste haya entrado a formar parte de las tradiciones locales, y que se hable de él por generaciones, junto al fuego, como en otros tiempos se hablaba de Atila y de Tamerlán. También este particular de nuestro viaje está destinado a permanecer oscuro: según todas las evidencias, las autoridades militares o ferroviarias rumanas no querían seguir haciéndose cargo de nosotros, y ya nos habían «descargado», mientras que las húngaras no nos querían aceptar, o no se habían «hecho cargo» de nosotros: de hecho, nos tuvieron en Curtici, a nosotros, al tren y a la escolta, durante siete días extenuantes; y

devastamos el pueblo.

Curtici era una aldea agrícola de unos mil habitantes, y tenían bien poca cosa; nosotros éramos mil cuatrocientos, y necesitábamos de todo. En siete días les vaciamos todos los pozos, les agotamos las provisiones de leña, y causamos graves daño a todo cuanto la estación contenía de combustible; de las letrinas y de la estación misma es mejor no hablar. Provocamos un pavoroso aumento en los precios de la leche, el pan, el maíz, la volatería; después de lo cual, cuando se había reducido a cero nuestro poder adquisitivo, ocurrieron hurtos de noche y luego también de día. Las ocas, que por lo que parecía constituían el principal recurso local, al comienzo circulaban libremente por los callejones fangosos en solemnes escuadrillas bien ordenadas, desaparecieron por completo, en parte capturadas, en parte encerradas en las caponeras.

Todas las mañanas abríamos las puertas, con la esperanza absurda de que el tren se hubiese movido inadvertidamente durante nuestro sueño: pero no había cambiado nada, el cielo seguía negro y lluvioso, las casas de adobe siempre ante nuestros ojos, el tren inerte e impotente como un barco encallado; y las ruedas, aquellas ruedas que debían llevarnos a casa, nos agachábamos para examinarlas: no, no se habían movido ni un milímetro, parecían soldadas a las vías, y la lluvia las iba cubriendo de herrumbre. Teníamos frío y hambre, nos sentíamos abandonados y olvidados.

Al sexto día, nervioso y furioso más que ninguno de nosotros, Cesare se plantó. Declaró que ya no podía soportar a Curtici, ni a los rusos, ni al tren, ni a nosotros; que no quería volverse loco ni morirse de hambre o ser acogotado por los curticeses; que uno, cuando está en forma, se las arregla mejor solo. Nos dijo que, si queríamos, podíamos seguirlo: pero las cosas claras, estaba cansado de miserias, estaba dispuesto a correr riesgos, quería cortar por lo sano, hacer unos cuartos rápidamente y volver a Roma en avión. Ninguno de nosotros se animó a seguirlo, y Cesare se fue: tomó un tren para Bucarest, corrió muchas aventuras y consiguió lo que quería, es decir, volvió a Roma en avión, aunque después de nosotros; pero ésta es otra historia, una historia de «haulte graisse», que no voy a contar, o que contaré en otro lugar, sólo y cuando Cesare me dé permiso.

Si en Rumania había gozado de un delicado placer filológico al degustar nombres como Galati, Alba Iulia, Turnu Severin, al entrar en Hungría nos topamos, por el contrario, con Békéscsaba, al que siguieron Hódmezövasárhely y

Kiskunfélegyháza. La llanura magiar estaba empapada, el cielo plomizo, pero sobre todo nos entristecía la marcha de Cesare. Había dejado entre nosotros un vacío doloroso: en su ausencia nadie sabía de qué hablar, nadie conseguía vencer el aburrimiento del viaje interminable, el cansancio de los diecinueve días de marcha que ahora nos pesaban sobre los hombros. Nos mirábamos unos a los otros con un vago sentimiento de culpa: ¿por qué lo habíamos dejado ir? Pero en Hungría, a pesar de los nombres imposibles, nos sentíamos ya en Europa, bajo el ala de una civilización que era la nuestra, al abrigo de apariciones alarmantes como aquella del camello de Moldavia. El tren apuntaba hacia Budapest, pero no entró; se detuvo en varias ocasiones en Ujpest y en otras escalas periféricas el 6 de octubre, ofreciéndonos visiones espectrales de escombros, barracas provisionales y carreteras desiertas; luego, se adentró de nuevo por la llanura, entre chaparrones y velos de nieblas otoñal.

Se paró en Szób, y era un día de mercado: bajamos todos, para estirar las piernas y gastar el poco dinero que teníamos. Yo no tenía nada, pero estaba hambriento, y cambié la chaqueta de Auschwitz, que había conservado hasta entonces celosamente, por una noble mezcla de queso fermentado y cebollas, cuyo fuerte olor me había atraído. Cuando silbó la máquina y volvimos a subir al vagón, nos contamos y éramos dos más.

Uno era Vincenzo, y nadie se extrañó. Vincenzo era un muchacho difícil: un pastor calabrés de dieciséis años que había llegado a Alemania sabe Dios cómo. Era tan agreste como el Velletrano, pero de manera diferente: tan tímido, reservado y contemplativo como aquél era violento y sediento de sangre. Tenía unos ojos azules maravillosos, como femeninos, y una cara fina, cambiante, lunar: casi nunca hablaba. Era de alma nómada, inquieto, atraído por el bosque en Staryje Doroghi, como por demonios invisibles: y en el tren no tenía una residencia estable en ningún vagón sino que se mudaba de uno a otro. Comprendimos pronto la razón de su inestabilidad: apenas el tren salió de Szób, Vincenzo cayó al suelo, con los ojos en blanco y la mandíbula rígida, como de piedra. Rugía como una fiera y se debatía, más fuerte que los cuatro alpinos que lo sujetaban: era una crisis epiléptica. Era evidente que había tenido otras, en Staryje Doroghi y antes: pero cada vez, cuando advertía los síntomas premonitorios, Vincenzo, impulsado por su rudeza salvaje, se había refugiado en el bosque, para que nadie se enterase de su enfermedad; o puede ser que ante la enfermedad huyese, como hacen los pájaros ante la tempestad. En el largo

viaje, como no podía quedarse en tierra, cuando advertía los síntomas cambiaba de vagón. Se quedó con nosotros unos días luego desapareció y lo encontramos en cuclillas sobre el techo de otro vagón. ¿Por qué? Nos contestó que desde allí se veía mejor el paisaje.

El otro huésped nuevo, por distintas razones, también se reveló un caso difícil. Nadie lo conocía: era un muchacho robusto, descalzo, vestido con chaqueta y pantalones del Ejército Rojo. Hablaba sólo húngaro y ninguno de nosotros lograba entenderlo. El Carabinero nos contó que, mientras estaba comiendo un trozo de pan, el muchacho se le había acercado y le había extendido la mano; él le había dado la mitad de su comida y desde entonces no había conseguido librarse de él: mientras nosotros subíamos apresuradamente a los vagones debió de seguirle sin que nadie lo advirtiese.

Smolensk
Minsk
Staryje Doroghi
Bobruisk
Sluzk
La Haya
HOLANDA
Berlin
Varsovia
ALEMANIA
POLONIA
BÉLGICA
Ovruč
URSS
Kiev
Luxemburgo
Žitomir
Praga
Katowice
Cracovia
Tarnów
Rzeszów
Kazátin
Auschwitz
Przemyśl
Leópoli
Ternopol
Proskurov
FRANCIA
CHECOSLOVAQUIA
Vinniza
Žmerinka
Munich
Braunau
St. Valentin
St. Pölten
Bratislava
Mogilev
Garmisch
Wels
Amstetten
Viena
Galanta
Berna
Szób
Belcy
Innsbruck
Budapest
SUIZA
Brennero
AUSTRIA
HUNGRÍA
Szolnok
Iasi
Bolzano
Kiskunfélegyháza
Békéscsaba
Vaslui
Trento
Hodmezövasárhely
Curtici
Bárlad
Milán
Arad
Alba Iulia
Turín
Verona
Brasov
Braila
RUMANIA
ITALIA
Belgrado
Ploesti
Bucarest
YUGOSLAVIA
BULGARIA
0
100
200
300
400 km.
Sofía

Bielorussia
Staryje Doroghi
(15 luglio - 15 settembre)
Bobruisk (16 settembre)
Sluzk
(inizio luglio)
Polonia
Germania
Ucraina
Ovruč
(17 sett. - ritorno)
Katowice
(marzo - metà giugno)
Auschwitz
(partenza a fine febbraio 1945)
Slovacchia
Zmerinka
(fine giugno - andata
18 sett. - ritorno)
Monaco (15 ottobre)
Bratislava (7 ottobre)
Vienna (8 ottobre)
Szób (6 ottobre)
Moldavia
Romania
Iasi (19 settembre)
Austria
Ungheria
Curtici (26 settembre)
Italia
Torino
(arrivo il 29 ottobre 1945)
Verona (17 ottobre)
Ploesti (23 settembre)

Fue bien acogido: una boca más no nos preocupaba. Era un muchacho inteligente y alegre; apenas el tren se había puesto en movimiento se presentó con gran dignidad. Se llamaba Pista y tenía catorce años. ¿Tenía padre y madre? En esto era más difícil hacerse entender; encontré un trocito de lápiz y otro de papel, dibujé un hombre y una mujer, y un niño en medio; señalé al niño diciendo «Pista», y esperé. Pista se puso serio, luego hizo un dibujo de terrible evidencia: una casa, un avión, una bomba que estaba cayendo. Luego tachó la casa, y dibujó al lado un gran montón humeante.

Pero no tenía ganas de tristeza: hizo una bola con aquel papel, pidió otro, y dibujó un tonel, con mucho detalle. El fondo en perspectiva, con todas las duelas, una por una; luego los aros, y el agujero con la espita. Nos miramos sin saber cómo interpretarlo: ¿qué sentido tenía aquel mensaje? Pista se reía, feliz: luego se dibujó a sí mismo, al lado, con un martillo en una mano y una sierra en la otra. ¿No lo entendíamos? Era su oficio, era tonelero.

Todos le cogimos simpatía rápidamente; por otra parte, quería ser útil, barría el piso todas las mañanas, fregaba con entusiasmo las escudillas, iba a coger agua, y era feliz entre sus compatriotas cuando se lo mandaba «de compras» en las distintas paradas. Cuando llegamos al Brennero ya se explicaba en italiano; cantaba bonitas canciones de su tierra, que nadie entendía, luego intentaba explicárnoslas con gestos, haciéndonos reír a todos y riéndose a grandes carcajadas él antes que nadie. Estaba encariñado como un hermano pequeño con el Carabinero, cuyo pecado original fue lavando poco a poco: porque éste habría matado a su padre y a su madre, pero en el fondo debía de ser un buen chico cuando Pista se había ido tras él. Llenó el hueco que Cesare había dejado. Le preguntamos que por qué se había venido con nosotros, que qué era lo que buscaba en Italia: pero no logramos averiguarlo, en parte por la dificultad para entendernos, pero principalmente porque él mismo no parecía saberlo. Hacía meses que vagabundeaba por las estaciones como un perro perdido: había seguido a la primera criatura humana que lo había mirado con misericordia.

Esperábamos pasar de Hungría a Austria sin complicaciones fronterizas, pero no fue así: la mañana del 7 de octubre, el día vigésimo segundo de la expedición, estábamos en Bratislava, en Checoslovaquia; desde allí se veían los Besquidios, los mismos montes que cruzaban el lúgubre horizonte de Auschwitz. Otra lengua, otra moneda, otro camino: ¿estábamos cerrando un círculo? Katowice estaba a doscientos kilómetros: ¿estábamos

recomenzando otro vano y extenuante circuito de Europa? Pero por la noche entramos en tierra alemana: el día 8 habíamos encallado en la estación de mercancías de Leopoldau, una estación periférica de Viena, y casi nos sentíamos en casa.

La periferia de Viena era fea y destartalada como las que nos eran familiares de Milán y Turín y como ellas, en los últimos recuerdos que teníamos, estaba trastornada y destruida por los bombardeos. Los transeúntes eran pocos: mujeres, niños, viejos, ningún hombre. Paradójicamente su lenguaje me sonaba familiar; algunos incluso entendían italiano. Cambiamos al azar el dinero que teníamos por moneda local, pero fue en vano: como en Cracovia, en marzo, todas las tiendas estaban cerradas o vendían sólo artículos racionados. «¿Y qué se podía comprar en Viena sin cartillas?», le pregunté a una chica, que no tenía más de doce años. Iba vestida de harapos pero llevaba zapatos de tacón y estaba muy maquillada: «Überhauptnichts», me contestó con sorna.

Volvimos al tren para pasar la noche durante la cual, con muchas sacudidas y estridencias recorrimos unos pocos kilómetros y nos encontramos en otra estación de carga, Viena-Jedlersdorf. Junto a nosotros emergía de la niebla otro convoy, o mejor dicho, el cadáver atormentado de un convoy: la locomotora estaba en posición vertical, absurda, con el hocico apuntando al cielo como si quisiese subir a él; todos los vagones estaban carbonizados. Nos acercamos empujados por el afán de saqueo y por una curiosidad sarcástica: nos prometíamos una satisfacción maligna al poner las manos sobre las ruinas de algunas cosas alemanas. Pero al sarcasmo respondió el sarcasmo; en un vagón había un montón indefinible de trozos metálicos que debían haber sido parte de instrumentos musicales quemados, y centenares de ocarinas de barro, únicas supervivientes; en otro, pistolas de ordenanza, fundidas y herrumbrosas; en un tercero, una maraña de sables curvos que el viento y la lluvia habían soldado dentro de sus fundas por todos los siglos futuros: vanidad de vanidades, y el frío sabor de la ruina.

Nos alejamos, y vagando a la ventura nos encontramos en los diques del Danubio. El río iba crecido, turbio, amarillo y henchido de amenazas: en aquel punto su curso es casi rectilíneo. Se veían, uno tras el otro, en una brumosa perspectiva de pesadilla, siete puentes, los siete partidos exactamente en el centro, los siete con sus muñones inmersos en el agua vertiginosa. Mientras volvíamos a nuestra morada ambulante nos alcanzó el chirriar de un tranvía, única cosa viva.

Corría alocadamente por los raíles desajustados, a lo largo de las calles desiertas, sin detenerse en las paradas. Divisamos al conductor en su puesto, pálido como un espectro, y detrás de él, delirantes de entusiasmo, a los siete rusos de nuestra escolta, sin ningún otro pasajero: era el primer tranvía de su vida. Mientras los unos sacaban el cuerpo por la ventanilla gritando «hurra, hurra», los otros incitaban y amenazaban al conductor para que fuese más de prisa.

En una gran plaza había mercado; otro mercado espontáneo e ilegal, pero mucho más miserable y furtivo que los polacos que había frecuentado con el griego y con Cesare: a lo que recordaba, y muy de cerca, era otro escenario, la Bolsa de *Lager*, indeleble en nuestros recuerdos. No había puestos sino gente de pie, con frío, inquieta, en grupos pequeños, pronta a la fuga, con bolsos y maletas en la mano y los bolsillos abultados; lo que cambiaban eran naderías minúsculas, patatas, rebanadas de pan, cigarrillos sueltos, calderillas y gastados trastos de uso doméstico.

Volvimos a nuestros vagones con el corazón agobiado. No habíamos experimentado ningún gozo sino pena, viendo a Viena deshecha y a los alemanes doblegados; no compasión sino una pena más profunda que se confundía con nuestra propia miseria, con la sensación pesada, inminente, de un mal irreparable y definitivo, omnipresente, anidado como una gangrena en las vísceras de Europa y del mundo, simiente de futuros males.

Parecía que el tren no pudiera despegarse de Viena: luego de tres días de paradas y maniobras, el 10 de octubre estábamos en Nussdorf, otro suburbio, hambrientos, mojados y tristes. Pero la mañana del 11, como si hubiese encontrado de repente un rastro perdido, el tren se enderezó decididamente hacia occidente: con rapidez desacostumbrada atravesó St. Pölten, Loosdorf y Amstetten, y por la noche, a lo largo de la carretera que corría paralelamente a la vía, apareció un signo, tan portentoso para nosotros como los pájaros que anuncian a los navegantes la tierra vecina. Era un vehículo que desconocíamos: un coche militar chato y sin gracia, plano como una caja, que llevaba pintada en un flanco una estrella blanca y no roja: en resumen, un jeep. Lo conducía un negro; uno de sus ocupantes nos hacía señales con los brazos, y gritaba en napolitano: «¡Eh, tíos, nos vamos a casa!».

La línea fronteriza estaba por consiguiente cerca: llegamos a ella por St. Valentin, a pocos kilómetros de Linz. Aquí nos hicieron bajar, nos despedimos de los jóvenes bárbaros de la escolta y del benemérito maquinista, y pasamos a manos de los

americanos.

Los campos de tránsito están peor organizados cuanto más corta es la duración media de la estancia en ellos: en St. Valentin las paradas eran de pocas horas, de un día como máximo, y por eso el campo estaba muy sucio y era muy primitivo. No había luz, calefacción ni camas: se dormía sobre el pavimento de madera desnudo, en barracas de una inestabilidad que daba miedo, en medio de un palmo de fango. La única instalación eficaz era la de los baños y la desinfección: bajo esta especie de purificación y de exorcismo el Occidente tomó posesión de nosotros.

De la tarea sacerdotal estaban encargados algunos GI [5] gigantescos y taciturnos, desarmados, pero decorados con una miríada de adminículos cuyo significado y utilidad se nos escapaba. Por lo que se refiere al baño, todo fue sobre ruedas: había una veintena de cabinas de madera, con ducha tibia y con toallas de baño, lujo desacostumbrado. Después del baño nos introdujeron en un vasto local de ladrillos, dividido en dos por un cable del que colgaban diez curiosos aparatos, vagamente parecidos a martillos neumáticos: fuera se oía pulsar un compresor. Todos los mil cuatrocientos fuimos agrupados a un lado de la división, hombres y mujeres juntos: y he aquí que aparecen en escena diez funcionarios de aspectos poco terrestre, envueltos en monos blancos, con cascos y máscaras antigás. Cogieron a los primeros del rebaño y, sin cumplidos, les enchufaron los tubos que colgaban del aparato, uno tras otro, por todas las aberturas de la ropa: por el cuello, por la cintura, en los bolsillos, por los pantalones arriba, abajo las faldas. Aquello era una especie de soplillos neumáticos que insuflaban el insecticida: y el insecticida era el DDT, una novedad total para nosotros, como el jeep, la penicilina y la bomba atómica, de la que tuvimos noticias poco después.

Protestando o riendo por las cosquillas, todos nos sometíamos al tratamiento, hasta que le llegó la vez a un oficial de marina y a su novia, que era guapísima. Cuando los encapuchados pusieron sus manos, castas pero rudas, sobre ésta, el oficial se puso enérgicamente en medio. Era un joven fuerte y decidido: ay, de quien se atreviese a tocar a su mujer.

Aquel perfecto mecanismo se cortó en seco: los encapuchados se consultaron brevemente, con sonidos nasales inarticulados; luego uno de ellos se quitó la máscara y el mono y se plantó delante del oficial con los puños cerrados, en actitud de guardia. Los demás se pusieron en corro ordenadamente, y comenzó un asalto normal de pugilato. Luego de unos minutos

de combate silencioso y caballeresco, el oficial cayó a tierra sangrando por la nariz; la muchacha, trastornada y pálida, fue fumigada por todas partes según las prescripciones, pero sin cólera ni afán de represalia, y todo entró en el orden americano.

El despertar

Austria limita con Italia, y St. Valentin no dista de Treviso más de trescientos kilómetros; y sin embargo el 15 de octubre, trigésimo primer día de viaje, atravesábamos una nueva frontera y entrábamos en Munich, presas de un desconsolado cansancio ferroviario, de una náusea radical ante las vías, los precarios sueños sobre el entarimado, el traqueteo, las estaciones; por lo cual los olores familiares, comunes a todos los ferrocarriles del mundo, el agudo olor de las traviesas empapadas, de los frenos calientes, del carbón consumido, nos causaban un malestar profundo. Estábamos cansados de todo, especialmente, cansados de atravesar límites inútiles.

Y, por otra parte, el hecho de sentir por primera vez bajo nuestros pies un trozo de Alemania, no de la Alta Silesia o de Austria, sino de la verdadera Alemania, superponía a nuestro cansancio un estado de ánimo complejo, en el que se mezclaban la impaciencia, la frustración y la tensión. Nos parecía que teníamos algo que contar, cosas enormes que contar a cada uno de los alemanes, y que cada uno de los alemanes tenía que contárnoslas a nosotros: sentíamos la urgencia de echar cuentas, de exigir, de explicar y de comentar, como los jugadores de ajedrez al final de la partida. ¿Sabían «ellos» lo que había ocurrido en Auschwitz, las matanzas silenciosas y cotidianas, a un paso de sus puertas? Si lo sabían ¿cómo podían ir por la calle, volver a sus casas y mirar a sus hijos, cruzar el umbral de una iglesia? Si no lo sabían, tenían que escucharnos religiosamente, enterarse por nosotros, por mí, de todo y rápidamente: sentía el número tatuado sobre mi brazo gritar como una herida.

Vagando por las calles de Munich llenas de ruinas, por los

alrededores de la estación donde una vez más nuestro tren yacía encallado, me parecía revolverme entre turbas de deudores insolventes, como si todos me debiesen algo y se negasen a pagármelo. Estaba entre ellos, en el campo de Agramante, entre el pueblo de los Señores: pero los hombres eran pocos, muchos mutilados, muchos vestidos de harapos como yo. Me parecía que todos habrían tenido que interrogarnos, leernos en la cara quiénes éramos, y escuchar con humildad nuestro relato. Pero ninguno nos miraba a los ojos, ninguno aceptó el desafío: eran sordos, ciegos y mudos, pertrechados en sus ruinas como en un reducto de voluntaria ignorancia, todavía fuertes, todavía capaces de odio y de desprecio, prisioneros todavía del viejo complejo de soberbia y de culpa.

Me sorprendí buscando entre ellos, entre aquella multitud anónima de rostros sellados, otros rostros bien definidos, muchos de los cuales se correspondían con un nombre: de quienes no podían dejar de saber, dejar de recordar, no contestar; de quienes habían ordenado, y obedecido, matado, humillado, corrompido. Una tentativa vana y necia: porque no hubiesen sido ellos sino otros, los pocos justos, quienes habrían contestado en su lugar.

Si en Szób habíamos recogido un huésped, después de Munich nos dimos cuenta de haber recogido una camada entera: nuestros vagones ya no eran sesenta sino sesenta y uno. En la cola iba con nosotros a Italia un nuevo vagón, atestado de jóvenes judíos, muchachos y muchachas, provenientes de todos los países de la Europa oriental. Ninguno parecía tener más de veinte años, pero era gente extremadamente segura y decidida: eran jóvenes sionistas, iban a Israel, pasando por donde podían y abriéndose camino como podían. Un barco los esperaba en Bari: el vagón lo habían comprado y, para engancharlo al nuestro, habían hecho lo más sencillo del mundo, no habían pedido permiso a nadie; lo habían enganchado y basta. Me asombré pero se rieron de mi asombro: «¿Es que Hitler no está muerto?», me dijo su jefe, de intensa mirada de halcón. Se sentían enormemente libres y fuertes, dueños del mundo y de su destino.

Por Garmisch-Partenkirchen llegamos por la noche al campo de descanso de Mittenwald, entre las montañas, en la frontera austriaca, donde reinaba un fabuloso desorden. Pernoctamos allí, y fue nuestra última noche gélida. Al día siguiente el tren bajó a Innsbruck, y allí se llenó de contrabandistas italianos, los cuales, en ausencia de la autoridad constituida, nos llevaron el saludo de la patria y distribuyeron generosamente entre nosotros

chocolate, aguardiente y tabaco.

En su subida hacia la frontera italiana, el tren, más cansado que nosotros, se rompió en dos como un cable demasiado tenso: hubo varios heridos y ésta fue nuestra última aventura. Era ya de noche cuando pasamos el Brennero, que habíamos atravesado hacia el exilio hacía veinte meses: los compañeros menos castigados, en alegre tumulto; Leonardo y yo en un silencio pesado de recuerdos. De los seiscientos cincuenta que éramos al salir, volvíamos tres. ¿Y cuánto habíamos perdido en aquellos veinte meses? ¿Qué es lo que íbamos a encontrarnos en casa? ¿Cuánto de nosotros mismos se había gastado, apagado? ¿Volvíamos más ricos o más pobres, más fuertes o más vacíos? No lo sabíamos: pero sabíamos que en el umbral de nuestra casa, para bien o para mal, nos esperaba una prueba y pensábamos en ella con temor. Sentíamos que por las venas nos fluía, junto con la sangre extenuada, el veneno de Auschwitz: ¿dónde íbamos a encontrar la fuerza para volver a vivir, para derribar las barreras, los matorrales que crecen espontáneamente durante todas las ausencias, en torno a toda casa desierta y a todo cubil vacío? Pronto, mañana mismo, tendríamos que dar la batalla a enemigos desconocidos todavía, de dentro y de fuera de nosotros: ¿con qué armas, con qué energía, con qué voluntad? Nos sentíamos viejos de una vejez secular, oprimidos por un año de recuerdos feroces, vacíos e inermes. Los meses que acababan de transcurrir, a pesar de su dureza, del vagabundaje por los márgenes de la civilización, se nos presentaban ahora como una tregua, un paréntesis de ilimitada disponibilidad, un don providencial pero irrepetible del destino.

Dándole vueltas a estos pensamientos, que nos quitaban el sueño, pasamos la primera noche en Italia, mientras el tren descendía lentamente por el valle del Ádige, desierto y oscuro. El 17 de octubre nos acogió el campo de Pescantina, cerca de Verona, y aquí nos separamos, cada uno hacia su destino: pero hasta la noche del día siguiente no salía un tren en dirección a Turín. En el confuso vértice de millares de prófugos y de supervivientes, vimos a Pista, que ya había encontrado su camino: llevaba el brazalete blanco y amarillo de la Pontificia Opera di Assistenza, y colaboraba, listo y alegre, en la vida del campo. Y hete aquí que, sobresaliendo con toda la cabeza por encima de la multitud, avanzaba hacia nosotros una figura, una cara conocida, el Moro de Verona. Venía a despedirse de Leonardo y de mí: había llegado a casa el primero, porque Avesa, su pueblo, estaba a pocos kilómetros. Y nos bendijo, el

viejo blasfemador: elevó sus dedos enormes y nudosos, y nos bendijo con el gesto solemne de los pontífices, deseándonos un buen regreso y la mejor suerte. Le agradecimos la bendición porque la necesitábamos.

Llegué a Turín el 19 de octubre, después de treinta y cinco días de viaje: la casa estaba en pie, toda mi familia viva, nadie me esperaba. Estaba hinchado, barbudo y lacerado, y me costó trabajo que me reconociesen. Encontré a mis amigos llenos de vida, el calor de la comida segura, el concreto trabajo cotidiano, la alegría liberadora de poder contar. Encontré una cama ancha y limpia, que por las noches (instante de terror) cedía blandamente a mi peso. Pero sólo después de muchos meses fue desapareciendo mi costumbre de andar con la mirada fija en el suelo, como buscando algo que comer o meterme en el bolsillo apresuradamente para cambiarlo por pan; y no ha dejado de visitarme, a intervalos unas veces espaciados y otras continuos, un sueño lleno de espanto.

Es un sueño que está dentro de otro sueño, distinto en los detalles, idéntico en la sustancia. Estoy a la mesa con mi familia, o con mis amigos, o trabajando, o en una campiña verde: en un ambiente plácido y distendido, aparentemente lejos de toda tensión y todo dolor; y sin embargo experimento una angustia sutil y profunda, la sensación definida de una amenaza que se aproxima.

Y, efectivamente, al ir avanzando el sueño, poco a poco o brutalmente, cada vez de modo diferente, todo cae y se deshace a mi alrededor, el decorado, las paredes, la gente; y la angustia se hace más intensa y más precisa. Todo se ha vuelto un caos: estoy solo en el centro de una nada gris y turbia, y precisamente sé lo que ello quiere decir, y también sé que lo he sabido siempre: estoy otra vez en el *Lager*, y nada de lo que había fuera del *Lager* era verdad. El resto era una vacación breve, un engaño de los sentidos, un sueño: la familia, la naturaleza, las flores, la casa. Ahora este sueño interior al otro, el sueño de paz, se ha terminado, y en el sueño exterior, que prosigue gélido, oigo sonar una voz, muy conocida; una sola palabra, que no es imperiosa sino breve y dicha en voz baja. Es la orden del amanecer en Auschwitz, una palabra extranjera, temida y esperada: a levantarse, «Wstawać».

Turín, diciembre 1961-noviembre 1962

PRIMO LEVI

Los hundidos y los salvados

El Aleph

LOS HUNDIDOS Y LOS SALVADOS

Since then, at an uncertain hour,
That agony returns:
And till my ghastly tale is told
This heart within me burns.

S.T. COLERIDGE,
The Rime of the Ancient Mariner
(Or. vv. 582-585)

Prefacio

Las primeras noticias sobre los campos nazis de exterminio empezaron a difundirse en el año crucial de 1942. Eran noticias vagas, pero acordes entre sí: perfilaban una matanza de proporciones tan vastas, de una crueldad tan exagerada, de motivos tan intrincados, que la gente tendía a rechazarlas por su misma enormidad. Es significativo que este rechazo hubiese sido confiadamente previsto por los propios culpables; muchos sobrevivientes (entre otros, Simon Wiesenthal en las últimas páginas de *Gli assassini sono fra noi*, Garzanti, Milán, 1970) recuerdan que los soldados de las SS se divertían en advertir cínicamente a los prisioneros: «De cualquier manera que termine esta guerra, la guerra contra vosotros la hemos ganado; ninguno de vosotros quedará para contarlo, pero incluso si alguno lograra escapar el mundo no lo creería. Tal vez haya sospechas, discusiones, investigaciones de los historiadores, pero no podrá haber ninguna certidumbre, porque con vosotros serán destruidas las pruebas. Aunque alguna prueba llegase a subsistir, y aunque alguno de vosotros llegara a sobrevivir, la gente dirá que los hechos que contáis son demasiado monstruosos para ser creídos: dirá que son exageraciones de la propaganda aliada, y nos creerá a nosotros, que lo negaremos todo, no a vosotros. La historia del *Lager*, seremos nosotros quien la escriba».

Es curioso que esa misma idea («aunque lo contásemos, no nos creerían») aflorara, en forma de sueño nocturno, de la desesperación de los prisioneros. Casi todos los liberados, de viva voz o en sus memorias escritas, recuerdan un sueño recurrente que los acosaba durante las noches de prisión y que, aunque variara en los detalles, era en esencia el mismo: haber

vuelto a casa, estar contando con apasionamiento y alivio los sufrimientos pasados a una persona querida, y no ser creídos, ni siquiera escuchados. En la variante más típica (y más cruel), el interlocutor se daba vuelta y se alejaba en silencio. Es éste un tema sobre el cual volveremos, pero es importante subrayar ya cómo ambas partes, las víctimas y los opresores, se daban cuenta de la enormidad y, por consiguiente, de lo imposible que sería darle credibilidad, a lo que estaba sucediendo en los *Lager*: y, podemos añadir aquí que, no sólo en los *Lager* sino también en los *ghettos*, en la retaguardia del frente oriental, en los cuarteles de la policía, en los asilos de deficientes mentales.

Por fortuna, las cosas no han sucedido como temían las víctimas y los nazis esperaban. Hasta la más perfecta de las organizaciones tiene algún defecto, y la Alemania de Hitler, sobre todo en los meses anteriores a su derrumbamiento, estaba lejos de ser una máquina perfecta. Muchas de las pruebas materiales de los exterminios masivos fueron destruidas, o se intentó destruirlas más o menos hábilmente: en el otoño de 1944 los nazis hicieron saltar las cámaras de gas y los crematorios de Auschwitz pero sus ruinas subsisten todavía y, a pesar de los malabarismos de sus epígonos, es difícil explicar su finalidad recurriendo a hipótesis fantasiosas. El *ghetto* de Varsovia, luego de la famosa insurrección de la primavera de 1943, fue arrasado, pero el celo sobrehumano de algunos combatientes-historiadores (historiadores de sí mismos) logró que, entre los escombros de muchos metros de espesor o escondidos detrás de los muros, otros historiadores encontrasen los testimonios de cómo, día a día, en aquel *ghetto* se había vivido y se había muerto. Todos los archivos de los *Lager* fueron quemados durante los últimos días de la guerra. Ha sido verdaderamente una pérdida irreparable, hasta el punto de que hoy se discute todavía si los muertos fueron cuatro, seis u ocho millones pero, en cualquier caso, se trata de millones. Antes de que los nazis hubiesen recurrido a los múltiples y gigantescos crematorios, los innumerables cadáveres de las víctimas, deliberadamente asesinadas o consumidas por las privaciones y las enfermedades, podían constituir una prueba, y tenían que ser eliminados fuera como fuera. La primera solución, tan macabra que cuesta decidirse a contarla, fue la de amontonar simplemente los cadáveres, centenares de miles de cadáveres, en grandes fosas comunes. Se hizo especialmente en Treblinka, en otros *Lager* menores y en la retaguardia rusa. Era una solución provisional, tomada con una despreocupación bestial cuando los ejércitos alemanes triunfaban en todos los frentes y la victoria final parecía segura: ya se vería *después* lo que habría

que hacer, el vencedor es dueño también de la verdad, puede manipularla como quiere, ya se justificarían las fosas comunes de alguna manera. Se harían desaparecer o se atribuirían a los soviéticos (que, por otra parte, en Katyn demostraron que no se quedaban atrás). Pero tras la derrota de Stalingrado lo pensaron mejor: más valía no dejar huellas. Los mismos prisioneros fueron obligados a desenterrar aquellos desdichados restos y a quemarlos en hogueras al aire libre, como si una operación de tamañas proporciones y tan poco habitual pudiese pasar desapercibida.

Los mandos de las SS y los servicios de seguridad se dedicaron, después, con el mayor esmero, a evitar que quedara testimonio alguno. Éste es el sentido (difícilmente podría pensarse en otro) de los agónicos traslados, en apariencia descabellados, con que se terminó la historia de los campos nazis en los primeros meses de 1945: los sobrevivientes de Majdanek a Auschwitz, los de Auschwitz a Buchenwald y a Mauthausen, los de Buchenwald a Bergen Belsen, las mujeres de Ravensbrück a Schwerin. En resumen, todos debían ser sustraídos a la liberación, deportados de nuevo hacia el corazón de Alemania, que estaba siendo invadida por el este y por el oeste; no importaba que muriesen por el camino, lo que importaba es que no contasen nada. En realidad, después de haber sido centros de terror político, luego fábricas de muerte y, sucesivamente (o al mismo tiempo), una ilimitada reserva de mano de obra esclava continuamente renovada, los *Lager* se habían hecho peligrosos para la Alemania moribunda, porque guardaban el secreto de ellos mismos, el mayor crimen cometido en la historia de la humanidad. El ejército de larvas que todavía vegetaba en ellos estaba formado por *Geheimnisträger*, detentores de secretos, de los cuales era necesario librarse; destruidas ya las fábricas de exterminio, a su vez elocuentes, se decidió trasladarlos al interior, con la absurda esperanza de poder recluirlos todavía en otros *Lager*, menos amenazados por los frentes que se iban acercando, y de explotar su última capacidad laboral. Y con otra esperanza menos absurda: que el tormento de aquellos éxodos bíblicos redujese su número. En efecto, su número se redujo de forma pavorosa. Sin embargo, hubo alguno que tuvo la suerte y el valor de sobrevivir, y ha quedado para dar testimonio.

Es menos conocido y ha sido menos investigado el hecho de que muchos detentores de secretos se encontrasen también de la otra parte, de parte de los opresores. Aunque fuera verdad que eran muchos los que sabían poco y pocos los que sabían

todo. Nadie podrá nunca determinar con precisión cuántos, dentro del aparato nazi, *podían no conocer* las espantosas atrocidades que se estaban cometiendo; cuántos sabían algo, pero estaban en condiciones de fingir que lo ignoraban; y cuántos hubiesen tenido la posibilidad de saberlo todo, pero eligieron la vía más prudente de tener los ojos, los oídos y sobre todo la boca bien cerrados. Como quiera que haya sido y, aunque no pueda suponerse que la mayoría de los alemanes aceptara la masacre sin inmutarse, la verdad es que la escasa difusión de la verdad sobre los *Lager* constituye una de las mayores culpas colectivas del pueblo alemán, y la demostración más clara de hasta qué grado de vileza lo había reducido el terror hitleriano. Una vileza que se había convertido en hábito, tan profunda que impedía a los maridos hablar con sus mujeres, a los padres con sus hijos. Vileza sin la cual no se habría llegado a las mayores atrocidades, y Europa y el mundo serían hoy distintos.

No hay duda de que quienes conocían la horrible verdad por ser (o haber sido) sus responsables, tenían buenas razones para callar; pero, en cuanto depositarios del secreto, ellos no siempre tenían la vida asegurada, aun cuando callasen. Lo prueba el caso de Stangl y de los demás verdugos de Treblinka que, luego de la insurrección y el desmantelamiento de aquel *Lager*, fueron trasladados a una de las zonas partisanas más peligrosas.

La ignorancia buscada y el miedo han acallado también muchos posibles testimonios de «civiles» sobre las infamias de los *Lager*. Especialmente durante los últimos años de la guerra, los *Lager* constituían un sistema extenso, complejo, profundamente compenetrado con la vida cotidiana del país; se ha hablado con toda razón de *univers concentrationnaire*, pero no era un universo cerrado. Sociedades industriales grandes y pequeñas, haciendas agrícolas, fábricas de armamentos, sacaban provecho de la mano de obra prácticamente gratuita que proporcionaban los campos. Algunas agotaban a los prisioneros sin piedad y aceptaban el principio inhumano (y estúpido también) de las SS, según el cual, un prisionero era igual a otro y, si moría de cansancio podía ser substituido de inmediato; unas pocas intentaban cautamente aligerar sus penas. Otras industrias, o tal vez las mismas, sacaban provecho del aprovisionamiento de los propios *Lager*: maderas, materiales de construcción, la tela a rayas de los uniformes de los prisioneros, las verduras desecadas para el potaje, etcétera. Los numerosos hornos crematorios habían sido proyectados, construidos, montados y verificados por una empresa alemana, la Topf de

Wiesbaden (que aún estaba activa a finales de 1975: construía crematorios para uso civil, y no había considerado necesario hacer cambios en su razón social). Es difícil pensar que el personal de estas empresas no se diese cuenta del significado exacto de la calidad y de la cantidad de las instalaciones que les encargaban los mandos de las SS. El mismo razonamiento puede hacerse, y se ha hecho, en lo que se refiere al suministro del veneno empleado en las cámaras de gas de Auschwitz. El producto, esencialmente ácido cianhídrico, se usaba desde hacía muchos años para desinfectar bodegas, pero el brusco aumento de la demanda a partir de 1942 no podía pasar inadvertido. Debía provocar dudas, y ciertamente las provocó, pero fueron sofocadas por el miedo, por el afán de lucro, por la ceguera y la voluntaria ignorancia ya aludida, y, en algunos casos (probablemente pocos), por la fanática obediencia nazi.

Es natural y obvio que la fuente esencial para la reconstrucción de la verdad en los campos esté constituida por las memorias de los sobrevivientes. Más allá de la conmiseración y de la indignación que suscitan, son leídas con ojos críticos. Para un verdadero conocimiento del *Lager*, los mismos *Lager* no eran un buen observatorio. En las condiciones inhumanas en que se mantenía a los prisioneros es raro que éstos pudiesen adquirir una visión de conjunto de su universo. Podía suceder, sobre todo para quienes no entendían el alemán, que los prisioneros no supiesen siquiera en qué punto de Europa se encontraba el *Lager* donde estaban y al que habían llegado después de un viaje agónico y tortuoso en vagones sellados. No conocían la existencia de otros *Lager* aunque estuviesen a pocos kilómetros de distancia de ellos. No sabían para quién trabajaban. No entendían el significado de ciertos cambios imprevistos en las condiciones ni los traslados en masa. Rodeado por la muerte, muchas veces el deportado no estaba en condiciones de valorar la magnitud de la aniquilación que se estaba llevando a cabo ante sus ojos. El compañero que hoy trabajaba a su lado, mañana había desaparecido: podía estar en la barraca de al lado o borrado del mapa; no había posibilidad de saberlo. Se sentía, en resumen, dominado por un enorme edificio de violencia y de amenaza, pero no podía formarse una imagen de él porque tenía los ojos pegados al suelo por las vitales necesidades cotidianas de cada minuto.

Esta carencia de visión general ha condicionado los testimonios, orales o escritos, de los prisioneros «normales», de los no privilegiados, es decir, de aquellos que constituían el nervio de los campos y escaparon a la muerte sólo gracias a una

combinación de sucesos fortuitos. Eran mayoría en el *Lager*, pero una minoría exigua entre los sobrevivientes: entre ellos son mucho más numerosos los que en la prisión gozaron de algún privilegio. Al cabo de los años se puede afirmar hoy que la historia de los *Lager* ha sido escrita casi exclusivamente por quienes, como yo, no han llegado hasta el fondo. Quien lo ha hecho no ha vuelto, o su capacidad de observación estuvo paralizada por el sufrimiento y la incomprensión.

Por otra parte, los testigos «privilegiados» disponían de un observatorio ciertamente mejor, aunque sólo fuese porque estaba en una situación elevada y, por consiguiente, dominaba un horizonte más extenso, aunque estuviese también falseado, en mayor o menor medida, por el mismo privilegio. Hablar del privilegio (¡no sólo en los *Lager*!) es una cuestión delicada, y trataré de hacerlo con la mayor objetividad posible; aludiré aquí sólo al hecho de que los privilegiados por excelencia, los que habían accedido al privilegio por haberse sometido a las autoridades del campo, no han testimoniado en absoluto, por motivos obvios, o bien han dejado testimonios llenos de lagunas, distorsionados o totalmente falsos. Los mejores historiadores del *Lager* han surgido, por consiguiente, entre los contadísimos que han tenido la habilidad y la suerte de llegar a un lugar de observación privilegiado sin someterse y la capacidad de contar lo que han visto, sufrido y hecho, con la humildad de un buen cronista, es decir, teniendo en cuenta la complejidad del fenómeno *Lager*, y la variedad de los destinos humanos que allí se cruzaban. Era lógico que estos historiadores hayan sido casi todos prisioneros políticos: porque los *Lager* eran un fenómeno político; porque los políticos, mucho más que los judíos y los criminales (éstas eran, como se sabe, las tres categorías principales de los prisioneros), podían recurrir a un fondo cultural que les permitiese interpretar los hechos que presenciaban; porque, precisamente como ex combatientes, o incluso como combatientes antifascistas, se daban cuenta de que su testimonio era un acto de guerra contra el fascismo; porque tenían un acceso más fácil a los datos estadísticos; y, en resumen, porque con frecuencia, además de ocupar puestos importantes en los *Lager*, pertenecían a las organizaciones secretas de la defensa. Al menos en los últimos años sus condicionamientos de vida eran tolerables, hasta el punto de permitirles, por ejemplo, escribir y conservar sus apuntes; cosa que no era imaginable que ocurriese con los judíos, y que los criminales no tenían ningún interés en hacer.

Por todas las razones aquí señaladas, la verdad sobre los

Lager ha ido saliendo a la luz a través de un camino largo y de una puerta estrecha. Muchos aspectos del universo de los campos de concentración no han sido todavía examinados en profundidad. Han transcurrido ya más de cuarenta años desde la liberación de los *Lager* nazis; durante este respetable período han surgido impresiones contradictorias que intentaré reseñar con el fin de clarificarlas.

En primer lugar, el tiempo transcurrido ha permitido la decantación, proceso normal y deseable que otorga la perspectiva y el claroscuro sólo posibles de percibir decenios después de acaecidos los hechos. Al terminar la Segunda Guerra Mundial, los datos cuantitativos sobre las deportaciones y sobre las matanzas nazis, en el *Lager* y en otras partes no se conocían todavía. Tampoco era fácil asimilar su alcance ni sus pormenores. Apenas desde hace unos años se está comprendiendo que las matanzas nazis han sido tremendamente «ejemplares» y que, si no ocurre algo peor en los años próximos, serán recordadas como el hecho central, la mancha de este siglo.

Por otra parte, el transcurso del tiempo está provocando otros efectos históricamente negativos. La mayor parte de los testigos, de la defensa y de la acusación, han desaparecido ya. Los que quedan y todavía están dispuestos a dar testimonio (superando sus remordimientos o sus heridas), tienen recuerdos cada vez más borrosos y distorsionados. Con frecuencia, sin darse ellos mismos cuenta, están influidos por noticias de las que se han enterado más tarde, por lecturas o relatos ajenos. En algunos casos, naturalmente, el olvido es simulado, pero los muchos años transcurridos lo hacen verosímil, aun en un juicio: los «no sé» o «no sabía» de muchos alemanes de hoy, ya no escandalizan. Sí escandalizaban, o debían haber escandalizado, cuando los hechos acababan de suceder.

De otra simplificación somos responsables nosotros, los sobrevivientes, o, más exactamente, aquellos sobrevivientes, que han aceptado vivir su condición del modo más fácil y menos crítico. No es cierto que las ceremonias y las celebraciones, los monumentos y las banderas, sean siempre y en todas partes lamentables. Cierta dosis de retórica es tal vez indispensable para que los recuerdos duren. Que los sepulcros, las «urnas de los héroes» encienden los ánimos para lograr acciones insignes o que, al menos, conservan la memoria de la hazañas realizadas, era cierto en los tiempos de Fóscolo y sigue siéndolo hoy; pero hay que tener cuidado con las simplificaciones llevadas al extremo. Toda víctima debe ser compadecida, todo sobreviviente

debe ser ayudado y compadecido, pero no siempre deben ponerse como ejemplo sus conductas. El interior del *Lager* era un microcosmos intrincado y estratificado; la zona «gris» de la que hablaré más adelante, la de los prisioneros que en alguna medida —tal vez persiguiendo un objetivo válido— han colaborado con las autoridades, no era despreciable sino que constituía un fenómeno de fundamental importancia para el historiador, el psicólogo y el sociólogo. No hay prisionero que no lo recuerde, y que no recuerde su estupor de entonces: las primeras amenazas, los primeros insultos, los primeros golpes no venían de las SS sino de los otros prisioneros, de «compañeros», de aquellos misteriosos personajes que, sin embargo, se vestían con la misma túnica a rayas que ellos, los recién llegados, acababan de ponerse.

Este libro quiere contribuir a aclarar algunos aspectos del fenómeno *Lager* que todavía están oscuros. Se propone también un fin más ambicioso; querría responder a la pregunta más apremiante, a la pregunta que angustia a todos aquellos que han tenido ocasión de leer nuestros relatos: ¿hasta qué punto ha muerto y no volverá el mundo del campo de concentración así como han muerto la esclavitud o el código de los duelos? ¿Hasta qué punto ha vuelto o está volviendo? ¿Qué podemos hacer cada uno de nosotros para que en este mundo preñado de amenazas, ésta, al menos, desaparezca?

No ha sido mi intención ni habría sido yo capaz de escribir una obra de historiador, es decir, de examinar exhaustivamente las fuentes. Me he limitado casi con exclusividad a los *Lager* nacionalsocialistas, porque son sólo éstos los que he conocido por experiencia propia. También he tenido sobre ellos una copiosa experiencia indirecta, a través de libros leídos, relatos escuchados y encuentros con lectores de mis dos primeros libros. Además, hasta el momento en que escribo y, no obstante el horror de Hiroshima y Nagasaki, la vergüenza de los Gulag, la inútil y sangrienta campaña de Vietnam, el autogenocidio de Camboya, los desaparecidos en la Argentina, y las muchas guerras atroces y estúpidas a que hemos venido asistiendo, el sistema de campos de concentración nazi continúa siendo un *unicum*, en cuanto a magnitud y calidad. En ningún otro lugar o tiempo se ha asistido a un fenómeno tan imprevisto y tan complejo: nunca han sido extinguidas tantas vidas humanas en tan poco tiempo ni con una combinación tan lúcida de ingenio tecnológico, fanatismo y crueldad. Nadie absuelve a los conquistadores españoles de las matanzas perpetradas en América durante todo el siglo XVI. Parece que causaron la

muerte de por lo menos 60 millones de indios; pero actuaban por su cuenta, sin instrucciones de su gobierno o en contra de ellas; y distribuyeron sus «crímenes», en realidad muy poco planificados, a lo largo de un arco de más de cien años; y colaboraron con ellos las epidemias que involuntariamente llevaron consigo. En resumen, ¿no habíamos tratado de librarnos de todo ese horror dando por sentado que se trataba de «cosas de otros tiempos»?

1

El recuerdo de los ultrajes

La memoria humana es un instrumento maravilloso, pero falaz. Es una verdad sabida, y no sólo por los psicólogos sino por cualquiera que haya dedicado alguna atención al comportamiento de los que lo rodean, o a su propio comportamiento. Los recuerdos que en nosotros yacen no están grabados sobre piedra; no sólo tienden a borrarse con los años sino que, con frecuencia, se modifican o incluso aumentan literalmente, incorporando facetas extrañas. Lo saben muy bien los magistrados: casi nunca ocurre que dos testigos presenciales de un hecho lo describan del mismo modo y con las mismas palabras, aunque el suceso sea reciente y ninguno de los dos tenga interés en deformarlo. Esta escasa fiabilidad de nuestros recuerdos se explicará de modo satisfactorio sólo cuando sepamos en qué lenguaje, con qué alfabeto están escritos, sobre qué materia, con qué pluma: hoy por hoy es una meta de la que estamos lejos. Se conocen algunos de los mecanismos que falsifican la memoria en determinadas condiciones: los traumas, y no sólo los cerebrales; la interferencia de otros recuerdos «concurrentes»; estados anormales de la conciencia; represiones, distanciamientos. Incluso en las condiciones más normales se opera una lenta degradación, una ofuscación de los contornos, un olvido que podemos llamar fisiológico y al cual pocos recuerdos resisten. Es probable que podamos reconocer aquí una de las grandes fuerzas de la naturaleza, la misma que convierte el orden en desorden, la juventud en vejez, la que

apaga la vida con la muerte. Es verdad que el ejercicio (en este caso, la evolución frecuente) conserva los recuerdos frescos y vivos, del mismo modo que se conserva eficaz un músculo que se ejercita con frecuencia; pero es verdad también que un recuerdo evocado con demasiada frecuencia, y específicamente en forma de narración, tiende a fijarse en un estereotipo, en una forma ensayada de la experiencia, cristalizada, perfeccionada, adornada, que se instala en el lugar del recuerdo crudo y se alimenta a sus expensas.

Trato de examinar aquí los recuerdos de experiencias límite, de ultrajes sufridos o infligidos. En ese caso, entran en acción todos o casi todos los factores que pueden obliterar o deformar las huellas anémicas [6]: el recuerdo de un trauma, padecido o infligido, es en sí mismo traumático porque recordarlo duele, o al menos molesta: quien ha sido herido tiende a rechazar el recuerdo para no renovar el dolor; quien ha herido arroja el recuerdo a lo más profundo para librarse de él, para aligerar su sentimiento de culpa.

Aquí, donde como en otros fenómenos, nos encontramos ante una paradójica analogía entre la víctima y el opresor, necesitamos aclarar las cosas: los dos están en la misma trampa, pero es el opresor, y sólo él quien la ha preparado y quien la ha hecho dispararse, y si sufre, es justo que sufra; pero es inicuo que sufra su víctima, que es quien sufre, aun a decenios de distancia. Debemos constatar una vez más, dolorosamente, que el ultraje es incurable: se arrastra con el tiempo y las Erinnias, en las que es preciso creer, no acosan tan sólo al torturador (si es que lo acosan, con la ayuda de la justicia humana o sin ella), perpetúan el ultraje cometido por él al negar la paz al atormentado. No pueden leerse sin espanto las palabras que ha dejado escritas Jean Améry, el filósofo austriaco torturado por la *Gestapo* porque había sido miembro activo de la resistencia belga, y después deportado a Auschwitz porque era judío:

> Quien ha sido torturado lo sigue estando […]. Quien ha sufrido el tormento no podrá ya encontrar lugar en el mundo, la maldición de la impotencia no se extingue jamás. La fe en la humanidad, tambaleante ya con la primera bofetada, demolida por la tortura luego, no se recupera jamás.

La tortura fue para él una muerte interminable: Améry, de quien volveré a hablar en el capítulo sexto, se suicidó en 1978.

Dejemos las confusiones, los freudismos mezquinos, la morbosidad, la indulgencia. El opresor sigue siéndolo, y lo mismo ocurre con la víctima: no son intercambiables, el primero debe ser castigado y execrado (pero, si es posible, debe ser también comprendido); la segunda debe ser compadecida y ayudada; pero ambos, ante la impudicia del hecho que ha sido cometido irrevocablemente, necesitan un refugio y una defensa, y van, instintivamente, en su busca. No todos, pero sí la mayoría; casi siempre durante toda la vida.

Disponemos ya de numerosas confesiones, declaraciones, admisiones de parte de los opresores (no hablo sólo de los nacionalistas alemanes, sino de todos aquellos que cometen múltiples y horrendos delitos por cumplir órdenes: unas conseguidas durante un juicio, otras en el curso de alguna entrevista, otras contenidas en libros o memoriales. A mi parecer son documentos de mucha importancia. En general interesan poco las descripciones de las cosas vistas y de los actos realizados, que coinciden ampliamente con cuanto las víctimas cuentan; muy pocas veces se las ha negado, han pasado a los juzgados y ya son parte de la historia. Muchas veces se entregan por escrito. Pero mucho más importantes son los motivos y las justificaciones: ¿Por qué lo hacías? ¿Te dabas cuenta de que estabas cometiendo un delito?

Las respuestas a estas dos preguntas, o bien a otras similares son muy semejantes entre sí, independientemente de la personalidad del interrogado, sea éste un profesional ambicioso e inteligente como Speer, un fanático glacial como Eichmann, funcionarios miopes como Stangl de Treblinka y Höss de Auschwitz o animales obtusos como Boger y Kaduk, inventores de torturas. Expresadas de distinta manera, y con mayor o menor soberbia de acuerdo con el nivel mental y cultural del hablante, todas vienen a decir esencialmente lo mismo: lo hice porque me lo mandaron; otros (mis superiores) han cometido actos peores que los míos; dada la educación que he recibido y el ambiente en que he vivido no podía hacer otra cosa; si no lo hubiera hecho yo, lo habría hecho otro en mi lugar, con más brutalidad. Para quien lee estas justificaciones, la primera reacción es de espanto: éstos mienten, no pueden pensar que se les vaya a creer, no pueden dejar de ver la distancia que hay entre sus excusas y la magnitud de dolor y muerte que han causado. Mienten a sabiendas: obran de mala fe.

Pero quien tenga experiencia suficiente de las cosas humanas sabe que la distinción (la oposición, diría un lingüista) buena fe/mala fe es optimista e ilustrada, y es así tanto más y con tanto mayor razón si se aplica a hombres como a los que acabamos de nombrar. Presupone una claridad mental que pocos tienen y que, incluso estos pocos, pierden inmediatamente cuando, por cualquier motivo, la realidad pasada, o presente provoca en ellos ansia o desasosiego. En estas condiciones sí es cierto que hay quien miente conscientemente falseando a sangre fría la irrefutable realidad, pero son más numerosos aquellos que levan anclas, se alejan —momentáneamente o para siempre— de los recuerdos auténticos y se fabrican una realidad más cómoda. El pasado les pesa; sienten repugnancia por las cosas que han hecho o sufrido y tienden a substituirlas por otras. Es posible que, al iniciar la substitución, lo haga con plena conciencia de estar creando un guión enmendado, mendaz, restaurado, pero menos doloroso que el verdadero; conforme se lo va repitiendo a los demás, pero también a sí mismo, las distinciones entre lo verdadero y lo falso pierden progresivamente sus contornos y el hombre termina por creer plenamente en el relato que ha hecho tantas veces y que sigue haciendo, limando y retocando acá y allá los detalles menos creíbles, incongruentes o incompatibles en el cuadro de los sucesos de los cuales dice estar enterado: la mala fe inicial se ha convertido en buena fe. El paso silencioso de la mentira al autoengaño es útil: quien miente de buena fe miente mejor, recita mejor su papel, es creído con más facilidad por el juez, el historiador, el lector, la mujer y los hijos.

Cuanto más se alejan los acontecimientos, más crece y se perfecciona la estructura de la verdad acomodaticia. Creo que sólo a través de este mecanismo mental se pueden interpretar, por ejemplo, las declaraciones hechas al *Express*, en 1978, por Louis Darquier de Pellepoix, que fue comisario encargado de los asuntos judíos del gobierno de Vichy hacia 1942, y como tal, responsable personalmente de la deportación de 70.000 judíos. Darquier lo niega todo: las fotos de los montones de cadáveres son montañas; las estadísticas de los millones de muertos han sido inventadas por los judíos, siempre ávidos de publicidad, de compasión y de indemnizaciones; las deportaciones, puede que hayan sido ciertas (habría sido difícil que las pusiese en duda: su firma aparece al pie de demasiadas cartas que dan instrucciones para dichas deportaciones, incluso de niños), pero él no sabía adónde ni con qué fin; en Auschwitz, es verdad que había cámaras de gas pero sólo se usaban para matar piojos y, por lo demás (y adviértase la incoherencia) fueron construidas con

intenciones propagandísticas terminada la guerra. No trato de justificar a este hombre vil y necio, y me duele saber que ha vivido mucho tiempo en España sin ser molestado, pero creo que en él puede verse el caso típico de quien acostumbrado a mentir públicamente, termina mintiendo también en privado, mintiéndose a sí mismo, edificándose una verdad confortable que le permite vivir en paz. Distinguir entre buena y mala fe es tarea difícil: requiere una sinceridad profunda consigo mismo, exige un esfuerzo continuo, intelectual y moral. ¿Cómo puede pedirse tal esfuerzo de hombres como Darquier?

Si se leen las declaraciones hechas por Eichmann durante el proceso de Jerusalén, y de Rudolf Höss (el penúltimo jefe de Auschwitz, inventor de las cámaras de ácido cianhídrico) en su autobiografía, se reconoce un proceso de elaboración del pasado más sutil que aquel al que hemos hecho referencia. En resumen, uno y otro se han defendido a la manera clásica de los gregarios nazis, o mejor dicho, de todos los gregarios: nos han educado en la obediencia absoluta, en la jerarquía, en el nacionalismo; nos han atiborrado de eslóganes, embriagado de ceremonias y manifestaciones; nos han enseñado que lo único justo era lo que favorecía a nuestro pueblo, y que la única verdad eran las palabras del jefe. ¿Qué queríais que hiciésemos? ¿Cómo podíais pretender de nosotros un comportamiento distinto del que hemos tenido y del de todos aquellos que eran como nosotros? Hemos sido ejecutores diligentes, y por nuestra diligencia hemos sido elogiados y ascendidos. Las decisiones no las hemos tomado nosotros, porque en el régimen en que hemos crecido no se permitían decisiones autónomas: son otros quienes han decidido por nosotros, y no podía ser de otra manera porque se nos había amputado la capacidad de decidir. No sólo teníamos prohibido decidir sino que habíamos llegado a estar imposibilitados para hacerlo. Por eso no somos responsables y no podemos ser castigados.

Aunque esté proyectado sobre el fondo de los caminos de Birkenau, este razonamiento no puede ser interpretado únicamente como de la desvergüenza más descarada. La presión que un Estado totalitario moderno puede ejercer sobre el individuo es pavorosa. Tiene tres armas fundamentales: la propaganda, directa o camuflada, la educación, la instrucción, la cultura popular; la barrera que impide la pluralidad de las informaciones; el terror. Sin embargo, no es lícito admitir que esta presión sea irresistible y, mucho menos, en el breve espacio de los doce años del Tercer Reich: en las afirmaciones y disculpas de hombres con responsabilidades gravísimas, como

eran Höss y Eichmann, está clara la exageración y más clara todavía la manipulación del recuerdo. Ambos habían nacido y habían sido educados mucho antes de que el régimen se convirtiese en realmente «totalitario». Su adhesión a él había sido una elección dictada más por el oportunismo que por el entusiasmo. La reelaboración de su pasado ha sido una obra posterior, lenta y (probablemente) no metódica. Preguntarse si esa reelaboración se ha hecho de buena o de mala fe es ingenuo. También ellos, tan recios ante el dolor ajeno, cuando el destino los ha puesto delante de un juez, delante de la muerte que han merecido, se han fabricado un pasado a su gusto y han terminado por creérselo: de modo especial Höss, que no era un hombre inteligente. Tal como aparece en su escrito, era un personaje tan poco propenso al autocontrol y a la introspección que no se daba cuenta de estar confirmando su burdo antisemitismo en el mismo momento en que negaba y renegaba de él. Tampoco se daba cuenta de lo inconsistente que resultaba su autorretrato de buen funcionario, buen padre y buen marido.

A propósito de estas reconstrucciones del pasado (es una observación que vale no sólo para éstas sino para todas las memorias) debe advertirse que la distorsión de los hechos está con mucha frecuencia limitada por la objetividad de los hechos mismos, sobre los cuales existen testimonios de terceros, pruebas escritas, «cuerpos del delito», contextos históricamente documentados. En general es difícil negar que se ha cometido determinada acción, o que tal acción haya sido consumada; pero, por el contrario, es muy fácil alterar los motivos que nos han conducido a una acción, y las pasiones que dentro de nosotros la han acompañado. Es un tema extremadamente versátil, sujeto a deformaciones cuando está sometido a presiones por débiles que sean; para las preguntas de «¿por qué lo hiciste?» o «¿qué pensabas al hacerlo?» no hay respuestas creíbles. Los estados de ánimo son lábiles por naturaleza y aún más lábil es su recuerdo.

La mayor deformación del recuerdo de un crimen cometido es su supresión. También aquí los límites entre la buena y la mala fe pueden ser vagos; detrás de los «no sé» o «no recuerdo» que se escuchan en los tribunales existe a veces el propósito de mentir, pero otras se trata de una mentira fosilizada, encorsetada en una fórmula. Lo memorable ha querido convertirse en inmemorial y lo ha conseguido: a fuerza de negar su existencia ha expulsado de sí el recuerdo nocivo, como se expulsa una secreción o un parásito. Los abogados defensores saben muy bien que el vacío de memoria, o la verdad

putativa que sugieren a sus clientes tienden a convertirse en olvido y en verdad de hecho. No hay que atravesar la frontera de las enfermedades mentales para encontrar ejemplos humanos cuyas afirmaciones nos dejen perplejos: con toda seguridad son falsas, pero no podemos distinguir si el sujeto sabe o no sabe que miente. Si suponemos, por reducción al absurdo, que el mentiroso se convierte por un instante en veraz, ni él mismo podría resolver el dilema; en la representación de su mentira es un actor totalmente fundido con su personaje, no puede diferenciarse de él. Un ejemplo que tenemos muy a la vista, en estos días en que escribo, es el comportamiento ante los tribunales del turco Alí Agca, que ha cometido el atentado contra Juan Pablo II.

El mejor modo para defenderse de la invasión de recuerdos que pesan es impedir su entrada, tender una barrera sanitaria a lo largo de la frontera. Es más fácil impedir la entrada de un recuerdo que librarse de él después de haber sido registrado. Para esto, en última instancia, servían muchos de los artificios elegidos por los jefes nazis para proteger la conciencia de quienes estaban dedicados a los trabajos sucios, asegurándose así sus servicios, desagradables incluso para los asesinos más endurecidos. A los *EinsatzKommandos*, que en la retaguardia del frente ruso ametrallaban a los civiles a la orilla de las fosas comunes que las mismas víctimas eran obligadas a cavar, se les distribuía alcohol a voluntad, de manera que la matanza fuera velada por la embriaguez. Los bien conocidos eufemismos («solución final», «tratamiento especial», la misma palabra «*EinsatzKommando*» recién citada, que significa literalmente «Unidad de emergencia» pero que enmascaraba una realidad espantosa) no servían sólo para engañar a las víctimas y evitar sus reacciones defensivas: servían también, hasta donde era posible, para impedir que la opinión pública, y las mismas guarniciones de las fuerzas armadas que no estaban implicadas llegasen a saber lo que estaba sucediendo en todos los territorios ocupados por el Tercer Reich.

Por otra parte, toda la historia breve «Reich Milenario» puede ser releída como una guerra contra la memoria, una falsificación orwelliana de la memoria, una falsificación de la realidad, una negación de la realidad, hasta la huida definitiva de la misma realidad. Todas las biografías de Hitler, los desacuerdos sobre la interpretación que debe darse a la vida de este hombre tan difícil de catalogar, están de acuerdo en la huida de la realidad es lo que marcó sus últimos años, especialmente a partir del primer invierno ruso. Había prohibido y negado a sus

súbditos el acceso a la verdad, envenenando su moral y su memoria; pero, de manera cada vez más creciente hasta la paranoia del Bunker, había ido levantando barreras al camino de la verdad incluso a sí mismo. Como todos los jugadores de azar se había armado un decorado hecho de mentiras supersticiosas, en el que había terminado por creer con la misma fe fanática que pretendía de todo alemán. Su derrumbamiento no sólo fue la salvación del género humano sino también una demostración del precio que se paga cuando se manipula la verdad.

En el campo mucho más vasto de las víctimas también se observa una desviación de la memoria, pero aquí, evidentemente, falta la intención de engañar. Quien recibe una ofensa o es víctima de una injusticia, no tiene ninguna necesidad de inventarse mentiras para disculparse de un crimen que no ha cometido (aunque pueda, por un mecanismo paradójico del que hablaremos luego, experimentar vergüenza); pero ello no excluye que sus recuerdos puedan también sufrir alteraciones. Se ha observado, por ejemplo, que muchos supervivientes de las guerras o de otras experiencias complejas o traumáticas tienden a filtrar conscientemente sus recuerdos: cuando los rememoran entre ellos o se los cuentan a terceros, prefieren detenerse en las treguas, en los momentos de respiro, en los intermedios grotescos, extraños o distendidos, y sobrevolar por encima de los episodios más dolorosos. Estos últimos no son llamados voluntariamente de la reserva de la memoria. Por eso tienden a nublarse con el tiempo, a perder sus contornos. Es psicológicamente creíble el comportamiento del Conde Ugolino, que experimenta pudor al contar a Dante su terrible muerte, y se decide a hacerlo no por condescendencia sino tan sólo por venganza póstuma contra su eterno enemigo. Cuando decimos «no lo olvidaré nunca», refiriéndose a cualquier acontecimiento que nos ha herido profundamente, pero que no ha dejado en nosotros o a nuestro alrededor ninguna huella material ni ninguna ausencia permanente, hablamos con atolondramiento. También en la vida «civil» olvidamos con facilidad los detalles de una enfermedad grave que hemos logrado vencer o de una operación quirúrgica que ha salido bien.

Con fines defensivos, la realidad puede ser distorsionada no sólo en el recuerdo sino también en el momento en que está sucediendo. Durante todo el año de la prisión de Auschwitz tuve un amigo fraterno, Alberto D.: era un joven robusto y valiente, más lúcido que la mayoría y, por lo mismo, muy crítico con relación a quienes se hacían y se suministraban generosamente consoladoras ilusiones («la guerra va a terminar en dos

semanas», «ya no va a haber selecciones», «los ingleses han desembarcado en Grecia», «los partisanos polacos están a punto de liberar el campo», eran cosas que se oían casi todos los días y que, invariablemente, eran desmentidas por la realidad). Alberto había sido deportado junto con su padre, que tenía cuarenta y cinco años. En la inminencia de la gran selección de octubre de 1944, Alberto y yo habíamos estado comentando el hecho con espanto, cólera impotente, rebeldía, resignación, pero sin tratar de buscar refugio en una verdad consoladora. Llegó la selección, el «viejo» padre de Alberto fue elegido para las cámaras de gas y Alberto cambió, en el transcurso de pocas horas. Había oído conversaciones dignas de crédito: los rusos se acercaban, los alemanes ya no se atrevían a continuar su destrucción, aquélla no era una selección como las demás, no era para las cámaras de gas, la habían hecho para elegir a los prisioneros debilitados, pero recuperables, como su padre precisamente, que estaba muy cansado pero no enfermo; y hasta se había enterado de adónde los mandaban, a Jaworzno, no lejos de allí, a un campo especial para convalecientes que sólo podían realizar trabajos que no exigieran demasiado esfuerzo.

Como es natural, del padre no volvió a saberse nada y el mismo Alberto desapareció durante la evacuación del campo, en enero de 1945. Es curioso que, sin conocer la reacción de Alberto, los parientes que habían quedado escondidos en Italia para escapar a la captura, se condujeron como él, rechazando la insoportable verdad y fabricándose otra. Apenas fui repatriado, sentí el deber de ir inmediatamente a la ciudad de Alberto para contar a su madre y a su hermano todo lo que sabía. Me acogieron con afectuosa cortesía, pero apenas hube empezado mi relato la madre me pidió que no continuase: ya lo sabía todo, al menos en lo que a Alberto se refería. No tenía sentido que yo repitiese las acostumbradas historias de horror. Ella *sabía* que su hijo, sólo él, había logrado alejarse de la columna sin que las SS le disparasen, se había escondido en el bosque y estaba a salvo en manos de los rusos; todavía no había podido enviarles noticias, pero lo haría muy pronto, de eso estaba segura. Y ahora, por favor, me pedía que cambiase de tema y le contara cómo me había salvado yo. Un año después estuve por casualidad de paso en la misma ciudad y visité otra vez a la familia. La verdad había cambiado ligeramente: Alberto estaba en una clínica soviética, estaba bien, pero había perdido la memoria, no se acordaba ni de su propio nombre; estaba mejorando y volvería pronto con toda seguridad, lo sabía de fuente segura.

Alberto no ha vuelto nunca. Han pasado más de cuarenta años; yo no he tenido valor para presentarme de nuevo allí y contraponer mi dolorosa versión a la «verdad» consoladora que, se habían construido los parientes de Alberto.

Necesito disculparme. Este mismo libro está empapado de recuerdos, de recuerdos lejanos. Procede, por consiguiente, de una fuente sospechosa, y como tal debe ser defendido contra sí mismo. Por lo tanto está preñado de consideraciones más que de recuerdos, se apoya más en las circunstancias tal como hoy están que la crónica retrospectiva. Además, los datos que contiene están reforzados en gran medida por la imponente literatura sobre el tema del hombre hundido (o «salvado») que se ha ido formando, incluso con la colaboración, voluntaria o involuntaria de los culpables de entonces; y en ese «corpus» las concordancias son abundantes, las discordancias despreciables. En cuanto a mis recuerdos personales y a las pocas anécdotas inéditas que he citado y citaré, las he cribado todas diligentemente: el tiempo las ha decolorado un poco, pero están en estrecha armonía con el fondo del tema y me parecen indemnes a las desviaciones que he descrito.

2

La zona gris

Hemos sido capaces los sobrevivientes de comprender y de hacer comprender nuestra experiencia? Lo que entendemos comúnmente por «comprender» coincide con «simplificar»: sin una profunda simplificación el mundo que nos rodea sería un embrollo infinito e indefinido que desafiaría nuestra capacidad de orientación y de decidir nuestras acciones. Estamos obligados a reducir a un esquema lo cognoscible. A ese fin tienden los admirables instrumentos que nos hemos construido en el curso de nuestra evolución y que son específicos del género humano: el lenguaje y el pensamiento conceptual.

También tendemos a simplificar la historia; pero el esquema en el que se ordenan los hechos no siempre es posible determinarlo de modo unívoco y, por eso, puede suceder que distintos historiadores comprendan y construyan la historia de modos incompatibles entre sí. Pero la exigencia de dividir el campo entre «nosotros» y «ellos» es tan imperiosa —tal vez por razones que se remontan a nuestros orígenes de animales sociales— que ese esquema de bipartición amigo-enemigo prevalece sobre todos los demás. La historia popular, y también la historia tal como se enseña tradicionalmente en las escuelas, se ve afectada por esta tendencia maniquea que huye de las medias tintas y la complejidad: se inclina a reducir el caudal de los sucesos humanos a los conflictos, y el de los conflictos a los combates; nosotros y ellos, atenienses y espartanos, romanos y

cartagineses. Este es el motivo de la enorme popularidad de espectáculos deportivos como el fútbol, el béisbol y el boxeo, en los cuales los contendientes son dos equipos o dos individuos, definidos e identificables y, al final del juego, habrá vencidos y vencedores. Si empatan, el espectador se siente engañado y desilusionado. Más o menos conscientemente, querría que hubiese ganadores y perdedores, identificándolos, respectivamente, con los buenos y los malos, puesto que son los buenos quienes deben ganar; si no el mundo estaría subvertido.

Este *deseo* de simplificación está justificado; la simplificación no siempre lo está. Es una hipótesis de trabajo, útil cuando se reconoce como tal y no se confunde con la realidad; la mayor parte de los fenómenos históricos y naturales no son simples, o no son simples con la simplicidad que quisiéramos. Ahora bien, la maraña de los contactos humanos en el interior del *Lager* no era nada sencilla; no podía reducirse a los bloques de víctimas y verdugos. En quien lee (o escribe) hoy la historia de los *Lager* es evidente la tendencia, y hasta la necesidad, de separar el bien del mal, de poder tomar partido, de repetir el gesto de Cristo en el Juicio Final: de este lado los justos y del otro los pecadores. Y, sobre todo, a los jóvenes les gusta la claridad (los cortes definidos) como su experiencia del mundo es escasa, rechazan la ambigüedad. Sus expectativas, por otra parte, reproducen con exactitud las de los recién llegados al *Lager*, jóvenes o no. Todos, con excepción de quienes hubiesen pasado ya por una experiencia semejante, esperaban encontrarse con un mundo terrible pero descifrable, de acuerdo con el modelo simple que atávicamente llevamos dentro: «nosotros» dentro y el enemigo fuera, separados por un límite claro, geográfico.

El ingreso en el *Lager* era, por el contrario, un choque por la sorpresa que suponía. El mundo en el que uno se veía precipitado era efectivamente terrible pero además, indescifrable: no se ajustaba a ningún modelo, el enemigo estaba alrededor, pero dentro también, el «nosotros» perdía sus límites, los contendientes no eran dos, no se distinguía una frontera sino muchas y confusas, tal vez innumerables, una entre cada uno y el otro. Se ingresaba creyendo, por lo menos, en la solidaridad de los compañeros en desventura, pero éstos, a quienes se consideraba aliados, salvo en casos excepcionales, no eran solidarios: se encontraba uno con incontables mónadas selladas, y entre ellas una lucha desesperada, oculta y continua. Esta revelación brusca, manifiesta desde las primeras horas de prisión —muchas veces de forma inmediata por la agresión concéntrica de quienes se esperaba fuesen los aliados futuros—,

era tan dura que podía derribar de un solo golpe la capacidad de resistencia. Para muchos fue mortal, indirecta y hasta directamente: es difícil defenderse de un ataque para el cual no se está preparado.

En esa agresión pueden distinguirse distintos aspectos. Hay que recordar que el sistema concentracionario —desde sus orígenes, que coinciden con la llegada al poder del nazismo en Alemania— tenía como finalidad principal destruir la capacidad de resistencia de los adversarios: para la dirección del campo, el recién llegado era un adversario por definición, fuera cual fuese la etiqueta que tuviera adjudicada, y debía ser abatido pronto, antes de que se convirtiese en ejemplo o en germen de resistencia organizada. En ese sentido los SS tenían las ideas muy claras y, bajo este aspecto, hay que interpretar todo el ritual siniestro, distinto de un *Lager* a otro pero el mismo en esencia, que acompañaba el ingreso; las patadas y los puñetazos inmediatos, muchas veces en pleno rostro, la orgía de las órdenes gritadas con cólera real o fingida, el desnudamiento total, el afeitado de las cabezas, las vestiduras andrajosas. Es difícil precisar si todos estos detalles fueron proporcionados por algún especialista o perfeccionados metódicamente basándose en la experiencia. Pero con toda seguridad, premeditados o no, no casuales: había una dirección centralizada y se notaba.

Por otra parte, al ritual del ingreso y al derrumbamiento moral que propiciaba, contribuían también, más o menos conscientemente, los demás componentes del universo concentracionario: los prisioneros del montón, y los privilegiados. Rara vez ocurría que su llegada fuese saludada no digo ya como la de un amigo sino por lo menos como la de un compañero en desgracia; en la mayor parte de los casos, los antiguos (y uno se hacía antiguo en tres o cuatro meses, el paso a esa categoría era rápido) manifestaban fastidio o abierta hostilidad. El «nuevo» (*Zugang*, en alemán, hay que advertir que es un término abstracto, administrativo; significa «ingreso», «entrada») era envidiado porque parecía tener todavía el olor de su casa. Era una envidia absurda porque, en realidad, se sufría mucho más durante los primeros días de prisión que después, cuando ya la costumbre por una parte y la experiencia por otra permitían armarse algún reparo. Era ridiculizado y expuesto a bromas crueles, como sucede en todas partes con los «reclutas» y con las ceremonias de iniciación en los pueblos primitivos. Y no hay duda de que la vida en el *Lager* comportaba una regresión, reconducía a comportamientos, precisamente, primitivos.

Es probable que, como todas las intolerancias, la hostilidad

contra el *Zugang* tuviese en esencia origen en el intento inconsciente de consolidar el «nosotros» a expensas de los «otros», para crear, paradójicamente, la solidaridad entre oprimidos, cuya ausencia era fuente adicional de sufrimiento aunque no se percibiera así claramente. Se ponía en juego también la busca del prestigio que, en nuestra civilización, parece ser un objetivo imposible de suprimir: la multitud despreciada de los «antiguos» tendía a ver en el recién llegado un blanco en quien desahogar su humillación, a encontrar a su costa una compensación, a crear a su costa un individuo de menor rango a quien arrojar el peso de los ultrajes recibidos de arriba.

Por lo que se refiere a los prisioneros privilegiados, la cuestión es más compleja, y más importante; a mi parecer, también es fundamental. Es ingenuo, absurdo e históricamente falso creer que un sistema infernal, como era el nacionalsocialismo, convierta en santos a sus víctimas, por el contrario, las degrada, las asimila a él, y tanto más cuanto más vulnerables sean ellas, vacías, privadas de un esqueleto político o moral. Son muchos los signos que indican que ha llegado el tiempo de explorar el espacio que separa a las víctimas de los perseguidores (¡y no sólo en los *Lager* nazis!), y hacerlo con una mano más ágil y un espíritu menos confuso de como se ha hecho, por ejemplo, en algunas películas. Sólo una retórica esquemática puede sostener que tal espacio esté vacío: nunca lo está, está constelado de figuras torpes o patéticas (a veces poseen al mismo tiempo las dos cualidades) que es indispensable tener presente si queremos conocer a la especie humana, si queremos poder defender nuestras almas en el caso de que volvieran a verse sometidas a otra prueba semejante o si, únicamente, queremos enterarnos de lo que ocurre en un gran establecimiento industrial.

Los prisioneros privilegiados estaban en minoría dentro de la población del *Lager* pero representaron, en cambio, una gran mayoría entre los sobrevivientes; en realidad, aun sin tener en cuenta el cansancio, los golpes, el frío, las enfermedades, debemos recordar que la ración alimenticia era del todo insuficiente incluso para el prisionero más sobrio. Consumidas en dos o tres meses las reservas fisiológicas del organismo, la muerte por hambre o por enfermedades causadas por el hambre, era el destino habitual del prisionero. Sólo podía evitarse con un suplemento alimenticio y, para obtenerlo, se necesitaba tener algún privilegio, grande o pequeño; es decir, un modo conferido o conquistado, astuto o violento, licito o ilícito, de elevarse por

encima de la norma.

Ahora bien, no podemos olvidar que la mayor parte de los recuerdos de los sobrevivientes, orales o escritos, comienza así: el choque contra la realidad del campo de concentración coincide con la agresión —ni prevista ni comprendida— de un enemigo nuevo y extraño, el prisionero-funcionario que, en lugar de cogerte la mano, tranquilizarte, enseñarte el camino, se arroja sobre ti dando gritos en una lengua que no conoces y te abofetea. Quiere domarte, quiere extinguir en ti la chispa de dignidad que tal vez todavía conserves y que él ha perdido. Pero pobre de ti si esta dignidad te empuja a responder: hay una ley no escrita pero férrea, el *zurückschlagen* —responder a los golpes con golpes—, es una transgresión intolerable que sólo puede ocurrírsele precisamente a un «recién llegado». Quien la comete debe ser ejemplarmente castigado. Los demás funcionarios acuden en defensa del orden amenazado y el culpable es golpeado con rabia y método hasta que se lo doma o se lo mata. El privilegio, por definición, defiende y protege al privilegio. Me acuerdo ahora de que el término local —yiddish y polaco— para designar el privilegio era *protekcja*, que se pronuncia «protekzia» y que es de evidente origen italiano y latino. Me contaron la historia de un «novato» italiano, un partisano arrojado a un *Lager* de trabajo con la etiqueta de prisionero político cuando estaba aún en la plenitud de sus fuerzas. Lo habían maltratado durante el reparto del potaje y se había atrevido a darle un empujón al funcionario-repartidor; acudieron los colegas de este último y el reo fue ejemplarmente ahogado sumergiéndole la cabeza en la misma gigantesca sopera.

La ascensión de los privilegiados, no sólo en el *Lager* sino en todo lugar de convivencia humana, es un fenómeno angustioso pero inevitable: sólo en las utopías no existe. Es deber del justo hacer la guerra a todo privilegio inmerecido, pero no debemos olvidar que se trata de una guerra sin fin. Donde hay poder ejercido por pocos, o por uno solo, contra muchos, el privilegio nace y prolifera, aun contra el deseo del poder mismo; pero es normal que el poder lo proteja y lo estimule.

Para limitarnos al *Lager* que, hasta en su versión soviética puede servir de «laboratorio», la clase híbrida de los prisioneros-funcionarios es su esqueleto y, a la vez, el rasgo más inquietante. Es una zona gris, de contornos mal definidos, que separa y une al mismo tiempo a los dos bandos de patrones y de siervos. Su estructura interna es extremadamente complicada y no le falta ningún elemento para dificultar el juicio que es

menester hacer.

La zona gris de la *protekcja* y la colaboración tiene raíces múltiples.

En primer lugar, la zona del poder cuanto más restringida es, más necesidad tiene de auxiliares externos; el nazismo de los últimos años no podía hacer otra cosa, decidido como estaba a mantener el orden en el interior de la Europa que había sometido, y a alimentar los frentes de guerra desangrados por la creciente resistencia militar de los adversarios. En los países ocupados era indispensable conseguir, no sólo mano de obra sino también fuerzas del orden, delegados y administradores del poder alemán, empeñado ya hasta el agotamiento en otros lugares. Dentro de esta zona deben catalogarse, con distintos matices de calidad y peso, Quisling en Noruega, el gobierno de Vichy en Francia, el Judenrat en Varsovia, la República de Saló e, incluso, los mercenarios ucranianos y bálticos empleados por todas partes para hacer las tareas más sucias (nunca para combatir), y los *SonderKommandos*, de quienes deberemos hablar. Pero los colaboradores que proceden del campo adversario, los ex enemigos, son desleales por definición: han traicionado una vez y pueden traicionar otra. No basta con relegarlos a las tareas marginales; la mejor manera de atarlos es cargarlos de culpabilidad, ensangrentarlos, comprometerlos lo más posible; así habrán contraído con sus jefes el vínculo de la complicidad y no podrán volverse nunca atrás. Esta manera de actuar es conocida en las asociaciones criminales de todos los tiempos y lugares, siempre practicada por la mafia; entre otras cosas, es lo único que puede explicar los excesos, de otra manera incomprensibles, del terrorismo italiano de la década de los setenta.

En segundo lugar, y en contraste con cierta estilización hagiográfica y retórica, cuanto más dura es la opresión, más difundida está entre los oprimidos la buena disposición para colaborar con el poder. Esa disposición está teñida de infinitos matices y motivaciones: terror, seducción ideológica, imitación servil del vencedor, miope deseo de poder (aunque se trate de un poder ridículamente limitado en el espacio y en el tiempo), vileza e, incluso, un cálculo lúcido dirigido a esquivar las órdenes y las reglas establecidas. Todos estos motivos, cada uno por separado combinados entre ellos, han sido en parte el origen de esa franja gris, cuyos componentes, en su confrontamiento, con los no privilegiados, se habían unido en la voluntad de conservar y consolidar sus privilegios.

Antes de considerar, uno por uno, los motivos que han

empujado a algunos prisioneros a colaborar en distinta medida con las autoridades de los *Lager*, hay que afirmar que ante casos humanos como éstos es imprudente precipitarse a emitir un juicio moral. Debe quedar claro que la culpa máxima recae sobre el sistema, sobre la estructura del Estado totalitario; la participación en la culpa de los colaboradores individuales, grandes o pequeños (¡y nunca simpáticos, nunca transparentes!) es siempre difícil de determinar. Es un juicio que querríamos confiar sólo a quien se haya encontrada en condiciones similares y haya tenido ocasión de experimentar por sí mismo lo que significa vivir en una situación apremiante. Bien lo sabía Manzoni:

> «Los provocadores, los avasalladores, todos aquellos que, de alguna manera cometen injusticias, son culpables no sólo del mal que cometen sino también de la perversión que provocan en el ánimo de los ultrajados».

La condición de ultrajado no excluye a la de culpable y, muchas veces, la culpa es objetivamente grave, pero no sé de ningún tribunal humano en el cual se pueda delegar su valoración.

Si de mí dependiese, si yo tuviera que emitir un juicio, absolvería fácilmente a aquellos cuya colaboración en la culpa ha sido mínima y sobre quienes ha pesado una situación límite. En torno de nosotros, prisioneros sin rango, hormigueaban los funcionarios de bajo rango. Formaban una fauna pintoresca: barrenderos, lavaplatos, guardias nocturnos, hacedores de camas (que se aprovechaban, aunque fuese para lograr mezquinas ventajas de la manía alemana por las literas bien planas y en perfecta escuadra) detectadores de piojos y sarna, mensajeros, intérpretes, ayudantes de los ayudantes. En términos generales eran pobres diablos como nosotros que trabajaban la jornada completa como todos los demás pero que, por medio litro de sopa suplementario, se amoldaban a realizar estas y otras funciones «mediadoras»: inocuas, a veces útiles, muchas inventadas de la nada. Eran rara vez violentos, pero tendían a crearse una mentalidad típicamente corporativa, y a defender con energía su «puesto de trabajo» contra quienes, desde abajo, trataban de quitárselo. Su privilegio, que por lo demás suponía molestias y trabajos suplementarios, les aprovechaba poco y no los sustraía a la disciplina y a los sufrimientos de los demás. Eran groseros y soberbios, pero no se

los sentía como enemigos.

El juicio es más delicado y más diverso para quienes tenían puestos de mando: los capos (*Kapos*: el término alemán deriva directamente del italiano y la pronunciación truncada introducida por los prisioneros franceses que se difundió muchos años más tarde, divulgada por la película homónima de Pontecorvo, es preferida en Italia precisamente por su valor diferenciador) de las escuadras de trabajo, los jefes de barraca, los escribientes, hasta el mundo, que yo entonces ni siquiera sospechaba, de los prisioneros que desarrollaban actividades diversas, a veces delicadísimas, en las oficinas administrativas del campo, la Sección Política (en realidad, una sección de la Gestapo), el Servicio de Trabajo, las celdas de castigo. Algunos de ellos, gracias a su habilidad o a la suerte, han tenido acceso a las noticias guardadas en el mayor secreto en los respectivos *Lager* y, como Hermann Langbein en Auschwitz, Eugen Kogon en Buchenwald y Hans Marsalek en Mauthausen, han sido luego sus historiadores. No se sabe qué admirar más, si su valor personal o la astucia que les permitió ayudar a sus compañeros de modo concreto y diverso, observando atentamente a los oficiales de las SS con quienes estaban en contacto e intuyendo quiénes entre ellos podían ser corrompidos, quiénes disuadidos de las decisiones más crueles, quiénes rescatados, quiénes engañados, quiénes asustados por la perspectiva de una *redde rationem* una vez terminada la guerra. Algunos de ellos, por ejemplo los tres nombrados, eran también miembros de las organizaciones secretas de defensa, y por eso el poder de que disponían gracias a su cargo estaba compensado con creces por el peligro extremo que corrían, en su doble condición de «resistentes» y detentadores de secretos.

Los funcionarios que acabo de mencionar no eran en realidad, o lo eran sólo en apariencia, colaboradores: eran, por el contrario, opositores disfrazados. Pero no ocurría lo mismo con la mayor parte de los demás detentadores de puestos de mando que, como ejemplares humanos, demostraron ser entre mediocres y pésimos. Más que desgastar, el poder corrompe; y su poder corrompía mucho más por su naturaleza especial.

El poder existe en todas las diversas organizaciones sociales humanas, más o menos controlado, usurpado, investido desde las alturas o reconocido desde abajo, conferido por el mérito, o por la solidaridad corporativa, o por la sangre, o por el consenso: es verosímil que cierta dosis de dominio del hombre sobre el hombre esté inscrita en nuestro patrimonio genético de animales gregarios. No está demostrado que el poder sea intrínsicamente

nocivo en una colectividad. Pero el poder del que disponían los funcionarios de quienes hablamos, aun los de baja graduación como los *Kapos* de las escuadras de trabajo, era sobre todo ilimitado; o, por decirlo mejor, a su violencia se le imponía un límite por abajo, ya que eran castigados o destituidos si no se mostraban suficientemente duros, pero ningún límite por arriba. Dicho de otra manera, tenían libertad para cometer las peores atrocidades contra sus subordinados, a título de castigo, por cualquier desacato o incluso sin ningún motivo: hasta 1943 no era nada raro que un prisionero fuese muerto a patadas por un *Kapo* sin que éste tuviese que temer ninguna sanción. Sólo más tarde, cuando la necesidad de mano de obra fue más imperiosa, se introdujeron algunas limitaciones: los malos tratos que los *Kapos* podían infligir a los prisioneros no podían reducir completamente la capacidad de trabajo de éstos; pero como ya se había propagado la mala costumbre, no siempre se respetaba esa norma.

Se reproducía, así, en el interior del *Lager*, en escala más reducida pero con características exacerbadas, la estructura jerárquica del Estado totalitario donde todo poder es investido desde lo alto y en el cual es casi imposible un control desde abajo. Pero este «casi» es importante: nunca ha existido un Estado que fuese completamente «totalitario» desde ese punto de vista. Jamás han faltado alguna forma de reacción, alguna enmienda al arbitrio absoluto ni siquiera en el Tercer Reich o en la Unión Soviética de Stalin: en los dos casos han actuado como freno, en mayor o menor medida, la opinión pública, la magistratura, la prensa extranjera, las iglesias, el sentimiento de humanidad y de justicia que diez o veinte años de tiranía no logran erradicar. Sólo en el *Lager* el control desde abajo era inexistente y el poder de los pequeños sátrapas era absoluto. Es comprensible que un poder de tal amplitud atrajese con preponderancia a ese tipo humano ávido de poder, que aspirasen a él también otros individuos de moderados instintos, atraídos por las múltiples ventajas materiales de los cargos, y que a estos últimos llegase a subírseles a la cabeza el poder de que disponían.

¿Quién llegaba a ser *Kapo*? Hay que hacer, otra vez, ciertas distinciones. En primer lugar, aquellos a quienes se les ofrecía tal posibilidad, es decir, los individuos en los cuales el comandante del *Lager* o sus delegados (que solían ser buenos psicólogos) entreveían la posibilidad de que fueran colaboradores: reos comunes sacados de las cárceles, a quienes la carrera de esbirros ofrecía una excelente alternativa a la detención;

prisioneros políticos debilitados por cinco o diez años de sufrimientos o, en muchos casos, moralmente debilitados; más tarde, también judíos que veían en la partícula de autoridad que les era ofrecida el único modo de poder escapar a la «solución final». Pero muchos, como hemos dicho, aspiraban al poder espontáneamente: lo buscaban los sádicos, es verdad que no en gran número, pero eran muy temidos ya que para ellos la posición de privilegio coincidía con la posibilidad de infligir, a quienes les estaban sometidos, sufrimientos y humillaciones. Lo buscaban los frustrados, y éste es también un rasgo que reproduce, en el microcosmos del *Lager*, el macrocosmos de la sociedad totalitaria: en ambos, por encima de la capacidad y del mérito, el poder se otorga generosamente a quien esté dispuesto a rendir homenaje a la autoridad jerárquica y de este modo consigue una promoción social que en cualquier otro caso no hubiese alcanzado nunca. Lo buscaban, por fin, aquellos que, entre los oprimidos, sufrían el contagio de los opresores e inconscientemente tendían a identificarse con ellos.

Sobre esta mimesis, sobre esta identificación, imitación o intercambio de papeles entre el verdugo y la víctima se ha hablado mucho. Se han dicho cosas verdaderas y falsas, turbadoras y triviales, agudas y estúpidas; no estamos ante un terreno virgen sino, por el contrario, ante un campo mal arado, pisoteado y revuelto. La directora de cine Liliana Cavani, a quien se le había pedido que resumiese el sentido de una bella y falsa película suya declaró: «Todos somos víctimas o asesinos y aceptamos estos papeles voluntariamente. Sólo Sade y Dostoiewski lo han comprendido bien». Dijo, también, que creía «que en cualquier relación, existe una dinámica víctima-verdugo expresada con mayor o menor claridad y generalmente vivida a nivel inconsciente».

Yo no entiendo de inconscientes ni de profundidades, pero creo que pocos entienden del tema, y que esos pocos son más cautos; no sé, ni me interesa, si en mis profundidades anida un asesino, pero sé que he sido una víctima inocente y que no he sido un asesino; sé que ha habido asesinos y no sólo en Alemania, y que todavía hay, retirados o en servicio, y que confundirlos con sus víctimas es una enfermedad moral, un remilgo estético o una siniestra señal de complicidad; y, sobre todo, es un servicio precioso que se rinde (deseado o no) a quienes niegan la verdad. Sé bien que en el *Lager*, y en general en el escenario del teatro humano, hay de todo, y que por ello un solo ejemplo quiere decir muy poco. Dicho todo esto con claridad, y afirmando de nuevo que confundir los dos papeles

significa querer adulterar las bases de nuestra necesidad de justicia, quedan por hacer algunas consideraciones.

Es cierto que en el *Lager* y fuera de él hay gente gris, ambigua, dispuesta al compromiso. La extrema tensión del *Lager* tiende a aumentar su número; a éstos les corresponde en verdad una parte de la culpa (tanto más importante cuanto mayor fue su libertad de elección), y, por encima de ella, están los vectores y los instrumentos de la culpa del sistema. Es cierto que la mayor parte de los opresores, durante o —más frecuentemente — después de sus actos, se han dado cuenta de que cuanto hacían o habían hecho era inicuo, hasta han experimentado dudas o malestares, incluso han sido castigados; pero estos sufrimientos suyos no son suficientes para incluirlos entre las víctimas. De la misma manera, no son suficientes los errores o las caídas de los prisioneros para asimilarlos a sus guardianes: los prisioneros de los *Lager*, centenares de millares de personas de todas las clases sociales, de casi todos los países de Europa, eran una muestra representativa, no seleccionada, de la humanidad: aun sin tener en cuenta los ambientes infernales en los cuales habían sido bruscamente precipitados los prisioneros, no es lógico pretender, y es retórico y falso sostener, que hayan seguido, todos y siempre, el comportamiento que se espera de los santos y de los filósofos estoicos. En realidad, en la gran mayoría de los casos, su comportamiento les ha sido férreamente impuesto: después de pocas semanas o meses, las privaciones a que fueron sometidos los han conducido a una situación de pura supervivencia, de lucha cotidiana contra el hambre, el frío, el cansancio, los golpes, en la cual el espacio de elección (y especialmente de elección moral) estaba reducido a la nada; son poquísimos los que han sobrevivido a la prueba, gracias a la coincidencia de muchos acontecimientos fortuitos: han sido salvados por la fortuna, y no tiene sentido buscar entre el destino de todos ellos nada en común, a excepción de la buena salud de que gozaban en sus comienzos.

Un caso límite de colaboración ha sido el de los *SonderKommandos* de Auschwitz y de los demás *Lager* de exterminio. Aquí dudamos en hablar de privilegio: quien formaba parte de ellos tenía el único privilegio (¡y a qué precio!) de que durante algunos meses comía lo que quería, pero no podía ser envidiado. Con esa denominación convenientemente vaga de *Escuadra Especial* nombraban las SS al grupo de prisioneros a quienes les era confiado el trabajo de los crematorios. A ellos les correspondía imponer el orden a los recién llegados (con frecuencia totalmente ignorantes del destino que les esperaba)

que debían ir a las cámaras de gas; sacar de las cámaras los cadáveres; quitarles de las mandíbulas los dientes de oro; cortar el pelo a las mujeres; separar y clasificar las ropas, los zapatos, el contenido de las maletas; llevar los cuerpos a los crematorios y vigilar el funcionamiento de los hornos; sacar las cenizas y hacerlas desaparecer. La Escuadra Especial de Auschwitz contó, según los períodos, con una cantidad de integrantes entre 700 y 1000.

Las Escuadras Especiales no escapaban al destino común; por el contrario, las SS realizaban todas las diligencias oportunas para que ninguno de los hombres que habían formado parte de ellas pudiese sobrevivir y contarlo. En Auschwitz hubo doce escuadras; cada una de ellas actuaba durante algunos meses, luego era suprimida, cada vez con un artificio diferente para prevenir posibles resistencias, y la escuadra que la sucedía, como iniciación, quemaba los cadáveres de sus predecesores. La última escuadra se rebeló contra las SS en octubre de 1944, hizo saltar uno de los crematorios y fue exterminada en un combate desigual al que me referiré más adelante. Los supervivientes de la Escuadra Especial han sido, por consiguiente, poquísimos y han escapado a la muerte gracias a algún impredecible juego del destino. Ninguno de ellos ha hablado de buen grado después de su liberación, y ninguno quiere hablar de su espantosa situación. Las noticias que tenemos sobre esas Escuadras son las sucintas declaraciones de estos supervivientes; las afirmaciones de sus «patrones» procesados en distintos tribunales, las alusiones contenidas en las declaraciones de «civiles» alemanes o polacos que llegaron a tener ocasión de tomar contacto con las Escuadras; y, finalmente, las hojas de papel de los diarios que se escribieron febrilmente, para dar testimonio, y fueron enterrados cuidadosamente en los alrededores de los crematorios de Auschwitz por algunos de sus integrantes. Todas estas fuentes concuerdan entre sí y, sin embargo, se hace difícil, casi imposible, imaginarse cómo estos hombres vivieron día a día, se contemplaron a sí mismos y aceptaron su condición.

Durante los primeros tiempos eran elegidos por las SS entre los prisioneros registrados en el *Lager*, y hay testimonios de que su elección dependía no sólo de su fortaleza física sino también del estudio cuidadoso de sus fisonomías. En algunos raros casos, el enrolamiento fue un castigo. Más tarde prefirieron elegir a los candidatos directamente en los andenes ferroviarios a la llegada de los trenes: los «psicólogos» de las SS se habían dado cuenta de que el reclutamiento era más fácil si se hacía entre aquella gente desesperada y desorientada, enervada por el viaje,

privada de toda capacidad de resistir, en el momento crucial de su descenso del tren cuando verdaderamente todo recién llegado se sentía en el umbral de la oscuridad y del terror de un espacio no terrestre.

Las Escuadras Especiales estaban formadas, en su mayor parte, por judíos. Es verdad que esto no puede asombrarnos, ya que la finalidad principal de los *Lager* era destruir a los judíos, y que la población de Auschwitz, a partir de 1943, estaba constituida por judíos en un noventa o noventa y cinco por ciento; pero por otro lado uno se queda atónito ante este refinamiento de perfidia y de odio: tenían que ser los judíos quienes metiesen en los hornos a los judíos, tenía que demostrarse que los judíos, esa subraza, esos seres infrahumanos, se prestaban a cualquier humillación, hasta la de destruirse a sí mismos. Por otra parte, se ha atestiguado que no todos los miembros de las SS aceptaban sin rebeldía la matanza como tarea cotidiana; delegar en las mismas víctimas una parte del trabajo, y precisamente la más sucia, tenía que servir (y probablemente sirvió) para aliviar algunas conciencias.

Bien entendido, sería inicuo atribuir esta aquiescencia a cualquier particularidad específicamente judía: a las Escuadras Especiales pertenecieron también prisioneros no judíos, alemanes y polacos, aunque con la misión «más digna» de *Kapos*; y también prisioneros de guerra rusos, a quienes los nazis consideraban sólo un escalón por encima de los judíos. Fueron pocos porque en Auschwitz los rusos eran pocos (la gran mayoría fue exterminada al comienzo, inmediatamente después de su captura, ametrallados a la orilla de enormes fosas comunes); pero no se comportaron de manera distinta a los judíos.

Las Escuadras Especiales, como portadoras de un horrendo secreto, estaban rigurosamente separadas de los demás prisioneros y del mundo exterior. Pero, como bien sabe quienquiera que haya pasado por experiencias semejantes, no hay barrera que esté exenta de algún resquicio: las noticias, aunque incompletas y distorsionadas, poseen un enorme poder de penetración, y algo trasciende siempre. Sobre estas Escuadras ya circulaban historias vagas y parciales entre los que estábamos prisioneros, y fueron confirmadas más tarde por las otras fuentes antes mencionadas, pero el horror intrínseco a esta situación humana ha impuesto a todos los testigos una especie de reserva, por la cual aun ahora es difícil hacerse una idea de lo que significaba estar obligado a realizar durante meses tal oficio. Algunos han testimoniado que a aquellos desdichados se les

daba gran cantidad de alcohol y que estaban permanentemente en estado de embotamiento y de postración total. Uno de ellos ha declarado: «En ese trabajo, o uno enloquece desde el primer día, o se acostumbra». Y otro: «Es verdad que hubiera podido matarme o dejarme matar, pero quería sobrevivir, para vengarme y para dar testimonio de todo aquello. No creáis que somos monstruos, somos como vosotros, aunque mucho más desdichados».

Es evidente que estas afirmaciones y muchas otras, innumerables, que entre ellos y con relación a ellos se habrán dicho pero que no han llegado hasta nosotros, no pueden ser tomadas al pie de la letra. De parte de hombres que han conocido esta privación extrema no podemos esperar una declaración en el sentido jurídico del término sino otro tipo de cosa, que está entre el lamento, la blasfemia, la expiación y el intento de justificación, de recuperación de sí mismos. Debe esperarse más bien un desahogo liberador que una verdad con rostro de Medusa.

Haber concebido y organizado las Escuadras ha sido el delito más demoníaco del nacionalsocialismo. Detrás del aspecto pragmático (economizar hombres válidos, imponer a los demás las tareas más atroces) se ocultan otros más sutiles. Mediante esta institución se trataba de descargar en otros, y precisamente en las víctimas, el peso de la culpa, de manera que, para su consuelo no les quedase ni siquiera la conciencia de saberse inocentes. No es ni fácil ni agradable sondear este abismo de maldad y, sin embargo, yo creo que debe hacerse, porque lo que ha sido posible perpetrar ayer puede ser posible que se intente hacer mañana y puede afectarnos a nosotros mismos y a nuestros hijos. Se siente la tentación de volver la cabeza y apartar el pensamiento: es una tentación a la que debemos resistir. En realidad, la existencia de las Escuadras tenía un significado, contenía un mensaje: «Nosotros, el pueblo de los Señores, somos vuestros destructores, pero vosotros no sois mejores; si queremos, y lo queremos, somos capaces de destruir no sólo vuestros cuerpos sino también vuestras almas, tal como hemos destruido las nuestras».

Miklos Nyiszli, médico húngaro, estuvo entre los poquísimos supervivientes de la última Escuadra Especial de Auschwitz. Era un conocido anatomista y patólogo, experto en autopsias, y el médico-jefe de las SS de Birkenau, aquel Mengele que ha muerto hace unos años huyendo de la justicia, se había asegurado sus servicios, le había concedido un trato de favor y lo consideraba casi como un colega. Nyiszli debía dedicarse especialmente al

estudio de los gemelos: en realidad, Birkenau era el único sitio en el mundo en el que existía la posibilidad de examinar los cadáveres de gemelos muertos en el mismo momento. Además de ese cometido especial, al que (digámoslo entre comillas) no parece que se opusiese con gran determinación, Nyiszli era el médico que cuidaba de la Escuadra, con la cual vivía en estrecho contacto. Pues bien, es él quien cuenta un hecho que me parece significativo.

Las SS, como ya he dicho, escogían cuidadosamente, en los *Lager* o en los trenes que llegaban, a los candidatos a las Escuadras, y no dudaban en suprimir instantáneamente a quienes se negaban, o resultaban incapaces de cumplir con su misión. En relación con los miembros recién incorporados, éstos observaban el mismo comportamiento despreciativo y distante que acostumbraban a mostrar con todos los prisioneros, y con los judíos especialmente: se les había inculcado que se trataba de seres despreciables, enemigos de Alemania y por consiguiente indignos de vida; en el mayor de los casos podían ser obligados a trabajar hasta la muerte por agotamiento. Pero no trataban igual a los veteranos de la Escuadra: en ellos veían, hasta cierto punto, a colegas suyos, tan inhumanos ya como ellos, atados al mismo carro, ligados por el mismo inmundo vínculo de la complicidad impuesta. Nyiszli cuenta que asistió, durante un descanso en el «trabajo», a un partido de fútbol entre las SS y los SK (*SonderKommando*), es decir, entre una representación de las SS que estaban de guardia en el crematorio y una representación de la Escuadra Especial; al partido asistieron otros militantes de las SS y el resto de la Escuadra, haciendo apuestas, aplaudiendo, animando a los jugadores, como si en lugar de estar ante las puertas del infierno el partido se estuviese jugando en el campo de una aldea.

Nada semejante ha ocurrido nunca, ni habría sido concebible, con las demás categorías de los prisioneros; pero con ellos, con los «cuervos del crematorio», las SS podían cruzar las armas, de igual a igual, o casi. Detrás de este armisticio podemos leer una risa satánica: está consumado, lo hemos conseguido, no sois ya la otra raza, la antirraza, el mayor enemigo del Reich Milenario; ya no sois el pueblo que rechaza a los ídolos. Os hemos abrazado, corrompido, arrastrado en el polvo con nosotros. También vosotros como nosotros y como Caín, habéis matado a vuestro hermano. Venid, podemos jugar juntos.

Nyiszli cuenta otro episodio que es digno de meditación. En la cámara de gas acababan de ser amontonados y asesinados los

integrantes de un convoy que acababa de llegar, y la Escuadra estaba llevando a cabo su horrendo trabajo cotidiano de desenredar la maraña de cadáveres, lavarlos con mangueras y transportarlos al crematorio, pero en el suelo se encontraron con una joven que aún vivía. Era un acontecimiento excepcional, único; tal vez los cuerpos hayan formado una barrera a su alrededor, hayan capturado un saco de aire que conservó el oxígeno. Los hombres estaban perplejos, la muerte era su trabajo cotidiano, la muerte era una costumbre, porque precisamente «o se enloquece uno el primer día o se acostumbra», pero aquella mujer estaba viva. La esconden, la calientan, le llevan caldo de carne, la interrogan: la chica tiene dieciséis años, no puede orientarse ni en el espacio ni en el tiempo, no sabe dónde está, ha recorrido sin entender nada la hilera del tren sellado, la brutal selección preliminar, la expoliación, la entrada en la cámara de donde nadie ha salido nunca vivo. No ha entendido nada, pero lo ha visto; por eso debe morir, y los hombres de la Escuadra lo saben, como saben que ellos morirán por la misma razón. Pero estos esclavos embrutecidos por el alcohol y por la matanza cotidiana se han transformado; delante de sí no tienen ya a una masa anónima, el río de gente espantada, atónita, que baja de los vagones: lo que hay es una persona.

¿Cómo no recordar el *insólito respeto* y la perplejidad del *turpe monatto* ante el caso único, ante la niña Cecilia, muerta de la peste, que en *Los novios* de Manzoni, la madre se niega a arrojar en el carro para que se confunda con los demás muertos? Hechos como éste asombran, porque contrastan con la imagen que tenemos del hombre coherente consigo mismo, monolítico; y no deberían asombrarnos, porque un hombre semejante no existe. La piedad y la brutalidad pueden coexistir, en el mismo individuo y en el mismo momento, contra toda lógica; y, por otra parte, también la piedad escapa a la lógica. No hay proporción entre la piedad que experimentamos y la amplitud del dolor que suscita la piedad: una sola Anna Frank despierta más emoción que los millares que como ella sufrieron, pero cuya imagen ha quedado en la sombra. Tal vez deba de ser así; si pudiésemos y tuviésemos que experimentar los sufrimientos de todo el mundo no podríamos vivir. Puede que sólo a los santos les esté concedido el terrible don de la compasión hacia mucha gente; a los sepultureros, a los de la Escuadra Especial y a nosotros mismos no nos queda, en el mejor de los casos, sino la compasión intermitente dirigida a los individuos singulares, al *Mitmensch*, al prójimo: al ser humano de carne y hueso que tenemos ante nosotros, al alcance de nuestros sentimientos que,

providencialmente, son miopes.

Se llamó a un médico, quien reanimó a la chica con una inyección: sí, el gas no ha cumplido su cometido, podrá sobrevivir, pero ¿dónde y cómo? En aquel momento llegó Muhsfeld, uno de los militantes de las SS adscritos a las fábricas mortales; el médico lo llama aparte y le explica el caso; Muhsfeld duda, luego decide: la chica tiene que morir. Si fuese mayor el caso sería distinto, ella tendría una actitud más madura y tal vez se la podría convencer de que callase todo lo que le había sucedido, pero tiene sólo dieciséis años: no podemos fiarnos de ella. No la mata con sus propias manos, llama a un subordinado suyo para que la mate de un golpe en la nuca. Ahora bien, este Muhsfeld no era un ser misericordioso; su ración cotidiana de matanzas estaba llena de episodios arbitrarios y caprichosos, marcada por sus inventos de refinada crueldad. Fue procesado en 1947, condenado a muerte y ahorcado en Cracovia. Fue una ejecución justa; pero ni siquiera él era un monolito. Si hubiera vivido en un ambiente y en una época distintos es probable que se hubiera comportado como cualquier otro hombre normal.

En *Los hermanos Karamazov*, Grushenka relata el cuento de la cebollita. Una vieja malvada se muere y va al infierno, pero su ángel de la guarda, tratando de recordar algo bueno de ella, se acuerda de que una vez, sólo una, le dio a un mendigo una cebollita que había sacado de su huerta: le tendió la cebollita y la vieja se agarró a ella y fue, así, sacada del fuego infernal. Este cuento me ha parecido siempre indignante: ¿qué monstruo humano no ha dado nunca durante su vida una cebollita a alguien, aunque sea sólo a su mujer, a sus hijos, a su perro? Aquel único acto de piedad repentina es verdad que no basta para absolver a Muhsfeld, pero sí basta para situarlo por lo menos en el último borde, en la zona gris, en esa zona de ambigüedad que irradia de los regímenes fundados en el terror y la sumisión.

No es difícil juzgar a Muhsfeld, y no creo que el tribunal que lo condenó tuviese ninguna duda sobre ello; sin embargo, nuestra necesidad y nuestra capacidad de juzgar tropiezan cuando se encuentran con la Escuadra Especial. Inmediatamente aparecen aquellas perturbadoras preguntas para las cuales es difícil encontrar una respuesta que nos tranquilice con relación a la naturaleza del hombre. ¿Por qué aceptaron aquella tarea? ¿Por qué no se rebelaron, por qué no prefirieron la muerte?

En cierta medida, los datos de que disponemos nos permiten intentar una respuesta. No todos aceptaron; algunos se rebelaron sabiendo que morirían. Por lo menos de uno de los

casos tenemos noticias ciertas: un grupo de cuatrocientos judíos de Corfú, que en julio de 1944 había sido incluido en la Escuadra, se negó en masa a hacer aquel trabajo y fue inmediatamente asesinado por medio del gas. Hay memoria de algunas otras rebeliones individuales que fueron castigadas enseguida con una muerte atroz (Filip Müller, uno de los poquísimos sobrevivientes de las Escuadras, cuenta que a un compañero suyo las SS lo metieron vivo en el horno) y de muchos otros casos de suicidio, en el momento de la elección o inmediatamente después. Por fin, también hay que recordar que fue la Escuadra Especial la que organizó en octubre de 1944, la única tentativa desesperada de rebelión de la historia del *Lager* en Auschwitz, a la que ya hemos aludido.

Las noticias que nos han llegado de esa tentativa no son completas ni concordantes; se sabe que los rebeldes (los asignados a dos crematorios de los cinco de Auschwitz-Birkenau), mal armados y sin contactos con los partisanos polacos del exterior del *Lager* y con la organización clandestina de defensa del propio *Lager*, volaron el crematorio número 3 y se enfrentaron con las SS. El combate terminó muy pronto; algunos de los insurgentes consiguieron cortar las alambradas y huir al exterior pero fueron capturados enseguida. Ninguno sobrevivió; unos 450 fueron inmediatamente muertos por las SS; de estos últimos, hubo tres muertos y doce heridos.

Aquellos de quienes tenemos noticia, la desdichada mano de obra de las matanzas, son, por consiguiente, el resto, los que una y otra vez iban prefiriendo unas semanas más de vida (¡qué vida!) a la muerte inmediata, pero que en ningún caso llegaron, y tampoco fueron obligados a ello, a dar la muerte con sus propias manos. Vuelvo a decir: creo que nadie está autorizado a juzgarlos, ni quien ha vivido la experiencia del *Lager* ni, mucho menos, quien no la haya vivido. Me gustaría invitar a quien se atreviese a emitir un juicio a realizar consigo mismo, con toda sinceridad, un experimento conceptual: imagínese, si es que puede, que ha pasado unos meses o unos años en un *ghetto*, atormentado por un hambre crónica, por el cansancio, por la promiscuidad y la humillación, que ha visto morir a su alrededor, uno tras otro, a sus seres queridos; que está aislado del mundo, sin poder recibir ni transmitir noticias; y que por fin se lo carga en un tren, ochenta o cien por vagón de mercancías; que viaja hacia lo desconocido, a ciegas, durante días y durante noches insomnes; y que por fin se encuentra lanzado contra los muros de un infierno indescifrable. Aquí le ofrecen la supervivencia, y le proponen, o mejor dicho, le imponen una tarea atroz pero

imprecisa. Este es, me parece, el verdadero *Befehlnotstand*, el «estado de constreñimiento como consecuencia de una orden», y no el que invocaban sistemática y desvergonzadamente los nazis arrastrados a los tribunales y, más tarde, pero siguiendo sus huellas, los criminales de guerra de muchos otros países. El primero es una elección que no tiene escapatoria, es la obediencia inmediata o la muerte; el segundo es un hecho intrínseco al centro del poder, y hubiera podido solucionarse (como en realidad se solucionó muchas veces) con alguna maniobra, con algún retraso en la carrera, con un castigo moderado o, en el peor de los casos, con el traslado del remiso al frente de batalla.

El experimento que he propuesto no es agradable; Vercors ha intentado representarlo en su cuento *Les armes de la nuit* (Albin Michel, París, 1953), donde se habla de «la muerte del alma», y que al releerlo hoy me parece intolerablemente contaminado de esteticismo y de libido literaria. Pero no hay duda de que se trata de la muerte del alma: ahora bien, nadie puede saber cuánto tiempo, ni a qué pruebas podrá resistir su alma antes de doblegarse o de romperse. Todo ser humano tiene una reserva de fuerzas cuya medida desconoce: puede ser grande, pequeña o inexistente, y sólo en la extrema adversidad puede ser valorada. Aun sin recurrir al caso límite de las Escuadras Especiales nos sucede con frecuencia, a los sobrevivientes, cuando contamos las cosas que nos han ocurrido, que nuestro interlocutor nos diga: «Yo, en tu lugar, no habría resistido un solo día». La afirmación no tiene un sentido exacto: nunca se está en el lugar de otro. Cada individuo es un objeto tan complejo que es inútil pretender prever su comportamiento, y mucho menos en situaciones límites; ni siquiera es posible prever el comportamiento propio. Por eso pido que la historia de «los cuervos del crematorio» sea meditada con compasión y rigor, pero que no se pronuncie un juicio sobre ellos.

La misma *impotentia judicandi* nos paraliza ante el caso Rumkowski. La historia de Chaim Rumkoswki no es precisamente una historia de *Lager*, aunque haya terminado en el *Lager*: es una historia de *ghetto*, pero tan elocuente en el tema fundamental de la ambigüedad humana provocada fatalmente por la opresión que me parece que se integra muy bien en lo que estamos contando. La cuento aquí otra vez aunque la haya contado ya en otra parte.

A mi vuelta de Auschwitz me he encontrado en el bolsillo una curiosa moneda de una aleación vulgar, que todavía conservo. Está arañada y corroída; lleva en una cara la estrella judía (el

«escudo de David»), la fecha de 1943 y la palabra *getto*, que en alemán se lee *ghetto*; en la otra cara las inscripciones QUITTUNG ÜBER 10 MARK y DER ÄLTESTE DER JUDEN IN LITZMANNSTADT, es decir, «recibo por 10 marcos» y «el decano de los judíos de Litzmannstadt»: era una moneda de uso interno en el *ghetto*. Durante muchos años olvidé su existencia y luego, en 1974, pude reconstruir la historia, que es fascinante y siniestra.

Con el nombre de Litzmann, en honor de un general Litzmann que había vencido a los rusos en la Primera Guerra Mundial, los nazis habían rebautizado la ciudad polaca de Lódź. En los últimos meses de 1944 los últimos sobrevivientes del *ghetto* de Lódź habían sido deportados a Auschwitz: yo debí de encontrar por el suelo del *Lager* aquella moneda ya inútil.

En 1939 Lódź tenía 750.000 habitantes, y era la más industrial de las ciudades polacas, la más «moderna» y la más fea: vivía de la industria textil, como Manchester y Biella, y estaba condicionada por la existencia de una miríada de fábricas grandes y pequeñas, la mayoría ya entonces obsoletas. Como en todas las ciudades de cierta importancia de la Europa oriental ocupada, los nazis se apresuraron a construir un *ghetto*, resucitando, agravado por su ferocidad moderna, el régimen de los *ghettos* de la Edad media y de la contrarreforma. El *ghetto* de Lódź, abierto ya en febrero de 1940, fue el primero en el tiempo, y el segundo, después del de Varsovia, en número: llegó a tener más de 160.000 judíos, y se disolvió en otoño de 1944. Fue, por consiguiente, el de mayor duración de todos los *ghettos* nazis, lo que puede atribuirse a dos razones: su importancia económica y la turbadora personalidad de su presidente.

Se llamaba Chaim Rumkowski: había sido un pequeño industrial fracasado que, después de largos viajes y cambios de fortuna, se había establecido en Lódź en 1917. En 1940 tenía cerca de sesenta años y era un viudo sin hijos, gozaba de cierta estima y era conocido como director de obras piadosas judías y como un hombre enérgico, inculto y autoritario. El cargo de presidente (o decano) de un *ghetto* era verdaderamente espantoso pero era un cargo, constituía un reconocimiento social, hacía subir un escalón y otorgaba derechos y privilegios, es decir, autoridad; y Rumkowski amaba apasionadamente la autoridad. Cómo llegó a aquella investidura no se sabe: tal vez se trató de una burla a la triste manera de los nazis (Rumkowski era, o parecía ser un perfecto necio, ideal para servir de hazmerreír); o tal vez fuese él mismo quien intrigó para ser elegido, tan grande era su deseo de poder. Se ha probado que los cuatro años de su presidencia, o mejor dicho de su dictadura,

fueron un sorprendente amasijo de sueños megalómanos de vitalidad bárbara y de auténtica capacidad diplomática y organizadora. Él se vio enseguida vestido de monarca absoluto e ilustrado y fue apoyado en ese camino por sus amos alemanes, quienes de verdad se divertían con él, quienes también apreciaban sus talentos de buen administrador y persona ordenada. Obtuvo autorización para acuñar moneda, en metal (como la mía) o en papel, en un papel de filigrana que le fue suministrado oficialmente. En esa moneda se les pagaba a los extenuados obreros del *ghetto*; podían gastarla en las cantinas comprando sus raciones alimenticias, que ascendían a unas 800 calorías diarias (hago notar, de paso, que hacen falta por lo menos 2.000 para sobrevivir en un estado de absoluto reposo).

De sus hambrientos súbditos Rumkowski ambicionaba no sólo obediencia y respeto sino también amor: en esto las dictaduras modernas se distinguen de las antiguas. Como disponía de un ejército de excelentes artistas y artesanos atentos a cualquier indicación suya a cambio de un cuarto de pan, se hizo diseñar y estampar sellos que llevaban su efigie, con cabellos y barba blancos por la luz de la Esperanza y de la Fe. Tenía una carroza arrastrada por un asno esquelético y en ella recorría las calles de su minúsculo reino, donde se arremolinaban mendigos y pedigüeños. Llevaba un manto real y se rodeó de una corte de aduladores y de sicarios; a sus poetas áulicos les hizo componer himnos en honor de su «mano férrea y potente» y de la paz y el orden que por su virtud reinaban en aquel *ghetto*; ordenó que a los niños de las nefandas escuelas, devastadas cada día por las epidemias, la destrucción y las razias alemanas, se les asignasen temas de composiciones en alabanza de «nuestro amado y próvido Presidente». Como todos los autócratas, se apresuró a organizar una policía eficaz, formalmente para mantener el orden, de hecho para proteger su persona y para imponer su disciplina: estaba formada por seiscientos guardias armados con bastones y por un número indeterminado de espías. Pronunció muchos discursos, de los cuales se han conservado algunos y cuyo estilo es inconfundible: había adoptado la técnica oratoria de Mussolini y de Hitler, la de la recitación inspirada, del seudocoloquio con la multitud, de la creación de consenso mediante el plagio y el aplauso; es posible que tal imitación fuese deliberada; pero también es posible que se tratase de una identificación inconsciente con el modelo del «héroe necesario» que por entonces dominaba Europa y había sido cantado por D'Annunzio; pero es más probable que toda su actitud procediese de su condición de pequeño tirano, impotente con relación a las instancias superiores y omnipotente con

relación a los inferiores. Quien tiene trono y cetro, quien no teme que le contradigan ni se rían de él, habla así.

Y sin embargo su figura fue más compleja de cuanto pueda parecer aquí. Rumkowski no fue sólo un renegado y un cómplice; en cierta medida, además de hacerlo creer a los demás, se debió haber convencido a sí mismo con el correr del tiempo de que era un mesías, un salvador de su pueblo, cuyo bien, por lo menos esporádicamente, debe haber deseado. Hay que beneficiar para sentirse benéfico, y sentirse benéfico es gratificante hasta para un sátrapa corrupto. Paradójicamente, su identificación con los oprimidos, puesto que el hombre, dice Thomas Mann, es una criatura confusa; y cuanto más confusa se hace, podemos añadir, cuanto más sometida está a una tensión tanto más escapa a nuestro juicio, tal como una brújula se enloquece cerca de un polo magnético.

Aunque fuera constantemente despreciado y ridiculizado por los alemanes, es probable que Rumkowski pensase en sí mismo no como en un siervo sino como en un Señor. Debió tomarse en serio su autoridad: cuando la Gestapo se apoderó sin previo aviso de «sus» consejeros, acudió en su ayuda con valor, exponiéndose a burlas y a bofetones que supo soportar con dignidad. En otras ocasiones trató de comerciar con los alemanes, que exigían cada vez más tela de Lódź, y de él cada vez mayores contingentes de bocas inútiles (viejos, niños, enfermos) para mandar a las cámaras de gas de Treblinka y luego de Auschwitz. La misma dureza con que se precipitó a reprimir los movimientos de insubordinación de sus súbditos (había en Lódź, como en los demás *ghettos*, núcleos de temeraria resistencia política, de raíz sionista, aliadófila o comunista) no procedía tanto de una actitud servil hacia los alemanes como de «lesa majestad», de indignación por la ofensa contra su real persona.

En septiembre de 1944, como el frente ruso se estaba acercando, los nazis empezaron la liquidación del *ghetto* de Lódź. Decenas de millares de hombres y mujeres fueron deportados a Auschwitz, *anus mundi*, el último drenaje del universo alemán; exhaustos como estaban, casi todos fueron eliminados inmediatamente. Quedaron en el *ghetto* un millar de hombres, para desmontar la maquinaria de las fábricas y borrar las huellas de las matanzas; fueron liberados por el ejército rojo poco después, y a ellos se deben las noticias que aquí damos.

Sobre el destino final de Chaim Rumkowski hay dos versiones, como si la ambigüedad que había presidido su vida se hubiese extendido hasta envolver su muerte. Según la primera

versión, durante el desmantelamiento del *ghetto* habría tratado de oponerse a la deportación de un hermano suyo de quien no quería separarse; un oficial alemán le habría propuesto, entonces, que partiese con él voluntariamente y él habría aceptado. Otra versión afirma, sin embargo, que la salvación de Rumkowski habría sido intentada por Hans Biebow, otro personaje recubierto de doblez. Aquel torvo industrial alemán era el funcionario encargado de la administración del *ghetto*, y al mismo tiempo era contratista: su cargo era delicado porque las fábricas textiles de Lódź trabajaban para las fuerzas armadas. Biebow no era una fiera: no le interesaba causar sufrimientos inútiles ni castigar a los judíos por el mero hecho de ser judíos, pero sí obtener ganancias sobre las mercancías, fuesen licitas o no. El tormento del *ghetto* lo conmovía, pero sólo indirectamente; deseaba que los obreros esclavos trabajasen, y por ello deseaba que no se muriesen de hambre: su sentido moral llegaba hasta aquí. De hecho era el verdadero dueño del *ghetto* y estaba ligado a Rumkowski por ese lazo entre cliente y proveedor que muchas veces desemboca en una auténtica amistad. Biebow, pequeño chacal demasiado cínico para tomarse en serio la demonología de la raza, hubiese querido diferir eternamente el desmantelamiento del *ghetto*, que era un magnífico negocio, y salvar a Rumkowski de la deportación, porque confiaba en su complicidad; de ahí que, con frecuencia, un realista sea mucho mejor que un teórico. Pero los teóricos de las SS tenían otra opinión, y eran más fuertes. Eran *gründlich*, radicales: afuera el *ghetto* y afuera Rumkowski.

No pudiendo hacer otra cosa, Biebow, que tenía buenos apoyos, entregó a Rumkowski una carta dirigida al comandante del *Lager* de destino y le garantizó que le protegería y le aseguraría un trato de favor. Rumkowski habría pedido a Biebow, y obtenido de él, que le enviasen a Auschwitz, a él y a su familia, con el decoro que correspondía a su rango, es decir, en un vagón especial, enganchado a la cola del convoy de vagones-mercancía abarrotados de deportados sin privilegios: pero el destino de los judíos en manos alemanas era sólo uno, fuesen villanos o héroes, humildes o soberbios. Ni la carta ni el vagón pudieron salvar del gas a Rumkowski, Rey de los Judíos.

Una historia como ésta no se cierra sobre sí misma. Está llena de significados latentes, plantea más preguntas de las que contesta, resume en sí misma toda la temática de la zona gris, y nos deja perplejos. Grita y clama para ser comprendida porque en ella se vislumbra un símbolo, como en los sueños y en las señales celestes.

¿Quién es Rumkowski? No es un monstruo, ni un hombre vulgar; pero hay muchos de nosotros que se parecen a él. Las caídas que han precedido su «carrera» son significativas: los hombres que de una caída sacan fuerza moral son pocos. Me parece que en su historia puede reconocerse de forma ejemplar la necesidad casi física que de la obligación política hace nacer la zona indefinida de la ambigüedad y del compromiso. A los pies de todo trono absoluto se agolpan hombres como el nuestro para asir su parcela de poder: es un espectáculo repetido; nos vienen a la memoria las luchas a cuchillo de los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial, en la corte de Hitler y entre los ministros de Saló; hombres grises éstos también, ciegos más que criminales, luchando encarnecidamente para repartirse las migajas de una autoridad criminal y moribunda. El poder es como una droga: la necesidad del uno y de la otra es desconocida para quienes no los han probado, pero después de iniciarse en ellos, lo cual (como para Rumkowski) puede ocurrir fortuitamente, aparece la dependencia y la necesidad de dosis cada vez más altas; surge también el rechazo de la realidad y el retorno a los sueños infantiles de omnipotencia. Si es válida la interpretación de un Rumkowski intoxicado de poder, hay que admitir que la intoxicación ha ocurrido no a causa, sino a pesar del ambiente del *ghetto*; es decir, es tan poderosa que llega a prevalecer en condiciones que parecerían las ideales para extinguir toda voluntad individual. En realidad, era bien visible en él, como en sus modelos más importantes, el síndrome del poder permanente y certero: la visión distorsionada del mundo, la arrogancia dogmática, la necesidad de adulación, el aferrarse convulsivamente al puesto de mando, el desprecio de las leyes.

Todo eso no exonera a Rumkowski de su culpabilidad. Que de la aflicción de Lódź haya emergido un Rumkowski es algo que causa espanto; si hubiese sobrevivido a su tragedia, y a la tragedia del *ghetto* que él mismo pervirtió con su imaginación de histrión, ningún tribunal le habría absuelto, ni tampoco podemos absolverlo en el terreno moral. Pero tiene atenuantes: un orden infernal como era el nacionalsocialismo, ejerce un espantoso poder de corrupción al que es difícil escapar. Degrada a sus víctimas y las hace semejantes a él porque impone complicidades grandes y pequeñas. Para resistirlas se necesita un sólido esqueleto moral y el que tenía Chaim Rumkowski, el mercader de Lódź, y los de su generación, eran frágiles: ¿pero el nuestro, europeos de hoy, es fuerte?, ¿cómo nos comportaríamos cada uno de nosotros si fuésemos empujados por la necesidad y, al mismo tiempo, atraídos por la seducción?

La historia de Rumkowski es la historia repugnante e inquietante de los *Kapos* y los funcionarios de los *Lager*; de los pequeños jerarcas que sirven a un régimen, frente a cuyas culpas son voluntariamente ciegos; de los subordinados que firman todo, porque una firma es poco importante; de quien mueve la cabeza pero consiente; de quien dice «si no lo hiciese yo, lo haría alguien peor que yo».

En esta zona de semiconciencias hay que colocar a Rumkowski, figura simbólica y representativa. Si fue sublime o vil es difícil decirlo: él solo podría aclararlo si pudiese hablar ante nosotros, aunque fuese mintiendo como probablemente mentía siempre, incluso a sí mismo; pero nos ayudaría a entenderlo, como todo acusado ayuda a su juez aunque no quiera y aunque mienta, porque la capacidad de un hombre para representar un papel determinado no es ilimitada.

Pero todo esto no basta para explicar el sentido acuciante y amenazador que emana de esta historia. Tal vez su significado sea más amplio: en Rumkowski nos vemos todos, su ambigüedad es la nuestra, connatural a nosotros, de híbridos amasados de arcilla y de espíritu; su fiebre es la nuestra, la de nuestra civilización occidental que «baja a los infiernos con trompetas y tambores», y sus miserables oropeles son la imagen distorsionada de nuestros símbolos de prestigio social. Su locura es la del Hombre presuntuoso y mortal como lo describe Isabela en *Misura per misura, el Hombre que,… recubierto de autoridad precaria, ignorante de lo que cree cierto, —de su esencia, que es de vidrio—, cual una mona furiosa, hace tales insulsas payasadas bajo el cielo que hace llorar a los ángeles.*

Igual que Rumkowski, también nosotros nos cegamos con el poder y con el prestigio hasta olvidar nuestra fragilidad esencial: con el poder pactamos todos, de buena o mala gana, olvidando que todos estamos en el *ghetto*, que el *ghetto* está amurallado, que fuera del recinto están los señores de la muerte, que poco más allá espera el tren.

3

La vergüenza

Existe una imagen estereotipada, mostrada infinidad de veces, consagrada por la literatura y por la poesía, utilizada en el cine: al terminar el vendaval, cuando llega «la calma después de la tempestad», todos los corazones se regocijan. «Salir de penas todos queremos.» Después de la enfermedad viene la salud; a sacarnos de la prisión llegan los nuestros, los liberadores, con banderas desplegadas; el soldado vuelve, y encuentra la familia y la paz.

A juzgar por los relatos hechos por muchos repatriados, y por mis propios recuerdos, el pesimista Leopardi ha ido, en esta representación suya, más allá de la realidad: a su pesar, se ha mostrado optimista. En la mayoría de los casos, la hora de la liberación no ha sido alegre ni despreocupada: estallaba sobre un fondo trágico de destrucción, matanza y sufrimiento. En aquel momento, en que sentíamos que nos convertíamos en hombres, es decir, en seres responsables, volvían los sufrimientos de los hombres: el sufrimiento de la familia dispersa o perdida, del dolor universal que había a nuestro alrededor; de la propia extenuación, que parecía que no podía curarse, que era definitiva; de la vida que había que empezar de nuevo en medio de las matanzas, muchas veces solos. No era «el placer hijo del afán»: era el afán hijo del afán. Salir de penas ha sido un deleite sólo para algunos afortunados, o bien sólo durante breves instantes, o para las almas muy simples; en la mayoría de los

casos ha coincidido con una fase de angustia.

Todos conocemos la angustia desde la infancia, y todos sabemos que muchas veces es incomprensible, indiferenciada. Es raro que lleve una etiqueta escrita con claridad designando su causa; cuando la lleva, suele ser mentirosa. Podemos creernos y declararnos angustiados por un motivo, y que sea por otro: creer que sufrimos por el futuro y, en lugar de ello, sufrir por nuestro pasado; creer que sufrimos por los demás, por compasión, por «simpatía», y en lugar de ello sufrir por motivos propios, más o menos profundos, más o menos confesables o confesados; a veces tan profundos que sólo el especialista, el analista de las almas, puede desentrañarlos.

Naturalmente, no me atrevo a afirmar que el guión al que he aludido sea falso en todas las ocasiones. Muchas liberaciones han sido vividas con un gozo total, auténtico; sobre todo por parte de los combatientes, militares o políticos, que veían realizarse en aquel momento las aspiraciones de su militancia y de su vida; también por parte de quien había sufrido menos, o durante menos tiempo, o sólo por él mismo y no por su familia o sus amigos o por personas amadas. Y además, por fortuna, los seres humanos no son todos iguales: hay entre nosotros también quien tiene la virtud de poder extraer, rescatar esos instantes de alegría, de gozar plenamente como quien sabe extraer el oro nativo de la roca. Y, por fin, entre los testimonios leídos o escuchados, están también los que han sido estilizados inconscientemente, en los cuales la convención prevalece sobre la genuina memoria: «quien es liberado de la esclavitud se regocija por ello, yo he sido liberado, por consiguiente también yo me regocijo. En todas las películas, en todas las novelas, como en *Fidelio*, el rompimiento de las cadenas es un momento de alegría solemne o ferviente, y por consiguiente también lo ha sido el mío». Se trata de un caso particular de esa distorsión del recuerdo a que me refería en el primer capítulo y que se acentúa con el paso de los años y con la acumulación de las experiencias ajenas, verdaderas o imaginadas, sobre el estrato de las propias. Pero quien, por determinación o por temperamento, se mantiene lejos de la retórica, con frecuencia habla de manera distinta. Así, por ejemplo, describe su liberación el ya nombrado Filip Müller, que pasó por experiencias más terribles que las mías, en la última página de sus memorias *Eyewitness Auschwitz—Three years in the Gas Chambers*: Por muy increíble que pueda parecer experimenté un verdadero abatimiento. Aquel momento, alrededor del cual durante tres años se habían concentrado todos mis pensamientos y mis deseos secretos, no suscitó en mí ni

felicidad ni ningún otro sentimiento. Me dejé caer de mi yacija y fui a gatas hasta la puerta. Una vez que estuve fuera, me esforcé en vano en proseguir, luego me tumbé sencillamente en el suelo, en el bosque, y caí dormido.

Releo ahora un fragmento de *La tregua.* El libro no se publicó hasta 1963 (Turín, Einaudi) pero estas palabras las había escrito a finales de 1947; se refieren a los primeros soldados rusos que contemplaron nuestro *Lager*, donde se amontonaban los cadáveres y los moribundos:

> No nos saludaban, no sonreían; parecían oprimidos, más que por la compasión, por una timidez confusa que les sellaba la boca y les clavaba la mirada sobre aquel espectáculo funesto. Era la misma vergüenza que conocíamos tan bien, la que nos invadía después de las selecciones, y cada vez que teníamos que asistir o soportar un ultraje: la vergüenza que los alemanes no conocían, la que siente el justo ante la culpa cometida por otro, que le pesa por su misma existencia, porque ha sido introducida irrevocablemente en el mundo de las cosas que existen, y porque su buena voluntad ha sido nula o insuficiente, y no ha sido capaz de contrarrestarla.

No creo tener nada que tachar ni corregir, sino más bien algo que añadir. Que muchos (y yo mismo) han experimentado «vergüenza», es decir, sentido de culpa, durante la prisión y después, es un hecho cierto y confirmado por numerosos testimonios. Puede parecer absurdo, pero es así. Voy a intentar interpretarlo a mi manera, y comentar las interpretaciones de otros.

Como he adelantado al principio, el malestar indefinido que acompañaba a la liberación puede que no fuera exactamente vergüenza, pero era percibido como tal. ¿Por qué? Podemos suponer varias explicaciones.

Excluyo de este examen algunos casos excepcionales: los prisioneros, casi todos políticos, que tuvieron la fuerza y la posibilidad de actuar en el interior del *Lager* en defensa y en favor de sus compañeros. Nosotros, casi todos los prisioneros comunes, los ignorábamos y ni siquiera sospechábamos su existencia, lo cual era lógico, ya que por razones políticas y de seguridad (la Sección Política de Auschwitz no era más que una

rama de la Gestapo) tenían que operar en secreto no sólo con relación a los alemanes sino con todos los demás. En Auschwitz, imperio de concentración que en mi tiempo estaba formado por un noventa y cinco por ciento de judíos, esa red política era embrionaria; yo solamente asistí a un episodio que hubiese debido hacerme intuir algo si no hubiera estado deshecho por el trabajo cotidiano.

Hacia mayo de 1944 nuestro casi inocuo *Kapo* fue destituido y el recién llegado se mostró como un individuo temible. Todos los *Kapos* pegaban: evidentemente era parte de sus atribuciones, era su lenguaje, más o menos aceptado; y, además, era el único lenguaje que en aquella Babel perpetua podía ser realmente entendido por todos. En sus distintos matices era comprendido como incitación al trabajo, como admonición y como castigo, y en el orden jerárquico de los sufrimientos ocupaba uno de los últimos puestos. Ahora bien, el *Kapo* nuevo pegaba de un modo diferente, de modo convulsivo, maligno y perverso: en la nariz, en las espinillas, en los genitales. Pegaba para hacer daño, para causar sufrimiento y humillación. Pero no como hacían otros, por ciego odio racial, sino por deseo claro de producir dolor, indiscriminadamente y sin ningún pretexto, a todos sus súbditos. Es probable que se tratase de un enfermo mental pero, por supuesto, en aquellas condiciones, la indulgencia que sentimos hoy como un deber hacia los enfermos de ese tipo hubiera estado fuera de lugar. Hablé de ello con un colega, un judío comunista croata: ¿qué hacer?, ¿cómo defenderse?, ¿actuar colectivamente? Él me hizo una seña, con una sonrisa extraña y sólo me contestó: «Ya verás como no dura mucho». Efectivamente, el golpeador desapareció en menos de una semana. Años más tarde, en una reunión de ex prisioneros me enteré de que algunos prisioneros políticos adscritos a la Oficina de Trabajo del interior del campo tenían el terrorífico poder de sustituir los números de matrícula en las listas de los prisioneros destinados a las cámaras de gas. Quien tuvo los medios y la voluntad de actuar así, de contrarrestar de aquella manera la maquinaria del *Lager*, ha estado a salvo de la vergüenza: o por lo menos de la que yo estoy hablando, ya que probablemente experimentará otra. También a salvo debía encontrarse Sivadjan, hombre silencioso y tranquilo que he mencionado de paso en *Si esto es un hombre* (Turín, Einaudi, 1958) en el capítulo de «El canto de Ulises», y del cual he sabido, en la misma ocasión, que introducía explosivos en el campo con la mirada puesta en una posible insurrección.

A mi criterio, el sentimiento de vergüenza y de culpa que

coincidía con la libertad reconquistada era muy complejo: estaba formado por elementos diversos, y en distintas proporciones, en cada uno de los casos. Debemos recordar que cada uno de nosotros, de modo objetivo o subjetivo, vivimos el *Lager* a nuestro modo.

A la salida de la oscuridad se sufría por la conciencia recobrada de haber sido envilecidos. Habíamos estado viviendo durante meses y años de aquella manera animal, no por propia voluntad, ni por indolencia ni por nuestra culpa: nuestros días habían estado llenos, de la mañana a la noche, por el hambre, el cansancio, el miedo y el frío, y el espacio de reflexión, de raciocinio, de sentimientos, había sido anulado. Habíamos soportado la suciedad, la promiscuidad y la desposesión sufriendo mucho menos de lo que habríamos sufrido en una situación normal, porque nuestro parámetro moral había cambiado. Además, todos habíamos robado: en las cocinas, en el campo, en la fábrica, en resumidas cuentas «a los otros», a la parte contraria, pero habíamos hurtado; algunos (pocos) habían llegado incluso a robarle el pan a su propio amigo. Nos habíamos olvidado no sólo de nuestro país y de nuestra cultura sino también de nuestra familia, del pasado, del futuro que habíamos esperado, porque, como los animales, estábamos reducidos al momento presente. De esa situación de abatimiento habíamos salido sólo a raros intervalos, en los poquísimos domingos de descanso, en los minutos fugaces antes de caer dormidos, durante la furia de los bombardeos aéreos, y eran salidas dolorosas, precisamente porque nos daban ocasión de medir desde afuera nuestro envilecimiento.

Creo que precisamente a este volverse atrás para mirar «las aguas peligrosas» se hayan debido los muchos casos de suicidio posteriores (a veces inmediatamente posteriores) a la liberación. Se trataba siempre de un momento crítico que coincidía con una oleada de reflexión y de depresión. Como contraste, todos los historiadores del *Lager*, también de los soviéticos, están de acuerdo en observar que los casos de suicidio durante la prisión fueron raros. A este hecho se le han buscado varias explicaciones pero por mi parte no propongo sino tres, que no se excluyen unas a otras.

Primera: el suicidio es cosa humana y no de animales, es decir, es un acto meditado, una elección no instintiva, no natural; y en el *Lager* había pocas ocasiones de elegir, se vivía precisamente como los animales domesticados, que a veces se dejan morir pero que no se matan. Segunda: «había otras cosas en que pensar», como suele decirse. La jornada estaba

completa: había que pensar en satisfacer el hambre, en sustraerse de algún modo al cansancio y al frío, en evitar los golpes; precisamente por la inminencia constante de la muerte faltaba tiempo para pensar en la muerte. La rudeza de la verdad resplandece en la anotación de Svevo en *La conciencia de Zeno*, donde describe despiadadamente la muerte de su padre: «Cuando uno se está muriendo tiene otra cosa que hacer que pensar en la muerte. Todo su organismo estaba entregado a la respiración». Tercera: en la mayoría de los casos el suicidio nace de un sentimiento de culpabilidad (si existe el castigo se debe haber cometido una falta) que ningún castigo ha podido atenuar; ahora bien, la dureza de la prisión era percibida como un castigo, y el sentimiento de culpa se relegaba a segundo plano para emerger de nuevo después de la liberación: es decir, no necesitábamos castigarnos con el suicidio por una (verdadera o presunta) culpa que estábamos ya expiando con nuestros sufrimientos diarios.

¿Qué culpa? En resumidas cuentas, emergía la conciencia de no haber hecho nada, o lo suficiente, contra el sistema por el que estábamos absorbidos. De la falta de resistencia en los *Lager*, o mejor dicho en algunos de los *Lager*, se ha hablado mucho y muy a la ligera, sobre todo por parte de quienes tenían otros pecados de los cuales dar cuenta. Quien ha pasado por ello, sabe que había situaciones colectivas y personales en las cuales era posible una resistencia activa; otras, mucho más frecuentes, en las que no lo era. Es sabido que, especialmente en 1941, cayeron en manos alemanas millones de prisioneros militares soviéticos. Eran jóvenes, la mayoría bien alimentados y robustos, tenían preparación militar y política, con frecuencia formaban una unidad con los soldados de tropa, suboficiales y oficiales; odiaban a los alemanes, que habían invadido su país y, sin embargo, muy raramente les hicieron resistencia. La desnutrición, la expoliación y los demás daños físicos que tan fácil es provocar y en los cuales los nazis eran maestros, son rápidamente destructores, y antes de destruir paralizan; tanto más cuanto que están precedidos por años de segregación, humillaciones, malos tratos, migraciones forzadas, ruptura de lazos familiares, pérdida de contacto con el resto del mundo. Ésta era la situación del grueso de los prisioneros que habían llegado a Auschwitz después del preinfierno de los *ghettos* y de los campos de concentración.

Por todo eso, en el plano racional, no se podría encontrar nada de qué avergonzarse, pero a pesar de ello se sentía la vergüenza, y especialmente ante los pocos y lúcidos ejemplos de

quienes habían tenido la fuerza y la posibilidad de resistir; a ello he aludido en el capítulo «El último» de *Si esto es un hombre*, donde se describe el ahorcamiento público de un resistente ante la aterrorizada y apática multitud de los prisioneros. Es un pensamiento que entonces sólo nos insinuábamos, pero que ha vuelto después: «también tú habrías podido, habrías debido»; es un juicio que el ex prisionero ve, o cree ver, en los ojos de quienes (y especialmente los jóvenes) escuchan su relato y juzgan con la ligereza de quien juzga después; o que tal vez siente que despiadadamente le reprochan. Conscientemente o no, se siente imputado y juzgado, empujado a justificarse y a defenderse.

Más realista es la autoacusación, o la acusación, de haber fallado en el plano de la solidaridad humana. Pocos sobrevivientes se sienten culpables de haber perjudicado, robado o golpeado deliberadamente a un compañero: quien lo ha hecho rechaza el recuerdo; por el contrario, casi todos se sienten culpables de omisión en el socorro. La presencia a tu lado de un compañero más débil, o más indefenso, o más viejo, o demasiado joven, que te obsesiona con sus peticiones de ayuda, o con su simple «estar» que ya en sí es una súplica, es una constante de la vida en el *Lager*. La necesidad de solidaridad, de una voz humana, de un consejo, incluso sólo de alguien que escuchase, era permanente y universal, pero se satisfacía raramente. Faltaba tiempo, espacio, condiciones para las confidencias, paciencia, fuerza; en la mayoría de los casos aquel a quien uno se dirigía estaba también él en estado de necesidad, de apremio.

Recuerdo, con cierto alivio, que en una ocasión intenté dar ánimos a un adolescente italiano acabado de llegar que se debatía en la desesperación sin límite de los primeros días del campo: he olvidado lo que le dije, que con seguridad eran palabras de esperanza, puede que alguna mentira piadosa para un recién llegado, dicha con la autoridad de mis veinticinco años y de mis tres meses de antigüedad; como fuera, le hice el favor de prestarle mi atención un momento. Pero recuerdo, también, y con desasosiego, que muchas más veces me alcé de hombros impacientemente a otras solicitudes, y precisamente cuando ya estaba en el campo hacía casi un año y había acumulado una buena dosis de experiencia: pero también había asimilado bien la regla principal de aquel lugar, que ordenaba ocuparse de uno mismo antes que de nadie. Nunca he encontrado esa regla expresada con tanta franqueza como en el libro *Prisoners of Fear* (Londres, Victor Gollanzc, 1958) de Ella Lingens-Reiner (donde la

frase se atribuye a una médica que, en contra de sus palabras, se mostró generosa y valiente y salvó muchas vidas):

> ¿Cómo he podido sobrevivir en Auschwitz? Mi norma es que en primer lugar, en segundo y en tercero estoy yo. Y luego nadie más. Luego otra vez yo; y luego todos los demás.

En agosto de 1944, en Auschwitz hacía mucho calor. Un viento tórrido, tropical, levantaba nubes de polvo de los edificios destrozados por los bombardeos aéreos, nos secaba el sudor sobre la piel y nos espesaba la sangre en las venas. A mi escuadra la habían enviado a una cantina a remover los escombros y todos sufríamos de sed: un sufrimiento nuevo que acrecentaba, y aun multiplicaba, el ya viejo del hambre. Ni en el campo ni en la cantina había agua potable; en aquellos días faltaba muchas veces el agua de los lavabos, que no podía beberse pero con la cual uno podía refrescarse y quitarse el polvo. Normalmente, para satisfacer la sed bastaba el potaje de la noche y el sucedáneo de café que se distribuía hacia las diez de la mañana; ahora no eran suficientes y la sed nos mataba. Es más imperiosa que el hambre: el hambre obedece a los nervios, otorga descanso, puede ser temporalmente ocultada por alguna emoción, un dolor, un temor (nos habíamos apercibido de ello en el viaje desde Italia); pero no la sed, que no da tregua. El hambre extenúa, la sed vuelve loco; aquellos días nos acompañaba de día y de noche: de día, en las canteras, cuyo orden (enemigo nuestro, pero sin embargo orden, un espacio de cosas lógicas y necesarias) se había transformado en un caos de obras destrozadas; por las noches, en los barracones que no tenían ventilación, en las bocanadas que dábamos en aquel aire cien veces respirado.

La esquina de la cantina que me había sido asignada por el *Kapo* para que retirase de ella los escombros era contigua a un vasto local ocupado por aparatos químicos que estaban siendo instalados y habían sido alcanzados por las bombas. A lo largo del muro, vertical, había un tubo de unas dos pulgadas que terminaba con un grifo a poca altura del piso. ¿Un tubo de agua? Intenté abrirlo, estaba yo solo, nadie me veía. Estaba tapado, pero con un pedrusco como martillo pude destaparlo unos milímetros. Salieron gotas, sin olor, que recogí con los dedos: parecía realmente agua. No tenía ningún recipiente; las gotas salían lentamente, sin presión: el tubo debía estar lleno hasta

aproximadamente la mitad, quizá menos. Me tendí en la tierra con la boca bajo el grifo, sin tratar de abrirlo más: era agua que estaba tibia por el sol, insípida, tal vez destilada o condensada pero, en cualquier caso, una delicia.

¿Cuánta agua puede contener un tubo de dos pulgadas de anchura por un metro o dos de altura? Un litro, o posiblemente menos. Podía bebérmela toda enseguida, que hubiera sido lo más seguro. O dejar un poco para el día siguiente. O repartirla con Alberto. O revelar el secreto a toda la escuadra.

Escogí la tercera alternativa, la del egoísmo extendido hacía quien sientes más cercano a ti, que un amigo mío de tiempos lejanos ha llamado con propiedad «nosismo». Nos bebimos toda el agua, a pequeños sorbos avaros, alternándonos bajo el grifo, los dos solos. A escondidas; pero en la marcha de vuelta al campo me encontré al lado de Daniele, gris del polvo de cemento, que tenía los labios agrietados y los ojos brillantes, y me sentí culpable. Cambié una mirada con Alberto, nos entendimos al vuelo y esperamos que nadie nos hubiese visto. Pero Daniele nos había entrevisto en aquella postura extraña, tumbados boca arriba bajo el muro y sobre los escombros, y algo había sospechado, y luego lo había adivinado. Me lo dijo con dureza, muchos meses más tarde, en la Rusia Blanca, después de la liberación: ¿por qué vosotros sí y yo no? Era el código moral «civil» que resurgía, aquel mismo por el cual a mí, hombre libre hoy, me parece escalofriante la condena a muerte del *Kapo* que nos golpeaba, decidida y ejecutada sin apelación, en silencio, con un gesto de la goma de borrar. ¿Está justificada o no, la vergüenza del «después»? No logré decidirlo entonces, y tampoco hoy lo consigo, pero la vergüenza la sentía y la siento, concreta, pesada, continua. Daniele está muerto ahora, pero en nuestros encuentros de sobrevivientes, fraternos, afectuosos, el velo de aquel acto fallido, de aquel vaso de agua no compartido, estaba entre los dos, transparente, sin expresar, pero perceptible y «costoso».

Cambiar los códigos morales es siempre costoso: todos los heréticos lo saben, los apostatas y los disidentes. Ya no somos capaces de juzgar el comportamiento nuestro (o el ajeno) que tuvimos entonces bajo los códigos de entonces, basándonos en el código actual; pero me parece justa la cólera que nos invade cuando vemos que alguno de los «otros» se siente autorizado a juzgarnos a nosotros, «apostatas» o, mejor dicho, convertidos otra vez.

¿Es que te avergüenzas de estar vivo en el lugar de otro? Y sobre todo ¿de un hombre más generoso, más sensible, más

sabio, más útil, más digno de vivir que tú? No puedes soslayarlo: te examinas, pasas revista a tus recuerdos, esperando encontrarlos todos, y que ninguno se haya enmascarado ni disfrazado; no, no encuentras transgresiones abiertas, no has suplantado a nadie, nunca has golpeado a nadie (pero ¿habrías tenido fuerzas para hacerlo?), no has aceptado ningún cargo (pero no te los han ofrecido), no has quitado el pan a nadie; y sin embargo no puedes soslayarlo. Se trata sólo de una suposición, de la sombra de una sospecha: de que todos seamos el Caín de nuestros hermanos, de que todos nosotros (y esta vez digo «nosotros» en un sentido muy amplio, incluso universal) hayamos suplantado a nuestro prójimo y estemos viviendo su vida. Es una suposición, pero remuerde; está profundamente anidada, como la carcoma; por fuera no se ve, pero roe y taladra.

A mi vuelta de la prisión vino a verme un amigo mayor que yo, tranquilo e intransigente, practicante de una religión propia que siempre me ha parecido severa y seria. Estaba contento de encontrarme vivo y sustancialmente indemne, seguramente maduro y fortificado, y ciertamente enriquecido. Me dijo que mi supervivencia no podía ser obra del azar, de una acumulación de circunstancias afortunadas (como sostenía yo y aún lo sostengo), sino de la Providencia. Yo estaba marcado, era un elegido: yo, que no creía, y que todavía creía menos después de la estancia en Auschwitz, estaba tocado por la gracia divina, estaba salvado. ¿Y por qué precisamente yo? No puede saberse, me contestó. Posiblemente para que escribiese y, para que, escribiendo, diese testimonio: ¿no estaba precisamente entonces, en 1946, escribiendo un libro sobre mi prisión?

Esa opinión me pareció monstruosa. Me dolió como cuando se toca un nervio al descubierto, y resucitó la duda de que hablaba antes: podía ser que estuviese vivo en lugar de otro, a costa de otro; podría haber suplantado a alguien, es decir, en realidad matado a alguien. Los «salvados» de Auschwitz no eran los mejores, los predestinados al bien, los portadores de un mensaje; cuanto yo había visto y vivido me demostraba precisamente lo contrario. Preferentemente sobrevivían los peores, los egoístas, los violentos, los insensibles, los colaboradores de «la zona gris», los espías. No era una regla segura (no había, ni hay, en las cosas humanas reglas seguras), pero era una regla. Yo me sentía inocente, pero enrolado entre los salvados, y por lo mismo en busca permanente de una justificación, ante mí y ante los demás. Sobrevivían los peores, es decir, los más aptos; los mejores han muerto todos.

Murió Chajim, el relojero de Cracovia, judío piadoso que, a despecho de las dificultades de la lengua se había esforzado por entenderme y hacerse entender, y por explicarme a mí, extranjero, las reglas elementales de supervivencia en los primeros y cruciales días del cautiverio; murió Szabó, el taciturno campesino húngaro que medía casi dos metros y por ello tenía más hambre que nadie y que, sin embargo, mientras tuvo fuerzas, nunca dudó en ayudar a los compañeros más débiles a tener fuerza y a empujar; y Robert, profesor de la Sorbona, que emanaba fe y valor, hablaba cinco lenguas, se desgastaba registrando todo en su memoria prodigiosa y, si hubiese vivido habría encontrado las respuestas que yo no he sabido encontrar; y murió Baruch, estibador del puerto de Liorna, inmediatamente, el primer día, porque había contestado a puñetazos al primer puñetazo que había recibido y fue asesinado por tres *Kapos* coaligados. Ellos, e incontables otros, murieron no a pesar de su valor, sino precisamente por su valor.

Mi religioso amigo me había dicho que yo había sobrevivido para que diese testimonio. Lo he hecho, lo mejor que he podido, y no habría podido dejar de hacerlo; y lo sigo haciendo, siempre que se me presenta la ocasión; pero pensar que este testimonio mío haya podido concederme por sí solo el privilegio de sobrevivir, y de vivir durante muchos años sin graves problemas, me inquieta, porque encuentro desproporcionado el resultado en relación al privilegio.

Lo repito, no somos nosotros, los sobrevivientes, los verdaderos testigos. Ésta es una idea incómoda, de la que he adquirido conciencia poco a poco, leyendo las memorias ajenas, y releyendo las mías después de los años. Los sobrevivientes somos una minoría anómala además de exigua: somos aquellos que por sus prevaricaciones, o su habilidad, o su suerte, no han tocado fondo. Quien lo ha hecho, quien ha visto a la Gorgona, no ha vuelto para contarlo, o ha vuelto mudo; son ellos, los «musulmanes», los hundidos, los verdaderos testigos, aquellos cuya declaración habría podido tener un significado general. Ellos son la regla, nosotros la excepción. Bajo otro cielo, y como superviviente de una esclavitud semejante y diversa, lo ha notado Solzhenitsin:

> Casi todos los que han cumplido una larga condena y cuya supervivencia os alegra no son sino *pridurki*, o lo han sido durante la mayor parte de su prisión. Porque los *Lager* son de exterminio, no podemos olvidarlo.

En el lenguaje de aquel otro universo de concentración, los *pridurki* son los prisioneros que, de una manera o de otra, se han conquistado una posición privilegiada, los que nosotros llamábamos los Prominentes.

Los que tuvimos suerte hemos intentado, con mayor o menor sabiduría, contar no solamente nuestro destino sino también el de los demás, precisamente el de los «hundidos»; pero se ha tratado de una narración «por cuenta de un tercero», la relación de las cosas vistas de cerca pero no experimentadas por uno mismo. La demolición terminada, la obra cumplida, no hay nadie que la haya contado, como no hay nadie que haya vuelto para contar su muerte. Los hundidos, aunque hubiesen tenido papel y pluma no hubieran escrito su testimonio porque su verdadera muerte había empezado ya antes de la muerte corporal. Semanas y meses antes de extinguirse habían perdido ya el poder de observar, de recordar, de reflexionar y de expresarse. Nosotros hablamos por ellos, por delegación.

No podré decir si lo hemos hecho, o lo hacemos, por una especie de obligación moral hacia los que han enmudecido, o por librarnos de su recuerdo, pero lo cierto es que lo hacemos movidos por firme y persistente impulso. No creo que los psicoanalistas (que se han arrojado con avidez profesional sobre nuestros conflictos) sean capaces de explicar este impulso. Su saber ha sido elaborado y probado «fuera», en el mundo que para simplificar llamamos «civil»: a él pertenece la fenomenología que describe y trata de explicar; son sus desviaciones las que estudia y trata de curar. Sus interpretaciones, aun las de quienes como Bruno Bettelheim han atravesado la prueba del *Lager*, me parecen imprecisas y simplistas, como de quien quisiera aplicar los teoremas de la geometría plana a la resolución de los triángulos esféricos. Los mecanismos mentales de los *Häftlinge* eran distintos de los nuestros; curiosa, y paralelamente, era distinta también su fisiología y su patología. En el *Lager*, se desconocían los catarros y las gripes, pero se moría, a veces de repente, de enfermedades que los médicos nunca han tenido ocasión de estudiar. Se curaban (o desaparecían sus síntomas) las úlceras gástricas y las enfermedades mentales, pero todos padecíamos un malestar incesante que nos envenenaba el sueño y que no tenía nombre. Llamarlo «neurosis» es simplista y ridículo. Tal vez sería más justo ver en él una angustia atávica, aquella de la cual se siente el eco en el segundo versículo del Génesis: la angustia inscripta en todos del *tòhu vavòhu*, del universo desierto y vacío,

aplastado bajo el espíritu de Dios, y del que el espíritu del hombre está ausente: no ha nacido aún y ya está extinguido.

Y hay otra vergüenza más grande aún, la vergüenza del mundo. Ha sido dicho memorablemente por John Donne, y citado innumerables veces, con oportunidad y sin ella, que «no hay hombre que sea una isla», y que la campana que tañe lo hace por todos. Y, sin embargo, hay quien ante la culpa ajena o la propia se vuelve de espaldas para no verla y no sentirse afectado: es lo que han hecho la mayoría de los alemanes durante los doce años hitlerianos, con la ilusión de que no ver fuese igual que no saber, y que no saber les aliviase de su cuota de complicidad o de connivencia. Pero a nosotros la pantalla de la deseada ignorancia, el *partial shelter* de T. S. Eliot, nos fue negada: no pudimos dejar de ver. El mar de dolor, pasado y presente, nos circundaba, y su nivel ha ido subiendo de año en año hasta casi ahogarnos. Era inútil cerrar los ojos o volvernos de espaldas, porque se extendía a nuestro alrededor, en todas direcciones y hasta el horizonte. No nos ha sido posible, ni lo hemos querido, ser islas; los justos de entre nosotros, ni más ni menos numerosos que en cualquier otro grupo humano, han experimentado remordimiento, vergüenza, dolor en resumen, por culpas que otros y no ellos habían cometido, y en las cuales se han sentido arrastrados, porque sentían que cuanto había sucedido a su alrededor en su presencia, y en ellos mismos, era irrevocable. No podría ser lavado jamás; había demostrado que el hombre, el género humano, es decir, nosotros, éramos potencialmente capaces de causar una mole infinita de dolor; y que el dolor es la única fuerza que se crea de la nada, sin gasto y sin trabajo. Es suficiente no mirar, no escuchar, no hacer nada.

Se nos pregunta con frecuencia, como si nuestro pasado nos dotase de una visión profética, si «Auschwitz» puede repetirse: es decir, si volverá a haber exterminios en masa, unilaterales, sistemáticos, mecanizados, provocados por un gobierno, perpetrados sobre poblaciones inocentes e inermes y legitimados por la doctrina del desprecio. Profetas, afortunadamente, no somos, pero algo podemos decir. Que una tragedia semejante, casi ignorada en Occidente, ha ocurrido en Camboya, hacia el año 1975. Que las matanzas alemanas han sido cebadas y luego alimentadas por sí mismas, por el afán de servidumbre y la pobreza de ánimo, gracias a la combinación de algunos factores (el estado de guerra, el perfeccionamiento tecnológico y organizativo germánico, la voluntad y el carisma invertido de Hitler, la falta de raíces democráticas sólidas en Alemania) no muy numerosos, ninguno indispensable y en sí mismos

insuficientes. Estos factores pueden reproducirse y en parte se están reproduciendo ya en distintas partes del mundo. La nueva combinación de todos, dentro de diez o veinte años, es poco probable aunque no imposible. Según mi parecer, una matanza en masa es particularmente improbable en el mundo occidental, en Japón y también en la Unión Soviética: los *Lager* de la Segunda Guerra Mundial están todavía en el recuerdo de todos, de la población y del gobierno, y está en acción una especie de defensa, de inmunización que coincide ampliamente con la vergüenza de la cual he estado hablando.

Sobre lo que pueda ocurrir en otras partes del mundo, o más tarde, es prudente suspender el juicio; el Apocalipsis nuclear, probablemente instantáneo y definitivo, es un horror mayor y distinto, extraño, nuevo, que se aparta del tema que he elegido.

4

La comunicación

El término «incomunicabilidad», tan de moda durante la década de los setenta no me ha gustado nunca; en primer lugar porque es una monstruosidad lingüística, y en segundo por razones más personales.

En el mundo normal de hoy, al cual por convención y por contraste hemos dado en llamar unas veces «civil» y otras «libre», no sucede casi nunca que nos demos contra una barrera lingüística total: que nos encontremos ante un ser humano con quien tengamos que establecer desesperadamente una comunicación, bajo pena de perder la vida, y no logremos hacerlo. Antonioni, en el *Desierto rojo*, ha proporcionado un célebre ejemplo en el episodio en que la protagonista se encuentra, por la noche, con un marinero turco que no sabe una sola palabra de ninguna lengua que no sea la suya y trata de hacerse entender por él en vano. Pero el ejemplo es incompleto, porque por ambas partes, también por la del marinero, existe la voluntad de entender o, por lo menos, no existe la voluntad de rechazar la comunicación.

Según una teoría en boga en aquellos años, y que parece frívola e irritante, la «incomunicabilidad» sería un componente incuestionable, una condena perpetua inherente a la condición humana, y en especial al estilo de vida de la sociedad industrial: somos nómadas, incapaces de mensajes recíprocos, o sólo capaces de mensajes incompletos, falsos ya en el acto de ser

emitidos, mal entendidos por quien los recibe. El discurso es ficticio, mero rumor, velo pintado que cubre el silencio existencial; estamos, ay, solos, y también (o especialmente) si vivimos en pareja. Yo creo que esta lamentación es producto de cierta pereza mental, y la denuncia, con toda seguridad, la favorece, en un peligroso círculo vicioso. Salvo los casos de incapacidad patológica, podemos y debemos comunicarnos: es una manera útil y fácil de contribuir a la paz ajena y a la propia, porque el silencio, la ausencia de señales, es a su vez una señal, pero ambigua, y la ambigüedad genera inquietud y sospechas. Negar la posibilidad de la comunicación es falso: siempre es posible. Rechazar la comunicación es un pecado; para la comunicación, y en especial para su forma altamente evolucionada y noble del lenguaje, estamos biológica y socialmente predispuestos. Todas las razas humanas hablan; ninguna de las especies no humanas sabe hablar.

También en el aspecto de la comunicación, o mejor dicho de la comunicación fallida, nuestra experiencia de sobrevivientes es peculiar. Nosotros tenemos el fastidioso tic de intervenir cuando alguien (¡nuestros hijos!) hablan de frío, de hambre, de cansancio. ¿Qué sabréis vosotros? Tendríais que haber sufrido como nosotros. Por razones de buen gusto y de buena vecindad tratamos, en general, de resistirnos a la tentación de estas intervenciones de *miles gloriosus* que, sin embargo, todavía resulta imperiosa en mí cuando oigo hablar de comunicación fallida o imposible. «Tendríais que haber sufrido la nuestra.» No puede compararse a la del turista que va a Finlandia o al Japón y se encuentra con intelectuales de lengua ajena pero profesionalmente (y también espontáneamente) amables y bien intencionados que se esfuerzan por entenderlo y ayudarlo: después de todo, ¿qué rincón del mundo hay donde alguien no masculle un poco de inglés? Y las necesidades del turista son pocas, siempre las mismas: por lo que la incertidumbre es poca y el casi-no-entenderse puede transformarse incluso en un juego.

Más dramático es el caso del emigrante, italiano en América hace un siglo, turco, marroquí o paquistaní en la Alemania o la Suiza de hoy. Aquí no se trata ya de una breve exploración sin imprevistos a través de los circuitos bien experimentados por las agencias de viajes: se trata de un trasplante, tal vez definitivo; de una inserción en un trabajo que hoy es raramente elemental y en el cual la comprensión de la palabra, hablada o escrita, es necesaria; supone relaciones humanas indispensables con los vecinos de la casa, los comerciantes, los colegas, los superiores:

en el trabajo, en la calle, en el bar, con gentes extranjeras, de costumbres diversas, muchas veces hostiles. Pero los correctivos no faltan, la misma sociedad capitalista tiene la inteligencia suficiente para comprender que su propio provecho coincide ampliamente con el rendimiento del trabajador «huésped» y, por consiguiente, con su bienestar y su inserción. Se le permite llevarse con él a su familia, es decir, a un trozo de su patria; se le encuentra, bueno o malo, un alojamiento; puede (y a veces debe) ir a estudiar la nueva lengua. El sordomudo que ha bajado del tren es ayudado, quizá sin ningún cariño, pero no sin eficacia, y en poco tiempo reconquista el uso de la palabra.

Nosotros hemos vivido la incomunicabilidad de manera más radical. Me refiero especialmente a los deportados italianos, yugoslavos y griegos; en menor medida a los franceses, entre quienes había muchos de origen polaco o alemán, y algunos que, siendo alsacianos, comprendían bien el alemán; y a muchos húngaros que llegaban del campo. Para los italianos el choque con la barrera lingüística se produjo dramáticamente ya antes de la deportación, todavía en Italia, en el momento en que los funcionarios de la Seguridad Pública italiana nos cedieron, con visible contrariedad, a las SS que, en febrero de 1944, se habían arrogado el control del campo de concentración de Fóssoli, cerca de Módena. Nos dimos cuenta enseguida, desde los primeros contactos con los hombres despreciativos de los galones negros, que el saber o no saber alemán significaba la separación en dos vertientes. Con quien los entendían, y les contestaban en forma articulada, establecían una apariencia de relación humana. Con quien no les entendían, los negros reaccionaban de una manera que nos espantó y dejó estupefactos: la orden, que había sido pronunciada con la voz tranquila de quien sabe que va a ser obedecido, era repetida igual, en voz alta y rabiosa, después de un alarido estremecedor, como si se dirigiese a un sordo, o a un animal doméstico más sensible al tono que al contenido del mensaje.

Si alguien dudaba (y todos dudaban, porque no entendían y estaban aterrorizados) llovían los golpes, y estaba claro que se trataba de una variante del mismo lenguaje: el uso de la palabra para comunicar el pensamiento, ese mecanismo necesario y suficiente para que el hombre sea hombre, había caído en desuso. Era una señal: para aquéllos, no éramos ya hombres; con nosotros, como con las mulas o las vacas, no existía una diferencia sustancial entre el grito y el puñetazo. Para que un caballo corra o se detenga, dé una vuelta, tire o deje de tirar, no es necesario llegar a un entendimiento ni darle explicaciones

detalladas; es suficiente un diccionario formado por una docena de signos distintos pero unívocos, y no importa que sean acústicos, táctiles o visuales: tirones de bridas, punzadas de espuelas, gritos, gestos, golpes de látigo, restallidos de labios, golpes en el lomo, todos sirven. Hablarles sería una necedad, como hablar solo, o un patetismo ridículo: porque ¿qué iban a entender? Cuenta Marsalek, en su libro *Mauthausen* (Milán, La Pietra, 1977) que en ese *Lager*, todavía más políglota que Auschwitz, al látigo de goma se le llamaba *der Dolmetscher*, el intérprete: el que se hacía entender por todos.

La verdad es que el hombre ignorante (y los alemanes de Hitler, y en especial las SS eran temerosamente ignorantes: no habían sido «educados» o habían sido mal educados) no sabe distinguir claramente entre quien no entiende una lengua y quien simplemente no entiende. A los jóvenes nazis les habían metido en la cabeza que en el mundo había una sola civilización, la alemana; todas las demás, contemporáneas o antiguas, eran aceptables en cuanto contuviesen en sí algún elemento germánico. Por lo cual, quien no entendía ni hablaba alemán era, por definición, un bárbaro; si se obstinaba en tratar de expresarse en su lengua, o mejor, en su no-lengua, había que hacerle callar a patadas y ponerlo en su sitio, a tirar de algo, llevar algo o empujar algo, porque no era un *Mensch*, un ser humano. Me viene a la memoria un episodio elocuente. En el tajo, un *Kapo* recién llegado de una escuadra formada especialmente de italianos, franceses y griegos, no se había dado cuenta de que por detrás de él se había acercado uno de los más temidos vigilantes de las SS. Se dio vuelta como por resorte, se cuadró muerto de miedo y pronunció la *Meldung* de rigor: «*Kommando* 83, cuarenta y dos hombres». En su nerviosismo, había dicho «zweiundvierzig Mann», «hombres». El militar le corrigió en tono seco y paternal: no se dice así, se dice «zweiundvierzig *Häftlinge*», cuarenta y dos prisioneros. Se trataba de un *Kapo* joven y por eso podía perdonársele, pero tenía que aprender el oficio, las conveniencias sociales y las distancias jerárquicas.

Esto de sentirse seres a quienes no se hablaba tenía efectos rápidos y devastadores. A quien no te habla, o se dirige a ti con alaridos que te parecen inarticulados, no osas dirigirle la palabra. Si tienes la suerte de encontrar a tu lado a alguien con quien tienes una lengua en común, menos mal, podrías cambiar impresiones, aconsejarte con él, desahogarte; si no encuentras a nadie, la lengua se te seca en pocos días, y con la lengua el pensamiento.

Además, en el terreno de lo inmediato, no entiendes las órdenes y las prohibiciones, no descifras las obligaciones, algunas fútiles, ridículas pero otras fundamentales. Te encuentras, en resumen, en el vacío y entiendes a costa tuya que la comunicación genera información y que sin la información no se puede vivir. La mayor parte de los prisioneros que no conocían el alemán, es decir, casi todos los italianos, murieron en los primeros diez o quince días después de la llegada: a primera vista de hambre, frío, cansancio, enfermedad; en un examen más cuidadoso, por falta de información. Si hubiesen podido hablar con los compañeros más antiguos habrían podido orientarse mejor: habrían aprendido a procurarse ropas, calzado, comida ilegal; a descargarse del trabajo más duro y a evitar los enfrentamientos con frecuencia mortales con las SS; a sobrellevar sin errores fatales sus inevitables enfermedades. No pretendo decir que no habrían muerto, pero habrían vivido más y habrían tenido más posibilidades de recuperar el terreno perdido.

En la memoria de todos nosotros, los sobrevivientes, escasamente políglotas, los primeros días de *Lager* han quedado grabados en forma de película desenfocada y frenética, llena de ruido y de furia, y carente de significado: un ajetreo de personajes sin nombre ni rostro sumergidos en un continuo y ensordecedor ruido de fondo del que no afloraba la palabra humana. Una película en blanco y negro, sonora pero no hablada.

He advertido, en mí mismo y en otros sobrevivientes, un efecto curioso de este vacío desprovisto de comunicación. A una distancia de cuarenta años recordamos todavía, de manera puramente acústica, palabras y frases pronunciadas a nuestro alrededor en lenguas que no conocíamos ni hemos aprendido luego: yo, por ejemplo, en polaco o en húngaro. Todavía me acuerdo hoy de cómo se enunciaba en polaco no mi número de matrícula, sino el del prisionero que me precedía en la lista de uno de los barracones: un revoltijo de sonidos que terminaba armoniosamente, como las cuentas indescifrables de los niños, en algo así como «stergísci steri» (hoy sé que estas palabras quieren decir «cuarenta y cuatro»). En realidad, en aquel barracón los polacos eran los encargados de distribuir el potaje a la mayor parte de los prisioneros, y el polaco era la lengua oficial; cuando nos llamaban había que acudir inmediatamente con la escudilla tendida para no perder el turno y, para que no nos pillasen desprevenidos, había que destacarse cuando escuchábamos el número de matrícula inmediatamente precedente. Aquel «stergísci steri» funcionaba como la

campanilla del perro de Pavlov: provocaba una súbita secreción de saliva.

Estas palabras extranjeras se habían grabado en nuestras memorias como en una cinta magnética vacía, en blanco; del mismo modo, un estómago hambriento asimila rápidamente hasta una comida indigesta. No nos ayuda a recordarlas su significado, que no conocíamos; sin embargo, mucho más tarde, se las hemos repetido a personas que podían comprenderlas, y un sentido, aunque tenue y trivial, tenían: eran imprecaciones, blasfemias o frasecillas cotidianas repetidas a menudo, como «¿qué hora es?», o «no puedo andar», o «déjame en paz». Eran fragmentos arrancados a lo indiferenciable: fruto de un esfuerzo inútil e inconsciente por recortar un sentido dentro de la insensatez. Eran, también, el equivalente mental de nuestra necesidad física de alimentación, que nos empujaba a buscar cáscaras de patatas en las inmediaciones de la cocina: un poco más que nada, mejor que nada. También el cerebro subalimentado sufre su propia hambre. Quizá esta memoria inútil y paradójica tuviese otro significado y otra finalidad: una inconsciente preparación para «después», para una supervivencia improbable en la cual cada migaja de experiencia podría convertirse en el pequeñísimo fragmento de un vasto mosaico.

He contado en las primeras páginas de *La tregua* un caso extremo de comunicación necesaria y fallida: el del niño Hurbinek, de tres años, es probable que nacido clandestinamente en el *Lager*, a quien nadie había enseñado a hablar y que experimentaba una imperiosa necesidad de hablar, expresada por todo su pobre cuerpecillo. También bajo este aspecto el *Lager* era un laboratorio cruel en el cual podía asistirse a situaciones y comportamientos nunca vistos antes, ni después, ni en otra parte.

Yo había aprendido algunas palabras de alemán hacía pocos años, cuando todavía estaba estudiando, sólo para poder entender los textos de química y de física, no para transmitir activamente mi pensamiento ni para entender el lenguaje hablado. Eran los años de las leyes raciales fascistas y mi encuentro con algún alemán o un viaje mío a Alemania parecían acontecimientos muy poco probables. Arrojado a Auschwitz, a pesar de la turbación inicial (o precisamente gracias a ella) comprendí inmediatamente que mi escasísimo *Wortschatz* se había convertido en un factor esencial de supervivencia.

Wortschatz significa «patrimonio léxico» y literalmente «tesoro de palabras»; nunca ningún término ha tenido un

significado tan apropiado. Saber alemán era la vida: bastaba mirar alrededor. Los compañeros italianos que no lo entendían, o sea casi todos salvo algún triestino, estaban hundiéndose uno tras otro en el tempestuoso mar de la no comprensión: no entendían las órdenes y recibían bofetadas y patadas sin saber por qué. En la ética rudimentaria del campo estaba previsto que un golpe tuviese algún tipo de justificación, para facilitar la implantación de la curva transgresión-castigo-enmienda; por ello, el *Kapo* y sus delegados acompañaban el puñetazo con un gruñido: «¿Sabes por qué?», al que seguía una sumaria «comunicación del delito». Pero para los nuevos sordomudos esta ceremonia era inútil. Se refugiaban instintivamente en las esquinas para tener las espaldas cubiertas: la agresión podía venir desde cualquier dirección. Miraban a su alrededor con ojos espantados, como animales cogidos en una trampa, y eso era en lo que se habían convertido.

A muchos italianos les resultó vital la ayuda de los compañeros franceses y españoles, cuyas lenguas eran menos «extrañas» al alemán. En Auschwitz no había españoles mientras los franceses (más exactamente: los deportados de Francia o de Bélgica) eran muchos, en 1944 tal vez el diez por ciento del total. Había algunos alsacianos, o judíos alemanes o polacos que en el decenio precedente habían buscado en Francia un refugio que se había convertido en una trampa: todos ellos conocían bien o mal el alemán y el yiddish. Los demás, los franceses metropolitanos, proletarios, burgueses o intelectuales, habían sufrido hacía dos años una selección semejante a la nuestra: los que no entendían habían desaparecido de escena. Los restantes, casi todos «metecos» que en su momento habían sido acogidos en Francia poco calurosamente, habían tenido una triste revancha. Eran nuestros intérpretes naturales: nos traducían las órdenes y las advertencias fundamentales de la jornada: «levantarse», «reunión», «a formar para el pan», «¿quién tiene rotas las sandalias?», «de tres en tres», «de cinco en cinco», etcétera.

De todas maneras no era suficiente. Yo supliqué a uno de ellos, a un alsaciano, que me diese unas lecciones particulares y aceleradas, distribuidas en breves sesiones en voz baja entre el momento del toque de queda y aquel en que cedíamos al sueño; clases que tenía que pagar con pan, pues no había otra moneda. Aceptó y creo que nunca se ha empleado mejor un pedazo de pan. Me explicó lo que querían decir los rugidos de los *Kapos* y de las SS, los letreros insulsos o irónicos escritos en gótico en las vigas de los barracones, qué significaban los colores de los

triángulos que llevábamos en el pecho sobre los números de matrícula. Con ello me di cuenta de que el alemán del *Lager*, descarnado, gritado con alaridos, sembrado de obscenidades e imprecaciones, sólo tenía una vaga semejanza con el lenguaje exacto y austero de mis libros de química, y con el alemán melodioso y refinado de la poesía de Heine que me recitaba Clara, una compañera mía de estudios.

No me daba cuenta, y sólo lo entendí más tarde, de que el alemán del *Lager* era una lengua aparte: para decirlo precisamente en alemán, era *orts-und zeitgebunden*, ligada a un lugar y a un tiempo. Era una variante, particularmente bárbara, de la que un filólogo judío alemán, Klemperer, había llamado *Lingua Tertii Imperii*, la lengua del Tercer Reich, proponiendo las siglas de LTI, en analogía irónica con las otras cien (NSDAP, SS, SA, SD, KZ, RKPA, WVHA, RSHA, BDM…) que tanto abundaban en la Alemania de entonces.

Sobre la LTI y su equivalente italiano se ha escrito ya mucho, también por parte de los lingüistas. Es obvia la observación de que donde se violenta al hombre se violenta también al lenguaje; y en Italia no nos hemos olvidado de las necias campañas fascistas contra los dialectos, contra los «barbarismos», contra los topónimos valdostanos, valsusinos, altotesinos, contra el «*lei* servil y extranjero». En Alemania la situación era distinta: hacía siglos que la lengua alemana había mostrado una aversión espontánea por las palabras de origen no germánico, por lo cual los sabios alemanes se habían esforzado en llamar a la bronquitis «inflamación-de-los-tubos-aéreos», al duodeno «intestino-de-doce-dedos» y al ácido pirúvico «ácido-abrasa-uvas»; por eso, al nazismo, que quería purificar todo, le quedaba muy poco que purificar en relación con la lengua. La LTI difería del alemán de Goethe especialmente en algunos desplazamientos semánticos y en el abuso de algunos términos, por ejemplo, del adjetivo *völkisch* («nacional, popular») que se había hecho omnipresente y estaba cargado de altanería nacionalista, y *fanatisch*, cuya connotación negativa se había transformado en positiva. Pero en el archipiélago del *Lager* alemán se había delineado un lenguaje sectorial, una jerga, el *Lagerjargon*, dividido en las subjergas características de todo *Lager*, y estrechamente emparentado a las viejas jergas de los cuarteles prusianos y al reciente alemán de las SS. No es nada extraño que tal jerga resulte comparable a la de los campos de trabajo soviéticos, varios de cuyos términos cita Solzhenitsin: cada uno de ellos tiene su exacto equivalente en el *Lagerjargon*. La traducción al alemán del *Archipiélago Gulag* (Milán,

Mondadori, 1975) no debe haber ofrecido muchas dificultades: y, en todo caso, no terminológicas.

A todos los *Lager* era común el término *Muselmann*, «musulmán», atribuido al prisionero irreversiblemente exhausto, extenuado, próximo a la muerte. Se han propuesto dos explicaciones, ambas poco convincentes: el fatalismo, y los vendajes de la cabeza que podían asemejarse a un turbante. Tiene su reflejo exacto, incluso con su cínica ironía, en el término ruso *dochodjaga*, literalmente «llegado a su fin», «concluido». En el *Lager* de Ravensbrück (el único exclusivamente femenino) el mismo concepto se expresaba, según me dice Lidia Rolfi, mediante dos sustantivos gemelos *Schmutzstück* y *Schmuckstück*, respectivamente «inmundicia» y «joya», casi homófonos y uno parodia del otro. Las italianas que no entendían su significado terrorífico, unificaban los dos términos y pronunciaban «smistig». También *Prominent* es un término común a todas las subjergas. De los «prominentes», los prisioneros que habían hecho carrera, he hablado extensamente en *Si esto es un hombre*; como era un componente indispensable en la sociología de los campos, existía también en los soviéticos, donde (como he recordado en el tercer capítulo) se les llamaba *pridurki*.

En Auschwitz, «comer» se decía *fressen*, que en buen alemán se aplica sólo a los animales. Para decir «vete» se usaba la expresión *hau'ab*, imperativo del verbo *Abajen* que, en sentido correcto, significa «cortar, truncar», pero que en la jerga del *Lager* equivalía a «irse al infierno, irse a hacer puñetas». Una vez usé de buena fe esta expresión (*Jetzt hauen wir ab*) poco después de terminada la guerra, para despedirme de unos educados funcionarios de la Bayer luego de una entrevista de negocios. Era como si les hubiese dicho «ahora nos largamos». Me miraron estupefactos: el término pertenecía a un registro lingüístico distinto del otro en el que habíamos estado desarrollando la conversación previa, y no es ciertamente de los que se enseñan en los cursos escolares de «lengua extranjera». Les expliqué que no había aprendido el alemán en la escuela sino en un *Lager* llamado Auschwitz; se produjo un momento de embarazo, pero como yo era el comprador siguieron tratándome con cortesía. Luego me he dado cuenta de que mi pronunciación también es vulgar pero deliberadamente no he querido refinarla, por lo mismo que no he querido borrarme el tatuaje del brazo izquierdo.

El *Lagerjargon*, como es lógico, estaba muy influido por las demás lenguas que se hablaban en el *Lager* y en sus

alrededores: el polaco, el yiddish, el dialecto eslesiano, más tarde el húngaro. Del alboroto de fondo de mis primeros días de prisión emergieron súbitamente, con insistencia, cuatro o cinco expresiones que no eran alemanas: debían de querer decir, pensé, algún objeto o alguna acción fundamental, como trabajo, agua o pan. Se me habían grabado en la memoria, en el curioso modo mecánico a que me he referido antes. Sólo mucho después un amigo polaco me explicó, de mala gana, que todo lo que querían decir era «cólera», «sangre de perro», «trueno», «hijoputa» y «jodido», los tres primeros en función de interjección.

El yiddish era en realidad la segunda lengua del campo (sustituida más tarde por el húngaro). No sólo no la entendía sino que tenía únicamente vagas noticias de su existencia por ciertas citas o anécdotas oídas a mi padre que había trabajado en Hungría durante algunos años. Los judíos polacos, rusos o húngaros estaban asombrados de que los italianos no lo hablásemos: éramos judíos sospechosos de quienes no podían fiarse, además de ser, naturalmente, «badoghlio» para las SS y «mussolinis» para los franceses, los griegos y los prisioneros políticos. Aún prescindiendo del problema de la comunicación no era cómodo ser judío italiano. Como se sabe hoy, luego del merecido éxito del libro de los hermanos Singer y de tantos otros, el yiddish es esencialmente un antiguo dialecto alemán, diferente del alemán moderno en el léxico y en la pronunciación. Me producía más angustia que el polaco, que no entendía, porque «habría debido entenderlo». Lo escuchaba con una atención tensa: muchas veces me resultaba difícil entender si una frase que me iba dirigida, o que pronunciaban a mi lado, era alemana o yiddish, o híbrida, y muchos judíos polacos de buena voluntad se esforzaban en germanizar su yiddish cuanto podían para que yo les entendiese.

Del yiddish que se respiraba en el ambiente he encontrado una muestra muy característica en *Si esto es un hombre*. En el capítulo «Kraus» se recoge un diálogo. Gounan, judío francés de origen polaco, se dirige al húngaro Kraus con la frase: «Langsam, du bloder Einer, langsam, verstanden?» que, traducida literalmente, quiere decir «Despacio, estúpido uno, despacio, ¿entendido?». Sonaba un poco extraña, pero me parecía que la había oído exactamente así (se trataba de recuerdos recientes, escritos en 1946) y la transcribí así mismo. El traductor alemán no se quedó convencido: debía haber oído y recordado mal. Luego de una larga discusión epistolar me propuso retocar la expresión, que no le parecía aceptable. En la

traducción publicada luego se lee, efectivamente: «Langsam, du bloder Heini»… Heini es diminutivo de Heinrich, Enrique. Pero recientemente, en un estupendo libro sobre la historia y la estructura del yiddish (J. Geipel, *Mame Loshen*, Londres, Journeyman, 1982) me he encontrado con que es característica de esta lengua la forma *Khamoyer du eyner!*, «¡Animal, tú uno!». Mi memoria mecánica había funcionado con precisión.

De la comunicación fallida o difícil no sufríamos todos en la misma medida. La carencia de sufrimiento, la aceptación del eclipse de la palabra, era un síntoma fatal: señalaba que la indiferencia definitiva se estaba aproximando. Había algunos, solitarios por naturaleza o acostumbrados al aislamiento en su vida «civil», que no daban señales de sufrimiento, pero la mayoría de los prisioneros que habían superado la fase crítica de la iniciación trataban de defenderse, cada cual a su modo: ya mendigando migajas de información, ya propalando sin discernimiento noticias triunfales o desastrosas, verdaderas o falsas o inventadas, ya aguzando ojos y oídos para captar e interpretar cualquier especie de signos ofrecidos por los hombres, la tierra o el cielo. A la escasa comunicación interna se sumaba la escasa comunicación con el mundo exterior. En algunos *Lager* el aislamiento era total; el mío, de Monowitz-Auschwitz, podía considerarse privilegiado en ese aspecto. Casi todas las semanas llegaban prisioneros «nuevos» de todos los países de la Europa ocupada, y traían noticias recientes, de las que frecuentemente habían sido testigos oculares; a pesar de las prohibiciones y del peligro de ser denunciados a la Gestapo, en el inmenso campo de nuestros trabajos forzados hablábamos con obreros polacos y alemanes, a veces hasta con prisioneros de guerra ingleses; encontrábamos periódicos viejos atrasados en los bidones de la basura y los leíamos ávidamente. Un compañero mío de trabajo muy emprendedor, alsaciano bilingüe, y periodista de profesión, se jactaba de haberse abonado al *Völkischer Beobachter*, el cotidiano más prestigioso de la Alemania de entonces: ¿había algo más fácil? Le había pedido a un obrero alemán de confianza que se abonase, y le había pagado el abono quitándose un diente de oro que tenía. Cada mañana, mientras esperábamos para que nos pasasen lista, nos reunía a su alrededor y nos hacía un fiel resumen de las noticias del día.

El 7 de junio de 1944 vimos pasar hacia el trabajo a los prisioneros ingleses, y se advertía en ellos algo diferente: marchaban bien formados, sacando el pecho, sonrientes, marciales, a un paso tan ágil que al centinela alemán que los

escoltaba, que no era ya muy joven, le costaba trabajo mantenerse a su altura. Nos saludaron con la V de la victoria. Al día siguiente nos enteramos de que, por una radio clandestina que tenían, habían oído la noticia del desembarco en Normandía, y también para nosotros aquél fue un gran día: la libertad nos parecía al alcance de la mano. Pero en la mayor parte de los campos las cosas estaban mucho peor. Los nuevos que llegaban venían de otros *Lager* o de *ghettos* que, a su vez, estaban aislados del mundo, y, por consiguiente, sólo llevaban consigo las horrendas noticias locales. No trabajaban, como nosotros, en contacto con trabajadores libres de diez o doce países distintos sino en granjas agrícolas, o en pequeñas oficinas, o en cuevas de piedra y arena, o incluso en auténticas minas; y en los *Lager*—minas las condiciones eran las mismas que llevaban a la muerte a los esclavos de guerra de los romanos y a los indios sojuzgados por los españoles; eran mortíferas, hasta el punto de que no ha habido nadie que haya vuelto para contarlas. Las noticias «del mundo», como se decía, llegaban intermitentes y vagas. Se tenía la sensación clara de estar olvidados, como los condenados a quienes se dejaba morir en las *oubliettes* medievales.

A los judíos, enemigos por antonomasia, impuros, sembradores de impureza, destructores del mundo, se les vedaba la comunicación más preciosa: con sus países de origen y su familia: quien ha experimentado el exilio en cualquiera de sus múltiples formas sabe cuánto se sufre cuando se corta ese nervio. Nace de ello una mortal impresión de abandono y también un resentimiento injusto: ¿por qué no me escriben, por qué no me ayudan, ellos que están libres? Hemos tenido ocasión de aprender, entonces, que en el gran continente de la libertad, la de la comunicación es una provincia importante. Como sucede con la salud, sólo quien la pierde sabe cuánto vale. Pero no se sufre sólo a nivel individual: en los países y las épocas en que la comunicación está vedada, pronto todas las demás libertades languidecen: la discusión de ideas muere por inanición, la ignorancia de las opiniones ajenas causa estragos, triunfan las opiniones impuestas; un ejemplo de ello es la genética irracional predicada en la URSS por Lissenko que, en ausencia de opiniones diferentes (sus contradictores fueron exiliados en Siberia), comprometió las cosechas de veinte años. La intolerancia tiende a censurar, y la censura acrecienta la ignorancia de las razones ajenas y, por consiguiente, la propia intolerancia: es un círculo vicioso muy rígido y muy difícil de romper.

El momento de la semana en que nuestros compañeros «políticos» recibían el correo de sus casas era, para nosotros, el más desconsolador, cuando sentíamos todo el peso de ser diferentes, extraños, arrancados de nuestro país e incluso del género humano. En ese momento sentíamos que el tatuaje nos quemaba como una herida, y nos envolvía como una lluvia de fango la certeza de que ninguno de nosotros podría volver. Por lo demás, aunque nos hubiesen permitido escribir una carta ¿a quién se la hubiésemos dirigido? Las familias de los judíos de Europa estaban escondidas, dispersas o destruidas.

Yo tuve (lo he contado en *Lilít*, Turín, Einaudi, 1981) la rarísima fortuna de poder intercambiar algunas cartas con mi familia. Se lo debí a dos personas muy distintas entre sí: un albañil anciano, casi analfabeto, y una valerosa joven, Bianca Guidetti Serra, que hoy es una abogada conocida. Sé que eso ha sido uno de los factores que me han permitido sobrevivir; pero, como antes he dicho, cada uno de quienes hemos sobrevivido somos, en muchos sentidos, una excepción; cosa que nosotros mismos, para exorcizar el pasado, tendemos a olvidar.

5

La violencia inútil

El título de este capítulo puede parecer provocativo o incluso hiriente: ¿es que existe una violencia útil? Sí, existe. La muerte, aun la no provocada, aun la más clemente, es violencia, pero tristemente útil: un mundo de inmortales (los *struldbruggs* de Swift) sería inconcebible e invisible, sería más violento que el violento mundo actual. Y, en general, el asesinato tampoco es inútil: Raskolnikov, al matar a la vieja usurera tenía una finalidad, aunque fuera reprobable; igual que Princip en Sarajevo y los secuestradores de Aldo Moro en la vía Fano. Dejando a un lado los casos de locura, quien mata sabe por qué lo hace: por dinero, para eliminar a un enemigo real o imaginario, para vengar una ofensa. Las guerras son detestables, son una pésima manera de resolver las controversias entre naciones y entre facciones, pero no puede decirse que sean inútiles: están encaminadas a un fin, aunque éste sea inicuo y perverso. No son gratuitas, no se proponen infligir sufrimientos; causan sufrimientos, colectivos, desgarradores, injustos pero son un subproducto, uno más. Ahora bien, yo creo que los doce años hitlerianos han compartido su violencia con muchos otros espacio-tiempos de la historia, pero que se han caracterizado por una generalizada violencia inútil, que ha sido un fin en sí misma, que ha estado dirigida exclusivamente a causar dolor a veces con un propósito determinado pero siempre redundante, fuera de toda proporción respecto del propósito mismo.

Cuando se piensa, tras la experiencia posterior, en aquellos años que devastaron a Europa y a la misma Alemania, uno se siente indeciso entre dos opiniones: ¿hemos asistido al desarrollo racional de un asunto inhumano o a una manifestación, hasta ahora única en la historia y aún mal explicada, de locura colectiva?, ¿a una lógica dirigida al mal o a una ausencia de lógica? Como suele suceder con las cosas humanas, las dos *alternativas* coexistían. No hay duda de que el programa fundamental del nacionalsocialismo tenía su lógica: la expansión hacia Oriente (viejo sueño alemán), el aplastamiento del movimiento obrero, la hegemonía sobre la Europa continental, el aniquilamiento del bolcheviquismo y del judaísmo, que Hitler simplistamente identificaba, el reparto del poder mundial con Inglaterra y los Estados Unidos, la apoteosis de la raza germánica, con la eliminación «espartana» de los enfermos mentales y de las bocas inútiles. Todos estos elementos eran compatibles entre sí, y deducibles de unos pocos postulados que ya habían sido expuestos con innegable claridad en *Mi Lucha*. La arrogancia y el radicalismo, la *hybris* y el *Gründlichkeit*; lógica insolente, no locura.

Odiosos, pero no locos, eran también los medios previstos para cumplir sus fines: desencadenar agresiones militares o guerras despiadadas, alimentar quintacolumnas internas, transferir poblaciones enteras, subyugarlas, esterilizarlas o exterminarlas. Ni Nietzsche, ni Hitler, ni Rosenberg eran locos que se embriagasen a sí mismos o a sus secuaces con su predicación del mito del superhombre, a quien todo se le concede como reconocimiento de su dogmática y congénita superioridad. Pero debemos meditar acerca del hecho de que todos, maestro y discípulos, hayan ido apartándose de la realidad a medida que su moral se fue apartando de esa moral común a todos los tiempos y a todas las civilizaciones, que es parte de nuestra herencia humana, y a la cual es preciso reconocer.

La racionalidad termina, y los discípulos han superado ampliamente (¡y traicionado!) al maestro, precisamente con la práctica de la crueldad inútil. La palabra de Nietzsche me repugna profundamente; tengo dificultad en encontrar en ella una afirmación que no sea lo contrario de lo que me gusta pensar; me fastidia su tono de oráculo, pero me parece que no hay en él jamás el deseo del sufrimiento ajeno. Indiferencia sí, casi en cada página, pero no *Schadebfreude*, el goce en el mal del prójimo, y mucho menos el gusto por hacer sufrir deliberadamente. El dolor del vulgo, de los *Ungestalten*, de los

deformes, de los no nacidos nobles, es un precio que hay que pagar para el advenimiento del reino de los elegidos, es un mal menor, pero siempre un mal, no deseable por sí mismo. Muy distintos eran el verbo y la praxis hitlerianas.

Muchas de las inútiles violencias nazis pertenecen ya a la historia: piénsese en las matanzas desproporcionadas de las Fosas Ardeatinas, de Oradur, Lídice, Boyes, Marzabotto y muchos otros lugares, donde los límites de la represalia, que ya es intrínsecamente inhumana, fueron superados con creces; pero hubo otras menores, singulares, que han quedado escritas con caracteres indelebles en la memoria de cada uno de nosotros, los ex deportados, como detalles del gran cuadro.

Casi siempre, al comienzo de la secuencia del recuerdo, aparece el tren que ha marcado la partida hacia lo desconocido: no sólo por razones cronológicas sino por la crueldad gratuita con que se utilizaban, para una finalidad que no era la suya, aquellos convoyes (en sí inocuos) y que normalmente eran vagones de mercancías.

No hay diario ni relato, entre los muchos que hemos hecho, en donde no aparezca el tren, el vagón sellado, transformado de vehículo comercial en prisión ambulante o incluso en instrumento de muerte. Siempre está cargado, pero parece que ha habido un cálculo poco preciso del número de personas que, en cada caso, estaban encerradas en él: entre 50 y 120, según la duración del viaje y el nivel jerárquico que el sistema nazi otorgaba al «material humano» transportado. Los convoyes que salían de Italia contenían «sólo» 50 ó 60 personas por vagón (judíos, políticos, partisanos, pobres gentes recogidas por las calles, militares capturados después del desastre del 8 de septiembre de 1943). Quizá tuviesen en cuenta las distancias, o tal vez la impresión que estos trenes militares podían causar en los eventuales testigos a lo largo de su recorrido. En el extremo opuesto estaban los transportes de la Europa oriental: los eslavos, especialmente si eran judíos, eran mercancía despreciable y por lo tanto carente de todo valor; iban a morir y no importaba si era durante el viaje o después. Los convoyes que transportaban a los judíos polacos desde los *ghettos* al *Lager*, o desde un *Lager* a otro, llevaban hasta 120 personas por vagón: el viaje era corto… Ahora bien, 50 personas en un vagón de mercancías están muy incómodas; pueden acostarse a la vez para descansar, pero pegadas unas a otras. Si son 100 o más, incluso un viaje de pocas horas resulta un infierno, hay que estar de pie, o en cuclillas, turnándose; y casi siempre entre los viajeros hay viejos, enfermos, niños, mujeres que amamantan,

locos, o individuos que se vuelven locos durante el viaje, a consecuencia del viaje.

En la rutina de los transportes ferroviarios nazis se distinguen algunas variables y algunas constantes; no se ha podido saber si en su origen obedecían a un reglamento, o si los funcionarios que eran sus jefes tenían vía libre. Era una constante el hipócrita consejo (u orden) de que se llevase uno consigo todo cuanto pudiera: especialmente el oro, las joyas, los valores preciados, las pieles, en algunos casos (en ciertos transportes de judíos campesinos de Hungría y Checoslovaquia) hasta el ganado pequeño. «Son cosas que podrán seros útiles», decían a media voz y con aire cómplice los encargados de la escolta. Se trataba de un autosaqueo; era un artificio simple e ingenioso de transferir valores al Reich, sin publicidad ni complicaciones burocráticas, sin transportes especiales ni temores de robo *en route*: a la llegada todo era confiscado. Era una constante la desnudez absoluta de los vagones: las autoridades alemanas, para un viaje que podía durar dos semanas (el caso de los judíos deportados de Salónica) no proporcionaban literalmente nada: ni víveres, ni agua, ni esteras o paja para colocar sobre el suelo de madera, ni recipientes para las necesidades corporales, y ni siquiera se preocupaban de advertir a las autoridades locales o a los dirigentes (cuando existían) de los campos de concentración que proveyesen algunos de dichos elementos. Un aviso no les habría costado nada: pero precisamente esa negligencia sistemática se resolvía con una crueldad inútil, con una deliberada creación de dolor que era un fin en sí misma.

En ciertos casos, los prisioneros destinados a la deportación podían aprender algo de la experiencia: habían visto partir otros convoyes y habían aprendido, a costa de sus predecesores, que ellos mismos debían cubrir todas sus necesidades logísticas, como mejor pudieran y de modo que fuese compatible con las limitaciones establecidas por los alemanes. Es típico el caso de los trenes que salían del campo de concentración de Westerbork, en Holanda; era un campo enorme, con decenas de millares de prisioneros judíos, y Berlín reclamaba al jefe local que cada semana saliese un tren con unos mil deportados; en total, salieron de Westerbork 93 trenes, directos a Auschwitz, a Sobibór, y a otros campos pequeños. Los sobrevivientes fueron unos 500 y ninguno había viajado en los primeros convoyes, cuyos ocupantes habían partido a ciegas, en la creencia infundada de que a las necesidades más elementales de un viaje de cuatro días se abastecía automáticamente; por eso no se

sabe cuántos murieron durante el trayecto, ni cómo se desarrollaron aquellos terribles viajes, porque nadie ha vuelto para contarlo. Al cabo de algunas semanas, un ayudante de la enfermería de Westerbork, observador perspicaz, se dio cuenta de que los vagones mercancías de los convoyes eran siempre los mismos: hacían un trayecto pendular entre el *Lager* de partida y el de destino. Y así fue cómo algunos de los que fueron deportados después pudieron mandar mensajes escondidos en los vagones que volvían vacíos, y desde entonces se pudo preparar al menos una provisión de víveres y de agua, y un cubo para los excrementos.

El convoy en que yo fui deportado, en febrero de 1944, era el primero que salía del campo de Fóssoli (había otros que habían salido ya de Roma y de Milán, pero no lo sabíamos). Las SS, que antes le habían arrebatado la dirección del campo a la Seguridad Pública italiana, no nos dieron indicaciones precisas para el viaje; sólo nos hicieron saber que iba a ser largo y difundieron el consejo interesado e irónico que antes he mencionado («Llevaos oro y joyas, y sobre todo ropa de lana y de piel, porque vais a trabajar en un país frío»). El jefe del campo, también él deportado, tuvo el buen sentido de preparar una cantidad razonable de comida, pero no de agua: el agua es gratis, ¿no?, y los alemanes no regalan nada, pero son buenos organizadores… Ni siquiera pensó en proveer a cada vagón de algún recipiente que sirviese de letrina, y este olvido fue gravísimo: provocó un sufrimiento mucho peor que la sed y el frío. En mi vagón había varios ancianos, hombres y mujeres: entre ellos, estaban todos los huéspedes de la casa de descanso israelita de Venecia. Para todos, pero para éstos especialmente, evacuar en público era angustioso o imposible; un trauma para el que nuestra civilización no nos prepara, una herida profunda en la dignidad humana, un atentado obsceno y lleno de malos presagios, pero también la señal de una perversidad deliberada y gratuita. Paradójicamente, para nuestra fortuna (aunque dudo al escribir tal palabra en este contexto), en nuestro vagón iban también dos jóvenes madres con sus hijos de pocos meses y una de ellas se había llevado un orinal: sólo uno, que tenía que servir para unas cincuenta personas. Después de dos días de viaje encontramos unos clavos metidos en una de las paredes de madera, trasladamos dos a una esquina y con una cuerda y una manta improvisamos un retrete, al menos simbólico: todavía no somos animales, no lo seremos mientras tratemos de resistir.

Lo que pudo pasar en los demás vagones, carentes de este mínimo arreglo, es difícil de imaginar. El convoy se detuvo dos o

tres veces en pleno campo, se abrieron las puertas de los vagones y a los prisioneros se les permitió bajar: pero no alejarse de las vías ni hacerse a un lado. También abrieron las puertas otra vez durante una parada en una estación austriaca de paso. Las SS de la escolta no ocultaban su diversión al ver a los hombres y a las mujeres ponerse en cuclillas en donde podían, en los andenes, en mitad de las vías; y los viajeros alemanes expresaban abiertamente su disgusto: gente como ésta merece el destino que tiene, basta ver cómo se comportan. No son *Menschen*, seres humanos, sino animales, cerdos; está claro como la luz del sol.

Era, efectivamente, un prólogo. En la vida que se iba a desarrollar a continuación, en el ritmo cotidiano del *Lager*, la ofensa al pudor representaba, por lo menos al principio, una parte importante del conjunto de los sufrimientos. No era fácil ni era indoloro habituarse a la enorme letrina colectiva, a los horarios escasos y obligatorios, a la presencia, delante de uno, del aspirante a la sucesión: de pie, impaciente, a veces suplicante, otras prepotente, insistiendo cada diez segundos: *Hast du gemacht?* («¿Todavía no has terminado?»). Pero pocas semanas más tarde la incomodidad se había atenuado hasta desaparecer; se arraigaba (¡aunque no para todos!) la costumbre, lo cual es una manera caritativa de decir que la transformación de los seres humanos en animales iba por buen camino.

No creo que esta transformación hubiese sido planificada nunca ni formulada claramente en ningún nivel de la jerarquía fascista, en ningún documento, en ninguna «reunión de trabajo». Era la consecuencia lógica del sistema: un régimen inhumano difunde y extiende su inhumanidad en todas direcciones, y especialmente hacia abajo; a menos que haya resistencias o temperamentos excepcionales, corrompe tanto a las víctimas como a sus victimarios. La crueldad innecesaria del pudor violado condicionaba la existencia de todos los *Lager*. Las mujeres de Birkenau cuentan que, una vez conquistada una escudilla (una gruesa escudilla de porcelana esmaltada) tenía que servirles para tres usos diferentes: para conseguir el potaje cotidiano, para evacuar en ella de noche (cuando estaba prohibida la entrada en la letrina) y para lavarse cuando había agua en los lavabos.

El régimen alimenticio de todos los campos comprendía un litro de potaje diario; en nuestro *Lager*, por privilegio del establecimiento químico para el que trabajábamos, eran dos litros. El agua que teníamos que eliminar era, por consiguiente,

mucha, y ello nos obligaba a pedir permiso con frecuencia para ir a la letrina, o a arreglarnos como pudiésemos por las esquinas del tajo. Había prisioneros que no podían contenerse: ya por debilidad de la vejiga o ya por accesos de pánico, por nervios, se veían obligados a orinar con urgencia y muchas veces se empapaban, por lo cual eran castigados y humillados. Un italiano de mi edad, que dormía en una litera del tercer piso de la columna de camas, tuvo un accidente de noche y empapó a los inquilinos del piso inferior, y éstos denunciaron inmediatamente el hecho al jefe del barracón.

Semejante al apremio de los excrementos era el apremio de la desnudez. Al *Lager* se entraba desnudo; incluso más que desnudo, privado no sólo de los vestidos y de los zapatos (que eran confiscados) sino también del cabello y de todo vello. Lo mismo se hace, o se hacía, al entrar en un cuartel, es cierto, pero aquí el afeitado era total y semanal, y la desnudez pública y colectiva era una cosa repetida, característica y llena de significado. Era también una violencia con algunos visos de necesidad (está claro que hay que desnudarse para ducharse o para las revisiones médicas) pero ofensiva por su repetición inútil. La jornada del *Lager* era una constelación de innumerables expoliaciones vejatorias: para el control de los piojos, para el registro de los vestidos, para el reconocimiento de la sarna, para la higiene matutina; y además para las selecciones periódicas, en las cuales una «comisión» decidía quién era todavía apto para el trabajo o quién estaba ya destinado a ser eliminado. Pues bien, un hombre desnudo y descalzo se siente con los nervios y los tendones cortados: es una persona inerme. Las ropas, aun aquellas inmundas que nos repartían, hasta los zapatones de suela de madera, son una defensa débil pero indispensable. Quien no la tiene se deja de percibir a sí mismo como un ser humano y se siente como una lombriz: desnudo, pesado, innoble, inclinado hacia el suelo. Sabe que podrá ser aplastado en cualquier momento.

La misma sensación debilitante de impotencia y de despojamiento era provocada, en los primeros días de prisión, por la falta de cuchara: se trata de un detalle que puede parecer secundario a quien esté acostumbrado desde la infancia a la abundancia de cacharros de que se dispone hasta en la cocina más pobre, pero no era secundario. Sin cuchara, el potaje diario no podía tomarse más que a lametazos, como hacen los perros; sólo después de muchos días de aprendizaje (¡y en esto sí que era importante poder entender y hacerse entender!) llegaba a saberse que en el campo existían las cucharas pero que había

que comprarlas en el mercado negro, pagándolas con potaje o con pan: una cuchara costaba normalmente media ración de pan o un litro de potaje, pero a los inexpertos recién llegados se les pedía siempre mucho más. Y, sin embargo, en la liberación del campo de Auschwitz encontramos, en los almacenes, millares de cucharas nuevas, de plástico transparente, además de decenas de millares de cucharas de aluminio, de acero y hasta de plata que provenían del equipaje de los deportados que llegaban. No era, por consiguiente, cuestión de ahorro sino deliberada intención de humillar. Me viene a la memoria el episodio narrado en Jueces 7-5, en el cual Gedeón elige a los mejores de sus guerreros observando el modo en que se conducen al beber agua del río: descarta a todos aquellos que lamen el agua «como los perros» o que se arrodillan, y acepta sólo a quienes beben de pie, llevándose el agua con las manos a la boca.

Dudaría en calificar de completamente inútiles otras vejaciones o violencias que han sido repetidamente descritas, todas concordemente, por quienes han relatado sus recuerdos de los *Lager*. Es sabido que una o dos veces al día se procedía a pasar lista. No se trataba de pasar lista nombre por nombre, lo que habría sido imposible de hacer con millares o decenas de millares de prisioneros, y sobre todo porque éstos no eran nunca designados por su nombre sino sólo por el número de matrícula, de cinco o seis cifras. Se trataba de un *Zählappell*, una lista/recuento complicada y laboriosa porque debía tener en cuenta a los prisioneros transferidos a otros campos o a la enfermería el día anterior y a quienes habían muerto durante la noche, y porque el total debía cuadrar exactamente con los datos del día precedente y con la cuenta por grupos de cinco que se hacía durante el desfile de las escuadras que se dirigían al trabajo. Eugen Kogon cuenta que en Buchenwald tenían que comparecer a la lista vespertina aun los moribundos y los muertos, echados sobre la tierra o de pie, tenían que ser dispuestos en filas de cinco en cinco para facilitar la cuenta.

Ese acto de pasar lista se desarrollaba (naturalmente, al aire libre) con cualquier tiempo y duraba por lo menos una hora, pero podían ser dos o tres si la cuenta no salía; y hasta veinticuatro horas o más si había sospecha de evasión. Cuando llovía o nevaba, y el frío era intenso, se convertía en una tortura peor que la del mismo trabajo, a cuyo cansancio se sumaba por las noches; era interpretada como una ceremonia vacía y ritual, pero probablemente no lo era. No era inútil, como, por otra parte, y en esta clave de interpretación, no eran inútiles ni el hambre ni el trabajo extenuante, ni siquiera (y pido perdón por

el cinismo: estoy intentando razonar según una lógica que no es mía) la muerte por gas de los adultos y los niños. Todos estos sufrimientos eran la consecuencia de una tesis, la del presunto derecho del pueblo superior a reducir a la servidumbre o a eliminar al pueblo inferior. Eso era aquella lista, que en nuestros sueños de «después» se convirtió en el símbolo del *Lager*, resumiendo en sí el cansancio, el frío, el hambre y la frustración. El sufrimiento que provocaba (cada día de invierno causaba algún colapso o alguna muerte) estaba dentro del sistema, dentro de la tradición del *Drill*, de la feroz costumbre militar, herencia prusiana que Buchner ha eternizado en el *Woyzek*.

Por otra parte, me parece evidente que en muchos de sus aspectos más penosos y absurdos el mundo concentracionario no era sino una versión, una adaptación de la praxis militar alemana. El ejército de los prisioneros del *Lager* tenía que ser una copia sin gloria del ejército propiamente dicho o, mejor dicho, una caricatura suya. Un ejército tiene un uniforme: limpio, adornado y cubierto de insignias el del soldado; sucio, mudo y gris el del *Häftling*; pero los dos tienen que tener cinco botones porque, si no, se los castiga. Un ejército desfila a paso militar, en orden cerrado, al son de una banda: por ello, también en el *Lager* tiene que haber una banda, y el desfile tiene que ser un desfile que siga las reglas del arte, con el giro a la izquierda ante la tribuna de las autoridades, al son de la música. Este ceremonial es tan necesario, tan evidente, que llega a prevalecer sobre la legislación antijudía del Tercer Reich. Con sofisticación paranoica, ésta prohibía a las orquestas y a los músicos judíos que tocasen partituras de autores arios para que éstos no fuesen contaminados. Pero en los *Lager* de los judíos no había músicos arios, ni tampoco hay muchas marchas militares que hayan sido escritas por compositores judíos; por lo cual, derogando las leyes de la pureza, Auschwitz era el único lugar alemán donde los músicos judíos podían, incluso debían, tocar música aria: la necesidad está por encima de la ley.

Herencia del cuartel era también el rito de «hacer la cama». Se entiende que este último término era ampliamente eufemístico; donde había columnas de camas, las literas estaban constituidas por un fino colchón relleno de virutas de madera, dos mantas y una almohada de crin, y allí dormían dos personas. Las camas tenían que hacerse inmediatamente después de la diana, al mismo tiempo en todo el barracón; era preciso, pues, que los ocupantes de los pisos bajos se las arreglasen para estirar las mantas y mullir el colchón entre los pies de los ocupantes de los pisos altos, en difícil equilibrio sobre los

travesaños de madera, y todos al mismo tiempo; todas las camas tenían que estar hechas en un minuto o dos porque inmediatamente después empezaba la distribución del pan. Eran momentos de frenesí: la atmósfera se llenaba de fino polvo y se volvía opaca, había tensión nerviosa e improperios lanzados en todas las lenguas, porque el «hacer la cama» (*Bettenbauen*: era un término técnico) era una operación sagrada, que debía seguir férreas leyes. El colchón, hediendo de moho y cubierto de manchas sospechosas, tenía que ser sacudido: para ello había dos aberturas en el forro, por los que había que meter las manos. Una de las dos mantas tenía que ser rebatida sobre el colchón, y la otra extendida sobre la almohada de manera que se hiciese una escalerita bien definida, de aristas claras. Al terminar la operación, el conjunto debía parecer un paralelepípedo rectangular de superficies completamente lisas, a las que se superponía el paralelepípedo más pequeño de la almohada.

Para las SS del campo, y por consiguiente para todos los jefes de barracón, el *Bettenbauen* revestía una importancia primordial e indescifrable: tal vez fuese el símbolo del orden y de la disciplina. Quien hacía mal la cama, o se olvidaba de hacerla, era castigado pública y ferozmente; además, en cada barracón había una pareja de funcionarios, los *Bettnachzieher* (los «ajustadores de camas»: término que no creo que exista en el alemán normal y que con toda seguridad Goethe no habría entendido), cuya tarea era inspeccionar todas y cada una de las camas y ocuparse de su alineación transversal. Para tal fin estaban provistos de una cuerda tan larga como el barracón: la extendían por encima de las camas hechas y rectificaban al centímetro las posibles desviaciones. Más que agobiante, ese orden de maníacos resultaba absurdo y grotesco; en realidad, el colchón que había sido alisado con tanto cuidado no tenía ninguna consistencia y, por la noche, bajo el peso de los cuerpos, se hundía inmediatamente hasta las tablillas que lo soportaban. Se dormía encima de las maderas.

Dentro de fronteras mucho más amplias, se tiene la impresión de que en toda la Alemania hitleriana el código y las costumbres del cuartel debían sustituir a los tradicionales y «burgueses»: la estúpida violencia del *Drill* había empezado a invadir, desde finales de 1934, el terreno de la educación y se volvía contra el mismo pueblo alemán. Por los periódicos de la época, que habían conservado cierta libertad de expresión y de crítica, tenemos noticia de marchas extenuantes impuestas a muchachos y muchachas adolescentes dentro del marco de ejercicios preliminares: hasta 50 kilómetros diarios, con mochila

al hombro y sin piedad para quienes se retrasaban. Los padres y los médicos que se atrevían a protestar eran amenazados con sanciones políticas.

Otra historia es la del tatuaje, invento autóctono de Auschwitz. A partir de comienzos de 1942, en Auschwitz y los *Lager* que dependían de él (en 1944 eran alrededor de cuarenta) el número de matrícula de los prisioneros no sólo se cosía en las ropas sino que se tatuaba en el antebrazo izquierdo. De esa norma sólo se exceptuaba a los prisioneros alemanes no judíos. La operación era llevada a cabo con metódica rapidez por «escribanos» especializados en la matriculación de los recién llegados, provenientes bien de la libertad, bien de otros campos o de los *ghettos*. De acuerdo con el típico talento alemán para las clasificaciones, pronto se convirtió en un verdadero y auténtico código: los hombres debían ser tatuados en la parte externa del brazo y las mujeres en la interna; el número de los gitanos debía ir precedido de una Z; el de los judíos, a partir de mayo de 1944 (es decir, desde la llegada en masa de los judíos húngaros) tenía que ir precedido de una A, que poco después fue sustituida por una B. Hasta septiembre no hubo niños en Auschwitz: se los asfixiaba con gas a su llegada. Después de esa fecha empezaron a llegar familias enteras de polacos, arrestados por casualidad durante la insurrección de Varsovia: y ésos fueron tatuados todos, incluidos los recién nacidos.

La operación era poco dolorosa y no duraba más de un minuto, pero era traumática. Su significado simbólico estaba claro para todos: es un signo indeleble, no saldréis nunca de aquí. Es la marca que se imprime a los esclavos y a las bestias destinadas al matadero, y es en lo que os habéis convertido. Ya no tenéis nombre: éste es vuestro nombre. La violencia del tatuaje era gratuita, era un fin en sí misma, era un mero ultraje. ¿No eran suficientes los tres números de tela cosidos a los pantalones, a la chaqueta y al abrigo de invierno? No, no eran suficientes: se necesitaba uno más, un mensaje no verbal para que el inocente sintiese escrita su condena sobre la carne. Era también una vuelta a la barbarie mucho más perturbadora para los judíos ortodoxos; precisamente hecha para distinguir a los judíos de los «bárbaros», el tatuaje está prohibido por la ley mosaica (Levítico, 1928).

Cuarenta años después, mi tatuaje forma parte de mi cuerpo. No me vanaglorio de él ni me avergüenzo, no lo exhibo ni lo escondo. Lo enseño de mala gana a quien me pide verlo por pura curiosidad; lo hago enseguida y con ira a quien se declara incrédulo. Muchas veces los jóvenes me preguntan por qué no

me lo borro, y es una cosa que me crispa: ¿por qué iba a borrármelo? No somos muchos en el mundo los que somos portadores de tal testimonio.

Hay que violentarse (¿útilmente?) para inducirse a hablar del destino de los más débiles. Busco, una vez más, una lógica que no es la mía. Para un nazi ortodoxo debía ser claro, evidente, obvio, que todos los judíos debían morir: era un dogma, un postulado. También los niños, por supuesto, y especialmente las mujeres embarazadas, para que no naciesen futuros enemigos. Pero ¿por qué, en sus furiosas razias por todas las ciudades y pueblos de su imperio sin fin, violar las puertas de los moribundos? ¿Por qué afanarse por arrastrarlos en sus trenes, por llevarlos a morir lejos, después de un viaje insensato, a Polonia, en el umbral de las cámaras de gas? En mi convoy había dos moribundas de más de noventa años que habían sido arrancadas de la enfermería de Fóssoli: una murió durante el viaje, cuidada en vano por sus hijas. ¿No hubiera sido más sencillo, más «económico», dejarlas morir, o incluso matarlas en sus lechos, en lugar de introducir su agonía en la agonía colectiva del tren? Todo induce a pensar que, bajo el Tercer Reich, la mejor elección, la elección impuesta desde arriba, era la que llevaba consigo la mayor aflicción, la máxima carga de sufrimiento físico y moral. El «enemigo» no sólo debía morir sino morir en el tormento.

Sobre el trabajo en los *Lager* se ha escrito mucho: yo mismo lo he descrito en su momento. El trabajo no retribuido, es decir, esclavizador, era una de las tres finalidades del sistema concentracionario; las otras dos eran la eliminación de los adversarios políticos y el exterminio de las llamadas razas inferiores. Hagamos una aclaración: el régimen concentracionario soviético difería del nazi esencialmente por la ausencia del tercer término y por la preponderancia del primero.

En los primeros *Lager*, casi contemporáneos a la conquista del poder por Hitler, el trabajo era puramente persecutorio, prácticamente inútil a efectos productivos: mandar gente desnutrida a palear estiércol o a romper piedras sólo tenía una finalidad terrorista. Por lo demás, según la retórica nazi y fascista, heredera en esto de la retórica burguesa, «el trabajo ennoblece», y por consiguiente los innobles adversarios del régimen no son dignos de trabajar en el sentido usual del término. Su trabajo debe ser doloroso: no debe dejar sitio a la profesionalidad, debe ser el de las bestias de carga, tirar, empujar, llevar pesos, doblar el espinazo sobre la tierra. También violencia inútil: útil sólo para romper la resistencia

actual y castigar la pasada. Las mujeres de Ravensbrück hablan de jornadas interminables transcurridas durante la época de cuarentena (es decir, antes de su integración en las escuadras de trabajo de las fábricas) paleando la arena de las dunas; en corro, bajo el sol de julio, cada deportada tenía que desplazar la arena de su montón al de la vecina de su derecha, en una rueda sin objetivo y sin fin, ya que la arena volvía al lugar de donde había venido.

Pero no parece que este tormento del cuerpo y del espíritu, mítico y dantesco, hubiera sido elegido para impedir la formación de núcleos de autodefensa y de resistencia activa: las SS de los *Lager* eran más bien animales obtusos que demonios sutiles. Habían sido educados en la violencia: la violencia corría también por sus venas, era normal, obvia. Se desbordaba de sus rostros, de sus gestos, de su lenguaje. Humillar, hacer sufrir al «enemigo» era su oficio de cada día; no pensaban en ello, no tenían segundos fines: el fin era aquel. No quiero decir que estuviesen hechos de una sustancia humana perversa, distinta de la nuestra (sádicos y psicópatas los había también, pero eran pocos), sencillamente habían estado sometidos durante algunos años a una escuela donde la moral corriente había sido subvertida. En un régimen totalitario la educación, la propaganda y la información no encuentran obstáculos: gozan de un poder ilimitado del que quien ha nacido y vivido en un régimen pluralista difícilmente puede hacerse una idea.

A diferencia del cansancio puramente persecutorio como el que acabo de describir, el trabajo podía, por el contrario, convertirse a veces en una defensa. Era así para quienes, pocos, en el *Lager*, conseguían insertarse en su propio oficio: sastres, zapateros, carpinteros, herreros, albañiles. Estos, al encontrar su actividad habitual recuperaban, en cierta medida, su dignidad humana. Pero también era una defensa para muchos otros, como ejercicio mental, como evasión del pensamiento de la muerte, como manera de vivir una jornada; por lo demás, es un hecho conocido que las preocupaciones cotidianas, aunque sean penosas o fastidiosas, ayudan a apartar la mente de amenazas mayores pero más lejanas.

En algunos de mis compañeros (y a veces en mí mismo) he advertido muchas veces un fenómeno curioso: la ambición del «trabajo bien hecho» está tan enraizada en uno que empuja a hacer bien hasta los trabajos «enemigos», nocivos para uno y para los suyos, hasta el punto de que hay que hacer un esfuerzo consciente para hacerlos «mal». El sabotaje del trabajo nazi, además de ser peligroso, suponía también la superación de

atávicas resistencias internas. El albañil de Fóssano que me salvó la vida, y que he descrito en *Si esto es un hombre* y en *Lilít*, detestaba a Alemania, a los alemanes, su comida, su lenguaje, su guerra. Pero cuando le pusieron a levantar muros de protección contras las bombas los hacía derechos, sólidos, con ladrillos bien ensamblados y con todo el hormigón que se necesitaba; no por acatar órdenes sino por dignidad profesional. En *Un día en la vida de Iván Denisovich*, Solzhenitsin describe una situación casi idéntica: Iván, el protagonista, condenado sin culpa a diez años de trabajos forzados, experimenta complacencia al levantar un muro según las reglas del arte y constatar luego que le ha quedado bien recto. Iván «… estaba hecho precisamente de aquella manera idiota, ni los ocho años pasados en el campo de prisión habían servido para hacerle perder aquella costumbre: apreciaba todas las cosas y todos los trabajos y no podía permitir que se echasen a perder inútilmente». Quien haya visto la célebre película *El puente sobre el río Kwai* recordará el absurdo celo con que el oficial inglés prisionero de los japoneses se esfuerza en construirles un osado puente de madera, y se escandaliza cuando se da cuenta de que los zapadores ingleses lo han minado. Como se ve, el amor por el trabajo bien hecho es una virtud equívoca. Animó a Miguel Ángel hasta su último momento, pero también hizo que Stangl, el diligentísimo carnicero de Treblinka, replicase con enojo a una entrevistadora: «Todo lo que hacía por mi propia voluntad tenía que hacerlo lo mejor posible. Soy así». De la misma virtud se enorgullecía Rudolf Miss, el comandante de Auschwitz, cuando contaba el trabajo creativo que lo llevó a inventar las cámaras de gas.

Querría, para terminar, señalar, como ejemplo extremo de una violencia a la vez estúpida y simbólica, el uso impío que se hizo (no esporádica sino metódicamente) del cuerpo humano como de un objeto, como de un objeto sin dueño, del cual podía disponerse de manera arbitraria. Sobre los experimentos médicos llevados a cabo en Dachau, en Auschwitz, en Ravensbrück y en otras partes, se ha escrito mucho y algunos de sus responsables, no todos médicos aunque experimentaban como tales, han sido castigados (con la excepción de Josef Mengele, el mayor y el peor de todos). La gama de los experimentos iba desde el estudio de nuevos medicamentos en prisioneros indefensos hasta torturas insensatas y científicamente inútiles, como las que se llevaron a cabo en Dachau, por orden de Himmler y por cuenta de la Luftwaffe. Aquí, los individuos elegidos, a veces previamente sobrealimentados para que recuperaran la normalidad fisiológica,

eran sometidos a largas inmersiones en agua helada, o introducidos en cámaras de descompresión en las cuales se simulaba la rarificación del aire a 20.000 metros (que los aviones de la época estaban muy lejos de alcanzar) para establecer a qué altura la sangre humana empieza a hervir, dato que puede obtenerse en cualquier laboratorio, con gastos mínimos y sin víctimas o, incluso, deducir de las tablas de cálculo más elementales. Me parece importante recordar tales abominaciones en una época en la que, con toda razón, se está discutiendo los límites dentro de los cuales pueden llevarse a cabo experimentos científicos dolorosos en animales de laboratorio. Esta crueldad típica y sin fin aparente, pero altamente simbólica, se extendía, precisamente en cuanto simbólica, a los despojos humanos después de la muerte, a esos despojos que todas las civilizaciones, desde la más lejana prehistoria, han respetado, honrado y a veces temido. El trato que se les daba en los *Lager* dejaba claro que no se trataba de restos humanos, sino de materia bruta, indiferente, en el mejor de los casos, buena para algún uso industrial. Causa horror y espanto, después de decenios, la vitrina del museo de Auschwitz donde están expuestos a granel, a toneladas, los cabellos cortados a las mujeres destinadas al gas o al *Lager*: el tiempo los ha descolorido y macerado, pero siguen susurrando al visitante su muda acusación. Los alemanes no tuvieron tiempo de mandarlos a su destino: esta mercancía insólita era comprada por algunas fábricas textiles alemanas que la usaban para la confección de cutí y otros tejidos industriales. Es poco probable que quienes los utilizaban no supieran de qué material se trataba. Y también es poco probable que los vendedores, y por consiguiente las autoridades del *Lager*, sacasen de ellos una utilidad real: sobre el provecho prevalecía el ultraje.

Las cenizas humanas provenientes de los crematorios, toneladas diarias, eran fácilmente reconocibles como tales pues con gran frecuencia contenían dientes o vértebras. A pesar de eso, se usaron con distintas finalidades: para rellenar terrenos palúdicos, como aislante térmico en los intersticios de las construcciones de madera, como fertilizante fosfórico; especialmente se emplearon como arena para cubrir los caminos de la aldea de las SS, situada junto al campo. No sé si por su dureza, o por su origen, aquel era un material para ser pisado.

No me hago ilusiones de haber llegado al fondo en esta cuestión, ni de haber demostrado que la crueldad inútil haya sido patrimonio exclusivo del Tercer Reich y consecuencia necesaria de sus premisas ideológicas. Todo lo que sabemos, por ejemplo,

de la Camboya de Pol Pot sugiere otras explicaciones, pero Camboya está lejos de Europa y sabemos poco de ella: ¿cómo podríamos hablar de eso? Lo que sabemos seguro es que ha sido uno de los rasgos fundamentales del hitlerismo, no sólo en el interior de los *Lager*. Y me parece que su mejor interpretación está resumida en esta respuesta que obtuvo Gitta Sereny durante su larga entrevista al ya citado Franz Stangl, ex comandante de Treblinka (*In quelle tenebre*, Milán, Adelphi, 1975, p. 135): «Puesto que ibais a matarlos a todos… ¿qué significado tenían las humillaciones, la crueldad?», preguntaba la escritora a Stangl, prisionero perpetuo en las cárceles de Düsseldorf, y él respondió: «Para preparar a los que tenían que ejecutar materialmente las operaciones. Para que pudiesen hacer lo que tenían que hacer». Es decir: antes de morir, la víctima debe ser degradada, para que el matador sienta menos el peso de la culpa. Es una explicación que no está desprovista de lógica, pero que clama al cielo: es la única utilidad de la violencia inútil.

6

El intelectual en Auschwitz

Polemizar con un desaparecido es embarazoso y poco honesto, tanto más cuando el ausente es un amigo potencial y un interlocutor privilegiado, pero puede ser un trámite obligado. Estoy hablando de Hans Mayer, alias Jean Améry, el filósofo suicida, y teórico del suicidio, al que ya he citado en la página catorce; entre estos dos nombres se desarrolla su vida sin paz y sin búsqueda de paz. Había nacido en Viena en 1912, en una familia principalmente judía pero asimilada e integrada en el Imperio Austro-húngaro. Aunque ninguno se hubiese convertido al cristianismo formalmente, en su casa se celebraba la Navidad alrededor del árbol adornado con lentejuelas; en los pequeños incidentes domésticos, su madre invocaba a Jesús, José y María, y la fotografía de su padre, muerto en el frente durante la Primera Guerra Mundial, no mostraba a un barbudo sabio judío, sino a un oficial con el uniforme de los *Kaiserjäger* Tiroleses. Hasta los diecinueve años, Juan no había oído decir nunca que hubiese una lengua llamada yiddish.

Se graduó en Viena en Filosofía y Letras, no sin algún choque con el naciente partido nacionalsocialista; él no tenía interés en ser judío pero sus tendencias y opiniones no tuvieron ningún valor para los nazis; lo único que contaba era la sangre, y la suya era lo suficientemente impura como para hacer de él un enemigo del germanismo. Un puñetazo nazi le rompió un diente, y el joven intelectual estaba tan orgulloso del hueco de su

dentadura como si se tratara de una cicatriz causada en un duelo estudiantil. Con las leyes de Nuremberg de 1935, y más tarde con la anexión de Austria a Alemania en 1938, su destino sufrió un viraje, y el joven Hans, escéptico y pesimista por naturaleza, no se hizo ilusiones. Era lo suficientemente lúcido (*Luzidität* sería siempre uno de sus vocablos preferidos) como para comprender precozmente que un judío en manos alemanas era «un muerto en vacaciones, uno al que hay que asesinar».

Él no se consideraba judío: no conocía el hebreo ni la cultura judía, no prestaba atención a la palabra sionista, religiosamente era un agnóstico. Tampoco se sentía en condiciones de fabricarse una identidad que no tenía: sería una falsificación, un disfraz. Quien no ha nacido en la tradición judía no es un judío, y difícilmente puede llegar a serlo. Por definición, una tradición se hereda; es un producto de siglos, no se fabrica a posteriori. Sin embargo, para vivir es necesaria una identidad, es decir, una dignidad. Para él, los dos conceptos coinciden, quien pierde la una pierde también la otra, muere espiritualmente: privado de defensas, está expuesto también a la muerte física. Pero a él, y a muchos judíos alemanes que, como él, habían creído en la cultura alemana, la identidad alemana les fue denegada: por la propaganda nazi, en las inmundas páginas del *Stürmer* de Streicher, el judío es descrito como un parásito peludo, grasiento, de piernas torcidas, de nariz aguileña, de orejas como pantallas, que sólo sabe perjudicar a los demás. No es alemán, por axioma; por el contrario, basta su presencia para contaminar los baños públicos y hasta los bancos de los parques.

De esta degradación, *Entwürdigung*, es imposible defenderse. El mundo entero la contempla impasible; los mismos judíos alemanes, casi todos, sucumben a la prepotencia del Estado y se sienten objetivamente degradados. La única manera de librarse es paradójica y contradictoria: aceptar el propio destino, en este caso el judaísmo, y al mismo tiempo rebelarse contra la elección impuesta. Para el joven Hans, judío por conversión, ser judío es simultáneamente imposible y obligatorio; su escisión, que le acompañará hasta la muerte y la provocará, empieza a partir de aquí. Niega que tenga valor físico, pero no le falta el valor moral: en 1938 deja su patria «aneja» y emigra a Bélgica. De ahí en adelante será Jean Améry, un casi anagrama de su nombre original. Por dignidad, y no por otra cosa, aceptará el judaísmo, pero como judío irá «por el mundo como un enfermo de uno de esos males que no provocan grandes sufrimientos pero que tienen con seguridad un desenlace letal». Él, el docto humanista y crítico alemán, se

esfuerza en convertirse en un escritor francés (nunca lo conseguirá) y se adhiere en Bélgica a un movimiento de la Resistencia cuyas efectivas esperanzas políticas son escasísimas; su moral, por la que pagará un alto precio en términos materiales y espirituales, ha cambiado ahora: al menos simbólicamente, consiste en «devolver el golpe».

En 1940, la marea hitleriana sumerge también a Bélgica, y Jean, que no obstante su elección, continúa siendo un intelectual solitario e introvertido, cae en manos de la *Gestapo* en 1943. Se le pide que revele los nombres de sus compañeros y de sus jefes, pues, de lo contrario, será torturado. Él no es un héroe; en sus páginas, admite honestamente que si los hubiese conocido habría hablado, pero no los sabe. Le atan las manos detrás de la espalda, y le suspenden por las muñecas de una garrucha. Al cabo de pocos segundos, los brazos se le descoyuntan y se quedan vueltos hacia arriba, verticales por detrás de la espalda. Los esbirros insisten, flagelan con las fustas el cuerpo colgado, ahora casi inconsciente, pero Jean no sabe nada, no puede refugiarse ni siquiera en la traición. Se cura, pero ha sido identificado como judío y lo mandan a Auschwitz-Monowitz, el mismo *Lager* en el que yo también seré recluido unos meses después.

Aunque no volvimos a vernos, hemos cambiado algunas cartas después de la liberación, habiéndonos reconocido, o mejor dicho conocido, a través de nuestros respectivos libros. Nuestros recuerdos de allá coinciden bastante bien en el plano de los detalles materiales, pero discrepan en un curioso pormenor: yo, que siempre he procurado conservar de Auschwitz un recuerdo completo e indeleble, he olvidado su figura; él asegura que se acuerda de mí, aunque me confundiese con Carlo Levi, en aquel tiempo conocido ya en Francia como expatriado y como pintor. Dice también que hemos estado durante unas semanas en la misma barraca y que no me ha olvidado porque los italianos eran tan pocos que resultaban ser una rareza; además, porque en el *Lager*, en los dos últimos meses, yo ejercía prácticamente mi profesión, la de químico, y ésta era una rareza todavía mayor.

Este ensayo mío querría ser, al mismo tiempo, un resumen, una paráfrasis, una discusión y una crítica de un ensayo suyo amargo y gélido, que tiene dos títulos (*El intelectual en Auschwitz* y *En los confines del espíritu*). Lo he tomado de un volumen que desde hace muchos años querría ver traducido al italiano y que también tiene dos títulos, *Más allá de la culpa y de la expiación* y *Tentativa de superación de un derrotado* (Jenseits von Schuld und Sühne, Munich: Szczesny, 1966).

Como se ve por el primer título, el tema del ensayo de Améry está delimitado con precisión. Améry estuvo en varias prisiones nazis y además, después de Auschwitz, ha pasado temporadas breves en Buchenwald y en Bergen-Belsen, pero sus observaciones se limitan, con razón, a Auschwitz: los confines del espíritu, de lo no imaginable, estaban allí. Ser un intelectual ¿era en Auschwitz una ventaja o una desventaja?

Es necesario, naturalmente, definir qué se entiende por intelectual. La definición que Améry propone es típica y discutible:

> […] está claro que no estoy aludiendo a cualquiera que ejerza una de las llamadas profesiones intelectuales: haber tenido un buen nivel de instrucción puede que sea una condición necesaria, pero no suficiente. Todos nosotros conocemos abogados, médicos, ingenieros, probablemente también filólogos, que son por supuesto inteligentes, y hasta excelentes en su especialidad, pero que no pueden ser definidos como intelectuales. Un intelectual, según me gustaría que fuese entendido aquí, es un hombre que vive en el interior de un sistema de referencias que es espiritual en el más vasto de los sentidos. El campo de sus asociaciones es esencialmente humanístico o filosófico. Tiene una conciencia estética muy desarrollada. Por tendencia y por actitud, es atraído por el pensamiento abstracto […]. Si se le habla de «sociedad», no entiende el término en el sentido mundano, sino en el sociológico. El fenómeno físico que conduce a un cortocircuito no le interesa, pero sabe mucho acerca de Neidhart von Reuenthal, poeta cortés del mundo rural.

La definición me parece inútilmente restrictiva: más que una definición, es una autodescripción, y del contexto en el que se encuentra no excluiré una sombra de ironía: en efecto, conocer a Von Reuenthal, como ciertamente Améry lo conocía, servía de poco en Auschwitz. A mí me parece más oportuno que en el término «intelectual» estén comprendidos, por ejemplo, también el matemático o el naturalista o el filósofo de la ciencia; además, ya se sabe que en países diferentes asume matices distintos. Pero no es cosa de afinar tanto; vivimos después de todo en una Europa que se pretende unida, y las consideraciones de Améry

se sostienen bien incluso si el concepto en discusión se entiende en su más amplio sentido; no quisiera seguir las huellas de Améry y acuñar una definición alternativa a partir de mi condición actual (quizás hoy sea un «intelectual», aunque el vocablo me produce un vago malestar; seguro que no lo era entonces, por falta de madurez moral, ignorancia y extrañamiento; si he llegado a serlo después, lo debo, paradójica y precisamente a la experiencia del *Lager*). Propondría incluir en el término a las personas cultas, independientemente de su oficio cotidiano, cuya cultura esté viva en la medida en que se esfuercen por renovarse, perfeccionarse y ponerse al día, y que no muestren indiferencia o fastidio ante ninguna rama del saber, aunque evidentemente, no puedan cultivar todas.

De cualquier manera, y cualquiera sea la definición en que nos apoyemos, no se puede sino estar de acuerdo con las conclusiones de Améry. En cuanto al trabajo, que era principalmente manual, el hombre culto estaba en el *Lager* mucho peor que el inculto. Le faltaba, además de la fuerza física, la familiaridad con las herramientas y el entrenamiento, que a menudo tenían sus colegas obreros y campesinos; por el contrario, se sentía atormentado por un agudo sentimiento de humillación y degradación. De *Entwürdigung* precisamente, de dignidad perdida. Recuerdo con claridad mi primer día de trabajo en el tajo de Buna. Incluso antes de registrar nuestra condición de italianos (casi todos profesionales o comerciantes) en el padrón del campo, nos enviaron temporalmente a ensanchar una gran trinchera de tierra arcillosa. Me pusieron en la mano una pala, y enseguida se produjo el desastre: debía palear la tierra removida del fondo de una trinchera, y echarla por encima del borde, que tenía más de dos metros de altura. Parece fácil pero no lo es: si no se trabaja con arrojo, y con el arrojo justo, la tierra no se queda en la pala y se cae, y con frecuencia sobre la cabeza del excavador inexperto.

También el capataz «civil» al que fuimos asignados era provisorio. Era un alemán viejo, tenía aires de buena persona, pero se mostró sinceramente escandalizado por nuestra tosquedad. Cuando intentamos explicarle que casi ninguno de nosotros había tenido nunca una pala en la mano, alzó los hombros con impaciencia: qué joder, éramos prisioneros con trajes a rayas, y además judíos. Todos deben trabajar, porque «el trabajo nos hace libres»: ¿no estaba escrito en la puerta del *Lager*? No era una broma, era exactamente así. Bien, si no sabíamos trabajar, sólo teníamos que aprender. ¿No éramos acaso capitalistas? Nos lo merecíamos: hoy a mí, mañana a ti.

Algunos se rebelaron, y recibieron los primeros golpes de su carrera de manos de los *Kapos* que inspeccionaban la zona; otros perdieron ánimos; otros (y yo entre ellos) intuyeron confusamente que no había ninguna salida y que la mejor solución era aprender a manejar la pala y el pico.

No obstante, a diferencia de Améry y de otros, mi sentimiento de humillación por el trabajo manual ha sido moderado: evidentemente no era todavía lo bastante «intelectual». En el fondo, ¿por qué no? Tenía una carrera, es verdad, pero había sido una suerte que yo no merecía; mi familia había sido lo suficientemente rica para mandarme a estudiar: muchos de mi edad habían paleado tierra desde la adolescencia. ¿No quería la igualdad? Pues bien, la tenía. Tuve que cambiar de opinión pocos días después, cuando las manos y los pies se me cubrieron de ampollas y de infecciones: no, ni los cavadores se improvisan. Tuve que aprender deprisa varias cosas fundamentales, que los menos afortunados (¡en el *Lager* éramos los más afortunados!) habían aprendido desde niños: la manera exacta de empuñar las herramientas, los movimientos apropiados de los brazos y del tronco, el dominio del cansancio y la manera de aguantar el dolor, saber detenerse poco antes del agotamiento, aun a costa de las bofetadas y las patadas de los *Kapos*, y en ocasiones también de los alemanes «civiles» de la IG Farbenindustrie. Los golpes, lo he dicho en otro sitio, generalmente no son mortales; en cambio, el colapso sí lo es: un puñetazo dado con habilidad lleva en sí mismo anestesia, tanto corporal como espiritual.

Aparte del trabajo, la vida en el barracón también era más penosa para el hombre culto. Era una vida hobbesiana, una guerra ininterrumpida de todos contra todos (insisto: así era en Auschwitz, capital concentracionaria, en 1944. En otras partes, o en otras épocas, la situación podía ser mejor, y también mucho peor). Los puñetazos propinados por la Autoridad podían ser aceptados, eran literalmente un caso de fuerza mayor; pero eran inaceptables, por inesperados y fuera de la norma, los golpes que se recibían de los compañeros, a los que pocas veces el hombre civilizado sabía responder. Por otra parte, en el trabajo manual podía encontrarse cierta dignidad, aun en el más duro, y era posible adaptarse a él aunque fuese a costa de construirse una ruda ascesis o, de acuerdo con los temperamentos, un «medirse» conradiano, un reconocimiento de los propios límites. Era mucho más difícil aceptar la rutina del barracón: hacer la cama de la manera perfeccionista e idiota que he descrito, entre las violencias inútiles, fregar el piso de madera con harapos

asquerosos empapados en agua, vestirse y desnudarse cuando lo ordenaban, exhibirse desnudos en los innumerables reconocimientos de los piojos, de la sarna, de la limpieza personal, asumir la parodia militar del «cerrar filas», «vista a la derecha», «descubrirse» como por resorte ante el oficial de las SS de barriga de cerdo. Eso sí se sentía como una desposesión, una regresión funesta hacia un estado de infancia desolado, privado de maestros y de amor.

También Améry-Mayer afirma haber sufrido por la mutilación del lenguaje que he señalado en el capítulo cuarto: y sin embargo él era de lengua alemana. Ha sufrido de una manera diferente a la nuestra de no políglotas reducidos a la condición de sordomudos: de manera, si puedo decirlo, más espiritual que material. Ha sufrido *porque* era de lengua alemana, porque era un filólogo que amaba su lengua: como sufriría un escultor que viese manchar o romper una escultura suya. El sufrimiento del intelectual era, por consiguiente, distinto, en este caso, del de un extranjero inculto: para éste, el alemán del *Lager* era un lenguaje que no entendía, con riesgo de su vida; para aquél era una jerga bárbara que entendía, pero que le desollaba los labios si intentaba hablarlo. Uno era un deportado, otro un extranjero en su patria.

A propósito de los golpes entre compañeros, no sin humor y orgullo retrospectivos, Améry cuenta, en otro ensayo suyo, un episodio clave, para incluir en su nueva moral del *Züruckschlagen*, de «devolver el golpe». Un gigantesco criminal común polaco, por una nadería le dio un puñetazo en la cara; él, no por reacción animal sino por rebeldía razonada contra el mundo subvertido del *Lager*, le devolvió el golpe lo mejor que pudo. «Mi dignidad —dice— se había concentrado toda entera en aquel puñetazo dirigido a su mandíbula; que luego, en resumen, haya sido yo, mucho más débil, y sucumbiese y fuese pisoteado despiadadamente, no tenía ya importancia. Dolorido por los puntapiés, estaba satisfecho de mí mismo.»

Aquí debo admitir una inferioridad total mía: nunca he sabido «devolver el golpe», no por santidad evangélica ni por aristocracia intelectualista sino por incapacidad intrínseca. Quizá por falta de una educación política seria: en realidad no hay programa político, ni el más moderado y menos violento, que no admita algún tipo de defensa activa. Tal vez por falta de valor físico: lo tengo hasta cierto punto ante las catástrofes naturales y la enfermedad, pero he estado siempre totalmente desprovisto de él ante la persona que agrede. «Darse de puñetazos» es una experiencia que me falta, desde los años más remotos a los que

mi memoria puede llegar; y no puedo decir que lo lamente. Precisamente por ello mi carrera partisana fue tan corta y tan dolorosa, estúpida y trágica: interpretaba el papel de otro. Admiro la conversión de Améry, su elección valiente de salir de la torre de marfil y descender a la arena, pero tal elección estaba, y sigue estando, fuera de mi alcance. La admiro: pero debo contrastar que esa elección, arrastrada por toda la época posterior a Auschwitz, lo ha llevado a posiciones de tal severidad e intransigencia que le han hecho incapaz de encontrar ninguna alegría en la vida, e incluso de vivir: quien se enfrenta a puñetazos con el mundo entero recupera su dignidad, pero la paga a un precio altísimo, porque está seguro de que será derrotado. El suicidio de Améry, ocurrido en Salzburgo, admite como todos los suicidios una interpretación nebulosa, pero, a posteriori, el episodio de la derrota contra el polaco ofrece una versión.

Hace unos años supe que, en una carta a nuestra común amiga Hety S., de quien hablaré enseguida, Améry me definió como «el perdonador». No lo considero ni una ofensa ni una alabanza pero sí una imprecisión. No tengo tendencia a perdonar, nunca he perdonado a ninguno de nuestros enemigos de entonces, ni me siento inclinado a perdonar a sus imitadores en Argelia, Vietnam, la Unión Soviética, Chile, la Argentina, Camboya, o África del Sur, porque no sé de ningún acto humano que pueda borrar una culpa; pido justicia, pero no soy capaz personalmente de liarme a puñetazos ni de devolver los golpes.

Sólo intenté hacerlo una vez. Elías, el enano robusto de quien he hablado en *Si esto es un hombre* y en *Lilít*, aquel que, según todas las apariencias, «era feliz en el *Lager*», no recuerdo por qué motivo me había cogido por las muñecas y me estaba insultando y golpeando contra un muro. Como Améry, experimenté una oleada de orgullo; consciente de traicionarme a mí mismo, y de transgredir una norma que me había sido transmitida por innumerables antepasados ajenos a la violencia, intenté defenderme y le asesté un puntapié en la tibia con el zueco de madera. Elías rugió, no de dolor sino de dignidad herida. Como un rayo, me cruzó los brazos sobre el pecho y me tiró al suelo con todo su peso; después me apretó la garganta, vigilando atentamente mi rostro con unos ojos que recuerdo perfectamente, a un palmo de los míos, fijos, de un pálido azul de porcelana. Apretó hasta que vio acercarse los signos de la inconsciencia; luego, sin decir palabra, me soltó y se fue.

Después de esa constatación he preferido, dentro de lo posible, dejar los castigos, las venganzas y las réplicas a las

leyes de mi país. Es una elección obligada: sé lo mal que funcionan los mecanismos correspondientes pero yo soy como mi pasado me ha hecho y me resulta imposible cambiar. Si yo también hubiera visto caérseme encima el mundo, si hubiese sido condenado al exilio y a la pérdida de la nacionalidad, si hubiese sido torturado hasta perder el conocimiento, quizás hubiese aprendido a devolver el golpe, y alimentaría, como Améry, esos sentimientos a los que ha dedicado un largo ensayo cargado de angustia.

Estas son las evidentes desventajas de la cultura en Auschwitz. Pero ¿es que tenía alguna ventaja? Sería ingrato a la modesta (y trasnochada) cultura de estudiante secundario y universitario que me ha tocado en suerte si lo negase; tampoco lo niega Améry. La cultura podía servir: no con frecuencia, no en todas partes, no a todos, sino a veces, en alguna rara ocasión, preciosa como una piedra preciosa, servía sin embargo, y uno se sentía como levantado del suelo; con el peligro de caer otra vez, haciéndose tanto más daño cuanto más alta y más larga había sido la exaltación.

Améry cuenta, por ejemplo, la historia de un amigo suyo que estudiaba a Maimónides en Dachau: pero el amigo era enfermero en el ambulatorio, y en Dachau, que era sin embargo un *Lager* durísimo, había nada menos que una biblioteca, mientras en Auschwitz el sólo hecho de poder darle un vistazo a un periódico era un acontecimiento inaudito y peligroso. Cuenta también haber intentado una tarde, en la marcha de vuelta del trabajo, en medio del barro polaco, encontrar en determinados versos de Holderlin el mensaje poético que en otros tiempos lo había conmovido, y no haberlo conseguido: los versos estaban allí, le sonaban en el oído, pero ya no le decían nada; mientras en otro momento (generalmente, en la enfermería, después de haberse comido un potaje extra, es decir, en una tregua del hambre) se había entusiasmado hasta la ebriedad al evocar la figura de Joachim Ziemssen, el oficial enfermo de muerte, pero esclavo del deber, de *La montaña mágica* de Thomas Mann.

A mí, la cultura me ha sido útil; no siempre, a veces quizá por caminos subterráneos e imprevistos, pero me ha servido y tal vez me ha salvado. Releo después de cuarenta años en *Si esto es un hombre* el capítulo «El canto de Ulises»; es uno de los pocos episodios cuya autenticidad he podido comprobar (es una operación tranquilizadora: con el paso del tiempo, como he dicho en el primer capítulo, se puede dudar de la propia memoria), porque mi interlocutor de entonces, Jean Samuel, se cuenta entre los poquísimos personajes del libro que han sobrevivido.

Nos hemos hecho amigos, nos hemos encontrado varias veces, y sus recuerdos coinciden con los míos: recuerda aquella conversación pero, por así decirlo, sin acentos, con los acentos cambiados. A él, entonces, no le interesaba Dante; le interesaba yo en mi intento ingenuo y presuntuoso de transmitirle Dante, mi lengua y mis confusas reminiscencias eruditas, en media hora de tiempo y con el pico de la argamasa en los hombros. Pues bien, donde he escrito «daría el potaje de hoy por poder rematar "no tenía ninguna" con el final», no mentía ni exageraba. Habría dado verdaderamente el pan y el potaje, es decir, la sangre, por salvar de la nada aquellos recuerdos que hoy, con el soporte seguro del papel impreso, puedo refrescar cuando quiera, y gratis, y que por eso parecen valer poco.

Entonces y allí, valían mucho. Me permitían volver a atar un nudo con el pasado, salvándolo del olvido y reforzando mi identidad. Me convencían de que mi mente, aunque acosada por las necesidades cotidianas, no había dejado de funcionar. Me valoraban, a mis ojos y a los de mi interlocutor. Me proporcionaban una tregua efímera pero no necia, también liberadora y diferencial: un modo, en fin, de encontrarme a mí mismo. Quien ha leído o visto *Fahrenheit 451* (Milán: Mondadori, 1966) de Ray Bradbury ha podido hacerse una idea de lo que significaría verse obligado a vivir en un mundo sin libros, y qué valor asumiría en él el recuerdo de los libros. Para mí, el *Lager* ha sido también eso; antes y después de «Ulises», recuerdo haber obsesionado a mis compañeros italianos para que me ayudasen a recuperar este o aquel fragmento de mi mundo de antaño, sin conseguir mucho, incluso leyendo en sus ojos hastío y recelo: ¿qué está buscando éste con Leopardi y el Número de Avogadro? ¿No se estará volviendo loco de hambre?

No debo olvidar la ayuda que me ha proporcionado mi oficio de químico. En el terreno práctico, me ha salvado probablemente de, por lo menos, algunas selecciones para la cámara de gas: de cuanto he leído después sobre el asunto (en especial, en *The Crime and Punishment of IG-Farben*, de J. Borkin, Londres, MacMillan, 1978) he aprendido que el *Lager* de Monowitz, aunque dependiese de Auschwitz, era propiedad de la IG-Farbenindustrie. Era, en resumen, un *Lager* privado; y los industriales alemanes, un poco menos miopes que los jefes nazis, se daban cuenta de que los especialistas, de los que yo formaba parte tras haber aprobado el examen de química al que había sido sometido, no eran fácilmente sustituibles. Pero no pretendo aludir a esa clase de privilegio, ni a las obvias ventajas de trabajar a cubierto, sin cansancio físico y sin *Kapos* sueltos de

manos: aludo a otra ventaja. Creo poder objetar «por experiencia personal» la afirmación de Améry, que excluye a los científicos, y con más razón a los técnicos, del grupo de los intelectuales: a éstos, según él, habría que reclutarlos exclusivamente en el campo de las letras y de la filosofía. Leonardo da Vinci, que se definía «hombre sin letras», ¿no era un intelectual?

Juntamente con el bagaje de nociones prácticas había obtenido de los estudios, y me había llevado al *Lager*, un mal definido patrimonio de hábitos mentales que se derivan de la química y de su entorno, pero que encuentran aplicaciones más vastas. Si yo actúo de cierta manera, ¿cómo reaccionará la sustancia que tengo entre manos, o mi interlocutor humano? ¿Por qué ésta, o él, o ella manifiesta, interrumpe o cambia un determinado comportamiento? ¿Puedo anticipar lo que acontecerá en mi entorno dentro de un minuto, o mañana, o dentro de un mes? En caso afirmativo, ¿cuáles son los signos que cuentan, cuáles los despreciables? ¿Puedo prever el golpe, saber de dónde vendrá, pararlo, huir de él?

Pero sobre todo, y especialmente, he adquirido con mi oficio una costumbre que puede ser juzgada de diferentes maneras y definida a gusto como humana o inhumana: no ser nunca diferente a los personajes que la ocasión me pone delante. Son seres humanos, pero también «muestras», ejemplares en sobres cerrados, que hay que reconocer, analizar y pesar. Ahora bien, el muestrario que Auschwitz había desplegado ante mí era abundante, vario y extraño; compuesto de amigos, de neutrales y de enemigos, cebo, en cualquier caso, de mi curiosidad, que algunos, entonces y después, han juzgado destacada. Un cebo que ha contribuido en verdad a mantener viva una parte de mí, y que posteriormente me ha proporcionado materiales para pensar y para componer libros. Como ya he dicho, no sé si era allí un intelectual; quizá lo fuese a ráfagas, cuando la presión disminuía; si he llegado a serlo después, aquella experiencia me ha ayudado, sin duda. Lo sé, esta actitud «naturalista» no procede sólo ni necesariamente de la química, aunque en mi caso proceda de la química. Por otra parte —y que no parezca cínico afirmarlo—, para mí, como para Lidia Rolfi y para muchos otros sobrevivientes «afortunados», el *Lager* ha sido una universidad; nos ha enseñado a mirar a nuestro alrededor y a medir a los hombres.

Desde ese punto de vista, mi visión del mundo ha sido diferente de la de mi compañero y antagonista Améry, y complementaria de ella. En sus escritos se transparenta un

interés diferente: el del combatiente político por la enfermedad que apestaba a Europa y amenazaba (y todavía amenaza) al mundo; el del filósofo por el Espíritu, que en Auschwitz estaba vacante; el del docto menoscabado al que las fuerzas de la historia le han privado de patria y de identidad. En efecto, su mirada está dirigida hacia lo alto, y se detiene raramente en el vulgo del *Lager* y en el personaje típico, el «musulmán», el hombre agotado cuyo intelecto está moribundo o muerto.

La cultura podía, pues, servir, aunque sólo fuese en algún caso marginal, y durante breves períodos. Podía embellecer algún momento, establecer una unión fugaz con un compañero, mantener viva y sana la mente. Es verdad que no era útil para orientarse ni para entender: sobre esto, mi experiencia de extranjero coincide con la del alemán Améry. La razón, el arte, la poesía no ayudan a descubrir el lugar del que han sido proscritas. En la vida cotidiana de «allá», hecha de tedio salpicado de horror, era saludable olvidarlas, de la misma manera que era saludable aprender a olvidar la casa y la familia; no estoy hablando de un olvido definitivo, del que, por lo demás, nadie es capaz, sino de una relegación a ese desván de la memoria donde se acumula el material que estorba y que ya no sirve para la vida de todos los días.

A esa operación eran más proclives los incultos que los cultos. Se adaptaban antes a ese «no tratar de comprender» que era el primer dicho sabio que había que aprender en el *Lager*. Tratar de entender allí, sobre el terreno, era un esfuerzo inútil, incluso para los muchos prisioneros que llegaban de otros *Lager* o que, como Améry, conocían la historia, la lógica y la moral, y además habían experimentado la prisión y la tortura: un desperdicio de energías que habría sido más útil emplear en la lucha cotidiana contra el hambre y el cansancio. La lógica y la moral impedían aceptar una realidad ilógica e inmoral: de ello resultaba un rechazo de la realidad que, por lo general, llevaba rápidamente al hombre culto a la desesperación; sin embargo, las variedades del animal-hombre son innumerables, y yo he visto y descrito hombres de cultura refinada, especialmente jóvenes, deshacerse de ella, empequeñecerse, barbarizarse y sobrevivir.

El hombre sencillo, acostumbrado a no hacerse preguntas, estaba a salvo del inútil tormento de preguntarse por qué; además, solía poseer un oficio o una habilidad manual que facilitaban su integración. Sería difícil ofrecer un elenco completo de unos y otros, incluso porque variaba de *Lager* a *Lager* y de momento en momento. A título de curiosidad: en Auschwitz, en

diciembre de 1944, con los rusos a las puertas del campo, los bombardeos diarios y el hielo que reventaba las cañerías, fue instituido un *Buchhalter-Kommando*, una Escuadra Contable; fue llamado a formar parte de ella aquel Steinlauf del que he hablado en el tercer capítulo de *Si esto es un hombre*, lo que no bastó para salvarlo de la muerte. Éste era, por supuesto, un caso límite que hay que situar en la locura general del crepúsculo del Tercer Reich; pero era normal, y comprensible, que encontrasen un buen puesto los sastres, los zapateros, los mecánicos, los albañiles: eran pocos; en el mismo Monowitz fue abierta (por cierto, no con fines humanitarios) una escuela de albañilería para los prisioneros menores de dieciocho años.

También el filósofo, dice Améry, podía llegar a la aceptación, pero por un camino más largo. Podía ocurrir que rompiese la barrera del sentido común, que le prohibía tener por buena una realidad demasiado cruel; hasta podía admitir, viviendo en un mundo monstruoso, que los monstruos existen y que junto a la lógica de Descartes existía la de las SS:

¿Y si los que se proponían aniquilarlo a uno hubiesen tenido razón, en vista del hecho innegable de que ellos eran los más fuertes? De este modo, la fundamental tolerancia espiritual y la duda metódica del intelectual se convertían en factores de autodestrucción. Sí, las SS bien podían hacer lo que hacían: el derecho natural no existe, y las categorías morales nacen y mueren como las modas. Había una Alemania que enviaba a morir a los judíos y a los adversarios políticos porque creía que sólo de esa manera habría podido realizarse. ¿Y qué? También la civilización griega estuvo fundada en la esclavitud, y un ejército ateniense se había acuartelado en Melos como las SS en Ucrania. Habían sido muertas víctimas humanas en un número inaudito, hasta donde la luz de la historia puede iluminar al pasado, y en cualquier caso la perennidad del progreso humano no era más que una ingenuidad concebida en el siglo XIX.

Links, zwei, drei, vier, la orden de los *Kapos* para marcar el paso, era un ritual como tantos otros. Frente al horror, no hay mucho que oponer: la Via Appia había sido flanqueada por dos filas de esclavos crucificados, y en Birkenau se propagaba el hedor de los cuerpos humanos quemados. En el *Lager*, el intelectual no estaba ya de parte de Craso, sino de la de Espartaco: eso es todo.

Este ajuste de cuentas ante el horror intrínseco del pasado podía llevar al hombre docto a la abdicación intelectual, proporcionándole al mismo tiempo las armas defensivas de su compañero inculto: «Así ha sido siempre, así será siempre».

Quizá mi ignorancia de la historia me ha librado de esa metamorfosis; y tampoco, por otra parte y por suerte, estuve expuesto a otro peligro al que justamente se refiere Améry. Por su misma naturaleza, el intelectual (alemán, me permitiré añadir a su enunciado) tiende a convertirse en cómplice del Poder, y en consecuencia a aprobarlo. Tiende a seguir las huellas de Hegel y a deificar al Estado, a cualquier Estado: el solo hecho de existir justifica su existencia. Las crónicas de la Alemania hitleriana abundan en casos que confirman esta tendencia: nos han abrumado, confirmándola, Heidegger el filósofo, maestro de Sartre; Stark el físico, Premio Nobel; Faulhaber el cardenal, suprema autoridad católica de Alemania, e innumerables otros.

Junto con esta latente propensión del intelectual agnóstico, Améry observa lo que todos nosotros, los ex prisioneros, hemos observado: los no agnósticos, los creyentes de cualquier credo, han resistido mejor la seducción del poder, con tal de que no fuesen creyentes del verbo nacionalsocialista (la advertencia no es superflua: en los *Lager*, y marcados con el triángulo rojo de los presos políticos, había también algunos nazis convencidos que habían caído en desgracia por disidencia ideológica o por razones personales; eran desagradables a todos); en definitiva, también han soportado mejor la prueba del *Lager*, y han sobrevivido en número proporcionalmente más alto.

Al igual que Améry, también yo he entrado en el *Lager* como no creyente, y como no creyente he sido liberado y he vivido hasta hoy; la experiencia del *Lager*, su iniquidad espantosa, más bien me ha confirmado en mi laicismo. Me ha impedido, y todavía me impide, concebir cualquier clase de providencia o de justicia trascendente: ¿por qué los moribundos en un vagón de ganado?, ¿por qué los niños en la cámara de gas? Debo admitir, sin embargo, haber sentido (y de nuevo una sola vez) la tentación de ceder, de buscar refugio en la oración. Sucedió en octubre de 1944, en el único momento en que me he dado cuenta lúcidamente de la inminencia de la muerte, cuando, desnudo y apretujado entre compañeros desnudos, con mi ficha personal en la mano, esperaba desfilar ante la «comisión» que debía decidir, con una ojeada, si iría enseguida a la cámara de gas o si, por el contrario, estaba lo suficientemente fuerte para seguir trabajando. Durante un instante, he sentido la necesidad de pedir ayuda y refugio. Después, a pesar de la angustia, se ha impuesto la ecuanimidad: no se cambian las reglas del juego al final de la partida ni cuando estás perdiendo. Una oración en aquellas circunstancias habría sido no sólo absurda (¿qué derechos podía reclamar?, ¿a quién?), sino también blasfemia,

obscenidad, llena de la mayor impiedad de la que es capaz un no creyente. Dejé de lado aquella tentación: sabía que así, si sobrevivía, no tendría que avergonzarme.

No sólo en los momentos cruciales de las selecciones o de los bombardeos aéreos, sino también en el suplicio de la vida diaria, los creyentes vivían mejor: ambos, Améry y yo, lo hemos observado. No tenía ninguna importancia cuál fuese su credo religioso o político. Sacerdotes católicos o protestantes, rabinos de las distintas ortodoxias, sionistas militantes, marxistas ingenuos o maduros, testigos de Jehová, estaban unidos por la fuerza salvadora de su fe. Su universo era más vasto que el nuestro, más dilatado en el espacio y en el tiempo, sobre todo más comprensible: tenían una clave y un punto de apoyo, un mañana milenario por el que podía tener sentido sacrificarse, un lugar en el cielo o en la Tierra en el que la justicia o la misericordia habían vencido, o vencerían en un porvenir quizá lejano pero cierto: Moscú, la Jerusalén celeste o la terrenal. Su hambre era distinta de la nuestra; era un castigo divino, o una expiación, una ofrenda voluntaria o el fruto de la podredumbre capitalista. El dolor, en ellos o en torno de ellos, era descifrable, y por eso no bordeaba la desesperación. Nos miraban con conmiseración, a veces con desprecio; algunos de ellos, en los intervalos del trabajo, trataban de evangelizarnos. ¿Pero cómo puedes tú, laico, fabricarte o aceptar en el momento una fe «oportuna» sólo porque es oportuna?

En los días fulgurantes y densos que siguieron inmediatamente a la liberación, en un miserable escenario de moribundos, de muertos, de viento infecto y de nieve corrompida, los rusos me mandaron al barbero para que me afeitase por primera vez en mi nueva vida de hombre libre. El barbero era un ex político, un obrero francés de la *ceinture*; nos sentimos de repente hermanos y yo hice un comentario trivial sobre nuestra tan improbable salvación: éramos condenados a muerte liberados en la plataforma de la guillotina, ¿verdad? Él me miró boquiabierto, y luego exclamó escandalizado: «¡Pero Joseph estaba allí!». ¿Joseph? Necesité unos momentos para entender que aludía a Stalin. Él no, no había desesperado nunca: Stalin era su fortaleza, la Roca cantada en los Salmos.

La división entre cultos e incultos no coincidía completamente con la de creyentes y no creyentes, más bien la cortaba en ángulo recto y formaba cuatro cuadrantes bastante bien definidos: los cultos creyentes, los cultos laicos, los incultos creyentes y los incultos laicos. Cuatro islillas irregulares y coloreadas que se recortaban en el mar gris, inmenso, de

semivivos que tal vez habían sido cultos o creyentes pero que ahora ya no se hacían preguntas y a los que habría sido inútil y cruel hacérselas.

El intelectual, observa Améry (y yo precisaré: el intelectual *joven*, como éramos él y yo cuando la captura y el cautiverio), ha sacado de sus lecturas una imagen de la muerte inodora, decorativa y literaria. Traduzco aquí «al italiano» sus observaciones de filólogo alemán, obligado a citar el «¡Más Luz!» de Goethe, *Muerte en Venecia* y *Tristán*. Entre nosotros, en Italia, la muerte es el segundo miembro del binomio «amor y muerte»; la gentil transfiguración de Laura, Ermengarda y Clorinda; es el sacrificio del soldado en la batalla («Quien por la patria muere, asaz ha vivido»); es «Una bella muerte, a toda vida honra». Este ilimitado archivo de fórmulas defensivas y apoteósicas, en Auschwitz (o también hoy en cualquier hospital) tenía una vida breve: la *Muerte en Auschwitz* era trivial, burocrática y cotidiana. No era objeto de comentarios, no era «confortada con llanto». Ante la muerte, la costumbre de la muerte, el límite entre cultura e incultura desaparecía. Améry asegura que no se pensaba en que se moriría, cosa descontada, sino más bien *cómo*: Se discutía acerca del tiempo necesario para que el veneno de las cámaras de gas produjera su efecto. Se especulaba acerca de lo doloroso de la muerte por inyección de fenol. ¿Era preferible un golpe en la cabeza o la muerte por consunción en la enfermería?

Sobre este punto, mi experiencia y mis recuerdos son muy diferentes de los de Améry. Quizá porque yo era más joven, quizá porque era más ignorante que él, o menos conocido, o menos consciente, casi nunca tuve tiempo que dedicar a la muerte; tenía otras cosas en las que pensar, encontrar un poco de pan, descansar del trabajo demoledor, remendarme los zapatos, robar una escoba, interpretar los gestos y las caras que me rodeaban. Los objetivos de la vida son la mejor defensa contra la muerte: no sólo en el *Lager*.

7

Estereotipos

Quienes han experimentado el encarcelamiento (y, mucho más en general, todos los individuos que han pasado por experiencias crueles) se dividen en dos categorías bien diferenciadas, con raros matices intermedios: los que se callan y los que hablan. Ambos tienen razones válidas: callan los que sufren más profundamente ese malestar que, para simplificar, he llamado «vergüenza», los que no se sienten en paz con ellos mismos, o cuyas heridas sangran todavía. Hablan, y con frecuencia hablan mucho, los otros, obedeciendo a diferentes estímulos. Hablan porque, con distintos niveles de conciencia, reconocen en su prisión, aunque ya lejana, el centro de su vida, el acontecimiento que para bien y para mal ha marcado su existencia entera. Hablan porque saben que han sido testigos de un acontecer de dimensiones planetarias y seculares. Hablan porque (reza un dicho yiddish) «es bello contar las desdichas pasadas». Francesca le dice a Dante que no hay «mayor dolor que recordar el tiempo de la dicha / en desgracia», pero también es verdad lo contrario, como sabe todo liberado: es bello sentarse cómodamente, ante la comida y el vino, y recordar para uno y para los demás las fatigas, el frío y el hambre: así de deprisa cede a la urgencia de contar, ante la mesa puesta, Ulises en la corte del rey de los foecios [7].

Hablan, y ojalá exagerasen, como «soldados jactanciosos», describiendo miedo y valor, astucia, ofensas, derrotas y alguna

victoria: al hacer esto, se diferencian de los «otros», afirman su identidad con la pertenencia a una corporación, y sienten aumentado su prestigio.

Pero hablan, mejor dicho, hablamos (puedo usar la primera persona del plural: yo no pertenezco a los taciturnos) porque se nos invita a hacerlo. Norberto Bobbio ha escrito hace años que los campos de exterminio nazis han sido «no *uno* de los acontecimientos, sino el acontecimiento monstruoso, tal vez irrepetible, de la historia humana». Los demás, los oyentes, amigos, hijos, lectores, o incluso extraños, lo intuyen, más allá de la indignación y de la conmiseración; entienden la singularidad de nuestra experiencia, o por lo menos se esfuerzan por entenderla. Por ello nos invitan a contar y hacen preguntas, poniéndonos a veces en apuros: no siempre es fácil responder a determinados porqués, no somos historiadores ni filósofos, sino testigos y, por lo demás, nadie ha dicho que la historia de las cosas humanas obedezca a esquemas lógicos rigurosos. Nadie ha dicho que cada cosa sea consecuencia de un solo porqué: las simplificaciones sólo son buenas para los libros de texto, y los motivos pueden ser muchos, contradictorios entre sí, o incognoscibles, si no realmente inexistentes. Ningún historiador o epistemólogo ha demostrado todavía que la historia humana sea un proceso predeterminado.

Entre las preguntas que se nos hacen hay una que nunca falta; mejor dicho, conforme pasan los años, se nos hace cada vez con mayor insistencia, y con un cada vez menos disimulado tono de acusación. Más que una sola pregunta, es una familia de preguntas. ¿Por qué no habéis huido? ¿Por qué no os habéis rebelado? ¿Por qué no os habéis librado del cautiverio «antes»? Precisamente por su inevitabilidad, y por su repetición con el transcurso del tiempo, son preguntas, dignas de atención.

El primer comentario a estas preguntas, y su primera interpretación, son optimistas. Hay países en los que nunca se ha conocido la libertad, porque el deseo de ella que siente el hombre aparece después de otras necesidades mucho más apremiantes: luchar contra el frío, el hambre, las enfermedades, los parásitos, las agresiones animales y humanas. Pero en los países donde las necesidades elementales están satisfechas, se siente la libertad como un bien al que en ningún caso se debe renunciar: no se le puede quitar importancia, es un derecho natural y obvio, y además gratuito, como la salud y el aire que se respira. Los tiempos y los lugares en que es negado este derecho congénito son sentidos como lejanos, extraños. Por eso, para ellos, la idea de la prisión enlaza con la idea de la fuga o de

la rebelión. La condición del prisionero es sentida como ilícita, anormal: como una enfermedad que se debe curar mediante la evasión o la rebelión. Por lo demás, el concepto de la evasión como obligación moral está muy arraigado: según los códigos militares de muchos países, el prisionero de guerra está obligado a liberarse de cualquier modo, para volver a ocupar su puesto de combate, y según la Convención de La Haya, la tentativa de fuga no debe ser castigada. En la conciencia pública, la evasión lava y extingue la vergüenza del cautiverio.

Sea dicho de paso: en la Unión Soviética de Stalin, la praxis, si no la ley, era diferente y mucho más drástica; para el prisionero de guerra soviético repatriado no había cura ni redención, era considerado irremediablemente culpable, aunque hubiese conseguido evadirse y unirse al ejército combatiente. Debía haber muerto antes que rendirse, y además, habiendo estado (aunque fuese por pocas horas) en manos del enemigo, era automáticamente sospechoso de complicidad con él. Tras su incauto retorno a la patria, fueron deportados a Siberia, o matados, incluso muchos militares que habían sido capturados en el frente por los alemanes, que habían sido arrastrados a los territorios ocupados, y que se habían evadido y se habían unido a las guerrillas que operaban contra los alemanes en Italia, en Francia o en las mismas retaguardias rusas. También en el Japón en guerra, el soldado que se rendía era considerado con extremo desprecio: de ahí el durísimo trato al que fueron sometidos los militares aliados que cayeron prisioneros de los japoneses. No eran sólo enemigos, eran también enemigos viles, degradados por haberse rendido.

Incluso el concepto de la evasión como deber moral y como consecuencia obligada del cautiverio es constantemente remachado por la literatura romántica (¡el conde de Montecristo!) y popular (recuérdese el extraordinario éxito de las memorias de *Papillon* [Milán, Mondadori, 1974]). En el mundo del cine, el héroe injustamente (o quizá justamente) encarcelado es siempre un personaje simpático, intenta siempre la fuga, incluso en las circunstancias menos verosímiles, y la tentativa es invariablemente coronada por el éxito. Entre las mil películas cubiertas por el polvo del olvido, se siguen recordando *Yo soy un evadido* y *Huracán*. El prisionero típico es visto como un hombre íntegro, en plena posesión de sus fuerzas físicas y morales que, con la energía que nace de la desesperación y con el ingenio aguzado por la necesidad, se arroja contra las barreras, las salta o las rompe.

Ahora bien, esta imagen esquemática de la evasión se

parece muy poco a la situación de los campos de concentración. Entendiendo este término en su más amplio sentido (es decir, incluyendo, además de los campos de exterminio de nombre universalmente conocido, los muchísimos campos de prisioneros e internados militares), había en Alemania varios millones de extranjeros en condiciones de esclavitud, agotados, despreciados, subalimentados, mal vestidos y mal curados, privados de contacto con la madre patria. No eran «prisioneros típicos», no estaban íntegros, estaban, por el contrario, desmoralizados y debilitados. Se exceptúa a los prisioneros de guerra aliados (los norteamericanos y los pertenecientes a la Commonwealth británica), que recibían víveres y ropa a través de la Cruz Roja Internacional, poseían un buen entrenamiento militar, fuertes motivaciones y un firme espíritu de cuerpo, y habían conservado una jerarquía interna bastante sólida, exenta de la «zona gris» de la que he hablado en otro lugar; salvo pocas excepciones, podían fiarse el uno del otro, y sabían además que, si hubiesen sido capturados de nuevo, habrían sido tratados según las convenciones internacionales. Entre ellos, en efecto, se intentaron muchas evasiones, algunas de ellas con éxito.

Para los demás, para los parias del mundo nazi (entre los que se encontraban los gitanos y los prisioneros soviéticos, militares y civiles, que racialmente eran considerados escasamente superiores a los judíos), las cosas eran diferentes. Para ellos, la evasión era difícil y extremadamente peligrosa: estaban debilitados, además de desmoralizados, por el hambre y por los malos tratos; eran y se sentían considerados de menos valor que las bestias de carga. Tenían la cabeza afeitada, ropa sucia inmediatamente reconocible, zuecos que impedían un paso rápido y silencioso. Si eran extranjeros, no conocían los posibles refugios de los alrededores; si eran alemanes, sabían que eran atentamente vigilados y que estaban fichados por la acechante policía secreta, y sabían también que poquísimos compatriotas suyos habrían arriesgado la libertad o la vida por atenderlos.

El caso particular (pero numéricamente imponente) de los judíos era el más trágico. Incluso admitiendo que hubieran conseguido trasponer la cerca de alambre de púas y la verja electrificada, huir de las patrullas, de la vigilancia de los centinelas armados de ametralladoras de las torres de guardia, de los perros adiestrados en la caza del hombre, ¿hacia dónde habrían podido dirigirse?, ¿a quién pedir hospitalidad? Estaban fuera del mundo, hombres y mujeres de aire. Ya no tenían una patria (habían sido privados de su ciudadanía de origen), ni una casa, expropiada a beneficio de los ciudadanos de pleno derecho.

Salvo excepciones, ya no tenían familia, o si todavía vivía algún pariente suyo, no sabían dónde encontrarlo, o adónde escribirle sin poner a la policía en su pista. La propaganda antisemita de Goebbels y de Streicher había dado sus frutos: la mayor parte de los alemanes, y en especial los jóvenes, odiaban a los judíos, los despreciaban y los consideraban enemigos del pueblo; los demás, con poquísimas excepciones heroicas, se abstenían de toda ayuda por miedo a la Gestapo. Quien acogía o simplemente ayudaba a un judío se exponía a castigos terroríficos. A propósito de esto es justo recordar que unos millares de judíos han sobrevivido durante todo el período hitleriano, escondidos en Alemania y en Polonia, en conventos, en sótanos, en desvanes, por obra de ciudadanos valerosos, misericordiosos y sobre todo lo bastante inteligentes para observar durante varios años la más estricta discreción.

Además, en todos los *Lager* la fuga incluso de un solo prisionero era considerada una falta gravísima de todo el personal de vigilancia, desde los prisioneros funcionarios hasta el comandante del campo, que se exponía a ser destituido. Según la lógica nazi, era un acontecimiento intolerable: la fuga de un esclavo, en especial si pertenecía a las «razas de menos valor biológico», se consideraba llena de valor simbólico, habría representado una victoria del que era un derrotado por definición, una laceración del mito; y también, más realistamente, un peligro objetivo, porque todo prisionero había visto cosas que el mundo no debía saber. En consecuencia, cuando un prisionero faltaba a la llamada (cosa no muy rara: con frecuencia se trataba de un simple error de conteo, o de un prisionero desvanecido de agotamiento) se desencadenaba el apocalipsis. Todo el campo era puesto en estado de alarma; además de las SS encargadas de la vigilancia, intervenían las patrullas de la Gestapo; *Lager*, tajos, casas de campo, habitaciones de los alrededores eran registrados. A discreción del comandante del campo, se tomaban providencias de emergencia. Los compatriotas, los amigos notorios o los vecinos de litera del evadido eran interrogados bajo tortura y muertos después: en realidad, una evasión era una empresa difícil, y era inverosímil que el fugitivo no hubiese tenido cómplices o que nadie se hubiese dado cuenta de los preparativos. Sus compañeros de barracón, o a veces todos los prisioneros del campo, eran obligados a estar de pie, en la plaza de la lista, durante un tiempo indeterminado, a veces días enteros, bajo la nieve, la lluvia o el sol, mientras el evadido no fuese encontrado, vivo o muerto. Si había sido encontrado y capturado vivo, era castigado invariablemente ahorcándolo en público después de un

ceremonial diferente cada vez, pero siempre de inaudita ferocidad en la que se desencadenaba la imaginativa crueldad de las SS.

Para ilustrar cuán desesperada empresa era una fuga, pero no únicamente con este fin, recordaré la tentativa de Mala Zimetbaum, pues me gustaría que quedase memoria de ella. La evasión de Mala del *Lager* femenino de Auschwitz-Birkenau ha sido narrada por varias personas, pero los detalles concuerdan. Mala era una joven judía polaca que había sido detenida en Bélgica y que hablaba con fluidez muchas lenguas por lo cual, en Birkenau, trabajaba como intérprete y mensajera, y como tal gozaba de cierta libertad de movimiento. Era generosa y valiente, había ayudado a muchas compañeras y todas la querían. En el verano de 1944, decidió evadirse con Edek, un prisionero político polaco. No querían sólo recobrar la libertad: querían informar al mundo entero de las matanzas cotidianas de Birkenau. Consiguieron corromper a un SS y procurarse dos uniformes. Salieron disfrazados y llegaron hasta la frontera eslovaca; aquí fueron detenidos por los aduaneros, quienes sospecharon que se encontraban ante dos desertores y los entregaron a la policía. Fueron reconocidos inmediatamente y devueltos a Birkenau. Edek fue ahorcado inmediatamente, pero no quiso esperar a que, según el encarnizado ceremonial del lugar, fuese leída la sentencia: metió la cabeza en el lazo corredizo y se dejó caer desde el taburete.

También Mala había decidido morir su propia muerte. Mientras esperaba en una celda a ser interrogada, una compañera pudo acercársele y le preguntó «¿Qué tal estás, Mala?». Respondió: «Yo estoy siempre bien». Había logrado hacerse con una hoja de afeitar. Al pie de la horca, se cortó la arteria de una muñeca. El SS que hacía de verdugo trató de quitarle la cuchilla, y Mala, ante todas las mujeres del campo, le golpeó la cara con la mano ensangrentada. Inmediatamente acudieron otros militares, enfurecidos: ¡una prisionera, una judía, una mujer, se había atrevido a desafiarlos! La pisotearon mortalmente; murió, por suerte, en el carro que la llevaba al crematorio.

Ésta no era «violencia inútil». Era útil: servía bastante bien para cortar de raíz toda veleidad de fuga; era normal que el prisionero nuevo pensase en la fuga, desconocedor de estas técnicas refinadas y probadas; era rarísimo que este pensamiento cruzase las mentes de los viejos; de hecho, era frecuente que los preparativos de una evasión fuesen denunciados por los componentes de la «zona gris», o también

por terceros, temerosos de las represalias citadas.

Recuerdo con una sonrisa la aventura que me sucedió hace unos años en un quinto curso elemental al que había sido invitado a comentar mis libros y a contestar a las preguntas de los alumnos. Un muchachito de aire despierto, aparentemente el cabecilla de la clase, me hizo la siguiente pregunta de ritual: «¿Pero por qué no se escapó usted?». Yo le expliqué brevemente lo que acabo de escribir; él, poco convencido, me pidió que dibujase en la pizarra un croquis del campo, indicando la situación de las torretas de guardia, de las puertas, de las alambradas y de la central eléctrica. Lo hice lo mejor que pude, bajo treinta pares de ojos atentos. Mi interlocutor estudió el dibujo durante unos instantes, me pidió unas precisiones ulteriores y me expuso luego el plan que había imaginado: aquí, por la noche, degollar al centinela; después, ponerse su uniforme; inmediatamente después, ir corriendo a la central y cortar la corriente eléctrica, con lo que se habrían apagado las luces y desactivado las alambradas de alta tensión; después, podría haberme ido tranquilo. Añadió muy serio: «Si le sucede otra vez, haga lo que le he dicho: verá cómo le sale bien».

Salvadas las distancias, me parece que este episodio ilustra bastante bien el trecho que hay, y que se va haciendo mayor con el transcurso de los años, entre las cosas tal y como eran «allí» y las cosas tal y como se las representa la imaginación corriente, alimentada por los libros, las películas y los mitos correspondientes. Ésta, fatalmente, se desliza hacia la simplificación y el estereotipo; querría oponer aquí un dique a esa tendencia. Al mismo tiempo, me gustaría, no obstante, recordar que no se trata de un fenómeno reducido a la percepción del pasado próximo ni de las tragedias históricas: es mucho más general, es parte de nuestra dificultad de percibir las experiencias ajenas, que resulta tanto más pronunciada cuanto más lejanas de las nuestras son en el tiempo, en el espacio y en calidad. Tendemos a asimilarlas a las más cercanas, como si el hambre de Auschwitz fuese la de quien se ha saltado una comida, o como si la fuga de Treblinka fuese asimilable a la de Regina Coeli. Es tarea del historiador salvar esta distancia, que es tanto mayor cuanto más tiempo ha transcurrido desde los acontecimientos estudiados.

Con la misma frecuencia, y aun con más duro acento acusatorio, se nos pregunta: «¿Por qué no os rebelasteis?». Esta pregunta es cuantitativamente diferente de la anterior, pero de naturaleza semejante, y procede también de un estereotipo. Es oportuno dividir la respuesta en dos partes.

En primer lugar, no es verdad que en ningún *Lager* haya habido rebeliones. Han sido descritas muchas veces, con abundancia de detalles, las rebeliones de Treblinka, de Sobibór, de Birkenau; otras se produjeron en campos menores. Fueron empresas extremadamente audaces, dignas del más profundo respeto, pero ninguna de ellas terminó en victoria, si por victoria se entiende la liberación del campo. Habría sido insensato apuntar a semejante objetivo: la superioridad de las tropas de guardia era tal que habría conducido al fracaso en pocos minutos, puesto que los insurgentes estaban prácticamente desarmados. Su finalidad efectiva era la de estropear o destruir las instalaciones mortíferas, y propiciar la fuga del pequeño núcleo de los insurgentes, lo que a veces (por ejemplo en Treblinka, aunque sólo en parte) sucedió. En una fuga en masa no se pensó nunca: habría sido una empresa loca. ¿Qué sentido, qué utilidad habría tenido abrir las puertas a millares de individuos capaces apenas de arrastrarse, y a otros que no habrían sabido dónde, en país enemigo, ir a buscarse un refugio?

Pero, en cualquier caso, hubo insurrecciones; fueron preparadas con inteligencia e increíble valor por minorías decididas y todavía indemnes físicamente. Costaron un precio espantoso en términos de vidas humanas y de sufrimientos colectivos infligidos a título de represalia, pero sirvieron y sirven para demostrar que es falso afirmar que los prisioneros de los *Lager* alemanes no intentaron nunca rebelarse. En la intención de los insurgentes, debían conducir hacia un resultado más concreto: poner en conocimiento del mundo libre el terrible secreto de la matanza. En efecto, los pocos que tuvieron éxito, y que después de otras extenuantes peripecias pudieron tener acceso a los órganos de información, hablaron: pero, como he dicho en la introducción, nunca fueron escuchados ni creídos. Las verdades incómodas tienen que recorrer un difícil camino.

En segundo lugar, al igual que la ecuación prisión-fuga, la ecuación opresión-rebelión es un estereotipo. No quiero decir que no sea válida nunca: digo que no siempre es válido. La historia de las rebeliones, es decir, las revueltas desde abajo, de los «muchos oprimidos» contras los «pocos poderosos», es tan vieja como la historia de la humanidad y tan variada y trágica como ella. Ha habido unas pocas rebeliones victoriosas, muchas han sido derrotadas, otras innumerables, han sido sofocadas apenas empezadas, tan precozmente que no han dejado huellas en las crónicas. Las variables en juego son muchas: la fuerza numérica, militar e ideológica de los rebeldes y, correlativamente, de la autoridad desafiada, las relativas

cohesiones o divisiones internas, las ayudas exteriores a los unos y a la otra, la habilidad, el carisma o el espíritu demoníaco de los jefes, la suerte. Sin embargo, en cualquier caso, se observa que a la cabeza del movimiento no figuran nunca los individuos más oprimidos: de ordinario, también, las revoluciones son guiadas por jefes audaces e inaprensivos que se lanzan al combate por generosidad (o quizá por ambición), incluso teniendo la posibilidad de vivir personalmente una vida segura y tranquila, y hasta puede que privilegiada. La imagen, tan frecuentemente representada en los monumentos, del esclavo que rompe sus pesadas ataduras, [es retórica: sus cadenas son rotas por compañeros cuyas ataduras] [8] son más ligeras y más flojas.

El hecho no puede asombrar. Un jefe debe ser eficiente: debe poseer fuerza moral y física, y la opresión, si traspasa cierto límite, deteriora a la una y a la otra. Para suscitar la cólera y la indignación, que son los motores de todas las verdaderas rebeliones (las de debajo, para entendernos: no por cierto los *putsch* ni las «revoluciones de palacio») es preciso que la opresión exista, pero que sea de magnitud modesta, ejercida con escasa eficiencia. La opresión en los *Lager* era de extremada magnitud, y era efectuada con la conocida, y en otros asuntos encomiable, eficiencia alemana. El prisionero típico, el que constituía el nervio del campo, se hallaba en los límites del agotamiento: hambriento, debilitado, cubierto de llagas (especialmente en los pies: era un hombre «impedido» en el sentido original de la palabra. ¡No era un detalle secundario!) y, en consecuencia, profundamente envilecido. Era un hombre-andrajo, y con los andrajos, como sabía bien Marx, no se hacen las revoluciones en el mundo real, sino sólo en el de la retórica literaria o cinematográfica. Todas las revoluciones, las que han cambiado el rumbo de la historia del mundo y las minúsculas de las cuales nos ocupamos aquí, han sido dirigidas por personajes que conocían bien la opresión, pero no en sus carnes. La rebelión de Birkenau a la cual me he referido fue desencadenada por el *Kommando* Especial que trabajaba en los crematorios: eran hombres desesperados y exasperados, pero bien alimentados, vestidos y calzados. La rebelión del *ghetto* de Varsovia fue una empresa digna de la más reverente admiración, fue la primera «resistencia» europea, y la única realizada sin la mínima esperanza de victoria o de salvación; pero fue obra de una élite política que, justamente, se había reservado ciertos privilegios fundamentales con objeto de conservar su fuerza.

Voy a la tercera variante de la pregunta: ¿por qué no os habéis escapado «antes»? ¿Antes que las fronteras se cerrasen?

¿Antes de que saltase la trampa? También debo recordar aquí que muchas personas amenazadas por el nazismo y por el fanatismo se fueron «antes». Eran exiliados propiamente políticos, o también intelectuales mal vistos por ambos regímenes: millares de nombres, muchos de ellos oscuros, algunos ilustres, como Togliatti, Nenni, Saragat, Salvemini, Fermi, Emilio Segré, la Meitner, Arnaldo Momigliano, Thomas y Heinrich Mann, Arnold y Stefan Zweig, Brecht, y tantos otros; no todos volvieron, y fue una hemorragia que desangró a Europa, quizá de manera irremediable. Su emigración (a Inglaterra, Estados Unidos, Sudamérica, la Unión Soviética, pero también a Bélgica, Holanda, Francia, donde la marea nazi los encontraría pocos años después: éramos, y somos todos, ciegos para el futuro) no fue una fuga ni una deserción, sino una natural reunión con aliados potenciales o reales en ciudades desde las que podían reanudar su lucha o su actividad creadora.

Sin embargo, es verdad que la mayor parte de las familias amenazadas (en primer lugar los judíos) se quedaron en Italia y en Alemania. Preguntarse y preguntar el porqué es una señal de la concepción estereotipada y anacrónica de la historia; más sencillamente, de una difusa ignorancia y falta de memoria que tiende a crecer con el distanciamiento de los hechos en el tiempo. La Europa de 1930-1940 no era la Europa de hoy. Emigrar es doloroso siempre; entonces era todavía más difícil y más costoso que hoy. Para hacerlo, se necesitaba no sólo mucho dinero, sino también una «cabeza de puente» en el país de destino: parientes o amigos dispuestos a ofrecer seguridades y en ocasiones hospitalidad. Muchos italianos, sobre todo campesinos, habían emigrado en los decenios anteriores, pero habían sido empujados por la miseria y por el hambre, y tenían una cabeza de puente o creían tenerla; con frecuencia habían sido invitados y bien acogidos porque, en los lugares de destino, la mano de obra escaseaba; con todo, para ellos y para sus familias, dejar la tierra había sido una decisión traumática.

«Patria»: no será inútil detenerse en la palabra. Se sitúa ostensiblemente fuera del lenguaje hablado; ningún italiano dirá nunca, si no es bromeando, «tomo el tren y vuelvo a mi patria». Es una acuñación reciente y no tiene un sentido unívoco; no tiene un equivalente exacto en otras lenguas diferentes del italiano; no aparece, que yo sepa, en ninguno de nuestros dialectos (y éste es un signo de su origen docto y de su abstracción intrínseca), ni en Italia ha tenido nunca el mismo significado. En realidad, según las épocas, ha indicado entidades geográficas de diferente extensión, desde el pueblo en que se ha

nacido y (etimológicamente) donde han vivido nuestros padres, hasta, después del Risorgimento, a toda la nación. En otros países equivale poco más o menos al hogar, o al sitio de nacimiento; en Francia (y a veces también entre nosotros) el término ha adquirido una connotación al mismo tiempo dramática, polémica y retórica: la *Patrie* es tal cuando es amenazada o desconocida.

Para quien se aleja, el concepto de patria se vuelve doloroso y al mismo tiempo tiende a palidecer; ya Pascoli, habiéndose alejado (aunque no mucho) de su Romaña, «dulce, país», suspiraba «yo, para mí la patria es donde se vive». Para Lucia Mondella, la patria se identificaba visiblemente con las «cimas desiguales» de sus montes que surgen de las aguas del lago de Como. Por el contrario, en países y en tiempos muy agitados, como Estados Unidos y la Unión Soviética, de patria no se habla sino en términos político-burocráticos: ¿cuál es el hogar, cuál «la tierra de los padres» de esos ciudadanos en eterno traslado? Muchos de ellos no lo saben ni les preocupa.

Pero la Europa de la década de los treinta era muy diferente. Ya industrializada, era todavía profundamente campesina, o establemente urbanizada. El «extranjero», para la enorme mayoría de la población, era un escenario lejano y difuso, sobre todo para la clase media, menos espoleada por la necesidad. Frente a la amenaza hitleriana, la mayor parte de los judíos nativos en Italia, en Francia, en Polonia, en la misma Alemania, prefirió quedarse en la que sentían como su «patria», por motivos semejantes, aunque con matices diferentes de un lugar a otro.

Fue común a todos la dificultad organizativa de la emigración. Eran tiempos de graves tensiones internacionales: las fronteras europeas, hoy casi inexistentes, estaban prácticamente cerradas, Inglaterra y América admitían cuotas de emigración extremadamente reducidas. Sin embargo, sobre esta dificultad prevalecía otra de naturaleza interior, psicológica. Este pueblo, o ciudad, o región, o nación, es el mío, aquí he nacido, aquí duermen mis antepasados. Hablo su lengua, he adoptado sus costumbres y su cultura; quizás he contribuido a esta cultura. He pagado sus tributos, he observado sus leyes. He combatido en sus batallas, sin preocuparme de que fuesen justas o injustas: he arriesgado mi vida por sus fronteras, algunos amigos o parientes míos yacen en los cementerios militares, yo mismo, en obsequio de la retórica usual, me he declarado dispuesto a morir por la patria. No puedo tomarla o dejarla: si muero, moriré «en la patria», será mi manera de morir «por la

patria».

Es obvio que esta moral, sedentaria y casera más que activamente patriótica, no se habría sostenido si el judaísmo europeo hubiese podido prever el futuro. No es que faltasen los síntomas premonitorios de la catástrofe: desde sus primeros libros y discursos, Hitler había hablado claro, los judíos (no sólo los alemanes) eran parásitos de la humanidad y debían ser eliminados como se eliminan los insectos nocivos. Pero, precisamente, las deducciones inquietantes tienen una vida difícil: ni siquiera las incursiones de los sectarios nazis (y fascistas) de casa en casa, fueron reconocidas como señales, se encontró la manera de ignorar el peligro, de elaborar esas verdades útiles de las cuales he hablado en las primeras páginas de este libro.

Esto sucedió en mayor medida en Alemania que en Italia. Los judíos alemanes eran casi todos burgueses y eran alemanes: como sus casi compatriotas «arios», amaban la ley y el orden, y no sólo no preveían, sino que eran orgánicamente incapaces de concebir un terrorismo de Estado, incluso cuando lo tenían a su alrededor. Hay un famoso y densísimo verso de Christian Morgenstern, extraño poeta bávaro (no judío, a pesar de su apellido), que viene aquí al caso, aunque haya sido escrito en 1910, en la Alemania limpia, proba y legalista descrita por J. K. Jerome en *Tres vagabundos*. Un verso tan alemán y tan significativo que se ha convertido en proverbio, y que no puede ser traducido al italiano sino mediante una torpe perífrasis: *Nicht sein kann, was nicht sein darf.* Es la matriz de una poesía emblemática: Palmstrom, un ciudadano alemán subordinado al orden establecido, es atropellado por un coche en una calle en la que ha sido prohibida la circulación. Se levanta maltrecho y piensa: si la circulación está prohibida, los vehículos no pueden circular, *es decir*, no circulan. *Ergo* el atropello no puede haber ocurrido: es una «realidad imposible», una *Unmögliche Tatsache* (ese es el título de la poesía). Debe haberlo soñado porque, «no pueden existir las cosas cuya existencia no es legal».

Hay que desconfiar de los juicios a posteriori y de los estereotipos. En términos generales, hay que sospechar del error que consiste en juzgar épocas y lugares lejanos con la medida prevaleciente en el hoy y el ahora: un error tanto más difícil de evitar cuanto mayor sea la distancia en el espacio y en el tiempo. Ese es el motivo por el cual, para quienes no somos especialistas, es tan difícil la comprensión de los textos bíblicos y homéricos, incluso de los clásicos griegos y latinos. Muchos europeos de entonces, y no sólo europeos ni sólo de entonces,

se comportaron y se comportan como Palmstrom, negando la existencia de las cosas que no debían existir. Según el sentido común, que tan acertadamente Manzoni distinguía del «buen sentido», el hombre amenazado se protege, resiste o huye; pero muchas amenazas de entonces, que hoy nos parecen evidentes, en aquel momento estaban veladas por una deseada incredulidad, por el rechazo, por las verdades consoladoras, catalíticas, generosamente intercambiadas.

Aquí se plantea la pregunta de rigor, una contrapregunta: ¿Con qué seguridad vivimos nosotros, los hombres del fin del siglo y del milenio y, en especial, nosotros los europeos? Nos han dicho, y no hay por qué dudarlo, que por cada ser humano del planeta hay almacenada una cantidad de explosivo nuclear igual a tres o cuatro toneladas de trotil; si se usase sólo el uno por ciento de esa cantidad, se producirían inmediatamente decenas de millones de muertos y daños genéticos espantosos para toda la especie humana, incluso para toda la vida terrestre con excepción, tal vez, de los insectos. También es probable, por lo demás, que una tercera guerra generalizada, aunque fuese convencional, aunque fuese parcial, se librase en nuestro territorio, entre el Atlántico y los Urales, entre el Mediterráneo y el Ártico. La amenaza es distinta de la de la década de los treinta: menos próxima pero más vasta; ligada, de acuerdo con algunos, a un demonismo de la historia, nuevo, todavía indescifrable, pero desligada (hasta ahora) del demonismo humano. Y dirigida contra todos, por consiguiente particularmente «inútil».

¿Y entonces? Los miedos de hoy ¿están mejor o peor fundados que los de entonces? Somos tan ciegos ante el futuro como nuestros padres. Los suizos y los suecos tienen refugios antinucleares, pero ¿qué se encontrarán cuando salgan al aire libre? Existe la Polinesia, Nueva Zelanda, Tierra del Fuego, la Antártida, que tal vez queden indemnes. Tener un pasaporte y un visado de entrada es ahora mucho más fácil de lo que lo era entonces: ¿por qué no nos vamos, por qué no salimos de nuestro país, por qué no huimos «antes»?

8

Cartas de alemanes

Si esto es un hombre es un libro de dimensiones modestas, pero, como un animal nómada, hace ya cuarenta años que va dejando tras de sí un rastro largo e intrincado. Se publicó por primera vez en 1947, con una tirada de 2.500 ejemplares que fueron muy bien acogidos por la crítica, pero que sólo se vendieron en parte: los 600 ejemplares que quedaron, depositados en Florencia en un almacén de libros no vendidos, se anegaron en las inundaciones del otoño de 1966. Después de diez años de «muerte aparente», volvió a la vida cuando lo aceptó el editor Einaudi en 1957. Muchas veces me he planteado una pregunta inútil: ¿qué hubiese pasado si el libro hubiera tenido una buena difusión de entrada? Tal vez nada de particular: es probable que yo hubiese continuado mi cansada vida de químico que se convertía los domingos en escritor (y ni siquiera todos los domingos); o quizá me hubiese deslumbrado y, quién sabe con qué fortuna, hubiera izado la bandera de escritor, de tamaño natural. La pregunta, como decía, es ociosa: el oficio de reconstruir un pasado hipotético, qué habría ocurrido, está tan desacreditado como el de adivinar el porvenir.

A pesar de su dudosa partida, el libro ha recorrido un largo camino. Se ha traducido a ocho o nueve lenguas, se han hecho adaptaciones radiofónicas y teatrales en Italia y en el extranjero, se ha comentado en innumerables escuelas. De su itinerario, una etapa ha tenido para mí una importancia fundamental: la de su traducción al alemán y su publicación en Alemania Federal. Cuando, hacia 1959, supe que un editor alemán (Fischer Bücherei) había comprado los derechos de traducción, me sentí invadido por una emoción violenta y extraña: la de haber ganado

una batalla. He aquí que había escrito aquellas páginas sin pensar en un destinatario específico; eran cosas que tenía dentro, que me invadían y que tenía que sacar fuera de mí, decirlas, gritarlas sobre los tejados; pero quien grita sobre los tejados se dirige a todos y a ninguno, clama en el desierto. Con el anuncio de aquel contrato todo cambió y se me hizo claro: es verdad que había escrito el libro en italiano, para italianos, para nuestros hijos, para quienes no sabían, para quienes no querían saber, para quienes no habían nacido todavía, para quienes, queriendo o no, habían consentido aquel ultraje; pero sus verdaderos destinatarios, aquellos contra quienes el libro apuntaba como un arma, eran ellos, los alemanes. Ahora el arma estaba cargada.

Recordemos que desde Auschwitz habían pasado sólo quince años: los alemanes que me leerían serían «ellos», no sus herederos. De dominadores o de espectadores indiferentes, iban a convertirse en lectores: iba a obligarles, a sujetarlos ante un espejo. Había llegado el momento de echar cuentas, de poner las cartas boca arriba. Sobre todo, era el momento de diálogo. La venganza no me interesaba; me había sentido íntimamente satisfecho con la (simbólica, incompleta, parcial) sagrada representación de Nuremberg y me parecía bien que en las justísimas condenas hubiesen pensado otros, los profesionales. A mí me correspondía entender, comprender. No al puñado de los grandes culpables sino a ellos, al pueblo, a quienes había visto cerca, a aquellos entre los cuales se reclutaban los militantes de las SS, y también a los otros que habían creído, o que no creyendo se habían callado, que no habían tenido el mínimo valor de mirarnos a los ojos, de arrojarnos un pedazo de pan, de murmurar una palabra humana.

Me acuerdo muy bien de aquel tipo y de aquel clima, y creo poder juzgar a los alemanes de entonces sin prejuicios y sin cólera. Casi todos, aunque no todos, habían sido sordos, ciegos y mudos: una masa de «inválidos» en torno de un núcleo de fieras. Casi todos, aunque no todos, habían sido viles. Precisamente aquí, y con alivio, y para demostrar cuán lejos están en mí los juicios globales, querría contar un episodio: fue excepcional, pero ocurrió.

En noviembre de 1944, estábamos trabajando, en Auschwitz; yo, con dos compañeros, estaba en el laboratorio químico que en su momento he descrito. Se oyó la alarma aérea e inmediatamente después aparecieron los bombarderos: eran centenares, se preparaba una incursión monstruosa. En el terreno del tajo había algunos grandes bunker, pero eran para

los alemanes y a nosotros nos estaban prohibidos. Para nosotros eran suficientes los terrenos sin cultivar, ya cubiertos de nieve, que estaban dentro del recinto. Todos, prisioneros y civiles, nos precipitamos por las escaleras hacia nuestros respectivos destinos, pero el jefe del laboratorio, un técnico alemán, nos detuvo a los *Häftlinge*—químicos: «Vosotros tres veniros conmigo». Estupefactos, le seguimos en su carrera hacia el bunker, pero en su umbral había un guardia armado, con la esvástica en el brazalete. Le dijo: «Usted entra; los demás, fuera inmediatamente». El jefe contestó: «Vienen conmigo: o todos o ninguno», e intentó forzar el paso; siguió una lucha entre ellos. Es verdad que el guardia habría llevado la mejor parte, porque era muy robusto, pero por suerte para todos sonó la señal de alto a la alarma: la incursión no era contra nosotros, los aviones habían seguido hacia el norte. Si (¡otro si! ¿pero cómo resistirse a la fascinación de los caminos que se bifurcan?), si los alemanes anómalos, capaces de este modesto valor, hubieran sido más numerosos, la historia de entonces y la geografía de hoy hubiesen sido diferentes.

No me fiaba del editor alemán. Le escribí una carta casi insolente: le intimidaba a no quitar ni cambiar ninguna palabra del texto y le pedí que me mandara el manuscrito de la traducción en fascículos, capítulo por capítulo, a medida que fuera haciendo el trabajo; quería controlar su fidelidad, no sólo léxica, sino íntima. Junto con el primer capítulo, que encontré bastante bien traducido, me llegó una carta del traductor, en perfecto italiano. El editor le había enseñado mi carta: no tenía nada que temer, ni del editor ni mucho menos de él. Se presentaba: tenía mi misma edad, había estudiado en Italia unos cuantos años, además de traductor era un italianista, un estudioso de Goldoni. También él era un alemán anómalo. Lo habían llamado a filas pero el nazismo le repugnaba; en 1941 había fingido una enfermedad, lo habían internado en un hospital y luego había conseguido pasar la convalecencia fingida estudiando literatura italiana en la universidad de Padua. Luego había sido dado de alta, pero se había quedado en esa ciudad donde se había puesto en contacto con los grupos antifascistas de Concetto Marchesi, de Meneghetti y de Pighin.

En septiembre de 1943 había llegado el armisticio italiano y los alemanes, en dos días, habían ocupado militarmente la Italia del Norte. Mi traductor se había unido «naturalmente» a los partisanos paduanos de los grupos Justicia y Libertad que luchaban en las Colinas Euganeas contra los fascistas de Saló y contra sus compatriotas. No había tenido dudas, se sentía más

italiano que alemán, más partisano que nazi, pero sabía bien a lo que se arriesgaba: fatigas, peligros, sospechas y penalidades; si fuese capturado por los alemanes (y había sido informado de que las SS estaban detrás de su rastro), una muerte atroz; además, en su país, el calificativo de desertor y posiblemente de traidor.

Cuando terminó la guerra se estableció en Berlín, que por entonces no había sido partida en dos por el muro, sino que estaba sometida a un complicadísimo régimen de condominio de los «Cuatro Grandes» (Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña y Francia). Desde su aventura partisana en Italia era totalmente bilingüe: hablaba italiano sin rastro de acento extranjero. Hizo traducciones: primero Goldoni, porque le gustaba y porque conocía bien los dialectos vénetos; por el mismo motivo, el Ruzante de Agnolo Beolco, desconocido hasta entonces en Alemania; pero también autores italianos modernos: Collodi, Gadda, D'Arrigo, Pirandello. No era un trabajo bien pagado, o mejor dicho, él era demasiado escrupuloso, y por lo mismo demasiado lento para que su jornada laboral resultase justamente retribuida; pero nunca se decidió a buscar un empleo en una editorial. Por dos motivos: amaba la independencia y, además, de manera sutil, su pasado político pesaba sobre él. Nadie llegó a decírselo abiertamente, pero un desertor, aun en la Alemania super-democrática de Bonn, o en el Berlín cuatripartito, era una persona «non grata».

Traducir *Si esto es un hombre* lo entusiasmaba: el libro armonizaba con él, confirmaba, fundamentaba por contraste su amor por la libertad y la justicia; traducirlo era una manera de seguir su lucha temeraria y solitaria contra su país extraviado. En aquel tiempo los dos estábamos demasiado ocupados para poder viajar y entre nosotros se desarrolló un intercambio frenético de cartas. Los dos éramos perfeccionistas: él, por hábito profesional; yo, porque aunque había encontrado un aliado, y un aliado valioso, temía que mi texto palideciese, perdiese vigor. Era la primera vez que entraba en la aventura, siempre inquietante aunque gratificadora, de ser traducido, de ver el pensamiento propio manejado, refractado, la palabra propia pasada por la criba, transformada, o mal interpretada, o quizá potenciada por algún inesperado recurso en la nueva lengua.

Desde los primeros fragmentos pude constatar que mis sospechas políticas eran infundadas: mi compañero de equipo era tan enemigo de los nazis como yo, su indignación no era menor que la mía. Pero me quedaban las sospechas lingüísticas. Como he indicado en el capítulo dedicado a la comunicación, el

alemán que necesitaba mi texto, especialmente en los diálogos y en las citas, era mucho más elemental que el suyo. Él, hombre de letras y de una educación refinada, conocía el alemán de los cuarteles (porque había tenido que hacer unos meses de servicio militar) pero ignoraba forzosamente la jerga degradada, con frecuencia satánicamente irónica, de los campos de concentración. Todas nuestras cartas contenían una lista de propuestas y de contrapropuestas, y a veces sobre un solo término se encendía una discusión encarnizada, como he descrito, por ejemplo aquí, en la página 79. El esquema de trabajo era el siguiente: yo le indicaba una tesis, la que me sugería la memoria acústica a que me he referido en su lugar; él me oponía la antítesis, «no es alemán, los lectores de hoy no lo entenderían»; yo objetaba que «allí se decía exactamente así»; llegábamos, finalmente, a la síntesis; es decir, a un compromiso. La experiencia me ha enseñado después que traducción y compromiso son sinónimos, pero en aquel tiempo yo estaba impulsado por un escrúpulo de hiperrealismo; quería que en aquel libro, y especialmente en su versión alemana, no se perdiese nada de aquellas asperezas, de aquellas violencias hechas al lenguaje, que por lo demás me había esforzado en reproducir en el original italiano lo mejor posible. En cierto modo, no se trataba de una traducción sino más bien de una restauración: la suya era, o yo quería que fuese, una *restitutio in pristinum*, una retraducción a la lengua en la cual las cosas habían sucedido y a la cual le correspondían. Tenía que ser, más que un libro, una cinta magnetofónica.

El traductor lo entendió pronto y bien, y resultó una traducción excelente bajo todos los aspectos: su fidelidad podía juzgarla yo mismo, su nivel estilístico fue inmediatamente alabado por todos los críticos. Surgió la cuestión del prefacio: el editor Fischer me pidió que escribiese yo uno; primero dudé y luego rehusé. Experimentaba un pudor confuso, un rechazo, un bloqueo emotivo que entorpecía el flujo de las ideas al escribir. Se me pedía, en resumen, que añadiese al libro, es decir, al testimonio, una interpelación directa al pueblo alemán, es decir, una peroración, un sermón. Tendría que elevar el tono, subir al podio, de testigo convertirme en juez, en predicador; exponer teorías e interpretaciones de la historia; separar a los justos de los malvados; de la tercera persona pasar a la segunda. Todo eso eran tareas que superaban mis fuerzas, oficios que quería dejar a otros, tal vez a los mismos lectores, alemanes o no.

Le escribí al editor que no me sentía con fuerzas para escribir un prefacio que no fuese a desnaturalizar el libro, y le propuse

una solución indirecta: que antepusiese al texto, en lugar de una introducción, un fragmento de la carta que en mayo de 1960, al final de nuestra laboriosa colaboración, había escrito al traductor para agradecerle su labor. Lo reproduzco aquí:

> […] Y por fin hemos terminado; estoy contento, satisfecho del resultado y agradecido a usted, a la vez que un tanto triste. Compréndame, es el único libro que he escrito, y ahora que hemos terminado de trasplantarlo al alemán me siento como un padre cuyo hijo ha llegado a ser mayor de edad, se va, y luego no puede ocuparse de él.
>
> Pero no es esto sólo. Usted se habrá dado cuenta, con toda seguridad, de que el *Lager* ha sido para mí un suceso importante que me ha modificado profundamente, me ha otorgado la madurez y una razón para vivir. Es posible que sea presunción, pero he aquí que hoy, yo, el prisionero número 174.517, por mediación de usted puedo hablarle a los alemanes, recordarles lo que hicieron, y decirles: «Estoy vivo, y querría comprenderos para poder juzgaros».
>
> Yo no creo que la vida del hombre tenga necesariamente un fin definido, pero si pienso en mi vida, y en los fines que hasta ahora me he fijado, sólo reconozco uno preciso y consciente, y es precisamente el de dar testimonio, hacerle oír mi voz al pueblo alemán, responder al *Kapo* que se limpiaba las manos en mis hombros, al doctor Pannwitz, a los que ajusticiaron al Último [se trata de personajes de *Si esto es un hombre*] y a sus descendientes.
>
> Estoy seguro de que usted no me ha entendido mal. Nunca he cultivado el odio hacia el pueblo alemán y, si lo hubiese cultivado, ahora me habría curado, después de haberlo conocido a Usted. No comprendo, no puedo soportar que se juzgue a un hombre no por lo que es sino por el grupo del cual le ha tocado formar parte […].
>
> Sin embargo, no puedo decir que entienda a los alemanes: y algo que no puede entenderse resulta un vacío doloroso, una punzada, un aguijón permanente que pide ser satisfecho. Espero que este libro tenga algún eco en Alemania: no sólo por ambición, sino también porque la naturaleza de ese eco tal vez me permita comprender

mejor a los alemanes, tranquilizar el aguijón.

El editor aceptó mi propuesta, a la que el traductor se había adherido con entusiasmo; por eso, esta página constituye la introducción de todas las ediciones alemanas de *Si esto es un hombre*: y se lee como parte integrante del texto. Me he dado cuenta de la «naturaleza» del eco al que se alude en las últimas líneas.

Se materializa en unas cuarenta cartas que los lectores alemanes me escribieron entre los años 1961-1964, es decir, a caballo de la crisis que condujo a la construcción de aquel Muro que sigue dividiendo en dos a Berlín y que constituye uno de los mayores motivos de conflicto del mundo de hoy: el único, junto al del Estrecho de Bering, por el cual los norteamericanos y los rusos se hayan enfrentados abiertamente. Todas estas cartas reflejan una lectura atenta del libro, pero todas contestan, tratan de contestar o niegan que pueda existir una respuesta a la pregunta implícita en la última frase de mi carta: *si es posible que pueda entenderse a los alemanes*. Otras tantas me han ido llegando poco a poco durante los años siguientes, coincidiendo con las reediciones del libro, pero más insípidas cuanto más recientes son: quienes escriben son ya los hijos y los nietos, no son ellos quienes han sufrido el trauma, no lo han vivido en primera persona. Expresan una solidaridad vaga, ignorancia y lejanía. Para ellos aquel pasado es realmente un pasado, algo de lo que han oído hablar. No son alemanes típicos: salvo excepciones, su escritura podría confundirse con las que sigo recibiendo de los italianos de su edad, por lo cual no los tendré en cuenta en esta reseña.

Las primeras cartas, las que tienen importancia, son casi todas de jóvenes (que dicen que lo son o que del texto se desprende que lo son), con excepción de una que me mandó en 1962 el doctor T. H. de Hamburgo, y que reseño primero porque tengo prisa en liberarme de ella. Traduzco los pasajes más sobresalientes, respetando su chabacanería:

Egregio doctor Levi:

Su libro es el primero entre todos los relatos de los sobrevivientes de Auschwitz que haya llegado a nuestro conocimiento. Nos ha conmovido profundamente a mi mujer y a mí. Ahora, ya que usted, después de todos los horrores que ha vivido, se dirige una vez más al pueblo

alemán para «comprender», «para despertar un eco», voy a intentar darle una respuesta. Pero no será más que un eco: ¡nadie puede «entender» tales cosas! […].

[…] de un hombre que no cree en Dios puede temerse todo: ¡no tiene freno, no tiene límite! Y pueden aplicársele las palabras del Génesis, 8,21: «Porque la intención del corazón humano es malvada desde la juventud», modernamente explicadas y demostradas por los tremendos descubrimientos del psicoanálisis de Freud en el terreno del inconsciente, que usted con toda seguridad conoce. En todos los tiempos se ha desencadenado el Diablo, sin freno, sin sentido: persecuciones de los judíos y de los cristianos, exterminios de pueblos enteros en América del Sur, de indios en América del Norte, de los godos en Italia bajo Narsés, persecuciones horribles y matanzas en el transcurso de las revoluciones francesa y rusa. ¿Quién podría «entender» todo eso?

Usted, sin embargo, espera una contestación concreta a la pregunta de por qué Hitler llegó al poder y por qué a continuación nosotros no nos sacudimos su yugo. Ahora bien, en 1933 […] todos los partidos moderados desaparecieron y no quedó más que la elección entre Hitler y Stalin, el Nacionalsocialismo y el Comunismo, de fuerzas casi iguales. A los comunistas los conocíamos por las distintas grandes revoluciones ocurridas después de la primera guerra. Hitler nos hacía desconfiar, es cierto, pero parecía un mal menor. No nos dimos cuenta al principio de que todas sus grandes palabras eran mentira y traición. En política exterior conseguía un éxito tras otro; todos los Estados mantenían relaciones diplomáticas con él, y el primero en firmar un concordato con él fue el Papa. ¿Quién podía sospechar que estábamos cabalgando (*sic*) a un criminal y un traidor? Y, sin embargo, a los que son traicionados no se los puede culpar.

Y ahora la cuestión más difícil, su odio insensato contra los judíos: pues bien, ese odio nunca fue popular. Alemania se contaba entre los países más amigos de los judíos del mundo entero. Nunca, por lo que he oído y leído, durante toda la época hitleriana del principio al fin, nunca se ha sabido de un caso espontáneo de ataque a los

judíos o de agresión. Por el contrario, siempre de intentos (peligrosísimos) de ayudarles.

Llego ahora a la segunda cuestión. La rebelión en un Estado totalitario es imposible. El mundo entero, en su momento, no ha podido ayudar a Hungría de ninguna manera […]. Mucho menos podíamos resistir nosotros solos. No hay que olvidar que, después de todas las luchas de resistencia, sólo el día 20 de julio de 1944 millares y millares de oficiales fueron ajusticiados. Ya no se trataba de «una pequeña camarilla», como dijo Hitler después.

Querido doctor Levi (me permito llamarle así, porque quien ha leído su libro no puede sino quererlo), no encuentro excusas, no encuentro explicaciones. La culpa pesa gravemente sobre mi pobre pueblo traicionado y descarriado. Alégrese con la vida que le ha sido devuelta, con la paz y con su hermosa Patria, que yo también conozco. También en mi biblioteca están Dante y Bocaccio.

Su devotísimo T.H.

A esta carta, probablemente a escondidas de su marido, la señora H. había añadido las siguientes líneas lacónicas, que traduzco literalmente:

Cuando un pueblo reconoce demasiado tarde que se ha convertido en prisionero del diablo se producen distintas alteraciones psíquicas.

1. Aparece todo lo malo que hay en el hombre. Los resultados son Pannwitz, y los *Kapos* que se limpian la mano en los hombros de los indefensos.

2. De eso resulta, por el contrario, también la resistencia activa contra la injusticia, que se sacrificó a sí misma y a su familia (*sic*) al martirio, pero sin éxito aparente.

3. Queda la gran masa de quienes, para salvar su propia vida, se callan y abandonan al hermano en peligro.

Esto lo reconocemos como culpa nuestra ante Dios y ante los hombres.

Frecuentemente he pensado en estos dos extraños cónyuges. Él, me parece un ejemplar típico de la gran mayoría de la burguesía alemana: un nazi no fanático pero sí oportunista, que se arrepiente cuando es oportuno que se arrepienta, tan estúpido como se requiere para pretender hacerme creer su versión simplificada de la historia reciente, y para utilizar el recurso de la represalia retroactiva de Narsés y de los godos. Ella, un poco menos hipócrita que su marido, pero más beata.

Les contesté con una larga carta, quizá la única encolerizada que yo haya escrito jamás. Que ninguna Iglesia tiene indulgencia para quienes siguen al Diablo, ni admite como justificación atribuir al Diablo los propios pecados. Que de las culpas y los errores debe responderse por sí mismo, pues de otra manera toda huella de civilización desaparecería de la faz de la Tierra, como había desaparecido del Tercer Reich. Que sus datos electorales estaban bien para un niño: en las elecciones políticas de noviembre de 1932, las últimas libres, los nazis habían obtenido 196 escaños en el Reichstag, pero cerca de los comunistas, con 100 escaños, y de los socialdemócratas, que no eran extremistas ni mucho menos, odiados también por Stalin, y que habían tenido 121. Que, sobre todo, en mi estantería, junto a Dante y Bocaccio, tengo *Mein Kampf*, «Mi lucha», escrito por Hitler muchos años antes de llegar al poder. Que este hombre funesto no era un traidor. Era un fanático coherente, de ideas extraordinariamente claras: nunca las había cambiado ni escondido. Quien le había votado había votado por sus ideas. En su libro no falta ni la sangre ni el suelo patrio, el espacio vital, el judío como enemigo eterno, los alemanes que representan «la mejor humanidad sobre la Tierra», los demás países considerados directamente como instrumentos para el dominio del pueblo alemán. No se trataba de «grandes palabras»; tal vez Hitler dijese otras, pero éstas no las desmintió nunca.

En cuanto a los resistentes alemanes, hay que rendirles honor, pero verdaderamente los conjurados del 20 de julio de 1944 se habían puesto en acción demasiado tarde. Para terminar, escribí:

> Su afirmación más audaz es la que se refiere a la impopularidad del antisemitismo en Alemania. Fue el fundamento del verbo nazi, desde sus principios: era de naturaleza mística, los judíos no podían ser el «pueblo elegido por Dios» puesto que lo eran los alemanes. No hay

página ni discurso de Hitler donde el odio a los judíos no sea remachado hasta la saciedad. No era marginal al nazismo: era su centro ideológico. Y además, ¿cómo pudo el pueblo «más amigo de los judíos» votar a su partido, y alabar al hombre que definía a los judíos como los primeros enemigos de Alemania, y como objetivo de su política tenía el de «destruir la hidra judaica»?

En cuanto a las ofensas y a las agresiones espontáneas, su misma frase resulta ofensiva. Ante los millones de muertos, me parece ocioso y odioso discutir si se trató o no de agresiones espontáneas: por lo demás, los alemanes están poco inclinados a la espontaneidad. Pero puedo recordarle que nada obligaba a los industriales alemanes a servirse de esclavos hambrientos más que su propio provecho; que nadie obligó a la sociedad Topf (hoy floreciente en Wiesbaden) a construir los enormes crematorios múltiples de los *Lager*; que puede que a los SS se les ordenase que mataran a los judíos, pero que el enrolamiento en las SS era voluntario; que yo mismo encontré en Katowice, después de la liberación, montones de paquetes impresos en los cuales se autorizaba a los padres de familia alemanes a retirar gratis vestidos y zapatos de adultos y de *niños* de los alemanes de Auschwitz; ¿es que nadie se preguntaba de dónde procedían tantos zapatos de niños? ¿Y nunca ha oído hablar de una Noche de los Cristales? ¿O cree que todos los crímenes cometidos aquella noche fueron impuestos por la ley?

Que hubo intentos de ayuda, lo sé, y sé que eran peligrosos; también sé, por haber vivido en Italia, que «no hay posibilidad de rebelión en un Estado totalitario»; pero también sé que hay mil maneras, mucho menos peligrosas, de manifestar la solidaridad propia para con el oprimido, y que fueron frecuentes en Italia, incluso luego de la dominación alemana, mientras que en la Alemania de Hitler muy raramente se ponían en práctica.

El resto de las cartas son muy distintas: pintan un mundo mejor. Sin embargo, debo recordar que, aun con la mejor voluntad de perdón del mundo, no se pueden considerar una

«muestra representativa» del pueblo alemán de entonces. En primer lugar, de aquel libro se imprimieron algunas decenas de millares de ejemplares y fue leído, por consiguiente, por tal vez el uno por mil de los ciudadanos de la República Federal: unos pocos lo comprarían por casualidad, los demás porque de alguna manera estaban predispuestos a sufrir el impacto de los hechos, sensibilizados, permeables. De esos lectores, sólo unos cuarenta, como he indicado, se decidieron a escribirme.

Durante cuarenta años de ejercicio me he familiarizado con ese personaje singular que es el lector que escribe al autor. Puede pertenecer a dos constelaciones diferentes: la agradecida o la enojada: los casos intermedios son raros. Los primeros reconfortan y enseñan. Han leído el libro con atención, generalmente más de una vez; lo han amado y comprendido, a veces mejor que el mismo autor; se declaran enriquecidos; exponen su opinión con nitidez, a veces sus críticas; dan las gracias al escritor por su obra; con frecuencia lo exoneran explícitamente de una respuesta. Los segundos cansan y hacen perder el tiempo. Se exhiben, ostentan sus méritos; casi siempre tienen manuscritos en el cajón, y se transparenta su intención de trepar por el libro y por el autor como hace la hiedra por los troncos de los árboles; y también hay niños o adolescentes que escriben por una bravata, por una apuesta, por conseguir un autógrafo. Mis cuarenta corresponsales alemanes a quienes dedico con agradecimiento estas páginas, pertenecen todos (salvo el señor T. H. ya citado, que es un caso único) a la primera constelación.

L. I. es bibliotecaria en Westfalia; confiesa haber tenido la tentación violenta de cerrar el libro a mitad de su lectura «para sustraerse a las imágenes que se evocan en él», pero haberse avergonzado enseguida de aquel impulso egoísta y vil. Escribe:

> En el prefacio, usted expresa el deseo de entendernos a los alemanes. Debe usted creernos cuando le decimos que nosotros mismos no podemos concebirnos ni cuanto hemos hecho. Somos culpables. Yo nací en 1922, crecí en la Alta Silesia, no lejos de Auschwitz, pero en aquel tiempo, la verdad es que no me enteré de ninguna (le ruego que no considere esta afirmación como cómoda excusa, sino meramente un dato) de las cosas que estaban sucediendo a muy pocos kilómetros de nosotros. Y sin embargo, hasta

> que estalló la guerra, me había encontrado a veces en distintos lugares a personas que llevaban la estrella judía, y no las acogí en mi casa, no las hospedé como hubiese hecho con otras personas, nunca intervine a su favor. Éste es mi pecado. Sólo puedo convivir con esta terrible ligereza, vileza y egoísmo míos contando con el perdón cristiano de los pecados.

Dice, además, que forma parte de *Aktion Sühnezeichen* («Acción expiatoria»), una asociación evangélica de jóvenes que pasan las vacaciones en el extranjero, reconstruyendo las ciudades más destruidas por la guerra alemana (ella ha estado en Coventry). No dice nada de sus padres, y es un síntoma claro: o lo sabían y no lo hablaron con ella, o no lo sabían y, por consiguiente, no habían hablado con los que «allí» lo sabían: los ferroviarios de los convoyes militares, los almaceneros, los millares de trabajadores alemanes de las fábricas y las minas donde se mataban trabajando los obreros-esclavos, cualquiera que, en resumen, no se tapase los ojos con las manos. Lo repito: la verdadera culpa, colectiva, general, de casi todos los alemanes de entonces fue la de no haber tenido el valor de hablar.

M. S., de Francfort, no dice nada de él y busca cautamente distinciones y justificaciones: eso también es todo un síntoma:

> […] Usted dice que no entiende a los alemanes […]. Como alemán, sensible al horror y a la vergüenza, y que hasta el final de sus días será consciente de que el horror ha sido provocado por las manos de sus compatriotas, me siento emplazado por sus palabras y quiero responder a ellas.
>
> Tampoco yo entiendo a los hombres como aquel *Kapo* que se limpió la mano sobre su hombro, como Pannwitz, como Eichmann, y como todos los otros que cumplieron órdenes inhumanas sin darse cuenta de que es imposible eludir la responsabilidad propia escondiéndose tras la ajena. De que en Alemania haya habido tantos ejecutores materiales de un sistema criminal, y de que todo ello haya podido ocurrir precisamente gracias al elevado número de personas dispuestas a hacerlo, de todo ello ¿quién, como alemán, podría no experimentar aflicción?

Pero ¿son ellos «los alemanes»? ¿Es lícito, en cualquier caso, hablar de una entidad unitaria «de los alemanes», «de los ingleses», «de los italianos» o «de los judíos»? Usted ha hablado de excepciones de alemanes a quienes no comprende […]; le agradezco esas palabras, pero le ruego que recuerde que innumerables alemanes han sufrido y han muerto en la lucha contra la iniquidad […].

Querría, con todo mi corazón, que muchos de mis compatriotas leyesen su libro, para que los alemanes no nos volvamos perezosos e indiferentes sino que, por el contrario, permanezca despierta en nosotros la consciencia de cuán bajo puede caer un hombre que se convierte en torturador de sus semejantes. Si ello sucede, su libro podrá contribuir a que todo esto no vuelva a repetirse.

A M. S. le contesté con perplejidad, con la misma perplejidad, por otra parte, que he experimentado al contestar a todos estos interlocutores tan corteses y tan civilizados, miembros del pueblo que ha exterminado al mío (y a muchos otros). Se trata, en resumen, del embarazo que sienten los perros estudiados por los neurólogos, que están condicionados a reaccionar de determinada manera ante un círculo y de otra ante un cuadrado; cuando el cuadrado se va haciendo redondo y empieza a parecerse a un círculo, los perros no reaccionan o dan señales de neurosis. Le escribí, entre otras cosas:

Estoy de acuerdo con usted: es peligroso, es ilícito, hablar de «los alemanes» o de cualquier otro pueblo, como de una entidad unitaria, no diferenciada, y meter a todos los individuos en el mismo saco. Sin embargo, no creo que se pueda negar que existe un espíritu de cada pueblo (o no sería un pueblo); una *Deutschtum*, una italianidad, una hispanidad: son una suma de tradiciones, de costumbres, de historia, de lengua, de cultura.

Quien no siente dentro de sí ese espíritu, que es nacional en el mejor sentido de la palabra, no sólo no pertenece totalmente a su pueblo, sino que ni siquiera está inserto en la civilización humana. Por lo cual, si considero insensato el silogismo de que «todos los italianos son apasionados; tú eres italiano; por lo tanto, eres

apasionado», creo, por el contrario, licito, dentro de ciertos límites, esperar de los italianos en conjunto, o de los alemanes, etcétera, un determinado comportamiento colectivo en lugar de otro. Habrá ciertamente excepciones individuales, pero, a mi parecer, es posible una previsión prudente y probabilística […].

Seré sincero con usted: en la generación que ha pasado de los 45 años, ¿cuántos alemanes hay verdaderamente conscientes de lo que ha ocurrido en Europa en nombre de Alemania? A juzgar por el resultado desconcertante de algunos procesos, me temo que sean pocos: junto a voces afligidas y piadosas oigo otras discordantes, estridentes, demasiado orgullosas del poder y la riqueza de la Alemania de hoy.

I. J., de Stuttgart, es asistente social. Me dice:

Que haya podido usted hacer que de sus escritos no desborde un odio irremisible contra los alemanes es verdaderamente un milagro, y debe provocarnos vergüenza. Querría agradecerle esto. Hay muchos todavía entre nosotros que se niegan a creer que los alemanes hayamos cometido realmente tantos horrores inhumanos contra el pueblo judío. Naturalmente, esta negación procede de muchos motivos diversos, y tal vez sólo del hecho de que la inteligencia del ciudadano medio no acepta pensar que sea posible una maldad tan profunda entre nosotros, «cristianos occidentales».

Está bien que su libro se haya publicado aquí, y que pueda iluminar a muchos jóvenes. También podría ponerse en manos de algunos ancianos; pero, para hacerlo, en nuestra «Alemania durmiente», se necesita mucho valor cívico.

Le contesté:

[…] que yo no experimente odio contra los alemanes asombra a muchos, y no debería hacerlo. En realidad,

comprendo el odio, pero sólo *ad personam*. Si yo fuera un juez, aun reprimiendo el odio que pudiese sentir en mí, no dudaría en infligir las penas más graves, y hasta la muerte, a los muchos culpables que todavía hoy viven sin que nadie les moleste en tierras de Alemania, o en otros países de hospitalidad sospechosa; pero sentiría horror de que un solo inocente fuese a ser castigado por un pecado no cometido.

W. A., médico, escribe desde Wurtemberg:

Para nosotros, los alemanes, que llevamos la pesada carga de nuestro pasado y (bien lo sabe Dios) de nuestro porvenir, su libro es más que un relato conmovedor: es una ayuda. Es una orientación, por la que le doy las gracias. No puedo decir nada en disculpa nuestra; y no creo que la culpa (¡esta culpa!) pueda borrarse con facilidad […]. Por mucho que yo trate de apartarme del mal espíritu del pasado, sigo siendo miembro de este pueblo, que amo y que en el transcurso de los siglos ha parido obras de noble paz en la misma medida que otras llenas de demoníaco peligro. En esta convergencia de todas las épocas de nuestra historia, yo soy consciente de estar implicado en la grandeza y en la culpa de mi pueblo. Por ello estoy ante usted como un cómplice de quien violentó su destino y el de su pueblo.

W. G. nació en 1935, en Bremen; es historiador y sociólogo, militante del partido socialdemócrata:

Al terminar la guerra era todavía un niño; no puedo echarme encima ninguna culpa por los espantosos crímenes cometidos por los alemanes; sin embargo, me avergüenzan. Odio a los criminales que les hicieron sufrir a usted y a sus compañeros, y odio a sus cómplices, muchos de los cuales están todavía vivos. Usted dice que no puede comprender a los alemanes. Si quiere decir a los carniceros y a sus ayudantes, tampoco yo puedo comprenderlos: pero espero tener fuerza para combatirlos

> si apareciesen otra vez en la escena de la historia. He dicho «vergüenza»: lo que quería era expresar el sentimiento de que cuanto fue perpetrado entonces por mano alemana no debería haber ocurrido, ni nunca debería haber sido aprobado por los demás alemanes.

Con H. L., bávara y estudiante, las cosas se complicaron. Me escribió por primera vez en 1962; su carta era especialmente vivaz, libre de la tristeza plúmbea que caracteriza casi todas las demás, aun las mejor intencionadas. Decía que pensaba que yo esperaba un eco de las personas importantes, oficiales, no de una muchacha, pero «siente que le corresponde hablar, como heredera y cómplice». Está contenta de la educación que le dan en la escuela, y de cuanto le han enseñado sobre la historia reciente de su país, pero no está segura de que «algún día la falta de mesura que es propia de los alemanes no estalle otra vez, bajo otras ropas y dirigida a otros fines». Deplora que sus coetáneos rechacen la política «como algo sucio». Se rebeló, de manera «violenta y descortés» contra un cura que hablaba mal de los judíos, y contra su profesora de ruso, una rusa que atribuía a los judíos la culpa de la revolución de octubre, y que consideraba la carnicería hitleriana como un castigo justo. En aquel momento, experimentó «una vergüenza indecible» de pertenecer al pueblo «más bárbaro del mundo». Y «fuera de cualquier misticismo o superstición» está convencida de que «los alemanes no escaparemos al justo castigo por lo que hemos hecho». Se siente de alguna manera autorizada, si no obligada, a afirmar «que los hijos de una generación cargada de culpas somos plenamente conscientes de ello y trataremos de aliviar los horrores y dolores de ayer para evitar que mañana se repitan».

Como me pareció una interlocutora inteligente, desprejuiciada y «rara», le escribí pidiéndole noticias más concretas sobre la situación de la Alemania de entonces (la época de Adenauer); en cuanto a su temor a un «justo castigo colectivo» intenté convencerla de que un castigo cuando es colectivo no puede ser justo, y al contrario. Me envió a vuelta de correo una tarjeta en donde decía que mis preguntas requerían algún trabajo de investigación; que tuviese paciencia porque me contestaría de manera exhaustiva en cuanto pudiese.

Veinte días más tarde recibí una carta suya de veintitrés carillas: una tesis doctoral, compilada gracias a un trabajo frenético de entrevistas personales, telefónicas y epistolares. También esta estupenda chica, aunque para bien, era propensa a

la *Masslosigkeit*, a la falta de medida que ella misma denunciaba, pero se excusaba con cómica sinceridad: «tengo poco tiempo, por lo cual, muchas cosas que hubiese podido decir brevemente han quedado tal como estaban». Como yo no soy *masslos*, me limito a resumir, y a citar, los pasajes que me parecen más significativos.

> […] amo el país en el que he crecido, adoro a mi madre, pero no consigo sentir simpatía por el alemán como tipo humano particular: puede que porque me parece demasiado marcado por las cualidades que en el pasado reciente se han manifestado con tanto vigor, pero también porque en él me reconozco a mí misma, viéndome semejante a él en esencia.

A una pregunta mía sobre la escuela me contestó que todo el cuerpo de profesores había sido pasado en su momento por el cedazo de la «desnazificación» que pidieron los aliados, pero llevada a cabo de manera *amateur* y saboteada a conciencia. No hubiese podido ser de otro modo: habría que haber descartado a una generación entera. En las escuelas se enseñaba la historia reciente, pero se hablaba poco de política; el pasado nazi aflora aquí y allí, de varias maneras: pocos profesores se vanaglorian de él, pocos lo esconden, poquísimos se declaran inmunes. Un joven profesor le ha confesado: Los alumnos se interesan mucho por esa época, pero se pasan inmediatamente a la oposición si se habla de una culpa colectiva de Alemania. Y muchos llegan a afirmar que están hartos de los «mea culpa» de la prensa y de sus maestros.

H. L. comenta:

> […] precisamente de la resistencia de los muchachos al «mea culpa» puede deducirse que para ellos el problema del Tercer Reich sigue estando sin resolver, y que resulta tan irritante y típicamente alemán como para todos aquellos que lo han vivido antes de ellos. Sólo cuando esta emotividad cese será posible razonar de modo objetivo.

En otra parte, hablando de su experiencia, H. L. escribe (muy plausiblemente):

> Los profesores no eludían los problemas sino que, por el contrario, mostraban, documentándolos con periódicos de la época, los métodos nazis de la propaganda. Contaban cómo ellos, de jóvenes, habían seguido el nuevo movimiento sin críticas y con entusiasmo: hablaban de las reuniones juveniles, de las organizaciones deportivas, etcétera. Los estudiantes los atacábamos vivamente y, como pienso hoy, sin razón: ¿cómo puede acusárseles de no haberse dado cuenta de lo que estaba pasando y de no haber previsto el porvenir cuando los adultos no lo hacían? Y es que nosotros, en su lugar, ¿habríamos desenmascarado mejor que ellos los métodos satánicos con los que Hitler conquistó a la juventud para su guerra?

Advirtamos que la justificación es la misma que la aducida por el doctor T. H. de Hamburgo, y por lo demás ningún testigo de la época ha negado a Hitler una virtud verdaderamente demoníaca de persuasión, la misma que lo favorecía en sus relaciones políticas. Esto puede aceptarse en los jóvenes, que comprensiblemente quieren disculpar a toda la generación de sus padres; no en los ancianos comprometidos, y falsamente penitentes, que quieren echar la culpa a un hombre solo.

H. L. me escribió muchas otras cartas que han suscitado en mí reacciones contradictorias. Me describió a su padre, un músico inquieto, tímido y sensible, que murió siendo ella una niña: ¿buscaba un padre en mí? Iba de la seriedad documental a la fantasía infantil. Me mandó un caleidoscopio, y a la vez me escribía:

> […] también yo me he hecho de Usted una imagen muy definida: Usted, escapado a un destino terrible (perdone mi osadía), vaga por nuestro país, siempre extranjero, como en un mal sueño. Y pienso que tengo que hacerle un traje como el que llevan los héroes de las leyendas, que lo proteja contra todos los peligros del mundo.

No me reconocía en esa imagen, pero no se lo dije. Le respondí que esos trajes no pueden regalarse: que cada uno

tiene que tejerlos y coserlos por sí mismo. H. L. me mandó las dos novelas de Heinrich Mann del ciclo de *Enrique IV*, que nunca he encontrado tiempo para leer; yo le mandé la traducción alemana de *La tregua*, que había aparecido en el ínterin. En diciembre de 1964, desde Berlín adonde se había ido, me mandó un par de gemelos de oro, que le había encargado hacer a una amiga suya que era orfebre. No tuve el valor de devolvérselos; le di las gracias pero le pedí que no me mandase nada más. Espero no haber ofendido a esta persona fundamentalmente amable; espero que haya comprendido el motivo de mi esquivez. Desde entonces no he sabido más de ella.

He dejado para el final el episodio de mi intercambio epistolar con la señora Hety S., de Wiesbaden, de mi misma edad, porque forma un capítulo aparte, tanto por su calidad como por su cantidad. Por sí sola, la carpeta «HS» es más voluminosa que aquélla en que conservo todas las demás «cartas de alemanes». Nuestra correspondencia duró dieciséis años, desde octubre de 1966 a noviembre de 1982. Contiene, además de unas cincuenta cartas suyas (muchas veces de cuatro carillas o más) y mis contestaciones, las copias de por lo menos otras tantas cartas escritas por ella a sus hijos, a sus amigos, a otros escritores, a editores, a organizaciones locales, a periódicos o revistas, y de las cuales juzgó importante mandarme copias; además, recortes de periódicos y recensiones de libros. Algunas de sus cartas son «circulares»: media página está fotocopiada, igual para todos los corresponsales, el resto está en blanco y completado a mano con las noticias y las preguntas más personales. La señora Hety me escribía en alemán y no sabía italiano; al principio yo le contestaba en francés, luego me di cuenta de que no lo entendía bien y durante mucho tiempo le escribí en inglés. Más tarde, con su divertida aceptación, le escribí en mi inseguro alemán, con doble copia; ella me devolvía una, con correcciones «explicadas». Nos vimos sólo un par de veces: en su casa, con motivo de un precipitado viaje de negocios mío a Alemania, y en Turín, en unas vacaciones suyas también muy precipitadas. No fueron reuniones importantes: las cartas lo son mucho más.

También su primera carta partía del asunto de la «comprensión», pero tenía un sello enérgico y resentido que la distinguía de todas las demás. Mi libro se lo había dado un amigo común, el historiador Hermann Langbein, muy tarde, cuando ya la primera edición estaba agotada. Como asesora de Cultura de un Gobierno regional, ella estaba tratando que se reimprimiese

enseguida, y me decía:

> A comprender «a los alemanes» seguro que usted no llegará nunca: ni siquiera llegamos nosotros, ya que entonces sucedieron cosas que nunca, por ningún motivo, debían haber sucedido. De ello se siguió que para muchos de nosotros palabras como «Alemania» y «Patria» hayan perdido para siempre el significado que alguna vez tuvieron: el concepto de patria se ha extinguido para nosotros […]. Lo que nos está absolutamente prohibido es olvidar. Por ello, los libros como el suyo son importantes para la nueva generación, porque describen de modo humano lo que es inhumano […]. Tal vez usted no se dé cuenta completamente de cuántas cosas puede decir un escritor implícitamente de sí mismo, y por consiguiente del hombre en general. Es precisamente lo que confiere peso y valor a cada capítulo de su libro. Sobre todo me han conmocionado sus páginas sobre el laboratorio de Buna: ¡era así como los prisioneros veían a quienes éramos libres!

Poco después habla de un prisionero ruso que en otoño le llevaba el carbón a la cantina. Estaba prohibido hablarle: ella le metía en los bolsillos comida y cigarrillos, y él para agradecérselos gritaba: «¡Heil Hitler!». No estaba prohibido, sin embargo (¡qué laberinto de jerarquías y de prohibiciones diferenciadoras era aquella Alemania!; también las «cartas de los alemanes» y especialmente las suyas dicen más de lo que uno pueda imaginarse) hablar con una joven obrera «voluntaria» francesa: ella la sacaba del campo, la llevaba a su casa, la llevaba incluso a algunos conciertos. La chica, en el campo, no podía lavarse bien y tenía piojos, Hety no se atrevía a decírselo, sentía repugnancia y se avergonzaba de sentirla.

A esta primera carta suya respondí que era verdad que mi libro había tenido resonancia en Alemania, pero precisamente entre los alemanes que menos necesidad tenían de leerlo: me habían escrito cartas de arrepentimiento los inocentes, no los culpables. Ellos, como era lógico, se callaban.

En sus cartas posteriores, poco a poco, en su manera indirecta, Hety (la llamo así para simplificar aunque nunca nos llamamos de «tú») me fue trazando su autorretrato. Su padre, pedagogo de profesión, fue un activista socialdemócrata hasta

1919; en 1933, cuando Hitler subió al poder, perdió el empleo, a lo cual se sumaron registros y dificultades económicas y su familia tuvo que mudarse a una vivienda más pequeña. En 1935, Hety fue expulsada del liceo porque no había querido entrar en la organización juvenil hitleriana. En el 1938 se casó con un ingeniero de la IG Farben (de ahí su interés en «el laboratorio de Buna»), de quien tuvo enseguida dos hijos. Después del atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944, su padre fue deportado a Dachau y el matrimonio entró en crisis porque su marido, aunque no estaba inscrito en el partido, no toleraba que Hety pusiese en peligro su propia integridad, la suya y la de sus hijos por «hacer lo que hacía», llevar cada semana algo de comida a las verjas del campo donde su padre estaba preso:

> […] a él le parecía que nuestros esfuerzos eran absolutamente insensatos. Tuvimos un consejo de familia para ver si podíamos ayudar de alguna manera a mi padre, y de cuál; pero él sólo me dijo: «Quedaos tranquilos, ¡no vais a volverlo a ver!».

Sin embargo, cuando terminó la guerra su padre volvió, pero hecho un espectro (murió unos años después). Hety, que se sentía muy unida a él, se sintió en el deber de continuar la actividad en el nuevo partido socialdemócrata; su marido no estaba de acuerdo, se pelearon y ella pidió el divorcio y lo obtuvo. Su segunda mujer era una prófuga de la Prusia Oriental quien, a través de los dos hijos, tuvo cierta relación con Hety. Una vez le dijo, a propósito de su padre, de Dachau y de los *Lager*: No te parezca mal que yo no soporte ni leer ni oír esas cosas tuyas. Cuando tuvimos que huir fue tremendo; y lo peor fue que tuvimos que salir por la carretera por donde habían sido evacuados antes los presos de Auschwitz. El camino se abría entre dos murallas de muertos. Querría olvidar aquellas imágenes y no puedo: sigo soñando con ellas.

Su padre acababa de volver cuando Thomas Mann, por la radio, habló de Auschwitz, del gas y de los crematorios.

Lo escuchamos todos, conmocionados, y nos quedamos callados largo rato. Papá iba de aquí para allá, taciturno, enojado, hasta que le pregunté: «Pero, ¿te parece posible que se envenene a la gente con gas, que se la queme, que se utilicen sus cabellos, su piel, sus dientes?», y él, que había estado en Dachau, me contestó: «No, es impensable. Un Thomas Mann no

debía dar fe a tales horrores». Sin embargo, todo era verdad: unas semanas más tarde pudimos tener pruebas que nos convencieron.

En otra de sus largas cartas me había descrito su vida en el «exilio interior»:

> Mi madre tenía una amiga judía a la que quería muchísimo. Era viuda y vivía sola, sus hijos habían emigrado, pero ella no se decidía a salir de Alemania. Nosotros éramos también perseguidos, pero «políticos»: las cosas eran distintas para nosotros y tuvimos suerte a pesar de los muchos peligros por los que pasamos. Nunca me olvidaré de la tarde que aquella señora vino a casa, ya cuando estaba oscuro, para decirnos: «Por favor, no volváis a buscarme, y perdonadme si yo dejo de venir a veros. Comprended que es que os pongo en peligro…». Naturalmente, seguimos yendo a verla hasta que fue deportada a Theresienstadt. No la vimos más, y no hicimos nada por ella: ¿qué hubiésemos podido hacer? Pero la idea de que no pudiésemos hacer nada todavía nos atormenta: le pido que intente comprendernos.

Me contó que en 1967 había asistido al juicio sobre la eutanasia. Uno de los imputados, un médico, había declarado públicamente que le habían ordenado que inyectase el veneno personalmente a los enfermos mentales, y que se había negado por conciencia profesional; pero abrir el grifo del gas le había parecido tolerable, aunque desagradable. Al volver a casa, Hety encontró allí a la asistenta, una viuda de guerra, ocupada en su trabajo, y a su hijo que estaba cocinando. Los tres se sientan alrededor de la mesa y ella le cuenta a su hijo lo que ha visto y oído en el proceso. En determinado momento,

> […] la mujer dejó el tenedor en la mesa e intervino agresivamente: «¿De qué sirven todos esos juicios que están haciendo ahora? ¿Qué podían hacer nuestros pobres soldados si les daban esas órdenes? Cuando mi marido vino con permiso de Polonia me contó: "No hemos hecho casi nada más que fusilar judíos, todo el tiempo fusilando judíos. De tanto disparar me dolía el brazo". Pero ¿qué

> podía hacer, si le habían dado aquella orden?» […]. La despedí, venciendo la tentación de decirle que me alegraba de que su pobre marido hubiese caído en la guerra… Así que, dese cuenta, aquí en Alemania vivimos todavía hoy entre personas de esa clase.

Hety trabajó durante años en el Ministerio de Cultura del Land Hessen: era una funcionaria diligente pero impetuosa, autora de recensiones polémicas, organizadora apasionada de convenios y encuentros con jóvenes, e igualmente apasionada en las victorias y derrotas de su partido. Después de su jubilación, ocurrida en 1978, su vida cultural se enriqueció: me hablaba de viajes, de lecturas, de *stages* lingüísticos.

Sobre todo, y durante toda su vida, estuvo ávida, e incluso sedienta, de contactos humanos: el que tuvo conmigo, duradero y fecundo, sólo fue uno de tantos. «Mi destino me empuja hacia los hombres con un destino», me escribió una vez: pero no era su destino el que la empujaba, se trataba de una vocación. Ella los buscaba, los encontraba, los ponía en relación a los unos con los otros, llena de curiosidad por sus afinidades o sus discrepancias. Ella fue quien me dio la dirección de Jean Améry y la mía a él, pero con una condición: que ambos le enviásemos las copias de las cartas que intercambiáramos (y así lo hicimos). También tuvo un papel importante en ponerme sobre las huellas de aquel doctor Müller, químico de Auschwitz y luego proveedor mío de productos químicos, arrepentido, del cual he hablado en el capítulo «Vanadio» de *El sistema periódico*, y que había sido colega de su ex marido. También del «dossier Müller» reclamó, con todo derecho, las copias; después le escribió cartas inteligentes a él sobre mí y a mí sobre él, remitiéndonos a cada uno debidamente «las copias para nuestra información».

Sólo en una ocasión acusamos (al menos, yo la acusé) una divergencia. En 1966, Albert Speer había sido liberado de la cárcel interaliada de Spandau. Como se sabe, había sido el «arquitecto áulico» de Hitler, aunque en 1943 había sido nombrado ministro de la industria de guerra; en cuanto tal, fue, en gran medida, responsable de la organización de las fábricas donde *nosotros* nos moríamos de cansancio y de hambre. En Nuremberg, había sido el único de los acusados en declararse culpable, incluso por las cosas que no había sabido; también por no haber querido saberlas. Fue condenado a veinte años de reclusión, que empleó en escribir sus memorias de la cárcel, publicadas en Alemania en 1975. Hety dudó primero, luego las

leyó, y se conmovió profundamente. Pidió a Speer una entrevista que duró dos horas; le dejó el libro de Langbein sobre Auschwitz y una copia de *Si ¸esto es un hombre*, diciéndole que estaba obligado a leerlos. Él le dio una copia de sus *Diarios de Spandau* (Milán: Mondadori, 1976) para que Hety me la mandase.

Recibí y leí esos diarios, que están marcados por una mente cultivada y lúcida y de arrepentimiento que parece sincero (aunque un hombre inteligente sabe simular). Speer se me aparece como un personaje shakespeariano, de ilimitadas ambiciones, capaces de cegarlo y de infectarlo, pero no como un bárbaro, ni como un villano ni un esclavo. Con gusto hubiese dejado de hacer aquella lectura, porque para mí juzgar a alguien es doloroso; y especialmente a un Speer, a un hombre nada simple, y a un culpable que había expiado sus culpas. Le escribí a Hety con cierta irritación: «¿Qué es lo que la ha empujado hacia Speer?, ¿La curiosidad?, ¿El sentido del deber?, ¿Una misión?».

Me contestó:

> Espero que usted haya tomado el regalo de aquel libro en su sentido justo, pero también es justa su pregunta. Quería verle cara a cara: ver cómo es un hombre que se ha dejado copiar por Hitler y que se ha convertido en criatura suya. Dice, y se lo creo, que para él la matanza de Auschwitz es un trauma. Está obsesionado por la cuestión de cómo ha podido «no querer ver ni saber nada», es decir, remover todo. No me parece que busque justificarse; también él querría comprender cuanto, también para él, es imposible comprender. Me ha parecido un hombre que no es capaz de falsificación, que lucha lealmente y se atormenta por su pasado. Para mí, es «una clave»: es un personaje simbólico, el símbolo de la Alemania descarriada. Ha leído con gran tristeza el libro de Langbein, y me ha prometido leer el suyo. Le tendré informado de sus reacciones.

Esas reacciones, para mi alivio, no llegaron nunca: si hubiese debido (como es costumbre entre personas educadas) contestar a una carta de Albert Speer habría tenido dificultades. En 1978, disculpándose conmigo por la desaprobación que había olfateado en mis cartas, Hety visitó a Speer por segunda vez, y volvió

desilusionada. Lo encontró senil, egocéntrico, arrogante y estúpidamente orgulloso de su pasado de arquitecto faraónico. Después, el asunto de nuestras cartas fue desviándose hacia temas más alarmantes porque eran más actuales: el *affaire* Moro, la fuga de Kappler, la muerte simultánea de los terroristas de la banda Baader-Meinhof en la supercárcel de Stammheim. Hety tendía a admitir la versión oficial del suicidio; yo dudaba de ella. Speer murió en 1981, Hety, de repente, en 1983.

Nuestra amistad, casi exclusivamente epistolar, fue larga y fructífera, con frecuencia alegre; extraña, si pienso en la diferencia enorme entre nuestros itinerarios humanos y el alejamiento geográfico y lingüístico, menos extraña si reconozco que ha sido ella, entre todos mis lectores alemanes, la única que tenía «los papeles en orden», y por ello libre del sentimiento de culpa; y que su curiosidad ha sido y es también la mía, dirigida a los mismos asuntos que yo he tratado en este libro.

Conclusión

La experiencia que hemos sufrido los sobrevivientes de los *Lager* nazis es ya una cosa ajena a las nuevas generaciones de Occidente, y se va haciendo cada vez más ajena a medida que pasan los años. Para los jóvenes de las décadas de los cincuenta y sesenta se trataba de cosas de sus padres: se hablaba de ellas en familia, los recuerdos tenían todavía la frescura de las cosas vistas. Para los jóvenes de esta década de los ochenta son ya cosas de sus abuelos: lejanas, desdibujadas, «históricas». Están asaltados por los problemas de hoy, que son distintos, urgentes: la amenaza nuclear, el desempleo, el agotamiento de los recursos, la explosión demográfica, la renovación tecnológica que es frenética y a la que es necesario adaptarse. La configuración del mundo ha cambiado profundamente. Europa no es ya el centro del planeta. Los imperios coloniales han cedido a la presión de los pueblos de Asia y de África, sedientos de independencia, y se han disuelto, no sin tragedia y luchas entre las nuevas naciones. Alemania, partida en dos indefinidamente, se ha hecho «respetable» y de hecho dirige los destinos de Europa. Continúa la diarquía Estados Unidos-Unión Soviética, nacida en la Segunda Guerra Mundial; pero las ideologías que rigen los gobiernos de los dos únicos vencedores del último conflicto han perdido mucho de su credibilidad y de su esplendor. Una generación escéptica se asoma a la edad adulta, privada no de ideales, sino de certidumbres, y aún más, sin confianza en las grandes verdades que le han sido reveladas; dispuesta, por el contrario, a aceptar las pequeñas verdades, cambiables de mes en mes bajo la oleada frenética de las modas culturales, manipuladas o salvajes.

Para nosotros, hablar con los jóvenes es cada vez más difícil.

Lo sentimos como un deber y a la vez como un riesgo: el riesgo de resultar anacrónicos, de no ser escuchados. Tenemos que ser escuchados: por encima de toda nuestra experiencia individual hemos sido colectivamente testigos de un acontecimiento fundamental e inesperado, fundamental precisamente porque ha sido inesperado, no previsto por nadie. Ha ocurrido contra las previsiones; ha ocurrido en Europa; increíblemente, ha ocurrido que un pueblo entero civilizado, apenas salido del ferviente florecimiento cultural de Weimar, siguiese a un histrión cuya figura hoy mueve a risa; y, sin embargo, Adolfo Hitler ha sido obedecido y alabado hasta su catástrofe. Ha sucedido y, por consiguiente, puede volver a suceder: esto es la esencia de lo que tenemos que decir.

Puede ocurrir, y en cualquier parte. No intento, ni podría, decir lo que va a suceder; como he dicho antes, es poco probable que se den de nuevo y simultáneamente, todos los factores que desencadenaron la locura nazi, pero se están perfilando algunos signos precursores. La violencia, «útil» o «inútil», está delante de nuestros ojos: serpentea, en hechos aislados y privados, o como ilegalidad del Estado, en los mundos que suelen llamarse Primero y Segundo, es decir, en las democracias parlamentarias y en los países de la zona comunista. En el Tercer Mundo es endémica o epidémica. Espera sólo a un nuevo histrión (y no faltan los candidatos) que la organice, la legalice, la declare necesaria y obligada e infecte el mundo. Pocos son los países que pueden garantizar su inmunidad a una futura marea de violencia, engendrada por la intolerancia, por la libido de poder, por razones económicas, por el fanatismo religioso o político, por los conflictos raciales. Es necesario, por consiguiente, afinar nuestros sentidos, desconfiar de los profetas, de los encantadores, de quienes dicen y escriben «grandes palabras» que no se apoyen en buenas razones.

Se ha hecho la obscena afirmación de que hace falta una guerra: que el género humano no puede subsistir sin guerras. Se ha dicho también que las guerras localizadas, la violencia en las calles, en los estadios, en las fábricas, son un equivalente de la guerra generalizada y que nos preservan de ella, como el «pequeño mal», su equivalente epiléptico, preserva del mal mayor. Se ha hecho la observación de que en Europa nunca han pasado cuarenta años sin una guerra: una paz europea tan larga sería, pues, una anomalía histórica.

Son argumentos capciosos y sospechosos. Satanás no es necesario: no tenemos ninguna necesidad de guerras ni de violencias, en ningún caso. No hay problemas que no puedan

resolverse alrededor de una mesa siempre que haya buena voluntad y confianza mutua: o también miedo mutuo, como parece demostrar la interminable situación actual de estancamiento, en la que las grandes potencias se contemplan con cara cordial o amenazadora, pero les tiene sin cuidado desencadenar (o dejar que se desencadenen) sangrientas guerras entre sus «protegidos», mandando armas sofisticadas, espías, mercenarios o consejeros militares, en lugar de árbitros de paz.

Tampoco puede aceptarse la teoría de la violencia preventiva: de la violencia sólo nace la violencia, en un movimiento pendular que va ampliándose con el tiempo en lugar de disminuir. Efectivamente, hay muchas señales que hacen pensar en una genealogía de la violencia actual que, precisamente, se deriva de aquella que dominaba la Alemania de Hitler. Es verdad que antes ya existía, en el pasado remoto y reciente; pero en medio de la insensata carnicería de la Primera Guerra Mundial sobrevivían los rasgos de un respeto recíproco entre los contendientes, una huella de humanidad para con los prisioneros de guerra y los ciudadanos inermes, una tendencia al respeto de las alianzas: un creyente diría que «cierto temor de Dios». El adversario no era ni un demonio ni un gusano. Después del *Gott mit uns* nazi, todo ha cambiado. A los bombardeos aéreos terroristas de Goring han contestado los bombardeos «a tappeto» de los aliados. La destrucción de un pueblo o de una cultura se ha mostrado como posible, y deseable, en sí misma o como instrumento de dominio. El aprovechamiento masivo de la mano de obra esclava había sido aprendido por Hitler en la escuela de Stalin, pero ha vuelto a la Unión Soviética multiplicado al final de la guerra. La fuga de cerebros de Alemania e Italia, junto con el temor a una superación por parte de los científicos nazis, ha engendrado las bombas nucleares. Los judíos sobrevivientes desesperados, huyendo de Europa después del gran naufragio, han creado en el seno del mundo árabe una isla de civilización occidental, una portentosa palingénesis del judaísmo, y el pretexto para la renovación del odio. Después de la derrota, la silenciosa diáspora nazi ha enseñado las artes de la persecución y de la tortura a los militares y a los políticos de una docena de países a orillas del Mediterráneo, del Atlántico y del Pacífico. Muchos tiranos modernos tienen en el cajón de su mesa *Mein Kampf*, de Adolfo Hitler: tal vez con alguna rectificación, o con alguna sustitución de los nombres, todavía puede ser útil.

El ejemplo hitleriano ha demostrado en qué medida puede ser devastadora una guerra desarrollada en la era industrial, aun

sin recurrir a las armas nucleares; en los últimos veinte años, la desgraciada empresa vietnamita, el conflicto de las islas Malvinas, la guerra de Irán-Irak y los sucesos de Camboya y de Afganistán son una confirmación de ello. Pero también ha demostrado (aunque no a la manera rigurosa de una operación matemática) que, por lo menos algunas veces, las culpas históricas se pagan; los poderosos del Tercer Reich han terminado en la horca o en el suicidio; el país alemán ha sufrido una bíblica «matanza de los primogénitos» que ha diezmado una generación y puesto fin al secular orgullo germánico. No es absurdo asumir que si el nazismo no se hubiese mostrado desde el principio tan despiadado, no se hubiese formado la alianza entre sus adversarios, o se hubiera roto antes del final del conflicto. La guerra mundial que quisieron los nazis y los japoneses fue una guerra suicida: y todas las guerras deberían ser, por lo mismo, temidas.

A los estereotipos que he enumerado en el capítulo séptimo querría, para terminar, añadir otro. Los jóvenes suelen preguntarnos, con mayor frecuencia y más insistencia a medida que pasa el tiempo, quiénes eran, de qué pasta estaban hechos nuestros «esbirros». La palabra se refiere a nuestros ex guardianes, a los SS, y a mi entender no es apropiada: hace pensar en individuos retorcidos, mal nacidos, sádicos, marcados por un vicio de origen. Y, en lugar de ello, estaban hechos de nuestra misma *pasta*, eran seres humanos medios, medianamente inteligentes, medianamente malvados: salvo excepciones, no eran monstruos, tenían nuestro mismo rostro, pero habían sido mal educados. Eran, en su mayoría, gente gregaria y funcionarios vulgares y diligentes: algunos fanáticamente persuadidos por la palabra nazi, muchos indiferentes, o temerosos del castigo, o deseosos de hacer carrera, o demasiado obedientes. Todos habían sufrido la aterradora deseducación suministrada e impuesta desde la escuela como habían querido Hitler y sus colaboradores, completada después por el *Drill* de las SS. Muchos se habían alistado en esa milicia por el prestigio que confería, por su omnipotencia o también, sólo, para escapar a dificultades familiares. Algunos, poquísimos en verdad, se arrepintieron, pidieron ser transferidos al frente, proporcionaron cautas ayudas a los prisioneros, o eligieron el suicidio. Debe quedar bien en claro que responsables, en grado menor o mayor; fueron todos, pero que detrás de su responsabilidad está la de la gran mayoría de los alemanes, que al principio aceptaron, por pereza mental, por cálculo miope, por estupidez, por orgullo nacional, las «grandes palabras» del cabo Hitler, lo siguieron mientras la

fortuna y la falta de escrúpulos lo favoreció, fueron arrollados por su caída, se afligieron por los lutos, la miseria y el remordimiento, y fueron rehabilitados pocos años más tarde por un juego político vergonzoso.

Notas

[1] Después de la letrina, antes de comer, lávate las manos, no lo olvides.

[2] Con el término *Muselmann*, ignoro por qué razón, los veteranos del campo designaban a los débiles, los ineptos, los destinados a la selección.

[3] Así en la edición impresa. En el original italiano *…grassi e lustri*. Lo correcto sería *"…gordos y lozanos."*

[4] Así en la edición impresa. En el original italiano *Vi si entrava salendo due scalini, e non c'era porta*, "Se entraba subiendo dos peldaños, y no había puerta."

[5] GI, soldado raso norteamericano (*N. del T.*)

[6] Así en la edición impresa. En el original italiano *mnemonica*, que debe traducirse por "mnemónica" (Perteneciente o relativo a la memoria)

[7] Así en la traducción, un evidente error tipográfico. En el original italiano dice: «*[…] Ulisse alla corte del re dei Feaci*». El patronímico correcto es, pues, Feacios, un pueblo mítico de la Isla de Esqueria (Scheria o Hespía en griego y probablemente la actual Corfú). Este pueblo es parte esencial en la Odisea al ser el acogedor de Odiseo poco antes de su regreso a Ítaca.

[8] Las palabras entre corchetes no aparecen en la edición impresa, pero ante la evidente falta de sentido de la frase sin ellas, hemos consultado el original italiano y comprobado que, por error, habían sido omitidas en la traducción española, por lo que las hemos traducido y añadido.